Julio Verne

Los Hijos del Capitán Grant



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Los hijos del capitán Grant

Julio Verne

Publicado: 1868
Fuente: Project Gutenberg
Traducción: Elejandría

Parte I. América del Sur

Capítulo I. Balance-fish

El 26 de julio de 1864, con una fuerte brisa del nordeste, un magnífico yate evolucionaba a toda máquina sobre las aguas del canal del Norte. El pabellón de Inglaterra ondeaba en su botavara de mesana; en el extremo del palo mayor, un gallardete azul lucía las iniciales E. G., bordadas en oro y coronadas por una corona ducal. Aquel yate se llamaba el *Duncan*; pertenecía a lord Glenarvan, uno de los dieciséis pares escoceses que tienen asiento en la cámara alta, y el miembro más distinguido del «royal-thames-yacht-club», tan célebre en todo el reino unido.

Lord Edward Glenarvan se encontraba a bordo con su joven esposa, lady Helena, y uno de sus primos, el mayor Mac Nabbs.

El *Duncan*, recién construido, había salido a realizar sus pruebas a algunas millas fuera del golfo del Clyde y se disponía a regresar a Glasgow; ya se perfilaba en el horizonte la isla de Arran cuando el marinero de guardia señaló un enorme pez que retozaba en la estela del yate.

El capitán John Mangles hizo avisar de inmediato a lord Edward de aquel encuentro. Éste subió al alcázar de popa con el mayor Mac Nabbs y preguntó al capitán qué pensaba de aquel animal.

—En verdad, señoría —respondió John Mangles—, creo que es un tiburón de buen tamaño.

—¡Un tiburón en estos parajes! —exclamó Glenarvan.

—No cabe duda —repuso el capitán—. Ese pez pertenece a una especie de tiburones que se encuentran en todos los mares y bajo todas las latitudes. Es el «balance-fish», y mucho me equivoco si no tenemos que habérnoslas con uno de esos bribones. Si su señoría lo consiente, y si es del agrado de

lady Glenarvan presenciar una pesca curiosa, pronto sabremos a qué atenernos.

—¿Qué le parece a usted, Mac Nabbs? —dijo lord Glenarvan al mayor —. ¿Es usted partidario de intentar la aventura?

—Soy del parecer que a usted le plazca —respondió tranquilamente el mayor.

—Por lo demás —repuso John Mangles—, nunca está de más exterminar a esas terribles bestias. Aprovechemos la ocasión, y, si place a su señoría, será a un tiempo un espectáculo emocionante y una buena acción.

—Adelante, John —dijo lord Glenarvan.

Luego mandó avisar a lady Helena, que se reunió con él en el alcázar de popa, verdaderamente tentada por aquella pesca tan emocionante.

El mar era magnífico; podía seguirse fácilmente en su superficie las rápidas evoluciones del escualo, que se sumergía o se lanzaba hacia arriba con sorprendente vigor. John Mangles impartió sus órdenes. Los marineros arrojaron por encima de las bordas de estribor un cable resistente, provisto de un emerillón cebado con un grueso trozo de tocino. El tiburón, aunque se hallaba todavía a una distancia de cincuenta yards, olió el cebo ofrecido a su voracidad. Se acercó rápidamente al yate. Se veían sus aletas, grises en los extremos, negras en la base, azotar las olas con violencia, mientras su apéndice caudal lo mantenía en una línea rigurosamente recta. A medida que avanzaba, aparecían sus grandes ojos saltones, encendidos de codicia, y sus fauces abiertas, cuando se volvía, dejaban ver una cuádruple hilera de dientes. Su cabeza era ancha y estaba dispuesta como un doble martillo en el extremo de un mango. John Mangles no se había equivocado: aquél era el ejemplar más voraz de la familia de los escualos, el pez-balanza de los ingleses, el pez-judío de los provenzales.

Los pasajeros y los marineros del *Duncan* seguían con viva atención los movimientos del tiburón. Pronto el animal estuvo al alcance del emerillón; se volvió sobre el lomo para asirlo mejor, y el enorme cebo desapareció en su vasto gaznate.

Al instante «se clavó» él mismo dando una violenta sacudida al cable, y los marineros izaron al monstruoso escualo por medio de un aparejo amar-

rado al extremo de la verga mayor. El tiburón se debatió violentamente al verse arrancado de su elemento natural. Pero se venció su resistencia.

Un cabo con un nudo corredizo lo sujetó por la cola y paralizó sus movimientos. Pocos instantes después era izado por encima de las bordas y precipitado sobre la cubierta del yate. Al punto, uno de los marineros se le acercó, no sin precaución, y de un hachazo dado con fuerza le cortó la formidable cola al animal.

La pesca había concluido; ya no había nada que temer del monstruo; la venganza de los marineros quedaba satisfecha, pero no así su curiosidad. En efecto, es costumbre a bordo de todo navío examinar minuciosamente el estómago del tiburón.

Los marineros conocen su voracidad poco delicada, esperan alguna sorpresa, y su expectativa no siempre se ve defraudada.

Lady Glenarvan no quiso presenciar aquella repugnante «exploración» y se retiró al alcázar. El tiburón todavía jadeaba; medía diez pies de largo y pesaba más de seiscientas libras.

Estas dimensiones y ese peso no tienen nada de extraordinario; pero si el *balance-fish* no figura entre los gigantes de su especie, al menos cuenta entre los más temibles.

Pronto el enorme pez fue destripado a hachazos y sin más ceremonias. El emerillón había penetrado hasta el estómago, que resultó absolutamente vacío; evidentemente el animal ayunaba desde hacía mucho tiempo, y los marineros, decepcionados, iban a arrojar sus despojos al mar cuando la atención del contramaestre fue atraída por un objeto tosco, sólidamente encajado en una de las vísceras.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —exclamó.

—Eso —respondió uno de los marineros— es un trozo de roca que el bicho habrá tragado para hacer lastre.

—¡Vamos! —repuso otro—. Es nada menos que un proyectil encadenado que ese bribón ha recibido en el vientre y que aún no ha podido digerir.

—Callaos de una vez —replicó Tom Austin, el segundo del yate—. ¿No veis que ese animal era un borracho consumado, y que para no desperdiciar nada se bebió no sólo el vino, sino también la botella?

—¡Cómo! —exclamó lord Glenarvan—. ¿Es una botella lo que ese tiburón lleva en el estómago?

—Una botella de verdad —respondió el contramaestre—. Aunque se ve a las claras que no procede de ninguna bodega.

—Pues bien, Tom —repuso lord Edward—, sáquela usted con cuidado; las botellas halladas en el mar contienen con frecuencia documentos preciosos.

—¿Lo cree usted así? —dijo el mayor Mac Nabbs.

—Creo, al menos, que eso puede ocurrir.

—Oh, yo no le contradigo a usted —respondió el mayor—, y quizá haya ahí algún secreto.

—Eso es lo que vamos a saber —dijo Glenarvan—. Bien, ¿Tom?

—Aquí está —respondió el segundo, mostrando un objeto informe que acababa de extraer, no sin esfuerzo, del estómago del tiburón.

—Bien —dijo Glenarvan—. Haga que laven ese objeto tan feo, y que lo lleven al alcázar.

Tom obedeció, y aquella botella, hallada en circunstancias tan singulares, fue depositada sobre la mesa del salón, alrededor de la cual tomaron asiento lord Glenarvan, el mayor Mac Nabbs, el capitán John Mangles y lady Helena, pues una mujer es, según se dice, siempre algo curiosa.

Todo constituye un acontecimiento en el mar. Hubo un momento de silencio. Todos interrogaban con la mirada aquel frágil desecho. ¿Guardaba allí el secreto de algún desastre, o tan sólo un mensaje insignificante confiado al capricho de las olas por algún navegante ocioso?

Sin embargo, era preciso saber a qué atenerse, y Glenarvan procedió sin más demora al examen de la botella; tomó, por lo demás, todas las precauciones de rigor en semejantes circunstancias; parecía un médico forense relevando los pormenores de un asunto grave; y Glenarvan tenía razón, pues el indicio más insignificante en apariencia puede con frecuencia poner sobre la pista de un descubrimiento importante.

Antes de ser examinada por dentro, la botella fue inspeccionada exteriormente. Tenía un cuello afilado, cuyo gollete robusto conservaba todavía un

trozo de alambre corroído por el orín; sus paredes, muy gruesas y capaces de soportar una presión de varias atmósferas, delataban un origen evidentemente champenesa. Con esas botellas, los viticultores de Aï o de Épernay rompen patas de silla sin que aquéllas presenten la menor grieta. Ésta, pues, había podido soportar impunemente los azares de una larga peregrinación.

—Una botella de la casa Cliquot —dijo simplemente el mayor.

Y, como debía entender de eso, su afirmación fue aceptada sin discusión.

—Querido mayor —respondió Helena—, poco importa lo que sea esta botella si no sabemos de dónde viene.

—Lo sabremos, querida Helena —dijo lord Edward—, y ya puede afirmarse que viene de lejos. Mirad las materias petrificadas que la recubren, esas sustancias mineralizadas, por así decirlo, bajo la acción de las aguas del mar. Este desecho llevaba ya mucho tiempo en el océano antes de ir a sepultarse en el vientre de un tiburón.

—Me es imposible no ser de vuestra opinión —respondió el mayor—, y ese frágil vaso, protegido por su envoltura de piedra, ha podido realizar un largo viaje.

—Pero ¿de dónde viene? —preguntó lady Glenarvan.

—Esperad, querida Helena, esperad; hay que tener paciencia con las botellas. O me equivoco mucho, o ésta va a respondernos por sí sola a todas nuestras preguntas.

Y diciéndolo, Glenarvan comenzó a raspar las duras materias que protegían el gollete; pronto apareció el tapón, pero muy deteriorado por el agua del mar.

—Circunstancia lamentable —dijo Glenarvan—, pues si hay algún papel ahí dentro, estará en muy mal estado.

—Eso es de temer —replicó el mayor.

—Añadiré —repuso Glenarvan— que esta botella mal tapada no habría tardado en irse a pique, y es una suerte que ese tiburón la haya tragado para traérnosla a bordo del *Duncan*.

—Sin duda —respondió John Mangles—; y sin embargo, mejor hubiera sido pescarla en alta mar, con una longitud y una latitud bien determinadas.

Se puede entonces, estudiando las corrientes atmosféricas y marinas, reconocer el camino recorrido; pero con un factor como ése, con esos tiburones que marchan contra viento y marea, ya no se sabe a qué atenerse.

—Ya veremos —respondió Glenarvan.

En ese momento retiraba el tapón con el mayor cuidado, y un fuerte olor salino se extendió por el alcázar.

—¿Y bien? —preguntó lady Helena, con una impaciencia muy femenina.

—¡Sí! —dijo Glenarvan—. ¡No me equivocaba! ¡Hay papeles ahí dentro!

—¡Documentos! ¡Documentos! —exclamó lady Helena.

—Sin embargo —respondió Glenarvan—, parecen estar carcomidos por la humedad, y es imposible extraerlos, pues están adheridos a las paredes de la botella.

—Rompámosla —dijo Mac Nabbs.

—Preferiría conservarla intacta —replicó Glenarvan.

—Yo también —respondió el mayor.

—Sin duda alguna —dijo lady Helena—, pero el contenido vale más que el continente, y más vale sacrificar éste a aquél.

—Si su señoría desprende tan sólo el gollete —dijo John Mangles—, eso permitirá retirar el documento sin dañarlo.

—¡Vamos, vamos! ¡Querido Edward! —exclamó lady Glenarvan.

Era difícil proceder de otro modo, y a su pesar, lord Glenarvan se decidió a romper el gollete de la preciosa botella. Hubo que emplear el martillo, pues la envoltura pétrea había adquirido la dureza del granito. Pronto sus fragmentos cayeron sobre la mesa, y se distinguieron varios trozos de papel adheridos entre sí.

Glenarvan los retiró con cuidado, los separó y los extendió ante sus ojos, mientras lady Helena, el mayor y el capitán se apiñaban a su alrededor.

Capítulo II. Los tres documentos

Aquellos trozos de papel, medio destruidos por el agua del mar, dejaban ver tan sólo algunas palabras, restos indescifrables de líneas casi del todo borradas. Durante algunos minutos, lord Glenarvan los examinó con atención; los volvió en todos sentidos; los expuso a la luz del día; observó los menores rastros de escritura que el mar había respetado; luego miró a sus amigos, que lo contemplaban con mirada ansiosa.

—Aquí hay —dijo— tres documentos distintos, y verosímilmente tres copias del mismo documento traducido a tres lenguas: uno en inglés, otro en francés, el tercero en alemán. Las pocas palabras que han sobrevivido no me dejan ninguna duda al respecto.

—Pero esas palabras, ¿presentan al menos algún sentido? —preguntó lady Glenarvan.

—Es difícil pronunciarse, querida Helena; las palabras trazadas en estos documentos son muy incompletas.

—Quizá se completan mutuamente —dijo el mayor.

—Así ha de ser —respondió John Mangles—; es imposible que el agua del mar haya corroído esas líneas precisamente en los mismos lugares, y reuniendo esos jirones de frase acabaremos por encontrarles un sentido inteligible.

—Eso es lo que vamos a hacer —dijo lord Glenarvan—. Pero procedamos con método. Aquí está primero el documento inglés.

Aquel documento presentaba la siguiente disposición de líneas y palabras:

62 bri gow sink... Etc.

—Eso no significa gran cosa —dijo el mayor con aire decepcionado.

—Sea como fuere —respondió el capitán—, eso es buen inglés.

—No hay duda al respecto —dijo lord Glenarvan—. Las palabras *sink*, *aland*, *that*, *and*, *lost* están intactas; *skipp* forma evidentemente la palabra *skipper*, y se trata de un tal Gr, probablemente el capitán de un navío naufragado.

—Añadamos —dijo John Mangles— las palabras *monit* y *ssistance*, cuya interpretación es evidente.

—¡Pero eso ya es algo! —respondió lady Helena.

—Por desgracia —respondió el mayor—, nos faltan líneas enteras. ¿Cómo encontrar el nombre del navío perdido, el lugar del naufragio?

—Los encontraremos —dijo lord Edward.

—No cabe duda —replicó el mayor, que invariablemente era de la opinión de todo el mundo—. Pero ¿de qué forma?

—Completando un documento con el otro.

—¡Busquemos, pues! —exclamó lady Helena.

El segundo trozo de papel, más deteriorado que el anterior, no ofrecía más que palabras aisladas y dispuestas de esta manera: *7 juni glas... Etc*.

—Esto está escrito en alemán —dijo John Mangles en cuanto hubo echado los ojos sobre ese papel.

—¿Y conoce usted esa lengua, John? —preguntó Glenarvan.

—Perfectamente, señoría.

—Pues bien, díganos lo que significan esas pocas palabras.

El capitán examinó el documento con atención y se expresó en estos términos:

—En primer lugar, ya estamos fijados en cuanto a la fecha del acontecimiento: *7 juni* quiere decir *7 de junio*, y aproximando esta cifra a las cifras 62 que nos proporciona el documento inglés, tenemos esta fecha completa: *7 de junio de 1862*.

—¡Muy bien! —exclamó lady Helena—. Continúe, John.

—En la misma línea —repuso el joven capitán— encuentro la palabra *glas*, que aproximada a la palabra *gow* del primer documento da *Glasgow*. Se trata evidentemente de un navío del puerto de Glasgow.

—Esa es mi opinión —respondió el mayor.

—La segunda línea del documento falta por completo —repuso John Mangles—. Pero en la tercera encuentro dos palabras importantes: *zwei*, que quiere decir *dos*, y *atrosen*, o mejor *matrosen*, que significa *marineros* en lengua alemana.

—Así pues —dijo lady Helena—, ¿se trataría de un capitán y dos marineros?

—Es probable —respondió lord Glenarvan.

—Debo confesar a su señoría —repuso el capitán— que la palabra siguiente, *graus*, me desconcerta. No sé cómo traducirla. Quizá el tercer documento nos la aclare. En cuanto a las dos últimas palabras, se explican sin dificultad. *Bringt ihnen* significa *llevadlos*, y si se las aproxima a la palabra inglesa situada como ellas en la séptima línea del primer documento, me refiero a la palabra *assistance*, la frase *llevadlos socorro* se desprende por sí sola.

—¡Sí! ¡Llevadlos socorro! —dijo Glenarvan—. Pero ¿dónde se encuentran esos desgraciados? Hasta ahora no tenemos ni una sola indicación del lugar, y el escenario de la catástrofe es absolutamente desconocido.

—Esperemos que el documento francés sea más explícito —dijo lady Helena.

—Veamos el documento francés —respondió Glenarvan—, y como todos conocemos esa lengua, nuestras pesquisas serán más fáciles.

He aquí el facsímil exacto del tercer documento:

Troi ats tannia gonie... Etc.

—¡Hay cifras! —exclamó lady Helena—. ¡Mirad, señores, mirad!...

—Procedamos con orden —dijo lord Glenarvan— y empecemos por el principio. Permítame relevar una a una esas palabras dispersas e incomple-

tas. Veo de entrada, ya en las primeras letras, que se trata de un navío de tres palos, cuyo nombre, gracias a los documentos inglés y francés, nos ha sido conservado íntegramente: el *Britannia*. De las dos palabras siguientes, *gonie* y *austral*, sólo la última tiene una significación que todos comprenden.

—Ese ya es un detalle precioso —respondió John Mangles—; el naufragio ha tenido lugar en el hemisferio austral.

—Es vago —dijo el mayor.

—Continúo —repuso Glenarvan—. ¡Ah! La palabra *abor*, la raíz del verbo *abordar*. Esos desgraciados han abordado algún lugar. ¿Pero dónde? ¡*contin*! ¿Será en un continente? ¡*cruel*!...

—¡*Cruel*! —exclamó John Mangles—. ¡He ahí la explicación de la palabra alemana *graus*... *Grausam*... ¡*Cruel*!

—¡Continuemos! ¡Continuemos! —dijo Glenarvan, cuyo interés se veía violentamente sobrexcitado a medida que el sentido de esas palabras incompletas se desprendía ante sus ojos—. *Indi*... ¿Se trataría entonces de las *Indias* adonde habrían sido arrojados esos marineros? ¿Qué significa esa palabra *ongit*? ¡Ah! ¡*Longitud*! Y aquí está la latitud: *treinta y siete grados once minutos*.

—¡Por fin! Tenemos, pues, una indicación precisa.

—Pero falta la longitud —dijo Mac Nabbs.

—No se puede tener todo, querido mayor —respondió Glenarvan—, y ya es algo un grado exacto de latitud. Definitivamente, ese documento francés es el más completo de los tres. Es evidente que cada uno de ellos era la traducción literal de los demás, pues todos contienen el mismo número de líneas. Hay que reunirlos ahora, traducirlos a una sola lengua y buscar su sentido más probable, más lógico y más explícito.

—¿En francés —preguntó el mayor—, en inglés o en alemán va usted a hacer esa traducción?

—En francés —respondió Glenarvan—, puesto que la mayor parte de las palabras interesantes nos han sido conservadas en esa lengua.

—Su señoría tiene razón —dijo John Mangles—, y por lo demás, esa lengua nos es familiar.

—De acuerdo. Voy a escribir ese documento reuniendo estos restos de palabras y esos jirones de frase, respetando los intervalos que los separan, completando los que no presentan un sentido dudoso; luego compararemos y juzgaremos.

Glenarvan tomó de inmediato la pluma y, pocos instantes después, presentaba a sus amigos una hoja de papel sobre la que estaban trazadas las siguientes líneas:

7 de junio de 1862 navío de tres palos Britannia Glasgow naufragado... Etc.

En ese momento, un marinero vino a avisar al capitán de que el *Duncan* embocaba el golfo del Clyde y le pidió sus órdenes.

—¿Cuáles son las intenciones de su señoría? —dijo John Mangles dirigiéndose a lord Glenarvan.

—Llegar a Dumbarton lo antes posible, John; luego, mientras lady Helena regresa a Malcolm-Castle, iré hasta Londres a someter este documento al almirantazgo.

John Mangles impartió sus órdenes en consecuencia, y el marinero fue a transmitirlas al segundo.

—Ahora, amigos míos —dijo Glenarvan—, continuemos nuestras pesquisas. Seguimos la pista de una gran catástrofe. La vida de algunos hombres depende de nuestra sagacidad. Empleemos pues toda nuestra inteligencia en adivinar la clave de este enigma.

—Estamos dispuestos, querido Edward —respondió lady Helena.

—Ante todo —repuso Glenarvan—, hay que considerar tres cosas bien distintas en este documento: 1) las cosas que sabemos; 2) las que podemos conjeturar; 3) las que no sabemos. ¿Qué sabemos? Sabemos que el 7 de junio de 1862 un navío de tres palos, el *Britannia*, de Glasgow, se hundió; que dos marineros y el capitán arrojaron este documento al mar a 37° 11' de latitud, y que imploran socorro.

—Perfectamente —replicó el mayor.

—¿Qué podemos conjeturar? —repuso Glenarvan—. En primer lugar, que el naufragio tuvo lugar en los mares australes, y de inmediato llamaré vuestra atención sobre la palabra *gonie*. ¿No viene ella misma a indicar el nombre del país al que pertenece?

—¡La Patagonia! —exclamó lady Helena.

—Sin duda.

—Pero ¿atraviesa el paralelo treinta y siete la Patagonia? —preguntó el mayor.

—Es fácil verificarlo —respondió John Mangles desplegando un mapa de América del Sur—. Exactamente. La Patagonia es rozada por ese paralelo treinta y siete. Corta la Araucanía, bordea a través de las pampas el norte de las tierras patagónicas y va a perderse en el Atlántico.

—Bien. Continuemos nuestras conjeturas. Los dos marineros y el capitán *abor*... abordan ¿qué? *contin*... El continente; oís bien, un continente y no una isla. ¿Qué les sucede? Ahí tenéis dos letras providenciales, *Pr*..., que os revelan su suerte. Esos desgraciados, en efecto, son *prisioneros* de... ¿de quién? De *crueles indios*. ¿Estáis convencidos? ¿Es que las palabras no saltan por sí solas a los espacios vacíos? ¿Es que ese documento no se aclara ante vuestros ojos? ¿Es que la luz no se hace en vuestro espíritu?

Glenarvan hablaba con convicción. Sus ojos respiraban una confianza absoluta. Todo su ardor se comunicaba a sus oyentes. Como él, exclamaron: «¡Es evidente! ¡Es evidente!»

Lord Edward, tras un instante, prosiguió en estos términos:

—Todas esas hipótesis, amigos míos, me parecen sumamente plausibles; para mí, la catástrofe tuvo lugar en las costas de la Patagonia. Por lo demás, haré que consulten en Glasgow cuál era el destino del *Britannia*, y sabremos si pudo ser arrastrado hasta esos parajes.

—Oh, no necesitamos ir tan lejos —respondió John Mangles—. Tengo aquí la colección de la *Mercantile and Shipping Gazette*, que nos proporcionará indicaciones precisas.

—¡Veamos, veamos! —dijo lady Glenarvan.

John Mangles tomó un fajo de periódicos del año 1862 y se puso a hojearlos rápidamente. Sus pesquisas no fueron largas, y pronto dijo con acento de satisfacción:

—30 de mayo de 1862. ¡Perú! ¡El Callao! Con cargamento para Glasgow. *Britannia*, capitán Grant.

—¡Grant! —exclamó lord Glenarvan—. ¡Ese audaz escocés que quiso fundar una Nueva Escocia en los mares del Pacífico!

—Sí —respondió John Mangles—, el mismo que en 1861 se embarcó en Glasgow a bordo del *Britannia* y del que jamás se han vuelto a tener noticias.

—¡Ya no hay duda! ¡Ya no hay duda! —dijo Glenarvan—. Es él. El *Britannia* abandonó el Callao el 30 de mayo, y el 7 de junio, ocho días después de su partida, se perdió en las costas de la Patagonia. Ahí está toda su historia en esos restos de palabras que parecían indescifrables. Ya veis, amigos míos, cuán rica es la parte de las cosas que podíamos conjeturar. En cuanto a las que no sabemos, se reducen a una sola: el grado de longitud que nos falta.

—Nos es inútil —respondió John Mangles—, puesto que el país es conocido, y con la latitud sola me comprometería a ir directamente al escenario del naufragio.

—¿Sabemos todo, entonces? —dijo lady Glenarvan.

—Todo, querida Helena, y esos blancos que el mar ha dejado entre las palabras del documento los voy a rellenar sin esfuerzo, como si escribiera al dictado del capitán Grant.

Al instante lord Glenarvan tomó de nuevo la pluma y redactó sin vacilar la nota siguiente:

«El» 7 de junio de 1862,» el» navío de tres palos Britannia,» de» Glasgow», ha» naufragado» en las costas de la Patagonia, en el hemisferio» austral.» dirigiéndose» a tierra, dos marineros» y «el capitán» Grant van a intentar desembarcar en el «continente» donde quedarán prisioneros de «crueles indios.» Han «arrojado este documento» a tantos grados de «longitud y 37° 11' de» latitud. «Socorredlos» o están «perdidos».

—¡Bien, bien, querido Edward! —dijo lady Helena—. Y si esos desgraciados vuelven a ver su patria, a vos les deberán esa dicha.

—Y la verán —respondió Glenarvan—. Este documento es demasiado explícito, demasiado claro, demasiado cierto para que Inglaterra vacile en acudir en socorro de tres de sus hijos abandonados en una costa desierta. Lo que ha hecho por Franklin y por tantos otros, lo hará hoy por los náufragos del *Britannia*.

—Pero esos desgraciados —repuso lady Helena—, sin duda tienen alguna familia que llora su pérdida. Quizá ese pobre capitán Grant tenga mujer, hijos...

—Tenéis razón, querida lady, y yo me encargo de hacerles saber que no toda esperanza está aún perdida. Ahora, amigos míos, subamos al alcázar, pues debemos estar próximos al puerto.

En efecto, el *Duncan* había forzado el vapor; bordeaba en ese momento las orillas de la isla de Bute y dejaba Rothesay a estribor, con su encantadora ciudadela tendida en su fértil valle; luego se lanzó por los estrechos pasos del golfo, maniobró frente a Greenock y, a las seis de la tarde, fondeaba al pie de la roca basáltica de Dumbarton, coronada por el célebre castillo de Wallace, el héroe escocés.

Allí, una berlina con postas esperaba a lady Helena para llevarla de vuelta a Malcolm-Castle con el mayor Mac Nabbs. Luego lord Glenarvan, tras abrazar a su joven esposa, se lanzó al expreso del ferrocarril de Glasgow.

Pero antes de partir había confiado a un mensajero más rápido una nota importante, y el telégrafo eléctrico, pocos minutos después, llevaba al *Times* y al *Morning Chronicle* un aviso redactado en estos términos:

«Para información sobre la suerte del navío de tres palos *Britannia*, de Glasgow, capitán Grant, diríjase a lord Glenarvan, Malcolm-Castle, Luss, condado de Dumbarton, Escocia.»

Capítulo III. Malcolm-Castle

El castillo de Malcolm, uno de los más poéticos de las Highlands, está situado junto al pueblo de Luss, cuyo hermoso valle domina. Las límpidas aguas del lago Lomond bañan el granito de sus murallas.

Desde tiempo inmemorial pertenecía a la familia Glenarvan, que conservó en el país de Rob Roy y de Fergus Mac Gregor los usos hospitalarios de los viejos héroes de Walter Scott. En la época en que se consumó la revolución social en Escocia, gran número de vasallos fueron expulsados por no poder pagar altos arrendamientos a los antiguos jefes de clanes.

Unos murieron de hambre; éstos se hicieron pescadores; otros emigraron. Era una desesperación general. Solos entre todos, los Glenarvan creyeron que la fidelidad obligaba tanto a los grandes como a los pequeños, y permanecieron fieles a sus arrendatarios. Ni uno solo abandonó el techo bajo el que había nacido; ninguno dejó la tierra donde reposaban sus antepasados; todos siguieron formando parte del clan de sus antiguos señores. Así, incluso en aquella época, en ese siglo de desapego y de desunión, la familia Glenarvan sólo contaba escoceses en el castillo de Malcolm y a bordo del *Duncan*; todos descendían de los vasallos de Mac Gregor, de Mac Farlane, de Mac Nabbs, de Mac Naughton, es decir, que eran hijos de los condados de Stirling y de Dumbarton: gente valiente, entregada en cuerpo y alma a su señor, y algunos de los cuales hablaban todavía el gaélico de la vieja Caledonia.

Lord Glenarvan poseía una fortuna inmensa; la empleaba en hacer mucho bien; su bondad superaba incluso a su generosidad, pues la una era infinita mientras la otra tenía forzosamente límites. El señor de Luss, el «laird» de Malcolm, representaba a su condado en la cámara de los lores. Pero, con

sus ideas jacobitas, poco preocupado por agradar a la casa de Hannover, era bastante mal visto por los hombres de estado de Inglaterra, y sobre todo por el motivo de que se atenía a las tradiciones de sus antepasados y resistía enérgicamente los atropellos políticos de «los del sur».

No era, sin embargo, un hombre retrógrado lord Edward Glenarvan, ni de escaso alcance, ni de menguada inteligencia; pero, aunque mantenía las puertas de su condado bien abiertas al progreso, seguía siendo escocés en el alma, y era por la gloria de Escocia por lo que iba a competir con sus yates de regata en los «matches» del royal-thames-yacht-club.

Edward Glenarvan tenía treinta y dos años; su estatura era elevada, sus rasgos algo severos, su mirada de una dulzura infinita, su persona toda impregnada de la poesía highlander. Era sabidamente valiente en exceso, emprendedor, caballeresco, un Fergus del siglo XIX, pero bueno por encima de todo, mejor que el mismísimo san Martín, pues habría dado su capa entera a los pobres de las tierras altas.

Lord Glenarvan llevaba apenas tres meses casado; había desposado a miss Helena Tuffnel, la hija del gran viajero William Tuffnel, una de las numerosas víctimas de la ciencia geográfica y de la pasión por los descubrimientos.

Miss Helena no pertenecía a una familia noble, pero era escocesa, lo cual valía todas las noblezas a ojos de lord Glenarvan; de aquella joven encantadora, valerosa y entregada, el señor de Luss había hecho la compañera de su vida. Un día la encontró viviendo sola, huérfana, casi sin fortuna, en la casa de su padre, en Kilpatrick.

Comprendió que aquella pobre muchacha haría una mujer valerosa; se casó con ella. Miss Helena tenía veintidós años; era una joven rubia, de ojos azules como el agua de los lagos escoceses en una bella mañana de primavera. Su amor por su marido superaba incluso a su gratitud. Lo amaba como si ella hubiera sido la rica heredera y él el huérfano abandonado. En cuanto a sus arrendatarios y a sus servidores, estaban dispuestos a dar la vida por aquella a quien llamaban: nuestra buena dama de Luss.

Lord Glenarvan y lady Helena vivían felices en Malcolm-Castle, en medio de aquella naturaleza soberbia y salvaje de las Highlands, paseándose bajo los sombríos setos de castaños y sicomoros, a orillas del lago

donde resonaban todavía los *pibrochs* del tiempo antiguo, en el fondo de esos desfiladeros incultos en los que la historia de Escocia está escrita en ruinas seculares. Un día se perdían en los bosques de abedules o de alerces, en medio de los vastos campos de brezales amarillentos; otro día escalaban las abruptas cumbres del Ben Lomond, o corrían a caballo a través de los *glens* abandonados, estudiando, comprendiendo, admirando aquella poética comarca llamada todavía «el país de Rob Roy», y todos esos parajes célebres, tan valerosamente cantados por Walter Scott. Al anochecer, cuando «la linterna de Mac Farlane» se encendía en el horizonte, iban a errar a lo largo de las bartizanas, vieja galería circular que ceñía de almenas el castillo de Malcolm, y allí, pensativos, olvidados y como solos en el mundo, sentados sobre alguna piedra desprendida, en medio del silencio de la naturaleza, bajo los pálidos rayos de la luna, mientras la noche se iba haciendo poco a poco en la cima de las montañas oscurecidas, permanecían sumergidos en aquella límpida extasis y aquel íntimo arrebato cuyo secreto sólo los corazones enamorados poseen sobre la tierra.

Así transcurrieron los primeros meses de su matrimonio. Pero lord Glenarvan no olvidaba que su esposa era hija de un gran viajero. Se dijo que lady Helena debía de llevar en el corazón todas las aspiraciones de su padre, y no se equivocaba. El *Duncan* fue construido; estaba destinado a transportar a lord y a lady Glenarvan hacia los más bellos países del mundo, sobre las aguas del Mediterráneo, y hasta las islas del archipiélago. Que se juzgue de la alegría de lady Helena cuando su marido puso el *Duncan* a sus órdenes. En efecto, ¿hay mayor dicha que pasear su amor por esas encantadoras comarcas de Grecia, y ver alzarse la luna de miel sobre las orillas hechizadas de Oriente?

Sin embargo, lord Glenarvan había partido para Londres.

Se trataba de la salvación de unos desgraciados náufragos; por eso, de aquella ausencia momentánea, lady Helena se mostró más impaciente que triste; al día siguiente, un despacho de su marido le hizo esperar un pronto regreso; por la tarde, una carta pidió una prórroga; las proposiciones de lord Glenarvan encontraban algunas dificultades; al día subsiguiente, nueva carta, en la que lord Glenarvan no ocultaba su descontento con respecto al almirantazgo.

Aquel día, lady Helena empezó a estar inquieta.

Por la tarde, se encontraba sola en su habitación cuando el intendente del castillo, Mr Halbert, vino a preguntarle si quería recibir a una joven y a un muchacho que deseaban hablar con lord Glenarvan.

—¿Gente del país? —dijo lady Helena.

—No, señora —respondió el intendente—, pues no los conozco. Han llegado en el ferrocarril de Balloch, y de Balloch a Luss han hecho el camino a pie.

—Hágalos pasar, Halbert —dijo lady Glenarvan.

El intendente salió. Pocos instantes después, la joven y el muchacho fueron introducidos en la habitación de lady Helena. Eran hermana y hermano. Su parecido no dejaba lugar a dudas.

La hermana tenía dieciséis años. Su bonita cara algo fatigada, sus ojos que debían de haber llorado con frecuencia, su fisonomía resignada aunque valerosa, su ropa pobre pero limpia, la hacían simpática de inmediato. Tenía de la mano a un muchacho de doce años de aire resuelto, que parecía tomar a su hermana bajo su protección. ¡En verdad! Quien hubiera faltado al respeto a la joven habría tenido que vérselas con ese mocoso. La hermana se quedó un poco cohibida al encontrarse ante lady Helena. Ésta se apresuró a tomar la palabra.

—¿Desean hablarme? —dijo, animando a la joven con la mirada.

—No —respondió el muchacho con tono resuelto—; no a usted, sino al propio lord Glenarvan.

—Discúlpele usted, señora —dijo entonces la hermana mirando a su hermano.

—Lord Glenarvan no está en el castillo —repuso lady Helena—; pero soy su esposa, y si puedo reemplazarle ante vosotros...

—¿Es usted lady Glenarvan? —dijo la joven.

—Sí, señorita.

—¿La esposa de lord Glenarvan de Malcolm-Castle, que publicó en el *Times* una nota relativa al naufragio del *Britannia*?

—¡Sí! ¡Sí! —respondió lady Helena con presteza—. ¿Y vosotros?...

—Soy miss Grant, señora, y éste es mi hermano.

—¡Miss Grant! ¡Miss Grant! —exclamó lady Helena atrayendo hacia sí a la joven, cogiéndole las manos, besando las mejillas del mocoso.

—Señora —repuso la joven—, ¿qué sabe usted del naufragio de mi padre? ¿Está vivo? ¿Volveremos a verle algún día? ¡Hable usted, se lo suplico!

—Querida niña —dijo lady Helena—, que Dios me guarde de responderle a la ligera en semejante circunstancia; no quisiera darle una esperanza ilusoria...

—¡Hable, señora, hable! Soy fuerte contra el dolor y puedo oírlo todo.

—Querida niña —respondió lady Helena—, la esperanza es muy frágil; pero, con la ayuda de Dios que todo lo puede, es posible que vuelva usted a ver a su padre algún día.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó miss Grant, que no pudo contener sus lágrimas, mientras Robert cubría de besos las manos de lady Glenarvan.

Cuando pasó el primer acceso de aquella alegría dolorosa, la joven se dejó llevar a hacer preguntas sin cuento; lady Helena le contó la historia del documento, cómo el *Britannia* se había perdido en las costas de la Patagonia; de qué manera, tras el naufragio, el capitán y dos marineros, únicos supervivientes, debían de haber alcanzado el continente; y finalmente, cómo imploraban el socorro del mundo entero en aquel documento escrito en tres lenguas y abandonado a los caprichos del océano.

Durante ese relato, Robert Grant devoraba con los ojos a lady Helena; su vida estaba pendiente de sus labios; su imaginación de niño le trazaba las escenas terribles de las que su padre había debido ser víctima; lo veía sobre la cubierta del *Britannia*; lo seguía en medio de las olas; se aferraba con él a las rocas de la costa; se arrastraba jadeante sobre la arena, fuera del alcance de las olas. Varias veces, durante ese relato, escaparon de su boca algunas palabras.

—¡Oh! ¡Papá! ¡Mi pobre papá! —exclamó apretándose contra su hermana.

En cuanto a miss Grant, escuchaba con las manos juntas y no pronunció una sola palabra, hasta que, terminado el relato, dijo:

—¡Oh, señora! ¡El documento! ¡El documento!

—Ya no lo tengo, querida niña —respondió lady Helena.

—¿Ya no lo tiene usted?

—No; en el propio interés de su padre ha debido ser llevado a Londres por lord Glenarvan; pero os he dicho todo lo que contenía palabra por palabra, y cómo llegamos a descubrir su sentido exacto; entre esos jirones de frases casi borradas, las olas respetaron algunas cifras; desgraciadamente, la longitud...

—¡Nos arreglaremos sin ella! —exclamó el muchacho.

—Sí, señor Robert —respondió Helena sonriendo al verle tan resuelto—. Así pues, ya lo veis, miss Grant, los menores detalles de ese documento os son tan conocidos como a mí.

—Sí, señora —respondió la joven—, pero habría querido ver la letra de mi padre.

—Pues bien, mañana, mañana quizá, lord Glenarvan habrá vuelto. Mi marido, provisto de ese documento irrefutable, ha querido someterlo a los comisarios del almirantazgo, con el fin de provocar el envío inmediato de un navío en busca del capitán Grant.

—¡Es posible, señora! —exclamó la joven—. ¿Han hecho ustedes eso por nosotros?

—Sí, querida señorita, y espero a lord Glenarvan de un momento a otro.

—Señora —dijo la joven con profundo acento de gratitud y ardor casi religioso—, lord Glenarvan y usted, ¡que el cielo os bendiga!

—Querida niña —respondió lady Helena—, no merecemos ningún agradecimiento; cualquier otra persona en nuestro lugar habría hecho lo que nosotros hemos hecho. ¡Ojalá se realicen las esperanzas que os he dejado concebir! Hasta el regreso de lord Glenarvan, os quedáis en el castillo...

—Señora —respondió la joven—, no querría abusar de la simpatía que usted muestra a unos desconocidos.

—¡Desconocidos! Querida niña; ni tu hermano ni tú sois desconocidos en esta casa, y quiero que a su llegada lord Glenarvan les anuncie a los hijos

del capitán Grant lo que se va a intentar para salvar a su padre.

No había modo de rechazar una oferta hecha con tanto corazón. Quedó pues convenido que miss Grant y su hermano esperarían en Malcolm-Castle el regreso de lord Glenarvan.

Capítulo IV. Una proposición de lady Glenarvan

Durante aquella conversación, lady Helena no había dicho nada de los temores expresados en las cartas de lord Glenarvan sobre la acogida dispensada a su petición por los comisarios del almirantazgo. Tampoco se dijo nada respecto al probable cautiverio del capitán Grant entre los indios de América del Sur. ¿Para qué entristecer a esos pobres niños con la situación de su padre y menguar la esperanza que acababan de concebir? Aquello no cambiaba nada. Lady Helena había guardado silencio al respecto, y, tras haber respondido a todas las preguntas de miss Grant, la interrogó a su vez sobre su vida, sobre su situación en ese mundo en el que parecía ser la única protectora de su hermano.

Fue una historia conmovedora y sencilla que acrecentó todavía más la simpatía de lady Glenarvan por la joven.

Miss Mary y Robert Grant eran los únicos hijos del capitán. Harry Grant había perdido a su mujer en el nacimiento de Robert, y durante sus viajes de altura dejaba a sus hijos al cuidado de una buena y vieja prima. Era un audaz marinero el capitán Grant, un hombre que conocía bien su oficio, buen navegante y buen comerciante a un tiempo, reuniendo así una doble aptitud preciosa para los skippers de la marina mercante. Habitaba la ciudad de Dundee, en el condado de Perth, en Escocia. El capitán Grant era, pues, un hijo del país.

Su padre, un pastor de la iglesia de Santa Katrina, le había dado una educación completa, pensando que eso nunca le perjudica a nadie, ni siquiera a un capitán de altura.

Durante sus primeros viajes de ultramar, como segundo de abordo primero y finalmente como skipper, sus negocios prosperaron, y algunos años después del nacimiento de Robert Harry, se encontraba en posesión de una cierta fortuna.

Fue entonces cuando le vino una gran idea, que hizo popular su nombre en Escocia. Al igual que los Glenarvan, y algunas grandes familias de las Lowlands, estaba separado de corazón, aunque no de hecho, de la invasora Inglaterra. Los intereses de su país no podían ser a sus ojos los de los anglosajones, y para darles un desarrollo propio resolvió fundar una vasta colonia escocesa en uno de los continentes de Oceanía.

¿Soñaba para el futuro con esa independencia de la que los Estados Unidos habían dado el ejemplo, esa independencia que las Indias y Australia no pueden dejar de conquistar algún día? Quizá.

Quizá también dejó traslucir sus secretas esperanzas. Se comprende, pues, que el gobierno se negara a prestar mano a su proyecto de colonización; incluso le creó al capitán Grant dificultades que, en cualquier otro país, habrían acabado con su hombre. Pero Harry no se dejó abatir; apeló al patriotismo de sus compatriotas, puso su fortuna al servicio de su causa, construyó un navío y, secundado por una tripulación de élite, tras haber confiado a sus hijos al cuidado de su vieja prima, partió a explorar las grandes islas del Pacífico. Era el año 1861.

Durante un año, hasta mayo de 1862, se tuvieron noticias suyas; pero desde su partida del Callao, en el mes de junio, nadie volvió a oír hablar del *Britannia*, y la *gaceta marítima* enmudeció sobre la suerte del capitán.

Fue en esas circunstancias cuando murió la vieja prima de Harry Grant, y los dos hijos se quedaron solos en el mundo.

Mary Grant tenía entonces catorce años; su alma valerosa no retrocedió ante la situación que se le imponía, y se consagró por entero a su hermano, que aún era un niño. Había que criarlo, instruirlo.

A fuerza de economías, de prudencia y de sagacidad, trabajando noche y día, dándose entera a él, negándose todo para sí, la hermana bastó para la educación del hermano y cumplió valerosamente sus deberes de madre. Los dos hijos vivían pues en Dundee en aquella situación conmovedora de una miseria noblemente aceptada, pero valerosamente combatida.

Mary no pensaba más que en su hermano, y soñaba para él algún venturoso porvenir. Para ella, ¡ay!, el *Britannia* estaba perdido para siempre y su padre muerto, bien muerto. No hay pues que pretender describir su emoción cuando la nota del *Times*, que el azar puso ante sus ojos, la arrancó súbitamente de su desesperación.

No había que vacilar; su resolución fue tomada de inmediato. Aunque hubiera de saber que el cuerpo del capitán Grant había sido hallado en una costa desierta, en el fondo de un navío destrozado, eso era mejor que aquella duda incesante, aquella tortura eterna de lo desconocido.

Se lo contó todo a su hermano; ese mismo día, los dos niños tomaron el ferrocarril de Perth, y por la tarde llegaron a Malcolm-Castle, donde Mary, tras tantas angustias, volvió a abrigar esperanza.

Ésa fue la dolorosa historia que Mary Grant narró a lady Glenarvan, de modo sencillo y sin pensar que en todo aquello, durante aquellos largos años de pruebas, se había conducido como una hija heroica; pero lady Helena lo pensó por ella, y varias veces, sin ocultar sus lágrimas, estrechó entre sus brazos a los dos hijos del capitán Grant.

En cuanto a Robert, parecía que escuchaba esa historia por primera vez; abría unos ojos muy grandes mientras oía a su hermana; comprendía todo lo que ella había hecho, todo lo que había sufrido, y al fin, rodeándola con sus brazos:

—¡Ah! ¡Mamá! ¡Querida mamá! —exclamó, sin poder reprimir ese grito salido de lo más profundo de su corazón.

Durante aquella conversación, la noche había caído del todo. Lady Helena, teniendo en cuenta el cansancio de los dos niños, no quiso prolongar más aquel coloquio. Mary Grant y Robert fueron llevados a sus habitaciones y se durmieron soñando con un futuro mejor. Tras su partida, lady Helena hizo llamar al mayor y le refirió todos los incidentes de aquella velada.

—¡Una muchacha valiente esa Mary Grant! —dijo Mac Nabbs cuando hubo escuchado el relato de su prima.

—¡Ojalá mi marido tenga éxito en su empresa! —respondió lady Helena —, pues la situación de esos dos niños se volvería espantosa.

—Lo tendrá —replicó Mac Nabbs—, o los lores del almirantazgo tendrían el corazón más duro que la piedra de Portland.

A pesar de esa seguridad del mayor, lady Helena pasó la noche presa de los temores más vivos y no pudo descansar un solo momento.

Al día siguiente, Mary Grant y su hermano, levantados desde el alba, paseaban por el gran patio del castillo cuando se oyó el ruido de un carruaje.

Lord Glenarvan entraba en Malcolm-Castle a toda la velocidad de sus caballos. Casi al instante, lady Helena, acompañada del mayor, apareció en el patio y voló al encuentro de su marido. Éste parecía triste, decepcionado, furioso.

Estrechaba a su mujer entre los brazos y callaba.

—Pues bien, Edward, ¿Edward? —exclamó lady Helena.

—Pues bien, querida Helena —respondió lord Glenarvan—, ¡esa gente no tiene corazón!

—¿Han rechazado?...

—¡Sí! ¡Me han negado un navío! ¡Han hablado de los millones gastados en vano en la búsqueda de Franklin! ¡Han declarado el documento oscuro, ininteligible! ¡Han dicho que el abandono de esos desgraciados se remontaba ya a dos años y que había pocas posibilidades de encontrarlos! ¡Han sostenido que, prisioneros de los indios, debían de haber sido arrastrados al interior de las tierras, que no era posible registrar toda la Patagonia para encontrar a tres hombres —¡tres escoceses!—, que esa búsqueda sería vana y peligrosa, que costaría más víctimas de las que salvaría! ¡En fin, han dado todas las malas razones de quienes quieren negarse! Se acordaban de los proyectos del capitán, y el desgraciado Grant está perdido para siempre.

—¡Mi padre! ¡Mi pobre padre! —exclamó Mary Grant precipitándose a los pies de lord Glenarvan.

—¿Vuestro padre? ¿Cómo, señorita...? —dijo éste, sorprendido al ver a aquella joven a sus pies.

—Sí, Edward, miss Mary y su hermano —respondió lady Helena—, los dos hijos del capitán Grant, a los que el almirantazgo acaba de condenar a

seguir huérfanos.

—¡Ah, señorita! —repuso lord Glenarvan ayudando a levantarse a la joven—, si hubiera sabido que estabais aquí...

¡No añadió nada más! Un silencio penoso, entrecortado de sollozos, reinaba en el patio.

Nadie alzaba la voz, ni lord Glenarvan, ni lady Helena, ni el mayor, ni los servidores del castillo, silenciosamente alineados alrededor de sus señores. Pero por su actitud, todos aquellos escoceses protestaban contra la conducta del gobierno inglés.

Tras unos instantes, el mayor tomó la palabra y, dirigiéndose a lord Glenarvan, le dijo:

—¿Así que ya no tenéis ninguna esperanza?

—Ninguna.

—Pues bien —exclamó el joven Robert—, yo iré a ver a esa gente, y ya veremos...

Robert no terminó su amenaza, pues su hermana lo detuvo; pero su puño cerrado indicaba intenciones poco pacíficas.

—No, Robert —dijo Mary Grant—. ¡No! Demos las gracias a estos nobles señores por lo que han hecho por nosotros; guardémosles eterna gratitud, y partamos los dos.

—¡Mary! —exclamó lady Helena.

—Señorita, ¿adónde quiere usted ir? —dijo lord Glenarvan.

—Voy a arrojarme a los pies de la reina —respondió la joven—, y veremos si será sorda a las súplicas de dos niños que piden la vida de su padre.

Lord Glenarvan sacudió la cabeza, no porque dudara del corazón de su graciosa majestad, sino porque sabía que Mary Grant no podría llegar hasta ella.

Los suplicantes llegan demasiado raramente a los peldaños de un trono, y parece que se hubiera escrito en la puerta de los palacios reales lo que los ingleses ponen en la rueda de los timones de sus navíos: *Passengers are requested not to speak to the man at the wheel*.

Lady Helena había comprendido el pensamiento de su marido; sabía que la joven iba a intentar una gestión inútil; veía a esos dos niños llevando en adelante una existencia desesperada. Fue entonces cuando tuvo una idea grande y generosa.

—Mary Grant —exclamó—, esperad, niña mía, y escuchad lo que voy a decir.

La joven tenía a su hermano de la mano y se disponía a partir. Se detuvo.

Entonces lady Helena, con los ojos húmedos pero la voz firme y el semblante animado, se adelantó hacia su marido.

—Edward —le dijo—, al escribir esa carta y arrojarla al mar, el capitán Grant la había confiado a los cuidados del propio Dios. ¡Dios nos la ha remitido a nosotros! Sin duda Dios ha querido encargarnos de la salvación de esos desgraciados.

—¿Qué quiere usted decir, Helena? —preguntó lord Glenarvan.

Un profundo silencio reinaba en toda la asamblea.

—Quiero decir —repuso lady Helena— que hay que considerarse dichoso de comenzar la vida del matrimonio con una buena acción. Pues bien, usted, querido Edward, para complacerme, ha proyectado un viaje de placer. Pero ¿qué placer será más verdadero, más útil, que salvar a unos desdichados que su país abandona?

—¡Helena! —exclamó lord Glenarvan.

—Sí, me comprende usted, Edward. ¡El *Duncan* es un navío valiente y bueno! ¡Puede afrontar los mares del sur! ¡Puede dar la vuelta al mundo, y la dará si es preciso! ¡Partamos, Edward! ¡Vayamos en busca del capitán Grant!

A esas audaces palabras, lord Glenarvan había tendido los brazos a su joven esposa; sonreía, la apretaba contra su corazón, mientras Mary y Robert le besaban las manos. Y durante aquella escena conmovedora, los servidores del castillo, emocionados y entusiasmados, dejaban escapar de sus corazones este grito de reconocimiento:

—¡Hurra por la dama de Luss! ¡Hurra! ¡Tres veces hurra por lord y lady Glenarvan!

Capítulo V. La partida del Duncan

Se ha dicho que lady Helena tenía un alma fuerte y generosa. Lo que acababa de hacer era una prueba indiscutible de ello. Lord Glenarvan estuvo con razón orgulloso de aquella noble mujer, capaz de comprenderle y de seguirle. Aquella idea de volar en socorro del capitán Grant ya se había apoderado de él cuando, en Londres, vio rechazada su demanda; si no había adelantado a lady Helena era porque no podía hacerse a la idea de separarse de ella.

Pero puesto que lady Helena pedía partir ella misma, toda vacilación cesaba. Los servidores del castillo habían saludado con sus gritos aquella proposición; se trataba de salvar a hermanos, a escoceses como ellos, y lord Glenarvan se unió de buen grado a los hurras que aclamaban a la dama de Luss.

Resuelta la partida, no había una hora que perder. Ese mismo día, lord Glenarvan expidió a John Mangles la orden de llevar el *Duncan* a Glasgow, y de prepararlo todo para un viaje por los mares del sur que podía convertirse en un viaje de circunnavegación. Por lo demás, al formular su proposición, lady Helena no había prejuzgado en exceso las cualidades del *Duncan*; construido en condiciones notables de solidez y de velocidad, podía intentar impunemente un viaje de altura.

Era un yate de vapor del más bello ejemplar; desplazaba doscientas diez toneladas, y los primeros navíos que abordaron el nuevo mundo, los de Colón, de Vespucio, de Pinzón, de Magallanes, eran de dimensiones muy inferiores.

El *Duncan* tenía dos palos: un palo de trinquete con trinquete, cangreja de trinquete, velacho y sobrejuanete de proa; un palo mayor con cangreja mayor y escandalosa; además, una trinquetilla, un foque mayor, un foque y

velas de estay. Su velamen era suficiente, y podía aprovechar el viento como un simple clíper; pero ante todo contaba con la potencia mecánica que encerraban sus flancos.

Su máquina, de una fuerza efectiva de ciento sesenta caballos, y construida según un nuevo sistema, poseía aparatos de recalentamiento que conferían una mayor tensión a su vapor; era de alta presión e impulsaba una hélice doble. El *Duncan* a toda máquina podía alcanzar una velocidad superior a todas las obtenidas hasta entonces. En efecto, durante sus pruebas en el golfo del Clyde había hecho, según la corredera de patente, hasta diecisiete millas por hora. Así pues, tal como era, podía partir y dar la vuelta al mundo. John Mangles no tuvo que preocuparse más que de los acondicionamientos interiores.

Su primer cuidado fue ampliar las carboneras, a fin de embarcar la mayor cantidad posible de carbón, pues es difícil renovar en ruta las provisiones de combustible. La misma precaución fue tomada para las despensas, y John Mangles lo hizo tan bien que almacenó víveres para dos años; el dinero no le faltaba, e incluso le alcanzó para comprar un cañón de pivote que fue instalado en el castillo de proa del yate; nadie sabía lo que podría ocurrir, y siempre es bueno poder lanzar una bala de a ocho a una distancia de cuatro millas.

John Mangles, hay que reconocerlo, entendía de esto; aunque no mandaba más que un yate de recreo, contaba entre los mejores skippers de Glasgow; tenía treinta años, los rasgos algo rudos, pero que indicaban valor y bondad.

Era un hijo del castillo, que la familia Glenarvan había criado y del que había hecho un excelente marinero. John Mangles dio con frecuencia pruebas de habilidad, de energía y de sangre fría en algunos de sus viajes de altura. Cuando lord Glenarvan le ofreció el mando del *Duncan*, lo aceptó de buen grado, pues amaba como a un hermano al señor de Malcolm-Castle, y buscaba, sin haberla encontrado hasta entonces, la ocasión de sacrificarse por él.

El segundo, Tom Austin, era un veterano marinero digno de toda confianza; veinticinco hombres, incluyendo al capitán y al segundo, componían la tripulación del *Duncan*; todos pertenecían al condado de Dumbarton; todos, marineros probados, eran hijos de los arrendatarios de la familia y formaban

a bordo un clan verdadero de buena gente a la que no le faltaba siquiera la tradicional *piper-bag*. Lord Glenarvan tenía allí un grupo de buenos súbditos, contentos de su oficio, entregados, valerosos, hábiles en el manejo de las armas tanto como en la maniobra de un navío, y capaces de seguirle en las expediciones más azarosas. Cuando la tripulación del *Duncan* supo adónde se la llevaba, no pudo contener su gozosa emoción, y los ecos de las rocas de Dumbarton se despertaron a sus entusiastas hurras.

John Mangles, mientras se ocupaba de estibar y avituallar su navío, no olvidó acondicionar los aposentos de lord y de lady Glenarvan para un viaje de altura. Tuvo que preparar igualmente los camarotes de los hijos del capitán Grant, pues lady Helena no había podido negarle a Mary el permiso de seguirla a bordo del *Duncan*.

En cuanto al joven Robert, se habría escondido en la bodega del yate antes que no partir. Aunque hubiera de ejercer el oficio de grumete, como Nelson y Franklin, se habría embarcado en el *Duncan*. ¡Cómo resistirse a ese mocoso!

No se intentó. Hubo incluso que consentir en «negarle» la calidad de pasajero, pues, grumete, novicio o marinero, quería servir. John Mangles fue encargado de enseñarle el oficio de marinero.

—Bien —dijo Robert—, y que no me escatime los golpes de tralla si no marcho derecho.

—Tranquilo, muchacho —respondió Glenarvan con aire serio, sin añadir que el uso del gato de nueve colas estaba prohibido y por lo demás perfectamente inútil a bordo del *Duncan*.

Para completar la lista de pasajeros, bastará nombrar al mayor Mac Nabbs. El mayor era un hombre de cincuenta años, de rostro tranquilo y regular, que iba adonde se le decía que fuera, una naturaleza excelente y perfecta, modesto, silencioso, apacible y suave; siempre de acuerdo en cualquier cosa con cualquiera, no discutía nada, no se disputaba, no se encolerizaba; subía con el mismo paso la escalera de su dormitorio que el talud de una cortina batida en brecha, sin conmoverse por nada en el mundo, sin turbarse jamás, ni siquiera por un balazo, y sin duda morirá sin haber encontrado ocasión de enojarse. Ese hombre poseía en grado sumo no sólo el vulgar valor de los campos de batalla, esa valentía física debida única-

mente a la energía muscular, sino algo mejor todavía: el valor moral, es decir, la firmeza del alma.

Si tenía un defecto, era el de ser absolutamente escocés de pies a cabeza, un caledonio de pura cepa, un observador obstinado de las viejas costumbres de su país. Por eso no quiso nunca servir a Inglaterra, y ese grado de mayor lo ganó en el 42.° regimiento de los Highland-Black-Watch, guardia negra, cuyas compañías estaban formadas únicamente por hidalgos escoceses. Mac Nabbs, en su calidad de primo de los Glenarvan, residía en el castillo de Malcolm, y en su calidad de mayor encontró de lo más natural embarcarse en el *Duncan*.

Tal era, pues, el personal de ese yate, llamado por circunstancias imprevistas a realizar uno de los viajes más sorprendentes de los tiempos modernos. Desde su llegada al muelle de vapores de Glasgow, había monopolizado en su favor la curiosidad pública; una considerable muchedumbre venía cada día a visitarlo; sólo él despertaba interés, sólo de él se hablaba, con gran disgusto de los demás capitanes del puerto, entre otros del capitán Burton, que mandaba el *Scotia*, un magnífico vapor amarrado junto al *Duncan* y en partida para Calcuta.

El *Scotia*, dado su tamaño, tenía derecho a considerar al *Duncan* como un simple barco ligero.

Sin embargo, todo el interés se concentraba sobre el yate de lord Glenarvan, y crecía de día en día.

En efecto, el momento de la partida se aproximaba; John Mangles se había mostrado hábil y expeditivo. Un mes después de sus pruebas en el golfo del Clyde, el *Duncan*, estibado, avituallado y acondicionado, podía hacerse a la mar. La partida fue fijada para el 25 de agosto, lo que permitía al yate llegar hacia el comienzo de la primavera de las latitudes australes.

Lord Glenarvan, desde que su proyecto fue conocido, no había dejado de recibir algunas observaciones sobre las fatigas y los peligros del viaje; pero no les prestó ninguna atención, y se dispuso a dejar Malcolm-Castle. Por lo demás, muchos le censuraban, aunque le admiraban sinceramente. Luego la opinión pública se declaró abiertamente a favor del lord escocés, y todos los periódicos, a excepción de los «órganos del gobierno», censuraron unánimemente la conducta de los comisarios del almirantazgo en ese asunto.

Además, lord Glenarvan fue insensible tanto a la censura como al elogio: cumplía su deber y se preocupaba poco del resto.

El 24 de agosto, Glenarvan, lady Helena, el mayor Mac Nabbs, Mary y Robert Grant, Mr Olbinett, el mayordomo del yate, y su esposa Mrs Olbinett, adscrita al servicio de lady Glenarvan, dejaron Malcolm-Castle, tras recibir los conmovedores adioses de los servidores de la familia. Pocas horas después, estaban instalados a bordo. La población de Glasgow acogió con admiración simpática a lady Helena, la joven y valerosa mujer que renunciaba a los tranquilos placeres de una vida opulenta y volaba en socorro de los náufragos.

Los aposentos de lord Glenarvan y su esposa ocupaban en la toldilla toda la parte de popa del *Duncan*; se componían de dos dormitorios, un salón y dos tocadores; además había una cámara común rodeada de seis camarotes, cinco de los cuales estaban ocupados por Mary y Robert Grant, Mr. y Mrs. Olbinett, y el mayor Mac Nabbs. En cuanto a los camarotes de John Mangles y Tom Austin, se hallaban situados en ángulo y daban a la cubierta.

La tripulación estaba alojada en el entrepuente y con toda comodidad, pues el yate no llevaba más cargamento que su carbón, sus víveres y las armas. Así que el espacio no había faltado a John Mangles para los acondicionamientos interiores, y él había sabido aprovecharlo con habilidad.

El *Duncan* debía partir en la noche del 24 al 25 de agosto, con la marea descendente de las tres de la madrugada. Pero antes, la población de Glasgow fue testigo de una ceremonia conmovedora. A las ocho de la tarde, lord Glenarvan y sus huéspedes, la tripulación al completo, desde los fogoneros hasta el capitán, todos cuantos habían de tomar parte en aquel viaje de abnegación, abandonaron el yate y se dirigieron a Saint-Mungo, la vieja catedral de Glasgow.

Esta antigua iglesia, conservada intacta en medio de las ruinas causadas por la Reforma y tan maravillosamente descrita por Walter Scott, acogió bajo sus macizas bóvedas a los pasajeros y marinos del *Duncan*.

Una muchedumbre inmensa los acompañaba. Allí, en la nave mayor llena de sepulcros como un cementerio, el reverendo Morton imploró las bendiciones del cielo y puso la expedición bajo la guarda de la Providencia.

Hubo un momento en que la voz de Mary Grant se elevó en la vieja iglesia. La joven oraba por sus bienhechores y derramaba ante Dios las dulces lágrimas del agradecimiento. Luego la asamblea se retiró bajo el peso de una emoción profunda. A las once, cada cual había regresado a bordo. John Mangles y la tripulación se ocupaban de los últimos preparativos.

A medianoche se encendieron los fuegos; el capitán dio la orden de activarlos con energía, y muy pronto torrentes de humo negro se mezclaron con las brumas de la noche. Las velas del *Duncan* habían sido cuidadosamente guardadas en el estuche de lona que servía para preservarlas de la suciedad del carbón, pues el viento soplaba del sudoeste y no podía favorecer la marcha del navío.

A las dos, el *Duncan* comenzó a estremecerse bajo la vibración de sus calderas; el manómetro marcó una presión de cuatro atmósferas; el vapor recalentado silbó por las válvulas; la marea estaba en calma; el día permitía ya reconocer los pasos del Clyde entre las balizas y los *biggings* cuyos faroles se iban apagando poco a poco ante el alba naciente. Solo quedaba partir.

John Mangles hizo avisar a lord Glenarvan, quien subió inmediatamente a cubierta.

Pronto se dejó sentir el reflujo; el *Duncan* lanzó al aire vigorosos pitidos, largó sus amarras y se desembarazó de los navíos circundantes; se puso la hélice en movimiento y empujó el yate por el canal del río.

John no había tomado práctico; conocía admirablemente los pasos del Clyde, y ningún piloto habría maniobrado mejor que él a bordo. El yate evolucionaba a una señal suya: con la mano derecha comandaba la máquina; con la izquierda, el timón, en silencio y con seguridad. Pronto las últimas fábricas cedieron su lugar a las villas levantadas aquí y allá sobre las colinas ribereñas, y los ruidos de la ciudad se extinguieron en la lejanía.

Una hora después el *Duncan* rozó las rocas de Dumbarton; dos horas más tarde se hallaba en el golfo del Clyde; a las seis de la mañana doblaba el *mull* de Cantyre, salía por el canal norte y navegaba en pleno océano.

Capítulo VI. El pasajero del camarote número seis

Durante aquella primera jornada de navegación, el mar estuvo bastante agitado y el viento arreció hacia el atardecer; el *Duncan* era sacudido con fuerza; por eso las señoras no aparecieron en la toldilla; permanecieron recostadas en sus camarotes, y bien hicieron.

Pero al día siguiente el viento giró un punto; el capitán John izó el trinquete, la cangreja y el juanete de proa; el *Duncan*, mejor apoyado sobre las olas, fue menos sensible a los movimientos de balance y cabeceo. Lady Helena y Mary Grant pudieron desde el alba reunirse en cubierta con lord Glenarvan, el mayor y el capitán. El amanecer fue magnífico. El astro del día, semejante a un disco de metal dorado por los procedimientos Ruolz, surgía del océano como de un inmenso baño voltaico.

El *Duncan* se deslizaba en medio de una espléndida irradiación, y verdaderamente se habría dicho que sus velas se henchían bajo el empuje de los rayos del sol.

Los huéspedes del yate asistían en silenciosa contemplación a aquella aparición del astro radiante.

—¡Qué admirable espectáculo! —dijo por fin lady Helena—. He aquí el comienzo de un hermoso día. ¡Ojalá el viento no se muestre contrario y favorezca la marcha del *Duncan*!

—Sería imposible desear uno mejor, querida Helena —respondió lord Glenarvan—, y no tenemos motivo de queja con este comienzo de viaje.

—¿Será larga la travesía, querido Edward?

—Es el capitán John quien debe respondernos —dijo Glenarvan—. ¿Marchamos bien? ¿Está usted satisfecho de su navío, John?

—Muy satisfecho, señoría —replicó John—. Es un barco maravilloso, y un marinero goza al sentirlo bajo sus pies. Jamás casco y máquina estuvieron en mejor armonía; por eso verá usted cuán plana es la estela del yate y con qué facilidad se sustrae a la ola. Avanzamos a razón de diecisiete millas por hora. Si esta rapidez se mantiene, cruzaremos el ecuador en diez días, y antes de cinco semanas habremos doblado el cabo de Hornos.

—¿Lo oye usted, Mary? —prosiguió lady Helena—. ¡Antes de cinco semanas!

—Sí, señora —respondió la joven—, lo oigo, y el corazón me ha latido muy fuerte con las palabras del capitán.

—¿Y esta navegación, miss Mary? —preguntó lord Glenarvan—. ¿Cómo la lleva usted?

—Bastante bien, *milord*, sin experimentar demasiadas molestias. Además, me acostumbraré pronto.

—¿Y nuestro joven Robert?

—¡Oh, Robert! —respondió John Mangles—. Cuando no está metido en la máquina, está encaramado en el tope de los palos. Os doy a conocer a un muchacho que se burla del mareo. ¡Y miradlo! ¿Lo veis?

A una señal del capitán, todas las miradas se dirigieron hacia el palo de trinquete, y todos pudieron ver a Robert suspendido de los amantillos del juanete a cien pies de altura. Mary no pudo contener un sobresalto.

—¡Oh, tranquilícese, miss! —dijo John Mangles—. Respondo de él, y le prometo presentarle dentro de poco un valiente muchacho al capitán Grant, ¡pues lo encontraremos, a ese digno capitán!

—Que el cielo le oiga, señor John —respondió la joven.

—Mi querida niña —prosiguió lord Glenarvan—, en todo esto hay algo de providencial que debe darnos buena esperanza. No vamos; nos llevan. No buscamos; nos guían. Y además, ved a toda esa buena gente enrolada al servicio de una causa tan noble. No solo tendremos éxito en nuestra empre-

sa, sino que se llevará a cabo sin dificultades. He prometido a lady Helena un viaje de placer, y mucho me equivoco, o cumpliré mi palabra.

—Edward —dijo lady Glenarvan—, usted es el mejor de los hombres.

—En modo alguno; pero tengo la mejor de las tripulaciones en el mejor de los navíos. ¿Acaso no lo admira usted, nuestro *Duncan*, miss Mary?

—Al contrario, *milord* —respondió la joven—, lo admiro, y como una verdadera conocedora.

—¡Ah, de veras!

—Jugué de niña en los barcos de mi padre; debería haber hecho de mí un marinero, y si fuera preciso, quizá no me vería apurada para tomar un rizo o trenzar una cajeta.

—¡Eh, miss, lo que dice usted! —exclamó John Mangles.

—Si habla usted así —prosiguió lord Glenarvan—, va usted a ganarse un gran amigo en el capitán John, ¡pues no concibe nada en el mundo que valga el oficio de marinero! ¡No ve otro, ni siquiera para una mujer! ¿No es verdad, John?

—Sin duda, señoría —respondió el joven capitán—, aunque confieso que miss Grant está mejor en su lugar en la toldilla que cogiendo rizos en un juanete; pero no por eso me place menos oírla hablar así.

—Y sobre todo cuando admira el *Duncan* —replicó Glenarvan.

—Que bien lo merece —respondió John.

—A fe mía —dijo lady Helena—, ya que está usted tan orgulloso de su yate, me da usted ganas de visitarlo hasta el fondo de la bodega, y de ver cómo están instalados nuestros valientes marineros en el entrepuente.

—Admirablemente —respondió John—; están allí como en su casa.

—Y verdaderamente están en su casa, querida Helena —respondió lord Glenarvan—. ¡Este yate es un trozo de nuestra vieja Caledonia! ¡Es un fragmento desgajado del condado de Dumbarton que navega por especial gracia, de suerte que no hemos abandonado nuestro país! El *Duncan* es el castillo de Malcolm, y el océano es el lago Lomond.

—Pues bien, querido Edward, háganos usted los honores del castillo —respondió lady Helena.

—A sus órdenes, señora —dijo Glenarvan—, pero antes permítame avisar a Olbinett.

El mayordomo del yate era un excelente administrador, un escocés que habría merecido ser francés por su empaque; por lo demás, desempeñaba sus funciones con celo e inteligencia.

Se presentó a las órdenes de su señor.

—Olbinett, vamos a dar una vuelta antes del desayuno —dijo Glenarvan, como si se tratara de un paseo a Tarbet o al lago Katrine—; espero que encontraremos la mesa puesta a nuestro regreso.

Olbinett se inclinó gravemente.

—¿Nos acompaña usted, mayor? —dijo lady Helena.

—Si usted lo ordena —respondió Mac Nabbs.

—¡Oh! —exclamó lord Glenarvan—. El mayor está absorbido en las volutas de su cigarro; no hay que arrancarlo de ellas; se lo doy a usted como un fumador intrépido, miss Mary. ¡Fuma siempre, incluso durmiendo!

El mayor hizo un gesto de asentimiento, y los huéspedes de lord Glenarvan bajaron al entrepuente.

Mac Nabbs, que se había quedado solo y conversaba consigo mismo, según su costumbre, aunque jamás se contradecía, se envolvió en nubes más espesas; permanecía inmóvil y contemplaba desde popa la estela del yate. Tras algunos minutos de muda contemplación, se volvió y se encontró frente a un personaje desconocido. Si algo hubiera podido sorprenderle, el mayor habría quedado sorprendido con aquel encuentro, pues aquel pasajero le era absolutamente desconocido.

Aquel hombre alto, seco y enjuto podría tener unos cuarenta años; se asemejaba a un clavo largo de cabeza grande; la cabeza, en efecto, era ancha y fuerte, la frente elevada, la nariz alargada, la boca grande, la barbilla pronunciada. En cuanto a sus ojos, se disimulaban tras unas enormes gafas redondas, y su mirada parecía tener esa indecisión particular de los nictalopes. Su fisonomía denotaba un hombre inteligente y alegre; no tenía el aspecto

adusto de esos personajes graves que nunca ríen, por principio, y cuya nulidad se cubre con una máscara seria. Todo lo contrario. El desenfado, el amable desparpajo de aquel desconocido demostraban claramente que sabía tomar a los hombres y a las cosas por su lado bueno. Pero sin que hubiera hablado todavía, se le adivinaba parlanchín, y sobre todo distraído, a la manera de las personas que no ven lo que miran ni oyen lo que escuchan. Llevaba una gorra de viaje, calzaba gruesos botines amarillos y polainas de cuero, vestía unos pantalones de terciopelo marrón y una chaqueta de la misma tela, cuyos innumerables bolsillos parecían atestados de cuadernillos, agendas, libretas, carteras y mil objetos tan embarazosos como inútiles, sin contar con un catalejo que portaba en bandolera.

La agitación de aquel desconocido contrastaba singularmente con la placidez del mayor; daba vueltas alrededor de Mac Nabbs, lo miraba, lo interrogaba con los ojos, sin que este se preocupara de saber de dónde venía, adónde iba, ni por qué se encontraba a bordo del *Duncan*.

Cuando aquel enigmático personaje vio frustradas sus tentativas por la indiferencia del mayor, cogió su catalejo, que en su máxima extensión medía cuatro pies de longitud, y, inmóvil, con las piernas separadas, semejante al poste de una gran carretera, apuntó su instrumento hacia aquella línea donde el cielo y el agua se confundían en un mismo horizonte; tras cinco minutos de examen, bajó el catalejo y, posándolo en cubierta, se apoyó en él como habría hecho con un bastón; pero al instante los tubos del anteojo se deslizaron el uno sobre el otro, el catalejo se replegó sobre sí mismo, y el nuevo pasajero, a quien faltó súbitamente el punto de apoyo, estuvo a punto de tenderse a los pies del palo mayor.

Cualquier otro habría sonreído al menos en lugar del mayor.

El mayor no pestañeó. El desconocido tomó entonces partido.

—¡Mayordomo! —gritó, con un acento que delataba a un extranjero.

Y esperó. Nadie apareció.

—¡Mayordomo! —repitió con voz más fuerte.

Mr. Olbinett pasaba en ese momento, dirigiéndose a la cocina situada bajo el castillo de proa. ¡Cuál fue su asombro al verse interpelado así por aquel individuo alto que no conocía!

«¿De dónde viene este personaje? —se dijo—. ¿Un amigo de lord Glenarvan? Es imposible.»

Sin embargo, subió a la toldilla y se acercó al extranjero.

—¿Es usted el mayordomo del barco? —le preguntó este.

—Sí, señor —respondió Olbinett—, pero no tengo el honor...

—Soy el pasajero del camarote número seis.

—¿Número seis? —repitió el mayordomo.

—Sin duda. ¿Y usted se llama?...

—Olbinett.

—Pues bien, Olbinett, amigo mío —respondió el extranjero del camarote número seis—, hay que pensar en el desayuno, y rápidamente. Hace treinta y seis horas que no he comido, o mejor dicho, treinta y seis horas que solo he dormido, lo cual es perdonable en un hombre que ha venido de una tirada desde París hasta Glasgow. ¿A qué hora se desayuna, si es tan amable?

—A las nueve —respondió Olbinett maquinalmente.

El extranjero quiso consultar su reloj, pero ello no dejó de llevarle bastante tiempo, pues solo lo encontró en el noveno bolsillo.

—Bien —dijo—; todavía no son las ocho. Pues entonces, Olbinett, una galleta y una copa de jerez para esperar, pues me caigo de inanición.

Olbinett escuchaba sin comprender; además el desconocido hablaba sin cesar y pasaba de un asunto a otro con extrema volubilidad.

—¿Y bien —dijo—, y el capitán? ¡El capitán todavía no se ha levantado! ¿Y el segundo? ¿Qué hace el segundo? ¿Duerme también? El tiempo es bueno, por fortuna, el viento favorable, y el navío marcha solo.

Precisamente, y como él hablaba así, John Mangles apareció en la escalera de la toldilla.

—Aquí está el capitán —dijo Olbinett.

—¡Ah! Encantado —exclamó el desconocido—. ¡Encantado, capitán Burton, de conocerle!

Si alguien quedó estupefacto, fue sin duda John Mangles, tanto de verse llamar «capitán Burton» como de ver a aquel extranjero a su bordo.

El otro continuaba con más brío:

—Permítame estrecharle la mano —dijo—, y si no lo hice antes de anteayer por la noche, es porque en el momento de una partida no conviene molestar a nadie. Pero hoy, capitán, me alegra sinceramente entrar en relación con usted.

John Mangles abría unos ojos como platos, mirando alternativamente a Olbinett y al recién llegado.

—Ahora —prosiguió este—, las presentaciones están hechas, mi querido capitán, y ya somos viejos amigos. Conversemos, pues, y dígame si está usted contento del *Scotia*.

—¿Qué entiende usted por el *Scotia*? —dijo por fin John Mangles.

—Pues el *Scotia* que nos lleva, un buen navío cuyas cualidades físicas me han sido ponderadas no menos que las morales de su comandante, el bravo capitán Burton. ¿Sería usted pariente del gran viajero africano de ese nombre? Un hombre audaz. ¡Mis felicitaciones, en ese caso!

—Señor —repuso John Mangles—, no solo no soy pariente del viajero Burton, sino que ni siquiera soy el capitán Burton.

—¡Ah! —exclamó el desconocido—. ¿Es entonces al segundo del *Scotia*, Mr. Burdness, a quien me dirijo en este momento?

—¿Mr. Burdness? —respondió John Mangles, que comenzaba a sospechar la verdad.

Solo que, ¿tenía ante sí a un loco o a un aturdido? Eso era lo que se preguntaba, y estaba a punto de explicarse categóricamente, cuando lord Glenarvan, su esposa y miss Grant volvieron a subir a cubierta.

El extranjero los divisó y exclamó:

—¡Ah! ¡Pasajeros! ¡Pasajeras! Perfecto. Espero, señor Burdness, que vaya usted a presentarme...

Y adelantándose con perfecta soltura, sin aguardar la intervención de John Mangles:

—Señora —dijo a miss Grant; señorita —dijo a lady Helena—; señor... —añadió dirigiéndose a lord Glenarvan.

—Lord Glenarvan —dijo John Mangles.

—*Milord* —prosiguió entonces el desconocido—, le pido perdón por presentarme yo mismo; pero en el mar hay que relajar un poco la etiqueta; espero que haremos rápidamente conocimiento, y que en compañía de estas damas la travesía del *Scotia* nos parecerá tan breve como agradable.

Lady Helena y miss Grant no habrían sabido encontrar una sola palabra de respuesta. No comprendían nada de la presencia de aquel intruso en la toldilla del *Duncan*.

—Señor —dijo entonces Glenarvan—, ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Con Jacques-Éliacin-François-Marie Paganel, secretario de la Sociedad de Geografía de París, miembro correspondiente de las sociedades de Berlín, de Bombay, de Darmstadt, de Leipzig, de Londres, de San Petersburgo, de Viena, de Nueva York, miembro honorario del Instituto Real Geográfico y Etnográfico de las Indias Orientales, quien, después de haber pasado veinte años de su vida haciendo geografía de gabinete, ha querido incorporarse a la ciencia militante, y se dirige hacia la India para enlazar allí entre sí los trabajos de los grandes viajeros.

Capítulo VII. De dónde viene y adónde va Jacques Paganel

El secretario de la Sociedad de Geografía debía de ser un personaje amable, pues todo ello fue dicho con mucha gracia. Lord Glenarvan, por lo demás, sabía perfectamente con quién tenía que ver; el nombre y el mérito de Jacques Paganel le eran perfectamente conocidos; sus trabajos geográficos, sus informes sobre los descubrimientos modernos insertos en los boletines de la sociedad, su correspondencia con el mundo entero, hacían de él uno de los sabios más distinguidos de Francia. Así que Glenarvan tendió cordialmente la mano a su inesperado huésped.

—Y ahora que nuestras presentaciones están hechas —añadió—, ¿me permite usted, señor Paganel, dirigirle una pregunta?

—Veinte preguntas, *milord* —respondió Jacques Paganel—; siempre será un placer para mí conversar con usted.

—¿Fue antes de anteayer por la noche cuando llegó usted a bordo de este navío?

—Sí, *milord*, antes de anteayer por la noche, a las ocho. Salté del *caledonian-railway* a un coche, y del coche al *Scotia*, donde me habían reservado desde París el camarote número seis. La noche estaba oscura. No vi a nadie a bordo. Pues bien, sintiéndome fatigado por treinta horas de camino, y sabiendo que para evitar el mareo es una buena precaución acostarse al llegar y no moverse de la litera durante los primeros días de travesía, me metí en cama sin más dilación, y he dormido concienzudamente durante treinta y seis horas, puede creerlo.

Los oyentes de Jacques Paganel sabían ya a qué atenerse sobre su presencia a bordo.

El viajero francés, equivocándose de navío, se había embarcado mientras la tripulación del *Duncan* asistía a la ceremonia de Saint-Mungo. Todo se explicaba. Pero ¿qué diría el sabio geógrafo cuando se enterara del nombre y el destino del navío en que había embarcado?

—Así pues, señor Paganel —dijo Glenarvan—, ¿es Calcuta el punto que ha elegido usted como punto de partida de sus viajes?

—Sí, *milord*. Visitar la India es un proyecto que he acariciado toda mi vida. Es mi sueño más bello, que va a realizarse al fin en la patria de los elefantes y los *thugs*.

—Entonces, señor Paganel, ¿no le sería indiferente visitar otro país?

—No, *milord*, eso me resultaría desagradable, pues tengo cartas de recomendación para lord Sommerset, el gobernador general de las Indias, y una misión de la Sociedad de Geografía que estoy empeñado en cumplir.

—¡Ah! ¿Tiene usted una misión?

—Sí, un viaje útil y curioso que emprender, y cuyo programa ha sido redactado por mi sabio amigo y colega M. Vivien De Saint-Martin. Se trata, en efecto, de lanzarse sobre las huellas de los hermanos Schlaginweit, del coronel Waugh, de Webb, de Hodgson, de los misioneros Huc y Gabet, de Moorcroft, de M. Jules Remy, y de tantos otros viajeros célebres. Quiero triunfar donde el misionero Krick tuvo la desgracia de fracasar en 1846; en una palabra, reconocer el curso del Yarou-Dzangbo-Tchou, que baña el Tíbet a lo largo de mil quinientos kilómetros, ciñendo la vertiente septentrional del Himalaya, y saber por fin si ese río no se une al Brahmaputra en el nordeste del Assam. La medalla de oro, *milord*, está asegurada para el viajero que logre realizar así uno de los más vivos *desiderata* de la geografía de las Indias.

Paganel estaba magnífico. Hablaba con una animación soberbia. Se dejaba arrastrar en las alas rápidas de la imaginación. Hubiera sido tan imposible detenerlo como al Rin en las cataratas de Schaffhausen.

—Señor Jacques Paganel —dijo lord Glenarvan, tras un instante de silencio—, ese es ciertamente un bello viaje, y del que la ciencia le quedará muy

agradecida; pero no quiero prolongar más su error, y, por el momento al menos, debe usted renunciar al placer de visitar las Indias.

—¿Renunciar a él? ¿Y por qué?

—Porque da usted la espalda a la península indostánica.

—¡Cómo! ¿El capitán Burton...?

—Yo no soy el capitán Burton —respondió John Mangles.

—¿Pero el *Scotia*?

—¡Pero este navío no es el *Scotia*!

El asombro de Paganel no habría podido pintarse con palabras.

Miró alternativamente a lord Glenarvan, siempre serio; a lady Helena y a Mary Grant, cuyos semblantes expresaban una compasiva pena; a John Mangles, que sonreía, y al mayor, que no se inmutaba; luego, encogiéndose de hombros y devolviendo las gafas de la frente a los ojos:

—¡Qué broma! —exclamó.

Pero en ese momento sus ojos toparon con la rueda del timón, que llevaba estas dos palabras por orla:

Duncan Glasgow

—¡El *Duncan*! ¡El *Duncan*! —exclamó lanzando un auténtico grito de desesperación.

Luego, bajando precipitadamente la escalera de la toldilla, se lanzó hacia su camarote.

En cuanto el desdichado sabio hubo desaparecido, nadie a bordo, salvo el mayor, pudo conservar la seriedad, y la risa se contagió incluso a los marineros. ¡Equivocarse de ferrocarril! ¡Bueno! Tomar el tren de Edimburgo en lugar del de Dumbarton. ¡Pase! Pero equivocarse de navío y navegar rumbo a Chile cuando se quiere ir a las Indias: eso es el colmo de la distracción.

—Por lo demás, no me extraña viniendo de Jacques Paganel —dijo Glenarvan—. Es muy citado por semejantes aventuras. Un día publicó un célebre mapa de América en el que había puesto el Japón. Eso no le impide ser un sabio distinguido y uno de los mejores geógrafos de Francia.

—¿Pero qué vamos a hacer con este pobre señor? —dijo lady Helena—. No podemos llevarlo a la Patagonia.

—¿Por qué no? —respondió gravemente Mac Nabbs—. No somos responsables de sus distracciones. Supongamos que está en un tren de ferrocarril: ¿lo haría detener?

—No, pero bajaría en la próxima estación —repuso lady Helena.

—Pues bien —dijo Glenarvan—, eso es lo que podrá hacer, si le place, en nuestra próxima escala.

En ese momento, Paganel, compungido y avergonzado, volvía a subir a la toldilla, después de haberse asegurado de la presencia de su equipaje a bordo. Repetía sin cesar aquellas aciagos palabras: ¡el *Duncan*! ¡el *Duncan*!

No habría encontrado otras en su vocabulario. Iba y venía, examinando el velamen del yate e interrogando el mudo horizonte del mar abierto. Por fin, se acercó a lord Glenarvan:

—¿Y este *Duncan* va...? —dijo.

—A América, señor Paganel.

—¿Y más concretamente?...

—A Concepción.

—¡Al Chile! ¡Al Chile! —exclamó el desdichado geógrafo—. ¡Y mi misión de las Indias! ¡Pero qué dirán M. De Quatrefages, el presidente de la comisión central! ¡Y M. D'Avezac! ¡Y M. Cortambert! ¡Y M. Vivien De Saint-Martin! ¡Cómo voy a presentarme en las sesiones de la sociedad!

—Vamos, señor Paganel —respondió Glenarvan—, no se desespere. Todo puede arreglarse, y usted no habrá sufrido sino un retraso relativamente poco importante. El Yarou-Dzangbo-Tchou le esperará siempre en las montañas del Tíbet. Haremos escala pronto en Madeira, y allí encontrará usted un navío que le devuelva a Europa.

—Se lo agradezco, *milord*; habrá que resignarse. Pero puede decirse que es esta una aventura extraordinaria, y solo a mí me ocurren estas cosas. ¡Y mi camarote reservado a bordo del *Scotia*!

—¡Ah! En cuanto al *Scotia*, le aconsejo que renuncie a él provisionalmente.

—Pero —dijo Paganel, después de examinar de nuevo el navío—, ¿el *Duncan* es un yate de recreo?

—Sí, señor —respondió John Mangles—, y pertenece a su señoría lord Glenarvan.

—Quien le ruega que haga el más amplio uso de su hospitalidad —dijo Glenarvan.

—Mil gracias, *milord* —respondió Paganel—; estoy verdaderamente sensible a su cortesía; pero permítame una simple observación: la India es un hermoso país; ofrece al viajero sorpresas maravillosas; las damas sin duda no lo conocen... Pues bien, el hombre del timón no tendría más que dar una vuelta de rueda, y el yate el *Duncan* navegaría tan fácilmente hacia Calcuta como hacia Concepción; ahora bien, puesto que es un viaje de placer...

Los movimientos de cabeza que acogieron la propuesta de Paganel no le permitieron continuar su desarrollo. Se detuvo en seco.

—Señor Paganel —dijo entonces lady Helena—, si solo se tratara de un viaje de placer, le respondería: vayamos todos juntos a las Grandes Indias, y lord Glenarvan no me desaprobaría. Pero el *Duncan* va a repatriar a unos náufragos abandonados en la costa de la Patagonia, y no puede cambiar un destino tan humano...

En pocos minutos se puso al corriente al viajero francés de la situación; se enteró, no sin emoción, del providencial hallazgo de los documentos, de la historia del capitán Grant, de la generosa propuesta de lady Helena.

—Señora —dijo—, permítame admirar su conducta en todo esto, y admirarla sin reservas. Que su yate continúe su ruta; me reprocharía retrasarlo un solo día.

—¿Quiere usted entonces unirse a nuestras pesquisas? —preguntó lady Helena.

—Es imposible, señora; debo cumplir mi misión. Desembarcaré en su próxima escala...

—En Madeira, pues —dijo John Mangles.

—En Madeira, sea. Solo estaré a ciento ochenta leguas de Lisboa, y esperaré allí medios de transporte.

—Pues bien, señor Paganel —dijo Glenarvan—, se hará según su deseo, y por mi parte, me alegra poder ofrecerle durante algunos días la hospitalidad a bordo. ¡Ojalá no se aburra demasiado en nuestra compañía!

—¡Oh, *milord*! —exclamó el sabio—. ¡Soy todavía harto afortunado de haberme equivocado de manera tan agradable! No obstante, es una situación muy ridícula la de un hombre que embarca para las Indias y hace vela hacia América.

A pesar de esa melancólica reflexión, Paganel hizo de necesidad virtud ante un retraso que no podía evitar.

Se mostró amable, alegre e incluso distraído; encantó a las damas con su buen humor; antes de que terminara el día, era amigo de todos. A petición suya, se le mostró el famoso documento. Lo estudió con cuidado, largamente, minuciosamente. Ninguna otra interpretación le pareció posible. Mary Grant y su hermano le inspiraron el más vivo interés.

Les dio buenas esperanzas. Su manera de vislumbrar los acontecimientos y el éxito indiscutible que pronosticó al *Duncan* arrancaron una sonrisa a la joven. ¡Verdaderamente, de no ser por su misión, se habría lanzado en busca del capitán Grant!

Por lo que respecta a lady Helena, cuando supo que era hija de William Tuffnel, fue una explosión de admirativas interjecciones. Había conocido a su padre. ¡Qué sabio audaz! ¡Cuántas cartas intercambiaron cuando William Tuffnel fue miembro correspondiente de la sociedad! ¡Fue él mismo, él en persona, quien lo había presentado junto con M. Malte-Brun! ¡Qué encuentro, y qué placer viajar con la hija de William Tuffnel!

Finalmente, pidió a lady Helena permiso para besarla. A lo que consintió lady Glenarvan, aunque quizá fuese un poco «improper».

Capítulo VIII. Un buen hombre más a bordo del Duncan

Entretanto el yate, favorecido por las corrientes del norte de África, avanzaba rápidamente hacia el ecuador. El 30 de agosto, se avistó el grupo de Madeira. Glenarvan, fiel a su promesa, ofreció a su nuevo huésped hacer escala para desembarcarlo.

—Mi querido lord —respondió Paganel—, no andaré con ceremonias con usted. Antes de mi llegada a bordo, ¿tenía usted intención de detenerse en Madeira?

—No —dijo Glenarvan.

—Pues bien, permítame sacar partido de las consecuencias de mi desafortunada distracción. Madeira es una isla harto conocida. Ya no ofrece nada de interés para un geógrafo. Todo se ha dicho, todo se ha escrito sobre este grupo, que está además en plena decadencia desde el punto de vista de la viticultura. ¿Se imagina usted que ya no hay viñas en Madeira? La cosecha de vino que en 1813 ascendía a veintidós mil pipas ha caído, en 1845, a dos mil seiscientas sesenta y nueve. ¡Hoy no llega a quinientas! Es un espectáculo desolador. Así pues, si le es indiferente hacer escala en las Canarias...

—Hagamos escala en las Canarias —respondió Glenarvan—. Eso no nos aleja de nuestra ruta.

—Lo sé, mi querido lord. En las Canarias, verá usted, hay tres grupos que estudiar, sin contar el pico de Tenerife, que siempre he deseado ver. Es una ocasión. La aprovecho, y mientras espero el paso de un navío que me devuelva a Europa, haré la ascensión de esa célebre montaña.

—Como usted guste, mi querido Paganel —respondió lord Glenarvan, que no pudo evitar sonreír.

Y tenía razón en sonreír.

Las Canarias están poco lejos de Madeira. Apenas doscientas cincuenta millas separan los dos grupos, distancia insignificante para un corredor tan bueno como el *Duncan*.

El 31 de agosto, a las dos de la tarde, John Mangles y Paganel paseaban por la toldilla. El francés apremiaba a su compañero con vivas preguntas sobre Chile; de pronto el capitán le interrumpió, y señalando hacia el sur un punto del horizonte:

—¿Señor Paganel? —dijo.

—Mi querido capitán —respondió el sabio.

—Tenga usted la bondad de dirigir la vista por ese lado. ¿No ve usted nada?

—Nada.

—No está usted mirando donde debe. No es en el horizonte, sino más arriba, en las nubes.

—¿Entre las nubes? Por más que miro...

—Mire ahora, a través del botalón de bauprés.

—No veo nada.

—Es que usted no quiere ver. En cualquier caso, y aunque estemos a cuarenta millas, sepa usted que el pico de Tenerife es perfectamente visible sobre el horizonte.»

Que Paganel quisiera ver o no, hubo de rendirse a la evidencia algunas horas más tarde, so pena de confesarse ciego.

—¿Lo divisa usted al fin? —le dijo John Mangles.

—Sí, sí, perfectamente —respondió Paganel—; y eso —añadió con tono desdeñoso—, ¿eso es lo que llaman el pico de Tenerife?

—El mismo.

—Parece tener una altura bastante mediocre.

—Sin embargo, se eleva a once mil pies sobre el nivel del mar.

—No vale lo que el Mont Blanc.

—Es posible, pero cuando se trate de escalarlo, quizá le parezca a usted suficientemente alto.

—¡Oh! ¿Escalarlo? Escalarlo, querido capitán, ¿para qué, le pregunto yo, después de los señores De Humboldt y Bonpland? ¡Un gran genio, ese Humboldt! Ha hecho la ascensión de esta montaña; ha dado de ella una descripción que no deja nada que desear; ha reconocido sus cinco zonas: la zona de los vinos, la zona de los laureles, la zona de los pinos, la zona de los brezos alpinos y, por último, la zona de la esterilidad. Fue en la cima misma del pitón donde puso el pie, y allí no tenía ni siquiera sitio para sentarse. Desde lo alto de la montaña, su vista abarcaba un espacio igual a la cuarta parte de España. Luego visitó el volcán hasta en sus entrañas, y alcanzó el fondo de su cráter apagado. ¿Qué quiere usted que haga yo después de ese gran hombre, se lo pregunto?

—En efecto —respondió John Mangles—, ya no queda nada que espigar. Es una lástima, porque se aburrirá usted soberanamente esperando un barco en el puerto de Tenerife. No hay allí muchas diversiones que esperar.

—Exceptuando las mías —dijo Paganel riendo—. Pero, querido Mangles, ¿acaso las islas de Cabo Verde no ofrecen puntos de escala importantes?

—Desde luego. Nada más fácil que embarcarse en Villa-Praïa.

—Sin hablar de una ventaja que no es desdeñable —replicó Paganel—: las islas de Cabo Verde están poco alejadas del Senegal, donde encontraré compatriotas. Ya sé que se dice que este archipiélago es mediocremente interesante, salvaje, malsano; pero todo es curioso a los ojos del geógrafo. Ver es una ciencia. Hay gentes que no saben ver y que viajan con tanta inteligencia como un crustáceo. Crea usted bien que yo no pertenezco a esa escuela.

—Como guste, señor Paganel —respondió John Mangles—; estoy seguro de que la ciencia geográfica ganará con su estancia en las islas de Cabo Verde. Debemos parar precisamente allí a cargar carbón. Su desembarco no nos ocasionará, pues, ningún retraso.»

Dicho esto, el capitán dio el rumbo de manera que se pasara al oeste de las Canarias; el célebre pico quedó a babor, y el *Duncan*, continuando su rápida marcha, cruzó el trópico de Cáncer el 2 de septiembre, a las cinco de la mañana.

El tiempo cambió entonces. Era la atmósfera húmeda y pesada de la estación de las lluvias, «el *tempo das aguas*», según la expresión española, estación penosa para los viajeros, pero útil a los habitantes de las islas africanas, que carecen de árboles y, en consecuencia, carecen de agua. El mar, muy agitado, impidió a los pasajeros permanecer en cubierta; pero las conversaciones del salón no fueron por ello menos animadas.

El 3 de septiembre, Paganel se puso a recoger su equipaje para su próximo desembarco. El *Duncan* navegaba entre las islas de Cabo Verde; pasó frente a la isla del Sal, verdadera tumba de arena, infértil y desolada; tras bordear vastos bancos de coral, dejó por el través la isla de Santiago, atravesada de norte a sur por una cadena de montañas basálticas que rematan dos morros elevados. Luego John Mangles entró en la bahía de Villa-Praïa y ancló pronto frente a la ciudad a ocho brazas de fondo. El tiempo era horrible y la resaca excesivamente violenta, aunque la bahía estuviera resguardada de los vientos de alta mar. La lluvia caía a torrentes y apenas permitía ver la ciudad, alzada sobre una llanura en forma de terraza que se apoyaba en contrafuertes de roca volcánica de trescientos pies de altura. El aspecto de la isla a través de ese espeso telón de lluvia era desolador.

Lady Helena no pudo llevar a cabo su proyecto de visitar la ciudad; el embarque del carbón se hacía con grandes dificultades. Los pasajeros del *Duncan* se vieron, pues, confinados bajo la toldilla, mientras que el mar y el cielo mezclaban sus aguas en una indescriptible confusión. La cuestión meteorológica fue naturalmente el tema del día en las conversaciones a bordo. Cada cual dijo su palabra, salvo el mayor, que habría asistido al diluvio universal con absoluta indiferencia. Paganel iba y venía meneando la cabeza.

—Es cosa hecha a propósito —decía.

—Es cierto —respondió Glenarvan— que los elementos se declaran contra usted.

—Sin embargo, los venceré.

—No puede usted afrontar semejante lluvia —dijo lady Helena.

—Yo, señora, perfectamente. Solo la temo por mis bagajes y mis instrumentos. Todo se perderá.

—Solo el desembarco es de temer —repuso Glenarvan—. Una vez en Villa-Praïa, no estará usted tan mal alojado; poco limpiamente, eso sí: en compañía de monos y cerdos cuyo trato no es siempre agradable. Pero un viajero no se para en esas minucias. Ante todo hay que esperar que en siete u ocho meses pueda embarcarse usted para Europa.

—¡Siete u ocho meses! —exclamó Paganel.

—Como mínimo. Las islas de Cabo Verde no son muy frecuentadas por los barcos durante la estación de las lluvias. Pero podrá usted emplear el tiempo de forma útil. Este archipiélago es aún poco conocido; en topografía, en climatología, en etnografía, en hipsometría, hay mucho que hacer.

—Tendrá usted ríos que reconocer —dijo lady Helena.

—No los hay, señora —respondió Paganel.

—Pues bien, ¿arroyos?

—Tampoco los hay.

—¿Cursos de agua, entonces?

—Tampoco.

—Vaya —dijo el mayor—, pues se contentará usted con los bosques.

—Para haber bosques se necesitan árboles; ahora bien, no hay árboles.

—¡Un país encantador! —replicó el mayor.

—Consuélese, mi querido Paganel —dijo entonces Glenarvan—; al menos tendrá usted montañas.

—¡Oh! Poco elevadas y poco interesantes, *milord*. Además, ese trabajo está hecho.

—¿Hecho? —dijo Glenarvan.

—Sí, esa es mi mala suerte habitual. Si en Canarias me veía ante los trabajos de Humboldt, aquí me encuentro con que me ha ganado por la mano un geólogo, el señor Charles Sainte-Claire Deville.

—¿Es posible?

—Sin duda —respondió Paganel con tono lastimero—. Ese sabio se encontraba a bordo de la corbeta de Estado *la Décidée*, durante su escala en las islas de Cabo Verde, y visitó la cumbre más interesante del grupo, el volcán de la isla del Fuego. ¿Qué quiere usted que haga después de él?

—Eso es verdaderamente lamentable —respondió lady Helena—. ¿Qué va a ser de usted, señor Paganel?»

Paganel guardó silencio durante algunos instantes.

—En definitiva —repuso Glenarvan—, hubiera usted hecho mejor en desembarcar en Madeira, aunque ya no quede vino allí.»

Nuevo silencio del sabio secretario de la Sociedad de Geografía.

«Yo esperaría» —dijo el mayor, exactamente como si hubiera dicho: yo no esperaría.

«Mi querido Glenarvan —repuso entonces Paganel—, ¿dónde cuenta usted hacer escala a partir de ahora?

—¡Oh! No antes de Concepción.

—¡Diablo! Eso me aleja singularmente de las Indias.

—En modo alguno, desde el momento en que haya pasado usted el cabo de Hornos, se irá acercando a ellas.

—Ya me lo imagino.

—Además —repuso Glenarvan con la mayor seriedad—, cuando se va a las Indias, sean orientales u occidentales, poco importa.

—¡Cómo, que poco importa!

—Sin contar que los habitantes de las pampas de la Patagonia son tan indios como los indígenas del Panyab.

—¡Ah! ¡Pardiez, *milord*! —exclamó Paganel—, ¡esa es una razón que jamás se me habría ocurrido!

—Y además, mi querido Paganel, la medalla de oro puede ganarse en cualquier lugar; en todas partes hay algo que hacer, que buscar, que descubrir, en las cadenas de las cordilleras como en las montañas del Tíbet.

—¿Pero el curso del Yarou-Dzangbo-Tchou?

—¡Bah! Lo reemplazará usted por el Río Colorado. Ese sí es un río poco conocido, que en los mapas corre demasiado a capricho de los geógrafos.

—Lo sé, mi querido lord; hay allí errores de varios grados. ¡Oh! No dudo que a petición mía la Sociedad de Geografía me hubiera enviado a la Patagonia tan bien como a las Indias. Pero no lo pensé.

—Efecto de sus distracciones habituales.

—Vamos, señor Paganel, ¿nos acompaña usted? —dijo lady Helena con su voz más seductora.

—Señora, ¿y mi misión?

—Le advierto que pasaremos por el estrecho de Magallanes —repuso Glenarvan.

—*Milord*, es usted un tentador.

—Añado que visitaremos el Puerto del Hambre.

—¡El Puerto del Hambre! —exclamó el francés, asediado por todas partes—, ¡ese puerto célebre en los fastos geográficos!

—Considere también, señor Paganel —repuso lady Helena—, que en esta empresa tendrá usted el derecho de asociar el nombre de Francia al de Escocia.

—¡Sí, sin duda!

—Un geógrafo puede servir útilmente a nuestra expedición, y ¿qué hay más hermoso que poner la ciencia al servicio de la humanidad?

—¡Eso está muy bien dicho, señora!

—Créame usted. Deje obrar al azar, o mejor dicho, a la providencia. Imítenos. Ella nos envió ese documento y partimos. Ella le arroja a usted a bordo del *Duncan*: no lo abandone.

—¿Quieren ustedes que se lo diga, mis bravos amigos? —repuso entonces Paganel—. Pues bien, ¡tienen ustedes grandes deseos de que me quede!

—Y usted, Paganel, se muere de ganas de quedarse —replicó Glenarvan.

—¡Pardiez! —exclamó el sabio geógrafo—. ¡Pero temía ser indiscreto!»

Capítulo IX. El estrecho de Magallanes

La alegría fue general a bordo cuando se conoció la resolución de Paganel. El joven Robert le saltó al cuello con una vivacidad muy demostrativa. El digno secretario estuvo a punto de caer de espaldas.

—Un chiquillo de cuidado —dijo—; le enseñaré geografía.»

Ahora bien, como John Mangles se encargaba de hacer de él un marinero, Glenarvan un hombre de corazón, el mayor un muchacho de sangre fría, lady Helena un ser bueno y generoso, Mary Grant un alumno agradecido para con semejantes maestros, Robert debía convertirse evidentemente algún día en un caballero consumado.

El *Duncan* terminó rápidamente su carga de carbón, y luego, abandonando aquellos tristes parajes, se dirigió al oeste hacia la corriente de la costa del Brasil, y el 7 de septiembre, tras cruzar el ecuador con una hermosa brisa del norte, entró en el hemisferio austral.

La travesía se hacía, pues, sin dificultad. Todos albergaban buenas esperanzas. En aquella expedición en busca del capitán Grant, la suma de probabilidades parecía crecer cada día.

Uno de los más confiados a bordo era el capitán. Pero su confianza provenía sobre todo del deseo que le tenía tan fuertemente prendido en el corazón de ver a la señorita Mary feliz y consolada. Se había tomado un interés muy particular por esa joven; y ese sentimiento lo disimulaba tan bien que, salvo Mary Grant y él mismo, todo el mundo se percataba de ello a bordo del *Duncan*.

En cuanto al sabio geógrafo, era probablemente el hombre más feliz del hemisferio austral; pasaba sus días estudiando los mapas con que cubría la

mesa del salón; de ahí las discusiones cotidianas con el señor Olbinett, que no podía poner los cubiertos. Pero Paganel contaba con todos los huéspedes de la toldilla, salvo el mayor, al que las cuestiones geográficas dejaban muy indiferente, sobre todo a la hora de cenar. Además, habiendo descubierto todo un cargamento de libros muy dispares en los baúles del segundo oficial, y entre ellos cierto número de obras españolas, Paganel resolvió aprender la lengua de Cervantes, que nadie sabía a bordo. Eso debía facilitar sus investigaciones en el litoral chileno. Gracias a sus disposiciones para el poliglotismo, no desesperaba de hablar con fluidez ese nuevo idioma al llegar a Concepción. Por eso estudiaba con ahínco, y se le oía mascullar incesantemente sílabas heterogéneas.

Durante sus ratos libres, no dejaba de dar una instrucción práctica al joven Robert, y le contaba la historia de aquellas costas a las que el *Duncan* se aproximaba tan rápidamente.

Se encontraban entonces, el 10 de septiembre, a 57° 3' de latitud y 31° 15' de longitud, y ese día Glenarvan supo una cosa que probablemente ignoran personas mucho más instruidas que él. Paganel contaba la historia de América, y para llegar a los grandes navegantes cuya ruta seguía entonces el yate, remontó hasta Cristóbal Colón; y concluyó diciendo que el célebre genovés había muerto sin saber que había descubierto un mundo nuevo. Todo el auditorio protestó. Paganel se mantuvo firme en su afirmación.

—Nada más cierto —añadió—. No quiero disminuir la gloria de Colón, pero el hecho está establecido. A finales del siglo XV, los espíritus no tenían más que una preocupación: facilitar las comunicaciones con Asia y buscar el Oriente por las rutas de Occidente; en una palabra, ir por el camino más corto «al país de las especias». Eso fue lo que intentó Colón. Hizo cuatro viajes; tocó América en las costas de Cumaná, de Honduras, de los Mosquitos, de Nicaragua, de Veragua, de Costa Rica, de Panamá, que tomó por tierras del Japón y de la China, y murió sin haberse percatado de la existencia del gran continente al que ni siquiera debía legar su nombre.

—Quiero creerle, mi querido Paganel —respondió Glenarvan—; sin embargo, me permitirá usted quedar sorprendido, y preguntarle cuáles son los navegantes que descubrieron la verdad acerca de los descubrimientos de Colón.

—Sus sucesores: Ojeda, que ya le había acompañado en sus viajes, así como Vicente Pinzón, Vespucio, Mendoza, Bastidas, Cabral, Solís, Balboa. Estos navegantes bordearon las costas orientales de América; las delimitaron descendiendo hacia el sur, arrastrados ellos también, trescientos sesenta años antes que nosotros, por esa corriente que nos arrastra. Mirad, amigos míos: hemos cruzado el ecuador exactamente en el punto donde Pinzón lo cruzó en el último año del siglo XV, y nos aproximamos a ese octavo grado de latitud austral bajo el cual tocó tierra en el Brasil. Un año después, el portugués Cabral descendió hasta el Puerto Seguro. Luego Vespucio, en su tercera expedición de 1502, fue todavía más al sur. En 1508, Vicente Pinzón y Solís se asociaron para el reconocimiento de las costas americanas, y en 1514, Solís descubrió la desembocadura del *río* de la Plata, donde fue devorado por los indígenas, dejando a Magallanes la gloria de rodear el continente. Este gran navegante, en 1519, partió con cinco buques, siguió las costas de la Patagonia, descubrió el Puerto Deseado, el Puerto San Julián, donde hizo largas escalas, encontró a los cincuenta y dos grados de latitud ese estrecho de las Once Mil Vírgenes que debía llevar su nombre, y el 28 de noviembre de 1520 desembocó en el océano Pacífico. ¡Ah! ¡Qué alegría debió de experimentar, y qué emoción hizo latir su corazón cuando vio un mar nuevo centellear en el horizonte bajo los rayos del sol!

—¡Sí, señor Paganel! —exclamó Robert Grant, entusiasmado por las palabras del geógrafo—. ¡Yo habría querido estar allí!

—Yo también, muchacho, y no habría desperdiciado semejante ocasión si el cielo me hubiera hecho nacer trescientos años antes.

—Lo cual hubiera sido lamentable para nosotros, señor Paganel —respondió lady Helena—, pues no estaría usted ahora en la toldilla del *Duncan* contándonos esta historia.

—Otro la habría contado en mi lugar, señora, y habría añadido que el reconocimiento de la costa occidental se debe a los hermanos Pizarro. Esos audaces aventureros fueron grandes fundadores de ciudades. Cuzco, Quito, Lima, Santiago, Villarrica, Valparaíso y Concepción, adonde el *Duncan* nos lleva, son obra suya. En aquella época, los descubrimientos de Pizarro se enlazaron con los de Magallanes, y el desarrollo de las costas americanas figuró en los mapas, con gran satisfacción de los sabios del viejo mundo.

—Pues yo —dijo Robert—, todavía no habría quedado satisfecho.

—¿Por qué? —respondió Mary, contemplando a su joven hermano, que se apasionaba con la historia de esos descubrimientos.

—Sí, muchacho, ¿por qué? —preguntó lord Glenarvan con la más alentadora sonrisa.

—Porque habría querido saber qué había más allá del estrecho de Magallanes.

—¡Bravo, amigo mío! —respondió Paganel—. Y yo también habría querido saber si el continente se prolongaba hasta el polo, o si existía un mar libre, como suponía Drake, uno de vuestros compatriotas, *milord*. Es evidente, pues, que si Robert Grant y Jacques Paganel hubiesen vivido en el siglo XVII, se habrían embarcado a la zaga de Schouten y Lemaire, dos holandeses muy curiosos por conocer la última palabra de ese enigma geográfico.

—¿Eran sabios? —preguntó lady Helena.

—No, sino audaces comerciantes a quienes el aspecto científico de los descubrimientos importaba bien poco. Existía entonces una compañía holandesa de las Indias orientales, que tenía un derecho absoluto sobre todo el comercio hecho a través del estrecho de Magallanes. Ahora bien, como en aquella época no se conocía otro paso para dirigirse a Asia por las rutas de Occidente, ese privilegio constituía un monopolio verdadero. Algunos comerciantes quisieron luchar contra ese monopolio descubriendo otro estrecho, y entre ellos se contaba un tal Isaac Lemaire, hombre inteligente e instruido. Costeó una expedición mandada por su sobrino, Jacob Lemaire, y Schouten, un buen marino oriundo de Hoorn. Esos audaces navegantes partieron en el mes de junio de 1615, cerca de un siglo después de Magallanes; descubrieron el estrecho de Lemaire, entre la Tierra del Fuego y la Tierra de los Estados, y el 12 de febrero de 1616 doblaron ese famoso cabo de Hornos que, más aún que su hermano el cabo de Buena Esperanza, habría merecido llamarse el cabo de las Tempestades.

—¡Sí, ciertamente, yo habría querido estar allí! —exclamó Robert.

—Y habrías bebido en la fuente de las emociones más vivas, muchacho —repuso Paganel, animándose—. ¿Hay acaso una satisfacción más verdadera, un placer más real que el del navegante que señala sus descubrimientos en el mapa de a bordo? Ve cómo las tierras se van formando poco a

poco ante su mirada, isla por isla, promontorio por promontorio, y, por así decir, emergen del seno de las olas. Al principio, las líneas terminales son vagas, quebradas, interrumpidas. Aquí un cabo solitario, allá una bahía aislada, más lejos un golfo perdido en el espacio. Luego los descubrimientos se completan, las líneas se unen, el punteado de los mapas cede el paso al trazo; las bahías escotan costas determinadas, los cabos se apoyan en riberas seguras; por fin, el nuevo continente, con sus lagos, sus afluentes y sus grandes ríos, sus montañas, sus valles y sus llanuras, sus aldeas, sus ciudades y sus capitales, se despliega sobre el globo en toda su magnífica esplendidez. ¡Ah, amigos míos, un descubridor de tierras es un verdadero inventor! ¡Tiene sus emociones y sus sorpresas! Pero ahora esta mina está casi agotada; todo está visto, todo reconocido, todo inventado en materia de continentes o de mundos nuevos, ¡y nosotros, últimos llegados a la ciencia geográfica, no tenemos ya nada que hacer!

—Sí que tenemos, mi querido Paganel —respondió Glenarvan.

—¿Y qué?

—¡Lo que hacemos!»

Entre tanto, el *Duncan* navegaba por esa ruta de los Vespucio y los Magallanes con una rapidez maravillosa. El 15 de septiembre cruzó el trópico de Capricornio, y el rumbo fue dirigido hacia la entrada del célebre estrecho. En varias ocasiones se divisaron las costas bajas de la Patagonia, pero como una línea apenas visible en el horizonte; se las bordeaba a más de diez millas de distancia, y el famoso catalejo de Paganel no le dio más que una vaga idea de aquellas riberas americanas.

El 25 de septiembre, el *Duncan* se hallaba a la altura del estrecho de Magallanes. Se adentró en él sin vacilar. Esta vía es generalmente preferida por los buques de vapor que se dirigen al océano Pacífico. Su longitud exacta no es más que de trescientas setenta y seis millas; los buques de mayor tonelaje encuentran en él en todas partes agua profunda, incluso al ras de sus orillas, un fondo de excelente tenedero, numerosas aguadas, ríos abundantes en peces, bosques ricos en caza, en veinte lugares fondeaderos seguros y fáciles y, en fin, mil recursos que faltan en el estrecho de Lemaire y en los terribles arrecifes del cabo de Hornos, visitados sin cesar por huracanes y tempestades.

Durante las primeras horas de navegación, es decir, en un espacio de sesenta a ochenta millas, hasta el cabo Gregory, las costas son bajas y arenosas. Jacques Paganel no quería perderse ni un punto de vista ni un detalle del estrecho. La travesía no debía durar más de treinta y seis horas, y ese panorama cambiante de las dos orillas bien merecía que el sabio se impusiera el deber de admirarlo bajo los espléndidos resplandores del sol austral. Ningún habitante se mostró en las tierras del norte; solo algunos miserables fueguinos erraban por las rocas desnudas de la Tierra del Fuego. Paganel tuvo, pues, que lamentar no ver patagones, lo que le disgustó vivamente, con gran diversión de sus compañeros de viaje.

—Una Patagonia sin patagones —decía— ya no es Patagonia.

—Paciencia, mi digno geógrafo —respondió Glenarvan—; veremos patagones.

—No estoy seguro de ello.

—Pero existen —dijo lady Helena.

—Lo dudo mucho, señora, puesto que no los veo.

—En fin, ese nombre de patagones, que en español significa «pies grandes», no fue dado a seres imaginarios.

—¡Oh! El nombre no importa —respondió Paganel, que se obstinaba en su idea para animar la discusión—, y además, a decir verdad, ¡se ignora cómo se llaman ellos mismos!

—¡Vaya hombre! —exclamó Glenarvan—. ¿Sabía usted eso, mayor?

—No —respondió Mac Nabbs—, y no daría una libra escocesa por saberlo.

—Sin embargo, lo oirá usted, señor mayor indiferente —repuso Paganel—. Si Magallanes dio el nombre de patagones a los indígenas de estas tierras, los fueguinos los llaman Tiremenen, los chilenos Caucalhues, los colonos del Carmen Tehuelches, los araucanos Huiliches; Bougainville les da el nombre de Chaouha, Falkner el de Tehuelhets. ¡Ellos mismos se designan con la denominación general de Inaken! Le pregunto cómo quiere que uno se oriente, y si un pueblo que tiene tantos nombres puede existir.

—¡Menudo argumento! —respondió lady Helena.

—Admitámoslo —repuso Glenarvan—; pero nuestro amigo Paganel reconocerá, creo yo, que si hay duda sobre el nombre de los patagones, hay al menos certeza sobre su estatura.

—Jamás admitiré semejante enormidad —respondió Paganel.

—Son altos —dijo Glenarvan.

—Lo ignoro.

—¿Pequeños? —preguntó lady Helena.

—Nadie puede afirmarlo.

—¿Medianos, entonces? —dijo Mac Nabbs, para conciliarlo todo.

—Tampoco lo sé.

—Eso es demasiado —exclamó Glenarvan—; los viajeros que los han visto...

—Los viajeros que los han visto —respondió el geógrafo— no se ponen de acuerdo en absoluto. ¡Magallanes dice que su cabeza apenas le llegaba al cinturón!

—¡Pues bien!

—Sí, pero Drake afirma que los ingleses son más altos que el más alto de los patagones.

—¡Oh! Los ingleses, es posible —replicó desdeñosamente el mayor—; ¡pero si se tratara de escoceses!

—Cavendish asegura que son grandes y robustos —repuso Paganel—. Hawkins los convierte en gigantes. Lemaire y Schouten les dan once pies de altura.

—Bien, esas sí son personas dignas de fe —dijo Glenarvan.

—Sí, tanto como Wood, Narborough y Falkner, que les encontraron una estatura media. Cierto es que Byron, La Giraudais, Bougainville, Wallis y Carteret afirman que los patagones tienen seis pies y seis pulgadas, mientras que el señor D'Orbigny, el sabio que mejor conoce estas tierras, les atribuye una estatura media de cinco pies y cuatro pulgadas.

—Pero entonces —dijo lady Helena—, ¿cuál es la verdad en medio de tantas contradicciones?

—La verdad, señora —respondió Paganel—, es esta: que los patagones tienen las piernas cortas y el torso desarrollado. Puede formularse, pues, la opinión de una manera graciosa, diciendo que esas gentes tienen seis pies cuando están sentadas y solo cinco cuando están de pie.

—¡Bravo, mi querido sabio! —respondió Glenarvan—. Eso está dicho.

—A menos —repuso Paganel— que no existan, lo cual pondría a todo el mundo de acuerdo. Pero para terminar, amigos míos, añadiré esta observación consoladora: ¡que el estrecho de Magallanes es magnífico, incluso sin patagones!»

En ese momento, el *Duncan* bordeaba la península de Brunswick entre dos panoramas espléndidos. Setenta millas después de haber doblado el cabo Gregory, dejó a estribor el penal de Punta Arenas. El pabellón chileno y el campanario de la iglesia aparecieron un instante entre los árboles.

Entonces el estrecho corría entre masas graníticas de un efecto imponente; las montañas ocultaban su base en el seno de inmensas selvas, y perdían en las nubes su cima cubierta de nieves eternas; hacia el suroeste, el monte Tarn se erguía a seis mil quinientos pies en el aire; llegó la noche, precedida de un largo crepúsculo; la luz se fundió insensiblemente en suaves matices; el cielo se cuajó de brillantes estrellas, y la Cruz del Sur vino a marcar ante los ojos de los navegantes la ruta del polo austral. En medio de esa luminosa oscuridad, a la claridad de esos astros que reemplazaban a los faros de las costas civilizadas, el yate continuó audazmente su camino sin echar el ancla en esas cómodas bahías de que abundan las riberas; con frecuencia la punta de sus vergas rozó las ramas de las hayas antárticas que se inclinaban sobre las olas; con frecuencia también su hélice batió las aguas de los grandes ríos, despertando a los gansos, los patos, las agachadizas, las cercetas y todo ese mundo emplumado de los húmedos parajes.

Pronto aparecieron ruinas, y algunos derrumbes a los que la noche prestaba un aspecto grandioso, triste resto de una colonia abandonada, cuyo nombre protestará eternamente contra la fertilidad de aquellas costas y la

riqueza de esas selvas abundantes en caza. El *Duncan* pasaba frente al Puerto del Hambre.

Fue en ese mismo lugar donde el español Sarmiento, en 1581, vino a establecerse con cuatrocientos emigrantes.

Allí fundó la ciudad de San Felipe; unos fríos extremadamente rigurosos diezmaron la colonia, la escasez acabó con los que el invierno había perdonado, y en 1587 el corsario Cavendish encontró al último de esos cuatrocientos desgraciados que moría de hambre sobre las ruinas de una ciudad que, con solo seis años de existencia, parecía envejecida por seis siglos.

El *Duncan* bordeó esas riberas desiertas; al amanecer, navegaba en medio de los pasos estrechos, entre bosques de hayas, fresnos y abedules, de cuyo seno emergían cúpulas verdosas, colinas tapizadas de un robusto acebo y picos agudos, entre los cuales el obelisco de Buckland se alzaba a gran altura. Pasó frente a la bahía de San Nicolás, antaño la bahía de los Franceses, así llamada por Bougainville; a lo lejos retozaban manadas de focas y ballenas de gran tamaño, a juzgar por sus chorros, visibles a una distancia de cuatro millas.

Por fin dobló el cabo Froward, todavía erizado de los últimos hielos del invierno. Al otro lado del estrecho, sobre la Tierra del Fuego, se alzaba a seis mil pies el monte Sarmiento, enorme agregación de rocas separadas por bandas de nubes, que formaban en el cielo algo así como un archipiélago aéreo.

Es en el cabo Froward donde termina verdaderamente el continente americano, pues el cabo de Hornos no es más que una roca perdida en el mar bajo el grado cincuenta y seis de latitud.

Superado ese punto, el estrecho se estrecha entre la península de Brunswick y la Tierra de la Desolación, larga isla alargada entre mil islotes, como un enorme cetáceo varado en medio de los guijarros.

¡Qué diferencia entre ese extremo tan recortado de América y las puntas francas y nítidas de África, de Australia o de las Indias! ¡Qué cataclismo desconocido ha pulverizado así ese inmenso promontorio arrojado entre dos océanos!

Entonces, a las orillas fértiles sucedía una serie de costas desnudas, de aspecto salvaje, recortadas por los mil agujeros de ese inextricable laberinto.

El *Duncan*, sin un error, sin una vacilación, seguía las caprichosas sinuosidades mezclando los remolinos de su humo con las brumas desgarradas por las rocas. Pasó, sin aminorar su marcha, frente a algunas factorías españolas establecidas en esas riberas abandonadas. En el cabo Tamar el estrecho se ensancha; el yate pudo tomar espacio para bordear la costa escarpada de las islas Narborough y se acercó a las riberas del sur. Por fin, treinta y seis horas después de haber entrado en el estrecho, vio surgir la roca del cabo Pilares sobre la punta extrema de la Tierra de la Desolación. Un mar inmenso, libre, centelleante, se extendía ante su proa, y Jacques Paganel, saludándolo con un gesto entusiasta, sintió una emoción como la que debió de sentir el propio Hernando de Magallanes en el momento en que la *Trinidad* se inclinó bajo las brisas del océano Pacífico.

Capítulo X. El trigésimo séptimo paralelo

Ocho días después de haber doblado el cabo Pilares, el *Duncan* entraba a toda máquina en la bahía de Talcahuano, magnífico estuario de doce millas de largo y nueve de ancho. El tiempo era admirable. El cielo de ese país no tiene una nube desde noviembre hasta marzo, y el viento del sur reina invariablemente a lo largo de las costas resguardadas por la cadena de los Andes. John Mangles, siguiendo las órdenes de Edward Glenarvan, había bordeado de cerca el archipiélago de Chiloé y los innumerables restos de todo ese continente americano. Algún despojo, un palo roto, un trozo de madera trabajado por mano de hombres, podían poner al *Duncan* sobre la pista del naufragio; pero no se vio nada, y el yate, continuando su ruta, ancló en el puerto de Talcahuano cuarenta y dos días después de haber dejado las brumosas aguas del Clyde.

Inmediatamente Glenarvan hizo arriar su bote, y, acompañado de Paganel, desembarcó al pie de la estacada. El sabio geógrafo, aprovechando la circunstancia, quiso servirse de la lengua española que tan concienzudamente había estudiado; pero, con gran asombro suyo, no pudo hacerse entender por los indígenas.

—Es el acento lo que me falta —dijo.

—Vamos a la aduana —respondió Glenarvan.

Allí se les comunicó, mediante unas pocas palabras en inglés acompañadas de expresivos gestos, que el cónsul británico residía en Concepción. Era un trayecto de una hora. Glenarvan encontró fácilmente dos caballos de paso rápido, y poco después Paganel y él traspasaban los muros de esa gran ciudad, debida al genio emprendedor de Valdivia, el valiente compañero de los Pizarro.

¡Cuánto había caído de su antiguo esplendor! Saqueada a menudo por los indígenas, incendiada en 1819, desolada, arruinada, sus muros aún ennegrecidos por las llamas de las devastaciones, eclipsada ya por Talcahuano, apenas contaba ocho mil almas.

Bajo el perezoso paso de sus habitantes, las calles se transformaban en praderas. Sin comercio, actividad nula, negocios imposibles. La mandolina resonaba en cada balcón; canciones lánguidas escapaban a través de las celosías de las ventanas, y Concepción, la antigua ciudad de los hombres, se había convertido en un pueblo de mujeres y niños.

Glenarvan mostró escaso deseo de indagar las causas de esta decadencia, aunque Jacques Paganel intentó hacerlo a este respecto, y, sin perder un instante, se dirigió a la casa de J. R. Bentock, esq., cónsul de Su Majestad Británica. Dicho personaje lo recibió con gran amabilidad y se encargó, una vez que conoció la historia del capitán Grant, de recabar información a lo largo de todo el litoral.

En cuanto a la cuestión de si el velero de tres palos *Britannia* había encallado hacia el trigésimo séptimo paralelo a lo largo de las costas chilenas o araucanas, fue resuelta negativamente. Ningún informe sobre un suceso de tal naturaleza había llegado ni al cónsul ni a sus colegas de otras naciones.

Glenarvan no se desanimó. Regresó a Talcahuano y, sin escatimar gestiones, cuidados ni dinero, envió agentes por las costas.

Búsquedas vanas. Las pesquisas más minuciosas realizadas entre las poblaciones ribereñas no produjeron resultado alguno. Hubo que concluir que el *Britannia* no había dejado ningún rastro de su naufragio.

Glenarvan informó entonces a sus compañeros del fracaso de sus gestiones. Mary Grant y su hermano no pudieron contener la expresión de su dolor. Habían transcurrido seis días desde la llegada del *Duncan* a Talcahuano. Los pasajeros se encontraban reunidos en la cámara de popa.

Lady Helena consolaba, no con palabras —¿qué habría podido decir?—, sino con sus caricias, a los dos hijos del capitán. Jacques Paganel había retomado el documento, y lo contemplaba con profunda atención, como si quisiera arrancarle nuevos secretos. Llevaba una hora examinándolo de ese modo cuando Glenarvan, interpelándolo, le dijo:

—¡Paganel! Me atengo a su sagacidad. ¿Acaso la interpretación que hemos hecho de este documento es errónea? ¿Es que el sentido de estas palabras carece de lógica?

Paganel no respondió. Reflexionaba.

—¿Es que nos equivocamos sobre el escenario presumible de la catástrofe? —continuó Glenarvan—. ¿Es que el nombre de *Patagonia* no salta a la vista de las personas menos perspicaces?

Paganel seguía callado.

—En fin —dijo Glenarvan—, ¿la palabra *indio* no viene aún a darnos la razón?

—Perfectamente —respondió Mac Nabbs.

—Y, por tanto, ¿no es evidente que los náufragos, en el momento de escribir estas líneas, esperaban convertirse en prisioneros de los indios?

—Le detengo ahí, querido lord —respondió por fin Paganel—, y si sus demás conclusiones son correctas, la última, al menos, no me parece racional.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó lady Helena, mientras todas las miradas se fijaban en el geógrafo.

—Quiero decir —respondió Paganel, acentuando sus palabras— que el capitán Grant *es ahora prisionero de los indios*, y añadiré que el documento no deja ninguna duda sobre esta situación.

—Explíquese usted, señor —dijo la señorita Grant.

—Nada más sencillo, querida Mary; en lugar de leer en el documento *serán prisioneros*, leamos *son prisioneros*, y todo resulta claro.

—¡Pero eso es imposible! —respondió Glenarvan.

—¡Imposible! ¿Y por qué, mi noble amigo? —preguntó Paganel sonriendo.

—Porque la botella no pudo ser arrojada más que en el momento en que el navío se rompía contra las rocas. De ahí se deduce que los grados de longitud y latitud se corresponden con el lugar mismo del naufragio.

—Nada lo prueba —replicó vivamente Paganel—, y no veo por qué los náufragos, tras haber sido arrastrados por los indios hacia el interior del continente, no habrían intentado dar a conocer, por medio de esa botella, el lugar de su cautiverio.

—Sencillamente, mi querido Paganel, porque para arrojar una botella al mar hace falta, al menos, que el mar esté ahí.

—¡O, a falta del mar —replicó Paganel—, los ríos que desembocan en él!

Un silencio de asombro acogió esta respuesta inesperada, y sin embargo admisible. Por el destello que brilló en los ojos de sus oyentes, Paganel comprendió que cada uno de ellos se aferraba a una nueva esperanza. Lady Helena fue la primera en tomar la palabra.

—¡Qué idea! —exclamó.

—¡Y qué buena idea! —añadió ingenuamente el geógrafo.

—Entonces, ¿su opinión?... —preguntó Glenarvan.

—Mi opinión es buscar el trigésimo séptimo paralelo en el punto en que toca la costa americana y seguirlo sin apartarse medio grado hasta el punto en que se sumerge en el Atlántico. Quizá encontremos en su recorrido a los náufragos del *Britannia*.

—¡Escasa probabilidad! —respondió el mayor.

—Por escasa que sea —repuso Paganel—, no debemos desdeñarla. Si tengo razón por casualidad, si esa botella llegó al mar siguiendo la corriente de un río de este continente, no podemos dejar de dar entonces con la pista de los prisioneros. ¡Mirad, amigos míos, mirad el mapa de este país, y os convenceré hasta la evidencia!

Dicho esto, Paganel extendió sobre la mesa un mapa de Chile y de las provincias argentinas.

—Mirad —dijo—, y seguidme en este paseo a través del continente americano. Salvemos la estrecha franja chilena. Franqueemos la cordillera de los Andes. Descendamos en medio de las pampas. ¿Faltan acaso ríos, riachuelos y cursos de agua en esas regiones? No. Aquí el Río Negro, aquí el Río Colorado, aquí sus afluentes cruzados por el trigésimo séptimo grado de

latitud, que todos pudieron servir para el transporte del documento. Allí, quizá, en el seno de una tribu, en manos de indios sedentarios, a orillas de esos ríos poco conocidos, en los desfiladeros de las sierras, ¡aguardan una intervención providencial quienes tengo el derecho de llamar nuestros amigos! ¿Debemos, pues, defraudar su esperanza? ¿No es acaso vuestro parecer a todos seguir a través de esas tierras la línea rigurosa que mi dedo traza en este momento sobre el mapa, y si, contra toda previsión, me equivoco de nuevo, no es acaso nuestro deber remontar hasta el final el trigésimo séptimo paralelo y, si hiciera falta, para encontrar a los náufragos, dar con él la vuelta al mundo?

Estas palabras, pronunciadas con generosa vehemencia, produjeron una emoción profunda entre los oyentes de Paganel. Todos se pusieron en pie y fueron a estrecharle la mano.

—¡Sí! ¡Mi padre está allí! —exclamaba Robert Grant, devorando el mapa con los ojos.

—Y donde él esté —respondió Glenarvan—, sabremos encontrarlo, ¡muchacho! Nada más lógico que la interpretación de nuestro amigo Paganel, y hay que seguir sin vacilar el camino que nos traza. O el capitán está en manos de numerosos indios, o es prisionero de una tribu reducida. En este último caso, lo liberaremos. En el otro, tras haber reconocido su situación, nos reunimos con el *Duncan* en la costa oriental, llegamos a Buenos Aires, y allí, un destacamento organizado por el mayor Mac Nabbs podrá con todos los indios de las provincias argentinas.

—¡Bien! ¡Bien, milord! —respondió John Mangles—, y añadiré que esa travesía del continente americano se hará sin peligros.

—Sin peligros ni fatigas —repuso Paganel—. ¡Cuántos la han emprendido ya sin disponer apenas de nuestros medios de ejecución, y cuyo valor no era sostenido por la grandeza de la empresa! ¿Es que en 1872 cierto Basilio Villarmo no fue de Carmen a las cordilleras? ¿Es que en 1806 un chileno, alcalde de la provincia de Concepción, don Luiz de la Cruz, partiendo de Antuco, no siguió precisamente este trigésimo séptimo grado y, franqueando los Andes, llegó a Buenos Aires tras una travesía realizada en cuarenta días? Por último, ¿no han recorrido el coronel García, M. Alcide d'Orbigny y mi honorable colega el doctor Martín de Moussy este país en todos los

sentidos, haciendo por la ciencia lo que nosotros vamos a hacer por la humanidad?

—¡Señor! ¡Señor! —dijo Mary Grant con voz quebrada por la emoción —. ¿Cómo agradecer una entrega que los expone a tantos peligros?

—¡Los peligros! —exclamó Paganel—. ¿Quién ha pronunciado la palabra *peligros*?

—¡Yo no! —respondió Robert Grant, con el ojo brillante y la mirada resuelta.

—¡Los peligros! —repuso Paganel—. ¿Es que acaso existen? Por lo demás, ¿de qué se trata? De un viaje de trescientas cincuenta leguas apenas, puesto que iremos en línea recta, de un viaje que se realizará bajo una latitud equivalente a la de España, Sicilia, Grecia en el otro hemisferio, y por consiguiente bajo un clima casi idéntico, de un viaje cuya duración será ¡de un mes a lo sumo! ¡Es un paseo!

—Señor Paganel —preguntó entonces lady Helena—, ¿cree usted, pues, que si los náufragos han caído en poder de los indios, su existencia habrá sido respetada?

—¡Si lo creo, señora! ¡Pero los indios no son antropófagos! Todo lo contrario. Un compatriota mío al que traté en la Sociedad de Geografía, M. Guinnard, permaneció durante tres años prisionero de los indios de las pampas. Sufrió, fue muy maltratado, pero al final salió victorioso de esa prueba. Un europeo es un ser útil en esas tierras; los indios conocen su valor, y lo cuidan como un animal de precio.

—Pues bien, ya no hay que vacilar —dijo Glenarvan—; hay que partir, y partir sin demora. ¿Qué ruta debemos seguir?

—Una ruta fácil y agradable —respondió Paganel—. Un poco de montaña al principio, luego una pendiente suave en el flanco oriental de los Andes, y por último una llanura uniforme, con hierba, con arena, ¡un verdadero jardín!

—Veamos el mapa —dijo el mayor.

—Aquí lo tiene, mi querido Mac Nabbs. Tomaremos el extremo del trigésimo séptimo paralelo en la costa chilena, entre la punta Rumena y la bahía de Carnero. Tras atravesar la capital de la Araucanía, cortaremos la

cordillera por el paso de Antuco, dejando el volcán al sur; luego, deslizándonos por las prolongadas vertientes de las montañas, cruzando el Neuquén, el Río Colorado, alcanzaremos las pampas, el Salinas, el río Guaminí, la sierra Tapalquén. Allí se presentan las fronteras de la provincia de Buenos Aires. Las cruzaremos, escalaremos la sierra Tandil, y prolongaremos nuestras pesquisas hasta la punta Medano, en las orillas del Atlántico.

Al hablar de este modo, al desarrollar el programa de la expedición, Paganel ni siquiera se tomaba la molestia de mirar el mapa desplegado ante sus ojos; no lo necesitaba. Nutrida por los trabajos de Frézier, de Molina, de Humboldt, de Miers, de D'Orbigny, su memoria no podía ser ni engañada ni sorprendida. Tras terminar esta nomenclatura geográfica, añadió:

—Así pues, amigos míos, la ruta es directa. En treinta días la habremos franqueado, y habremos llegado antes que el *Duncan* a la costa oriental, con tal de que los vientos contrarios retrasen su marcha.

—De modo que el *Duncan* —dijo John Mangles— deberá cruzar entre el cabo Corrientes y el cabo San Antonio.

—Precisamente.

—¿Y cómo compondría usted el personal de semejante expedición? —preguntó Glenarvan.

—De la manera más sencilla posible. Se trata únicamente de reconocer la situación del capitán Grant, y no de batirse a tiros con los indios. Creo que lord Glenarvan, nuestro jefe natural; el mayor, que no cederá su puesto a nadie; su servidor, Jacques Paganel...

—¡Y yo! —exclamó el joven Grant.

—¡Robert! ¡Robert! —dijo Mary.

—¿Y por qué no? —respondió Paganel—. Los viajes forman a la juventud. Así pues, nosotros cuatro, y tres marineros del *Duncan*...

—¿Cómo? —dijo John Mangles, dirigiéndose a su señor—. ¿Milord no reclama para mí?

—Mi querido John —respondió Glenarvan—, dejamos a bordo a nuestras pasajeras, es decir, ¡lo que tenemos de más querido en el mundo! ¿Quién velaría por ellas, si no fuera el abnegado capitán del *Duncan*?

—¿No podemos, pues, acompañarlos? —dijo lady Helena, cuyos ojos se velaron con una nube de tristeza.

—Mi querida Helena —respondió Glenarvan—, nuestro viaje debe realizarse en condiciones excepcionales de celeridad; nuestra separación será breve, y...

—Sí, amigo mío, le comprendo —respondió lady Helena—. ¡Id, pues, y tened éxito en vuestra empresa!

—Por lo demás, no es un viaje —dijo Paganel.

—¿Y qué es entonces? —preguntó lady Helena.

—Un tránsito, nada más. Pasaremos, eso es todo, como el hombre honrado por la tierra, haciendo el mayor bien posible. *Transire benefaciendo*: esa es nuestra divisa.

Con esta palabra de Paganel dio fin la discusión, si es que puede darse ese nombre a una conversación en la que todos fueron del mismo parecer. Los preparativos comenzaron ese mismo día. Se resolvió mantener en secreto la expedición, para no alertar a los indios.

La partida se fijó para el 14 de octubre. Cuando llegó el momento de elegir a los marineros destinados a desembarcar, todos ofrecieron sus servicios, y Glenarvan no tuvo más que el embarazo de la elección. Prefirió, pues, dejar la decisión al azar, para no disgustar a tan valientes gentes.

Así se hizo, y el segundo de a bordo, Tom Austin, Wilson, un vigoroso mozo, y Mulrady, que habría desafiado al mismo Tom Sayers en el boxeo, no tuvieron queja que hacer de la suerte.

Glenarvan había desplegado una actividad extrema en sus preparativos. Quería estar listo en el día señalado, y lo estuvo. Al mismo tiempo, John Mangles se aprovisionaba de carbón, de modo que pudiera hacerse a la mar de inmediato. Estaba empeñado en adelantarse a los viajeros en la costa argentina. De ahí surgió una verdadera rivalidad entre Glenarvan y el joven capitán, que redundó en beneficio de todos.

En efecto, el 14 de octubre, a la hora señalada, todos estaban listos. En el momento de la partida, los pasajeros del yate se reunieron en el salón. El *Duncan* estaba dispuesto para zarpar, y las palas de su hélice ya agitaban las límpidas aguas de Talcahuano.

Glenarvan, Paganel, Mac Nabbs, Robert Grant, Tom Austin, Wilson y Mulrady, armados de carabinas y revólveres Colt, se prepararon para abandonar el barco. Guías y mulas los aguardaban al extremo del embarcadero.

—Es hora —dijo al fin lord Edward.

—¡Partid, pues, amigo mío! —respondió lady Helena, conteniendo su emoción.

Lord Glenarvan la estrechó contra su corazón, mientras Robert se lanzaba al cuello de Mary Grant.

—Y ahora, queridos compañeros —dijo Jacques Paganel—, ¡un último apretón de manos que nos dure hasta las orillas del Atlántico!

Era mucho pedir. Sin embargo, hubo allí unos abrazos capaces de satisfacer los deseos del digno sabio.

Subieron a cubierta, y los siete viajeros abandonaron el *Duncan*. Pronto alcanzaron el muelle, del que el yate, al evolucionar, se acercó a menos de medio cable.

Lady Helena, desde lo alto de la cámara de popa, exclamó por última vez:

—¡Amigos míos, que Dios os ayude!

—¡Y nos ayudará, señora —respondió Jacques Paganel—, porque le ruego que lo crea, nos ayudaremos a nosotros mismos!

—¡En marcha! —gritó John Mangles a su maquinista.

—¡Adelante! —respondió lord Glenarvan.

Y en el mismo instante en que los viajeros, soltando las riendas a sus cabalgaduras, seguían el camino de la orilla, el *Duncan*, impulsado por su hélice, reanudaba a toda máquina la ruta del océano.

Capítulo XI. Travesía de Chile

La tropa indígena organizada por Glenarvan se componía de tres hombres y un niño. El muletero jefe era un inglés naturalizado en el país desde hacía veinte años. Se dedicaba al oficio de alquilar mulas a los viajeros y guiarlos a través de los diferentes pasos de las cordilleras.

Después los ponía en manos de un «baquiano», guía argentino para quien el camino de las pampas era familiar. Este inglés no había olvidado tanto su lengua materna en compañía de mulas e indios que no pudiera entenderse con los viajeros. De ahí surgía una facilidad para la expresión de sus deseos y la ejecución de sus órdenes, de la cual Glenarvan se apresuró a sacar partido, puesto que Jacques Paganel no lograba aún hacerse entender.

Este muletero jefe, este «capataz», según la denominación chilena, contaba con la ayuda de dos peones indígenas y un niño de doce años. Los peones vigilaban las mulas cargadas con el equipaje de la tropa, y el niño conducía la «madrina», yegua pequeña que, llevando cascabeles y campanilla, marchaba en vanguardia y arrastraba tras de sí diez mulas. Los viajeros montaban siete de ellas, el capataz una; las otras dos transportaban los víveres y algunos rollos de telas destinados a ganarse la buena voluntad de los caciques de la llanura. Los peones iban a pie, según su costumbre. Esta travesía de América meridional debía ejecutarse, pues, en las mejores condiciones, desde el punto de vista de la seguridad y la celeridad.

No es un viaje ordinario el paso a través de la cordillera de los Andes. No puede emprenderse sin valerse de esas robustas mulas cuyas más estimadas son de procedencia argentina. Estas excelentes bestias han adquirido en el país un desarrollo superior al de la raza primitiva. Son poco exigentes en

cuestión de alimento. Beben una sola vez al día, recorren fácilmente diez leguas en ocho horas, y soportan sin quejarse una carga de catorce arrobas.

No hay posadas en esta ruta de un océano al otro. Se come carne seca, arroz sazonado con pimiento, y la caza que consiente en dejarse abatir por el camino. Se bebe el agua de los torrentes en la montaña, el agua de los arroyos en la llanura, realzada con unas gotas de ron del que cada uno lleva su provisión contenida en un cuerno de buey llamado «chiflón». Hay que tener cuidado, además, de no abusar de las bebidas alcohólicas, poco favorables en una región donde el sistema nervioso del hombre está particularmente excitado. En cuanto al lecho, se contiene en su totalidad en la silla indígena llamada «recado». Esta silla está fabricada con «peliones», pieles de oveja curtidas por un lado y provistas de lana por el otro, sujetas por anchas cinchas lujosamente bordadas. Un viajero envuelto en esas cálidas mantas desafía impunemente las noches húmedas y duerme el mejor de los sueños.

Glenarvan, como hombre que sabe viajar y adaptarse a los usos de los distintos países, había adoptado el traje chileno para él y los suyos. Paganel y Robert, dos niños —uno grande y uno pequeño—, no cabían en sí de gozo cuando introdujeron la cabeza por el poncho nacional, vasto tartán perforado con un agujero en el centro, y las piernas dentro de unas botas de cuero fabricadas con la pata trasera de un potro joven. Era de ver su mula ricamente enjaezada, con el bocado árabe en la boca, la larga brida de cuero trenzado que servía de látigo, la cabezada adornada con ornamentos de metal, y las «alforjas», dobles sacos de tela de colores llamativos que contenían los víveres del día.

Paganel, siempre distraído, estuvo a punto de recibir tres o cuatro coces de su excelente montura en el momento de montarla. Una vez en la silla, con su inseparable catalejo en bandolera y los pies aferrados a los estribos, se confió a la sagacidad de la bestia y no tuvo motivo de arrepentirse.

En cuanto al joven Robert, mostró desde sus primeros intentos unas disposiciones notables para convertirse en un excelente jinete.

Partieron. El tiempo era espléndido, el cielo de una limpidez perfecta, y la atmósfera suficientemente refrescada por las brisas del mar, pese al ardor del sol. La pequeña tropa siguió a paso vivo los sinuosos ribazos de la bahía de Talcahuano, con objeto de alcanzar treinta millas al sur el extremo del paralelo. Se marchó con rapidez durante esa primera jornada a través de los

juncos de antiguos pantanos desecados, pero se habló poco. Las despedidas de la partida habían dejado una viva impresión en el ánimo de los viajeros. Podían ver todavía el humo del *Duncan* que se perdía en el horizonte.

Todos guardaban silencio, a excepción de Paganel; este estudioso geógrafo se planteaba a sí mismo preguntas en español y se respondía en esa nueva lengua.

El capataz, por lo demás, era un hombre bastante taciturno, a quien su oficio no debía de haber hecho muy hablador. Apenas dirigía la palabra a sus peones.

Estos, como hombres del oficio, entendían muy bien su trabajo. Si alguna mula se detenía, la estimulaban con un grito gutural; si el grito no bastaba, una buena piedra, lanzada con mano segura, vencía su obstinación. Si se soltaba una cincha, si faltaba una brida, el peón, desprendiéndose de su poncho, envolvía la cabeza de la mula, que, reparado el accidente, reanudaba enseguida la marcha.

La costumbre de los muleros es partir a las ocho, después del desayuno de la mañana, y continuar así hasta la hora de acampar, a las cuatro de la tarde.

Glenarvan se atendría a esa costumbre. Pues bien, precisamente cuando el capataz dio la señal de alto, los viajeros llegaban a la ciudad de Arauco, situada en el extremo sur de la bahía, sin haber abandonado la franja espumosa del océano. Habría sido preciso entonces marchar durante unas veinte millas hacia el oeste hasta la bahía de Carnero para encontrar allí el extremo del trigésimo séptimo grado. Pero los agentes de Glenarvan ya habían recorrido esa parte del litoral sin hallar ningún vestigio del naufragio. Una nueva exploración resultaba, pues, innecesaria, y se decidió que la ciudad de Arauco sería tomada como punto de partida. De allí, la ruta debía dirigirse hacia el este, siguiendo una línea rigurosamente recta.

La pequeña tropa entró en la ciudad para pasar la noche, y acampó en pleno patio de una posada cuyo confort se hallaba aún en estado rudimentario.

Arauco es la capital de la Araucanía, un estado de ciento cincuenta leguas de largo por treinta de ancho, habitado por los moluchos, esos hijos primogénitos de la raza chilena cantados por el poeta Ercilla. Raza orgullosa y

fuerte, la única de las dos Américas que jamás ha soportado una dominación extranjera. Si Arauco perteneció en otro tiempo a los españoles, las poblaciones, al menos, no se sometieron; resistieron entonces como resisten hoy a las invasoras empresas de Chile, y su bandera independiente —una estrella blanca sobre campo de azur— ondea todavía en la cima de la colina fortificada que protege la ciudad.

Mientras se preparaba la cena, Glenarvan, Paganel y el capataz pasearon entre las casas coronadas de techos de paja. Salvo una iglesia y los restos de un convento de franciscanos, Arauco no ofrecía nada curioso. Glenarvan intentó recabar algunos informes que no llegaron a nada. Paganel estaba desesperado por no poder hacerse entender de los habitantes; pero, puesto que estos hablaban el araucano —una lengua madre cuyo uso es general hasta el estrecho de Magallanes—, el español de Paganel le servía tanto como el hebreo. Ocupó, pues, los ojos a falta de los oídos y, en suma, experimentó la verdadera alegría de un sabio al observar los distintos tipos de la raza molucha que posaban ante él. Los hombres tenían una estatura elevada, el rostro aplastado, el cutis cobrizo, la barbilla depilada, el ojo desconfiado, la cabeza ancha y perdida en una larga cabellera negra. Parecían entregados a esa pereza especial de los hombres de guerra que no saben qué hacer en tiempo de paz. Sus mujeres, miserables y valerosas, se empleaban en los penosos trabajos del hogar, atendían los caballos, limpiaban las armas, labraban, cazaban para sus amos, y encontraban todavía tiempo para fabricar esos *ponchos* azul turquesa que requieren dos años de trabajo y cuyo precio mínimo alcanza cien dólares.

En resumen, estos moluchos forman un pueblo poco interesante y de costumbres bastante salvajes. Poseen casi todos los vicios humanos, a cambio de una sola virtud: el amor a la independencia.

—Verdaderos espartanos —repetía Paganel cuando, terminado su paseo, vino a tomar asiento en la cena de la noche.

El digno sabio exageraba, y se le entendió aún menos cuando añadió que su corazón de francés latía con fuerza durante su visita a la ciudad de Arauco.

Cuando el mayor le preguntó la razón de ese «latido» inesperado, respondió que su emoción era bien natural, puesto que un compatriota suyo había ocupado en otro tiempo el trono de la Araucanía. El mayor le rogó

que se dignase dar a conocer el nombre de ese soberano. Jacques Paganel nombró con orgullo al bravo M. de Tonneins, un excelente hombre, antiguo procurador de Périgueux, algo demasiado barbudo, que había sufrido lo que los reyes destronados gustan de llamar «la ingratitud de sus súbditos». Como el mayor sonrió levemente ante la idea de un antiguo procurador expulsado del trono, Paganel respondió muy seriamente que quizá fuera más fácil para un procurador ser un buen rey que para un rey ser un buen procurador. Y con esta observación todos rieron y bebieron unas gotas de «chicha» a la salud de Orelie-Antoine I, ex rey de la Araucanía. Pocos minutos después, los viajeros, envueltos en su poncho, dormían profundamente. Al día siguiente, a las ocho, con la madrina en cabeza y los peones en la retaguardia, la pequeña tropa reanudó hacia el este la ruta del trigésimo séptimo paralelo. Atravesaba entonces el fértil territorio de la Araucanía, rico en viñas y en rebaños. Pero, poco a poco, la soledad fue haciéndose sentir.

Apenas, de milla en milla, una choza de «rastreadores», indios domadores de caballos, célebres en toda América. A veces, una posta abandonada que servía de refugio al indígena errante de las llanuras. Dos ríos barraron durante esa jornada el camino a los viajeros: el Río de Raque y el Río de Tubal. Pero el capataz descubrió un vado que permitió seguir adelante. La cordillera de los Andes se desplegaba en el horizonte, hinchando sus lomos y multiplicando sus picos hacia el norte. Aquellas no eran todavía más que las bajas vértebras de la enorme columna vertebral sobre la que se apoya el armazón del Nuevo Mundo.

A las cuatro de la tarde, tras un recorrido de treinta y cinco millas, se detuvieron en pleno campo bajo un bosquecillo de mirtos gigantes. Se desbridaron las mulas, que fueron a pacer libremente la espesa hierba de la pradera. Las alforjas proporcionaron la carne y el arroz acostumbrados. Los peliones extendidos sobre el suelo sirvieron de manta y de almohada, y cada uno encontró en esos lechos improvisados un descanso reparador, mientras los peones y el capataz velaban por turnos.

Puesto que el tiempo se mostraba tan favorable, puesto que todos los viajeros, sin exceptuar a Robert, conservaban buena salud, puesto que, en fin, ese viaje comenzaba bajo tan felices auspicios, había que aprovecharlo y avanzar como un jugador «que sigue la racha». Ese era el parecer de todos. La jornada siguiente se marchó con brío, se franqueó sin accidente el rápido de Bell y, por la tarde, al acampar a orillas del Río Biobío, que separa el

Chile español del Chile independiente, Glenarvan pudo anotar en el activo de la expedición treinta y cinco millas más. El país no había cambiado. Seguía siendo fértil y rico en amarilis, violetas arbóreas, *fucsias*, daturas y cactus con flores de oro. Algunos animales se mantenían agazapados en la espesura. Pero de indígenas, se veían pocos. Apenas algunos «huasos», hijos degenerados de indios y españoles, que galopaban sobre caballos ensangrentados por la espuela gigantesca que calzaba su pie desnudo, pasando como sombras. No se encontraba con quién hablar en el camino, y los informes faltaban por completo; Glenarvan lo tomaba con resignación. Se decía que el capitán Grant, prisionero de los indios, debía de haber sido arrastrado por ellos más allá de la cordillera de los Andes. Las pesquisas no podían ser fructuosas más que en las pampas, no antes de llegar a ellas. Había que, pues, tener paciencia, avanzar, aprisa y siempre.

El día 17 se partió a la hora habitual y en el orden acostumbrado. Un orden que Robert no guardaba sin esfuerzo, pues su ardor le impulsaba a adelantarse a la madrina, con gran desesperación de su mula.

No hacía falta menos que una severa llamada al orden de Glenarvan para mantener al joven en su puesto de marcha.

El país fue haciéndose entonces más accidentado; algunos resaltes del terreno anunciaban montañas próximas; los *ríos* se multiplicaban, obedeciendo ruidosamente a los caprichos de las pendientes. Paganel consultaba a menudo sus mapas; cuando alguno de esos arroyos no figuraba en ellos —lo que ocurría con frecuencia—, la sangre de geógrafo le hervía en las venas, y se enfadaba de la manera más encantadora del mundo.

—Un arroyo que no tiene nombre —decía— ¡es como si no tuviese estado civil! No existe a los ojos de la ley geográfica.

Y así no se privaba de bautizar esos *ríos* innominados; los anotaba en su mapa y los dotaba de los calificativos más sonoros de la lengua española.

—¡Qué lengua! —repetía—. ¡Qué lengua tan plena y sonora! Es una lengua de metal, y estoy seguro de que está compuesta de setenta y ocho partes de cobre y veintidós de estaño, ¡como el bronce de las campanas!

—Pero ¿al menos progresa usted? —le respondió Glenarvan.

—¡Desde luego, querido lord! ¡Ah, si no fuera por el acento! ¡Pero está el acento!

Y mientras llegaba algo mejor, Paganel, camino adelante, trabajaba en destrabar su garganta frente a las dificultades de la pronunciación, sin olvidar sus observaciones geográficas. En eso, por ejemplo, era asombrosamente fuerte y no habría encontrado quien le igualara. Cuando Glenarvan interrogaba al capataz sobre alguna particularidad del país, su docto compañero se anticipaba siempre a la respuesta del guía. El capataz lo miraba con aire de estupefacción.

Ese mismo día, hacia las diez, se presentó un camino que cortaba la línea seguida hasta entonces.

Glenarvan preguntó naturalmente su nombre, y naturalmente también fue Jacques Paganel quien respondió:

—Es el camino de Yumbel a Los Ángeles.

Glenarvan miró al capataz.

—Perfectamente —respondió este.

Luego, dirigiéndose al geógrafo:

—¿Ha recorrido usted, pues, este país? —dijo.

—¡Pardiez! —respondió seriamente Paganel.

—¿En mula?

—No, en un sillón.

El capataz no lo comprendió, pues se encogió de hombros y volvió a la cabeza de la tropa. A las cinco de la tarde se detenía en un desfiladero poco profundo, a pocas millas por encima de la pequeña ciudad de Loja; y esa noche los viajeros acamparon al pie de las sierras, primeros escalones de la gran cordillera.

Capítulo XII. A doce mil pies en el aire

La travesía de Chile no había presentado hasta entonces ningún incidente grave. Pero en ese momento se ofrecían a la vez los obstáculos y los peligros que comporta un paso por las montañas. La lucha con las dificultades naturales iba a comenzar de verdad.

Una cuestión importante debía resolverse antes de la partida. ¿Por qué paso podía franquearse la cordillera de los Andes sin apartarse de la ruta determinada? Se interrogó al capataz al respecto:

—Solo conozco —respondió— dos pasos practicables en esta parte de las cordilleras.

—El paso de Arica, sin duda —dijo Paganel—, ¿el que fue descubierto por Valdivia Mendoza?

—Precisamente.

—¿Y el de Villarica, situado al sur del nevado de ese nombre?

—Exacto.

—Pues bien, amigo mío, esos dos pasos no tienen más que un defecto: nos llevan al norte o al sur más de lo que conviene.

—¿Tiene usted otro paso que proponernos? —preguntó el mayor.

—Perfectamente —respondió Paganel—: el paso de Antuco, situado en la ladera volcánica, a treinta y siete grados treinta minutos, es decir, a medio grado de nuestra ruta. Se encuentra a tan solo mil toesas de altura y fue reconocido por Zamudio de Cruz.

—Bien —dijo Glenarvan—, pero ¿conoce usted ese paso de Antuco, capataz?

—Sí, *milord*, lo he cruzado, y si no lo proponía es porque no es más que un camino de ganado que utilizan los indios pastores de las vertientes orientales.

—Pues bien, amigo mío —respondió Glenarvan—, donde pasan los rebaños de yeguas, ovejas y bueyes de los *pehuenches*, también sabremos pasar nosotros.

Y puesto que nos mantiene en la línea recta, adelante con el paso de Antuco.

La señal de partida fue dada de inmediato, y la tropa se adentró en el valle de las Lejas, entre grandes masas de caliza cristalizada. Se ascendía siguiendo una pendiente casi imperceptible. Hacia las once, fue preciso rodear las orillas de un pequeño lago, depósito natural y pintoresco punto de encuentro de todos los *ríos* de los alrededores; llegaban hasta él murmurando y se fundían en él en una limpida tranquilidad. Por encima del lago se extendían vastos «llanos», altas planicies cubiertas de gramíneas, donde pastaban rebaños indios.

Luego se encontró una ciénaga que corría de sur a norte, de la que se salió gracias al instinto de las mulas. A la una, el fuerte Ballenare apareció sobre un peñasco a pico que coronaba con sus cortinas desmanteladas. Se siguió adelante. Las pendientes se hacían ya empinadas, pedregosas, y los guijarros, desprendidos por el casco de las mulas, rodaban bajo sus patas formando ruidosas cascadas de piedras. Hacia las tres, nuevas ruinas pintorescas de un fuerte destruido en el levantamiento de 1770.

—Definitivamente —dijo Paganel—, ¡las montañas no bastan para separar a los hombres; hace falta además fortificarlas!

A partir de ese punto, el camino se hizo difícil, peligroso incluso; el ángulo de las pendientes se abrió más, las cornisas fueron estrechándose cada vez más, los precipicios se ahondaron de modo aterrador.

Las mulas avanzaban cautelosamente, con el morro pegado al suelo, olfateando el camino. Se marchaba en fila. A veces, en un recodo brusco, la madrina desaparecía, y la pequeña caravana se guiaba entonces por el lejano tintineo de su campanilla. Con frecuencia también, los caprichosos me-

andros del sendero llevaban a la columna a marchar en dos líneas paralelas, y el capataz podía hablar con los peones mientras una grieta, de apenas dos toesas de ancho pero de doscientas de profundidad, cavaba entre ellos un abismo infranqueable.

La vegetación herbácea luchaba todavía, sin embargo, contra las invasiones de la piedra, pero ya se sentía el reino mineral enzarzado con el reino vegetal. La proximidad del volcán de Antuco se reconocía por algunos regueros de lava de color ferruginoso erizados de cristales amarillos en forma de agujas. Las rocas, apiladas unas sobre otras y a punto de derrumbarse, se sostenían contra todas las leyes del equilibrio. Evidentemente, los cataclismos debían modificar con facilidad su aspecto, y, al contemplar esos picos sin aplomo, esas cúpulas torcidas, esas lomas mal asentadas, era fácil ver que la hora del asentamiento definitivo aún no había sonado para esa región montañosa.

En tales condiciones, el camino debía de ser difícil de reconocer. La agitación casi incesante del armazón andino cambia a menudo su trazado, y los puntos de referencia ya no están en su lugar. Así, el capataz dudaba; se paraba; miraba a su alrededor; interrogaba la forma de los peñascos; buscaba sobre la piedra friable rastros de indios. Toda orientación se hacía imposible.

Glenarvan seguía a su guía paso a paso; comprendía, sentía su embarazo crecer con las dificultades del camino; no se atrevía a interrogarle y pensaba, quizá no sin razón, que con los muleros ocurre lo mismo que con el instinto de las mulas, y que más vale fiarse de él.

Durante una hora más, el capataz erró por así decirlo a la ventura, pero ganando siempre zonas más elevadas de la montaña. Al fin se vio obligado a detenerse en seco. Se encontraban en el fondo de un valle de poca anchura, una de esas gargantas estrechas que los indios llaman «quebradas». Un muro de pórfido, tallado a pico, cerraba la salida. El capataz, tras buscar en vano un paso, desmontó, se cruzó de brazos y esperó. Glenarvan se acercó a él.

—¿Se ha extraviado usted? —le preguntó.

—No, *milord* —respondió el capataz.

—Sin embargo, ¿no estamos en el paso de Antuco?

—Sí que estamos.

—¿No se equivoca usted?

—No me equivoco. Aquí están los restos de un fuego que sirvió a los indios, y allí las huellas dejadas por los rebaños de yeguas y ovejas.

—¡Pues bien, por aquí se ha pasado!

—Sí, pero ya no se podrá pasar más. El último terremoto lo ha hecho impracticable...

—Para las mulas —respondió el mayor—, pero no para los hombres.

—¡Ah! Eso es asunto suyo —respondió el capataz—; yo he hecho lo que he podido. Mis mulas y yo estamos dispuestos a retroceder, si les place deshacer lo andado y buscar los otros pasos de la cordillera.

—¿Y eso supondrá un retraso?...

—De tres días, al menos.

Glenarvan escuchaba en silencio las palabras del capataz. Este se hallaba evidentemente dentro de las condiciones de su trato. Sus mulas no podían ir más lejos. Sin embargo, cuando se hizo la propuesta de volver atrás, Glenarvan se volvió hacia sus compañeros y les dijo:

—¿Queréis pasar de todos modos?

—Queremos seguirle —respondió Tom Austin.

—Y aun precederle —añadió Paganel—. ¿De qué se trata, después de todo? ¡De franquear una cadena de montañas cuyos versantes opuestos ofrecen un descenso incomparablemente más fácil! Hecho eso, encontraremos los *baquianos* argentinos que nos guiarán a través de las pampas, y caballos rápidos acostumbrados a galopar por las llanuras. Adelante, pues, y sin vacilar.

—¡Adelante! —exclamaron los compañeros de Glenarvan.

—¿No nos acompaña usted? —preguntó este al capataz.

—Soy conductor de mulas —respondió el muletero.

—Como guste.

—Sin él nos arreglaremos —dijo Paganel—; al otro lado de esta muralla encontraremos los senderos de Antuco, y me comprometo a conducirles al pie de la montaña con tanta precisión como el mejor guía de las cordilleras.

Glenarvan ajustó cuentas con el capataz y lo despidió, a él, a sus peones y a sus mulas. Las armas, los instrumentos y algunos víveres fueron repartidos entre los siete viajeros. De común acuerdo, se decidió reanudar la ascensión de inmediato y, si fuera preciso, viajar parte de la noche. Por el talud de la izquierda serpenteaba un sendero abrupto que las mulas no habrían podido franquear.

Las dificultades fueron grandes, pero, tras dos horas de fatigas y rodeos, Glenarvan y sus compañeros se encontraron de nuevo en el paso de Antuco.

Se hallaban entonces en la zona andina propiamente dicha, que no está lejos de la arista superior de las cordilleras; mas de sendero trazado, de paso definido, no había ni rastro. Toda esa región acababa de ser trastornada en los últimos terremotos, y fue preciso elevarse cada vez más por los lomos de la cadena. Paganel quedó bastante desconcertado al no encontrar el camino expedito, y se preparó para rudes fatigas a fin de ganar la cumbre de los Andes, cuya altura media está comprendida entre once mil y doce mil seiscientos pies. Por fortuna, el tiempo era tranquilo, el cielo puro, la estación favorable; pero en invierno, de mayo a octubre, semejante ascensión habría sido impracticable; los fríos intensos matan rápidamente a los viajeros, y quienes se salvan de ellos no escapan, al menos, a las violencias de los «temporales», especie de huracanes propios de esas regiones que, año tras año, pueblan de cadáveres los abismos de la cordillera.

Se subió durante toda la noche; se izaban a pulso sobre mesetas casi inaccesibles; se saltaban grietas anchas y profundas; los brazos sumados a otros brazos reemplazaban a las cuerdas, y los hombros servían de peldaños; aquellos hombres intrépidos parecían una tropa de acróbatas entregados a toda la locura de los juegos icarios. Fue entonces cuando la vigor de Mulrady y la destreza de Wilson tuvieron mil ocasiones de ejercerse. Esos dos valientes escoceses se multiplicaron; más de una vez, sin su entrega y su valor, la pequeña tropa no habría podido pasar.

Glenarvan no perdía de vista al joven Robert, a quien su edad y su vivacidad inclinaban a las imprudencias. Paganel, por su parte, avanzaba con una furia netamente francesa. En cuanto al mayor, no se movía más de lo estric-

tamente necesario, ni más ni menos, y ascendía por un movimiento casi imperceptible.

¿Se percataba de que llevaba varias horas subiendo? Eso no es seguro. Quizá se imaginaba que bajaba.

A las cinco de la mañana, los viajeros habían alcanzado una altura de siete mil quinientos pies, determinada por una observación barométrica. Se encontraban entonces en las mesetas secundarias, último límite de la región arborescente. Por allí saltaban algunos animales que habrían hecho las delicias o la fortuna de un cazador; esas ágiles bestias lo sabían bien, pues huían, y de lejos, ante la proximidad de los hombres. Era el lama, animal precioso de las montañas, que reemplaza al carnero, al buey y al caballo, y vive donde no viviría la mula. Era la chinchilla, pequeño roedor manso y asustadizo, rico en piel, que ocupa el término medio entre la liebre y el jerbo, y al que sus patas traseras dan la apariencia de un canguro. Nada más encantador que ver a ese ligero animal corriendo por las copas de los árboles a la manera de una ardilla.

—Todavía no es un pájaro —decía Paganel—, pero ya ha dejado de ser un cuadrúpedo.

Sin embargo, esos animales no eran los últimos habitantes de la montaña. A nueve mil pies, en el límite de las nieves perpetuas, vivían todavía, y en tropas, unos rumiantes de incomparable belleza: la alpaca de pelaje largo y sedoso, y luego esa especie de cabra sin cuernos, elegante y orgullosa, de lana fina, a la que los naturalistas han llamado vicuña. Pero no había que pensar en acercarse a ella, y apenas si era dado verla; huía, podríamos decir que a vuelo de pájaro, y se deslizaba sin ruido sobre las deslumbrantes alfombras de blancura.

A esa hora, el aspecto de las regiones había cambiado por completo. Grandes bloques de hielo relucientes, de tonalidad azulada en ciertos escarpados, se erguían por todas partes y reflejaban los primeros rayos del día. La ascensión se volvió entonces muy peligrosa. Ya no se aventuraban sin sondar cuidadosamente el suelo para reconocer las grietas. Wilson había tomado la cabeza de la fila y con el pie tanteaba el suelo de los glaciares. Sus compañeros caminaban exactamente sobre las huellas de sus pasos y evitaban alzar la voz, pues el menor ruido que agitara las capas de aire

podía provocar la caída de las masas de nieve suspendidas a setecientos u ochocientos pies sobre sus cabezas.

Habían llegado entonces a la región de los arbustos, que, doscientas cincuenta toesas más arriba, cedieron el puesto a las gramíneas y a los cactus. A once mil pies, esas plantas abandonaron a su vez el suelo árido, y toda traza de vegetación desapareció. Los viajeros solo se habían detenido una vez, a las ocho, para reparar fuerzas con una comida sumaria, y, con valor sobrehumano, reanudaron la ascensión, desafiando peligros siempre crecientes. Fue preciso cabalgar aristas afiladas y pasar sobre abismos que la mirada no osaba sondear. En muchos lugares, cruces de madera jalonaban el camino y señalaban el emplazamiento de repetidas catástrofes. Hacia las dos, una inmensa meseta, sin traza de vegetación, una especie de desierto, se extendió entre picos escuetos. El aire era seco, el cielo de un azul crudo; a esa altura, las lluvias son desconocidas, y los vapores no se resuelven allí más que en nieve o en granizo. Aquí y allá, algunos picos de pórfido o basalto agujereaban el sudario blanco como los huesos de un esqueleto, y, por momentos, fragmentos de cuarzo o de gneis, desunidos por la acción del aire, se desmoronaban con un ruido sordo que una atmósfera de escasa densidad hacía casi imperceptible.

Sin embargo, la pequeña tropa, pese a su valor, estaba al límite de sus fuerzas. Glenarvan, viendo el agotamiento de sus compañeros, lamentaba haberse internado tanto en la montaña. El joven Robert se resistía a la fatiga con entereza, pero no podía ir más lejos. A las tres, Glenarvan se detuvo.

—Hay que descansar —dijo, pues vio bien que nadie haría esa propuesta.

—¿Descansar? —respondió Paganel—. Pero no tenemos ningún abrigo.

—Sin embargo, es indispensable, aunque solo sea por Robert.

—Pero no, *milord* —respondió el valeroso niño—; puedo seguir marchando... No os detengáis...

—Te llevaremos a cuestas, muchacho —respondió Paganel—, pero hay que ganar a toda costa el versante oriental. Allí encontraremos quizá alguna cabaña de refugio. Pido dos horas más de marcha.

—¿Es ese vuestro parecer, a todos? —preguntó Glenarvan.

—Sí —respondieron sus compañeros.

Mulrady añadió:

—Yo me encargo del niño.

Y se reanudó la dirección hacia el este. Fueron otras dos horas de una ascensión aterradora. Se subía siempre para alcanzar las últimas cumbres de la montaña.

La rarefacción del aire producía esa opresión dolorosa conocida con el nombre de «puna». La sangre manaba por las encías y los labios a causa del desequilibrio de presión, y quizá también bajo la influencia de las nieves, que a gran altura vician evidentemente la atmósfera. Era preciso suplir la falta de densidad del aire mediante inspiraciones frecuentes, activando así la circulación, lo que fatigaba no menos que la reverberación de los rayos del sol sobre las placas de nieve. Por mucha que fuera la voluntad de aquellos hombres valerosos, llegó el momento en que los más aguerridos desfallecieron, y el vértigo, ese terrible mal de las montañas, destruyó no solo sus fuerzas físicas sino también su energía moral. No se lucha impunemente contra fatigas de ese género. Pronto las caídas se hicieron frecuentes, y quienes caían no avanzaban más que arrastrándose sobre las rodillas.

Pues bien, el agotamiento iba a poner término a esa ascensión demasiado prolongada, y Glenarvan contemplaba sin poder reprimir el terror la inmensidad de las nieves, el frío con que impregnaban esa región funesta, la sombra que ascendía hacia esas cimas desoladas, la falta de abrigo para la noche, cuando el mayor lo detuvo y dijo con tono tranquilo:

—Una cabaña.

Capítulo XIII. Descenso de la cordillera

Cualquier otro que no fuera Mac Nabbs habría pasado cien veces al lado, en torno a, e incluso por encima de esa cabaña sin sospechar su existencia. Una protuberancia del manto de nieve apenas la distinguía de las rocas circundantes. Fue preciso despejarla. Tras media hora de tenaz trabajo, Wilson y Mulrady lograron desbloquear la entrada de la «*casucha*». Y la pequeña tropa se acurrucó en ella con presteza.

Esa *casucha*, construida por los indios, estaba hecha de «adobes», especie de ladrillos cocidos al sol; tenía la forma de un cubo de doce pies por cada cara, y se alzaba en lo alto de un bloque de basalto. Una escalera de piedra conducía a la puerta, única abertura de la chabola, y, por estrecha que fuera, los huracanes, la nieve o el granizo sabían bien abrirse paso por ella cuando los temporales los desencadenaban en la montaña.

Diez personas podían caber holgadamente en ella, y si sus muros no hubieran sido suficientemente estancos en la estación de lluvias, en esa época al menos resguardaban bastante bien contra un frío intenso que el termómetro situaba en diez grados bajo cero. Además, una especie de hogar con tubo de ladrillos bastante mal rejuntados permitía encender fuego y combatir eficazmente la temperatura exterior.

—Aquí tenemos un alojamiento suficiente, aunque no sea confortable —dijo Glenarvan—. La providencia nos ha conducido hasta él, y no podemos hacer menos que agradecérselo.

—¡Cómo no! —respondió Paganel—. ¡Si es un palacio! Solo le faltan centinelas y cortesanos. Estaremos admirablemente aquí.

—Sobre todo cuando un buen fuego arda en el hogar —dijo Tom Austin —, porque si tenemos hambre no tenemos menos frío, me parece, y, por mi parte, un buen haz de leña me alegraría más que una tajada de venado.

—Pues bien, Tom —respondió Paganel—, procuraremos encontrar combustible.

—¡Combustible en la cima de las cordilleras! —dijo Mulrady, meneando la cabeza con aire de duda.

—Puesto que se ha hecho una chimenea en esta *casucha* —respondió el mayor—, es probablemente porque aquí se encuentra algo que quemar.

—Nuestro amigo Mac Nabbs tiene razón —dijo Glenarvan—; disponedlo todo para la cena; yo iré a hacer de leñador.

—Le acompaño con Wilson —respondió Paganel.

—Si me necesita usted para algo... —dijo Robert, levantándose.

—No, descansa, muchacho valiente —respondió Glenarvan—. ¡Serás un hombre a la edad en que otros no son todavía más que niños!

Glenarvan, Paganel y Wilson salieron de la *casucha*. Eran las seis de la tarde. El frío picaba vivamente pese a la calma absoluta de la atmósfera. El azul del cielo se oscurecía ya, y el sol rozaba con sus últimos rayos los altos picos de las mesetas andinas. Paganel, habiendo traído consigo su barómetro, lo consultó y vio que el mercurio se mantenía a 0,495 milímetros. La depresión de la columna barométrica correspondía a una elevación de once mil setecientos pies. Esa región de las cordilleras tenía, pues, una altitud inferior en solo novecientos diez metros a la del Mont Blanc. Si esas montañas hubieran presentado las dificultades de que está erizado el gigante de Suiza, si siquiera los huracanes y los torbellinos se hubieran desencadenado contra ellos, ninguno de los viajeros habría franqueado la gran cadena del Nuevo Mundo.

Glenarvan y Paganel, llegados a un montículo de pórfido, llevaron la mirada a todos los puntos del horizonte. Ocupaban entonces la cima de los *nevados* de la cordillera, y dominaban un espacio de cuarenta millas cuadradas. Al este, las vertientes descendían en rampas suaves por pendientes practicables sobre las que los peones se dejan deslizar durante el espacio de varios centenares de toesas. A lo lejos, rastros longitudinales de

piedra y bloques erráticos, empujados por el deslizamiento de los glaciares, formaban inmensas líneas de morrenas. El valle del Colorado se anegaba ya en una sombra ascendente, producida por el descenso del sol; los relieves del terreno, las prominencias, las agujas, los picos, iluminados por sus rayos, se iban apagando gradualmente, y el oscurecimiento avanzaba poco a poco por toda la vertiente oriental de los Andes. Al oeste, la luz alumbraba todavía los contrafuertes que sostienen la pared a pico de los flancos occidentales.

Era un deslumbramiento ver las rocas y los glaciares bañados en esa irradiación del astro del día. Hacia el norte ondulaba una sucesión de cimas que se confundían insensiblemente y formaban como una línea temblorosa trazada por un pulso inhábil. La mirada se perdía en ella confusamente. Pero al sur, en cambio, el espectáculo se volvía espléndido, y con la noche que caía iba a adquirir proporciones sublimes. En efecto, la vista hundiéndose en el valle salvaje del Torbido dominaba el Antuco, cuyo cráter abierto de par en par se abría a dos millas de allí. El volcán rugía como un monstruo enorme, semejante a los leviatanes de los días apocalípticos, y vomitaba ardientes humos mezclados con torrentes de una llama fuliginosa. El circo de montañas que lo rodeaba parecía estar en llamas; granizos de piedras incandescentes, nubes de vapores rojizos, chorros de lavas se reunían en haces centelleantes. Un inmenso resplandor, que crecía de instante en instante, una deflagración deslumbrante llenaba ese vasto recinto con sus intensas reverberaciones, mientras el sol, despojado poco a poco de sus fulgores crepusculares, desaparecía como un astro apagado en las sombras del horizonte.

Paganel y Glenarvan habrían permanecido largo tiempo contemplando esa magnífica lucha de los fuegos de la tierra y los fuegos del cielo; los improvisados leñadores cedían el puesto a los artistas; pero Wilson, menos entusiasta, los devolvió al sentido de la situación. La madera faltaba, es cierto; afortunadamente, un liquen escuálido y seco revestía las rocas; se hizo de él amplia provisión, así como de cierta planta llamada «llareta», cuya raíz podía arder suficientemente. Ese precioso combustible, llevado de vuelta a la *casucha*, fue amontonado en el hogar. El fuego fue difícil de encender y sobre todo de mantener. El aire muy rarificado no suministraba ya suficiente oxígeno para su alimentación; al menos esa fue la razón aducida por el mayor.

—En cambio —añadía—, el agua no necesitará cien grados de calor para hervir; quienes gustan del café hecho con agua a cien grados se verán obligados a prescindir de él, pues a esta altura la ebullición se manifestará antes de los noventa grados.

Mac Nabbs no se equivocaba, y el termómetro sumergido en el agua de la caldera, en cuanto empezó a hervir, no marcó más que ochenta y siete grados. Fue con deleite que cada uno bebió algunos sorbos de café ardiente; en cuanto a la carne seca, pareció algo insuficiente, lo que provocó por parte de Paganel una reflexión tan sensata como inútil.

—Pardiez —dijo—, hay que reconocer que un asado de lama no sería de despreciar; dicen que ese animal reemplaza al buey y al carnero, y yo estaría muy curioso de saber si es así desde el punto de vista alimentario.

—¿Cómo? —dijo el mayor—. ¿No está usted contento con nuestra cena, docto Paganel?

—Encantado, bravo mayor; sin embargo, reconozco que un plato de venado sería bienvenido.

—Es usted un sibarita —dijo Mac Nabbs.

—Acepto el calificativo, mayor; pero usted mismo, por mucho que lo niegue, no le haría ascos a un filete cualquiera.

—Eso es probable —respondió el mayor.

—¿Y si alguien le pidiera que fuera a apostarse al acecho a pesar del frío y la noche, iría usted sin hacer ninguna objeción?

—Evidentemente, y ya que a usted le place...

Los compañeros de Mac Nabbs no habían tenido tiempo de agradecerle y de frenar su incesante solicitud cuando se oyeron unos alaridos lejanos. Se prolongaban durante largo rato. No eran gritos de animales aislados, sino los de un rebaño que se aproximaba con rapidez.

¿La providencia, tras suministrar la chabola, quería ofrecerles también la cena? Tal fue la reflexión del geógrafo. Pero Glenarvan atenuó algo su alegría haciéndole notar que los cuadrúpedos de la cordillera no se encuentran jamás en una zona tan elevada.

—Entonces, ¿de dónde viene ese ruido? —dijo Tom Austin—. ¿Oís cómo se acerca?

—¿Un alud? —dijo Mulrady.

—¡Imposible! Son verdaderos alaridos —replicó Paganel.

—Vamos a ver —dijo Glenarvan.

—Y veamos como cazadores —respondió el mayor, que tomó su carabina.

Todos se lanzaron fuera de la *casucha*. La noche había caído, oscura y estrellada. La luna no mostraba todavía el disco a medias roído de su última fase.

Las cimas del norte y del este desaparecían en las tinieblas, y la mirada no percibía ya más que la silueta fantástica de algunas rocas dominantes. Los alaridos —alaridos de bestias aterradas— redoblaban. Venían de la parte tenebrosa de las cordilleras. ¿Qué ocurría?

De pronto, una avalancha furiosa llegó, pero una avalancha de seres animados y locos de terror. Toda la meseta pareció agitarse. De esos animales venían centenares, miles quizá, que, pese a la rarificación del aire, producían un ensordecedor estruendo. ¿Eran bestias salvajes de la pampa o tan solo una tropa de lamas y vicuñas? Glenarvan, Mac Nabbs, Robert, Austin, los dos marineros, no tuvieron más que el tiempo de tirarse al suelo mientras ese torbellino viviente pasaba a escasos pies por encima de ellos.

Paganel, que, en su calidad de nictálope, se mantenía de pie para ver mejor, fue derribado en un abrir y cerrar de ojos.

En ese momento estalló la detonación de un arma de fuego.

El mayor había disparado a ciegas. Le pareció que un animal caía a pocos pasos de él, mientras toda la manada, arrastrada por su irresistible impulso y redoblando sus clamores, desaparecía por las pendientes iluminadas por la reverberación del volcán.

—¡Ah! Los tengo —dijo una voz: la voz de Paganel.

—¿Y qué tiene usted? —preguntó Glenarvan.

—¡Mis gafas, pardiez! ¡Es lo menos que uno puede perder en semejante refriega!

—¿No está usted herido?...

—No, algo pisoteado. Pero ¿por quién?

—Por esto —respondió el mayor, arrastrando tras de sí el animal que había abatido.

Todos se apresuraron a volver a la chabola, y a la luz del hogar se examinó el «disparo» de Mac Nabbs.

Era una linda bestia, parecida a un pequeño camello sin joroba; tenía la cabeza fina, el cuerpo aplastado, las patas largas y delgadas, el pelo fino, el pelaje color café con leche, y el vientre moteado de blanco por debajo. Apenas lo hubo mirado Paganel, exclamó:

—¡Es un guanaco!

—¿Qué es un guanaco? —preguntó Glenarvan.

—Un animal que se come —respondió Paganel.

—¿Y es bueno?

—Sabroso. Un manjar del Olimpo. Ya sabía yo que tendríamos carne fresca para cenar. ¿Y qué carne! ¿Pero quién va a descuartizar el animal?

—Yo —dijo Wilson.

—Bien; yo me encargo de asarlo —replicó Paganel.

—¿Es usted, pues, cocinero, señor Paganel? —dijo Robert.

—¡Pardiez, muchacho, puesto que soy francés! En todo francés hay siempre un cocinero.

Cinco minutos después, Paganel depositó sobre las brasas producidas por la raíz de *llareta* amplias tajadas de venado. Diez minutos más tarde sirvió a sus compañeros esa carne de apetitoso aspecto bajo el nombre de «filetes de guanaco».

Nadie hizo remilgos, y cada cual le hincó el diente con ganas.

Pero, con gran estupefacción del geógrafo, una mueca general, acompañada de un unánime «¡puaj!», acogió el primer bocado.

—¡Es horrible! —dijo uno.

—¡No hay quien se lo coma! —replicó el otro.

El pobre sabio, por mucho que se resistiera, tuvo que reconocer que ese asado no podía ser aceptado ni por unos muertos de hambre. Empezaban ya a lanzarle algunas bromas, que él oía perfectamente, por cierto, y a desacreditar su «manjar del Olimpo»; él mismo buscaba la razón por la que esa carne de guanaco, verdaderamente buena y muy apreciada, se había vuelto detestable en sus manos, cuando un pensamiento repentino cruzó por su cerebro.

—¡Ya caigo! —exclamó—. ¡Pardiez, ya caigo, lo he encontrado!

—¿Es que es carne demasiado pasada? —preguntó tranquilamente Mac Nabbs.

—No, mayor intransigente, sino carne que ha andado demasiado. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—¿Qué quiere usted decir, señor Paganel? —preguntó Tom Austin.

—Quiero decir que el guanaco solo es bueno cuando ha sido abatido en reposo; si se le persigue mucho tiempo, si realiza una larga carrera, su carne ya no es comestible. Puedo, pues, afirmar por el gusto que ese animal venía de lejos, y por consiguiente todo el rebaño.

—¿Está usted seguro de eso? —dijo Glenarvan.

—Absolutamente seguro.

—Pero ¿qué acontecimiento, qué fenómeno ha podido aterrar de ese modo a esos animales y hacerlos huir a la hora en que deberían estar tranquilamente dormidos en su madriguera?

—A eso, mi querido Glenarvan —dijo Paganel—, me es imposible responderle. Si me cree usted, vayamos a dormir sin indagar más. Por mi parte, me muero de sueño. ¿Dormimos, mayor?

—Durmamos, Paganel.

Con esto, cada cual se envolvió en su *poncho*, se reavivó el fuego para la noche, y pronto, en todos los tonos y sobre todos los ritmos, se alzaron for-

midables ronquidos, entre los cuales el bajo del docto geógrafo sostenía el edificio armónico.

Solo Glenarvan no durmió. Secretas inquietudes lo mantenían en un estado de fatigoso insomnio. Pensaba involuntariamente en ese rebaño que huía en una dirección común, en su inexplicable terror. Los guanacos no podían ser perseguidos por bestias salvajes.

A esa altura, apenas las hay, y cazadores todavía menos. ¿Qué terror los precipitaba, pues, hacia los abismos del Antuco, y cuál era su causa? Glenarvan tenía el presentimiento de un peligro próximo.

Sin embargo, bajo la influencia de un semiadormecimiento, sus ideas se fueron modificando poco a poco, y los temores dieron paso a la esperanza. Se vio al día siguiente, en la llanura de los Andes. Allí debían comenzar verdaderamente sus pesquisas, y el éxito quizá no estaba lejos. Pensó en el capitán Grant, en sus dos marineros liberados de una dura esclavitud.

Esas imágenes pasaban rápidamente ante su espíritu, distraído a cada instante por el crepitar del fuego, una chispa que estallaba en el aire, una llama vivamente oxigenada que iluminaba el rostro dormido de sus compañeros y agitaba alguna sombra fugitiva sobre los muros de la *casucha*. Luego, sus presentimientos volvían con mayor intensidad. Escuchaba vagamente los ruidos exteriores, difíciles de explicar en esas cimas solitarias.

En cierto momento creyó sorprender unos retumbos lejanos, sordos, amenazantes, como el retumbar de un trueno que no viniera del cielo. Ahora bien, esos retumbos no podían pertenecer más que a una tormenta desencadenada en los flancos de la montaña, a algunos miles de pies por debajo de su cima.

Glenarvan quiso constatar el hecho y salió.

La luna se levantaba en ese momento. La atmósfera era límpida y tranquila. Ni una nube, ni arriba ni abajo. Aquí y allá, algunos reflejos móviles de las llamas del Antuco. Ninguna tormenta, ningún relámpago. En el cénit brillaban miles de estrellas. Sin embargo, los retumbos continuaban: parecían aproximarse y correr a través de la cordillera. Glenarvan volvió a entrar más inquieto, preguntándose qué relación existía entre esos rugidos subterráneos y la huida de los guanacos. ¿Había allí un efecto y una causa? Miró su reloj, que marcaba las dos de la madrugada.

Sin embargo, no teniendo la certeza de un peligro inmediato, no despertó a sus compañeros, a quienes la fatiga mantenía profundamente dormidos, y él mismo cayó en un pesado sopor que duró varias horas.

De pronto, violentos estruendos lo pusieron de pie. Era un ensordecedor estrépito, comparable al ruido entrecortado que harían innumerables armones de artillería rodando sobre un pavimento sonoro. De repente, Glenarvan sintió que el suelo cedía bajo sus pies; vio la *casucha* oscilar y abrirse.

—¡Alerta! —gritó.

Sus compañeros, todos despertados y derribados en confuso tropel, eran arrastrados por una pendiente rápida.

Amanecía entonces, y la escena era aterradora. La forma de las montañas cambiaba de súbito: los conos se truncaban; los picos vacilantes desaparecían como si una trampilla se entreabriera bajo su base. A consecuencia de un fenómeno particular a las cordilleras, un macizo de varias millas de anchura se desplazaba entero y se deslizaba hacia la llanura.

—¡Un terremoto! —exclamó Paganel.

No se equivocaba. Era uno de esos cataclismos frecuentes en la vertiente montañosa de Chile, y precisamente en esa región donde Copiapó ha sido destruida dos veces y Santiago derribada cuatro veces en catorce años. Esa porción del globo está trabajada por los fuegos de la tierra, y los volcanes de esa cadena de origen reciente no ofrecen sino válvulas insuficientes a la salida de los vapores subterráneos. De ahí esas sacudidas incesantes, conocidas con el nombre de «tremblores».

Sin embargo, aquella meseta a la que se aferraban siete hombres prendidos a manojos de liquen, aturdidos, aterrados, se deslizaba con la rapidez de un expreso, es decir, a una velocidad de cincuenta millas por hora. No era posible gritar, ni moverse para huir o frenarse. No habrían podido oírse. Los retumbos interiores, el estrépito de las avalanchas, el choque de las masas de granito y basalto, los torbellinos de nieve pulverizada, hacían imposible toda comunicación. A veces, el macizo bajaba sin sacudidas ni tumbos; otras, presa de un movimiento de cabeceo y balanceo como la cubierta de un navío agitado por la marejada, bordeando abismos en los que caían peda-

zos de montaña, arrancando árboles seculares, nivelaba con la precisión de una enorme guadaña todas las salientes del flanco oriental.

Piénsese en la potencia de una masa de varios miles de millones de toneladas, lanzada con velocidad siempre creciente bajo un ángulo de cincuenta grados.

Cuánto duró aquella caída indescriptible, nadie habría podido evaluarlo. A qué abismo debía ir a parar, nadie se hubiera atrevido a preverlo. Si todos estaban allí, vivos, o si alguno yacía ya en el fondo de un precipicio, nadie tampoco habría podido decirlo. Sofocados por la velocidad de la carrera, helados por el aire frío que los penetraba, cegados por los torbellinos de nieve, jadeaban, aniquilados, casi inanimados, y no se aferraban a las rocas sino por un supremo instinto de conservación.

De repente, un choque de incomparable violencia los arrancó de su deslizante vehículo. Fueron lanzados hacia adelante y rodaron por los últimos escalones de la montaña. El macizo se había detenido en seco.

Durante algunos minutos, nadie se movió. Al fin, uno se levantó aturdido por el golpe, pero aún firme —el mayor. Se sacudió el polvo que lo cegaba y miró a su alrededor. Sus compañeros, tendidos en un círculo reducido, como los perdigones de un fusil que han hecho bala, estaban caídos unos sobre otros.

El mayor los contó. Todos, menos uno, yacían en el suelo. El que faltaba era Robert Grant.

Capítulo XIV. El disparo de la Providencia

El flanco oriental de la cordillera de los Andes forma largas pendientes que se pierden insensiblemente en la llanura, sobre la cual una porción del macizo se había detenido súbitamente. En aquella nueva región, tapizada de pastos espesos y erizada de magníficos árboles, un número incalculable de aquellos manzanos plantados en tiempos de la conquista resplandecía de frutos dorados y formaba auténticos bosques. Era un rincón de la opulenta Normandía arrojado en las regiones platenses, y, en cualquier otra circunstancia, el ojo de un viajero se habría sentido impresionado por aquella súbita transición del desierto al oasis, de las cimas nevadas a las praderas verdecientes, del invierno al verano.

El suelo había recobrado, por lo demás, una inmovilidad absoluta. El terremoto se había aplacado, y sin duda las fuerzas subterráneas ejercían más lejos su acción devastadora, pues la cadena de los Andes está siempre agitada o temblorosa en algún lugar. Esta vez, la conmoción había sido de extrema violencia. La línea de las montañas se encontraba enteramente modificada. Un panorama nuevo de cimas, crestas y picos se recortaba sobre el fondo azul del cielo, y el guía de las pampas habría buscado en vano sus acostumbrados puntos de referencia.

Una jornada admirable se preparaba; los rayos del sol, salido de su húmedo lecho del Pacífico, se deslizaban sobre las llanuras argentinas y se sumergían ya en las aguas del otro océano. Eran las ocho de la mañana.

Lord Glenarvan y sus compañeros, reanimados por los cuidados del mayor, volvieron poco a poco a la vida. En suma, habían sufrido un aturdimiento espantoso, pero nada más. La cordillera había descendido, y no habrían

tenido sino que felicitarse de un medio de locomoción del que la naturaleza había corrido con todos los gastos, de no faltar en el recuento uno de ellos, el más débil, un niño: Robert Grant.

Todos le querían, a aquel valeroso muchacho —Paganel, que se había encariñado especialmente con él; el mayor, a pesar de su frialdad; todos, y sobre todo Glenarvan.

Este último, cuando supo la desaparición de Robert, quedó desesperado. Se imaginaba al pobre niño engullido en algún abismo, llamando con voz inútil a quien él denominaba su segundo padre.

—Amigos míos, amigos míos —dijo, conteniendo apenas las lágrimas—, hay que buscarlo, hay que encontrarlo. ¡No podemos abandonarlo así! ¡Ni un valle, ni un precipicio, ni un abismo que no deba ser registrado hasta el fondo! ¡Me atarán con una cuerda! ¡Me descenderán allí dentro! Lo exijo, ¿me oís? ¡Lo exijo! ¡Que el cielo quiera que Robert respire aún! Sin él, ¿cómo osaríamos encontrar a su padre, y con qué derecho salvar al capitán Grant, si su salvación ha costado la vida a su hijo?

Los compañeros de Glenarvan le escuchaban sin responder; sentían que buscaba en sus miradas algún destello de esperanza, y bajaban los ojos.

—Pues bien —prosiguió Glenarvan—, ¡me habéis oído! ¡Calláis! ¡Ya no esperáis nada! ¡Nada!

Hubo algunos instantes de silencio; luego Mac Nabbs tomó la palabra y dijo:

—¿Cuál de vosotros recuerda en qué momento desapareció Robert?

A esa pregunta no se dio respuesta alguna.

—Al menos —prosiguió el mayor—, me diréis junto a quién se encontraba el niño durante el descenso por la cordillera.

—Junto a mí —respondió Wilson.

—Pues bien, ¿hasta qué momento lo viste a tu lado? Recuerda. Habla.

—Esto es todo lo que recuerdo —respondió Wilson—. Robert Grant seguía todavía a mi lado, con la mano crispada sobre un manojo de liquen, menos de dos minutos antes del choque que puso fin a nuestro descenso.

—¡Menos de dos minutos! Fíjate bien, Wilson; los minutos debieron parecerte largos.

—¿No te equivocas?

—No creo equivocarme... Sí, así es... ¡Menos de dos minutos!

—¡Bien! —dijo Mac Nabbs—. ¿Y Robert estaba colocado a tu izquierda o a tu derecha?

—A mi izquierda. Recuerdo que su *poncho* me azotaba la cara.

—¿Y tú, con respecto a nosotros, estabas colocado...?

—También a la izquierda.

—Así pues, Robert no pudo desaparecer sino por ese lado —dijo el mayor, volviéndose hacia la montaña e indicando su derecha—. Añadiré que, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde su desaparición, el niño debe de haber caído en la parte de la montaña comprendida entre el suelo y dos millas de altura. Es allí donde hay que buscarlo, repartiéndonos las distintas zonas, y es allí donde lo encontraremos.

No se añadió una sola palabra. Los seis hombres, escalando las pendientes de la cordillera, se escalonaron por su lomo a distintas alturas y comenzaron su exploración. Se mantenían constantemente a la derecha de la línea de descenso, registrando las menores fisuras, descendiendo al fondo de los precipicios parcialmente colmatados por los escombros del macizo, y más de uno salió de ellos con la ropa hecha jirones, los pies y las manos ensangrentados, tras haber expuesto su vida. Toda aquella porción de los Andes, salvo algunas mesetas inaccesibles, fue escrupulosamente registrada durante largas horas, sin que ninguno de aquellos valientes pensara en descansar. Búsquedas vanas.

El niño había encontrado en la montaña no solo la muerte, sino también una tumba cuya piedra, hecha de alguna roca enorme, se había cerrado sobre él para siempre.

Hacia la una, Glenarvan y sus compañeros, destrozados, aniquilados, se reunían en el fondo del valle.

Glenarvan estaba presa de un violento dolor; apenas hablaba, y de sus labios no salían sino estas únicas palabras entrecortadas de suspiros:

—¡No me iré! ¡No me iré!

Todos comprendieron aquella obstinación convertida en idea fija, y la respetaron.

—Esperemos —dijo Paganel al mayor y a Tom Austin—. Descansemos un poco y recobremos fuerzas. Las necesitamos, ya sea para reanudar las búsquedas, ya para continuar nuestra ruta.

—Sí —respondió Mac Nabbs—, y quedémonos, ya que Edward quiere permanecer. Espera. Pero ¿qué espera?

—Dios lo sabe —dijo Tom Austin.

—¡Pobre Robert! —respondió Paganel, enjugándose los ojos.

Los árboles crecían en gran número en el valle.

El mayor escogió un grupo de altos algarrobos, bajo los cuales hizo establecer un campamento provisional.

Algunas mantas, las armas, algo de carne seca y arroz, eso era lo que les quedaba a los viajeros. Un *río* corría no lejos, que les proporcionó un agua aún turbia por la avalancha. Mulrady encendió fuego sobre la hierba, y pronto ofreció a su amo una bebida caliente y reconfortante. Pero Glenarvan la rehusó y permaneció tendido sobre su *poncho* en una profunda postración.

Así transcurrió la jornada. Llegó la noche, calma y tranquila como la noche anterior. Mientras sus compañeros permanecían inmóviles, aunque sin conciliar el sueño, Glenarvan remontó las pendientes de la cordillera. Aguzaba el oído, esperando siempre que algún último llamado llegara hasta él. Se aventuró lejos, alto, solo, pegando el oído contra el suelo, escuchando y conteniendo los latidos de su corazón, llamando con voz desesperada.

Durante toda la noche, el pobre lord erró por la montaña. Ora Paganel, ora el mayor le seguían, prontos a prestarle socorro en las crestas resbaladizas y al borde de los abismos adonde le arrastraba su inútil imprudencia. Pero sus últimos esfuerzos fueron estériles, y a aquellos gritos mil veces lanzados de «¡Robert! ¡Robert!» solo el eco respondía repitiendo ese nombre llorado.

Llegó el día. Hubo que ir a buscar a Glenarvan en las alejadas mesetas y, pese a él, conducirle de vuelta al campamento. Su desesperación era atroz. ¿Quién habría osado hablarle de partida y proponerle abandonar aquel valle funesto? Sin embargo, faltaban los víveres. No lejos debían encontrarse los guías argentinos anunciados por el arriero, y los caballos necesarios para la travesía de las pampas. Volver sobre sus pasos ofrecía más dificultades que seguir adelante. Por otra parte, era en el océano Atlántico donde se había dado cita al *Duncan*. Todas las razones de peso no permitían más demora, y, en interés de todos, la hora de partir no podía aplazarse.

Fue Mac Nabbs quien intentó arrancar a Glenarvan de su dolor. Largo tiempo habló sin que su amigo pareciese escucharle. Glenarvan sacudía la cabeza.

Sin embargo, algunas palabras entreabrieron sus labios.

—¿Partir? —dijo.

—¡Sí! Partir.

—¡Una hora más!

—Sí, una hora más —respondió el digno mayor.

Y, transcurrida la hora, Glenarvan pidió por gracia que se le concediese otra. Era como un condenado que implora una prórroga de existencia.

Así fue hasta el mediodía aproximadamente. Entonces Mac Nabbs, con el parecer de todos, no vaciló más, y dijo a Glenarvan que era preciso partir, y que de una pronta resolución dependía la vida de sus compañeros.

—¡Sí! ¡Sí! —respondió Glenarvan—. ¡Partamos! ¡Partamos!

Pero, al hablar así, sus ojos se apartaban de Mac Nabbs; su mirada fijaba un punto negro en el aire. De repente, su mano se alzó y quedó inmóvil como si hubiera quedado petrificada.

—¡Allí! ¡Allí! —dijo—. ¡Mirad! ¡Mirad!

Todas las miradas se volvieron hacia el cielo, en la dirección tan imperiosamente señalada. En ese momento, el punto negro crecía visiblemente. Era un pájaro que planeaba a una altura inconmensurable.

—Un cóndor —dijo Paganel.

—Sí, un cóndor —respondió Glenarvan—. ¿Quién sabe? ¡Viene! ¡Desciende! ¡Esperemos!

¿Qué esperaba Glenarvan? ¿Su razón se extraviaba?

«¿Quién sabe?» había dicho.

Paganel no se había equivocado. El cóndor se hacía más visible de instante en instante. Ese magnífico pájaro, antaño reverenciado por los incas, es el rey de los Andes meridionales. En esas regiones, alcanza un desarrollo extraordinario.

Su fuerza es prodigiosa, y con frecuencia precipita bueyes al fondo de los abismos. Se lanza sobre ovejas, caballos y terneros errantes por las llanuras, y los eleva entre sus garras a grandes alturas. No es raro que planee a veinte mil pies sobre el suelo, es decir, a ese límite que el hombre no puede franquear. Desde allí, invisible a las mejores vistas, ese rey de los aires pasea una mirada penetrante sobre las regiones terrestres y distingue los objetos más pequeños con una potencia de visión que asombra a los naturalistas.

¿Qué había visto aquel cóndor? ¡Un cadáver, el de Robert Grant! «¿Quién sabe?», repetía Glenarvan sin perderlo de vista. El enorme pájaro se acercaba, ora planeando, ora cayendo con la velocidad de los cuerpos inertes abandonados en el espacio. Pronto describió círculos de amplio radio, a menos de cien toesas del suelo. Se le distinguía perfectamente. Medía más de quince pies de envergadura. Sus poderosas alas le sostenían sobre el fluido aéreo casi sin batir, pues es propio de las grandes aves volar con calma majestuosa, mientras que para mantenerse en el aire los insectos necesitan mil aleteos por segundo.

El mayor y Wilson habían cogido su carabina; Glenarvan los detuvo con un gesto. El cóndor enlazaba en los repliegues de su vuelo una especie de meseta inaccesible situada a un cuarto de milla en los flancos de la cordillera. Giraba con vertiginosa rapidez, abriendo y cerrando sus temibles garras, y sacudiendo su cresta cartilaginosa.

—¡Es allí! ¡Allí! —exclamó Glenarvan.

Luego, de repente, un pensamiento cruzó por su mente.

—¡Si Robert sigue vivo! —exclamó lanzando una terrible exclamación —, ese pájaro... ¡Fuego! ¡Amigos míos! ¡Fuego!

Pero era demasiado tarde. El cóndor se había ocultado tras unas altas salientes de roca. Transcurrió un segundo, ¡un segundo que la aguja debió tardar un siglo en marcar! Luego el enorme pájaro reapareció pesadamente cargado y elevándose con un vuelo más pesado.

Un grito de horror se dejó oír. En las garras del cóndor aparecía suspendido y zarandeado un cuerpo inanimado, el de Robert Grant. El pájaro lo elevaba sujetándolo por las ropas y se balanceaba en el aire a menos de ciento cincuenta pies sobre el campamento; había advertido a los viajeros y, tratando de huir con su pesada presa, batía violentamente con sus alas las capas atmosféricas.

—¡Ah! —exclamó Glenarvan—. ¡Que el cadáver de Robert se haga pedazos contra esas rocas antes que servir...!

No terminó la frase, y, apoderándose de la carabina de Wilson, intentó apuntar al cóndor.

Pero su brazo temblaba. No podía fijar su arma. Sus ojos se nublaban.

—Dejad que lo haga yo —dijo el mayor.

Y con el ojo tranquilo, la mano segura, el cuerpo inmóvil, apuntó al pájaro que se encontraba ya a trescientos pies de él.

Pero aún no había apretado el gatillo de su carabina cuando una detonación resonó en el fondo del valle; una bocanada de humo blanco brotó entre dos masas de basalto, y el cóndor, herido en la cabeza, fue cayendo poco a poco girando sobre sí mismo, sostenido por sus grandes alas desplegadas que formaban paracaídas. No había soltado su presa, y fue con cierta lentitud que se desplomó sobre el suelo, a diez pasos de las orillas del arroyo.

—¡A él! ¡A él! —dijo Glenarvan.

Y sin preguntarse de dónde venía aquel disparo providencial, se precipitó hacia el cóndor. Sus compañeros le siguieron corriendo.

Cuando llegaron, el pájaro estaba muerto, y el cuerpo de Robert desaparecía bajo sus anchas alas. Glenarvan se arrojó sobre el cadáver del niño, lo arrancó de las garras del pájaro, lo tendió sobre la hierba y apretó su oído contra el pecho de aquel cuerpo inanimado.

Jamás un grito de alegría más terrible escapó de labios humanos que en el momento en que Glenarvan se irguió repitiendo:

—¡Vive! ¡Vive aún!

En un instante, despojaron a Robert de sus ropas y bañaron su rostro con agua fresca. Hizo un movimiento, abrió los ojos, miró, pronunció algunas palabras, y fue para decir:

—¡Ah! Usted, *milord*... ¡Mi padre!...

Glenarvan no pudo responder; la emoción le ahogaba, y, arrodillándose, lloró junto a aquel niño salvado de manera tan milagrosa.

Capítulo XV. El español de Jacques Paganel

Tras el inmenso peligro del que acababa de escapar, Robert corrió otro, no menor: el de ser devorado a caricias. Por más débil que estuviera, ninguno de aquellos valientes pudo resistir el deseo de estrecharle contra su corazón. Cabe creer que esos buenos abrazos no son fatales para los enfermos, pues el niño no murió de ellos. Al contrario.

Pero tras el salvado, se pensó en el salvador, y fue naturalmente el mayor quien tuvo la idea de mirar a su alrededor. A cincuenta pasos del *río*, un hombre de estatura muy elevada permanecía inmóvil en uno de los primeros escalones de la montaña. Un largo fusil reposaba a sus pies. Aquel hombre, aparecido súbitamente, tenía los hombros anchos, el cabello largo y recogido con cordones de cuero. Su talla superaba los seis pies. Su rostro bronceado era rojo entre los ojos y la boca, negro en el párpado inferior y blanco en la frente. Vestido a la usanza de los patagones de las fronteras, el indígena llevaba un espléndido manto decorado con arabescos rojos, confeccionado con la piel del cuello y las patas de un guanaco, cosido con tendones de avestruz, y cuya lana sedosa estaba vuelta hacia el exterior. Bajo su manto se ceñía una vestimenta de piel de zorro ajustada a la cintura y que por delante terminaba en punta. De su cinturón colgaba una bolsita que contenía los colores con los que se pintaba el rostro. Sus botas estaban formadas por un trozo de cuero de buey, fijado al tobillo con correas cruzadas regularmente.

El rostro de aquel patagón era magnífico y denotaba una inteligencia real, a pesar del colorido que lo adornaba. Aguardaba en una pose llena de dig-

nidad. Al verle inmóvil y grave sobre su pedestal de rocas, se le habría tomado por la estatua de la serenidad.

El mayor, en cuanto le vio, se lo señaló a Glenarvan, quien corrió hacia él. El patagón dio dos pasos adelante. Glenarvan le tomó la mano y la estrechó entre las suyas. Había en la mirada del lord, en la expresión de su rostro, en toda su fisonomía un tal sentimiento de gratitud, una tal expresión de reconocimiento, que el indígena no pudo equivocarse. Inclinó suavemente la cabeza y pronunció algunas palabras que ni el mayor ni su amigo pudieron entender.

Entonces el patagón, tras haber mirado atentamente a los extranjeros, cambió de lengua; pero, hiciera lo que hiciese, ese nuevo idioma no fue comprendido tampoco más que el primero. Sin embargo, ciertas expresiones empleadas por el indígena llamaron la atención de Glenarvan. Le parecieron pertenecer a la lengua española, de la que conocía algunas palabras usuales.

—¿*Espanol*? —dijo.

El patagón movió la cabeza de arriba abajo, movimiento alternativo que tiene la misma significación afirmativa en todos los pueblos.

—Bien —dijo el mayor—, ese es asunto de nuestro amigo Paganel. ¡Menos mal que se le ocurrió aprender español!

Se llamó a Paganel. Acudió enseguida y saludó al patagón con una gracia muy francesa, a la que este probablemente no entendió nada. El sabio geógrafo fue puesto al corriente de la situación.

—Perfecto —dijo.

Y, abriendo ampliamente la boca para articular mejor, dijo:

—*Vos sois un homem de bem!*

El indígena aguzó el oído y no respondió nada.

—No le entiende —dijo el geógrafo.

—¿Quizá no acentúa usted bien? —replicó el mayor.

—Es cierto. ¡Maldito acento!

Y de nuevo Paganel repitió su cumplido.

Obtuvo el mismo resultado.

—Cambiemos de frase —dijo, y, pronunciando con magistral lentitud, hizo oír estas palabras:

—*Sem duvida, um patagâo*.

El otro siguió mudo como antes.

—*Dizeime!* —añadió Paganel.

El patagón tampoco respondió.

—¿*Vos compriendeis*? —gritó Paganel con tal fuerza que estuvo a punto de romperse las cuerdas vocales.

Era evidente que el indio no entendía, pues respondió, pero en español:

—*No comprendo*.

Le tocó el turno de quedarse atónito a Paganel, y se puso a mover las gafas vivamente de la frente a los ojos, como un hombre contrariado.

—¡Que me ahorquen —dijo— si entiendo una palabra de ese dialecto infernal! ¡Seguro que es araucano!

—Que no —respondió Glenarvan—, ese hombre ha respondido sin duda en español.

Y, volviéndose hacia el patagón:

—¿*Espanol*? —repitió.

—¡*Sí, sí!* —respondió el indígena.

El asombro de Paganel se tornó en estupefacción.

El mayor y Glenarvan se miraban de reojo.

—Pero, a ver, sabio amigo mío —dijo el mayor, mientras una media sonrisa se dibujaba en sus labios—, ¿no habrá usted cometido una de esas distracciones de las que parece usted tener el monopolio?

—¿Cómo? —dijo el geógrafo, aguzando el oído.

—¡Sí! Es evidente que ese patagón habla español...

—¿Él?

—¡Él! ¿Acaso, por casualidad, habrá usted aprendido otra lengua creyendo estudiar...?

Mac Nabbs no terminó. Un vigoroso «¡oh!» del sabio, acompañado de encogimintos de hombros, le cortó en seco.

—Mayor, va usted demasiado lejos —dijo Paganel en tono bastante seco.

—¡Es que no entiende usted! —respondió Mac Nabbs.

—No entiendo porque ese indígena habla mal —replicó el geógrafo, que empezaba a impacientarse.

—Es decir, que habla mal porque usted no entiende —repuso tranquilamente el mayor.

—Mac Nabbs —dijo entonces Glenarvan—, esa es una suposición inadmisible. Por muy distraído que sea nuestro amigo Paganel, no puede suponerse que sus distracciones hayan llegado hasta el extremo de aprender una lengua por otra.

—Entonces, querido Edward, o mejor dicho, usted, mi buen Paganel, explíqueme lo que ocurre aquí.

—Yo no explico —respondió Paganel—, constato. ¡He aquí el libro en el que me ejercito diariamente en las dificultades de la lengua española! Examínelo, mayor, y verá si le engaño.

Dicho esto, Paganel hurgó en sus numerosos bolsillos; tras algunos minutos de búsqueda, sacó de uno de ellos un volumen en muy mal estado y lo presentó con aire seguro.

El mayor tomó el libro y lo examinó:

—Bien, ¿y qué obra es esta? —preguntó.

—Son los *Lusiadas* —respondió Paganel—, una admirable epopeya que...

—¡*Los Lusiadas*! —exclamó Glenarvan.

—Sí, amigo mío, los *Lusiadas* del gran Camoens, ni más ni menos.

—¡Camoens! —repitió Glenarvan—. Pero, desgraciado amigo, ¡Camoens es portugués! ¡Es portugués lo que lleva usted seis semanas aprendiendo!

—¡Camoens! ¡*Lusiadas*! ¡Portugués!...

Paganel no pudo decir más. Sus ojos se nublaron bajo las gafas, mientras un homérico estallido de risa resonaba a su alrededor, pues todos sus compañeros estaban allí rodeándole.

El patagón no pestañeó; aguardaba pacientemente la explicación de un incidente absolutamente incomprensible para él.

—¡Ah! ¡Insensato! ¡Loco! —dijo por fin Paganel—. ¿Cómo? ¿Es así? ¿No es una invención hecha a placer? ¿He hecho yo eso? ¡Pero si es la confusión de las lenguas, como en Babel! ¡Ah, amigos míos! ¡Amigos míos! ¡Partir hacia las Indias y llegar a Chile! ¡Aprender español y hablar portugués, eso es demasiado, y si esto continúa, un día me ocurrirá tirarme yo por la ventana en lugar de tirar el cigarro!

Al escuchar a Paganel tomar así su contratiempo, al ver su cómica contrariedad, era imposible mantener la seriedad. Por lo demás, él daba el ejemplo.

—¡Reíd, amigos míos! —decía—. ¡Reíd de buena gana! ¡No os reiréis tanto de mí como yo me río de mí mismo!

Y soltó la más formidable carcajada que jamás haya salido de la boca de un sabio.

—Ello no quita que nos quedemos sin intérprete —dijo el mayor.

—¡Oh! No os aflijáis —respondió Paganel—; el portugués y el español se parecen tanto que me he confundido; pero también, ese parecido me servirá para reparar prontamente mi error, y en poco tiempo quiero dar las gracias a este digno patagón en la lengua que él habla tan bien.

Paganel tenía razón, pues pronto pudo intercambiar algunas palabras con el indígena; llegó a saber incluso que el patagón se llamaba Thalcave, palabra que en lengua araucana significa «El Tronante».

Ese sobrenombre le venía sin duda de su destreza en el manejo de las armas de fuego.

Pero lo que Glenarvan celebró especialmente fue conocer que el patagón era guía de oficio, y guía de las pampas. Había en ese encuentro algo tan providencial, que el éxito de la empresa tomó ya la forma de un hecho con-

sumado, y nadie puso ya en duda la salvación del capitán Grant. Entretanto, los viajeros y el patagón habían regresado junto a Robert.

Este tendió los brazos hacia el indígena, quien, sin pronunciar una palabra, le puso la mano sobre la cabeza.

Examinó al niño y palpó sus miembros adoloridos.

Luego, sonriendo, fue a recoger a las orillas del *río* algunos puñados de apio silvestre con los que frotó el cuerpo del enfermo. Bajo ese masaje hecho con delicadeza infinita, el niño sintió cómo le renacían las fuerzas, y quedó patente que algunas horas de reposo bastarían para restablecerlo.

Se decidió, pues, que esa jornada y la noche siguiente se pasarían en el campamento. Dos graves cuestiones, por lo demás, quedaban por resolver, tocantes a los alimentos y al transporte. Víveres y mulas faltaban igualmente. Por fortuna, Thalcave estaba allí. Ese guía, habituado a conducir viajeros a lo largo de las fronteras patagónicas, y uno de los *baqueanos* más inteligentes del país, se encargó de proporcionar a Glenarvan todo cuanto faltaba a su pequeña tropa. Le ofreció conducirle a una «toldería» de indios, distante a lo sumo cuatro millas, donde se encontrarían las cosas necesarias para la expedición. Esa proposición fue hecha mitad por gestos, mitad con palabras españolas que Paganel logró entender. Fue aceptada.

De inmediato, Glenarvan y su sabio amigo, despidiéndose de sus compañeros, remontaron el *río* bajo la guía del patagón.

Caminaron a buen paso durante hora y media, y a grandes zancadas para seguir al gigante Thalcave. Toda aquella región andina era encantadora y de una opulenta fertilidad. Los pastos ricos se sucedían uno tras otro y habrían alimentado sin dificultad a un ejército de cien mil rumiantes.

Amplios estanques, unidos entre sí por el inextricable lazo de los *ríos*, proporcionaban a aquellas llanuras una verdeciente humedad. Cisnes de cabeza negra se esparcían por ellos caprichosamente y disputaban el dominio de las aguas a numerosos ñandúes que brincaban a través de los llanos. El mundo de las aves era muy brillante, muy bullicioso también, pero de una variedad maravillosa. Las «isacas», graciosas tórtolas grisáceas de plumaje listado de blanco, y los cardenales amarillos se abrían sobre las ramas de los árboles como flores vivas; las palomas viajeras cruzaban el espacio, mientras toda la grey emplumada de los gorriones, los «chingolos»,

los «jilgueros» y las «monjitas», persiguiéndose a todo vuelo, llenaban el aire de gorjeos chispeantes.

Jacques Paganel caminaba de admiración en admiración; las interjecciones brotaban sin cesar de sus labios, para el asombro del patagón, que encontraba de lo más natural que hubiera pájaros por el aire, cisnes en los estanques y hierba en los prados. El sabio no tuvo que lamentar su paseo, ni a quejarse de su duración. Apenas le parecía que había partido cuando el campamento de los indios se ofrecía a su vista.

Aquella *toldería* ocupaba el fondo de un valle encajado entre los contrafuertes de los Andes. Allí vivían, bajo cabañas de ramas, unos treinta indígenas nómadas que apacentaban grandes rebaños de vacas lecheras, ovejas, bueyes y caballos. Iban así de un pasto a otro, y encontraban la mesa siempre puesta para sus comensales a cuatro patas.

Tipo híbrido de las razas araucana, pehuenche y auca, aquellos ando-peruanos, de color oliváceo, talla media, formas macizas, frente baja, cara casi circular, labios delgados, pómulos salientes, rasgos afeminados y fisonomía fría, no habrían ofrecido a los ojos de un antropólogo el carácter de las razas puras.

Eran, en suma, unos indígenas poco interesantes.

Pero Glenarvan aspiraba a su rebaño, no a ellos. Desde el momento en que tenían bueyes y caballos, no pedía más.

Thalcave se encargó de la negociación, que no fue larga. A cambio de siete pequeños caballos de raza argentina completamente enjaezados, de unas cien libras de *charqui* o carne seca, de algunas medidas de arroz y de odres de cuero para el agua, los indios, a falta de vino o de ron, que habrían preferido, aceptaron veinte onzas de oro, cuyo valor conocían perfectamente. Glenarvan quería comprar un octavo caballo para el patagón, pero este le hizo entender que era innecesario.

Terminado ese trato, Glenarvan se despidió de sus nuevos «proveedores», según la expresión de Paganel, y regresó al campamento en menos de media hora. Su llegada fue saludada con aclamaciones que tuvo a bien atribuir a quien correspondía, es decir, a los víveres y a las cabalgaduras.

Todos comieron con apetito. Robert tomó algo de alimento; sus fuerzas le habían vuelto casi por completo.

El resto de la jornada transcurrió en un reposo completo.

Se habló un poco de todo: de las queridas ausentes, del *Duncan*, del capitán John Mangles, de su valiente tripulación, de Harry Grant, que quizá no estaba lejos.

En cuanto a Paganel, no se apartaba del indio; se había convertido en la sombra de Thalcave. No cabía en sí de alegría al ver a un auténtico patagón, junto al cual él habría parecido un enano, ¡un patagón que podía casi rivalizar con aquel emperador Maximino y aquel negro del Congo visto por el sabio Van Der Brock, ambos de ocho pies de estatura! Y luego abrumaba al grave indio con frases en español, y este se dejaba hacer. El geógrafo estudiaba, esta vez sin libro. Se le oía articular palabras retumbantes con ayuda de la garganta, la lengua y las mandíbulas.

—¡Si no logro coger el acento —repetía al mayor—, que no me lo tengan en cuenta! Pero ¿quién me habría dicho que un día sería un patagón quien me enseñara español?

Capítulo XVI. El río Colorado

Al día siguiente, 22 de octubre, a las ocho, Thalcave dio la señal de partida. El suelo argentino, entre el vigésimo segundo y el cuadragésimo segundo grado, se inclina de oeste a este; los viajeros no tenían sino que descender una suave pendiente hasta el mar.

Cuando el patagón rechazó el caballo que le ofrecía Glenarvan, este pensó que prefería ir a pie, según la costumbre de ciertos guías, y ciertamente sus largas piernas debían facilitarle la marcha. Pero Glenarvan se equivocaba.

En el momento de partir, Thalcave silbó de una manera particular. Al instante, un magnífico caballo argentino de espléndida talla salió de un pequeño bosque cercano y se presentó a la llamada de su amo.

El animal era de una belleza perfecta; su color castaño indicaba una bestia de fondo, orgullosa, valerosa y viva; tenía la cabeza ligera y finamente insertada, los ollares ampliamente abiertos, el ojo ardiente, los corvejones anchos, la cruz bien marcada, el pecho alto, las cuartillas largas, es decir, todas las cualidades que hacen la fuerza y la agilidad. El mayor, como perfecto conocedor, lo admiró sin reservas como ejemplar de la raza pampeana, en el que encontró cierto parecido con el «hunter» inglés. Aquel bello animal se llamaba «Thaouka», es decir, «pájaro» en lengua patagónica, y merecía ese nombre con toda justicia.

Cuando Thalcave estuvo en la silla, su caballo brincó bajo él. El patagón, consumado jinete, era magnífico de ver. Su arreo comprendía los dos instrumentos de caza habituales en la llanura argentina: las «bolas» y el «lazo». Las bolas consisten en tres bolas reunidas por una correa de cuero, atada en la parte delantera del recado.

El indio las lanza con frecuencia a cien pasos de distancia sobre el animal o el enemigo que persigue, y con tal precisión, que se enrollan en torno a sus patas y lo derriban al instante. Es, pues, en sus manos un instrumento formidable, y lo maneja con sorprendente habilidad. El *lazo*, en cambio, no abandona la mano que lo blande. Se compone únicamente de una cuerda de treinta pies de longitud, formada por la unión de dos cueros bien trenzados y terminada por un nudo corredizo que corre por un anillo de hierro. Es ese nudo corredizo el que lanza la mano derecha, mientras la izquierda sujeta el resto del *lazo*, cuyo extremo está firmemente fijado a la silla. Una larga carabina llevada en bandolera completaba las armas ofensivas del patagón.

Thalcave, sin reparar en la admiración que producían su gracia natural, su soltura y su orgulloso desenfado, tomó la cabeza de la tropa, y se partió, ora al galope, ora al paso de los caballos, a los que el trote parecía serles desconocido.

Robert montaba con mucha valentía, y pronto tranquilizó a Glenarvan sobre su aptitud para mantenerse en la silla.

Al pie mismo de la cordillera comienza la llanura de las pampas. Puede dividirse en tres partes.

La primera se extiende desde la cadena de los Andes a lo largo de un espacio de doscientas cincuenta millas, cubierto de árboles poco elevados y de arbustos. La segunda, de cuatrocientas cincuenta millas de anchura, está tapizada de una hierba magnífica, y se detiene a ciento ochenta millas de Buenos Aires. Desde ese punto hasta el mar, el paso del viajero pisa inmensas praderas de alfalfa y cardos.

Esa es la tercera parte de las pampas.

Al salir de los desfiladeros de la cordillera, la tropa de Glenarvan encontró primero una gran cantidad de dunas de arena llamadas «médanos», verdaderas olas incesantemente agitadas por el viento cuando la raíz de los vegetales no las encadena al suelo.

Esa arena es de una finura extrema; así se la veía, al menor soplo, volar en ligeras espirales o formar auténticas trombas que se elevaban a una altura considerable. Ese espectáculo producía a la vez el placer y el desagrado de los ojos: el placer, porque nada era más curioso que esas trombas errando por la llanura, luchando, confundiéndose, abatiéndose, levantándose en un

desorden indescriptible; el desagrado, porque un polvo impalpable se desprendía de esos innumerables *médanos* y penetraba a través de los párpados por muy cerrados que estuviesen.

Ese fenómeno duró durante gran parte de la jornada bajo la acción de los vientos del norte. Se marchó rápidamente no obstante, y, hacia las seis, las cordilleras, alejadas cuarenta millas, presentaban un aspecto negruzco ya perdido en las brumas del atardecer.

Los viajeros estaban algo fatigados de su jornada, que podía estimarse en treinta y ocho millas. También vieron con agrado llegar la hora de acostarse.

Acamparon a orillas del rápido Neuquén, un *río* torrencioso de aguas turbias, encajonado entre altas barrancas rojas. El Neuquén es denominado Ramid o Comoe por ciertos geógrafos, y nace en medio de lagos que solo los indios conocen.

La noche y la jornada siguiente no ofrecieron ningún incidente digno de ser relatado. Se avanzaba rápido y bien. Un suelo llano y una temperatura soportable hacían fácil la marcha hacia adelante. Hacia el mediodía, sin embargo, el sol fue pródigo en rayos muy cálidos. Al llegar el atardecer, una barra de nubes rayó el horizonte del suroeste, síntoma seguro de un cambio de tiempo. El patagón no podía equivocarse, y con el dedo indicó al geógrafo la zona occidental del cielo.

—¡Bien! Ya sé —dijo Paganel, y dirigiéndose a sus compañeros añadió —: se prepara un cambio de tiempo. Vamos a tener un golpe de pampero.

Y explicó que ese pampero es frecuente en las llanuras argentinas. Es un viento del suroeste muy seco. Thalcave no se había equivocado, y durante la noche, que resultó bastante penosa para personas abrigadas solo con un simple *poncho*, el pampero sopló con gran fuerza. Los caballos se tendieron en el suelo, y los hombres se acostaron junto a ellos en grupo apretado. Glenarvan temía verse retrasado si aquel huracán se prolongaba; pero Paganel le tranquilizó, tras consultar su barómetro.

—Ordinariamente —le dijo—, el pampero crea tempestades de tres días que la depresión del mercurio indica de modo cierto. Pero cuando, por el contrario, el barómetro sube —y ese es el caso—, uno se libra con unas pocas horas de rachas furiosas. Tranquilícese, pues, querido amigo; al amanecer el cielo habrá recobrado su pureza habitual.

—Habla usted como un libro, Paganel —respondió Glenarvan.

—Y lo soy —replicó Paganel—. Puede usted hojearme cuanto guste.

El libro no se equivocaba. A la una de la mañana, el viento cesó súbitamente, y todos pudieron encontrar en el sueño un descanso reparador. Al día siguiente se levantaron frescos y despejados, Paganel sobre todo, que hacía crujir sus articulaciones con un ruido alegre y se estiraba como un perro joven.

Ese día era el veinticuatro de octubre, y el décimo desde la partida de Talcahuano.

Noventa y tres millas separaban aún a los viajeros del punto donde el *río* Colorado corta el paralelo treinta y siete, es decir, tres días de viaje. Durante esa travesía del continente americano, lord Glenarvan vigilaba con escrupulosa atención la aproximación de los indígenas. Quería interrogarlos acerca del capitán Grant por mediación del patagón, con quien Paganel, por lo demás, empezaba ya a entenderse suficientemente. Pero se seguía una línea poco frecuentada por los indios, pues las rutas de la pampa que van de la república argentina a las cordilleras están situadas más al norte.

Así, ni indios errantes ni tribus sedentarias que vivieran bajo la ley de los caciques se encontraban.

Si acaso algún jinete nómada aparecía a lo lejos, huía rápidamente, poco dispuesto a entrar en comunicación con desconocidos. Una tropa semejante debía parecer sospechosa a cualquiera que se aventurase solo por la llanura, ya al bandido cuya prudencia se alarmaba a la vista de ocho hombres bien armados y bien montados, ya al viajero que, por esas campañas desiertas, podía ver en ellos gente mal intencionada. De ahí una imposibilidad absoluta de conversar con los hombres honrados o con los pillos.

Era una lástima no encontrarse ante una banda de «rastreadores», aunque hubiera que comenzar la conversación a tiros. Sin embargo, si Glenarvan, en interés de sus investigaciones, tuvo que lamentar la ausencia de los indios, se produjo un incidente que vino a justificar singularmente la interpretación del documento.

Varias veces la ruta seguida por la expedición cortó senderos de la pampa, entre otros una ruta bastante importante —la de Carmen a Mendoza—, reconocible por los huesos de animales domésticos, de mulas, caballos, ove-

jas o bueyes, que la jalonaban con sus restos disgregados bajo el pico de las aves de rapiña y blanqueados por la acción decolorante de la atmósfera. Estaban allí por millares, y sin duda más de un esqueleto humano confundía su polvo con el polvo de los más humildes animales.

Hasta entonces Thalcave no había hecho ninguna observación sobre la ruta rigurosamente seguida. Comprendía, no obstante, que, al no enlazarse con ninguna vía de las pampas, no conducía ni a las ciudades, ni a los pueblos, ni a los establecimientos de las provincias argentinas.

Cada mañana se marchaba hacia el sol naciente, sin apartarse de la línea recta, y cada tarde el sol poniente se encontraba en el extremo opuesto de esa línea. En su calidad de guía, Thalcave debía, pues, asombrarse de ver que no solo no guiaba, sino que lo guiaban a él.

Sin embargo, si se asombró de ello, fue con la reserva natural de los indios, y a propósito de simples senderos descuidados hasta entonces, no hizo ninguna observación.

Pero ese día, al llegar a la susodicha vía de comunicación, detuvo su caballo y se volvió hacia Paganel:

—Ruta de Carmen —dijo.

—Vaya, sí, mi buen patagón —respondió el geógrafo en su más puro español—, la ruta de Carmen a Mendoza.

—¿No la tomamos? —repuso Thalcave.

—No —replicó Paganel.

—¿Y adónde vamos?

—Siempre al este.

—Eso es ir a ninguna parte.

—¿Quién sabe?

Thalcave calló y miró al sabio con un aire de profunda sorpresa. No admitía, sin embargo, que Paganel bromeara lo más mínimo. Un indio, siempre serio, nunca piensa que alguien no habla en serio.

—¿No vais, pues, a Carmen? —añadió tras un instante de silencio.

—No —respondió Paganel.

—¿Ni a Mendoza?

—Tampoco.

En ese momento, Glenarvan, que había alcanzado a Paganel, le preguntó qué decía Thalcave y por qué se había detenido.

—Me ha preguntado si íbamos a Carmen o a Mendoza —respondió Paganel—, y le extraña mucho mi respuesta negativa a su doble pregunta.

—En efecto, nuestra ruta debe parecerle muy extraña —dijo Glenarvan.

—Lo creo. Dice que no vamos a ninguna parte.

—Pues bien, Paganel, ¿no podría usted explicarle el objetivo de nuestra expedición y qué interés tenemos en marchar siempre hacia el este?

—Será muy difícil —respondió Paganel—, pues un indio no entiende nada de grados terrestres, y la historia del documento será para él una historia fantástica.

—Pero —dijo el mayor con seriedad—, ¿será la historia lo que no entenderá, o el historiador?

—¡Ah, Mac Nabbs! —replicó Paganel—. ¡Ahí está usted dudando de nuevo de mi español!

—Pues bien, inténtelo, amigo mío.

—Intentémoslo.

Paganel se volvió hacia el patagón y emprendió un discurso frecuentemente interrumpido por la falta de palabras, por la dificultad de traducir ciertos pormenores, y de explicar a un salvaje a medias ignorante detalles muy poco comprensibles para él.

El sabio era curioso de ver. Gesticulaba, articulaba, se agitaba de cien maneras, y gotas de sudor le caían en cascada de la frente al pecho. Cuando la lengua ya no alcanzó, el brazo vino en su ayuda. Paganel desmontó, y allí, sobre la arena, trazó un mapa geográfico donde se cruzaban latitudes y longitudes, donde figuraban los dos océanos, donde se alargaba la ruta de Carmen. Jamás profesor estuvo en tal aprieto. Thalcave miraba ese manejo con aire tranquilo, sin dejar ver si entendía o no. La lección del geógrafo

duró más de media hora. Luego calló, se enjugó el rostro que se deshacía en agua, y miró al patagón.

—¿Ha entendido? —preguntó Glenarvan.

—Lo veremos —respondió Paganel—, pero si no ha entendido, me rindo.

Thalcave no se movía. Tampoco hablaba. Sus ojos permanecían fijos en las figuras trazadas en la arena, que el viento borraba poco a poco.

—¿Y bien? —le preguntó Paganel.

Thalcave no pareció oírle. Paganel veía ya esbozarse una sonrisa irónica en los labios del mayor, y, queriendo salvar su honor, iba a recomenzar con nueva energía sus demostraciones geográficas cuando el patagón le detuvo con un gesto.

—¿Buscáis a un prisionero? —dijo.

—Sí —respondió Paganel.

—¿Y precisamente en esa línea comprendida entre el sol que se pone y el sol que sale? —añadió Thalcave, precisando con una comparación a la manera india la ruta de oeste a este.

—Sí, sí, eso es.

—¿Y es vuestro dios —dijo el patagón— quien confió a las olas del vasto mar los secretos del prisionero?

—El mismo Dios.

—Que se cumpla entonces su voluntad —respondió Thalcave con cierta solemnidad—; marcharemos hacia el este, y si es preciso, ¡hasta el sol!

Paganel, triunfante en la persona de su alumno, tradujo inmediatamente a sus compañeros las respuestas del indio.

—¡Qué raza tan inteligente! —añadió—. De veinte campesinos de mi país, diecinueve no habrían entendido nada de mis explicaciones.

Glenarvan invitó a Paganel a preguntar al patagón si había oído decir que algún extranjero hubiera caído en manos de los indios de las pampas.

Paganel hizo la pregunta y esperó la respuesta.

—Quizá —dijo el patagón.

A esa palabra, inmediatamente traducida, Thalcave se vio rodeado por los siete viajeros. Le interrogaban con la mirada.

Paganel, emocionado, y hallando apenas sus palabras, retomó ese interrogatorio tan interesante, mientras sus ojos, fijos en el grave indio, trataban de adivinar la respuesta antes de que saliese de sus labios.

Cada palabra española del patagón la repetía en inglés, de tal suerte que sus compañeros le oían hablar, por así decir, en su lengua natural.

—¿Y ese prisionero? —preguntó Paganel.

—Era un extranjero —respondió Thalcave—, un europeo.

—¿Lo visteis?

—No, pero se habla de él en los relatos de los indios. ¡Era un valiente! ¡Tenía un corazón de toro!

—¡Un corazón de toro! —dijo Paganel—. ¡Ah, magnífica lengua patagónica! ¿Lo entendéis, amigos míos? ¡Un hombre valeroso!

—¡Mi padre! —exclamó Robert Grant.

Luego, dirigiéndose a Paganel:

—¿Cómo se dice «es mi padre» en español? —le preguntó.

—*Es mio padre* —respondió el geógrafo.

Al instante Robert, tomando las manos de Thalcave, dijo con voz suave:

—¡*Es mio padre!*

—¡*Suo padre!* —respondió el patagón, cuya mirada se iluminó.

Tomó al niño en sus brazos, lo levantó de su caballo y lo contempló con la más viva simpatía. Su inteligente semblante estaba impregnado de una apacible emoción.

Pero Paganel no había terminado su interrogatorio.

¿Dónde estaba ese prisionero? ¿Qué hacía? ¿Cuándo había oído hablar de él Thalcave? Todas esas preguntas se agolpaban a la vez en su mente.

Las respuestas no tardaron, y supo que el europeo era esclavo de una de las tribus indias que recorren el país entre el Colorado y el *río* Negro.

—¿Pero dónde se encontraba últimamente? —preguntó Paganel.

—En la tribu del cacique Calfoucoura —respondió Thalcave.

—¿En la línea seguida por nosotros hasta aquí?

—Sí.

—¿Y quién es ese cacique?

—El jefe de los indios poyuches, ¡un hombre de dos lenguas, un hombre de dos corazones!

—Es decir, falso de palabra y falso de acción —dijo Paganel, tras haber traducido a sus compañeros esa bella imagen de la lengua patagónica—. ¿Y podremos liberar a nuestro amigo? —añadió.

—Quizá, si sigue aún en manos de los indios.

—¿Y cuándo oyó hablar de él?

—Hace mucho, y desde entonces el sol ya ha traído dos veranos al cielo de las pampas.

La alegría de Glenarvan no puede describirse. Esa respuesta concordaba exactamente con la fecha del documento. Pero quedaba una pregunta por hacerle a Thalcave. Paganel la formuló de inmediato.

—Habláis de un prisionero —dijo—, ¿acaso no había tres?

—No sé —respondió Thalcave.

—¿Y no sabéis nada de la situación actual?

—Nada.

Esa última palabra puso fin a la conversación. Era posible que los tres prisioneros llevaran mucho tiempo separados. Pero lo que se desprendía de los informes dados por el patagón era que los indios hablaban de un europeo caído en su poder. La fecha de su cautiverio, el lugar mismo donde debía hallarse, todo, hasta la frase patagónica empleada para expresar su valentía, se refería evidentemente al capitán Harry Grant.

Al día siguiente, 25 de octubre, los viajeros retomaron con nueva animación la ruta del este. La llanura, siempre triste y monótona, formaba uno de esos espacios sin fin que se llaman «travesías» en la lengua del país. El

suelo arcilloso, entregado a la acción de los vientos, presentaba una horizontalidad perfecta; ni una piedra, ni un guijarro siquiera, salvo en algunos barrancos áridos y secos, o en la orilla de las charcas artificiales excavadas por mano de los indios. A largos intervalos aparecían bosques bajos de copas negruzas que perforaban aquí y allá algarrobos blancos cuya vaina encierra una pulpa azucarada, agradable y refrescante; luego, algunos grupos de terebintos, «chañares», retamas silvestres y toda especie de árboles espinosos cuya delgadez traicionaba ya la infertilidad del suelo.

El 26, la jornada fue fatigosa. Se trataba de alcanzar el *río* Colorado. Pero los caballos, animados por sus jinetes, hicieron tal diligencia, que la misma tarde, a los 69° 45' de longitud, alcanzaron el bello río de las regiones pampeanas. Su nombre indio, el Cobu-Leubu, significa «gran río», y, tras un largo recorrido, va a desembocar en el Atlántico. Allí, cerca de su desembocadura, se produce una curiosa particularidad, pues entonces la masa de sus aguas disminuye al aproximarse al mar, bien por imbibición, bien por evaporación, y la causa de ese fenómeno no está aún perfectamente determinada.

Al llegar al Colorado, el primer cuidado de Paganel fue bañarse «geográficamente» en sus aguas coloreadas por una arcilla rojiza. Le sorprendió encontrarlas tan profundas, resultado debido únicamente al deshielo de las nieves bajo los primeros soles del verano. Además, la anchura del río era bastante considerable para que los caballos no pudieran cruzarlo a nado. Por fortuna, a algunas centenas de toesas río arriba se encontraba un puente de entramado de ramas, sostenido por tiras de cuero y suspendido a la manera india. La pequeña tropa pudo, pues, cruzar el río y acampar en la orilla izquierda.

Antes de dormirse, Paganel quiso tomar una marcación exacta del Colorado, y lo apuntó en su mapa con particular esmero, a falta del Yarlung Tsangpo, que corría sin él por las montañas del Tíbet.

Durante las dos jornadas siguientes, las del 27 y 28 de octubre, el viaje se realizó sin incidentes. La misma monotonía y la misma esterilidad del terreno. Jamás paisaje fue menos variado, jamás panorama más insignificante.

Sin embargo, el suelo se fue volviendo muy húmedo. Fue preciso cruzar «cañadas», especies de hondonadas inundadas, y «esteros», lagunas permanentes atestadas de hierbas acuáticas. Por la tarde, los caballos se detuvieron a la orilla de un vasto lago de aguas fuertemente mineralizadas, el

Ure-Lanquem, llamado «lago amargo» por los indios, que en 1862 fue testigo de crueles represalias de las tropas argentinas.

Se acampó a la manera acostumbrada, y la noche habría resultado buena de no ser por la presencia de los monos, los aulladores y los perros salvajes. Esos ruidosos animales, sin duda en honor, pero con toda seguridad en detrimento de los oídos europeos, ejecutaron una de esas sinfonías naturales que no habría desdeñado un compositor del futuro.

Capítulo XVII. Las pampas

La Pampasia argentina se extiende del trigésimo cuarto al cuadragésimo grado de latitud austral. La palabra «pampa», de origen araucano, significa «llanura de hierbas», y se aplica justamente a esa región.

Las mimosáceas arbóreas de su parte occidental, los pastos sustanciosos de su parte oriental, le dan un aspecto particular. Esa vegetación arraiga en una capa de tierra que recubre el suelo areno-arcilloso, rojizo o amarillo. El geólogo encontraría riquezas abundantes si interrogara esos terrenos de la época terciaria.

Allí yacen en cantidades infinitas huesos antediluvianos que los indios atribuyen a grandes razas de armadillos desaparecidas, y bajo ese polvo vegetal está enterrada la historia primitiva de esas tierras.

La pampa americana es una especialidad geográfica, como las sabanas de los Grandes Lagos o las estepas de Siberia. Su clima tiene calores y fríos más extremos que el de la provincia de Buenos Aires, por ser más continental. Pues, según la explicación que dio Paganel, el calor del verano almacenado en el océano que lo absorbe le es lentamente restituido durante el invierno. De ahí esa consecuencia de que las islas tienen una temperatura más uniforme que el interior de los continentes. Por eso, el clima de la Pampasia occidental no tiene esa igualdad que presenta en las costas, gracias a la vecindad del Atlántico. Está sometido a bruscos excesos, a rápidas modificaciones que hacen saltar incesantemente de un grado a otro las columnas termométricas. En otoño, es decir, durante los meses de abril y mayo, las lluvias son frecuentes y torrenciales. Pero en esa época del año, el tiempo estaba muy seco y la temperatura muy elevada.

Se partió desde el amanecer, verificada la ruta; el suelo, encadenado por los matorrales y arbustos, ofrecía una fijeza perfecta; sin más *médanos*, ni la arena de que se formaban, ni el polvo que el viento mantenía en suspensión en el aire. Los caballos marchaban a buen paso, entre matas de «paja brava», la hierba pampeana por excelencia, que sirve de refugio a los indios durante las tormentas. A ciertas distancias, pero cada vez más escasos, algunos bajíos húmedos dejaban crecer sauces y una cierta planta, el «ginerio argentino», que gusta de la vecindad de las aguas dulces. Allí, los caballos se deleitaban con un buen trago, tomando el bien cuando se presentaba y abrevando para el futuro.

Thalcave, al frente, batía los matorrales. Así ahuyentaba las «cholinas», víboras de la especie más peligrosa, cuya mordedura mata un buey en menos de una hora. El ágil Thaouka saltaba por encima de la maleza y ayudaba a su amo a abrirse paso a los caballos que le seguían.

El viaje, por esas llanuras lisas y rectas, se realizaba, pues, fácil y rápidamente.

Ningún cambio se producía en la naturaleza de la pradera; ni una piedra, ni un guijarro, incluso en cien millas a la redonda. Jamás se encontró monotonía semejante, ni tan obstinadamente prolongada. ¡De paisajes, de incidentes, de sorpresas naturales, no había ni sombra! Era preciso ser un Paganel, uno de esos sabios entusiastas que ven donde no hay nada que ver, para interesarse por los detalles de la ruta. ¿A propósito de qué? No habría podido decirlo. ¡Un arbusto a lo sumo! ¡Quizás una brizna de hierba! Eso le bastaba para avivar su inagotable locuacidad, e instruir a Robert, que se complacía en escucharle.

Durante esa jornada del 29 de octubre, la llanura se desplegó ante los viajeros con su uniformidad infinita. Hacia las dos, largas huellas de animales se encontraron bajo las patas de los caballos. Eran los huesos de un innumerable rebaño de bueyes, amontonados y blanqueados. Esos restos no se alargaban en línea sinuosa, tal como la dejan tras de sí los animales a punto de agotarse y cayendo poco a poco en la ruta.

Así, nadie sabía cómo explicar esa reunión de esqueletos en un espacio relativamente reducido, y Paganel, hiciera lo que hiciese, tampoco más que los demás. Interrogó, pues, a Thalcave, quien no se encontró en aprieto alguno para responderle.

Un «¡imposible!» del sabio y un gesto muy afirmativo del patagón intrigaron mucho a sus compañeros.

—¿Qué es eso? —preguntaron.

—El fuego del cielo —respondió el geógrafo.

—¿Cómo! ¿El rayo habría producido tal desastre? —dijo Tom Austin—. ¡Un rebaño de quinientas cabezas tendido en el suelo!

—Thalcave lo afirma, y Thalcave no se equivoca. Yo lo creo, además, pues las tormentas de las pampas se señalan, entre todas, por su furia. ¡Ojalá no tengamos que sufrirlas un día!

—Hace mucho calor —dijo Wilson.

—El termómetro —respondió Paganel— debe marcar treinta grados a la sombra.

—No me extraña —dijo Glenarvan—; noto la electricidad que me penetra. Esperemos que esa temperatura no se mantenga.

—¡Oh, oh! —exclamó Paganel—, no hay que contar con un cambio de tiempo, ya que el horizonte está libre de toda bruma.

—Peor para nosotros —respondió Glenarvan—, pues nuestros caballos están muy afectados por el calor. ¿No tienes demasiado calor, muchacho? —añadió, dirigiéndose a Robert.

—No, *milord* —respondió el pequeño—. Me gusta el calor; es algo bueno.

—El invierno sobre todo —observó juiciosamente el mayor, lanzando hacia el cielo el humo de su cigarro.

Por la tarde, se detuvieron junto a un «rancho» abandonado, un entretejido de ramas amasadas con barro y cubiertas de paja; esa cabaña era contigua a un cercado de estacas a medio pudrir, que bastó, sin embargo, para proteger a los caballos durante la noche contra los ataques de los zorros. No es que tuvieran nada que temer personalmente de esos animales, sino que las maliciosas bestias roen sus jáquimas, y los caballos aprovechan para escapar.

A pocos pasos del rancho había excavado un hoyo que servía de cocina y contenía cenizas frías. En el interior había un banco, un camastro de cuero de buey, una olla, un asador y un hervidor para el mate. El mate es una bebida muy usada en América del Sur. Es el té de los indios. Consiste en una infusión de hojas secadas al fuego, que se aspira como las bebidas americanas mediante un tubo de paja. A petición de Paganel, Thalcave preparó algunas tazas de esa bebida, que acompañó muy ventajosamente a los comestibles habituales y fue declarada excelente.

Al día siguiente, 30 de octubre, el sol se levantó en una bruma ardiente y vertió sobre el suelo sus rayos más cálidos. La temperatura de esa jornada debía ser excesiva, en efecto, y desgraciadamente la llanura no ofrecía ningún refugio. Sin embargo, se retomó valerosamente la ruta del este. Varias veces se encontraron inmensos rebaños que, sin tener fuerzas para pastar bajo aquel calor agobiante, permanecían perezosamente tendidos. De pastores, de vaqueros, mejor dicho, no había cuestión alguna. Perros habituados a mamar de las ovejas cuando la sed les acucia vigilaban solos esas numerosas agrupaciones de vacas, toros y bueyes. Esos animales son de natural apacible, y no tienen ese instintivo horror al rojo que distingue a sus congéneres europeos.

—Eso viene sin duda de que pacen la hierba de una república —dijo Paganel, encantado con su chiste, un poco demasiado francés quizás.

Hacia el mediodía, algunos cambios se produjeron en la pampa, que no podían pasar desapercibidos a unos ojos fatigados de su monotonía. Las gramíneas se volvieron más escasas. Cedieron el paso a raquíticas bardanas y a gigantescos cardos de nueve pies de altura, que habrían hecho las delicias de todos los asnos del mundo. «Chañares» raquíticos y otros arbustos espinosos de un verde oscuro, plantas caras a los terrenos secos, crecían aquí y allá. Hasta entonces cierta humedad conservada en la arcilla de la pradera mantenía los pastos; la alfombra de hierba era espesa y lujuriosa; pero entonces, su moqueta, gastada en partes, arrancada en muchos puntos, dejaba ver la trama y mostraba a la vista la miseria del suelo. Esos síntomas de una creciente sequedad no podían desconocerse, y Thalcave los hizo notar.

—No me disgusta ese cambio —dijo Tom Austin—; siempre hierba, siempre hierba, acaba por resultar empalagoso.

—Sí, pero siempre hierba, siempre agua —respondió el mayor.

—¡Oh! No nos falta —dijo Wilson—, y encontraremos algún río en nuestra ruta.

Si Paganel hubiese escuchado esa respuesta, no habría dejado de decir que los ríos eran escasos entre el Colorado y las sierras de la provincia argentina; pero en ese momento le explicaba a Glenarvan un hecho sobre el cual este acababa de llamar su atención.

Desde hacía algún tiempo, la atmósfera parecía estar impregnada de un olor a humo. Sin embargo, ningún fuego era visible en el horizonte; ninguna columna de humo traicionaba un incendio lejano. No podía, pues, asignarse a ese fenómeno una causa natural. Pronto ese olor a hierba quemada se hizo tan fuerte que asombró a los viajeros, menos a Paganel y a Thalcave. El geógrafo, al que la explicación de cualquier hecho no podía desconcertar, dio a sus amigos la siguiente respuesta:

—No vemos el fuego —dijo—, pero olemos el humo. Ahora bien, no hay humo sin fuego, y el refrán es verdad en América como en Europa. Hay, pues, un fuego en algún lugar. Solo que estas pampas son tan llanas que nada en ellas entorpece las corrientes de la atmósfera, y allí se huele a menudo el olor de hierbas que arden a una distancia de casi setenta y cinco millas.

—¿Setenta y cinco millas? —replicó el mayor en tono poco convencido.

—Ni más ni menos —afirmó Paganel—. Pero añado que esas conflagraciones se propagan a gran escala y alcanzan con frecuencia un desarrollo considerable.

—¿Quién prende fuego a las praderas? —preguntó Robert.

—A veces el rayo, cuando la hierba está reseca por los calores; a veces también la mano de los indios.

—¿Y con qué fin?

—Pretenden —no sé hasta qué punto esa pretensión está fundada— que después de un incendio de las pampas las gramíneas crecen mejor. Sería entonces un medio de revivificar el suelo por la acción de las cenizas. Por mi parte, creo más bien que esos incendios están destinados a destruir miles de

millones de ixodes, especie de insectos parásitos que incomodan particularmente a los rebaños.

—Pero ese enérgico método —dijo el mayor— debe costar la vida a algunos de los animales que vagan por la llanura.

—Sí, se queman algunos; pero ¿qué importa en el número?

—No abogo por ellos —repuso Mac Nabbs—, eso es cosa suya; sino por los viajeros que atraviesan la pampa. ¿No puede ocurrir que sean sorprendidos y rodeados por las llamas?

—¡Cómo no! —exclamó Paganel con visible aire de satisfacción—, eso ocurre a veces, y por mi parte no me disgustaría asistir a semejante espectáculo.

—Ahí está nuestro sabio —respondió Glenarvan—; llevaría la ciencia hasta hacerse quemar vivo.

—A fe mía no, querido Glenarvan; pero uno ha leído a su Cooper, y el Calzas de Cuero nos ha enseñado el modo de detener la marcha de las llamas arrancando la hierba alrededor de uno en un radio de algunas toesas. Nada más sencillo. Así, no temo la aproximación de un incendio, ¡y lo llamo con todos mis deseos!

Pero los deseos de Paganel no debían cumplirse, y si se asó a medias, fue únicamente al calor de los rayos del sol, que vertía un ardor insoportable. Los caballos jadeaban bajo la influencia de esa temperatura tropical. No había sombra que esperar, a menos que viniera de alguna rara nube velando el disco inflamado; la sombra corría entonces sobre el suelo liso, y los jinetes, espoleando su montura, trataban de mantenerse en la franja fresca que los vientos del oeste empujaban ante ellos. Pero los caballos, pronto aventajados, quedaban atrás, y el astro descubierto regaba con una nueva lluvia de fuego el suelo calcinado de las pampas.

Sin embargo, cuando Wilson había dicho que no faltaría provisión de agua, no había contado con la sed inextinguible que devoró a sus compañeros durante aquella jornada; y cuando añadió que se encontraría algún *río* en el camino, se había adelantado demasiado. En efecto, no solo faltaban los *ríos*, pues la llanura del terreno no les ofrecía ningún cauce favorable, sino que también las balsas artificiales excavadas por manos indias estaban igualmente agotadas.

Al ver que los síntomas de sequedad aumentaban de milla en milla, Paganel hizo algunas observaciones a Thalcave y le preguntó dónde pensaba encontrar agua.

—En el lago Salinas —respondió el indio.

—¿Y cuándo llegaremos?

—Mañana por la noche.

Por la tarde se hizo alto tras una jornada de treinta millas. Todos contaban con una buena noche para reponerse de las fatigas del día, pero esta quedó precisamente perturbada por una nube de mosquitos y maringouines. Su presencia indicaba un cambio de viento que, en efecto, giró un cuarto y pasó al norte. Estos malditos insectos desaparecen generalmente con las brisas del sur o del sudoeste.

Si el mayor conservaba su calma incluso en medio de las pequeñas miserias de la vida, Paganel, por el contrario, se indignaba ante las molestias del destino. Maldijo a mosquitos y maringouines por igual, y lamentó mucho el agua acidulada que habría calmado el millar de escozores de sus picaduras. Aunque el mayor tratase de consolarlo diciéndole que, de las trescientas mil especies de insectos que registran los naturalistas, debía considerarse afortunado de no tener que vérselas más que con dos, se despertó de muy mal humor.

Sin embargo, no se hizo de rogar para partir al despuntar el alba, pues de lo que se trataba era de llegar aquel mismo día al lago Salinas. Los caballos estaban muy fatigados; morían de sed, y aunque sus jinetes se hubiesen privado de agua por ellos, su ración había sido muy escasa. La sequedad era aún mayor, y el calor no menos intolerable bajo el soplo polvoriento del viento del norte, ese simún de las pampas.

Durante aquella jornada, la monotonía del viaje quedó interrumpida por un instante. Mulrady, que marchaba en vanguardia, volvió sobre sus pasos señalando la proximidad de un grupo de indios. Aquel encuentro fue apreciado de diversas maneras. Glenarvan pensó en los informes que aquellos indígenas podrían proporcionarle sobre los náufragos del *Britannia*. Thalcave, por su parte, no se alegró demasiado de encontrar en su camino a los indios nómadas de la pradera; los tenía por saqueadores y ladrones, y solo buscaba

evitarlos. Siguiendo sus órdenes, el pequeño grupo se concentró y las armas fueron preparadas.

Pronto se divisó el destacamento indio. Se componía solamente de una decena de indígenas, lo cual tranquilizó al patagón. Los indios se aproximaron a un centenar de pasos. Era posible distinguirlos con facilidad. Eran naturales pertenecientes a esa raza pampeana barrida en 1833 por el general Rosas. Su frente elevada, abombada y no huidiza, su alta estatura, su color oliváceo, hacían de ellos hermosos ejemplares de la raza india.

Vestían pieles de guanacos o de mofetas, y llevaban, junto a la lanza de veinte pies de longitud, cuchillos, hondas, *bolas* y *lazos*.

Su destreza para manejar el caballo indicaba a hábiles jinetes.

Se detuvieron a cien pasos y parecieron deliberar, gritando y gesticulando. Glenarvan se adelantó hacia ellos.

Pero no había franqueado dos toesas cuando el destacamento, dando media vuelta, desapareció con una increíble velocidad.

—¡Cobardes! —exclamó Paganel.

—Huyen demasiado rápido para ser gente honrada —dijo Mac Nabbs.

—¿Quiénes son esos indios? —preguntó Paganel a Thalcave.

—Gauchos —respondió el patagón.

—¡Gauchos! —repitió Paganel, volviéndose hacia sus compañeros—. ¡Gauchos! Entonces no teníamos necesidad de tomar tantas precauciones.

—¿Por qué? —dijo el mayor.

—Porque los gauchos son campesinos inofensivos.

—¿Usted lo cree, Paganel?

—Sin duda; estos nos tomaron por ladrones y huyeron.

—Creo más bien que no se atrevieron a atacarnos —respondió Glenarvan, muy contrariado por no haber podido comunicarse con aquellos indígenas, quienesquiera que fuesen.

—Esa es también mi opinión —dijo el mayor—, pues, si no me equivoco, lejos de ser inofensivos, los gauchos son, por el contrario, unos bandi-

dos declarados y temibles.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Paganel.

Y se puso a debatir acaloradamente esta tesis etnológica, con tal calor incluso, que logró hacer reaccionar al mayor y se ganó esta respuesta poco habitual en las discusiones de Mac Nabbs:

—Creo que está usted equivocado, Paganel.

—¿Equivocado? —replicó el sabio.

—Sí. El propio Thalcave ha tomado a estos indios por ladrones, y Thalcave sabe lo que se hace.

—Pues bien, Thalcave se ha equivocado esta vez —replicó Paganel con cierta acritud—. Los gauchos son agricultores, pastores, nada más, y yo mismo lo he escrito en un folleto bastante comentado sobre los indígenas de las pampas.

—Pues bien, ha cometido usted un error, señor Paganel.

—¿Yo un error, señor Mac Nabbs?

—Por distracción, si usted quiere —replicó el mayor con insistencia—, y se librará de él añadiendo algunas erratas a su próxima edición.

Paganel, muy mortificado al oír poner en duda e incluso ridiculizar sus conocimientos geográficos, sintió que el mal humor se apoderaba de él.

—Sepa usted, señor —dijo—, ¡que mis libros no necesitan erratas de esa especie!

—¡Sí las necesitan! Al menos en esta ocasión —replicó Mac Nabbs.

—¡Señor, hoy le encuentro a usted muy provocador! —respondió Paganel.

—¡Y yo le encuentro a usted muy agrio! —replicó el mayor.

La discusión tomaba, como puede verse, proporciones inesperadas, y sobre un asunto que, ciertamente, no las merecía. Glenarvan juzgó oportuno intervenir.

—Es cierto —dijo— que hay de un lado provocación y del otro acritud, lo cual me sorprende de parte de ambos.

El patagón, sin comprender el objeto de la disputa, había adivinado fácilmente que los dos amigos se peleaban. Se puso a sonreír y dijo con tranquilidad:

—Es el viento del norte.

—¡El viento del norte! —exclamó Paganel—. ¿Y qué tiene que ver el viento del norte con todo esto?

—¡Pues eso mismo! —respondió Glenarvan—. ¡Es el viento del norte el causante de vuestro mal humor! He oído decir que irritaba de manera especial el sistema nervioso en el sur de América.

—¡Por san Patricio, Edward, tiene usted razón! —dijo el mayor, y soltó una carcajada.

Pero Paganel, verdaderamente enardecido, no quiso abandonar la discusión, y arremetió contra Glenarvan, cuya intervención le pareció un tanto demasiado jocosa.

—¡Ah, de veras, *milord*! —dijo—. ¿Tengo el sistema nervioso irritado?

—Sí, Paganel, es el viento del norte, un viento que hace cometer muchos crímenes en la pampa, ¡como la tramontana en la Campagna romana!

—¡Crímenes! —respondió el sabio—. ¿Tengo yo aspecto de querer cometer crímenes?

—No digo exactamente eso.

—¡Diga usted directamente que quiero asesinarle!

—¡Eh! —respondió Glenarvan, que reía sin poder contenerse—. Me temo que sí. ¡Por fortuna el viento del norte no dura más que un día!

A esta respuesta, todos hicieron coro con Glenarvan. Entonces Paganel espoleó su montura y se fue por delante a desahogar su mal humor. Un cuarto de hora después, ya no pensaba en ello.

A las ocho de la tarde, Thalcave, que había lanzado una punta por delante, señaló las *barrancas* del lago tan anhelado. Un cuarto de hora después, el pequeño grupo descendía las orillas del Salinas. Pero allí les aguardaba una grave decepción. El lago estaba seco.

Capítulo XVIII. En busca de una aguada

El lago Salinas termina el rosario de lagunas que se enlaza con las sierras Ventana y Guaminí. Numerosas expediciones venían antaño desde Buenos Aires a aprovisionarse de sal, pues sus aguas contienen cloruro de sodio en una proporción notable. Pero entonces el agua, volatilizada por un ardiente calor, había depositado toda la sal que contenía en suspensión, y el lago no formaba ya sino un inmenso espejo resplandeciente.

Cuando Thalcave anunció la presencia de un líquido potable en el lago Salinas, se refería a los *ríos* de agua dulce que en él desembocan por múltiples puntos.

Pero en aquel momento sus afluentes estaban agotados como él. El ardiente sol lo había bebido todo. De ahí la consternación general cuando la tropa sedienta llegó a las orillas resecas del Salinas. Era preciso tomar una resolución. El poco de agua conservado en los odres estaba medio corrompido y no podía calmar la sed. La sed comenzaba a hacerse cruelmente sentir. El hambre y la fatiga desaparecían ante aquella imperiosa necesidad. Un *roukah*, especie de tienda de cuero levantada en un pliegue del terreno y abandonada por los indígenas, sirvió de refugio a los extenuados viajeros, mientras sus caballos, tendidos sobre las orillas fangosas del lago, masticaban con repugnancia las plantas marinas y los juncos secos.

Cuando todos hubieron tomado asiento en el *roukah*, Paganel interrogó a Thalcave y le pidió su parecer sobre lo que convenía hacer. Se entabló entre el geógrafo y el indio una conversación rápida, de la que Glenarvan captó sin embargo algunas palabras. Thalcave hablaba con calma. Paganel gesticulaba por dos.

El diálogo duró algunos minutos, y el patagón cruzó los brazos.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Glenarvan—. Creo haber entendido que aconseja separarnos.

—Sí, en dos grupos —respondió Paganel—. Los de nosotros cuyos caballos, agotados de fatiga y de sed, apenas pueden poner un pie delante del otro, continuarán como buenamente puedan la ruta del paralelo treinta y siete. Los mejor montados, en cambio, se adelantarán por esa misma ruta para reconocer el río Guaminí, que desemboca en el lago San Lucas, a treinta y una millas de aquí. Si el agua se encuentra en cantidad suficiente, esperarán a sus compañeros en las orillas del Guaminí. Si falta el agua, volverán a su encuentro para ahorrarles un viaje inútil.

—¿Y entonces? —preguntó Tom Austin.

—Entonces habrá que resolverse a descender durante setenta y cinco millas hacia el sur, hasta las primeras estribaciones de la sierra Ventana, donde los ríos son numerosos.

—El consejo es bueno —respondió Glenarvan—, y lo seguiremos sin demora. Mi caballo no ha sufrido demasiado aún por la falta de agua, y me ofrezco a acompañar a Thalcave.

—¡Oh, *milord*, lléveme usted! —dijo Robert, como si se tratase de una excursión de placer.

—Pero ¿podrás seguirnos, hijo mío?

—¡Sí! Tengo una buena bestia que no pide nada más que ir adelante. ¿Quiere usted...? *Milord*... Se lo ruego.

—Ven entonces, muchacho —dijo Glenarvan, encantado de no separarse de Robert—. Entre los tres —añadió—, seremos muy torpes si no descubrimos alguna aguada fresca y límpida.

—¿Y yo? —dijo Paganel.

—Oh, usted, querido Paganel —respondió el mayor—, se quedará con el destacamento de reserva. Conoce usted demasiado bien el paralelo treinta y siete, y el río Guaminí, y toda la pampa para abandonarnos. Ni Mulrady, ni Wilson, ni yo somos capaces de reunirnos con Thalcave en su cita, mientras que marcharemos con plena confianza bajo el estandarte del valiente Jacques Paganel.

—Me resigno —respondió el geógrafo, muy halagado de obtener un mando superior.

—¡Pero sin distracciones! —añadió el mayor—. No nos lleve usted adonde no tenemos nada que hacer y nos traiga, por ejemplo, a las orillas del océano Pacífico.

—Lo merecería, mayor insoportable —respondió riendo Paganel—. Sin embargo, dígame, querido Glenarvan, ¿cómo entenderá usted el lenguaje de Thalcave?

—Supongo —respondió Glenarvan— que el patagón y yo no tendremos necesidad de conversar. Además, con algunas palabras de español que poseo, lograría en un momento apremiante expresarle mi pensamiento y comprender el suyo.

—Pues adelante, mi digno amigo —respondió Paganel.

—Cenemos primero —dijo Glenarvan— y durmamos, si es posible, hasta la hora de la partida.

Se cenó sin beber, lo que pareció poco refrescante, y se durmió, a falta de algo mejor. Paganel soñó con torrentes, cascadas, ríos, caudalosos cursos de agua, estanques, arroyuelos e incluso con jarras llenas; en una palabra, con todo cuanto contiene habitualmente agua potable. Fue una auténtica pesadilla.

Al día siguiente, a las seis, los caballos de Thalcave, Glenarvan y Robert Grant fueron ensillados; se les hizo beber la última ración de agua, y la tragaron con más ansia que satisfacción, pues era muy nauseabunda. Luego los tres jinetes montaron en sus sillas.

—Hasta la vista —dijeron el mayor, Austin, Wilson y Mulrady.

—¡Y sobre todo, procurad no volver! —añadió Paganel.

Pronto el patagón, Glenarvan y Robert perdieron de vista, no sin cierta opresión en el corazón, el destacamento confiado a la sagacidad del geógrafo.

El «desierto de las Salinas», que atravesaban entonces, es una llanura arcillosa cubierta de arbustos raquíticos de diez pies de altura, de pequeñas

mimosas que los indios llaman «curra-mammel», y de «jumes», arbustos espesos ricos en sosa.

Aquí y allá, amplias placas de sal reverberaban los rayos solares con una intensidad asombrosa.

El ojo habría confundido fácilmente esos «barreros» con superficies heladas por un frío intenso; pero el ardor del sol se encargaba de corregir pronto el error.

No obstante, aquel contraste de un suelo árido y calcinado con esas láminas centelleantes confería a aquel desierto una fisonomía muy peculiar que atraía la mirada.

A ochenta millas al sur, en cambio, aquella sierra Ventana hacia la que el posible agotamiento del Guaminí obligaría tal vez a descender a los viajeros, presentaba un aspecto diferente. Este país, reconocido en 1835 por el capitán Fitz-Roy, que entonces mandaba la expedición del *Beagle*, es de una fertilidad soberbia. Allí crecen con un vigor sin igual los mejores pastos del territorio indio; la vertiente noroeste de las sierras se reviste de una hierba lujuriante y desciende en medio de bosques ricos en esencias diversas; allí se ven «el algarrobo», especie de algarrobo cuyo fruto seco y reducido a polvo sirve para confeccionar un pan bastante apreciado por los indios; el «quebracho blanco», de ramas largas y flexibles que lloran a la manera del sauce europeo; el «quebracho rojo», de madera indestructible; el «ñandubay», que prende fuego con extrema facilidad y causa a menudo terribles incendios; el «viraro», cuyas flores violáceas se escalonan en forma de pirámide, y, por fin, el «timbó», que eleva hasta ochenta pies en el aire su inmenso parasol, bajo el cual rebaños enteros pueden guarecerse de los rayos del sol. Los argentinos han intentado con frecuencia colonizar este rico país, sin conseguir vencer la hostilidad de los indios.

Ciertamente, cabía creer que abundantes *ríos* bajaban de las laderas de la sierra para suministrar el agua necesaria a tanta fertilidad, y, en efecto, las sequías más intensas jamás han evaporado esos ríos; pero para alcanzarlos habría que hacer una punta de ciento treinta millas hacia el sur. Thalcave tenía razón, pues, al dirigirse primero hacia el Guaminí, que, sin apartarle de su ruta, se encontraba a una distancia mucho más próxima.

Los tres caballos galopaban con brío. Aquellas excelentes bestias sentían instintivamente, sin duda, adónde las llevaban sus amos. Thaouka, sobre todo, mostraba un valor que ni las fatigas ni las privaciones podían menguar; cruzaba como un pájaro los cañadones secos y los matorrales de curra-mammel, lanzando relinchos de buen augurio. Los caballos de Glenarvan y de Robert, con paso más pesado pero arrastrados por su ejemplo, le seguían valerosamente. Thalcave, inmóvil en su silla, daba a sus compañeros el ejemplo que Thaouka daba a los suyos.

El patagón volvía con frecuencia la cabeza para observar a Robert Grant.

Al ver al muchacho, firme y bien sentado, con los riñones ágiles, los hombros echados atrás, las piernas cayendo naturalmente, las rodillas ceñidas a la silla, manifestaba su satisfacción con un grito de aliento. En verdad, Robert Grant se estaba convirtiendo en un excelente jinete y merecía los elogios del indio.

—Muy bien, Robert —decía Glenarvan—. ¡Thalcave parece que te felicita! Te aplaude, muchacho.

—¿Y por qué, *milord*?

—Por la buena manera en que montas a caballo.

—Oh, me mantengo firme, y eso es todo —respondió Robert, que enrojeció de placer al oírse elogiar.

—Eso es lo principal, Robert —respondió Glenarvan—; pero eres demasiado modesto, y te lo predigo: no puedes dejar de convertirte en un perfecto deportista.

—Bien —dijo Robert riendo—, y papá, que quiere hacer de mí un marino, ¿qué dirá?

—Lo uno no impide lo otro. Si no todos los jinetes llegan a ser buenos marinos, todos los marinos son capaces de ser buenos jinetes. Cabalgar sobre las vergas enseña a mantenerse firme. En cuanto a saber reunir el caballo, a ejecutar los movimientos oblicuos o circulares, eso viene solo, pues nada hay más natural.

—¡Pobre padre! —respondió Robert—. ¡Ah, cuánto se lo agradecerá, *milord*, cuando le haya salvado!

—¿Le quieres mucho, Robert?

—Sí, *milord*. ¡Era tan bueno con mi hermana y conmigo! ¡Solo pensaba en nosotros! Cada viaje nos traía un recuerdo de todos los países que visitaba, y mejor aún, buenas caricias, buenas palabras a su regreso. ¡Ah, también usted le querrá cuando le conozca! Mary se le parece. ¡Tiene la voz suave como ella! Para un marino, es singular, ¿verdad?

—Sí, muy singular, Robert —respondió Glenarvan.

—Le veo todavía —prosiguió el niño, que parecía hablar entonces consigo mismo—. ¡Bueno y valiente papá! Me dormía sobre sus rodillas cuando era pequeño, y siempre murmuraba un viejo estribillo escocés en el que se cantan los lagos de nuestro país. La melodía me vuelve a veces, pero confusamente. A Mary también. ¡Ah, *milord*, cómo le queríamos! Mirad, creo que hay que ser pequeño para querer bien a su padre.

—Y grande para venerarle, hijo mío —respondió Glenarvan, emocionado por las palabras brotadas de aquel joven corazón.

Durante aquella conversación, los caballos habían aminorado el paso y caminaban al paso.

—Lo encontraremos, ¿verdad? —dijo Robert, tras algunos instantes de silencio.

—Sí, lo encontraremos —respondió Glenarvan—. Thalcave nos ha puesto en su pista, y tengo confianza en él.

—Un indio valioso, Thalcave —dijo el niño.

—Desde luego.

—¿Sabe usted una cosa, *milord*?

—Habla primero, y te responderé.

—Es que con usted solo hay gente buena. La señora Helena, a quien tanto quiero, el mayor con su aire tranquilo, el capitán Mangles, y el señor Paganel, y los marineros del *Duncan*, ¡tan valientes y tan leales!

—Sí, eso lo sé, muchacho —respondió Glenarvan.

—¿Y sabe usted que es el mejor de todos?

—Por ejemplo, ¡eso sí que no lo sé!

—Pues hay que aprenderlo, *milord* —respondió Robert, que tomó la mano del lord y se la llevó a los labios.

Glenarvan sacudió suavemente la cabeza, y si la conversación no continuó, fue porque un gesto de Thalcave reclamó a los rezagados. Se habían dejado adelantar. Era preciso no perder tiempo y pensar en los que se quedaban atrás.

Retomaron, pues, una marcha rápida, pero pronto fue evidente que, salvo Thaouka, los caballos no podrían sostenerla mucho tiempo. Al mediodía fue preciso concederles una hora de descanso. No podían más y se negaban a comer los matorrales de *alfafares*, especie de alfalfa magra y tostada por los rayos del sol.

Glenarvan se inquietó. Los síntomas de esterilidad no disminuían, y la falta de agua podía traer consecuencias desastrosas.

Thalcave no decía nada, y pensaba probablemente que si el Guaminí estaba seco, entonces sería el momento de desesperarse, si es que un corazón indio ha llegado alguna vez a escuchar el toque de la desesperación.

Reanudó, pues, la marcha, y, de grado o por fuerza, con ayuda del látigo y la espuela, los caballos tuvieron que retomar el camino, aunque al paso, que era todo lo que podían dar.

Thalcave habría preferido ir adelante, pues en pocas horas Thaouka podría transportarle hasta las orillas del *río*. Sin duda lo pensó; pero sin duda también no quiso dejar a sus dos compañeros solos en medio de aquel desierto, y para no adelantárseles, obligó a Thaouka a mantener una marcha más moderada.

No fue sin resistirse, sin encabritarse, sin relinchar violentamente, como el caballo de Thalcave se resignó a guardar el paso; y fue necesario no tanto el vigor de su amo para lograrlo cuanto sus palabras. Thalcave conversaba verdaderamente con su caballo, y Thaouka, si no le respondía, al menos le comprendía. Hay que creer que el patagón le dio excelentes razones, pues tras haber «discutido» algún tiempo, Thaouka se rindió a sus argumentos y obedeció, aunque no sin morder el freno.

Pero si Thaouka comprendió a Thalcave, Thalcave no había comprendido menos a Thaouka. El inteligente animal, dotado de órganos superiores, olía cierta humedad en el aire; la aspiraba con frenesí, agitando y chasqueando

la lengua, como si estuviese sumergida en un benéfico líquido. El patagón no podía engañarse: el agua no estaba lejos.

Animó, pues, a sus compañeros interpretando la impaciencia de Thaouka, que los otros dos caballos no tardaron en compartir. Hicieron un último esfuerzo y galoparon a la zaga del indio. Hacia las tres, una línea blanca apareció en un pliegue del terreno. Temblaba bajo los rayos del sol.

—¡El agua! —dijo Glenarvan.

—¡El agua! ¡Sí, el agua! —exclamó Robert.

Ya no había necesidad de excitar a las monturas; las pobres bestias, sintiendo renacer sus fuerzas, se desbocaron con una violencia irresistible. En pocos minutos habían alcanzado el *río* Guaminí y, con todos los arreos puestos, se precipitaron hasta el pecho en sus benéficas aguas.

Sus amos las imitaron, aunque un poco a pesar suyo, y tomaron un baño involuntario del que no se les ocurrió quejarse.

—¡Ah, qué bien sienta esto! —decía Robert, apagando la sed en pleno *río*.

—Modera, muchacho —respondía Glenarvan, que no predicaba con el ejemplo.

Ya no se oía sino el ruido de rápidos tragos.

Por su parte, Thalcave bebió tranquilamente, sin apresurarse, a pequeños sorbos, pero «largo como un *lazo*», según la expresión patagónica. No acababa nunca, y era de temer que el *río* pasase entero por su garganta.

—Por fin —dijo Glenarvan—, nuestros amigos no quedarán defraudados en su esperanza; tienen la certeza, al llegar al Guaminí, de encontrar agua límpida y abundante, ¡siempre que Thalcave deje algo, claro está!

—Pero ¿no podríamos ir a su encuentro? —preguntó Robert—. Les ahorraríamos algunas horas de inquietud y sufrimiento.

—Sin duda, muchacho; pero ¿cómo transportar esa agua? Los odres han quedado en manos de Wilson. No, es mejor esperar como está convenido. Calculando el tiempo necesario y contando con caballos que solo marchan al paso, nuestros amigos estarán aquí por la noche. Preparémosles, pues, buen alojamiento y buena cena.

Thalcave no había esperado la propuesta de Glenarvan para buscar un lugar de acampada. Había encontrado felizmente a orillas del *río* una «*ramada*», especie de cercado destinado a encerrar los rebaños y cerrado por tres de sus lados. El emplazamiento era excelente para instalarse, siempre que no se temiese dormir al raso, y era esta la menor preocupación de los compañeros de Thalcave.

Así que no buscaron nada mejor, y se tendieron al sol para secar la ropa empapada de agua.

—Bien, puesto que ya tenemos el alojamiento —dijo Glenarvan—, pensemos en la cena. Es preciso que nuestros amigos queden satisfechos de los correos que les enviaron por delante, y mucho me equivoco o no tendrán de qué quejarse. Creo que una hora de caza no será tiempo perdido. ¿Estás listo, Robert?

—Sí, *milord* —respondió el muchacho poniéndose en pie, el fusil en la mano.

Si a Glenarvan se le había ocurrido esa idea, era porque las orillas del Guaminí parecían ser el punto de reunión de toda la caza de las llanuras circundantes; se veían alzar en bandadas las «tinamúes», especie de perdices propias de las pampas, chorlitas negras, una especie de avefría llamada «teru-teru», rascones de colores amarillos y gallaretas de un magnífico verde.

En cuanto a los cuadrúpedos, no se dejaban ver; pero Thalcave, señalando las hierbas altas y los matorrales espesos, dio a entender que se ocultaban allí. Los cazadores no tenían más que dar unos pocos pasos para encontrarse en el territorio más rico en caza del mundo.

Se pusieron, pues, a cazar, y, despreciando al principio la pluma por el pelo, sus primeros disparos fueron dirigidos a la caza mayor de la pampa.

Pronto se levantaron ante ellos, y por centenares, corzos y guanacos, semejantes a los que tan violentamente les asaltaron en las cimas de la cordillera; pero estos animales, muy asustadizos, huyeron con tal velocidad que fue imposible aproximárseles a distancia de tiro. Los cazadores se abatieron entonces sobre una caza menos veloz que, por lo demás, no dejaba nada que desear desde el punto de vista alimenticio. Una docena de perdices y rascones fueron abatidos, y Glenarvan mató con gran habilidad

un pecarí «taytetú», paquidermo de pelo leonado muy bueno para comer, que bien valió su disparo.

En menos de media hora, los cazadores, sin fatigarse, abatieron toda la caza que necesitaban; Robert, por su parte, se apoderó de un curioso animal perteneciente al orden de los desdentados, «un armadillo», especie de tatú cubierto de un caparazón de piezas óseas móviles, que medía pie y medio de longitud. En cuanto a Thalcave, dio a sus compañeros el espectáculo de una caza al «ñandú», especie de avestruz propia de la pampa y cuya rapidez es prodigiosa.

El indio no intentó acechanzas con un animal tan veloz en la carrera; espoleó a Thaouka al galope, directamente hacia él, de modo de alcanzarlo cuanto antes, pues, fallado el primer ataque, el ñandú habría fatigado pronto a caballo y cazador en el inextricable laberinto de sus revueltas. Thalcave, llegado a buena distancia, lanzó sus bolas con mano vigorosa y tan diestramente que se enrollaron en torno a las patas del avestruz y paralizaron sus esfuerzos. En pocos segundos yacía en tierra.

Se llevaron de vuelta a la *ramada* el rosario de perdices, el avestruz de Thalcave, el pecarí de Glenarvan y el tatú de Robert. El avestruz y el pecarí fueron preparados al instante, es decir, desollados y cortados en filetes finos. En cuanto al tatú, es un animal precioso que lleva consigo su asador, y fue colocado dentro de su propio caparazón sobre brasas ardientes.

Los tres cazadores se contentaron, para la cena, con devorar las perdices, y reservaron para sus amigos los platos principales.

Los caballos no habían sido olvidados. Una gran cantidad de forraje seco acumulado en la *ramada* les sirvió a la vez de alimento y de cama.

Cuando todo estuvo preparado, Glenarvan, Robert y el indio se envolvieron en su *poncho* y se tendieron sobre un edredón de *alfafares*, el lecho habitual de los cazadores pampeanos.

Capítulo XIX. Los lobos rojos

Llegó la noche. Una noche de luna nueva, durante la cual el astro de la noche había de permanecer invisible para todos los habitantes de la tierra. La indecisa claridad de las estrellas iluminaba sola la llanura. En el horizonte, las constelaciones zodiacales se apagaban en una bruma más oscura. Las aguas del Guaminí corrían sin murmurar como una larga lámina de aceite que resbala sobre un plano de mármol. Aves, cuadrúpedos y reptiles descansaban de las fatigas del día, y un silencio de desierto se extendía sobre el inmenso territorio de las pampas.

Glenarvan, Robert y Thalcave habían acatado la ley común. Tendidos sobre el espeso lecho de alfalfa, dormían un sueño profundo. Los caballos, rendidos de cansancio, se habían echado en tierra; solo Thaouka, como verdadero caballo de raza, dormía de pie, con las cuatro patas bien asentadas, altivo en el reposo como en la acción, y dispuesto a lanzarse al menor signo de su amo. Una calma completa reinaba en el interior del cercado, y las brasas del fuego nocturno, apagándose poco a poco, arrojaban sus últimas luces en la silenciosa oscuridad.

Sin embargo, hacia las diez de la noche, tras un sueño bastante breve, el indio se despertó. Sus ojos se quedaron fijos bajo las cejas fruncidas, y su oído se tendió hacia la llanura. Buscaba evidentemente captar algún sonido imperceptible.

Pronto apareció en su rostro, habitualmente tan impasible, una vaga inquietud.

¿Había presentido la aproximación de indios merodeadores, o la llegada de jaguares, tigres de agua y otras bestias temibles, que no escasean en los alrededores de los ríos? Esta última hipótesis, sin duda, le pareció plausible,

pues lanzó una rápida mirada sobre los materiales combustibles amontonados en el cercado, y su inquietud aumentó todavía más.

En efecto, toda aquella litera seca de *alfafares* se consumiría rápidamente y no podría detener mucho tiempo a unos animales audaces.

En tal coyuntura, Thalcave no tenía más que aguardar los acontecimientos, y aguardó, a medio echar, la cabeza apoyada sobre las manos, los codos en las rodillas, el ojo inmóvil, en la postura de un hombre arrancado bruscamente al sueño por una súbita zozobra.

Pasó una hora. Cualquier otro que no fuese Thalcave, tranquilizado por el silencio exterior, se habría vuelto a tumbar. Pero donde un extraño no habría sospechado nada, los sentidos sobreexcitados y el instinto natural del indio presagiaban algún peligro inminente.

Mientras escuchaba y acechaba, Thaouka dejó oír un relincho sordo; sus ollares se alargaron hacia la entrada de la *ramada*. El patagón se irguió de repente.

—Thaouka ha olido a algún enemigo —dijo.

Se levantó y fue a examinar atentamente la llanura.

El silencio reinaba aún en ella, pero no la tranquilidad. Thalcave entrevió sombras que se movían sin ruido entre las matas de *curra-mammel*. Aquí y allá centelleaban puntos luminosos que se cruzaban en todos los sentidos, se apagaban y se reencendían alternativamente. Se habría dicho una danza de farolillos fantásticos sobre el espejo de una inmensa laguna. Algún extraño habría tomado sin duda aquellas chispas voladoras por luciérnagas que brillan, llegada la noche, en muchos parajes de las regiones pampeanas; pero Thalcave no se engañó; comprendió con qué enemigos tenía que vérselas; amartilló su carabina y fue a apostarse en observación junto a los primeros postes del cercado.

No tardó mucho. Un grito extraño, mezcla de ladridos y aullidos, retumbó en la pampa. La detonación de la carabina le respondió, seguida de cien clamores espantosos.

Glenarvan y Robert, despertados de repente, se incorporaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven Grant.

—¿Son indios? —dijo Glenarvan.

—No —respondió Thalcave—, son «aguaras».

Robert miró a Glenarvan.

—¿*Aguaras*? —dijo.

—Sí —respondió Glenarvan—, los lobos rojos de la pampa.

Ambos cogieron sus armas y se reunieron con el indio. Este les mostró la llanura, de donde se elevaba un formidable concierto de aullidos.

Robert dio involuntariamente un paso atrás.

—¿No tienes miedo a los lobos, muchacho? —le dijo Glenarvan.

—No, *milord* —respondió Robert con voz firme—. Además, junto a usted, no tengo miedo de nada.

—Tanto mejor. Esos *aguaras* son bestias poco temibles, y si no fuese por su número, ni siquiera me preocuparía.

—¡Qué importa! —respondió Robert—. Vamos bien armados; ¡que vengan!

—¡Y ya verán cómo son recibidos!

Al decir estas palabras, Glenarvan quería tranquilizar al niño; pero no pensaba sin un terror secreto en aquella legión de carnívoros desencadenados en la noche. Quizá eran centenares, y tres hombres, por bien armados que estuviesen, no podían luchar con ventaja contra semejante número de animales.

Cuando el patagón pronunció la palabra «aguara», Glenarvan reconoció al punto el nombre dado al lobo rojo por los indios de la pampa. Ese carnívoro, el «canis jubatus» de los naturalistas, tiene el tamaño de un gran perro y la cabeza de un zorro; su pelaje es rojo canela, y sobre su lomo flota una crin negra que le corre a lo largo del espinazo. Este animal es muy ágil y muy vigoroso; habita generalmente los parajes pantanosos y persigue a nado a las bestias acuáticas; la noche le saca de su guarida, donde duerme durante el día; se le teme especialmente en las estancias donde se crían los rebaños, pues, en cuanto le aguijonea el hambre, se ceba en el ganado mayor y causa estragos considerables. Aislado, el aguara no es de temer; pero la

cosa cambia cuando se trata de un gran número de estos animales hambrientos, y más valdría enfrentarse a algún puma o jaguar que se puede atacar cara a cara.

Pues bien, por los aullidos con que resonaba la pampa, por la multitud de sombras que saltaban en la llanura, Glenarvan no podía equivocarse sobre la cantidad de lobos rojos congregados a orillas del Guaminí; aquellos animales habían olfateado allí una presa segura, carne de caballo o carne humana, y ninguno de ellos volvería a su guarida sin haber tenido su parte. La situación era, pues, muy alarmante.

Sin embargo, el cerco de los lobos fue estrechándose poco a poco. Los caballos, despertados, dieron muestras del más vivo terror. Solo Thaouka golpeaba el suelo con el casco, procurando romper su cabestro y dispuesto a lanzarse afuera. Su amo no lograba calmarlo sino emitiendo un silbido continuo.

Glenarvan y Robert se habían apostado de manera que defendiesen la entrada de la *ramada*. Con las carabinas amartilladas, iban a hacer fuego sobre la primera fila de los *aguaras*, cuando Thalcave les bajó con la mano el arma que ya apuntaban.

—¿Qué quiere Thalcave? —dijo Robert.

—¡Nos prohíbe disparar! —respondió Glenarvan.

—¿Por qué?

—¡Quizá no juzga oportuno el momento!

No era ese motivo el que movía al indio, sino una razón más grave, y Glenarvan la comprendió cuando Thalcave, levantando su frasco de pólvora y volteándolo, mostró que estaba casi vacío.

—¿Y bien? —dijo Robert.

—Pues bien, hay que economizar las municiones. La caza de hoy nos ha costado cara, y andamos escasos de plomo y pólvora. ¡No nos quedan más que veinte tiros!

El niño no respondió nada.

—¿No tienes miedo, Robert?

—No, *milord*.

—Bien, muchacho.

En aquel momento retumbó una nueva detonación.

Thalcave había derribado a un enemigo demasiado audaz; los lobos, que avanzaban en filas apretadas, retrocedieron y se concentraron a cien pasos del cercado.

Al instante, Glenarvan, a una señal del indio, ocupó su puesto; este, recogiendo la litera, las hierbas, en una palabra todos los materiales combustibles, los amontonó a la entrada de la *ramada* y arrojó sobre ellos un carbón todavía incandescente.

Pronto una cortina de llamas se tendió sobre el fondo negro del cielo y, a través de sus desgarrones, la llanura apareció vivamente iluminada por grandes reflejos móviles. Glenarvan pudo juzgar entonces del innumerable número de animales a los que había que resistir. Jamás se habían visto tantos lobos juntos, ni tan excitados por la codicia. La barrera de fuego que Thalcave acababa de oponerles había redoblado su cólera al detenerlos en seco.

Algunos, sin embargo, avanzaron hasta la misma hoguera y se quemaron las patas.

De vez en cuando era preciso un nuevo disparo para detener aquella horda aulladora, y al cabo de una hora, una quincena de cadáveres alfombraban ya la pradera.

Los sitiados se encontraban entonces en una situación relativamente menos peligrosa; mientras durasen las municiones, mientras la barrera de fuego se alzase a la entrada de la *ramada*, la irrupción no era de temer. Pero después, ¿qué hacer cuando todos aquellos medios de rechazar a la manada de lobos faltasen a la vez?

Glenarvan miró a Robert y sintió que el corazón se le encogía. Se olvidó de sí mismo para pensar solo en aquel pobre niño que mostraba un valor superior a su edad. Robert estaba pálido, pero su mano no soltaba el arma, y esperaba a pie firme el asalto de los lobos irritados.

Sin embargo, Glenarvan, tras haber contemplado fríamente la situación, resolvió acabar con ella.

—En una hora —dijo— no nos quedarán ni pólvora, ni plomo, ni fuego. Pues bien, no hay que esperar a ese momento para tomar una resolución.

Fue, pues, hacia Thalcave y, reuniendo las pocas palabras de español que le proporcionó su memoria, entabló con el indio una conversación frecuentemente interrumpida por los disparos.

No fue sin esfuerzo como aquellos dos hombres lograron entenderse. Glenarvan, afortunadamente, conocía las costumbres del lobo rojo. Sin esa circunstancia, no habría sabido interpretar las palabras y los gestos del patagón.

No obstante, pasó un cuarto de hora antes de que pudiese transmitir a Robert la respuesta de Thalcave.

Glenarvan había interrogado al indio sobre su situación casi desesperada.

—¿Y qué ha respondido? —preguntó Robert Grant.

—Ha dicho que, cueste lo que cueste, hay que aguantar hasta el alba. El aguara solo sale de noche, y, llegada la mañana, vuelve a su guarida. ¡Es el lobo de las tinieblas, una bestia cobarde que teme la luz del día, un búho de cuatro patas!

—¡Pues bien, defendámonos hasta el amanecer!

—Sí, muchacho, y a cuchilladas, cuando ya no podamos hacerlo a tiros.

Thalcave había dado ya el ejemplo, y cuando un lobo se aproximaba a la hoguera, el largo brazo armado del patagón atravesaba la llama y salía de ella teñido de sangre.

Sin embargo, los medios de defensa iban a escasear.

Hacia las dos de la madrugada, Thalcave echaba al brasero el último haz de combustible, y a los sitiados no les quedaban más que cinco tiros.

Glenarvan dirigió en torno suyo una mirada de angustia.

Pensó en aquel niño que estaba allí, en sus compañeros, en todos los que quería. Robert no decía nada. Quizá el peligro no se le aparecía como inminente a su imaginación confiada. Pero Glenarvan pensaba por él, y se representaba aquella horrible perspectiva, ahora inevitable, de ser devorados vivos. No fue dueño de su emoción; atrajo al niño contra su pecho, lo es-

trechó contra su corazón, pegó sus labios a su frente, mientras lágrimas involuntarias corrían de sus ojos.

Robert le miró sonriendo.

—¡No tengo miedo! —dijo.

—¡No, hijo mío, no —respondió Glenarvan—, y haces bien! En dos horas llegará el día y estaremos salvados. ¡Bien, Thalcave, bien, valiente patagón! —exclamó en el momento en que el indio mataba a culatazos dos enormes bestias que intentaban franquear la ardiente barrera.

Pero en aquel momento, la moribunda claridad del fuego le mostró la manada de los *aguaras* que avanzaba en filas apretadas al asalto de la *ramada*.

El desenlace de aquel drama sangriento se acercaba; el fuego cedía poco a poco, a falta de combustible; la llama bajaba; la llanura, hasta entonces iluminada, volvía a sumirse en la oscuridad, y en la oscuridad reaparecían también los ojos fosforescentes de los lobos rojos. Pocos minutos más, y toda la horda se precipitaría dentro del cercado.

Thalcave descargó por última vez su carabina, echó a tierra a un enemigo más, y, agotadas sus municiones, cruzó los brazos. Su cabeza se inclinó sobre el pecho. Pareció meditar en silencio. ¿Buscaba acaso algún medio audaz, imposible, insensato, de rechazar a aquella tropa furiosa? Glenarvan no se atrevía a interrogarle.

En aquel momento se produjo un cambio en el ataque de los lobos. Parecieron alejarse, y sus aullidos, tan ensordecedores hasta entonces, cesaron de súbito. Un sombrio silencio se extendió sobre la llanura.

—¡Se van! —dijo Robert.

—Quizá —respondió Glenarvan, que prestó oído a los ruidos del exterior.

Pero Thalcave, adivinando su pensamiento, sacudió la cabeza.

Sabía muy bien que los animales no abandonarían una presa segura mientras el día no los hubiese devuelto a sus sombrías guaridas.

Sin embargo, la táctica del enemigo se había modificado evidentemente.

Ya no intentaba forzar la entrada de la *ramada*, pero sus nuevas maniobras iban a crear un peligro aún más apremiante. Los *aguaras*, renunciando a penetrar por aquella entrada que el hierro y el fuego defendían obstinadamente, rodearon la *ramada* y de común acuerdo procuraron asaltarla por el lado opuesto.

Pronto se oyeron sus garras clavarse en la madera medio podrida. Entre los postes sacudidos pasaban ya patas vigorosas, bocas ensangrentadas. Los caballos, aterrados, rompiendo sus cabestros, corrían dentro del cercado presa de un terror enloquecido. Glenarvan estrechó entre sus brazos al niño para defenderle hasta el último extremo. Tal vez incluso, intentando una huida imposible, iba a lanzarse afuera, cuando su mirada se posó en el indio.

Thalcave, tras haber dado vueltas como una fiera enjaulada por la *ramada*, se había acercado bruscamente a su caballo, que temblaba de impaciencia, y comenzó a ensillarlo con cuidado, sin olvidar ni una correa ni un pasador. Ya no parecía inquietarse por los aullidos que en aquel momento redoblaban. Glenarvan le miraba hacer con un siniestro espanto.

—¡Nos abandona! —exclamó, al ver a Thalcave recoger las riendas, como un jinete que va a montar.

—¡Él! ¡Jamás! —dijo Robert.

Y en efecto, el indio iba a intentar, no abandonar a sus amigos, sino salvarles sacrificándose por ellos.

Thaouka estaba listo; mordía el bocado; saltaba; sus ojos, llenos de un fuego soberbio, lanzaban destellos; había comprendido a su amo.

Glenarvan, en el momento en que el indio empuñaba las crines de su caballo, le tomó el brazo con mano convulsa.

—¿Te vas? —dijo, señalando la llanura libre entonces de lobos.

—Sí —respondió el indio, que comprendió el gesto de su compañero.

Luego añadió algunas palabras en español que significaban:

—Thaouka. Buen caballo. Rápido. Arrastrará a los lobos tras él.

—¡Ah, Thalcave! —exclamó Glenarvan.

—¡Pronto! ¡Pronto! —respondió el indio, mientras Glenarvan decía a Robert con voz quebrada por la emoción:

—¡Robert! ¡Hijo mío! ¿Lo oyes? ¡Quiere sacrificarse por nosotros! ¡Quiere lanzarse a la pampa y desviar la furia de los lobos atrayéndola sobre sí!

—Amigo Thalcave —respondió Robert, arrojándose a los pies del patagón—, amigo Thalcave, ¡no nos abandones!

—¡No! —dijo Glenarvan—. No nos abandonará.

Y volviéndose hacia el indio:

—Partamos juntos —dijo, señalando los caballos aterrados y apiñados contra los postes.

—No —respondió el indio, que no se equivocó sobre el sentido de aquellas palabras—. Malas bestias. Asustadas. Thaouka. Buen caballo.

—¡Pues bien, sea! —dijo Glenarvan—. ¡Thalcave no te abandonará, Robert! ¡Me enseña lo que debo hacer! ¡A mí me toca partir! ¡A él, quedarse junto a ti!

Y, tomando las riendas de Thaouka:

—Seré yo —dijo— el que parta.

—No —respondió tranquilamente el patagón.

—Yo, te digo —exclamó Glenarvan, arrancándole las riendas de las manos—. ¡Seré yo! ¡Salva a este niño! ¡Te lo confío, Thalcave!

Sin embargo, Thalcave resistía. La discusión se prolongaba, y el peligro crecía de segundo en segundo. Ya los palos roídos cedían a los dientes y las garras de los lobos. Ni Glenarvan ni Thalcave parecían querer ceder. El indio había arrastrado a Glenarvan hacia la entrada del cercado; le mostraba la llanura libre de lobos; en su animado lenguaje le hacía comprender que no había que perder un instante; que el peligro, si la maniobra no salía bien, sería mayor para los que se quedasen; y, finalmente, que solo él conocía bastante a Thaouka para emplear en beneficio de todos sus maravillosas cualidades de ligereza y velocidad. Glenarvan, cegado, se obstinaba y quería sacrificarse, cuando de pronto fue rechazado con violencia. Thaouka se encabritaba; se alzaba sobre las patas traseras, y de súbito, arrebatado,

saltó la barrera de fuego y el margen de cadáveres, mientras una voz de niño exclamaba: «¡Que Dios le salve, *milord*!»

Y apenas tuvieron tiempo Glenarvan y Thalcave de ver a Robert que, aferrado a las crines de Thaouka, desaparecía en las tinieblas.

—¡Robert! ¡Desgraciado! —exclamó Glenarvan.

Pero aquellas palabras ni siquiera pudo oírlas el indio. Un aullido espantoso estalló. Los lobos rojos, lanzados tras las huellas del caballo, huían hacia el oeste con una fantástica rapidez.

Thalcave y Glenarvan se precipitaron fuera de la *ramada*. La llanura había recobrado ya su tranquilidad, y apenas pudieron entrever una línea ondulante que se perdía a lo lejos en las sombras de la noche.

Glenarvan cayó al suelo, abatido, desesperado, con las manos juntas. Miró a Thalcave. El indio sonreía con su habitual calma.

—Thaouka. ¡Buen caballo! ¡Niño valiente! ¡Se salvará! —repetía, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—¿Y si cae? —dijo Glenarvan.

—¡No caerá!

A pesar de la confianza de Thalcave, la noche se prolongó para el pobre lord en horribles angustias. Quería correr en busca de Robert; pero el indio le detuvo; le hizo comprender que los caballos no podían alcanzarle, que Thaouka debía de haber distanciado ya a sus enemigos, que no sería posible encontrarle en las tinieblas, y que era preciso esperar el día para lanzarse sobre las huellas de Robert.

A las cuatro de la madrugada empezó a clarear el alba.

Había llegado el momento de partir.

—En marcha —dijo el indio.

Glenarvan no respondió, pero saltó al caballo de Robert. Pronto los dos jinetes galopaban hacia el oeste, siguiendo la línea recta de la que sus compañeros no debían haberse apartado. Durante una hora marcharon así a una velocidad prodigiosa, buscando a Robert con los ojos, temiendo a cada paso

encontrar su cadáver ensangrentado. Glenarvan desgarraba los flancos de su caballo con la espuela.

Por fin se oyeron disparos, detonaciones regularmente espaciadas como una señal de reconocimiento.

—Son ellos —exclamó Glenarvan.

Thalcave y él comunicaron a sus caballos una marcha aún más rápida y, pocos instantes después, alcanzaron el destacamento conducido por Paganel. Un grito brotó del pecho de Glenarvan. Robert estaba allí, vivo, bien vivo, montado en el soberbio Thaouka, que relinchó de alegría al volver a ver a su amo.

—¡Ah, hijo mío! ¡Hijo mío! —exclamó Glenarvan, con una indecible expresión de ternura.

Y Robert y él, apeándose, se precipitaron el uno en los brazos del otro. Luego le tocó al indio estrechar contra su pecho al valiente hijo del capitán Grant.

—¡Vive! ¡Vive! —exclamaba Glenarvan.

—¡Sí! —respondió Robert—. ¡Y gracias a Thaouka!

El indio no había esperado aquella palabra de gratitud para dar las gracias a su caballo, y en aquel momento le hablaba, le abrazaba, como si una sangre humana corriese por las venas del altivo animal.

Luego, volviéndose hacia Paganel, le señaló al joven Robert:

—¡Un valiente! —dijo.

Entre tanto, Glenarvan decía a Robert rodeándole con sus brazos:

—¿Por qué, hijo mío, por qué no dejaste a Thalcave o a mí intentar esa última oportunidad de salvarte?

—*Milord* —respondió el niño con el acento del más vivo reconocimiento —, ¿no era a mí a quien correspondía sacrificarme? ¡Thalcave ya me ha salvado la vida! ¡Y usted va a salvar a mi padre!

Capítulo XX. Las llanuras argentinas

Después de los primeros efusivos saludos del reencuentro, Paganel, Austin, Wilson, Mulrady, todos los que se habían quedado atrás, salvo quizá el mayor Mac Nabbs, repararon en una cosa: que morían de sed. Afortunadamente, el Guaminí corría a poca distancia. Reanudaron, pues, la marcha, y a las siete de la mañana el pequeño grupo llegó junto al cercado. Al ver sus alrededores alfombrados de cadáveres de lobos, fue fácil comprender la violencia del ataque y el vigor de la defensa.

Pronto los viajeros, abundantemente refrescados, se entregaron a un desayuno fenomenal en el interior de la *ramada*. Los filetes de ñandú fueron declarados excelentes, y el tatú, asado en su caparazón, un manjar delicioso.

—Comerlos con moderación —dijo Paganel— sería ingratitud hacia la providencia; hay que comer demasiado.

Y comió demasiado, y no por ello se encontró peor, gracias al agua límpida del Guaminí, que le pareció dotada de cualidades digestivas de una gran superioridad.

A las diez de la mañana, Glenarvan, no queriendo repetir los errores de Aníbal en Capua, dio la señal de partida. Los odres de cuero fueron llenados de agua, y se marchó. Los caballos, bien repuestos, mostraron mucho brío y se mantuvieron casi todo el tiempo al paso del pequeño galope de caza. El país, más húmedo, era también más fértil, aunque siempre desierto. Ningún incidente se produjo durante las jornadas del 2 y del 3 de noviembre, y por la tarde, los viajeros, ya curtidos en las fatigas de las largas marchas, acamparon en el límite de las pampas, en las fronteras de la provincia de Buenos Aires. Habían salido de la bahía de Talcahuano el 14 de octubre; de modo

que, en veintidós días, cuatrocientas cincuenta millas, es decir, cerca de los dos tercios del camino, habían sido felizmente recorridas.

A la mañana siguiente se rebasó la línea convencional que separa las llanuras argentinas de la región de las pampas. Era allí donde Thalcave esperaba encontrar a los caciques en cuyas manos no dudaba de hallar a Harry Grant y a sus dos compañeros de cautiverio.

De las catorce provincias que componen la república argentina, la de Buenos Aires es a la vez la más vasta y la más poblada. Su frontera confina con los territorios indios del sur, entre el sexagésimo cuarto y el sexagésimo quinto grado.

Su territorio es asombrosamente fértil. Un clima particularmente sano reina sobre esta llanura cubierta de gramíneas y plantas arborescentes leguminosas, que presenta una horizontalidad casi perfecta hasta el pie de las sierras Tandil y Tapalquem.

Desde que habían abandonado el Guaminí, los viajeros constataban, no sin gran satisfacción, una notable mejora en la temperatura. Su media no superaba los diecisiete grados centígrados, gracias a los violentos y fríos vientos de la Patagonia que agitan incesantemente las ondas atmosféricas. Hombres y bestias no tenían, pues, motivo alguno de queja, después de haber sufrido tanto por la sequedad y el calor. Se avanzaba con ardor y confianza. Pero, a pesar de lo que había dicho Thalcave, el país parecía estar enteramente despoblado, o, para emplear una palabra más exacta, «despoblado».

Con frecuencia la línea del este bordeó o cruzó pequeñas lagunas, formadas unas veces de aguas dulces, otras de aguas salobres.

A orillas de los matorrales y a su amparo saltaban ligeros chochines y cantaban alegres alondras, en compañía de las «tangaras», esos rivales en colorido de los brillantes colibríes. Aquellos lindos pájaros batían alegremente las alas sin hacer caso de los estorninos militares que desfilaban por las riberas con sus hombreras y sus pechos rojos. En los espinos se balanceaba, como una hamaca criolla, el nido móvil de los «annubis», y en la orilla de las lagunas, magníficos flamencos, marchando en tropa regular, desplegaban al viento sus alas color de fuego. Se divisaban sus nidos agrupados por millares, en forma de conos truncados de un pie de altura, que formaban

como una pequeña ciudad. Los flamencos no se apartaban demasiado al acercarse los viajeros. Lo que no fue del gusto del sabio Paganel.

—Desde hace tiempo —dijo al mayor— tengo curiosidad por ver volar un flamenco.

—¡Vaya! —dijo el mayor.

—Pues, ya que encuentro la ocasión, la aprovecho.

—Aproveche, Paganel.

—Venga usted conmigo, mayor. Tú también, Robert. Necesito testigos.

Y Paganel, dejando a sus compañeros marchar por delante, se dirigió, seguido de Robert Grant y del mayor, hacia la tropa de flamencos.

Llegado a buena distancia, disparó un tiro de pólvora, pues no habría vertido en vano la sangre de un pájaro, y todos los flamencos emprendieron el vuelo de común acuerdo, mientras Paganel los observaba atentamente a través de sus gafas.

—Bien —le dijo al mayor cuando la tropa hubo desaparecido—, ¿los ha visto usted volar?

—Sí, sin duda —respondió Mac Nabbs—, y a menos de ser ciego, no cabía hacer menos.

—¿Ha encontrado usted que, al volar, se parecen a flechas emplumadas?

—En absoluto.

—En absoluto —añadió Robert.

—¡Ya me lo imaginaba! —repuso el sabio con aire de satisfacción—. Lo cual no ha impedido al más orgulloso de los hombres modestos, mi ilustre compatriota Chateaubriand, haber hecho esa comparación inexacta entre los flamencos y las flechas. ¡Ah, Robert, la comparación, ya lo ves, es la figura retórica más peligrosa que conozco! Desconfía de ella toda la vida, y no la emplees más que en el último extremo.

—¿De modo que está usted satisfecho de su experimento? —dijo el mayor.

—Encantado.

—Yo también; pero espoleemos nuestros caballos, pues su ilustre Chateaubriand nos ha puesto una milla por detrás.

Cuando se reunió con sus compañeros, Paganel encontró a Glenarvan en animada conversación con el indio, a quien al parecer no lograba entender. Thalcave se había detenido con frecuencia para observar el horizonte, y cada vez su rostro había expresado un bastante vivo asombro. Glenarvan, al no tener cerca a su intérprete habitual, había intentado, aunque en vano, interrogar al indio. Así que, desde que divisó a lo lejos al sabio, le gritó:

—¡Venga pronto, amigo Paganel! ¡Thalcave y yo no logramos entendernos!

Paganel conversó algunos minutos con el patagón y, volviéndose hacia Glenarvan:

—Thalcave —le dijo— se asombra de un hecho verdaderamente extraño.

—¿Cuál?

—El de no encontrar ni indios ni rastros de indios en estas llanuras, que ordinariamente son surcadas por sus bandas, ya sea que conduzcan ante ellos el ganado robado a las estancias, ya sea que vayan hasta los Andes a vender sus alfombras de *zorillo* y sus látigos de cuero trenzado.

—¿Y a qué atribuye Thalcave ese abandono?

—No sabría decirlo; simplemente le extraña, eso es todo.

—Pero ¿qué indios esperaba encontrar en esta parte de las pampas?

—Precisamente los que han tenido prisioneros extranjeros en sus manos, esos indígenas que mandan los caciques Calfoucoura, Catriel o Yanchetruz.

—¿Quiénes son esas gentes?

—Jefes de bandas que eran todopoderosos hace unos treinta años, antes de ser rechazados más allá de las sierras. Desde entonces se han sometido en la medida en que un indio puede someterse, y recorren tanto la llanura de la Pampasia como la provincia de Buenos Aires. Me asombro, pues, con Thalcave de no encontrar sus huellas en un país donde habitualmente se dedican al oficio de *salteadores*.

—Pero entonces —preguntó Glenarvan—, ¿qué partido debemos tomar?

—Voy a saberlo —respondió Paganel.

Y, tras algunos instantes de conversación con Thalcave, dijo:

—Este es su parecer, que me parece muy sensato. Hay que continuar nuestra ruta al este hasta el fuerte Independencia —que es nuestro camino — y allí, si no tenemos noticias del capitán Grant, sabremos al menos lo que ha sido de los indios de la llanura argentina.

—¿Está lejos ese fuerte Independencia? —respondió Glenarvan.

—No, está situado en la sierra Tandil, a unas sesenta millas de aquí.

—¿Y llegaremos...?

—Pasado mañana por la tarde.

Glenarvan quedó bastante desconcertado ante aquel incidente. No encontrar un indio en las pampas era lo que menos cabía esperar. Los hay demasiados ordinariamente. Era preciso, pues, que alguna circunstancia muy especial los hubiese alejado. Pero lo que resultaba grave sobre todo era que, si Harry Grant era prisionero de una de aquellas tribus, ¿había sido llevado al norte o al sur? Aquella duda no dejó de inquietar a Glenarvan. De lo que se trataba era de no perder a ningún precio la pista del capitán. Por fin, lo mejor era seguir el consejo de Thalcave y alcanzar el pueblo de Tandil. Allí, al menos, se encontraría con quien hablar.

Hacia las cuatro de la tarde, una colina que podía pasar por montaña en un país tan llano fue señalada en el horizonte. Era la sierra Tapalquem, a cuyo pie los viajeros acamparon la noche siguiente. El paso de esa sierra se efectuó a la mañana siguiente de la manera más fácil del mundo. Se seguían suaves ondulaciones arenosas de un terreno de pendientes suaves. Semejante sierra no podía ser tomada en serio por unas gentes que habían franqueado la cordillera de los Andes, y los caballos apenas aminoraron su rápida marcha.

A mediodía se rebasaba el fuerte abandonado de Tapalquem, primer eslabón de esa cadena de fortines tendida sobre el límite sur contra los indígenas saqueadores. Pero de indios no se encontró ni rastro, con creciente asombro de Thalcave. Sin embargo, hacia mediodía, tres jinetes de las llanuras, bien montados y bien armados, observaron un instante al pequeño

grupo; pero no se dejaron aproximar y huyeron con una increíble rapidez. Glenarvan estaba furioso.

—Gauchos —dijo el patagón, dando a aquellos indígenas la denominación que había suscitado la discusión entre el mayor y Paganel.

—¡Ah, gauchos! —respondió Mac Nabbs—. Bien, Paganel, hoy no sopla el viento del norte. ¿Qué piensa usted de esos animales?

—Pienso que tienen todo el aspecto de unos famosos bandidos —respondió Paganel.

—¿Y de ahí a serlo, querido sabio?

—¡No hay más que un paso, querido mayor!

La confesión de Paganel fue seguida de una risa general que no le desconcertó en absoluto, e hizo incluso, con ocasión de aquellos indios, una observación muy curiosa.

—He leído en algún lugar —dijo— que en el árabe la boca tiene una rara expresión de ferocidad, mientras que la expresión humana se encuentra en la mirada. Pues bien, en el salvaje americano ocurre exactamente lo contrario. Esas gentes tienen los ojos particularmente malvados.

Un fisonomista de profesión no lo habría dicho mejor para caracterizar a la raza india.

Sin embargo, por orden de Thalcave, se marchaba en pelotón cerrado; por desierto que pareciese el país, era preciso guardarse de las sorpresas; pero la precaución fue inútil, y al anochecer se acampaba en una vasta *toldería* abandonada, donde el cacique Catriel reunía ordinariamente a sus bandas de indígenas. A la inspección del terreno, a falta de huellas recientes, el patagón reconoció que la *toldería* no había sido ocupada desde hacía mucho tiempo.

Al día siguiente, Glenarvan y sus compañeros se encontraban de nuevo en la llanura: se divisaron las primeras estancias que rodean la sierra Tandil; pero Thalcave resolvió no detenerse en ellas y marchar directamente al fuerte Independencia, donde quería informarse, en particular sobre la singular situación de aquel país abandonado.

Los árboles, tan escasos desde la cordillera, reaparecieron entonces, la mayoría plantados tras la llegada de los europeos al territorio americano. Había allí *azederachs*, melocotoneros, álamos, sauces, acacias, que crecían solos, rápido y bien. Rodeaban generalmente los «corrales», vastas cercas para el ganado guarnecidas de estacas. Allí pacían y se engordaban por millares bueyes, carneros, vacas y caballos, marcados a fuego con el hierro del amo, mientras grandes perros vigilantes y numerosos montaban guardia en los alrededores. El suelo algo salino que se extiende al pie de las montañas conviene admirablemente a los rebaños y produce un forraje excelente. Se le elige, pues, de preferencia para el establecimiento de las estancias, que están dirigidas por un mayordomo y un capataz, con cuatro peones a sus órdenes por cada mil cabezas de ganado.

Esas gentes llevan la vida de los grandes pastores de la Biblia; sus rebaños son tan numerosos, más numerosos quizás, que los que llenaban las llanuras de Mesopotamia; pero aquí la familia le falta al pastor, y los grandes «estancieros» de la pampa tienen todo del tosco tratante de bueyes, nada del patriarca de los tiempos bíblicos.

Esto es lo que Paganel explicó muy bien a sus compañeros, y al respecto se entregó a una discusión antropológica llena de interés sobre la comparación de las razas. Logró incluso interesar al mayor, quien no lo disimuló.

Paganel tuvo también ocasión de señalar un curioso efecto de espejismo, muy común en aquellas llanuras horizontales: las estancias, desde lejos, se parecían a grandes islas; los álamos y sauces de sus lindes parecían reflejados en un agua límpida que huía ante los pasos de los viajeros; pero la ilusión era tan perfecta que el ojo no podía acostumbrarse a ella.

Durante aquella jornada del 6 de noviembre se encontraron varias estancias, y también uno o dos saladeros.

Es allí donde el ganado, después de haberse engordado en medio de suculentos pastizales, viene a ofrecer el cuello al cuchillo del matarife. El saladero, como su nombre indica, es el lugar donde se salan las carnes. Es a finales de la primavera cuando comienzan esos repugnantes trabajos. Los «saladeros» van entonces a buscar los animales al corral; los sujetan con el *lazo*, que manejan hábilmente, y los conducen al saladero; allí, bueyes, toros, vacas y carneros son abatidos por centenares, desollados y descarnados. Pero a menudo los toros no se dejan coger sin resistencia.

El desollador se transforma entonces en torero, y ese oficio peligroso lo ejerce con una destreza y, hay que decirlo, una ferocidad poco comunes. En suma, esa carnicería ofrece un espectáculo horrible. Nada hay tan repulsivo como los alrededores de un saladero; de esos recintos horribles escapan, junto a una atmósfera cargada de emanaciones fétidas, gritos feroces de desolladores, ladridos siniestros de perros, prolongados alaridos de bestias agonizantes, mientras los urubúes y los auras, grandes buitres de la llanura argentina, llegados por millares de veinte leguas a la redonda, disputan a los matarifes los restos todavía palpitantes de sus víctimas. Pero en aquel momento los saladeros estaban mudos, apacibles y desiertos.

La hora de aquellas inmensas matanzas aún no había sonado.

Thalcave apresuraba la marcha; quería llegar aquella misma tarde al fuerte Independencia; los caballos, azuzados por sus jinetes y siguiendo el ejemplo de Thaouka, volaban a través de los altos gramíneos del suelo. Se encontraron varias estancias almenadas y defendidas por profundos fosos; la casa principal estaba provista de una terraza desde lo alto de la cual los habitantes, organizados militarmente, pueden hacer fuego contra los saqueadores de la llanura. Glenarvan habría encontrado quizás allí las noticias que buscaba, pero lo más seguro era llegar al pueblo de Tandil. No se detuvieron. Cruzaron a vado el *río* de los Huesos, y, algunas millas más lejos, el Chapaléofú. Pronto la sierra Tandil ofreció a los cascos de los caballos el talud herboso de sus primeras laderas, y, una hora después, el pueblo apareció al fondo de una angosta garganta, dominada por los muros almenados del fuerte Independencia.

Capítulo XXI. El fuerte Independencia

La sierra Tandil se eleva a mil pies sobre el nivel del mar; es una cadena primordial, es decir, anterior a toda creación orgánica y metamórfica, en el sentido de que su textura y composición se han ido modificando paulatinamente bajo la influencia del calor interno.

Está formada por una sucesión semicircular de colinas de gneis cubiertas de hierba. El distrito de Tandil, al que ha dado su nombre, comprende todo el sur de la provincia de Buenos Aires, y se delimita por una vertiente que envía hacia el norte los *ríos* nacidos en sus laderas.

Este distrito alberga unos cuatro mil habitantes, y su capital es el pueblo de Tandil, situado al pie de las cumbres septentrionales de la sierra, bajo la protección del fuerte Independencia; su posición es bastante afortunada sobre el importante arroyo del Chapaléofú. Particularidad singular que Paganel no podía ignorar: este pueblo está poblado especialmente de vascos franceses y colonos italianos. Fue en efecto Francia quien fundó los primeros establecimientos extranjeros en esta porción inferior del Plata. En 1828, el fuerte Independencia, destinado a proteger el país contra las reiteradas invasiones de los indios, fue levantado por iniciativa del francés Parchappe. Un sabio de primer orden le secundó en esta empresa, Alcide d'Orbigny, quien mejor ha conocido, estudiado y descrito todos los países meridionales de la América del Sur.

Es un punto bastante importante este pueblo de Tandil. Por medio de sus «galeras», grandes carros de bueyes muy apropiados para seguir los caminos de la llanura, comunica en doce días con Buenos Aires; de ahí un comercio bastante activo:

El pueblo envía a la ciudad el ganado de sus estancias, los salazones de sus saladeros, y los curiosísimos productos de la industria india, tales como los tejidos de algodón, los paños de lana, los trabajos tan buscados de los trenzadores de cuero, etc.

Así pues, Tandil, sin contar cierto número de casas bastante confortables, tiene escuelas e iglesias, para instruirse en este mundo y en el otro.

Paganel, tras haber dado estos detalles, añadió que en el pueblo de Tandil no faltarían noticias; el fuerte, por lo demás, está siempre ocupado por un destacamento de tropas nacionales. Glenarvan hizo pues llevar los caballos al establo de una «fonda» de bastante buena apariencia; luego Paganel, el mayor, Robert y él, bajo la guía de Thalcave, se dirigieron hacia el fuerte Independencia. Tras algunos minutos de ascensión por una de las cumbres de la sierra, llegaron a la poterna, bastante mal guardada por un centinela argentino. Pasaron sin dificultad, lo cual denotaba una gran incuria o una extrema confianza.

Algunos soldados hacían entonces la instrucción en la explanada del fuerte; pero el más viejo de esos soldados tenía veinte años, y el más joven apenas siete. A decir verdad, era una docena de niños y jóvenes muchachos que se maniobaban con bastante soltura. Su uniforme consistía en una camisa de rayas, anudada a la cintura por un cinturón de cuero; de pantalón, calzón o kilt escocés, no había que hablar; la suavidad de la temperatura autorizaba por lo demás la relativa ligereza de ese traje. Y de entrada, Paganel tuvo buena idea de un gobierno que no se arruinaba en galones. Cada uno de esos pequeños rapaces portaba un fusil de percusión y un sable, el sable demasiado largo y el fusil demasiado pesado para los pequeños.

Todos tenían el rostro moreno y cierto aire de familia. El cabo instructor que los mandaba también se les parecía. Debían de ser, y en efecto eran, doce hermanos que desfilaban a las órdenes del decimotercero.

Paganel no se asombró de ello; conocía su estadística argentina, y sabía que en el país la media de hijos supera los nueve por familia; pero lo que le sorprendió sobremanera fue ver a esos pequeños ejecutar con perfecta precisión los principales movimientos de la carga en doce tiempos. Con frecuencia incluso, las voces de mando del cabo se daban en la lengua materna del sabio geógrafo.

—Vaya, esto es singular —dijo.

Pero Glenarvan no había venido al fuerte Independencia a ver a unos rapaces hacer la instrucción, y menos aún para ocuparse de su nacionalidad o de su origen. Así que no dejó a Paganel tiempo para asombrarse más, y le rogó que pidiera al jefe de la guarnición. Paganel obedeció, y uno de los soldados argentinos se dirigió hacia una pequeña casa que servía de cuartel.

Instantes después, el comandante apareció en persona. Era un hombre de cincuenta años, vigoroso, de porte militar, con bigotes rudos, pómulos salientes, cabellos entrecanos, mirada imperiosa, al menos en cuanto podía juzgarse a través de los torbellinos de humo que escapaban de su pipa de caño corto. Su manera de andar recordó vivamente a Paganel el porte *sui generis* de los viejos suboficiales de su país.

Thalcave, dirigiéndose al comandante, le presentó a lord Glenarvan y sus compañeros. Mientras hablaba, el comandante no dejaba de escrutar a Paganel con una persistencia bastante embarazosa.

El sabio no sabía adónde quería ir a parar el soldado, y se disponía a interrogarle, cuando el otro le tomó la mano sin cumplidos y dijo con voz jovial en la lengua del geógrafo:

—¿Un francés?

—¡Sí! ¡Un francés! —respondió Paganel.

—¡Ah! ¡Encantado! ¡Bienvenido! ¡Bienvenido! Soy francés también —repitió el comandante mientras sacudía el brazo del sabio con una energía inquietante.

—¿Un amigo suyo? —preguntó el mayor a Paganel.

—¡Pardiez! —respondió este con cierto orgullo—. Uno tiene amigos en las cinco partes del mundo.

Y tras haber liberado su mano, no sin esfuerzo, del tornillo viviente que la trituraba, entró en conversación formal con el vigoroso comandante.

Glenarvan habría querido intercalar alguna palabra relacionada con sus asuntos, pero el militar contaba su historia, y no estaba de humor para detenerse en el camino. Se veía que aquel buen hombre había dejado Francia hacía mucho tiempo; su lengua materna ya no le era familiar, y había olvi-

dado, si no las palabras, al menos la manera de ensamblarlas. Hablaba más o menos como un negro de las colonias francesas. En efecto, y según no tardaron en saber sus visitantes, el comandante del fuerte Independencia era un sargento francés, antiguo compañero de Parchappe.

Desde la fundación del fuerte, en 1828, no lo había abandonado, y en la actualidad lo mandaba con el beneplácito del gobierno argentino. Era un hombre de cincuenta años, un vasco; se llamaba Manuel Ipharaguerre. Se ve que, si no era español, le faltó poco. Un año después de su llegada al país, el sargento Manuel se naturalizó, tomó servicio en el ejército argentino y se casó con una buena india, que amamantaba entonces a dos gemelos de seis meses. Dos niños, naturalmente, pues la digna compañera del sargento no se habría permitido darle niñas. Manuel no concebía otro estado que el militar, y confiaba bien, con el tiempo y la ayuda de Dios, en ofrecer a la república una compañía entera de jóvenes soldados.

—¡Ya los ha visto! —dijo—. ¡Encantadores! Buenos soldados. ¡José! ¡Juan! ¡Miquele! ¡Pepe! ¡Pepe, siete años! ¡ya mastica su cartucho!

Pepe, al escuchar el elogio, juntó sus dos pequeños pies y presentó armas con perfecta gracia.

—¡Llegará lejos! —añadió el sargento—. ¡Un día, coronel, mayor o brigadier general!

El sargento Manuel se mostraba tan complacido que no había contravenirle ni sobre la superioridad del oficio de las armas, ni sobre el porvenir reservado a su belicosa progenie. Era feliz, y, como ha dicho Goethe: «Nada de lo que nos hace felices es una ilusión.»

Toda esta historia duró un buen cuarto de hora, con gran asombro de Thalcave. El indio no podía comprender que tantas palabras saliesen de una sola garganta. Nadie interrumpió al comandante.

Pero como es preciso que un sargento, incluso un sargento francés, acabe por callarse, Manuel se calló al fin, no sin haber obligado a sus huéspedes a seguirle a su morada. Estos se resignaron a ser presentados a la señora Ipharaguerre, quien les pareció ser «una buena persona», si esta expresión del viejo mundo puede emplearse, con todo, a propósito de una india.

Luego, cuando se hubieron cumplido todos sus deseos, el sargento preguntó a sus huéspedes qué le procuraba el honor de su visita. Era el instante

o nunca de explicarse. Paganel le relató en francés todo aquel viaje a través de las pampas y terminó preguntando la razón por la cual los indios habían abandonado el país.

—¡Ah!... ¡Nadie!... —respondió el sargento encogiéndose de hombros—. ¡Efectivamente!... ¡Nadie!... Nosotros, brazos cruzados... ¡Nada que hacer!

—¿Pero por qué?

—Guerra.

—¿Guerra?

—¡Sí! Guerra civil...

—¿Guerra civil? —repitió Paganel, quien, sin darse cuenta, empezaba a «hablar en negro».

—Sí, guerra entre paraguayos y bonaerenses —respondió el sargento.

—¿Y bien?

—Y bien, indios todos al norte, a la retaguardia del general Flores. Indios saqueadores, saquean.

—¿Pero los caciques?

—Caciques con ellos.

—¡Cómo! ¿Catriel?

—No hay Catriel.

—¿Y Calfoucoura?

—No hay Calfoucoura.

—¿Y Yanchetruz?

—¡Ya no hay Yanchetruz!

Esta respuesta fue transmitida a Thalcave, quien sacudió la cabeza con aire aprobatorio. En efecto, Thalcave lo ignoraba o lo había olvidado: una guerra civil, que más tarde habría de acarrear la intervención del Brasil, diezmaba a los dos partidos de la república.

Los indios tienen todo que ganar en esas luchas intestinas, y no podían dejar pasar tan bellas ocasiones de pillaje. Así que el sargento no se equivo-

caba al dar al abandono de las pampas esa razón de una guerra civil que se libraba en el norte de las provincias argentinas.

Pero aquel acontecimiento echaba por tierra los proyectos de Glenarvan, cuyos planes quedaban así desbaratados. En efecto, si Harry Grant era prisionero de los caciques, debía haber sido arrastrado con ellos hasta las fronteras del norte.

Desde ese momento, ¿dónde y cómo encontrarle? ¿Debía intentarse una búsqueda arriesgada, y casi inútil, hasta los límites septentrionales de la pampa?

Era una resolución grave, que debía debatirse seriamente.

Sin embargo, una pregunta importante podía aún hacerse al sargento, y fue el mayor quien pensó en formularla mientras sus amigos se miraban en silencio.

¿Había oído el sargento decir que algunos europeos estuviesen retenidos prisioneros por los caciques de la pampa?

Manuel reflexionó durante algunos instantes, como un hombre que apela a sus recuerdos.

—Sí —dijo al fin.

—¡Ah! —exclamó Glenarvan, aferrándose a una nueva esperanza.

Paganel, Mac Nabbs, Robert y él rodeaban al sargento.

—¡Hable! ¡Hable! —decían, mirándole con ojos ávidos.

—Hace algunos años —respondió Manuel—, sí... Eso es... Prisioneros europeos... Pero nunca vistos...

—Algunos años —repuso Glenarvan—, se equivoca usted... La fecha del naufragio es precisa... El *Britannia* se perdió en junio de 1862... Hace pues menos de dos años.

—¡Oh! Más que eso, *milord*.

—Imposible —exclamó Paganel.

—¡Sí de verdad! Era en el nacimiento de Pepe... Se trataba de dos hombres.

—¡No, tres! —dijo Glenarvan.

—¡Dos! —replicó el sargento con tono afirmativo.

—¿Dos? —dijo Glenarvan muy sorprendido—. ¿Dos ingleses?

—No tal —respondió el sargento—. ¿Quién habla de ingleses? No... Un francés y un italiano.

—¿Un italiano asesinado por los Poyuches? —exclamó Paganel.

—¡Sí! Y he sabido después... Francés salvado.

—¡Salvado! —exclamó el joven Robert, cuya vida pendía de los labios del sargento.

—Sí, salvado de las manos de los indios —respondió Manuel.

Todos miraban al sabio, que se golpeaba la frente con aire desesperado.

—¡Ah! Comprendo —dijo al fin—, todo es claro, todo se explica.

—¿Pero de qué se trata? —preguntó Glenarvan, tan inquieto como impaciente.

—Amigos míos —respondió Paganel, tomando las manos de Robert—, debemos resignarnos a un grave chasco. ¡Hemos seguido una pista falsa! No se trata aquí del capitán, sino de uno de mis compatriotas, cuyo compañero, Marco Vazello, fue efectivamente asesinado por los Poyuches; un francés que en varias ocasiones acompañó a esos crueles indios hasta las orillas del Colorado, y que, tras haberse escapado felizmente de sus manos, ha vuelto a ver Francia. Creyendo seguir las huellas de Harry Grant, hemos dado con las del joven Guinnard.

Un profundo silencio acogió esta declaración.

El error era palpable. Los detalles facilitados por el sargento, la nacionalidad del prisionero, el asesinato de su compañero, su evasión de las manos de los indios, todo concordaba para hacerlo evidente.

Glenarvan miraba a Thalcave con aire desconcertado. El indio tomó entonces la palabra:

—¿No ha oído usted hablar nunca de tres ingleses cautivos? —preguntó al sargento francés.

—Nunca —respondió Manuel—. Se habría sabido en Tandil... Yo lo sabría... No, eso no es...

Glenarvan, tras esa respuesta categórica, no tenía nada que hacer en el fuerte Independencia. Él y sus amigos se retiraron pues, no sin haber dado las gracias al sargento y estrechado algunas veces su mano.

Glenarvan estaba desesperado por ese vuelco completo de sus esperanzas. Robert caminaba junto a él sin decir nada, con los ojos húmedos de lágrimas.

Glenarvan no encontraba una sola palabra para consolarle. Paganel gesticulaba hablando consigo mismo. El mayor no despegaba los labios. En cuanto a Thalcave, parecía herido en su amor propio de indio por haberse extraviado en una pista falsa. Nadie, sin embargo, pensaba en reprocharle un error tan excusable.

Regresaron a la fonda.

La cena fue triste. Ciertamente, ninguno de aquellos hombres valerosos y abnegados lamentaba tantas fatigas soportadas inútilmente, tantos peligros corridos en vano. Pero cada uno veía aniquilarse en un instante toda esperanza de éxito. En efecto, ¿podía encontrarse al capitán Grant entre la sierra Tandil y el mar? No. El sargento Manuel, si algún prisionero hubiera caído en manos de los indios en las costas del Atlántico, habría sido sin duda informado de ello. Un acontecimiento de esa naturaleza no podía escapar a la atención de los indígenas que mantienen un comercio continuo entre Tandil y Carmen, en la desembocadura del *río* Negro. Pues bien, entre los tratantes de la llanura argentina, todo se sabe y todo se dice. No quedaba pues más que un partido que tomar: reunirse, y sin tardanza, con el *Duncan*, en el punto de cita asignado de la punta Medano.

Sin embargo, Paganel había pedido a Glenarvan el documento en cuya fe sus pesquisas se habían extraviado tan desgraciadamente. Lo releía con una cólera poco disimulada. Trataba de arrancarle una nueva interpretación.

—¡Este documento está sin embargo muy claro! —repetía Glenarvan—. ¡Se explica de la manera más categórica sobre el naufragio del capitán y sobre el lugar de su cautiverio!

—¡Pues no! —respondió el geógrafo golpeando la mesa con el puño—, ¡cien veces no! Puesto que Harry Grant no está en las pampas, no está en

América. Ahora bien, dónde está, ese documento debe decirlo, y lo dirá, amigos míos, ¡o yo ya no soy Jacques Paganel!

Capítulo XXII. La crecida

Una distancia de ciento cincuenta millas separa el fuerte Independencia de las riberas del Atlántico.

A menos de retrasos imprevistos, y ciertamente improbables, Glenarvan, en cuatro días, debía haber alcanzado el *Duncan*. Pero volver a bordo sin el capitán Grant, después de haber fracasado tan completamente en sus pesquisas, era una idea a la que no podía resignarse. Así pues, a la mañana siguiente, no pensó en dar sus órdenes para la partida. Fue el mayor quien se encargó de hacer ensillar los caballos, renovar las provisiones y establecer los relevamientos de ruta. Gracias a su actividad, la pequeña tropa, a las ocho de la mañana, descendía las cumbres herbosas de la sierra Tandil.

Glenarvan, con Robert a su lado, galopaba sin decir palabra; su carácter audaz y resuelto no le permitía aceptar aquel fracaso con calma de espíritu; su corazón latía a punto de romperse, y su cabeza ardía. Paganel, irritado por la dificultad, daba vueltas de todas las maneras posibles a las palabras del documento para extraer de ellas una nueva enseñanza.

Thalcave, mudo, dejaba a Thaouka el cuidado de guiarle. El mayor, siempre confiado, permanecía firme en su puesto, como un hombre sobre el que el desaliento no puede hacer presa. Tom Austin y sus dos marineros compartían el abatimiento de su amo. En un momento en que un tímido conejo cruzó ante ellos los senderos de la sierra, los supersticiosos escoceses se miraron.

—Un mal presagio —dijo Wilson.

—Sí, en los Highlands —respondió Mulrady.

—Lo que es malo en los Highlands no es mejor aquí —replicó sentenciosamente Wilson.

Hacia el mediodía, los viajeros habían franqueado la sierra Tandil y encontraban de nuevo las llanuras ampliamente onduladas que se extienden hasta el mar. A cada paso, *ríos* límpidos regaban aquella fértil comarca y iban a perderse en medio de altos pastizales. El suelo recuperaba su horizontalidad normal, como el océano después de una tormenta. Las últimas montañas de la Pampasia argentina habían quedado atrás, y la pradera monótona ofrecía al paso de los caballos su larga alfombra de verdor.

El tiempo hasta entonces había sido bueno. Pero el cielo aquel día tomó un aspecto poco tranquilizador. Las masas de vapores, engendradas por la alta temperatura de los días precedentes y dispuestas en espesas nubes, prometían resolverse en lluvias torrenciales. Por lo demás, la proximidad del Atlántico y el viento del oeste que en él impera como dueño hacían el clima de aquella comarca particularmente húmedo. Bien se veía por su fertilidad, por la grasa abundancia de sus pastizales y por su oscuro verdor. Sin embargo, aquel día al menos, los grandes nubarrones no reventaron, y, al anochecer, los caballos, tras haber cubierto alegremente una jornada de cuarenta millas, se detuvieron a orilla de profundas «cañadas», inmensos fosos naturales llenos de agua. Faltaba todo abrigo. Los *ponchos* sirvieron a la vez de tiendas y de mantas, y cada uno se durmió bajo un cielo amenazador que, afortunadamente, se quedó en amenazas.

Al día siguiente, a medida que la llanura descendía, la presencia de las aguas subterráneas se traicionó de manera aún más sensible; la humedad rezumaba por todos los poros del suelo. Pronto grandes lagunas, unas ya profundas, otras que comenzaban a formarse, cortaron el camino del este. Mientras no se trataba más que de «lagunas», acumulaciones de agua bien circunscritas y libres de plantas acuáticas, los caballos pudieron salir fácilmente del paso; pero con esos pantanos movedizos llamados «penganos», fue más difícil; altas hierbas los obstruían, y para reconocer el peligro había que estar ya metido en él.

Esas ciénagas habían sido ya fatales para más de un ser viviente. En efecto, Robert, que se había adelantado media milla, volvió al galope y exclamó:

—¡Señor Paganel! ¡Señor Paganel! ¡Un bosque de cuernos!

—¿Cómo? —respondió el sabio—. ¿Ha encontrado usted un bosque de cuernos?

—Sí, sí, al menos un matorral.

—¡Un matorral! Está soñando, muchacho —replicó Paganel encogiéndose de hombros.

—No sueño —repuso Robert—, ¡y lo verá usted mismo! ¡Vaya un país singular! ¡Aquí se siembran cuernos y crecen como el trigo! ¡Cómo me gustaría tener algo de su simiente!

—Pero habla en serio —dijo el mayor.

—Sí, señor mayor, va usted a verlo bien.

Robert no se había equivocado, y pronto se encontraron ante un inmenso campo de cuernos, regularmente plantados, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Era un verdadero matorral, bajo y tupido, pero extraño.

—¿Y bien? —dijo Robert.

—Esto es singular —respondió Paganel, volviéndose hacia el indio e interrogándole.

—Los cuernos salen de la tierra —dijo Thalcave—, pero los bueyes están debajo.

—¿Cómo! —exclamó Paganel—. ¿Hay ahí todo un rebaño atascado en ese barro?

—Sí —respondió el patagón.

En efecto, una inmensa manada había encontrado la muerte bajo aquel suelo sacudido por su carrera; centenares de bueyes acababan de perecer así, codo con codo, asfixiados en la vasta ciénaga. Este hecho, que se produce a veces en la llanura argentina, no podía ser ignorado por el indio, y era una advertencia de la que convenía tomar nota. Se rodeó la inmensa hecatombe, que habría satisfecho a los dioses más exigentes de la Antigüedad, y, una hora después, el campo de cuernos quedaba a dos millas a la espalda.

Thalcave observaba con cierta ansiedad ese estado de cosas que no le parecía ordinario.

Se detenía con frecuencia y se erguía sobre sus estribos. Su gran estatura le permitía abarcar con la mirada un vasto horizonte; pero, al no percibir nada que pudiese iluminarle, reanudaba pronto su marcha interrumpida. Una milla más lejos, se detenía de nuevo; luego, apartándose de la línea seguida, hacía una incursión de algunas millas, unas veces al norte, otras al sur, y volvía a ponerse a la cabeza de la tropa, sin decir ni lo que esperaba ni lo que temía. Ese maniobrar, repetido muchas veces, intrigó a Paganel e inquietó a Glenarvan.

Se rogó pues al sabio que interrogara al indio.

Lo hizo enseguida.

Thalcave le respondió que le asombraba ver la llanura empapada de agua. Nunca, a su conocimiento, y desde que ejercía el oficio de guía, sus pies habían pisado un suelo tan encharcado. Incluso en la estación de las grandes lluvias, la campiña argentina ofrecía siempre pasos practicables.

—¿Pero a qué atribuir esa humedad creciente? —preguntó Paganel.

—No lo sé —respondió el indio—, y aunque lo supiera...

—¿Acaso los *ríos* de las sierras, crecidos por las lluvias, no se desbordan nunca?

—Algunas veces.

—¿Y ahora, quizás?

—¡Quizás! —dijo Thalcave.

Paganel tuvo que contentarse con esa media respuesta, y comunicó a Glenarvan el resultado de su conversación.

—¿Y qué aconseja Thalcave? —dijo Glenarvan.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Paganel al patagón.

—Marchar deprisa —respondió el indio.

Consejo más fácil de dar que de seguir. Los caballos se fatigaban prontamente pisando un suelo que huía bajo ellos, la depresión se acentuaba cada vez más, y aquella parte de la llanura podía asimilarse a un inmenso bajo, donde las aguas invasoras debían acumularse rápidamente. Importaba pues

franquear sin demora esos terrenos en desnivel que una inundación habría transformado de inmediato en lago.

Se apresuró el paso. Pero no bastó con toda el agua que se desplegaba en láminas bajo los cascos de los caballos. Hacia las dos, las cataratas del cielo se abrieron, y torrentes de lluvia tropical se precipitaron sobre la llanura. Nunca se presentó mejor ocasión de mostrarse filósofo.

Sin modo de sustraerse a aquel diluvio, más valía recibirlo estoicamente. Los *ponchos* chorreaban; los sombreros los regaban como un tejado cuyos canalones están atascados; el flequillo de los *recados* parecía hecho de hilos líquidos, y los jinetes, salpicados por sus monturas cuyos cascos golpeaban a cada paso los torrentes del suelo, cabalgaban bajo una doble lluvia que venía a la vez de la tierra y del cielo.

Fue así como, empapados, ateridos y destrozados de fatiga, llegaron al anochecer a un rancho muy miserable. Solo gente poco exigente podía darle el nombre de refugio, y viajeros en apuros consentir en guarecerse en él. Pero Glenarvan y sus compañeros no tenían elección. Se apiñaron pues en aquella choza abandonada que no habría querido para sí un pobre indio de las pampas.

Con no poco trabajo se encendió un mal fuego de hierbas que daba más humo que calor. Las ráfagas de lluvia arreciaban afuera, y a través del techo podrido rezumaban gruesas gotas. Si el hogar no se apagó veinte veces, fue porque veinte veces Mulrady y Wilson lucharon contra la invasión del agua. La cena, muy mediocre y poco reconfortante, fue bastante triste.

Faltaba el apetito. Solo el mayor hizo honor al *charqui* húmedo y no perdió ni un bocado.

El impasible Mac Nabbs era superior a los acontecimientos. En cuanto a Paganel, en su calidad de francés, intentó bromear. Pero no hubo manera.

—Mis bromas están mojadas —dijo—, ¡fallan!

Sin embargo, como lo más gracioso en aquella circunstancia era dormir, cada uno buscó en el sueño un olvido momentáneo de sus fatigas. La noche fue mala; las tablas del rancho crujían a punto de romperse; se inclinaba bajo las embestidas del viento y amenazaba con volar a cada ráfaga; los desgraciados caballos gemían afuera, expuestos a toda la inclemencia del cielo, y sus amos no sufrían menos en su mísera choza. Sin embargo, el

sueño acabó por imponerse. Robert fue el primero en cerrar los ojos, dejando reposar su cabeza sobre el hombro de lord Glenarvan, y pronto todos los huéspedes del rancho dormían bajo la guardia de Dios.

Parece que Dios montó buena guardia, pues la noche transcurrió sin accidente. Se despertaron al llamado de Thaouka, quien, siempre vigilante, relinchaba afuera y golpeaba con un casco vigoroso la pared de la choza. A falta de Thalcave, sabía en caso necesario dar la señal de partida. Se le debía demasiado para no obedecerle, y se partió. La lluvia había amainado, pero el terreno impermeable conservaba el agua caída; sobre su impermeable arcilla, los charcos, los pantanos, las lagunas desbordaban y formaban inmensos «bañados» de pérfida profundidad. Paganel, consultando su mapa, pensó, no sin razón, que los *ríos* Grande y Vivarota, donde habitualmente se drenan las aguas de aquella llanura, debían haberse confundido en un cauce de varios millas de anchura.

Se hizo entonces necesaria una velocidad de marcha extrema. Se trataba de la salvación común. Si la inundación crecía, ¿dónde encontrar asilo?

El inmenso círculo trazado por el horizonte no ofrecía un solo punto culminante, y en aquella llanura horizontal la invasión de las aguas debía ser rápida.

Se empujó pues a los caballos a todo galope.

Thaouka llevaba la delantera y, mejor que ciertos anfibios de poderosas aletas, merecía el nombre de caballo marino, pues saltaba como si estuviese en su elemento natural.

De pronto, hacia las diez de la mañana, Thaouka dio muestras de extrema agitación. Se volvía frecuentemente hacia las planas inmensidades del sur; sus relinchos se prolongaban; sus ollares aspiraban con fuerza el aire vivo. Se encabritaba con violencia. Thalcave, a quien sus botes no podían desarzonar, no le sujetaba sin esfuerzo. La espuma de su boca se mezclaba con sangre bajo la acción del freno apretado con vigor, y sin embargo el ardiente animal no se calmaba; libre, su amo sentía bien que habría huido hacia el norte con toda la rapidez de sus patas.

—¿Qué le pasa a Thaouka? —preguntó Paganel—. ¿Le han mordido las sanguijuelas tan voraces de las aguas argentinas?

—No —respondió el indio.

—¿Se atemoriza pues ante algún peligro?

—Sí, ha olfateado el peligro.

—¿Cuál?

—No lo sé.

Si la vista no revelaba aún ese peligro que Thaouka adivinaba, el oído, al menos, podía ya dar cuenta de él. En efecto, un murmullo sordo, semejante al ruido de una marea creciente, se hacía escuchar más allá de los límites del horizonte. El viento soplaba por ráfagas húmedas y cargadas de un polvo acuoso; los pájaros, huyendo de algún fenómeno desconocido, cruzaban el aire a todo vuelo; los caballos, sumergidos hasta la mitad de sus patas, sentían las primeras embestidas de la corriente. Pronto un ruido formidable, mugidos, relinchos, balidos resonaron a media milla al sur, e inmensas manadas aparecieron que, derribándose, levantándose, precipitándose, mezcla incoherente de bestias espantadas, huían con una velocidad aterradora.

Apenas fue posible distinguirlas en medio de los torbellinos líquidos levantados en su carrera. Cien ballenas del mayor tamaño no habrían rechazado con más violencia las olas del océano.

—*¡Anda, anda!* —gritó Thalcave con voz resonante.

—¿Qué es eso? —dijo Paganel.

—¡La crecida! ¡La crecida! —respondió Thalcave espoleando su caballo, al que lanzó en dirección al norte.

—¡La inundación! —exclamó Paganel, y sus compañeros, con él a la cabeza, volaron tras las huellas de Thaouka.

Era tiempo. En efecto, a cinco millas hacia el sur, una alta y ancha barra de agua bajaba sobre la campiña, que se convertía en océano. Las altas hierbas desaparecían como segadas. Los mechones de mimosas, arrancados por la corriente, derivaban y formaban islotes flotantes. La masa líquida se derramaba en gruesas láminas de una irresistible potencia. Evidentemente se habían roto las barrancas de los grandes ríos de la Pampasia, y quizás las aguas del Colorado al norte y del *río* Negro al sur se reunían entonces en un cauce común.

La barra señalada por Thalcave avanzaba a la velocidad de un caballo de carreras. Los viajeros huían ante ella como una nube arrastrada por un viento de tormenta. Sus ojos buscaban en vano un lugar de refugio. El cielo y el agua se confundían en el horizonte. Los caballos, sobreexcitados por el peligro, se desbocaban en un galope desenfrenado, y sus jinetes apenas podían mantenerse en la silla.

Glenarvan miraba con frecuencia hacia atrás.

«El agua nos gana», pensaba.

—*¡Anda, anda!* —gritaba Thalcave.

Y se azuzaba aún más a las desgraciadas bestias.

De sus ijares abiertos por el espolón escapaba sangre viva que trazaba sobre el agua largos hilos rojos. Tropezaban en las grietas del suelo.

Se enredaban en las hierbas ocultas. Caían. Se les levantaba. Volvían a caer. Se les levantaba de nuevo. El nivel de las aguas subía sensiblemente. Largas ondulaciones anunciaban el asalto de aquella barra que agitaba a menos de dos millas su cabeza espumante. Durante un cuarto de hora se prolongó esa lucha suprema contra el más terrible de los elementos. Los fugitivos no habían podido calcular la distancia que acababan de recorrer, pero, a juzgar por la rapidez de su carrera, debía de ser considerable. Sin embargo, los caballos, anegados hasta el pecho, ya no avanzaban sino con extrema dificultad. Glenarvan, Paganel, Austin, todos se creyeron perdidos y condenados a esa muerte horrible de los desdichados abandonados en alta mar. Sus monturas comenzaban a perder el suelo de la llanura, y seis pies de agua bastaban para ahogarlas. Hay que renunciar a pintar las angustias desgarradoras de esos ocho hombres invadidos por una marea creciente. Sentían su impotencia para luchar contra esos cataclismos de la naturaleza, superiores a las fuerzas humanas. Su salvación ya no estaba en sus manos.

Cinco minutos después, los caballos nadaban; la corriente sola los arrastraba con una violencia incomparable y una velocidad igual a la de su galope más rápido, que debía superar las veinte millas por hora.

Toda salvación parecía imposible, cuando se oyó la voz del mayor.

—Un árbol —dijo.

—¿Un árbol? —exclamó Glenarvan.

—¡Allí, allí! —respondió Thalcave.

Y, señalando con el dedo a ochocientas brazas al norte, mostró una especie de nogal gigantesco que se elevaba solitario en medio de las aguas.

Sus compañeros no necesitaban ser animados. Aquel árbol que se les ofrecía tan inesperadamente había que alcanzarlo a toda costa. Los caballos no llegarían a él sin duda, pero los hombres, al menos, podían ser salvados. La corriente los llevaba. En ese momento, el caballo de Tom Austin lanzó un relincho ahogado y desapareció.

Su amo, libre de los estribos, se puso a nadar vigorosamente.

—Agárrate a mi silla —le gritó Glenarvan.

—Gracias, señoría —respondió Tom Austin—, los brazos son fuertes.

—¿Tu caballo, Robert? —repuso Glenarvan, volviéndose hacia el joven Grant.

—¡Va, *milord*! ¡Va! ¡Nada como un pez!

—¡Atención! —dijo el mayor con voz fuerte.

Apenas pronunciada esa palabra, llegó el enorme mascaret. Una ola monstruosa, de cuarenta pies de altura, se abatió sobre los fugitivos con un estruendo espantoso. Hombres y bestias, todo desapareció en un torbellino de espuma. Una masa líquida de varios millones de toneladas los arrolló en sus furiosas aguas. Cuando la barra hubo pasado, los hombres volvieron a la superficie de las aguas y se contaron rápidamente; pero los caballos, salvo Thaouka con su amo, habían desaparecido para siempre.

—¡Ánimo! ¡Ánimo! —repetía Glenarvan, que sostenía a Paganel con un brazo y nadaba con el otro.

—¡Bien va! ¡Bien va!... —respondió el digno sabio—, e incluso no me disgusta...

¿De qué no le disgustaba? Nunca se supo, pues el pobre hombre se vio obligado a tragarse el final de su frase con media pinta de agua cenagosa. El mayor avanzaba tranquilamente, marcando una brazada regular que un maestro nadador no habría desaprobado.

Los marineros se deslizaban como dos marsopas en su elemento líquido. En cuanto a Robert, aferrado a la crin de Thaouka, se dejaba arrastrar con él. Thaouka hendía las aguas con una energía soberbia y se mantenía instintivamente en la línea del árbol hacia donde llevaba la corriente.

El árbol no estaba ya más que a veinte brazas. En pocos instantes fue alcanzado por la tropa entera.

Afortunadamente, pues, de fallar ese refugio, toda posibilidad de salvación se desvanecía, y había que perecer en las olas.

El agua se elevaba hasta la cima del tronco, en el punto donde las ramas madres nacían.

Fue pues fácil aferrarse a ellas. Thalcave, abandonando su caballo e izando a Robert, trepó el primero, y pronto sus poderosos brazos pusieron a salvo a los nadadores exhaustos. Pero Thaouka, arrastrado por la corriente, se alejaba rápidamente.

Volvía hacia su amo su cabeza inteligente y, sacudiendo su larga crin, le llamaba relinchando.

—¡Le abandonas! —dijo Paganel a Thalcave.

—¡Yo! —exclamó el indio.

Y, zambulléndose en las aguas torrenciales, reapareció a diez brazas del árbol. Instantes después, su brazo se apoyaba en el cuello de Thaouka, y caballo y jinete derivaban juntos hacia el brumoso horizonte del norte.

Capítulo XXIII. Donde se lleva la vida de los pájaros

El árbol sobre el que Glenarvan y sus compañeros acababan de encontrar refugio se parecía a un nogal.

Tenía su follaje lustroso y su forma redondeada.

En realidad, era el «ombú», que se encuentra aislado en las llanuras argentinas. Este árbol de tronco retorcido y enorme está fijado al suelo no solo por sus gruesas raíces, sino también por vigorosos retoños que lo anclan a él de la manera más tenaz. Por eso había resistido el asalto del mascaret.

Aquel *ombú* medía en altura unos cien pies, y podía cubrir con su sombra una circunferencia de sesenta toesas. Todo ese armazón reposaba sobre tres gruesas ramas que se trifurcaban en la cima del tronco, de seis pies de anchura. Dos de esas ramas se elevaban casi perpendicularmente y sostenían el inmenso parasol de follaje, cuyos ramajes cruzados, mezclados, entrelazados como por mano de un cestero, formaban un abrigo impenetrable.

La tercera rama, en cambio, se extendía casi horizontalmente sobre las aguas mugidoras; sus hojas más bajas se bañaban ya en ellas; figuraba un cabo avanzado de aquella isla de verdura rodeada de un océano. No faltaba espacio en el interior de ese árbol gigantesco; el follaje, empujado hacia la circunferencia, dejaba grandes intervalos ampliamente despejados, verdaderos claros, aire en abundancia, frescor por doquier. Al ver esas ramas elevar hasta las nubes sus innumerables ramajes, mientras lianas parásitas las ataban unas a otras, y rayos de sol se filtraban por las aberturas del folla-

je, se habría dicho de verdad que el tronco de aquel *ombú* sostenía por sí solo un bosque entero.

A la llegada de los fugitivos, un mundo alado huyó hacia las altas ramas, protestando con sus gritos contra tan flagrante usurpación de domicilio.

Esos pájaros que también ellos habían buscado refugio en aquel *ombú* solitario estaban allí por centenares: mirlos, estorninos, *isacas*, *hilgueros* y sobre todo los *picaflores*, colibríes de resplandecientes colores; y cuando emprendieron el vuelo, pareció que un golpe de viento despojaba el árbol de todas sus flores.

Tal era el asilo ofrecido a la pequeña tropa de Glenarvan. El joven Grant y el ágil Wilson, apenas encaramados en el árbol, se apresuraron a trepar hasta sus ramas superiores. Sus cabezas asomaban entonces por la bóveda de verdor. Desde ese punto culminante, la vista abarcaba un vasto horizonte. El océano creado por la inundación los rodeaba por todas partes, y las miradas, por lejos que se extendiesen, no pudieron percibir su límite. Ningún árbol emergía de la llanura líquida; el *ombú*, solo en medio de las aguas desbordadas, se estremecía bajo su choque. A lo lejos, derivando de sur a norte, pasaban, arrastrados por la impetuosa corriente, troncos desarraigados, ramas retorcidas, paja arrancada a algún rancho demolido, vigas de cobertizos robadas por las aguas a los techos de las estancias, cadáveres de animales ahogados, pieles ensangrentadas, y sobre un árbol vacilante toda una familia de jaguares rugientes que se aferraban con las garras a su frágil balsa.

Más lejos aún, un punto negro, ya casi invisible, atrajo la atención de Wilson. Era Thalcave y su fiel Thaouka, que desaparecían en la lejanía.

—¡Thalcave, amigo Thalcave! —exclamó Robert, tendiendo la mano hacia el valeroso patagón.

—Se salvará, señor Robert —respondió Wilson—; pero vayamos a reunirnos con su señoría.

Un instante después, Robert Grant y el marinero bajaban los tres pisos de ramas y se encontraban en la cima del tronco. Allí, Glenarvan, Paganel, el mayor, Austin y Mulrady estaban sentados, a horcajadas o aferrados, según sus aptitudes naturales. Wilson informó de su visita a la cima del *ombú*. Todos compartieron su opinión respecto a Thalcave. La única duda fue so-

bre si sería Thalcave quien salvaría a Thaouka o Thaouka quien salvaría a Thalcave. La situación de los huéspedes del *ombú* era, sin duda alguna, mucho más alarmante. El árbol no cedería sin duda a la fuerza de la corriente, pero la crecida creciente podía ganar sus altas ramas, pues la depresión del suelo hacía de aquella parte de la llanura un profundo depósito.

El primer cuidado de Glenarvan fue pues establecer, mediante muescas, puntos de referencia que permitiesen observar los distintos niveles del agua.

La crecida, estacionaria entonces, parecía haber alcanzado su mayor elevación. Era ya tranquilizador.

—¿Y ahora, qué vamos a hacer? —dijo Glenarvan.

—¡Hacer nuestro nido, pardiez! —respondió Paganel alegremente.

—¡Hacer nuestro nido! —exclamó Robert.

—Sin duda, muchacho, y vivir la vida de los pájaros, ya que no podemos vivir la vida de los peces.

—¡Bien! —dijo Glenarvan—, pero ¿quién nos dará de picar?

—Yo —respondió el mayor.

Todas las miradas se volvieron hacia Mac Nabbs; el mayor estaba cómodamente sentado en un sillón natural formado por dos ramas elásticas, y con una mano tendía sus *alforjas* mojadas, pero rebosantes.

—¡Ah, Mac Nabbs! —exclamó Glenarvan—, ¡bien le reconozco a usted! ¡Piensa en todo, incluso en circunstancias en que está permitido olvidarlo todo!

—Desde el momento en que se había decidido no ahogarse —respondió el mayor—, ¡no era con intención de morir de hambre!

—Yo también lo habría pensado —dijo ingenuamente Paganel—, ¡pero soy tan distraído!

—¿Y qué contienen las *alforjas*? —preguntó Tom Austin.

—La comida de siete hombres durante dos días —respondió Mac Nabbs.

—Bien —dijo Glenarvan—, confío en que la inundación habrá disminuido suficientemente en veinticuatro horas.

—O en que habremos encontrado un medio de volver a tierra firme —replicó Paganel.

—Nuestro primer deber es pues desayunar —dijo Glenarvan.

—Después de secarnos, con todo —observó el mayor.

—¿Y fuego? —dijo Wilson.

—¡Pues hay que hacerlo! —respondió Paganel.

—¿Dónde?

—¡En la cima del tronco, pardiez!

—¿Con qué?

—Con madera seca que iremos a cortar del árbol.

—¿Pero cómo encenderlo? —dijo Glenarvan—. ¡Nuestra yesca se parece a una esponja mojada!

—¡Nos arreglaremos sin ella! —respondió Paganel—; un poco de musgo seco, un rayo de sol, la lente de mi catalejo, y va usted a ver con qué fuego me caliento. ¿Quién va a buscar leña al bosque?

—¡Yo! —exclamó Robert.

Y, seguido de su amigo Wilson, desapareció como un gato joven en las profundidades del árbol. Durante su ausencia, Paganel encontró musgo seco en cantidad suficiente; se procuró un rayo de sol, lo que fue fácil, pues el astro del día brillaba entonces con vivo resplandor; luego, con ayuda de su lente, inflamó sin dificultad esas materias combustibles, que fueron depositadas sobre una capa de hojas húmedas en la trifurcación de las gruesas ramas del *ombú*. Era un hogar natural que no ofrecía ningún peligro de incendio. Pronto Wilson y Robert volvieron con un brazado de leña seca, que fue arrojado sobre el musgo. Paganel, para provocar el tiro, se colocó sobre el hogar con sus dos largas piernas separadas, a la manera árabe; luego, agachándose y levantándose con un movimiento rápido, hizo con su *poncho* una violenta llamada de aire.

La leña se inflamó, y pronto una hermosa llama roncadora se elevó del brasero improvisado. Cada uno se secó a su antojo, mientras los *ponchos* colgados del árbol se balanceaban al soplo del viento; luego se desayunó,

racionándose, pues había que pensar en el día siguiente; el inmenso depósito se vaciaría quizás más lentamente de lo que Glenarvan esperaba, y, en suma, las provisiones eran muy escasas. El *ombú* no producía ningún fruto; afortunadamente, podía ofrecer un notable contingente de huevos frescos, gracias a los numerosos nidos que poblaban sus ramas, sin contar sus plumados huéspedes.

Esos recursos no eran en modo alguno despreciables.

Ahora pues, en previsión de una estancia prolongada, se trataba de proceder a una instalación confortable.

—Puesto que la cocina y el comedor están en la planta baja —dijo Paganel—, iremos a dormir al primer piso; la casa es vasta; el alquiler no es caro; no hay que apurarse. Veo allí arriba unas cunas naturales en las que, una vez bien atados, dormiremos como en las mejores camas del mundo. No tenemos nada que temer; por lo demás, se velará, y somos suficientes para rechazar flotas de indios y demás animales.

—Solo nos faltan armas —dijo Tom Austin.

—Tengo mis revólveres —dijo Glenarvan.

—Y yo los míos —respondió Robert.

—¿Para qué —repuso Tom Austin—, si el señor Paganel no encuentra el modo de fabricar la pólvora?

—Es innecesario —respondió Mac Nabbs, mostrando una polvorera en perfecto estado.

—¿Y de dónde le viene, mayor? —preguntó Paganel.

—De Thalcave. Pensó que podía sernos útil, y me la entregó antes de lanzarse al socorro de Thaouka.

—¡Generoso y valiente indio! —exclamó Glenarvan.

—Sí —respondió Tom Austin—, si todos los patagones están cortados por ese patrón, les doy la enhorabuena a la Patagonia.

—¡Pido que no se olvide al caballo! —dijo Paganel—. Forma parte del patagón, y mucho me equivoco, o volveremos a verlos, uno portando al otro.

—¿A qué distancia estamos del Atlántico? —preguntó el mayor.

—A unas cuarenta millas como mucho —respondió Paganel—. Y ahora, amigos míos, puesto que cada uno es libre de sus acciones, os pido permiso para dejaros; voy a elegirme allá arriba un observatorio y, con ayuda del catalejo, os tendré al corriente de las cosas de este mundo.

Se dejó hacer al sabio, quien, con mucha habilidad, se izó de rama en rama y desapareció tras el espeso telón de follaje. Sus compañeros se ocuparon entonces de organizar el lecho y de preparar su cama. No fue ni difícil ni largo.

No había mantas que hacer ni muebles que ordenar, y pronto cada uno volvió a su puesto alrededor del brasero. Se charló entonces, pero ya no de la situación presente, que había que soportar con paciencia. Se volvió a ese tema inagotable del capitán Grant. Si las aguas se retiraban, el *Duncan* antes de tres días volvería a ver a los viajeros a bordo. Pero Harry Grant, sus dos marineros, esos desgraciados náufragos, no estarían con ellos. Parecía incluso, después de ese fracaso, después de esa inútil travesía de América, que toda esperanza de encontrarlos estaba irrevocablemente perdida. ¿Hacia dónde dirigir nuevas pesquisas? ¡Cuál sería el dolor de lady Helena y de Mary Grant al saber que el porvenir ya no les guardaba ninguna esperanza!

—¡Pobre hermana! —dijo Robert—. ¡Todo ha terminado para nosotros!

Glenarvan, por primera vez, no encontró una sola palabra consoladora que responder. ¿Qué esperanza podía dar al joven? ¿Acaso no había seguido con rigurosa exactitud las indicaciones del documento?

—Y sin embargo —dijo—, ¡ese trigésimo séptimo grado de latitud no es un número vano! ¡Ya se aplique al naufragio o a la cautividad de Harry Grant, no está supuesto, interpretado, adivinado! ¡Lo hemos leído con nuestros propios ojos!

—Todo eso es verdad, señoría —respondió Tom Austin—, y sin embargo nuestras pesquisas no han tenido éxito.

—Es irritante y desesperante a la vez —exclamó Glenarvan.

—Irritante, si usted quiere —respondió Mac Nabbs con tono tranquilo—, pero no desesperante. Precisamente porque tenemos un número indis-

cutible, hay que agotar hasta el fondo todas sus enseñanzas.

—¿Qué quiere usted decir —preguntó Glenarvan—, y, a su juicio, qué puede quedar por hacer?

—Una cosa muy sencilla y muy lógica, mi querido Edward. Pongamos proa al este, cuando estemos a bordo del *Duncan*, y sigamos hasta nuestro punto de partida, si es necesario, ese paralelo 37.

—¿Cree usted pues, Mac Nabbs, que yo no lo he pensado? —respondió Glenarvan—. ¡Sí! ¡Cien veces! Pero ¿qué posibilidades tenemos de lograrlo? Dejar el continente americano, ¿no es alejarse del lugar indicado por el propio Harry Grant, de esa Patagonia tan claramente nombrada en el documento?

—¿Quiere usted entonces reanudar sus pesquisas en las pampas —respondió el mayor—, cuando tiene la certeza de que el naufragio del *Britannia* no tuvo lugar ni en las costas del Pacífico ni en las costas del Atlántico?

Glenarvan no respondió.

—¿Y por escasa que sea la posibilidad de encontrar a Harry Grant remontando el paralelo que él mismo indicó, no debemos intentarla?

—No digo que no... —respondió Glenarvan.

—¿Y vosotros, amigos míos —añadió el mayor dirigiéndose a los marineros—, no compartís mi opinión?

—Enteramente —respondió Tom Austin, que Mulrady y Wilson aprobaron con un gesto de cabeza.

—Escuchadme, amigos míos —retomó Glenarvan tras algunos instantes de reflexión—, y escucha bien, Robert, pues esto es una grave deliberación. Haré todo lo que esté en mi mano para encontrar al capitán Grant, me he comprometido a ello, y le consagraré toda mi vida si hace falta. Toda Escocia se uniría a mí para salvar a ese hombre de corazón que se ha entregado por ella. Yo también pienso que, por escasa que sea esa posibilidad, debemos dar la vuelta al mundo por ese paralelo 37, y lo haré. Pero la cuestión a resolver no es esa. Es mucho más importante y es la siguiente: ¿debemos abandonar definitivamente y desde ahora nuestras pesquisas en el continente americano?

La pregunta, planteada categóricamente, quedó sin respuesta. Nadie se atrevía a pronunciarse.

—¡Pues bien! —retomó Glenarvan dirigiéndose más especialmente al mayor.

—Mi querido Edward —respondió Mac Nabbs—, asumir una responsabilidad bastante grande es responderle *hic et nunc*. Eso requiere reflexión. Ante todo, deseo saber qué países atraviesa el trigésimo séptimo grado de latitud austral.

—Eso es asunto de Paganel —respondió Glenarvan.

—Interroguémosle pues —replicó el mayor.

Ya no se veía al sabio, oculto por el espeso follaje del *ombú*. Hubo que llamarle a voces.

—¡Paganel! ¡Paganel! —gritó Glenarvan.

—¡Presente! —respondió una voz que venía del cielo.

—¿Dónde está usted?

—En mi torre.

—¿Qué hace allí?

—Examino el inmenso horizonte.

—¿Puede bajar un momento?

—¿Me necesitan?

—Sí.

—¿A propósito de qué?

—Para saber qué países atraviesa el paralelo 37.

—Nada más fácil —respondió Paganel—; ni siquiera es necesario que me moleste para decírselo.

—Pues adelante.

—Aquí va. Al salir de América, el paralelo 37 sur atraviesa el océano Atlántico.

—Bien.

—Encuentra las islas Tristán de Acuña.

—Bien.

—Pasa a dos grados por debajo del cabo de Buena Esperanza.

—¿Después?

—Corre a través del mar de las Indias.

—¿A continuación?

—Roza la isla de San Pedro del grupo de las islas Amsterdam.

—Continúe.

—Corta Australia por la provincia de Victoria.

—Siga.

—Al salir de Australia...

Esta última frase no fue acabada. ¿Vacilaba el geógrafo? ¿Es que el sabio ya no sabía?

No; pero un grito formidable se hizo escuchar en las alturas del *ombú*. Glenarvan y sus amigos palidecieron mirándose. ¿Había llegado una nueva catástrofe? ¿El desgraciado Paganel había caído? Wilson y Mulrady ya volaban en su socorro cuando un largo cuerpo apareció. Paganel rodaba de rama en rama.

¿Estaba vivo? ¿Estaba muerto? No se sabía, pero iba a caer en las aguas mugidoras cuando el mayor le detuvo al paso.

—¡Muy agradecido, Mac Nabbs! —exclamó Paganel.

—¿Qué? ¿Qué le ha pasado a usted? —dijo el mayor—. ¿Qué le ha dado? ¿Otra de sus eternas distracciones?

—¡Sí! ¡Sí! —respondió Paganel con voz entrecortada por la emoción—. ¡Sí! Una distracción... ¡Fenomenal esta vez!

—¿Cuál?

—¡Nos hemos equivocado! ¡Nos equivocamos aún! ¡Nos equivocamos siempre!

—¡Explíquese!

—Glenarvan, mayor, Robert, amigos míos —exclamó Paganel—, ¡buscamos al capitán Grant donde no está!

—¿Qué dice usted? —exclamó Glenarvan.

—No solo donde no está —añadió Paganel—, ¡sino además donde nunca ha estado!

Capítulo XXIV. Donde se continúa llevando la vida de los pájaros

Un profundo asombro acogió esas inesperadas palabras. ¿Qué quería decir el geógrafo?

¿Había perdido la razón? Hablaba, sin embargo, con tal convicción, que todas las miradas se volvieron hacia Glenarvan. Esa afirmación de Paganel era una respuesta directa a la pregunta que acababa de plantear. Pero Glenarvan se limitó a hacer un gesto de negación que no hablaba en favor del sabio.

Sin embargo, este, dueño de su emoción, tomó de nuevo la palabra.

—¡Sí! —dijo con voz convencida—. ¡Sí! ¡Nos hemos extraviado en nuestras pesquisas, y hemos leído en el documento lo que no está en él!

—Explíquese, Paganel —dijo el mayor—, y con más calma.

—Es muy sencillo, mayor. Como usted, estaba en el error; como usted, me había lanzado por una interpretación falsa, cuando, hace solo un instante, en lo alto de ese árbol, respondiendo a sus preguntas y deteniéndome en la palabra «Australia», un relámpago cruzó mi cerebro y la luz se hizo.

—¡Cómo! —exclamó Glenarvan—. ¿Pretende usted que Harry Grant?...

—Pretendo —respondió Paganel— que la palabra *austral* que se encuentra en el documento no es una palabra completa, como hemos creído hasta ahora, sino el radical de la palabra *Australia*.

—¡Vaya cosa particular! —respondió el mayor.

—¡Particular! —replicó Glenarvan encogiéndose de hombros—, es sencillamente imposible.

—¡Imposible! —repuso Paganel—. Es una palabra que no admitimos en Francia.

—¡Cómo! —añadió Glenarvan con el tono de la más profunda incredulidad—. ¿Se atreve usted a pretender, documento en mano, que el naufragio del *Britannia* tuvo lugar en las costas de Australia?

—¡Estoy seguro de ello! —respondió Paganel.

—A fe mía, Paganel —dijo Glenarvan—, esa es una pretensión que me asombra mucho, viniendo del secretario de una sociedad geográfica.

—¿Por qué razón? —preguntó Paganel, tocado en su punto sensible.

—Porque, si usted admite la palabra *Australia*, admite al mismo tiempo que en ella hay *indios*, cosa que nunca se ha visto hasta ahora.

Paganel no se sorprendió en absoluto del argumento. Sin duda lo esperaba, y se puso a sonreír.

—Mi querido Glenarvan —dijo—, no se apresure a triunfar; voy a «batirle a plana planas», como decimos nosotros los franceses, ¡y nunca inglés habrá sido tan bien batido! ¡Será la revancha de Crécy y de Azincourt!

—No pido nada mejor. Bátame usted, Paganel.

—Escuche pues. ¡No hay más indios en el texto del documento que Patagonia! La palabra incompleta *indí*... no significa *indios*, ¡sino *indígenas*! ¿Admite usted que hay «indígenas» en Australia?

Hay que reconocer que en ese momento Glenarvan miró fijamente a Paganel.

—¡Bravo, Paganel! —dijo el mayor—. ¿Admite usted mi interpretación, mi querido lord?

—¡Sí! —respondió Glenarvan—, si me prueba usted que ese resto de palabra *gonie* no se aplica al país de los patagones.

—¡No! ¡Claro que no! —exclamó Paganel—. ¡No se trata de *Patagonia*! Lea usted todo lo que quiera, excepto eso.

—¿Pero qué entonces?

—¡*Cosmogonía*! ¡*Teogonía*! ¡*Agonía*!...

—¡*Agonía*! —dijo el mayor.

—Me es indiferente —respondió Paganel—; la palabra no tiene ninguna importancia. Ni siquiera buscaré qué puede significar. Lo principal es que *austral* indica *Australia*, y había que estar ciegamente metido en una vía falsa para no haber descubierto desde el principio una explicación tan evidente. ¡Si yo hubiera encontrado el documento, si mi juicio no hubiera sido pervertido por la interpretación de ustedes, jamás lo habría comprendido de otra manera!

Esta vez, los hurras, las felicitaciones, los elogios acogieron esas palabras de Paganel.

Austin, los marineros, el mayor, Robert sobre todo, tan feliz de renacer a la esperanza, aplaudieron al digno sabio. Glenarvan, cuyos ojos se iban abriendo poco a poco, dijo que estaba a punto de rendirse.

—Una última observación, mi querido Paganel, y no me quedará más que inclinarme ante su perspicacia.

—Hable, Glenarvan.

—¿Cómo ensambla usted entre sí esas palabras nuevamente interpretadas, y de qué manera lee el documento?

—Nada más fácil. He aquí el documento —dijo Paganel, presentando el precioso papel que estudiaba tan concienzudamente desde hacía algunos días.

Se hizo un profundo silencio mientras el geógrafo, reuniendo sus ideas, se tomaba su tiempo para responder. Su dedo seguía sobre el documento las líneas interrumpidas, mientras que con voz segura, subrayando ciertas palabras, se expresó en estos términos: «*el 7 de junio de 1862, el tres palos* Britannia *de Glasgow naufragó tras*...» Pongamos, si se quiere, «*dos días, tres días*» o «*una larga agonía*», poco importa, es completamente indiferente, «*en las costas de Australia. Dirigiéndose a tierra, dos marineros y el capitán Grant van a intentar desembarcar*» o «*han desembarcado en el continente, donde estarán*» o «*están prisioneros de crueles indígenas. Han arrojado este documento*», etc., etc. ¿Está claro?

—Está claro —respondió Glenarvan—, si el nombre de «continente» puede aplicarse a Australia, que no es más que una isla.

—Tranquilícese, mi querido Glenarvan; los mejores geógrafos están de acuerdo en llamar a esa isla «el continente australiano».

—Entonces ya no me queda más que decir una cosa, amigos míos —exclamó Glenarvan—. ¡A Australia! ¡Y que el cielo nos asista!

—¡A Australia! —repitieron sus compañeros con voz unánime.

—¿Sabe usted, Paganel —añadió Glenarvan—, que su presencia a bordo del *Duncan* es un hecho providencial?

—Vamos —respondió Paganel—. Digamos que soy un enviado de la providencia, ¡y no hablemos más de ello!

Así terminó esa conversación que, en el futuro, tuvo tan grandes consecuencias. Modificó completamente la situación moral de los viajeros. Acababan de reencontrar el hilo de ese laberinto en el que se creían extraviados para siempre. Una nueva esperanza se alzaba sobre las ruinas de sus proyectos derrumbados. Podían sin temor dejar detrás de ellos ese continente americano, y todos sus pensamientos volaban ya hacia la tierra australiana. Al volver a bordo del *Duncan*, sus pasajeros no traerían a él la desesperación, ¡y lady Helena, Mary Grant, no tendrían que llorar la pérdida irrevocable del capitán Grant! Así pues, olvidaron los peligros de su situación para entregarse a la alegría, y no tuvieron más que un solo pesar, el de no poder partir sin demora.

Eran entonces las cuatro de la tarde. Se resolvió cenar a las seis. Paganel quiso celebrar con un festín espléndido esa dichosa jornada. Ahora bien, el menú era muy restringido; propuso a Robert ir a cazar «al bosque próximo». Robert batió palmas ante esa buena idea. Se tomó la polvorera de Thalcave, se limpiaron los revólveres, se cargaron con perdigón menudo, y se partió.

—No os alejéis —dijo gravemente el mayor a los dos cazadores.

Tras su partida, Glenarvan y Mac Nabbs fueron a consultar las marcas entalladas en el árbol, mientras Wilson y Mulrady volvían a avivar los carbones del brasero.

Glenarvan, bajado a la superficie del inmenso lago, no vio ningún síntoma de descenso. Sin embargo, las aguas parecían haber alcanzado su máxima elevación; pero la violencia con que corrían de sur a norte probaba que el equilibrio no se había establecido aún entre los ríos argentinos. Antes de bajar, era preciso primero que esa masa líquida permaneciera en calma, como el mar en el momento en que la pleamar termina y la bajamar comienza. No podía pues contarse con un descenso de las aguas mientras corrieran hacia el norte con esa torrencial rapidez.

Mientras Glenarvan y el mayor hacían sus observaciones, sonaron disparos en el árbol, acompañados de gritos de alegría casi igual de ruidosos. El soprano de Robert lanzaba finas gorgoritas sobre el bajo de Paganel. Era a cuál sería más niño. La caza se anunciaba bien y hacía presagiar maravillas culinarias.

Cuando el mayor y Glenarvan hubieron vuelto junto al brasero, tuvieron primero que felicitar a Wilson por una excelente idea. Ese buen marinero, con un alfiler y un trozo de hilo, se había entregado a una pesca milagrosa. Varias docenas de pequeños peces, delicados como los eperlanos y llamados «mojarras», aleteaban en un pliegue de su *poncho* y prometían hacer un plato exquisito.

En ese momento, los cazadores bajaron de las cimas del *ombú*. Paganel llevaba con cuidado huevos de golondrina negra, y un rosario de gorriones que más tarde habría de presentar bajo el nombre de alondras. Robert había abatido hábilmente varias parejas de «hilgueros», pequeños pájaros verdes y amarillos, excelentes para comer y muy solicitados en el mercado de Montevideo.

Paganel, que conocía cincuenta y una maneras de preparar los huevos, tuvo que limitarse esta vez a endurecerlos bajo las cenizas calientes.

Sin embargo, la comida fue tan variada como delicada.

La carne seca, los huevos duros, las mojarras a la parrilla, los gorriones y los hilgueros asados compusieron uno de esos festines cuyo recuerdo es imperecedero.

La conversación fue muy animada. Se felicitó ampliamente a Paganel en su doble calidad de cazador y cocinero. El sabio aceptó esas congratulaciones con la modestia que cuadra al verdadero mérito. Luego se entregó a

curiosas consideraciones sobre ese magnífico *ombú* que le cobijaba con su follaje, y cuyas profundidades eran, según él, inmensas.

—Robert y yo —añadió burlonamente—, nos creíamos en pleno bosque durante la caza. Creí un momento que íbamos a perdernos. ¡Ya no podía encontrar mi camino! ¡El sol declinaba en el horizonte! ¡Buscaba en vano la huella de mis pasos! ¡El hambre se hacía sentir cruelmente! ¡Ya los sombríos matorrales retumbaban con el rugido de las fieras... Es decir, no! ¡No hay fieras, y lo lamento!

—¡Cómo! —dijo Glenarvan—. ¿Lamenta usted las fieras?

—¡Sí! ¡Por supuesto!

—Sin embargo, cuando hay todo que temer de su ferocidad...

—La ferocidad no existe... Científicamente hablando —respondió el sabio.

—¡Ah! Ya es demasiado, Paganel —dijo el mayor—. ¡Jamás me hará usted admitir la utilidad de las fieras! ¿Para qué sirven?

—¡Mayor! —exclamó Paganel—, ¡sirven para hacer clasificaciones, órdenes, familias, géneros, subgéneros, especies...!

—¡Bonita ventaja! —dijo Mac Nabbs—. ¡Bien me pasaría sin ellas! Si yo hubiera sido uno de los compañeros de Noé en el momento del diluvio, habría impedido ciertamente a ese imprudente patriarca meter en el arca parejas de leones, tigres, panteras, osos y otros animales tan dañinos como inútiles.

—¿Habría hecho usted eso? —preguntó Paganel.

—Lo habría hecho.

—¡Pues bien! ¡Habría obrado mal desde el punto de vista zoológico!

—No desde el punto de vista humano —respondió el mayor.

—¡Es indignante! —repuso Paganel—, y por mi parte, al contrario, yo habría conservado precisamente los megaterios, los pterodáctilos y todos los seres antediluvianos de los que tan desgraciadamente carecemos...

—Le digo yo que Noé obró mal —replicó el mayor—, ¡y que mereció hasta el fin de los siglos la maldición de los sabios!

Los oyentes de Paganel y del mayor no podían evitar reírse al ver a los dos amigos disputar a expensas del viejo Noé. El mayor, contrariamente a todos sus principios —él, que en su vida había discutido con nadie—, se veía cada día en liza con Paganel. Era de creer que el sabio lo exasperaba de un modo particular. Glenarvan, siguiendo su costumbre, intervino en el debate y dijo:

—Sea o no lamentable, desde el punto de vista científico como desde el punto de vista humano, verse privado de animales feroces, hoy hemos de resignarnos a su ausencia. Paganel no podía esperar encontrarlos en este bosque aéreo.

—¿Por qué no? —respondió el sabio.

—¿Fieras en un árbol? —dijo Tom Austin.

—¡Pues claro que sí! El tigre de América, el jaguar, cuando los cazadores lo acosan demasiado vivamente, se refugia en los árboles. Uno de esos animales, sorprendido por la inundación, habría podido perfectamente buscar asilo entre las ramas del *ombú*.

—En fin, supongo que no encontrasteis ninguno —dijo el mayor.

—No —respondió Paganel—, aunque batimos todo el bosque. Es una lástima, porque habría sido una cacería soberbia. ¡Qué feroz carnívoro es el jaguar! ¡De un solo zarpazo tuerce el cuello a un caballo! Cuando ha probado carne humana, vuelve a ella con sensualidad. Lo que más le gusta es el indio; luego, el negro; después, el mulato; y por último, el blanco.

—¡Encantado de ocupar el cuarto puesto! —respondió Mac Nabbs.

—¡Bueno! Eso prueba sencillamente que usted es soso —replicó Paganel con aire de desdén.

—¡Encantado de ser soso! —respondió el mayor.

—¡Pues es humillante! —replicó el indomable Paganel—. ¡El blanco se proclama el primero de los hombres! Parece que no es ésa la opinión de los señores jaguares.

—Sea como fuere, mi bravo Paganel —dijo Glenarvan—, puesto que no hay entre nosotros ni indios, ni negros, ni mulatos, me alegro de la ausencia de vuestros queridos jaguares. Nuestra situación no es tan agradable...

—¡Cómo! ¿Agradable? —exclamó Paganel, aferrándose a esa palabra que podía dar un nuevo rumbo a la conversación—. ¿Os quejáis de vuestra suerte, Glenarvan?

—Sin duda —respondió Glenarvan—. ¿Acaso estáis a vuestras anchas en estas ramas incómodas y poco mullidas?

—Nunca he estado mejor, ni siquiera en mi gabinete. Llevamos la vida de los pájaros: cantamos, revoloteamos. Empiezo a creer que los hombres están destinados a vivir en los árboles.

—¡Solo les faltan alas! —dijo el mayor.

—¡Algún día se las harán!

—Mientras tanto —respondió Glenarvan—, permitidme, querido amigo, preferir a esta morada aérea la arena de un parque, el entarimado de una casa o la cubierta de un navío.

—Glenarvan —respondió Paganel—, ¡hay que aceptar las cosas como vienen! Si son buenas, mejor. Si son malas, no se hace caso. Veo que añoráis el confort de Malcolm-Castle.

—No, pero...

—Estoy seguro de que Robert es perfectamente feliz —se apresuró a decir Paganel, para asegurarse al menos un partidario de sus teorías.

—¡Sí, señor Paganel! —exclamó Robert con tono alegre.

—Es propio de su edad —respondió Glenarvan.

—¡Y de la mía! —replicó el sabio—. Cuantas menos comodidades se tienen, menos necesidades se tienen. Y cuantas menos necesidades se tienen, más feliz se es.

—Vamos —dijo el mayor—, aquí va Paganel a lanzarse contra las riquezas y los dorados artesonados.

—No, Mac Nabbs —respondió el sabio—; pero, si os parece bien, os voy a contar, a propósito de esto, una pequeña historia árabe que me viene a la memoria.

—¡Sí, sí, señor Paganel! —dijo Robert.

—¿Y qué demostrará vuestra historia? —preguntó el mayor.

—Lo que demuestran todas las historias, mi bravo compañero.

—No gran cosa, entonces —respondió Mac Nabbs—. En fin, adelante, Scheherezade, y contadnos uno de esos cuentos que tan bien sabéis contar.

—Érase una vez —dijo Paganel— un hijo del gran Harún al-Rashid que no era feliz. Fue a consultar a un viejo derviche. El sabio anciano le respondió que la felicidad era algo difícil de encontrar en este mundo. «Sin embargo —añadió—, conozco un medio infalible de procuraros la felicidad. —¿Cuál es? —preguntó el joven príncipe. —Es —respondió el derviche— poneros sobre los hombros la camisa de un hombre feliz.» —Con esto, el príncipe abrazó al anciano y se fue en busca de su talismán. Y allí va. Visita todas las capitales de la tierra. Prueba camisas de reyes, camisas de emperadores, camisas de príncipes, camisas de señores. Inútil esfuerzo. ¡No es más feliz por ello! Se pone entonces camisas de artistas, camisas de guerreros, camisas de mercaderes. Tampoco. Recorrió así mucho camino sin encontrar la felicidad. Por fin, desesperado de haber probado tantas camisas, volvía muy triste, un buen día, al palacio de su padre, cuando divisó en el campo a un honrado labrador, todo alegre y cantarín, que empujaba su arado. «He aquí, sin embargo, un hombre que posee la felicidad —se dijo—, o la felicidad no existe sobre la tierra.» Se acerca a él. «Buen hombre —le dice—, ¿eres feliz? —Sí —responde el otro. —¿No deseas nada? —Nada. —¿No cambiarías tu suerte por la de un rey? —¡Jamás! —Pues bien, véndeme tu camisa. —¡Mi camisa! ¡No tengo ninguna!»

Capítulo XXV. Entre el fuego y el agua

La historia de Jacques Paganel tuvo un gran éxito. Se la aplaudió mucho, pero cada cual guardó su opinión, y el sabio obtuvo el resultado ordinario de toda discusión: no convencer a nadie.

Sin embargo, todos estuvieron de acuerdo en que hay que hacer de tripas corazón y contentarse con un árbol cuando no se tiene ni palacio ni cabaña.

Durante aquellas y otras conversaciones, había llegado la noche.

Solo un buen sueño podía dar digno remate a aquella jornada tan llena de emociones. Los huéspedes del *ombú* se sentían no solo fatigados por los avatares de la inundación, sino sobre todo agobiados por el calor del día, que había sido excesivo. Sus compañeros alados daban ya el ejemplo del reposo; los *hilgueros*, esos ruiseñores de la pampa, cesaban sus melodiosos trinos, y todos los pájaros del árbol habían desaparecido en el espesor del oscurecido follaje. Lo mejor era imitarlos.

Sin embargo, antes de «meterse en el nido», como decía Paganel, Glenarvan, Robert y él treparon al observatorio para examinar por última vez la llanura líquida. Eran cerca de las nueve. El sol acababa de ponerse en las centelleantes brumas del horizonte occidental. Toda aquella mitad de la esfera celeste hasta el cénit se ahogaba en un vapor cálido. Las constelaciones, tan brillantes en el hemisferio austral, parecían veladas por una gasa ligera y aparecían confusamente. No obstante, se distinguían suficientemente para reconocerlas, y Paganel señaló a su amigo Robert, en provecho de su amigo Glenarvan, aquella zona circumpolar donde las estrellas son espléndidas. Entre otras, le mostró la Cruz del Sur, grupo de cuatro estrellas de primera y segunda magnitud, dispuestas en rombo, aproximadamente a la altura del polo; el Centauro, donde brilla la estrella más próxima a la tier-

ra, a solo ocho mil billones de leguas; las nubes de Magallanes, dos vastas nebulosas, la más extensa de las cuales cubre un espacio doscientas veces mayor que la superficie aparente de la luna; y, por último, aquel «agujero negro» donde parece faltar en absoluto la materia estelar.

Para su gran pesar, Orión, que se deja ver desde ambos hemisferios, no aparecía aún; pero Paganel enseñó a sus dos discípulos una curiosa particularidad de la cosmografía patagónica. A los ojos de aquellos poéticos indios, Orión representa un inmenso *lazo* y tres bolas lanzadas por la mano del cazador que recorre las praderas celestiales. Todas aquellas constelaciones, reflejadas en el espejo de las aguas, suscitaban la admiración de la mirada creando a su alrededor como un doble cielo.

Mientras el sabio Paganel discurría de este modo, todo el horizonte del este adquiría un aspecto tormentoso.

Una barra espesa y oscura, netamente recortada, iba subiendo poco a poco apagando las estrellas. Aquella nube, de aspecto siniestro, invadió pronto la mitad de la bóveda, que parecía colmar. Su fuerza motriz debía de residir en ella misma, pues no había ni un soplo de viento. Las capas atmosféricas conservaban una calma absoluta. Ni una hoja se movía en el árbol, ni una arruga fruncía la superficie de las aguas. Hasta el aire parecía faltar, como si alguna vasta máquina neumática lo hubiera enrarecido. Una electricidad de alta tensión saturaba la atmósfera, y todo ser viviente la sentía correr a lo largo de sus nervios.

Glenarvan, Paganel y Robert se sintieron sensiblemente impresionados por aquellas ondas eléctricas.

—Vamos a tener tormenta —dijo Paganel.

—¿No tienes miedo del trueno? —preguntó Glenarvan al muchacho.

—¡Oh, *milord*! —respondió Robert.

—Bien, tanto mejor, porque la tormenta no está lejos.

—Y será fuerte —añadió Paganel—, a juzgar por el estado del cielo.

—No es la tormenta lo que me inquieta —prosiguió Glenarvan—, sino los torrentes de lluvia que la acompañarán. Quedaremos empapados hasta los tuétanos. Diga lo que diga, Paganel, un nido no puede bastarle a un hombre, y pronto lo aprenderéis a vuestras expensas.

—¡Oh, con filosofía! —respondió el sabio.

—¡La filosofía no impide mojarse!

—No, pero calienta.

—En fin —dijo Glenarvan—, reunámonos con nuestros amigos e instémosles a envolverse en su filosofía y en sus *ponchos* lo más estrechamente posible, y sobre todo a hacer acopio de paciencia, ¡pues buena falta nos va a hacer!

Glenarvan lanzó una última mirada al cielo amenazante. La masa de nubes lo cubría entonces por entero. Apenas una franja indecisa hacia el poniente se iluminaba con tenues resplandores crepusculares.

El agua revestía un tinte sombrío y se asemejaba a una gran nube inferior a punto de confundirse con los pesados vapores. Ni siquiera la sombra era visible. Las sensaciones de luz o de ruido no llegaban ni a los ojos ni a los oídos. El silencio se volvía tan profundo como la oscuridad.

—Bajemos —dijo Glenarvan—. ¡El rayo no tardará en estallar!

Sus dos amigos y él se dejaron deslizar por las lisas ramas y quedaron bastante sorprendidos al entrar en una especie de media claridad muy singular; la producía una miríada de puntos luminosos que se cruzaban zumbando sobre la superficie de las aguas.

—¿Fosforescencias? —dijo Glenarvan.

—No —respondió Paganel—, sino insectos fosforescentes, auténticas luciérnagas, diamantes vivos y baratos con los que las damas de Buenos Aires se hacen magníficos adornos.

—¡Cómo! —exclamó Robert—. ¿Son insectos los que vuelan así como chispas?

—Sí, muchacho.

Robert se apoderó de uno de aquellos brillantes insectos.

Paganel no se había equivocado. Era una especie de abejorro gordo, de una pulgada de largo, al que los indios han dado el nombre de «tuco-tuco». Aquel curioso coleóptero despedía destellos por dos manchas situadas en la parte delantera de su corselete, y su luz, bastante viva, habría permitido leer

en la oscuridad. Paganel, acercando el insecto a su reloj, pudo ver que marcaba las diez de la noche.

Glenarvan, habiéndose reunido con el mayor y los tres marineros, les dio sus recomendaciones para la noche.

Había que esperar una violenta tormenta. Tras los primeros truenos, el viento se desencadenaría sin duda, y el *ombú* sería sacudido con fuerza. Cada uno fue invitado, pues, a atarse bien en el lecho de ramas que le había sido asignado. Si no era posible evitar las aguas del cielo, al menos había que ponerse a salvo de las de la tierra, y no caer en aquella rápida corriente que se quebraba al pie del árbol.

Se desearon las buenas noches sin esperarlas demasiado.

Luego, deslizándose cada cual en su lecho aéreo, se envolvió en su *poncho* y esperó el sueño.

Pero la proximidad de los grandes fenómenos de la naturaleza arroja en el corazón de todo ser sensible una vaga inquietud de la que los más fuertes no saben defenderse. Los huéspedes del *ombú*, agitados y oprimidos, no pudieron cerrar los ojos, y el primer trueno los encontró completamente despiertos. Se produjo algo antes de las once en forma de un lejano retumbar. Glenarvan fue hasta el extremo de la rama horizontal y asomó la cabeza fuera del follaje.

El negro fondo de la noche estaba ya surcado de vivas y brillantes incisiones que las aguas del lago reverberaban con nitidez. La nube se desgarraba en múltiples lugares, pero como un tejido blando y algodonoso, sin estridente ruido.

Glenarvan, tras observar el cénit y el horizonte que se confundían en una igual oscuridad, regresó a la cima del tronco.

—¿Qué decís, Glenarvan? —preguntó Paganel.

—Digo que esto empieza bien, amigos míos, y si continúa así, la tormenta será terrible.

—Tanto mejor —respondió el entusiasta Paganel—; prefiero un bello espectáculo, ya que no puedo huir de él.

—Ahí tenéis una de vuestras teorías que va a estallar —dijo el mayor.

—¡Y una de las mejores, Mac Nabbs! Estoy de acuerdo con Glenarvan: la tormenta será soberbia. Hace un rato, mientras intentaba dormir, me vinieron a la memoria varios hechos que me lo hacen esperar, pues nos encontramos en la región de las grandes tempestades eléctricas. He leído en algún sitio, en efecto, que en 1793, precisamente en la provincia de Buenos Aires, el trueno cayó treinta y siete veces durante una sola tormenta. Mi colega, el señor Martin de Moussy, contó hasta cincuenta y cinco minutos de retumbar ininterrumpido.

—¿Con reloj en mano? —dijo el mayor.

—Con reloj en mano. Una sola cosa me inquietaría —añadió Paganel—, si la inquietud sirviera para evitar el peligro: y es que el único punto culminante de esta llanura es precisamente el *ombú* donde estamos. Un pararrayos sería aquí muy útil, pues este árbol es, entre todos los de la pampa, el que más predilección tiene el rayo. Y además, no lo ignoráis, amigos míos, los sabios recomiendan no buscar refugio bajo los árboles durante la tormenta.

—¡Bien! —dijo el mayor—. ¡Esa recomendación llega a tiempo!

—Hay que reconocer, Paganel —respondió Glenarvan—, que elegís bien el momento para contarnos estas cosas tan tranquilizadoras.

—¡Bah! —replicó Paganel—. Todos los momentos son buenos para instruirse. ¡Ah, ya empieza!

Estallidos de trueno más violentos interrumpieron aquella inoportuna conversación; su intensidad crecía ganando tonos más elevados; se acercaban y pasaban del grave al medio, para tomar prestada de la música una comparación muy acertada.

Pronto se volvieron estridentes e hicieron vibrar con rápidas oscilaciones las cuerdas atmosféricas. El espacio estaba en llamas, y en aquel incendio no podía reconocerse a qué chispa eléctrica pertenecían aquellos retumbos indefinidamente prolongados, que se repercutían de eco en eco hasta las profundidades del cielo.

Los relámpagos incesantes adoptaban formas variadas. Algunos, lanzados perpendicularmente al suelo, se repetían cinco o seis veces en el mismo lugar. Otros habrían excitado en el más alto grado la curiosidad de un sabio, pues si Arago, en sus curiosas estadísticas, no registró más que dos ejemp-

los de rayos bifurcados, aquí se reproducían por centenares. Algunos, divididos en mil ramas diversas, se desplegaban bajo el aspecto de zigzags coraliformes y producían sobre la oscura bóveda juegos asombrosos de luz arborescente.

Pronto todo el cielo, del este al norte, quedó tendido bajo una banda fosfórica de intenso brillo. Aquel incendio fue ganando poco a poco el horizonte entero, inflamando las nubes como un cúmulo de materias combustibles, y, pronto reflejado por las aguas espejadas, formó una inmensa esfera de fuego cuyo punto central ocupaba el *ombú*.

Glenarvan y sus compañeros contemplaban en silencio aquel terrorífico espectáculo. No habrían podido hacerse oír. Sábanas de luz blanca se deslizaban hasta ellos, y en aquellos rápidos destellos aparecían y desaparecían vivamente, ya el semblante tranquilo del mayor, ya la cara curiosa de Paganel o los rasgos enérgicos de Glenarvan, ya la cabeza aterrada de Robert o la fisonomía despreocupada de los marineros, animados súbitamente de una vida espectral.

Sin embargo, la lluvia no caía aún, y el viento seguía en silencio. Pero pronto las cataratas del cielo se entreabrieron, y rayas verticales se tendieron como los hilos de un tejedor sobre el negro fondo del cielo. Aquellas anchas gotas de agua, al golpear la superficie del lago, saltaban en miles de chispas iluminadas por el fuego de los relámpagos.

¿Anunciaba aquella lluvia el fin de la tormenta?

¿Iban a librarse Glenarvan y sus compañeros con unas cuantas duchas vigorosamente administradas? No. En el punto álgido de aquella lucha de fuegos aéreos, en el extremo de aquella rama madre que se extendía horizontalmente, apareció de pronto un globo encendido del tamaño de un puño, rodeado de un humo negro. Aquella bola, tras dar vueltas sobre sí misma durante algunos segundos, estalló como una bomba, con tal estrépito que fue perceptible en medio del fragor general. Un vapor sulfuroso llenó la atmósfera.

Se hizo un instante de silencio, y pudo oírse la voz de Tom Austin, que gritaba:

—¡El árbol está ardiendo!

Tom Austin no se equivocaba. En un momento, la llama, como si hubiera prendido en una inmensa pieza de artificio, se propagó por el lado oeste del *ombú*; la madera muerta, los nidos de hierba reseca y, por último, toda la albura, de naturaleza esponjosa, proporcionaron un alimento favorable a su devoradora actividad.

El viento se levantó entonces y sopló sobre aquel incendio. Era preciso huir. Glenarvan y los suyos se refugiaron a toda prisa en la parte oriental del *ombú*, respetada por las llamas, mudos, turbados, aterrados, izándose, deslizándose, aventurándose sobre ramas que cedían bajo su peso. Entretanto, los ramajes crepitaban, crujían y se retorcían en el fuego como serpientes quemadas vivas; sus detritos incandescentes caían en las aguas desbordadas y se los llevaba la corriente lanzando fulgores leonados. Las llamas, ya se elevaban a una prodigiosa altura y se perdían en el incendio de la atmósfera; ya, abatidas por el huracán desencadenado, envolvían el *ombú* como una túnica de Neso. Glenarvan, Robert, el mayor, Paganel, los marineros estaban aterrorizados; un espeso humo los sofocaba; un calor intolerable los abrasaba; el incendio ganaba por su lado la armazón inferior del árbol; ¡nada podía detenerlo ni apagarlo! Por fin, la situación se hizo insostenible, y de dos muertes fue preciso elegir la menos cruel.

—¡Al agua! —gritó Glenarvan.

Wilson, a quien las llamas alcanzaban, acababa de precipitarse en el lago cuando se le oyó exclamar con el acento del más violento terror:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Austin se lanzó hacia él y le ayudó a ganar de nuevo la cima del tronco.

—¿Qué ocurre?

—¡Los caimanes! ¡Los caimanes! —respondió Wilson.

Y el pie del árbol apareció rodeado de los más temibles animales del orden de los saurios. Sus escamas brillaban en las anchas placas de luz trazadas por el incendio; su cola aplanada en sentido vertical, su cabeza semejante a una punta de lanza, sus ojos saltones, sus mandíbulas hendidas hasta detrás de la oreja: todos estos rasgos característicos no pudieron engañar a Paganel. Reconoció aquellos feroces aligátores propios de América, llamados caimanes en los países hispánicos. Eran unos diez los que batían

el agua con su formidable cola y atacaban el *ombú* con los largos dientes de su mandíbula inferior.

Ante aquella visión, los desdichados se sintieron perdidos. Una muerte espantosa les estaba reservada, tanto si perecían devorados por las llamas como por los dientes de los caimanes. Y se oyó al propio mayor decir, con voz tranquila:

—Bien podría ser que éste fuera el fin del fin.

La tormenta se hallaba entonces en su período decreciente, pero había desarrollado en la atmósfera una considerable cantidad de vapores a los que los fenómenos eléctricos iban a comunicar una violencia extrema. En el sur se formaba poco a poco una enorme tromba, un cono de nieblas con la punta hacia abajo y la base hacia arriba, que unía las aguas hirvientes con las nubes tormentosas. Aquel meteoro avanzó pronto girando sobre sí mismo con vertiginosa rapidez; comprimía hacia su centro una columna líquida arrancada al lago, y una enérgica aspiración producida por su movimiento giratorio precipitaba hacia él todas las corrientes de aire circundantes.

En pocos instantes, la gigantesca tromba se abatió sobre el *ombú* y lo enlazó en sus espiras. El árbol fue sacudido hasta las raíces. Glenarvan pudo creer que los caimanes lo atacaban con sus poderosas mandíbulas y lo arrancaban del suelo. Sus compañeros y él, agarrándose unos a otros, sintieron que el robusto árbol cedía y se volcaba; sus ramas en llamas se hundieron en las tumultuosas aguas con un silbido terrible. Fue la obra de un segundo. La tromba, ya de paso, llevaba a otra parte su desastrosa violencia y, bombeando las aguas del lago, parecía vaciarlo a su paso.

Entonces el *ombú*, tendido sobre las aguas, fue a la deriva impulsado por los esfuerzos combinados del viento y la corriente. Los caimanes habían huido, salvo uno que reptaba sobre las raíces vueltas del revés y avanzaba con las mandíbulas abiertas; pero Mulrady, asiendo una rama a medio consumir por el fuego, aturdió al animal de un golpe tan rudo que le partió el espinazo. El caimán, derribado, se hundió en los remolinos del torrente. Glenarvan y sus compañeros, libres de aquellos voraces saurios, ganaron las ramas situadas a barlovento del incendio, mientras el *ombú*, cuyas llamas, al soplo del huracán, se redondeaban en velas incandescentes, derivaba como un brulote encendido entre las sombras de la noche.

Capítulo XXVI. El Atlántico

Durante dos horas, el *ombú* navegó sobre el inmenso lago sin alcanzar tierra firme. Las llamas que lo roían se habían apagado poco a poco.

El principal peligro de aquella espantosa travesía había desaparecido. El mayor se limitó a decir que no habría por qué asombrarse si lograban salvarse.

La corriente, conservando su primera dirección, iba siempre del suroeste al nordeste.

La oscuridad, apenas iluminada aquí y allá por algún tardío relámpago, había vuelto a ser profunda, y Paganel buscaba en vano puntos de referencia en el horizonte.

La tormenta tocaba a su fin. Las anchas gotas de lluvia dejaban paso a una ligera llovizna que se esparcía al soplo del viento, y los gruesos nubarrones desinflados se recortaban en bandas en las alturas del cielo.

La marcha del *ombú* era rápida sobre el impetuoso torrente; deslizaba con sorprendente velocidad, como si algún poderoso ingenio de locomoción estuviese encerrado bajo su corteza. Nada hacía prever que no fuera a derivar así durante días enteros. Hacia las tres de la madrugada, sin embargo, el mayor hizo observar que sus raíces rozaban el suelo.

Tom Austin, con una larga rama desprendida, sondeó cuidadosamente y comprobó que el terreno iba en pendiente ascendente. En efecto, veinte minutos más tarde, se produjo un choque y el *ombú* se detuvo en seco.

—¡Tierra! ¡Tierra! —gritó Paganel con voz retumbante.

El extremo de las ramas calcinadas había topado con un promontorio del suelo. Jamás navegantes estuvieron más satisfechos de tocar tierra. El escollo era aquí el puerto. Ya Robert y Wilson, lanzados sobre una meseta sólida, lanzaban un hurra de alegría, cuando un silbido bien conocido se hizo oír. Un galope de caballo retumbó sobre la llanura, y la elevada figura del indio se recortó en la sombra.

—¡Thalcave! —exclamó Robert.

—¡Thalcave! —respondieron sus compañeros.

—*¡Amigos!* —dijo el patagón, que había esperado a los viajeros en el lugar al que la corriente debía llevarlos, puesto que él mismo la había seguido hasta allí.

En ese momento, tomó a Robert Grant en sus brazos sin darse cuenta de que Paganel colgaba de él, y lo estrechó contra su pecho. Pronto, Glenarvan, el mayor y los marineros, felices de reencontrar a su fiel guía, le estrechaban las manos con vigorosa cordialidad. Luego, el patagón los condujo al cobertizo de una estancia abandonada.

Allí crepitaba un buen fuego que los calentó; allí se asaban suculentos filetes de venado de los que no dejaron migaja. Y cuando su espíritu descansado se puso a reflexionar, ninguno pudo creer que hubiera escapado de aquella aventura hecha de tan variados peligros: el agua, el fuego y los temibles caimanes de los ríos argentinos.

Thalcave, en pocas palabras, refirió su historia a Paganel, y atribuyó a su intrépido caballo todo el honor de haberlo salvado. Paganel intentó entonces explicarle la nueva interpretación del documento y qué esperanzas permitía concebir. ¿Comprendió bien el indio las ingeniosas hipótesis del sabio? Cabe dudarlo, pero vio a sus amigos felices y confiados, y no necesitaba más.

Se creerá sin dificultad que aquellos intrépidos viajeros, tras la jornada de descanso pasada en el *ombú*, no se hicieron rogar para ponerse de nuevo en camino.

A las ocho de la mañana estaban listos para partir.

Se encontraban demasiado al sur de las estancias y los saladeros para procurarse medios de transporte.

Era, pues, necesidad absoluta ir a pie. Solo se trataba, en suma, de unas cuarenta millas, y Thauka no se negaría a llevar de vez en cuando a un peatón fatigado, y hasta a dos en caso de necesidad.

En treinta y seis horas podían alcanzar las riberas del Atlántico.

Llegado el momento, el guía y sus compañeros dejaron atrás la inmensa hondonada todavía anegada por las aguas y se dirigieron a través de llanuras más elevadas. El territorio argentino recobraba su monótona fisonomía; algunos grupos de árboles, plantados por manos europeas, se aventuraban aquí y allá por encima de los pastizales, tan escasos, por lo demás, como en los alrededores de las sierras Tandil y Tapalquem; los árboles indígenas solo se permiten crecer en el borde de aquellas largas praderas y en las proximidades del cabo Corrientes.

Así transcurrió aquella jornada. Al día siguiente, cuando faltaban quince millas por recorrer, se hizo sentir la vecindad del océano. La *virazón*, un viento singular que sopla regularmente durante la segunda mitad del día y de la noche, doblaba las hierbas altas. Del suelo adelgazado se elevaban bosques ralos, pequeñas mimosas arbóreas, matorrales de acacias y grupos de *curra-mabol*.

Algunas lagunas salinas brillaban como pedazos de vidrio roto y tornaron penosa la marcha, pues hubo que rodearlas. Se apresuraba el paso a fin de llegar ese mismo día al lago Salado, en las riberas del océano, y, dicho sea todo, los viajeros estaban bastante fatigados cuando, a las ocho de la tarde, divisaron las dunas de arena, de veinte toesas de altura, que delimitan su espumosa orilla. Pronto el largo murmullo del mar creciente llegó a sus oídos.

—¡El océano! —exclamó Paganel.

—¡Sí, el océano! —respondió Thalcave.

Y aquellos caminantes, a quienes parecía faltarles ya las fuerzas, escalaron pronto las dunas con notable agilidad.

Pero la oscuridad era ya grande. Las miradas se pasearon en vano por la inmensidad sombría. Buscaron el *Duncan*, sin divisarlo.

—Sin embargo, está ahí —exclamó Glenarvan—, esperándonos y bordeando de un bordo a otro.

—Lo veremos mañana —respondió Mac Nabbs.

Tom Austin llamó a voces al yate invisible orientándose al azar, pero sin obtener respuesta. El viento era, por lo demás, muy fuerte, y el mar bastante revuelto. Las nubes venían del oeste, y la cresta espumante de las olas volaba en fina polvareda por encima de las dunas. Si, pues, el *Duncan* estaba en el punto de encuentro señalado, el hombre del serviola no podía ni ser oído ni oír. La costa no ofrecía ningún abrigo. Ni bahía, ni ensenada, ni puerto. Ni siquiera una cala. La componían largos bancos de arena que se perdían en el mar, y cuya aproximación es más peligrosa que la de las rocas a flor de agua. Los bancos, en efecto, irritan la marejada; el mar es allí especialmente malo, y los navíos que en tiempo de galerna vienen a encallar en aquellas alfombras de arena quedan sin remedio perdidos.

Era, pues, muy natural que el *Duncan*, juzgando aquella costa detestable y sin puerto de refugio, se mantuviera alejado. John Mangles, con su prudencia habitual, debía de alejarse lo más posible. Tal fue la opinión de Tom Austin, quien afirmó que el *Duncan* no podía tenerse a menos de cinco buenas millas.

El mayor invitó, pues, a su impaciente amigo a resignarse. No existía ningún medio de disipar aquellas espesas tinieblas. ¿Para qué, entonces, fatigar la vista paseándola por el sombrío horizonte?

Dicho esto, organizó una especie de campamento al abrigo de las dunas; las últimas provisiones sirvieron para la última comida del viaje; luego cada cual, siguiendo el ejemplo del mayor, se excavó un lecho improvisado en un hoyo bastante cómodo y, arropándose hasta la barbilla con la inmensa manta de arena, se durmió con un pesado sueño. Solo Glenarvan veló. El viento se mantenía en una gran brisa, y el océano resentía aún el efecto de la tormenta pasada. Sus olas, siempre tumultuosas, se rompían al pie de los bancos con un estrépito de trueno. Glenarvan no podía hacerse a la idea de saber el *Duncan* tan cerca de él. En cuanto a suponer que no hubiera llegado al punto de encuentro convenido, era inadmisible. Glenarvan había salido de la bahía de Talcahuano el 14 de octubre, y llegaba el 12 de noviembre a las riberas del Atlántico. Pues bien, durante aquel espacio de treinta días empleados en atravesar Chile, la cordillera, las pampas y la llanura argentina, el *Duncan* había tenido tiempo de doblar el cabo de Hornos y llegar a la costa opuesta.

Para tan buen andarín, los retrasos no existían; la tempestad había sido ciertamente violenta y sus furores terribles en el vasto campo del Atlántico, pero el yate era un buen navío y su capitán un buen marino. Luego, puesto que debía estar allí, allí estaba.

Estas reflexiones, con todo, no lograban calmar a Glenarvan. Cuando el corazón y la razón se debaten, ésta no es la más fuerte. El *laird* de Malcolm-Castle sentía en aquella oscuridad a todos los que amaba: su querida Helena, Mary Grant, la tripulación de su *Duncan*. Vagaba por la orilla desierta que las olas cubrían de sus lentejuelas fosforescentes. Miraba, escuchaba. Creyó incluso, en ciertos momentos, sorprender en el mar una claridad indecisa.

—No me equivoco —se dijo—; he visto una luz de navío, la luz del *Duncan*. ¡Ah, si mis ojos pudieran penetrar estas tinieblas!

Se le ocurrió entonces una idea. Paganel se decía nictálope; Paganel veía de noche. Fue a despertarlo. El sabio dormía en su hoyo el sueño de los topos cuando un vigoroso brazo lo arrancó de su lecho de arena.

—¿Quién va? —exclamó.

—Soy yo, Paganel.

—¿Quién, vos?

—Glenarvan. Venid; necesito vuestros ojos.

—¿Mis ojos? —respondió Paganel, frotándoselos vigorosamente.

—Sí, vuestros ojos, para distinguir nuestro *Duncan* en esta oscuridad. Vamos, venid.

—¡Al diablo la nictalopía! —se dijo Paganel, encantado, por lo demás, de ser útil a Glenarvan.

Y levantándose, sacudiendo sus miembros entumecidos, rezongando como la gente que despierta, siguió a su amigo hasta la orilla.

Glenarvan le pidió que examinara el sombrío horizonte del mar. Durante algunos minutos, Paganel se entregó concienzudamente a aquella contemplación.

—¡Vamos! ¿No veis nada? —preguntó Glenarvan.

—¡Nada! Ni un gato vería a dos pasos de distancia.

—Buscad una luz roja o una luz verde, es decir, una luz de babor o de estribor.

—¡No veo ni luz verde ni luz roja! ¡Todo está negro! —respondió Paganel, cuyos ojos se cerraban involuntariamente.

Durante media hora, siguió a su impaciente amigo de modo maquinal, dejando caer la cabeza sobre el pecho y levantándola luego bruscamente. No respondía, no hablaba ya. Sus pasos inseguros lo hacían bambolear como a un hombre ebrio.

Glenarvan miró a Paganel. Paganel dormía andando.

Glenarvan lo tomó entonces del brazo y, sin despertarlo, lo acompañó hasta su hoyo, donde lo enterró confortablemente. Al despuntar el alba, todo el mundo fue puesto en pie al grito de:

—¡El *Duncan*! ¡El *Duncan*!

—¡Hurra! ¡Hurra! —respondieron a Glenarvan sus compañeros, precipitándose hacia la orilla.

En efecto, a cinco millas mar adentro, el yate, con sus velas bajas cuidadosamente aferradas, se mantenía con poca máquina. Su humo se perdía confusamente en las brumas de la mañana. El mar estaba grueso, y un navío de ese tonelaje no podía acercarse sin peligro al pie de los bancos.

Glenarvan, armado del catalejo de Paganel, observaba los movimientos del *Duncan*. John Mangles no debía de haber avistado aún a sus pasajeros, pues no evolucionaba y seguía corriendo, a babor amuras, bajo su gavía con rizo corto.

Pero en ese momento, Thalcave, tras cargar bien su carabina, la disparó en dirección al yate.

Se escuchó. Se miró sobre todo. Tres veces resonó la carabina del indio, despertando los ecos de las dunas.

Por fin, una nube blanca apareció en el costado del yate.

—¡Nos han visto! —exclamó Glenarvan—. ¡Es el cañón del *Duncan*!

Y, algunos segundos después, una sorda detonación venía a morir en el límite de la orilla. Al instante, el *Duncan*, cambiando su gavía y forzando el fuego de sus hornos, evolucionó de manera a ceñir más la costa.

Pronto, con la ayuda del anteojo, se vio desprenderse una embarcación del costado.

—Lady Helena no podrá venir —dijo Tom Austin—; ¡el mar está demasiado revuelto!

—John Mangles tampoco —respondió Mac Nabbs—; no puede abandonar su navío.

—¡Mi hermana! ¡Mi hermana! —decía Robert, tendiendo los brazos hacia el yate que cabeceaba violentamente.

—¡Ah, cuánto tardo en estar a bordo! —exclamó Glenarvan.

—Paciencia, Edward. Estaréis allí en dos horas —respondió el mayor.

¡Dos horas! En efecto, la embarcación, equipada con seis remos, no podía en menos tiempo completar su trayecto de ida y vuelta.

Entonces Glenarvan fue a reunirse con Thalcave, que, con los brazos cruzados y Thauka junto a él, miraba tranquilamente la ondulante superficie de las aguas.

Glenarvan le tomó la mano, y señalándole el yate:

—Ven —le dijo.

El indio sacudió suavemente la cabeza.

—Ven, amigo —repitió Glenarvan.

—No —respondió Thalcave con dulzura—. Aquí está Thauka, y allá las pampas —añadió, abarcando con un gesto apasionado la inmensa extensión de las llanuras.

Glenarvan comprendió perfectamente que el indio no querría nunca abandonar la pradera donde blanqueaban los huesos de sus padres. Conocía el religioso apego de aquellos hijos del desierto por la tierra natal. Estrechó, pues, la mano de Thalcave, y no insistió. Tampoco insistió cuando el indio, sonriendo a su manera, rehusó el pago de sus servicios diciendo:

—Por amistad.

Glenarvan no supo qué responderle. Hubiera querido dejar al menos un recuerdo al bravo indio que le hiciera pensar en sus amigos de Europa. Pero ¿qué le quedaba? Sus armas, sus caballos: todo lo había perdido en los desastres de la inundación. Sus amigos no eran más ricos que él.

No sabía, pues, cómo corresponder al desinterés del bravo guía cuando se le ocurrió una idea. Sacó de su cartera un precioso medallón que enmarcaba un admirable retrato, una obra maestra de Lawrence, y se lo ofreció al indio.

—Mi esposa —le dijo.

Thalcave contempló el retrato con ojos enternecidos, y pronunció estas sencillas palabras:

—¡Buena y hermosa!

Luego Robert, Paganel, el mayor, Tom Austin y los dos marineros vinieron con palabras emocionantes a despedirse del patagón. Aquella gente buena estaba sinceramente conmovida de dejar a aquel amigo intrépido y leal. Thalcave los estrechó a todos contra su ancho pecho. Paganel le hizo aceptar un mapa de América Meridional y de los dos océanos que el indio había mirado con frecuencia con interés. Era lo más precioso que el sabio poseía. En cuanto a Robert, no tenía más que sus caricias para ofrecer; las brindó a su salvador, y Thauka no fue olvidado en el reparto.

En ese momento, la embarcación del *Duncan* se acercaba; se deslizó por un estrecho canal excavado entre los bancos y vino pronto a varar en la orilla.

—¿Mi esposa? —preguntó Glenarvan.

—¿Mi hermana? —exclamó Robert.

—Lady Helena y la señorita Grant os esperan a bordo —respondió el patrón del bote—. Pero partamos, señoría; no tenemos un minuto que perder, pues el reflujo empieza a dejarse sentir.

Se prodigaron los últimos abrazos al indio. Thalcave acompañó a los amigos hasta la embarcación, que fue puesta a flote. En el momento en que Robert subía a bordo, el indio lo tomó en sus brazos y lo miró con ternura.

—Y ahora ve —le dijo—; ¡eres un hombre!

—¡Adiós, amigo! ¡Adiós! —dijo una vez más Glenarvan.

—¿No volveremos a vernos nunca? —exclamó Paganel.

—*¡Quién sabe!* —respondió Thalcave, alzando el brazo hacia el cielo.

Aquellas fueron las últimas palabras del indio, que se perdieron en el soplo del viento. Se empujó al largo. El bote se alejó, llevado por el mar descendente.

Durante largo rato, la silueta inmóvil de Thalcave apareció a través de la espuma de las olas. Luego su alta estatura fue empequeñeciéndose, y desapareció a los ojos de sus amigos de un día. Una hora después, Robert saltó el primero a bordo del *Duncan* y se echó al cuello de Mary Grant, mientras la tripulación del yate llenaba el aire de sus alegres hurras.

Así se había consumado aquella travesía de América del Sur siguiendo una línea rigurosamente recta. Ni montañas ni ríos desviaron a los viajeros de su imperturbable ruta, y si no tuvieron que combatir la mala voluntad de los hombres, los elementos, frecuentemente desencadenados contra ellos, sometieron a duras pruebas su generosa intrepidez.

PARTE II. AUSTRALIA

Capítulo I. El regreso a bordo

Los primeros momentos se consagraron a la dicha de reencontrarse. Lord Glenarvan no había querido que el fracaso de las búsquedas enfriara la alegría en el corazón de sus amigos. Así pues, sus primeras palabras fueron éstas: «Confianza, amigos míos, confianza. El capitán Grant no viene con nosotros, pero tenemos la certeza de encontrarlo.»

No hacía falta menos que semejante seguridad para devolver la esperanza a las pasajeras del *Duncan*.

En efecto, lady Helena y Mary Grant, mientras la embarcación se reunía con el yate, habían experimentado mil angustias de espera. Desde el alcázar intentaban contar a quienes regresaban a bordo.

Ya la joven se desesperaba; ya, por el contrario, se imaginaba ver a Harry Grant. Su corazón palpitaba; no podía hablar, apenas se sostenía en pie. Lady Helena la rodeaba con sus brazos. John Mangles, en observación junto a ella, callaba; sus ojos de marino, tan habituados a distinguir los objetos lejanos, no veían al capitán.

—¡Está ahí! ¡Viene! ¡Padre mío! —murmuraba la joven. Pero, al acercarse poco a poco el bote, la ilusión se hizo imposible. Los viajeros no estaban a cien brazas del costado cuando no solo lady Helena y John Mangles, sino la propia Mary, con los ojos bañados en lágrimas, habían perdido toda esperanza. Era tiempo de que lord Glenarvan llegara e hiciera oír sus palabras tranquilizadoras.

Tras los primeros abrazos, lady Helena, Mary Grant y John Mangles fueron instruidos de los principales incidentes de la expedición, y, ante todo, Glenarvan les dio a conocer aquella nueva interpretación del docu-

mento debida a la sagacidad de Jacques Paganel. Hizo también el elogio de Robert, del que Mary tenía sobrados motivos de estar orgullosa. Su valor, su devoción, los peligros que había corrido, todo fue realzado por Glenarvan hasta el punto de que el muchacho no habría sabido dónde esconderse de no haberle ofrecido los brazos de su hermana un refugio.

—No hay que ruborizarse, Robert —dijo John Mangles—; ¡te has conducido como digno hijo del capitán Grant!

Le tendió los brazos al hermano de Mary y apoyó sus labios en sus mejillas aún húmedas por las lágrimas de la joven.

Solo se menciona aquí de pasada el recibimiento que recibieron el mayor y el geógrafo, y el recuerdo con que fue honrado el generoso Thalcave. Lady Helena lamentó no poder estrechar la mano del bravo indio. Mac Nabbs, tras las primeras efusiones, había ganado su camarote, donde se afeitaba con mano tranquila y segura. En cuanto a Paganel, revoloteaba de uno a otro como una abeja, libando el néctar de los cumplidos y las sonrisas. Quiso abrazar a toda la tripulación del *Duncan* y, sosteniendo que lady Helena formaba parte de ella al igual que Mary Grant, comenzó su distribución por ellas para terminar por el señor Olbinett.

El *stewart* no creyó poder corresponder mejor a tanta cortesía que anunciando el almuerzo.

—¿El almuerzo? —exclamó Paganel.

—Sí, señor Paganel —respondió el señor Olbinett.

—¿Un almuerzo de verdad, en una mesa de verdad, con cubiertos y servilletas?

—Sin duda, señor Paganel.

—¿Y no comeremos ni *charqui*, ni huevos duros, ni filetes de avestruz?

—¡Oh, señor! —respondió el mayordomo, herido en su arte.

—No he querido ofenderos, amigo mío —dijo el sabio con una sonrisa —. Pero desde hace un mes, ese era nuestro rancho habitual, y comíamos no sentados a la mesa, sino tumbados en el suelo, a no ser que estuviéramos a horcajadas sobre los árboles. Este almuerzo que acabáis de anunciar podía, pues, parecerme un sueño, una ficción, una quimera.

—Pues bien, vamos a constatar su realidad, señor Paganel —respondió lady Helena, que no podía contener la risa.

—Aquí tenéis mi brazo —dijo el galante geógrafo.

—¿No tiene vuestra señoría órdenes que darme para el *Duncan*? —preguntó John Mangles.

—Después del almuerzo, querido John —respondió Glenarvan—, discutiremos en familia el programa de nuestra nueva expedición.

Los pasajeros del yate y el joven capitán bajaron a la cámara. Se dio orden al ingeniero de mantener la presión para partir a la primera señal.

El mayor, recién afeitado, y los viajeros, tras un rápido aseo, tomaron asiento en la mesa.

Se hizo honor al almuerzo del señor Olbinett. Fue declarado excelente, e incluso superior a los espléndidos festines de la pampa; Paganel repitió dos veces en cada uno de los platos, «por distracción», dijo.

Aquella palabra inoportuna indujo a lady Glenarvan a preguntar si el amable francés había vuelto a caer alguna vez en su pecado habitual. El mayor y lord Glenarvan se miraron sonriendo. En cuanto a Paganel, estalló en una carcajada franca y se comprometió «por su honor» a no cometer una sola distracción durante todo el viaje; luego narró de modo muy gracioso su contrariedad y sus profundos estudios sobre la obra de Camoens.

—Después de todo —añadió al terminar—, no hay mal que por bien no venga, y no me arrepiento de mi error.

—¿Y por qué, digno amigo? —preguntó el mayor.

—Porque no solo sé español, sino también portugués. ¡Hablo dos lenguas en lugar de una!

—¡A fe mía, yo no había caído en eso! —respondió Mac Nabbs—. ¡Mis plácemes, Paganel, mis sinceros plácemes!

Se aplaudió a Paganel, que no perdía mordisco. Comía y conversaba al mismo tiempo. Pero no reparó en una particularidad que no pudo escapar a Glenarvan: las atenciones de John Mangles para con su vecina Mary Grant. Una ligera señal de lady Helena a su marido le hizo saber que «las cosas

iban así». Glenarvan miró a los dos jóvenes con afectuosa simpatía, e interpeló a John Mangles, pero con motivo bien distinto.

—¿Y vuestro viaje, John? —le preguntó—. ¿Cómo se desarrolló?

—En las mejores condiciones —respondió el capitán—. Solo comunicaré a vuestra señoría que no tomamos de vuelta la ruta del estrecho de Magallanes.

—¡Bien! —exclamó Paganel—. ¡Doblisteis el cabo de Hornos, y yo no estaba allí!

—¡Ahorcaos! —dijo el mayor.

—¡Egoísta! ¡Es para quedarse con mi cuerda por lo que me dais ese consejo! —replicó el geógrafo.

—Vamos, querido Paganel —respondió Glenarvan—, a menos de estar dotado del don de la ubicuidad, no se puede estar en todas partes. Pues bien: como vos corríais la llanura de las pampas, no podíais al mismo tiempo doblar el cabo de Hornos.

—Eso no me impide lamentarlo —replicó el sabio.

Pero no se insistió más, y se le dejó con aquella respuesta. John Mangles tomó entonces la palabra e hizo el relato de su travesía. Prolongando la costa americana, había observado todos los archipiélagos occidentales sin encontrar rastro alguno del *Britannia*. Llegado al cabo Pilares, a la entrada del estrecho, y hallando los vientos en contra, puso proa al sur; el *Duncan* bordeó las islas de la Desolación, remontó hasta el sexagésimo séptimo grado de latitud austral, dobló el cabo de Hornos, ciñó la Tierra del Fuego y, pasando el estrecho de Le Maire, siguió las costas de la Patagonia.

Allí sufrió temporales terribles a la altura del cabo Corrientes, los mismos que asaltaron tan violentamente a los viajeros durante la tormenta. Pero el yate se comportó bien, y desde hacía tres días John Mangles daba bordadas mar adentro cuando las detonaciones de la carabina le señalaron la llegada de los viajeros tan impacientemente esperados. En cuanto a lady Glenarvan y a la señorita Grant, el capitán del *Duncan* sería injusto desconociendo su rara intrepidez. La tempestad no las amedrentó, y si manifestaron algunos temores, fue pensando en sus amigos que vagaban entonces por las llanuras de la república Argentina.

Así terminó el relato de John Mangles; le siguieron las felicitaciones de lord Glenarvan. Luego, éste, dirigiéndose a Mary Grant:

—Querida señorita —le dijo—, veo que el capitán John rinde homenaje a vuestras grandes cualidades, y me alegra pensar que no os desagrada estar a bordo de su navío.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —respondió Mary, mirando a lady Helena, y quizás también al joven capitán.

—¡Oh! Mi hermana os quiere mucho, señor John —exclamó Robert—, ¡y yo también os quiero!

—Y yo te lo devuelvo, querido niño —respondió John Mangles, algo desconcertado por las palabras de Robert, que hicieron aflorar un ligero rubor a la frente de Mary Grant.

Luego, llevando la conversación a un terreno menos ardiente, John Mangles añadió:

—Puesto que he terminado de narrar el viaje del *Duncan*, ¿querrá vuestra señoría darnos algunos detalles sobre su travesía de América y las hazañas de nuestro joven héroe?

Ningún relato podía ser más grato a lady Helena y a la señorita Grant. También lord Glenarvan se apresuró a satisfacer su curiosidad. Repasó, incidente a incidente, todo su viaje de un océano al otro. El paso de la cordillera de los Andes, el terremoto, la desaparición de Robert, el rapto por el cóndor, el disparo de Thalcave, el episodio de los lobos colorados, la abnegación del muchacho, el sargento Manuel, la inundación, el refugio en el *ombú*, el rayo, el incendio, los caimanes, la tromba, la noche a orillas del Atlántico: todos estos detalles, alegres o terribles, vinieron a excitar por turno la alegría y el espanto de sus oyentes.

Más de una circunstancia fue relatada que le valió a Robert las caricias de su hermana y de lady Helena.

Jamás un niño se vio tan bien besado por amigas más entusiastas.

Cuando lord Glenarvan hubo terminado su historia, añadió estas palabras:

—Ahora, amigos míos, pensemos en el presente; lo pasado, pasado está, pero el porvenir es nuestro. Volvamos al capitán Harry Grant.

El almuerzo había concluido; los comensales pasaron al salón particular de lady Glenarvan; tomaron asiento alrededor de una mesa cargada de mapas y planos, y la conversación se entabló de inmediato.

—Mi querida Helena —dijo lord Glenarvan—, al subir a bordo os anuncié que si los náufragos del *Britannia* no volvían con nosotros, teníamos más que nunca la esperanza de encontrarlos. De nuestro paso por América ha resultado esta convicción, diré mejor, esta certeza:

Que la catástrofe no ha tenido lugar ni en las costas del Pacífico ni en las costas del Atlántico. De ahí esta consecuencia natural: que la interpretación extraída del documento era errónea en lo que respecta a la Patagonia.

Por fortuna, nuestro amigo Paganel, iluminado por una inspiración repentina, ha descubierto el error. Ha demostrado que seguíamos un camino equivocado, y ha interpretado el documento de modo que no deja ya ninguna vacilación en nuestro ánimo. Se trata del documento escrito en francés, y rogaré a Paganel que lo explique aquí para que nadie conserve la menor duda al respecto.

El sabio, instado a hablar, se ejecutó de inmediato; disertó sobre las palabras *gonie* e *indi* de la manera más convincente; hizo derivar rigurosamente de la palabra *austral* la palabra Australia; demostró que el capitán Grant, al dejar las costas del Perú para regresar a Europa, pudo, en un navío averiado, ser arrastrado por las corrientes meridionales del Pacífico hasta las riberas australianas; en fin, sus ingeniosas hipótesis, sus más sutiles deducciones, obtuvieron la aprobación completa del propio John Mangles, juez exigente en semejante materia, al que no se dejaba arrastrar por vuelos de la imaginación.

Cuando Paganel hubo concluido su disertación, Glenarvan anunció que el *Duncan* iba a poner rumbo a Australia de inmediato.

Sin embargo, el mayor, antes de que se diera la orden de poner proa al este, pidió hacer una sencilla observación.

—Hablad, Mac Nabbs —respondió Glenarvan.

—Mi propósito —dijo el mayor— no es en modo alguno debilitar los argumentos de mi amigo Paganel, ni menos aún refutarlos; los encuentro serios, sagaces, dignos de toda nuestra atención, y deben con toda razón formar la base de nuestras futuras búsquedas. Pero deseo que sean sometidos a un último examen para que su valor sea incontestable e incontestado.

No se sabía adónde quería ir a parar el prudente Mac Nabbs, y sus oyentes lo escuchaban con cierta ansiedad.

—Continuad, mayor —dijo Paganel—. Estoy dispuesto a responder a todas vuestras preguntas.

—Nada más sencillo —dijo el mayor—. Cuando, hace cinco meses, en el golfo del Clyde, estudiamos los tres documentos, su interpretación nos pareció evidente. Ninguna otra costa que la costa occidental de la Patagonia podía haber sido el escenario del naufragio. No teníamos ni sombra de duda al respecto.

—Reflexión muy justa —respondió Glenarvan.

—Más tarde —prosiguió el mayor—, cuando Paganel, en un momento de providencial distracción, se embarcó en nuestro buque, se le sometieron los documentos y aprobó sin reservas nuestras búsquedas en la costa americana.

—Lo reconozco —respondió el geógrafo.

—Y sin embargo, nos equivocamos —dijo el mayor.

—Nos equivocamos —repitió Paganel—. Pero para equivocarse, Mac Nabbs, no hay más que ser hombre, mientras que es un necio quien persiste en su error.

—Esperad, Paganel —respondió el mayor—; no os exaltéis. No quiero decir que nuestras búsquedas deban prolongarse en América.

—¿Entonces qué pedís? —dijo Glenarvan.

—Una confesión, nada más: la confesión de que Australia parece ser ahora el escenario del naufragio del *Britannia* tan evidentemente como América lo parecía antes.

—Lo reconocemos de buen grado —respondió Paganel.

—Tomo nota de ello —repuso el mayor—, y aprovecho la ocasión para rogaros que vuestra imaginación desconfíe de estas evidencias sucesivas y contradictorias. ¿Quién sabe si, después de Australia, otro país no nos ofrecerá las mismas certezas, y si, hechas en vano esas nuevas búsquedas, no parecerá «evidente» que deben reanudarse en otro lugar?

Glenarvan y Paganel se miraron. Las observaciones del mayor los impresionaban por su justeza.

—Deseo, pues —prosiguió Mac Nabbs—, que se haga una última comprobación antes de poner rumbo a Australia. Aquí están los documentos, aquí hay mapas. Examinemos sucesivamente todos los puntos por los que pasa el paralelo 37, y veamos si algún otro país se presentaría cuya indicación precisa diera el documento.

—Nada más fácil ni más breve —respondió Paganel—, pues, afortunadamente, no abundan las tierras bajo esa latitud.

—Veamos —dijo el mayor, desplegando un planisferio inglés, trazado según la proyección de Mercator, que ofrecía a la vista el conjunto del globo terráqueo.

El mapa fue colocado delante de lady Helena, y cada cual se situó de modo que pudiera seguir la demostración de Paganel.

—Como ya os he hecho saber —dijo el geógrafo—, después de atravesar América del Sur, el grado treinta y siete de latitud encuentra las islas Tristán de Acuña. Pues bien, sostengo que ni una sola de las palabras del documento puede referirse a esas islas.

Examinados escrupulosamente los documentos, hubo que reconocer que Paganel tenía razón.

Tristán de Acuña fue rechazada por unanimidad.

—Continuemos —prosiguió el geógrafo—. Al salir del Atlántico, pasamos a dos grados por debajo del cabo de Buena Esperanza y penetramos en el océano Índico. Solo un grupo de islas se encuentra en nuestra ruta: el grupo de las islas Amsterdam. Sometámoslas al mismo examen que Tristán de Acuña.

Tras una atenta verificación, las islas Amsterdam fueron descartadas a su vez. Ninguna palabra, entera o no, francesa, inglesa o alemana, era aplica-

ble a ese grupo del océano Índico.

—Llegamos ahora a Australia —prosiguió Paganel—; el paralelo 37 toca ese continente en el cabo Bernouilli y sale por la bahía Twofold. Convendrés conmigo, y sin forzar los textos, en que la palabra inglesa *stra* y la palabra francesa *austral* pueden aplicarse a Australia. La cosa es bastante evidente para que no insista.

Todos aprobaron la conclusión de Paganel. Aquel sistema reunía todas las probabilidades a su favor.

—Vayamos más allá —dijo el mayor.

—Vamos —respondió el geógrafo—; el viaje es fácil. Al dejar la bahía Twofold, se cruza el brazo de mar que se extiende al este de Australia y se encuentra Nueva Zelanda. Ante todo, os recordaré que la palabra *contin* del documento francés indica un «continente» de modo irrefutable. El capitán Grant no puede, pues, haber hallado refugio en Nueva Zelanda, que no es más que una isla. Sea como fuere, examinad, comparad, dad la vuelta a las palabras, y ved si, por imposible, podrían convenir a esta nueva tierra.

—En modo alguno —respondió John Mangles, que hizo una minuciosa observación de los documentos y el planisferio.

—No —dijeron los oyentes de Paganel y el propio mayor—; no, no puede tratarse de Nueva Zelanda.

—Ahora bien —prosiguió el geógrafo—, en todo este inmenso espacio que separa esa gran isla de la costa americana, el paralelo 37 no atraviesa más que un islote árido y desierto.

—¿Que se llama?... —preguntó el mayor.

—Ved el mapa. Es María Teresa, nombre del que no encuentro rastro alguno en los tres documentos.

—Ninguno —respondió Glenarvan.

—Os dejo, pues, amigos míos, decidir si todas las probabilidades, por no decir las certezas, no están en favor del continente australiano.

—Evidentemente —respondieron a una los pasajeros y el capitán del *Duncan*.

—John —dijo entonces Glenarvan—, ¿tiene víveres y carbón en cantidad suficiente?

—Sí, señoría; me aprovisioné ampliamente en Talcahuano, y, por lo demás, la ciudad del Cabo nos permitirá renovar muy fácilmente nuestro combustible.

—Bien, entonces, dad el rumbo...

—Una observación más —dijo el mayor, interrumpiendo a su amigo.

—Hablad, Mac Nabbs.

—Cualesquiera que sean las garantías de éxito que nos ofrece Australia, ¿no sería conveniente hacer escala uno o dos días en las islas Tristán de Acuña y Amsterdam? Están situadas en nuestra derrota y no se apartan en modo alguno de nuestra ruta. Sabremos entonces si el *Britannia* no ha dejado rastro de su naufragio en ellas.

—¡El incrédulo mayor! —exclamó Paganel—. ¡Se empeña en ello!

—Me empeño sobre todo en no tener que volver sobre nuestros pasos si Australia, por casualidad, no realiza las esperanzas que hace concebir.

—La precaución me parece buena —respondió Glenarvan.

—Y no seré yo quien os disuada de tomarla —replicó Paganel—. Al contrario.

—Entonces, John —dijo Glenarvan—, haced poner el rumbo hacia Tristán de Acuña.

—Al instante, señoría —respondió el capitán, y subió al puente, mientras Robert y Mary Grant dirigían a lord Glenarvan las más vivas palabras de reconocimiento.

Pronto el *Duncan*, alejándose de la costa americana y corriendo hacia el este, hendía con su rápida proa las aguas del océano Atlántico.

Capítulo II. Tristán de Acuña

Si el yate hubiera seguido la línea del ecuador, los ciento noventa y seis grados que separan Australia de América, o dicho más exactamente, el cabo Bernouilli del cabo Corrientes, habrían valido once mil setecientas sesenta millas geográficas.

Pero en el paralelo 37, esos ciento noventa y seis grados, a causa de la forma del globo, solo representan nueve mil cuatrocientas ochenta millas. De la costa americana a Tristán de Acuña se cuentan dos mil cien millas, distancia que John Mangles esperaba recorrer en diez días si los vientos del este no retrasaban la marcha del yate. Ahora bien, tuvo precisamente motivo para estar satisfecho, pues hacia el atardecer la brisa calmó sensiblemente, luego cambió, y el *Duncan* pudo desplegar en un mar tranquilo todas sus incomparables cualidades.

Los pasajeros habían retomado ese mismo día sus hábitos de a bordo. No parecía que hubieran abandonado el navío durante un mes. Tras las aguas del Pacífico, las del Atlántico se extendían ante sus ojos, y, con algunos matices, todos los mares se parecen. Los elementos, tras haberlos probado tan terriblemente, unían ahora sus esfuerzos para favorecerlos. El océano estaba apacible, el viento soplaba en buena dirección, y todo el velamen, tendido bajo las brisas del oeste, vino en auxilio del infatigable vapor acumulado en la caldera.

Aquella rápida travesía se realizó, pues, sin accidente ni incidente. Se aguardaba con confianza la costa australiana. Las probabilidades se transformaban en certezas. Se hablaba del capitán Grant como si el yate fuera a recogerlo en un puerto determinado.

Su camarote y los camarotes de sus dos compañeros fueron preparados a bordo. Mary Grant se complacía en disponerlo con sus manos, en embellecerlo. Se lo había cedido el señor Olbinett, que compartía en esos momentos el camarote de la señora Olbinett. Aquella cabina confinaba con el famoso número seis, reservado a bordo del *Scotia* por Jacques Paganel.

El sabio geógrafo permanecía en él casi siempre encerrado. Trabajaba de la mañana a la noche en una obra titulada: *Sublimes impresiones de un geógrafo en la Pampasia argentina*. Se le oía ensayar con voz emocionada sus períodos elegantes antes de confiarlos a las blancas páginas de su cuaderno, y más de una vez, infiel a Clío, la musa de la historia, invocó en sus arrebatos a la divina Calíope, que preside las grandes epopeyas.

Paganel, por lo demás, no lo ocultaba. Las castas hijas de Apolo abandonaban gustosas por él las cumbres del Parnaso o del Helicón. Lady Helena le hacía sus sinceros cumplidos por ello.

El mayor lo felicitaba también por aquellas visitas mitológicas.

—Pero sobre todo —añadía—, nada de distracciones, querido Paganel; y si por casualidad os da la fantasía de aprender el australiano, ¡no vayáis a estudiarlo en una gramática china!

Las cosas marchaban, pues, perfectamente a bordo. Lord y lady Glenarvan observaban con interés a John Mangles y a Mary Grant. No hallaban nada que objetar, y, definitivamente, puesto que John no hablaba, era mejor no hacer caso.

—¿Qué pensará el capitán Grant? —dijo un día Glenarvan a lady Helena.

—Pensará que John es digno de Mary, querido Edward, y no se equivocará.

Entre tanto, el yate marchaba rápidamente hacia su destino. Cinco días después de haber perdido de vista el cabo Corrientes, el 16 de noviembre, se dejaron sentir buenas brisas del oeste, las mismas que favorecen mucho a los navíos que doblan la punta africana contra los vientos regulares del sureste. El *Duncan* se cubrió de velas y, bajo su trinquete, su mesana, su gavía, su juanete, sus rastreras, sus escandalosas y velas de estay, corrió a babor amuras con audaz rapidez. A duras penas mordía su hélice en las aguas fugitivas que su proa cortaba, y parecía que se medía entonces con los yates de regatas del Royal Thames Club.

Al día siguiente, el océano se mostró cubierto de inmensos sargazos, semejante a un vasto estanque obstruido por las hierbas. Se habría dicho uno de esos mares de sargazos formados por todos los despojos de árboles y plantas arrancados a los continentes vecinos. El comandante Maury los ha señalado especialmente a la atención de los navegantes. El *Duncan* parecía deslizarse sobre una larga pradera que Paganel comparó justamente a las pampas, y su marcha quedó un tanto retrasada.

Veinticuatro horas después, al despuntar el día, se oyó la voz del marinero de vigía.

—¡Tierra! —gritó.

—¿En qué dirección? —preguntó Tom Austin, que estaba de guardia.

—Sotavento —respondió el marinero.

A aquel grito siempre emocionante, la cubierta del yate se pobló súbitamente. Pronto un catalejo salió del alcázar, seguido inmediatamente por Jacques Paganel. El sabio apuntó su instrumento en la dirección indicada y no vio nada que se pareciera a una tierra.

—Mirad entre las nubes —le dijo John Mangles.

—En efecto —respondió Paganel—, parece una especie de pico apenas perceptible todavía.

—Es Tristán de Acuña —dijo John Mangles.

—Entonces, si no recuerdo mal —replicó el sabio—, debemos estar a ochenta millas, pues el pico de Tristán, de siete mil pies de altura, es visible a esa distancia.

—Exactamente —respondió el capitán John.

Algunas horas más tarde, el grupo de islas muy altas y muy escarpadas fue perfectamente visible en el horizonte. El pitón cónico de Tristán se recortaba en negro sobre el fondo resplandeciente del cielo, todo abigarrado de los rayos del sol naciente. Pronto la isla principal se desprendió de la masa rocosa, en el vértice de un triángulo inclinado hacia el nordeste.

Tristán de Acuña está situada a 37° 8' de latitud austral y 10° 44' de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. A dieciocho millas al suroeste,

la isla Inaccesible, y a diez millas al sureste, la isla del Ruiseñor, completan este pequeño grupo aislado en esta parte del Atlántico.

Hacia mediodía se tomaron los dos principales puntos de referencia que sirven a los marinos como marcas de reconocimiento: a saber, en un ángulo de la isla Inaccesible, una roca que reproduce con gran exactitud el aspecto de un barco a la vela, y, en la punta norte de la isla del Ruiseñor, dos islotes semejantes a un fortín en ruinas. A las tres de la tarde, el *Duncan* entraba en la bahía de Falmouth de Tristán de Acuña, que la punta de Help o de Buen-Socorro resguarda de los vientos del oeste.

Allí dormían al ancla algunos balleneros dedicados a la caza de focas y otros animales marinos, de los que estas costas ofrecen innumerables ejemplares.

John Mangles se ocupó de buscar un buen fondeadero, pues estas radas exteriores son muy peligrosas con los chubascos del noroeste y del norte, y precisamente en aquel lugar el bergantín inglés *Julia* se perdió con todo su cargamento en 1829. El *Duncan* se aproximó a media milla de la orilla y fondeó con veinte brazas sobre fondo de roca. En seguida, pasajeras y pasajeros se embarcaron en el bote grande y pusieron pie en una arena fina y negra, impalpable residuo de las rocas calcinadas de la isla.

La capital de todo el grupo de Tristán de Acuña consiste en un pequeño pueblo situado al fondo de la bahía, a orillas de un arroyo muy murmurante. Había allí unas cincuenta casas bastante aseadas, dispuestas con esa regularidad geométrica que parece ser la última palabra de la arquitectura inglesa. Detrás de esta ciudad en miniatura se extendían mil quinientas hectáreas de llanuras, limitadas por un inmenso terraplén de lavas; por encima de esta meseta, el pitón cónico se alzaba a siete mil pies en el aire.

Lord Glenarvan fue recibido por un gobernador que depende de la colonia inglesa del Cabo. Se informó inmediatamente de Harry Grant y del *Britannia*.

Esos nombres eran del todo desconocidos. Las islas de Tristán de Acuña están fuera de la ruta de los navíos y, por consiguiente, poco frecuentadas. Desde el célebre naufragio del *Blendon-Hall*, que encalló en 1821 sobre los arrecifes de la isla Inaccesible, dos embarcaciones habían varado en la isla principal: el *Primauguet* en 1845, y el tresmastes americano *Philadelphia*

en 1857. La estadística acuñense de los siniestros marítimos se limitaba a esas tres catástrofes.

Glenarvan no esperaba encontrar noticias más precisas, y no interrogaba al gobernador de la isla sino por pura formalidad.

Envió incluso las embarcaciones de a bordo a dar la vuelta a la isla, cuya circunferencia es de diecisiete millas a lo sumo. Londres o París no cabrían en ella aunque fuese tres veces más grande.

Durante ese reconocimiento, los pasajeros del *Duncan* pasearon por el pueblo y las costas vecinas. La población de Tristán de Acuña no llega a ciento cincuenta habitantes. Son ingleses y americanos casados con negras y hotentotes del Cabo, que no dejan nada que desear en cuanto a fealdad. Los hijos de estos matrimonios heterogéneos presentaban una mezcla muy desagradable de la rigidez sajona y la negrura africana.

Este paseo de turistas, felices de sentir tierra firme bajo sus pies, se prolongó por la orilla a la que confina la gran llanura cultivada que solo existe en esa parte de la isla. En todas partes, la costa está formada por acantilados de lavas, escarpados y áridos. Allí, enormes albatros y pingüinos estúpidos se cuentan por centenares de miles.

Los visitantes, tras examinar estas rocas de origen ígneo, subieron hacia la llanura; fuentes vivas y numerosas, alimentadas por las nieves eternas del cono, murmuraban aquí y allá; arbustos verdes en los que el ojo contaba casi tantos pájaros como flores alegraban el suelo; un solo árbol, especie de filica, de veinte pies de altura, y el «tusseh», planta arundinácea gigantesca de tallo leñoso, emergían del verdeciente pasto; una acena sarmentosa de semilla punzante, robustas lomarias de filamentos enredados, algunas plantas frutescentes muy vigorosas, ancerinas cuyos perfumes balsámicos cargaban la brisa de aromas penetrantes, musgos, apios silvestres y helechos formaban una flora poco numerosa pero opulenta. Se sentía que una primavera eterna derramaba su dulce influencia sobre esa isla privilegiada.

Paganel sostuvo con entusiasmo que era aquélla la famosa Ogigia cantada por Fénelon. Propuso a lady Glenarvan que buscase una gruta, que sucediese a la amable Calipso, y no pidió otro empleo para sí mismo que ser «una de las ninfas que la servían».

Fue así como, charlando y admirando, los paseantes regresaron al yate al caer la noche; en los alrededores del pueblo pastaban rebaños de bueyes y ovejas; los campos de trigo, maíz y plantas hortícolas importadas desde hacía cuarenta años desplegaban sus riquezas hasta en las calles de la capital.

En el momento en que lord Glenarvan regresaba a su barco, las embarcaciones del *Duncan* se reunían con el yate.

Habían dado en pocas horas la vuelta a la isla. Ninguna huella del *Britannia* se había encontrado en su recorrido. Aquel viaje de circunnavegación no produjo otro resultado que el de tachar definitivamente la isla de Tristán del programa de las investigaciones.

El *Duncan* podía, desde ese momento, abandonar este grupo de islas africanas y proseguir su ruta hacia el este.

Si no partió aquella misma tarde, fue porque Glenarvan autorizó a su tripulación a cazar las innumerables focas que, bajo el nombre de terneras, leones, osos y elefantes marinos, atestaban las orillas de la bahía de Falmouth. Antaño, las ballenas francas gustaban de las aguas de la isla; pero tantos pescadores las habían perseguido y arponado que apenas quedaban.

Los anfibios, por el contrario, se encontraban allí en manadas. La tripulación del yate resolvió emplear la noche en cazarlos, y el día siguiente en hacer buena provisión de aceite.

Así pues, la partida del *Duncan* se aplazó para dos días después, el 20 de noviembre.

Durante la cena, Paganel proporcionó algunos detalles sobre las islas de Tristán que interesaron a sus oyentes. Se enteraron de que este grupo, descubierto en 1506 por el portugués Tristán de Acuña, uno de los compañeros de Albuquerque, permaneció inexplorado durante más de un siglo. Estas islas pasaban, no sin razón, por nidos de tempestades, y no gozaban de mejor reputación que las Bermudas. Así pues, apenas se les acercaba nadie, y ningún navío aterrizaba en ellas si no era arrojado a su costa pese a sí mismo por los huracanes del Atlántico.

En 1697, tres buques holandeses de la Compañía de las Indias recalaron en ellas y determinaron sus coordenadas, dejando al gran astrónomo Halley el cuidado de revisar sus cálculos en el año 1700. De 1712 a 1767, algunos

navegantes franceses las conocieron, y principalmente La Pérouse, a quien sus instrucciones condujeron hasta allí durante su célebre viaje de 1785.

Estas islas, tan poco visitadas hasta entonces, habían permanecido desiertas cuando, en 1811, un americano, Jonathan Lambert, emprendió su colonización. Él y dos compañeros desembarcaron en ellas en enero, y ejercieron valientemente su oficio de colonos. El gobernador inglés del cabo de Buena Esperanza, al saber que prosperaban, les ofreció el protectorado de Inglaterra. Jonathan aceptó e izó sobre su cabaña el pabellón británico. Parecía que habría de reinar tranquilamente sobre «sus pueblos», compuestos de un viejo italiano y un mulato portugués, cuando un día, en un reconocimiento de las orillas de su imperio, se ahogó o fue ahogado, no se sabe bien. Llegó 1816. Napoleón fue apresado en Santa Elena y, para custodiarle mejor, Inglaterra estableció una guarnición en la isla de la Ascensión y otra en Tristán de Acuña.

La guarnición de Tristán consistía en una compañía de artillería del Cabo y un destacamento de hotentotes. Permaneció allí hasta 1821 y, a la muerte del prisionero de Santa Elena, fue repatriada al Cabo.

—Un solo europeo —añadió Paganel—, un cabo, un escocés...

—¡Ah! ¿Un escocés? —dijo el mayor, a quien sus compatriotas interesaban siempre de un modo especial.

—Se llamaba William Glass —respondió Paganel—, y se quedó en la isla con su mujer y dos hotentotes. Pronto, dos ingleses, un marinero y un pescador del Támesis, ex-dragón en el ejército argentino, se unieron al escocés, y por fin en 1821 uno de los náufragos del *Blendon-Hall*, acompañado de su joven esposa, encontró refugio en la isla de Tristán. Así pues, en 1821 la isla contaba seis hombres y dos mujeres. En 1829 llegó a tener hasta siete hombres, seis mujeres y catorce hijos.

En 1835, la cifra se elevaba a cuarenta, y ahora se ha triplicado.

—Así comienzan las naciones —dijo Glenarvan.

Durante la noche, la tripulación del *Duncan* hizo buena caza, y unas cincuenta focas grandes pasaron de vida a muerte. Tras haber autorizado la caza, Glenarvan no podía prohibir su beneficio. La jornada siguiente se empleó, pues, en recoger el aceite y preparar las pieles de esos lucrativos anfibios. Los pasajeros emplearon naturalmente ese segundo día de escala en

hacer una nueva excursión por la isla. Glenarvan y el mayor se llevaron su fusil para probar la caza acuñense.

Durante ese paseo se llegó hasta el pie de la montaña, sobre un suelo sembrado de escombros descompuestos, escorias, lavas porosas y negras y toda clase de detritos volcánicos. El pie del monte surgía de un caos de rocas tambaleantes. Era difícil equivocarse acerca de la naturaleza del enorme cono, y el capitán inglés Carmichaël había tenido razón al reconocerlo como un volcán extinto.

Los cazadores avistaron algunos jabalíes. Uno de ellos cayó alcanzado por la bala del mayor. Glenarvan se contentó con abatir varias parejas de perdices negras con las que el cocinero de a bordo había de preparar un excelente salmis. Se divisaron muchas cabras en la cima de las mesetas elevadas.

En cuanto a los gatos monteses, orgullosos, audaces y robustos, temibles incluso para los perros, pululaban y prometían convertirse algún día en bestias fieras muy notables.

A las ocho de la noche, todo el mundo estaba de vuelta a bordo, y durante la noche el *Duncan* abandonaba la isla de Tristán de Acuña, que no había de volver a ver.

Capítulo III. La isla de Ámsterdam

La intención de John Mangles era ir a hacer carbón al cabo de Buena Esperanza. Tuvo que apartarse un poco del paralelo treinta y siete y remontar dos grados hacia el norte. El *Duncan* se encontraba por debajo de la zona de los vientos alisios y encontró grandes brisas del oeste muy favorables a su marcha. En menos de seis días franqueó las mil trescientas millas que separan a Tristán de Acuña de la punta africana. El 24 de noviembre, a las tres de la tarde, se avistó la montaña de la Mesa, y poco después John tomó la marcación de la montaña de las Señales, que marca la entrada de la bahía. Entró en ella hacia las ocho y fondeó el ancla en el puerto de Ciudad del Cabo.

Paganel, en su calidad de miembro de la Sociedad de Geografía, no podía ignorar que el extremo del África fue entrevisto por primera vez en 1486 por el almirante portugués Bartolomé Díaz, y doblado solo en 1497 por el célebre Vasco de Gama. ¿Y cómo lo habría ignorado Paganel, si Camoens

cantó en sus *Lusíadas* la gloria del gran navegante? Pero a este respecto hizo una observación curiosa: que si Díaz, en 1486, seis años antes del primer viaje de Cristóbal Colón, hubiese doblado el cabo de Buena Esperanza, el descubrimiento de América podría haberse retrasado indefinidamente. En efecto, la ruta del cabo era la más corta y la más directa para ir a las Indias orientales. Y, adentrándose hacia el oeste, ¿qué buscaba el gran marino genovés sino abreviar los viajes al país de las especias?

Por lo tanto, doblado el cabo, su expedición carecía de objeto, y probablemente no la habría emprendido.

La ciudad del Cabo, situada al fondo de la bahía del Cabo, fue fundada en 1652 por el holandés Van Riebeeck.

Era la capital de una importante colonia que se volvió definitivamente inglesa tras los tratados de 1815. Los pasajeros del *Duncan* aprovecharon su escala para visitarla.

Solo disponían de doce horas para pasear, pues al capitán John le bastaba un día para renovar sus provisiones, y quería partir el 26, al amanecer.

No hacía falta más, por lo demás, para recorrer las manzanas regulares de ese tablero de ajedrez que se llama Ciudad del Cabo, en el que treinta mil habitantes, unos blancos y otros negros, desempeñan el papel de reyes, reinas, caballeros, peones, locos quizá. Así se expresó Paganel, al menos. Cuando se ha visto el castillo que se alza al sureste de la ciudad, la casa y el jardín del gobierno, la bolsa, el museo, la cruz de piedra plantada por Bartolomé Díaz en la época de su descubrimiento, y cuando se ha bebido un vaso de pontai, el primer caldo de los vinos de Constanza, ya no queda sino partir. Eso fue lo que hicieron los viajeros al día siguiente, al salir el sol. El *Duncan* apareió con su foque, su trinqueta, su mesana, su gavia y varias horas después doblaba ese famoso cabo de las Tormentas al que el optimista rey de Portugal, Juan II, dio muy torpemente el nombre de Buena Esperanza.

Dos mil novecientas millas por franquear entre el Cabo y la isla de Ámsterdam, con mar hermosa y brisa propicia, era asunto de una decena de días. Los navegantes, más favorecidos que los viajeros de las pampas, no tenían motivo de queja con los elementos. El aire y el agua, aliados contra ellos en tierra firme, se unían entonces para empujarlos hacia adelante.

—¡Ah! ¡El mar! ¡El mar! —repetía Paganel—. ¡Es el campo por excelencia donde se ejercen las fuerzas humanas, y el navío el verdadero vehículo de la civilización! Reflexionad, amigos míos. Si el globo no hubiese sido más que un inmenso continente, ¡no se conocería aún la milésima parte en el siglo XIX! ¡Fijaos en lo que ocurre en el interior de las grandes tierras! En las estepas de Siberia, en las llanuras del Asia central, en los desiertos de África, en las praderas de América, en los vastos territorios de Australia, en las soledades glaciales de los polos, el hombre apenas se atreve a aventurarse; el más osado retrocede, el más valeroso sucumbe. No se puede pasar. Los medios de transporte son insuficientes. El calor, las enfermedades, el salvajismo de los indígenas forman otros tantos obstáculos infranqueables. ¡Veinte millas de desierto separan a los hombres más que quinientas millas de océano! Se es vecino de una costa a otra; extranjero, en cuanto un bosque os separa.

Inglaterra confina con Australia, mientras que Egipto, por ejemplo, parece estar a millones de leguas del Senegal, ¡y Pekín en las antípodas de San Petersburgo! El mar se atraviesa hoy con mayor facilidad que el más modesto Sahara, y es gracias a él, como ha dicho muy justamente un sabio americano, que se ha establecido un parentesco universal entre todas las partes del mundo.

Paganel hablaba con ardor, y el propio mayor no encontró una sola palabra que objetar a ese himno al océano. Si para encontrar a Harry Grant hubiera habido que seguir a través de un continente la línea del paralelo treinta y siete, la empresa no habría podido intentarse; pero el mar estaba allí para transportar a los valientes buscadores de una tierra a otra, y el 6 de diciembre, a los primeros albores del día, dejó emerger del seno de sus aguas una nueva montaña.

Era la isla de Ámsterdam, situada a 37° 47' de latitud y 77° 24' de longitud, cuyo elevado cono es, con tiempo sereno, visible a cincuenta millas. A las ocho, su forma todavía indeterminada reproducía con bastante exactitud el aspecto de Tenerife.

—Y, por consiguiente —dijo Glenarvan—, se parece a Tristán de Acuña.

—Conclusión muy juiciosa —respondió Paganel—, conforme al axioma geogeomérico según el cual dos islas semejantes a una tercera se asemejan

entre sí. Añadiré que, como Tristán de Acuña, la isla de Ámsterdam es y ha sido igualmente rica en focas y en Robinsones.

—¿Hay Robinsones en todas partes? —preguntó lady Helena.

—¡A fe mía, señora! —respondió Paganel—, conozco pocas islas que no hayan tenido su aventura de ese género, y el azar había realizado ya mucho antes que él la novela de vuestro inmortal compatriota Daniel de Foe.

—Señor Paganel —dijo Mary Grant—, ¿me permite usted hacerle una pregunta?

—Dos, mi querida señorita, y me comprometo a responderlas.

—Pues bien —retomó la joven—, ¿le asustaría mucho la idea de ser abandonado en una isla desierta?

—¡Yo! —exclamó Paganel.

—Vamos, amigo mío —dijo el mayor—, ¡no vaya usted a confesar que es su más querido deseo!

—No pretendo tanto —replicó el geógrafo—, pero, al fin y al cabo, la aventura no me disgustaría demasiado. Me reharía una vida nueva. Cazaría, pescaría, elegiría domicilio en una gruta en invierno, en un árbol en verano; tendría almacenes para mis cosechas; en fin, colonizaría mi isla.

—¿Usted solo?

—Yo solo, si fuera necesario. Además, ¿se está alguna vez solo en el mundo? ¿No puede uno elegir amigos en el reino animal, domesticar un cabrito joven, un loro elocuente, un mono amable? ¿Y si el azar le envía a uno un compañero, como el fiel Viernes, qué más hace falta para ser feliz? ¡Dos amigos en un peñasco, he ahí la dicha! Supongamos el mayor y yo...

—Gracias —respondió el mayor—, no tengo ningún gusto por los papeles de Robinson, y los desempeñaría muy mal.

—Querido señor Paganel —respondió lady Helena—, ahí vuelve vuestra imaginación a llevaros por los campos de la fantasía. Pero creo que la realidad es muy diferente del sueño. Solo pensáis en esos Robinsones imaginarios cuidadosamente arrojados en una isla bien escogida, ¡a los que la naturaleza trata como hijos mimados! ¡Solo véis el buen lado de las cosas!

—¡Cómo, señora! ¿No cree usted que pueda uno ser feliz en una isla desierta?

—No lo creo. El hombre está hecho para la sociedad, no para el aislamiento. La soledad no puede engendrar más que la desesperación. Es cuestión de tiempo. Que al principio los cuidados de la vida material, las necesidades de la existencia, distraigan al desdichado apenas salvado de las aguas, que las urgencias del presente le oculten las amenazas del porvenir, es posible. Pero después, cuando se siente solo, lejos de sus semejantes, sin esperanza de volver a ver su país y a los que ama, ¿qué debe pensar, qué debe sufrir? Su islote es el mundo entero. Toda la humanidad se encierra en él, y cuando la muerte llega, muerte espantosa en ese abandono, está allí como el último hombre en el último día del mundo. Creedme, señor Paganel, ¡vale más no ser ese hombre!

Paganel cedió, no sin pesar, a los argumentos de lady Helena, y la conversación se prolongó así sobre las ventajas y los inconvenientes del aislamiento, hasta el momento en que el *Duncan* fondeó a una milla de la orilla de la isla de Ámsterdam.

Este grupo aislado en el océano Índico está formado por dos islas distintas situadas a unas treinta y tres millas la una de la otra, y precisamente sobre el meridiano de la península india; al norte está la isla de Ámsterdam o San Pedro; al sur, la isla San Pablo; pero conviene decir que los geógrafos y navegantes las han confundido con frecuencia.

Estas islas fueron descubiertas en diciembre de 1796 por el holandés Vlaming, y luego reconocidas por d'Entrecasteaux, que conducía entonces la *Espérance* y la *Recherche* en busca de La Pérouse.

De ese viaje data la confusión de las dos islas. El marino Barrow, Beautemps-Beaupré en el atlas de d'Entrecasteaux, y luego Horsburg, Pinkerton y otros geógrafos han descrito constantemente la isla San Pedro como si fuera la isla San Pablo, y viceversa. En 1859, los oficiales de la fragata austriaca *Novara*, en su viaje de circunnavegación, evitaron cometer ese error, que Paganel tenía especial empeño en rectificar.

La isla San Pablo, situada al sur de la isla de Ámsterdam, no es más que un islote deshabitado, formado por una montaña cónica que debió de ser un antiguo volcán.

La isla de Ámsterdam, por el contrario, a la que condujo el bote a los pasajeros del *Duncan*, puede tener doce millas de circunferencia. Está habitada por algunos exiliados voluntarios que se han acostumbrado a esa triste existencia. Son los guardianes de la pesquería, que pertenece, así como la isla, a cierto señor Otovan, comerciante de La Reunión. Este soberano, que aún no ha sido reconocido por las grandes potencias europeas, se procura una lista civil de setenta y cinco a ochenta mil francos pescando, salando y expidiendo un «cheilodactylus», conocido menos sabiamente con el nombre de bacalao de mar.

Por lo demás, esta isla de Ámsterdam estaba destinada a ser y a seguir siendo francesa. En efecto, perteneció en primer lugar, por derecho de primer ocupante, al señor Camin, armador de Saint-Denis, en Borbón; luego fue cedida, en virtud de algún contrato internacional, a un polaco, que la hizo cultivar por esclavos malgaches. Quien dice polaco dice francés, de modo que de polaca la isla volvió a ser francesa en manos del señor Otovan.

Cuando el *Duncan* la abordó, el 6 de diciembre de 1864, su población se elevaba a tres habitantes, un francés y dos mulatos, los tres empleados del comerciante propietario. Paganel pudo así estrechar la mano a un compatriota en la persona del respetable señor Viot, entonces de avanzada edad. Ese «anciano sabio» hizo con mucha cortesía los honores de su isla. Era para él un día dichoso aquel en que recibía a amables extranjeros.

San Pedro solo es frecuentado por pescadores de focas y raros balleneros, gente habitualmente muy tosca, que no ha ganado mucho con la frecuentación de los perros de mar.

El señor Viot presentó a sus súbditos, los dos mulatos; formaban toda la población viva de la isla, junto con algunos jabalíes encenagados en el interior y varios miles de ingenuos pingüinos. La casita en que vivían los tres insulares estaba situada al fondo de un puerto natural del suroeste formado por el derrumbamiento de una parte de la montaña.

Fue mucho antes del reinado de Otovan I cuando la isla San Pedro sirvió de refugio a náufragos.

Paganel interesó vivamente a sus oyentes comenzando su primer relato con estas palabras: *Historia de dos escoceses abandonados en la isla de Ámsterdam*.

Era en 1827. El navío inglés *Palmira*, al pasar a la vista de la isla, divisó un humo que se elevaba en el aire. El capitán se acercó a la orilla, y pronto vio a dos hombres que hacían señales de socorro. Envió su bote a tierra, que recogió a Jacques Paine, un muchacho de veintidós años, y a Robert Proudfoot, de cuarenta y ocho. Estos dos desventurados eran irreconocibles. Durante dieciocho meses, casi sin alimentos, casi sin agua dulce, viviendo de mariscos, pescando con un mal clavo doblado, atrapando de vez en cuando algún jabato a la carrera, pasando hasta tres días sin comer, velando como vestales junto a un fuego encendido con su último yesquero, no dejándolo apagarse nunca y llevándolo en sus excursiones como objeto de inestimable valor, vivieron así en la miseria, las privaciones y el sufrimiento. Paine y Proudfoot habían sido desembarcados en la isla por una goleta dedicada a la caza de focas. Según la costumbre de los pescadores, debían durante un mes proveerse de pieles y aceite, esperando el regreso de la goleta. La goleta no volvió.

Cinco meses después, el *Hope*, que se dirigía a Van Diemen, llegó a la isla; pero su capitán, por uno de esos bárbaros caprichos que nada explica, se negó a recibir a los dos escoceses; partió sin dejarles ni un bizcocho ni un mechero, y ciertamente los dos infortunados habrían muerto en breve si la *Palmira*, al pasar a la vista de la isla de Ámsterdam, no les hubiese recogido a bordo.

La segunda aventura que menciona la historia de la isla de Ámsterdam —si semejante peñasco puede tener historia— es la del capitán Péron, un francés esta vez. Esta aventura, por lo demás, comienza como la de los dos escoceses y termina del mismo modo: una escala voluntaria en la isla, un navío que no regresa, y un navío extranjero que el azar de los vientos lleva hasta ese grupo, tras cuarenta meses de abandono. Solo que un drama sangriento marcó la estancia del capitán Péron, y ofrece curiosos puntos de semejanza con los sucesos imaginarios que aguardaban a su regreso en su isla al héroe de Daniel de Foe.

El capitán Péron se había hecho desembarcar con cuatro marineros, dos ingleses y dos franceses; debía, durante quince meses, dedicarse a la caza de leones marinos. La caza fue afortunada; pero cuando, pasados los quince meses, el navío no volvió a aparecer, cuando las víveres se agotaron poco a poco, las relaciones internacionales se volvieron difíciles. Los dos ingleses se sublevaron contra el capitán Péron, que habría perecido a sus manos de

no ser por el socorro de sus compatriotas. A partir de ese momento, los dos bandos, vigilándose noche y día, sin cesar armados, ora vencedores, ora vencidos por turno, llevaron una espantosa existencia de miseria y angustias. Y ciertamente, uno habría acabado por aniquilar al otro si algún navío inglés no hubiese repatriado a estos desdichados a quienes una mezquina cuestión de nacionalidad dividía en un peñasco del océano Índico.

Tales fueron estas aventuras. Dos veces la isla de Ámsterdam se convirtió en patria de marineros abandonados, a quienes la providencia salvó dos veces de la miseria y de la muerte. Pero desde entonces ningún navío se había perdido en esas costas. Un naufragio habría arrojado sus restos a la playa; los náufragos habrían llegado a las pesquerías del señor Viot. Ahora bien, el anciano habitaba la isla desde hacía muchos años y jamás se le había presentado la ocasión de ejercer su hospitalidad con las víctimas del mar. Del *Britannia* y del capitán Grant no sabía nada. Ni la isla de Ámsterdam ni el islote San Pablo, que los balleneros y pescadores visitaban con frecuencia, habían sido el teatro de esa catástrofe.

Glenarvan no se sorprendió ni se entristeció ante su respuesta. Sus compañeros y él, en esas diversas escalas, buscaban adónde no estaba el capitán Grant, no adónde estaba. Querían constatar su ausencia en esos diferentes puntos del paralelo, nada más. La partida del *Duncan* quedó, pues, decidida para el día siguiente.

Hacia la tarde, después de un buen paseo, Glenarvan se despidió del honrado señor Viot. Todos le desearon toda la felicidad posible en su islote desierto. A cambio, el anciano hizo votos por el éxito de la expedición, y la embarcación del *Duncan* llevó a sus pasajeros de vuelta a bordo.

Capítulo IV. Las apuestas de Jacques Paganel y del mayor Mac Nabbs

El 7 de diciembre, a las tres de la madrugada, los fogones del *Duncan* rugían ya; se viró al cabrestante; el ancla quedó a pique, abandonó el fondo arenoso del pequeño puerto, subió al serviola, la hélice se puso en movimiento y el yate tomó la mar. Cuando los pasajeros subieron a cubierta a las ocho, la isla de Ámsterdam desaparecía entre las brumas del horizonte. Era la última etapa en la ruta del paralelo treinta y siete, y tres mil millas la separaban de la costa australiana. Si el viento del oeste se mantenía una docena de días más, si el mar se mostraba favorable, el *Duncan* alcanzaría la meta de su viaje.

Mary Grant y Robert no contemplaban sin emoción esas aguas que el *Britannia* surcara sin duda pocos días antes de su naufragio. Allí, quizá, el capitán Grant, con su navío ya desarbolado y su tripulación mermada, luchaba contra los temibles huracanes del mar de las Indias y se sentía arrastrado hacia la costa con una fuerza irresistible. John Mangles mostraba a la joven las corrientes indicadas en las cartas del barco; le explicaba su dirección constante. Una de ellas, en particular, la corriente transversal del océano Índico, lleva al continente australiano, y su acción se deja sentir de oeste a este en el Pacífico no menos que en el Atlántico. Así pues, el *Britannia*, destrozado de su arboladura y sin timón, es decir, desarmado ante las violencias del mar y del cielo, había debido correr hacia la costa y estrellarse en ella.

Sin embargo, se presentaba aquí una dificultad. Las últimas noticias del capitán Grant eran de El Callao, del 30 de mayo de 1862, según la *Mercantile and Shipping Gazette*. ¿Cómo podía el *Britannia*, el 7 de junio, ocho días después de haber abandonado la costa del Perú, encontrarse en el mar de las Indias? Paganel, consultado al respecto, dio una respuesta muy plausible, con la que los más exigentes se habrían dado por satisfechos.

Era una tarde, el 12 de diciembre, seis días después de la partida de la isla de Ámsterdam. Lord y lady Glenarvan, Robert y Mary Grant, el capitán John, Mac Nabbs y Paganel charlaban en la toldilla.

Según la costumbre, se hablaba del *Britannia*, pues era el único pensamiento del barco. Pues bien, precisamente esa dificultad antes mencionada fue planteada de pasada, y tuvo por efecto inmediato frenar los ánimos en esa ruta de la esperanza.

Paganel, ante esa observación inesperada de Glenarvan, levantó vivamente la cabeza. Luego, sin responder, fue a buscar el documento. Cuando regresó, se contentó con encogerse de hombros, como un hombre avergonzado de haber podido ser detenido un instante por «semejante nadería».

—Bueno, querido amigo —dijo Glenarvan—, pero dadnos al menos una respuesta.

—No —respondió Paganel—, solo haré una pregunta, y se la dirigiré al capitán John.

—Hable usted, señor Paganel —dijo John Mangles.

—¿Puede un navío de buena marcha atravesar en un mes toda la parte del océano Pacífico comprendida entre América y Australia?

—Sí, haciendo doscientas millas en veinticuatro horas.

—¿Es eso una marcha extraordinaria?

—En modo alguno. Los clippers a vela obtienen con frecuencia velocidades superiores.

—Pues bien —continuó Paganel—, en lugar de leer «7 de junio» en el documento, suponed que el mar haya borrado una cifra de esa fecha, leed «17 de junio» o «27 de junio», y todo se explica.

—En efecto —respondió lady Helena—, del 31 de mayo al 27 de junio...

—¡El capitán Grant pudo atravesar el Pacífico y encontrarse en el mar de las Indias!

Un vivo sentimiento de satisfacción acogió esa conclusión de Paganel.

—¡Otro punto aclarado! —dijo Glenarvan—, y gracias a nuestro amigo. No nos queda, pues, más que llegar a Australia y buscar las huellas del *Britannia* en su costa occidental.

—O en su costa oriental —dijo John Mangles.

—En efecto, tenéis razón, John. Nada indica en el documento que la catástrofe haya tenido lugar antes en las orillas del oeste que en las del este. Nuestras pesquisas deberán, pues, extenderse a esos dos puntos donde Australia es cortada por el paralelo treinta y siete.

—Así pues, milord —dijo la joven—, ¿existe duda a ese respecto?

—¡Oh! No, señorita —se apresuró a responder John Mangles, que quiso disipar esa aprensión de Mary Grant—. Su señoría se servirá advertir que si el capitán Grant hubiera tomado tierra en las costas del este de Australia, casi al instante habría encontrado socorro y asistencia. Toda esa costa es inglesa, por así decirlo, y está poblada de colonos. La tripulación del *Britannia* no tenía que hacer diez millas para encontrar compatriotas.

—Bien, capitán John —replicó Paganel—. Me sumo a vuestra opinión. En la costa oriental, en la bahía Twofold, en la ciudad de Eden, Harry Grant

no solo habría encontrado asilo en una colonia inglesa, sino que no le habrían faltado medios de transporte para regresar a Europa.

—Entonces —dijo lady Helena—, ¿los náufragos no pudieron encontrar los mismos recursos en esa parte de Australia adonde nos lleva el *Duncan*?

—No, señora —respondió Paganel—. La costa está desierta. Ninguna vía de comunicación la enlaza con Melbourne o Adelaida. Si el *Britannia* se perdió en los arrecifes que la bordean, todo socorro le faltó, como si se hubiera estrellado en las playas inhospitalarias de África.

—Pero entonces —preguntó Mary Grant—, ¿qué ha sido de mi padre durante dos años?

—Mi querida Mary —respondió Paganel—, ¿tenéis por cierto, ¿verdad que sí?, que el capitán Grant llegó a tierra australiana tras su naufragio?

—Sí, señor Paganel —respondió la joven.

—Pues bien, una vez en ese continente, ¿qué ha sido del capitán Grant? Las hipótesis aquí no son numerosas. Se reducen a tres. O Harry Grant y sus compañeros han llegado hasta las colonias inglesas, o han caído en manos de los indígenas, o bien se han perdido en las inmensas soledades de Australia.

Paganel calló y buscó en los ojos de sus oyentes una aprobación a su sistema.

—Continúe, Paganel —dijo lord Glenarvan.

—Continúo —respondió Paganel—, y ante todo rechazo la primera hipótesis. Harry Grant no pudo llegar a las colonias inglesas, pues su salvación habría estado asegurada, y desde hace mucho tiempo estaría ya junto a sus hijos en su buena ciudad de Dundee.

—¡Pobre padre! —murmuró Mary Grant—. ¡Desde hace dos años separado de nosotros!

—Deja hablar al señor Paganel, hermana —dijo Robert—. Acabará por enseñarnos...

—¡Ay, no, muchacho! Todo lo que puedo afirmar es que el capitán Grant es prisionero de los australianos, o...

—Pero esos indígenas —preguntó vivamente lady Glenarvan—, ¿son acaso...?

—Tranquilizaos, señora —respondió el sabio, que comprendió el pensamiento de lady Helena—. Esos indígenas son salvajes, embrutecidos, en el último peldaño de la inteligencia humana, pero de costumbres suaves y no sanguinarios como sus vecinos de Nueva Zelanda. Si han hecho prisioneros a los náufragos del *Britannia*, jamás han amenazado su existencia, podéis creerme. Todos los viajeros son unánimes en que los australianos sienten horror de derramar sangre, y en muchas ocasiones han encontrado en ellos fieles aliados para rechazar el ataque de las bandas de presidiarios, mucho más crueles.

—Oís lo que dice el señor Paganel —retomó lady Helena dirigiéndose a Mary Grant—. Si vuestro padre está en manos de los indígenas, cosa que por lo demás hace presagiar el documento, le encontraremos.

—¿Y si está perdido en ese inmenso país? —respondió la joven, cuya mirada interrogaba a Paganel.

—¡Pues bien! —exclamó el geógrafo con tono confiado—. ¡Le encontraremos igualmente! ¿Verdad que sí, amigos míos?

—Sin duda —respondió Glenarvan, que quiso dar a la conversación un sesgo menos triste—. No admito que uno pueda perderse...

—Ni yo tampoco —replicó Paganel.

—¿Es grande Australia? —preguntó Robert.

—Australia, muchacho, tiene algo así como setecientos setenta y cinco millones de hectáreas, lo que equivale a cuatro quintas partes de Europa.

—¿Tanto? —dijo el mayor.

—Sí, Mac Nabbs, con un yard de diferencia. ¿Creéis que semejante país tiene derecho a tomar la calificación de «continente» que le da el documento?

—Desde luego, Paganel.

—Añadiré —continuó el sabio— que se citan pocos viajeros que se hayan perdido en ese vasto territorio. Creo incluso que Leichardt es el único cuya suerte se ignora, y aún me habían informado en la Sociedad de

Geografía, algún tiempo antes de mi partida, que Mac Intyre creía haber encontrado sus huellas.

—¿No ha sido Australia recorrida en todas sus partes? —preguntó lady Glenarvan.

—No, señora —respondió Paganel—, ¡ni con mucho! Este continente no es mejor conocido que el interior de África, y sin embargo no es por falta de viajeros emprendedores. Desde 1606 hasta 1862, más de cincuenta, en el interior y en las costas, han trabajado en el reconocimiento de Australia.

—¡Oh! Cincuenta —dijo el mayor con aire de duda.

—¡Sí, Mac Nabbs, nada menos! Me refiero a los marinos que han delimitado las costas australianas en medio de los peligros de una navegación desconocida, y a los viajeros que se han lanzado a través de ese continente.

—No obstante, cincuenta es mucho decir —replicó el mayor.

—E iré más lejos, Mac Nabbs —continuó el geógrafo, excitado siempre por la contradicción.

—Vaya más lejos, Paganel.

—Si me lo desafiáis, os citaré esos cincuenta nombres sin vacilar.

—¡Oh! —dijo tranquilamente el mayor—. ¡Bien que se conocen los sabios! No dudan de nada.

—Mayor —dijo Paganel—, ¿apostáis vuestra carabina de Purdey Moore y Dickson contra mi anteojo de Secretan?

—¿Por qué no, Paganel, si eso os place? —respondió Mac Nabbs.

—¡Bien, mayor! —exclamó el sabio—. ¡He ahí una carabina con la que ya no mataréis muchos sarrios ni zorros, a menos que os la preste, cosa que haré siempre con mucho gusto!

—Paganel —respondió seriamente el mayor—, cuando necesitéis mi anteojo, estará siempre a vuestra disposición.

—Comencemos pues —replicó Paganel—. Señoras y señores, vosotros componéis el palco que nos juzga. Tú, Robert, irás marcando los puntos.

Lord y lady Glenarvan, Mary y Robert, el mayor y John Mangles, a quienes divertía la discusión, se dispusieron a escuchar al geógrafo. Se

trataba, por lo demás, de Australia, hacia donde les conducía el *Duncan*, y su historia no podía venir más a propósito. Paganel fue invitado a comenzar sin demora sus proezas de mnemotecnia.

—¡Mnemósine! —exclamó—. ¡Diosa de la memoria, madre de las castas musas, inspira a tu fiel y ferviente adorador! Hace doscientos cincuenta y ocho años, amigos míos, Australia era aún desconocida. Se sospechaba bien la existencia de un gran continente austral; dos mapas conservados en la biblioteca de vuestro Museo Británico, mi querido Glenarvan, fechados en 1550, mencionan una tierra al sur de Asia a la que llaman la Gran Java de los portugueses. Pero esos mapas no son suficientemente auténticos. Llego pues al siglo XVII, en 1606. Ese año, un navegante español, Quirós, descubrió una tierra a la que llamó Australia del Espíritu Santo. Algunos autores han sostenido que se trataba del grupo de las Nuevas Hébridas, y no de Australia. No discutiré la cuestión. Cuenta ese Quirós, Robert, y pasemos a otro.

—Uno —dijo Robert.

—Ese mismo año, Luiz Vaz de Torres, que mandaba en segundo la flota de Quirós, prosiguió más al sur el reconocimiento de las nuevas tierras. Pero al holandés Théodoric Hertoge corresponde el honor del gran descubrimiento. Desembarcó en la costa occidental de Australia a 25 grados de latitud, y le dio el nombre de *Eendracht*, que era el de su navío. Después de él, los navegantes se multiplican. En 1618, Zeachen reconoce en la costa septentrional las tierras de Arnhem y de Diemen. En 1619, Juan Edels prolonga y bautiza con su propio nombre una parte de la costa oeste. En 1622, Leuwin desciende hasta el cabo que se convirtió en su homónimo. En 1627, De Nuitz y De Witt, uno por el oeste, el otro por el sur, completan los descubrimientos de sus predecesores, y son seguidos por el comandante Carpenter, que penetra con sus buques en esa vasta ensenada que lleva aún el nombre de golfo de Carpentaria. Por fin, en 1642, el célebre marino Tasman costea la isla de Van Diemen, que cree unida al continente, y le da el nombre del gobernador general de Batavia, nombre que la posteridad, más justa, cambió por el de Tasmania. Entonces el continente australiano estaba bordeado; se sabía que el océano Índico y el Pacífico lo rodeaban con sus aguas, y en 1665 el nombre de Nueva Holanda, que no había de conservar, fue impuesto a esa gran isla austral, precisamente en la época en que el

papel de los navegantes holandeses iba a terminar. ¿En qué número estamos?

—En diez —respondió Robert.

—Bien —continuó Paganel—, hago una cruz y paso a los ingleses. En 1686, un jefe de bucaneros, un hermano de la costa, uno de los más célebres filibusteros de los mares del sur, Williams Dampier, tras numerosas aventuras mezcla de placeres y miserias, llegó a bordo del navío el *Cygnet* a la orilla noroeste de Nueva Holanda a 16 grados 50 de latitud; se comunicó con los naturales e hizo de sus costumbres, su pobreza y su inteligencia una descripción muy completa. Volvió en 1689 a la misma bahía donde Hertoge había desembarcado, ya no como filibustero sino como comandante del *Roebuck*, un buque de la marina real. Hasta aquí, sin embargo, el descubrimiento de Nueva Holanda no había tenido otro interés que el de un hecho geográfico. Nadie pensaba en colonizarla, y durante tres cuartos de siglo, de 1699 a 1770, ningún navegante fue a desembarcar en ella. Pero entonces apareció el más ilustre de los marinos de todo el mundo, el capitán Cook, y el nuevo continente no tardó en abrirse a las emigraciones europeas. Durante sus tres célebres viajes, James Cook abordó las tierras de Nueva Holanda, y por primera vez el 31 de marzo de 1770. Tras haber observado felizmente en Otahití el paso de Venus por el sol, Cook lanzó su pequeño navío la *Endeavour* al oeste del océano Pacífico. Habiendo reconocido Nueva Zelanda, llegó a una bahía de la costa oeste de Australia, y la encontró tan rica en plantas nuevas que le dio el nombre de Bahía Botánica. Es el actual *Botany Bay*. Sus relaciones con unos naturales medio embrutecidos fueron poco interesantes. Remontó hacia el norte y a 16 grados de latitud, cerca del cabo Tribulation, la *Endeavour* tocó sobre un fondo de coral a ocho leguas de la costa. El peligro de irse a pique era inminente. Víveres y cañones fueron arrojados al mar; pero en la noche siguiente la marea puso a flote el navío aligerado, y si no se fue a fondo fue porque un pedazo de coral encajado en la abertura cegó suficientemente la vía de agua. Cook pudo conducir su barco hasta una pequeña ensenada donde desembocaba un río al que se llamó Endeavour. Allí, durante los tres meses que duraron las reparaciones, los ingleses intentaron establecer comunicaciones útiles con los indígenas; pero poco lo lograron, y volvieron a hacerse a la vela. La *Endeavour* continuó su ruta hacia el norte. Cook quería saber si existía un estrecho entre Nueva Guinea y Nueva Holanda; tras nuevos peligros, tras

haber sacrificado veinte veces su navío, divisó el mar que se abría ampliamente hacia el suroeste. El estrecho existía. Fue franqueado. Cook desembarcó en una pequeña isla, y tomando posesión en nombre de Inglaterra del largo tramo de costas que había reconocido, les dio el muy británico nombre de Nueva Gales del Sur. Tres años después, el audaz marino comandaba la *Aventure* y la *Résolution*; el capitán Furneaux fue en la *Aventure* a reconocer las costas de la tierra de Van Diemen y volvió suponiendo que formaba parte de Nueva Holanda. No fue hasta 1777, durante su tercer viaje, cuando Cook fondeó con sus navíos la *Résolution* y la *Découverte* en la bahía de la Aventure sobre la tierra de Van Diemen, y fue desde allí de donde partió para ir a morir, pocos meses después, en las islas Sandwich.

—Era un gran hombre —dijo Glenarvan.

—El más ilustre marino que haya existido jamás. Fue Banks, su compañero, quien sugirió al gobierno inglés la idea de fundar una colonia en Botany Bay. Tras él, se lanzan navegantes de todas las naciones. En la última carta recibida de La Pérouse, escrita desde Botany Bay y fechada el 7 de febrero de 1787, el infortunado marino anuncia su intención de visitar el golfo de Carpentaria y toda la costa de Nueva Holanda hasta la tierra de Van Diemen. Parte, y no regresa. En 1788, el capitán Phillip establece en Port Jackson la primera colonia inglesa. En 1791, Vancouver levanta un considerable periplo de costas meridionales del nuevo continente. En 1792, d'Entrecasteaux, enviado a la búsqueda de La Pérouse, da la vuelta a Nueva Holanda, por el oeste y el sur, descubriendo islas desconocidas en su ruta. En 1795 y 1797, Flinders y Bass, dos jóvenes, prosiguen valientemente en un bote de ocho pies de largo el reconocimiento de las costas del sur, y en 1797 Bass pasa entre la tierra de Van Diemen y Nueva Holanda, por el estrecho que lleva su nombre. Ese mismo año, Vlaming, el descubridor de la isla de Ámsterdam, reconocía en las orillas orientales el río Swan River, donde se bañaban cisnes negros de la más bella especie. En cuanto a Flinders, reanudó en 1801 sus curiosas exploraciones, y a 138° 58' de longitud y 35° 40' de latitud, se encontró en Encounter Bay con el *Géographe* y el *Naturaliste*, dos navíos franceses que mandaban los capitanes Baudin y Hamelin.

—¡Ah! ¿El capitán Baudin? —dijo el mayor.

—¡Sí! ¿Por qué esa exclamación? —preguntó Paganel.

—¡Oh! Nada. Continuad, mi querido Paganel.

—Continúo pues añadiendo a los nombres de esos navegantes el del capitán King, que de 1817 a 1822 completó el reconocimiento de las costas intertropicales de Nueva Holanda.

—Son veinticuatro nombres —dijo Robert.

—Bien —respondió Paganel—, ya tengo la mitad de la carabina del mayor. Y ahora que he terminado con los marinos, pasemos a los viajeros.

—Muy bien, señor Paganel —dijo lady Helena—. Hay que reconocer que tiene usted una memoria asombrosa.

—Lo cual es harto singular —añadió Glenarvan— en un hombre tan...

—Tan distraído —se apresuró a decir Paganel—. ¡Oh! Solo tengo memoria para las fechas y los hechos. Eso es todo.

—Veinticuatro —repitió Robert.

—Pues bien, veinticinco: el teniente Daws. Era en 1789, un año después del establecimiento de la colonia en Port Jackson. Se había dado la vuelta al nuevo continente; pero lo que encerraba, nadie habría podido decirlo. Una larga cadena de montañas paralela a la orilla oriental parecía prohibir todo acceso al interior. El teniente Daws, tras nueve jornadas de marcha, tuvo que desandar el camino y regresar a Port Jackson. Ese mismo año, el capitán Tench intentó franquear esa alta cordillera, y no pudo lograrlo. Esos dos fracasos apartaron durante tres años a los viajeros de volver a intentar esa difícil tarea. En 1792, el coronel Paterson, un audaz explorador africano sin embargo, fracasó en el mismo intento. Al año siguiente, un simple cabo de la marina inglesa, el valeroso Hawkins, superó en veinte millas la línea que sus predecesores no habían podido franquear. Durante dieciocho años solo tengo dos nombres que citar, los del célebre marino Bass y del señor Bareiller, un ingeniero de la colonia, que no tuvieron más éxito que sus predecesores, y llego al año 1813 en que se descubrió por fin un paso al oeste de Sídney. El gobernador Macquarie se aventuró por él en 1815, y la ciudad de Bathurst fue fundada al otro lado de las montañas Azules. A partir de ese momento, Throsby en 1819, Oxley que atravesó trescientas millas de país, Howel y Hune cuyo punto de partida fue precisamente Twofold Bay, por donde pasa el paralelo treinta y siete, y el capitán Sturt, que en 1829 y 1830

reconoció los cursos del Darling y del Murray, enriquecieron la geografía con nuevos hechos y contribuyeron al desarrollo de las colonias.

—Treinta y seis —dijo Robert.

—¡Perfecto! Voy adelantado —respondió Paganel—. Cito para memoria a Eyre y a Leichardt, que recorrieron una parte del país en 1840 y 1841; a Sturt en 1845; a los hermanos Grégory y a Helpmann en 1846, en Australia occidental; a Kennedy en 1847, en el río Victoria, y en 1848, en Australia del norte; a Grégory en 1852; a Austin en 1854; a los Grégory de 1855 a 1858, en el noroeste del continente; a Babbage, del lago Torrens al lago Eyre, y llego por fin a un viajero célebre en los fastos australianos, Stuart, que trazó tres veces sus audaces itinerarios a través del continente. Su primera expedición al interior es de 1860. Más adelante, si lo deseáis, os contaré cómo Australia fue atravesada cuatro veces de sur a norte. Hoy me limito a terminar esta larga nomenclatura, y de 1860 a 1862 añadiré a los nombres de tantos audaces pioneros de la ciencia los de los hermanos Dempster, de Clarkson y Harper, los de Burke y Wills, los de Neilson, Walker, Landsborough, Mackinlay, Howit...

—¡Cincuenta y seis! —exclamó Robert.

—¡Bien, mayor! —continuó Paganel—. Os voy a dar buena medida, pues no os he citado ni a Duperrey, ni a Bougainville, ni a Fitz-Roy, ni a De Wickam, ni a Stokes...

—Basta —dijo el mayor, abrumado por la cantidad.

—Ni a Pérou, ni a Quoy —continuó Paganel, lanzado como un expreso —, ni a Bennett, ni a Cuningham, ni a Nutchell, ni a Tiers...

—¡Piedad!...

—Ni a Dixon, ni a Strelesky, ni a Reid, ni a Wilkes, ni a Mitchell...

—Deteneos, Paganel —dijo Glenarvan, que reía de buena gana—. No abruméis al infortunado Mac Nabbs. ¡Sed generoso! Se da por vencido.

—¿Y su carabina? —preguntó el geógrafo con aire triunfal.

—Es vuestra, Paganel —respondió el mayor—, y bien que me pesa. Pero tenéis una memoria capaz de ganarse todo un museo de artillería.

—Es ciertamente imposible —dijo lady Helena— conocer mejor Australia. Ni el más pequeño nombre, ni el más pequeño hecho...

—¡Oh! ¿El más pequeño hecho? —dijo el mayor meneando la cabeza.

—¡Eh! ¿Qué es eso, Mac Nabbs? —exclamó Paganel.

—Digo que los incidentes relativos al descubrimiento de Australia quizá no os son todos conocidos.

—¡Vaya! —exclamó Paganel con un supremo movimiento de orgullo.

—Y si os cito uno que no sabéis, ¿me devolvéis la carabina? —preguntó Mac Nabbs.

—Al instante, mayor.

—¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—Bien. ¿Sabéis, Paganel, por qué Australia no pertenece a Francia?

—Pero me parece...

—O, al menos, ¿qué razón dan de ello los ingleses?

—No, mayor —respondió Paganel con aire contrariado.

—Es sencillamente porque el capitán Baudin, que no era tímido sin embargo, tuvo tanto miedo en 1802 del croar de las ranas australianas que levó anclas a toda prisa y huyó para no volver jamás.

—¿Cómo? —exclamó el sabio—. ¿Eso se dice en Inglaterra? ¡Pero eso es una broma de mal gusto!

—Muy mala, lo reconozco —respondió el mayor—, pero es histórica en el reino unido.

—¡Es una indignidad! —exclamó el patriótico geógrafo—. ¿Y eso se repite en serio?

—Me veo obligado a reconocerlo, mi querido Paganel —respondió Glenarvan en medio de una carcajada general—. ¡Cómo! ¿Ignorabais esta particularidad?

—En absoluto. ¡Pero protesto! Por lo demás, ¡los ingleses nos llaman «comedores de ranas»! Pues bien, en general no se tiene miedo de lo que uno come.

—No por eso se deja de decir, Paganel —respondió el mayor sonriendo modestamente.

Y así fue como esa famosa carabina de Purdey Moore y Dickson siguió siendo propiedad del mayor Mac Nabbs.

Capítulo V. Las cóleras del océano Índico

Dos días después de esa conversación, John Mangles, habiendo tomado el punto del mediodía, anunció que el *Duncan* se encontraba a 113° 37' de longitud. Los pasajeros consultaron la carta del barco y vieron, no sin gran satisfacción, que apenas cinco grados les separaban del cabo Bernouilli.

Entre ese cabo y la punta de d'Entrecasteaux, la costa australiana describe un arco cuya cuerda es el paralelo treinta y siete. Si el *Duncan* hubiera remontado entonces hacia el ecuador, habría avistado prontamente el cabo Chatham, que le quedaba a ciento veinte millas al norte. Navegaba entonces por esa parte del mar de las Indias abrigada por el continente australiano.

Podía esperarse, pues, que en cuatro días el cabo Bernouilli se relevaría en el horizonte.

El viento del oeste había favorecido hasta entonces la marcha del yate; pero desde hacía algunos días mostraba tendencia a aminorar; poco a poco amainó. El 13 de diciembre cayó del todo, y las velas inertes colgaban a lo largo de los palos.

El *Duncan*, sin su poderosa hélice, habría quedado encadenado por las calmas del océano.

Ese estado de la atmósfera podía prolongarse indefinidamente. Por la tarde, Glenarvan conversaba a ese respecto con John Mangles. El joven capitán, que veía vaciarse sus pañoles de carbón, parecía muy contrariado por esa caída del viento. Había cubierto su navío de velas, izado sus bonetas y velas de estay para aprovechar los menores soplos; pero, según la expresión de los marineros, no había con qué llenar un sombrero.

—En todo caso —dijo Glenarvan—, no hay que quejarse demasiado; más vale ausencia de viento que viento contrario.

—Vuestra señoría tiene razón —respondió John Mangles—; pero precisamente estas calmas súbitas traen cambios de tiempo. Por eso las temo; navegamos en el límite de los monzones que, de octubre a abril, soplan del noreste, y como nos tomen de proa, nuestra marcha se verá muy retrasada.

—¿Qué queréis, John? Si viniera esa contrariedad, habría que someterse. No sería más que un retraso, después de todo.

—Sin duda, si la tempestad no se mezcla en ello.

—¿Teméis el mal tiempo? —dijo Glenarvan examinando el cielo, que, sin embargo, del horizonte al cenit aparecía libre de nubes.

—Sí —respondió el capitán—, os lo digo a vuestra señoría, pero no quisiera alarmar a lady Glenarvan ni a la señorita Grant.

—Y obráis con cordura. ¿Qué ocurre?

—Amenazas ciertas de mal tiempo. No os fiéis del aspecto del cielo, milord. Nada más engañoso. Desde hace dos días el barómetro baja de manera inquietante; está en este momento a veintisiete pulgadas. Es una advertencia que no puedo ignorar. Ahora bien, temo particularmente las cóleras del mar austral, pues ya me he enfrentado a ellas. Los vapores que van a condensarse en los inmensos glaciares del polo sur producen una llamada de aire de extrema violencia. De ahí una lucha de los vientos polares y ecuatoriales que crea los ciclones, las tornadas, y esas formas múltiples de las tempestades contra las que un navío no lucha sin desventaja.

—John —respondió Glenarvan—, el *Duncan* es un barco sólido, su capitán un marino hábil. ¡Que venga la tormenta, y sabremos defendernos!

John Mangles, al expresar sus temores, obedecía a su instinto de hombre de mar. Era un hábil «weatherwise», expresión inglesa que se aplica a los observadores del tiempo. La caída persistente del barómetro le hizo tomar a bordo todas las medidas de prudencia.

Esperaba una tempestad violenta que el estado del cielo no indicaba todavía, pero su instrumento infalible no podía engañarle; las corrientes atmosféricas acuden de los lugares donde la columna de mercurio está alta hacia aquellos donde desciende; cuanto más cercanos están esos lugares, más rápidamente se restablece el nivel en las capas aéreas, y mayor es la velocidad del viento.

John permaneció en cubierta durante toda la noche. Hacia las once, el cielo se encapotó por el sur. John hizo subir a toda su gente arriba y arriar las velas pequeñas; no conservó más que su mesana, su brigantina, su gavia y sus foques. A medianoche, el viento arreció. Soplaba temporal duro, es decir, que las moléculas de aire eran impulsadas con una velocidad de seis toesas por segundo. El crujido de los palos, el golpeteo de las maniobras en uso, el ruido seco de las velas al ser tomadas por momentos en facha, el gemido de los mamparos interiores, pusieron al corriente a los pasajeros de lo que aún ignoraban. Paganel, Glenarvan, el mayor y Robert aparecieron en cubierta, unos por curiosidad, otros dispuestos a actuar.

En ese cielo que habían dejado límpido y constelado rodaban nubes espesas, separadas por bandas moteadas como piel de leopardo.

—¿El huracán? —preguntó simplemente Glenarvan a John Mangles.

—Todavía no, pero pronto —respondió el capitán.

En ese momento dio la orden de tomar el último rizo de la gavia. Los marineros se lanzaron por los flechastes de barlovento, y no sin esfuerzo redujeron la superficie de la vela envolviéndola con sus tomadores sobre la verga arriada. John Mangles se empeñaba en conservar el mayor velamen posible, a fin de apoyar el yate y suavizar sus movimientos de balance.

Luego, tomadas esas precauciones, dio órdenes a Austin y al contramaestre para estar a punto ante el asalto del huracán, que no podía tardar en desencadenarse. Se dobló la trinca de las embarcaciones y las amarras de la droma. Se reforzaron los aparejos de costado del cañón. Se tensaron los obenques y brandales. Las escotillas fueron condenadas.

John, como un oficial en la coronación de una brecha, no abandonaba el lado de barlovento, y desde lo alto de la toldilla intentaba arrancar sus secretos a ese cielo tormentoso.

En ese momento, el barómetro había caído a veintiséis pulgadas, descenso que rara vez se produce en la columna barométrica, y el *storm-glass* indicaba la tempestad.

Era la una de la mañana. Lady Helena y la señorita Grant, violentamente sacudidas en su camarote, se aventuraron a salir a cubierta. El viento tenía entonces una velocidad de catorce toesas por segundo. Silbaba en las maniobras durmientes con extrema violencia. Esas cuerdas de metal, semejantes

a las de un instrumento, resonaban como si un gigantesco arco hubiera provocado sus rápidas oscilaciones; las poleas chocaban entre sí; las maniobras corrían con un chirrido agudo por sus roldanas rugosas; las velas detonaban como piezas de artillería; olas ya monstruosas acudían al asalto del yate, que se mecía como un alción en su espumosa cresta.

Cuando el capitán John vio a las pasajeras, fue rápidamente hacia ellas y les rogó que volviesen a la toldilla; algunas ramalazos de mar ya embarcaban, y la cubierta podía ser barrida de un momento a otro. El estrépito de los elementos era entonces tan ensordecedor que lady Helena apenas oía al joven capitán.

—¿No hay ningún peligro? —pudo decirle sin embargo durante una ligera calmada.

—Ninguno, señora —respondió John Mangles—; pero no podéis quedaros en cubierta, ni vos ni la señorita Mary.

Lady Glenarvan y la señorita Grant no resistieron a una orden que parecía un ruego, y volvieron bajo la toldilla en el momento en que una ola, rompiendo sobre la borda de popa, hizo temblar en sus compartimentos los cristales de la escotilla. En ese instante la violencia del viento se redobló; los palos se doblaron bajo la presión de las velas, y el yate pareció elevarse sobre las aguas.

—¡Cargad la mesana! —gritó John Mangles—. ¡Arriad la gavia y los foques!

Los marineros se precipitaron a su puesto de maniobra; se largaron las drizas, se tiraron de los cargueros, los foques fueron arriados con un ruido que dominaba el del cielo, y el *Duncan*, cuya chimenea vomitaba torrentes de humo negro, golpeaba desigualmente el mar con las ramas a veces emergidas de su hélice.

Glenarvan, el mayor, Paganel y Robert contemplaban con una admiración mezclada de espanto esa lucha del *Duncan* contra las olas; se aferraban fuertemente a los portafusiles de la borda sin poder intercambiar una sola palabra, y miraban las bandadas de petreles satánicos, esos fúnebres pájaros de las tempestades, que se cimbreaban en los vientos desencadenados.

En ese momento, un silbido ensordecedor se dejó oír por encima del ruido del huracán. El vapor escapó con violencia no por el tubo de escape sino

por las válvulas de la caldera; el pito de alarma resonó con fuerza inusitada; el yate dio una banda espantosa, y Wilson, que sostenía el timón, fue derribado por un golpe de caña inesperado. El *Duncan* venía a través de la mar y no gobernaba.

—¿Qué ocurre? —exclamó John Mangles precipitándose sobre el puente de mando.

—¡El navío se tumba! —respondió Tom Austin.

—¿Es que hemos perdido el timón?

—¡A la máquina! ¡A la máquina! —gritó la voz del maquinista.

John se precipitó hacia la máquina y bajó por la escala. Una nube de vapor llenaba la cámara; los pistones estaban inmóviles en los cilindros; las bielas no imprimían ningún movimiento al eje de cola. En ese momento, el maquinista, viendo inútiles sus esfuerzos y temiendo por sus calderas, cerró la admisión y dejó escapar el vapor por el tubo de escape.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán.

—La hélice está doblada o enganchada —respondió el maquinista—; ya no funciona.

—¿Cómo? ¿Es imposible desengancharlo?

—Imposible.

No era el momento de buscar remedio a ese accidente; había un hecho incontestable: la hélice no podía funcionar, y el vapor, al no trabajar más, había escapado por las válvulas.

John tenía pues que volver a sus velas, y buscar un auxiliar en ese viento que se había convertido en su más peligroso enemigo.

Subió y explicó en dos palabras la situación a lord Glenarvan; luego le urgió a que volviera a la toldilla con los demás pasajeros. Glenarvan quiso quedarse en cubierta.

—No, vuestra señoría —respondió John Mangles con voz firme—, debo estar solo aquí con mi tripulación. ¡Entrad! El navío puede escorarse y las olas os barrerían sin piedad.

—Pero podemos ser útiles...

—¡Entrad, entrad, milord, es necesario! ¡Hay circunstancias en que yo soy el amo a bordo! ¡Retiraos, lo exijo!

Para que John Mangles se expresara con semejante autoridad, era preciso que la situación fuera extrema.

Glenarvan comprendió que le correspondía dar el ejemplo de la obediencia. Abandonó pues la cubierta, seguido de sus tres compañeros, y se reunió con las dos pasajeras, que esperaban con angustia el desenlace de esa lucha con los elementos.

—¡Un hombre de carácter, mi valiente John! —dijo Glenarvan al entrar en la cámara.

—Sí —respondió Paganel—, me ha recordado a ese contramaestre de vuestro gran Shakespeare cuando exclama en el drama de *La tempestad*, al rey que lleva a bordo:

«¡Fuera de aquí! ¡Silencio! ¡A vuestros camarotes! Si no podéis imponer silencio a estos elementos, ¡callaos! ¡Fuera de mi camino, os digo!»

Entretanto, John Mangles no había perdido un segundo para sacar el navío de la peligrosa situación que le creaba su hélice enganchada. Resolvió mantenerse a la capa para alejarse lo menos posible de su ruta. Se trataba, pues, de conservar velas y bracearlas oblicuamente, de manera que presentaran el través a la tempestad. Se estableció la gavia al último rizo, una especie de trinqueta en el estay del palo mayor, y la caña fue puesta a sotavento.

El yate, dotado de grandes cualidades náuticas, evolucionó como un caballo rápido que siente el espolón, y ofreció el flanco a las invasoras olas. ¿Resistiría ese velamen tan reducido? Estaba hecho de la mejor lona de Dundee; pero ¿qué tejido puede resistir semejantes violencias?

Esta disposición de capa tenía la ventaja de ofrecer a las olas las partes más sólidas del yate y de mantenerlo en su dirección primitiva.

Sin embargo, no estaba exenta de peligro, pues el navío podía quedar atrapado en aquellos inmensos valles abiertos entre los mares y no conseguir salir de ellos. Pero John Mangles no tenía libertad de maniobra, y resolvió mantener la capa mientras no cayeran la arboladura y las velas. Su tripulación se mantenía bajo su vista, dispuesta a acudir adonde fuera nece-

saria su presencia. John, aferrado a los obenques, vigilaba el mar enfurecido.

El resto de la noche transcurrió en aquella situación. Se esperaba que la tempestad amainara al amanecer.

Vana esperanza. Hacia las ocho de la mañana arreció aún más, y el viento, con una velocidad de dieciocho toesas por segundo, se convirtió en huracán.

John no dijo nada, pero temblaba por su navío y por quienes llevaba a bordo. El *Duncan* caía en una banda espantosa; sus puntales crujían, y a veces los botalones de trinquete venían a fustigar la cresta de las olas. Hubo un instante en que la tripulación creyó que el yate no se enderzaría. Ya los marineros, hacha en mano, se lanzaban a cortar los obenques del palo mayor, cuando las velas, arrancadas de sus relíngas, salieron volando como gigantescos albatros.

El *Duncan* se irguió; pero, sin apoyo en las aguas, sin gobierno, fue zarandeado de manera espantosa, hasta el punto de que los palos amenazaban con romperse hasta en su carlinga. No podría soportar por mucho tiempo semejante balanceo, fatigaba en sus altos, y pronto sus costados abiertos, sus costuras reventadas, habrían de dejar paso a las aguas.

John Mangles no contaba ya más que con un recurso: izar una trinquetilla y huir ante el tiempo. Lo consiguió tras varias horas de trabajo deshecho veinte veces antes de completarse. No fue antes de las tres de la tarde cuando la trinqueta pudo izarse en el estay de trinquete y entregarse a la acción del viento.

Entonces, bajo aquel jirón de lona, el *Duncan* cayó en popa y comenzó a huir viento en popa con una rapidez incalculable. Corría así hacia el noreste, adonde le empujaba la tempestad. Era preciso que conservara la mayor velocidad posible, pues solo de ella dependía su seguridad. A veces, rebasando las olas que lo arrastraban consigo, las cortaba con su proa afilada, se hundía en ellas como un enorme cetáceo y dejaba barrer su cubierta de proa a popa. En otros momentos, su velocidad igualaba la de los mares, su timón perdía toda eficacia y hacía enormes guiñadas que amenazaban con echarlo en través. Finalmente, ocurría también que las olas corrían más deprisa que él bajo el soplo del huracán; saltaban entonces por encima de la

coronación, y toda la cubierta era barrida de popa a proa con una violencia irresistible.

Fue en aquella alarmante situación, en medio de alternativas de esperanza y desesperación, como transcurrieron la jornada del 15 de diciembre y la noche siguiente. John Mangles no abandonó ni un instante su puesto; no tomó ningún alimento; lo atormentaban temores que su impasible semblante no quería traicionar, y su mirada buscaba con obstinación penetrar las nieblas amontonadas en el norte.

En efecto, tenía sobrados motivos para temer. El *Duncan*, apartado de su ruta, corría hacia la costa australiana con una velocidad que nada podía detener. John Mangles sentía también, por instinto, no de otro modo, que una corriente de rayo lo arrastraba.

A cada instante temía el choque contra un escollo en el que el yate se habría hecho mil pedazos. Calculaba que la costa no podía encontrarse a menos de doce millas a sotavento. Y la tierra es el naufragio, es la pérdida de un barco.

Cien veces es preferible el inmenso océano, contra cuyas furias puede defenderse un navío, aunque sea cediéndole terreno. Pero cuando la tempestad lo arroja contra las costas, está perdido.

John Mangles fue a buscar a lord Glenarvan; lo apartó para hablar en privado; le describió la situación sin atenuar su gravedad; la encaró con la sangre fría de un marino dispuesto a todo, y terminó diciendo que quizás se vería obligado a lanzar el *Duncan* a la costa.

—Para salvar a quienes lleva, si es posible, *milord*.

—Hacedlo, John —respondió Glenarvan.

—¿Y lady Helena? ¿La señorita Grant?

—No las avisaré hasta el último momento, cuando se haya perdido toda esperanza de mantenerse en el mar. Avisadme.

—Os avisaré, *milord*.

Glenarvan volvió junto a las pasajeras, quienes, sin conocer todo el peligro, lo presentían inminente.

Mostraban un gran valor, igual al menos al de sus compañeros. Paganel se entregaba a las más inoportunas teorías sobre la dirección de las corrientes atmosféricas; hacía a Robert, que le escuchaba, interesantes comparaciones entre los torbellinos, los ciclones y las tempestades rectilíneas. En cuanto al mayor, esperaba el desenlace con el fatalismo de un musulmán. Hacia las once, el huracán pareció amainar un poco, las húmedas nieblas se disiparon y, en un rápido claro, John pudo ver una tierra baja que le quedaba a seis millas a sotavento. Corría directo hacia ella. Unas olas monstruosas rompían a una altura prodigiosa, de cincuenta pies y más. John comprendió que encontraban allí un punto de apoyo sólido para rebotar a tal elevación.

—Hay bancos de arena —dijo a Austin.

—Eso pienso yo también —respondió el segundo.

—Estamos en manos de Dios —continuó John—. Si Él no nos ofrece un paso practicable para el *Duncan*, y si no nos conduce por él, estamos perdidos.

—La marea está alta en este momento, capitán; quizá podamos franquear esos bancos.

—Pero fijaos, Austin, en la furia de esas olas. ¿Qué navío podría resistirlas? Roguemos a Dios que nos auxilie, amigo mío.

Sin embargo, el *Duncan*, bajo su trinquetilla, corría hacia la costa con una velocidad aterradora. Pronto no se encontraba ya más que a dos millas de las orillas del banco. Las brumas ocultaban a cada instante la tierra.

No obstante, John creyó entrever más allá de aquella franja espumosa una cuenca más tranquila. Allí el *Duncan* se hallaría en una relativa seguridad.

Pero ¿cómo pasar?

John hizo subir a sus pasajeros a cubierta; no quería que, llegada la hora del naufragio, estuviesen encerrados en la cámara de popa. Glenarvan y sus compañeros contemplaron el mar espantoso. Mary Grant palideció.

—John —dijo en voz baja Glenarvan al joven capitán—, intentaré salvar a mi esposa, o pereceré con ella. Hazte cargo de la señorita Grant.

—Sí, señoría —respondió John Mangles, llevándose la mano del lord a sus ojos húmedos.

El *Duncan* no se encontraba ya más que a algunos cables del pie de los bancos. El mar, alto en aquel momento, sin duda habría dejado agua suficiente bajo la quilla del yate para permitirle franquear aquellos peligrosos bajos fondos. Pero entonces las enormes olas, levantándolo y abandonándolo alternativamente, debían hacerle tocar fondo indefectiblemente. ¿Existía pues algún medio de suavizar los movimientos de esas mares, de facilitar el deslizamiento de sus moléculas líquidas, en una palabra, de calmar aquel mar tumultuoso?

John Mangles tuvo una última idea.

—¡Aceite! —gritó—. ¡Muchachos, echad aceite! ¡Echad aceite!

Estas palabras fueron comprendidas rápidamente por toda la tripulación. Se trataba de emplear un medio que en ocasiones surte efecto: puede aplacarse la furia de las olas cubriéndolas con una capa de aceite; esta capa flota y destruye el choque de las aguas, que lubrica. El efecto es inmediato, pero pasajero.

Cuando un navío ha franqueado ese mar artificial, el mar redobla sus furias, y ay de quien se aventure a seguirle. Los barriles que contenían la provisión de aceite de foca fueron subidos al castillo de proa por la tripulación, cuyas fuerzas había centuplicado el peligro. Allí fueron abiertos a hachazos y colgados sobre las amuradas de estribor y babor.

—¡Aguantad! —gritó John Mangles, al acecho del momento favorable.

En veinte segundos, el yate alcanzó la entrada del paso, bloqueado por una barra mugiente. Era el instante.

—¡A la gracia de Dios! —gritó el joven capitán.

Los barriles fueron volcados y de sus flancos se derramaron ríos de aceite. Al instante, la capa untuosa niveló, por así decir, la espumosa superficie del mar. El *Duncan* voló sobre las aguas calmadas y se encontró pronto en una cuenca apacible, más allá de los temibles bancos.

Capítulo VI. El cabo Bernouilli

El primer cuidado de John Mangles fue fondear sólidamente su navío con dos anclas. Dio fondo en cinco brazas de agua. El fondo era bueno, una grava dura que ofrecía un excelente agarre. Por lo tanto, ningún temor de garrar ni de varar con la bajamar. El *Duncan*, tras tantas horas de peligro, se encontraba en una especie de ensenada abrigada por una alta punta circular de los vientos de alta mar.

Lord Glenarvan había estrechado la mano del joven capitán diciéndole: «Gracias, John.»

Y John se sintió generosamente recompensado con esas dos solas palabras. Glenarvan guardó para sí el secreto de sus angustias, y ni lady Helena, ni Mary Grant, ni Robert sospecharon la gravedad de los peligros de los que acababan de escapar.

Quedaba por esclarecer un punto importante. ¿En qué lugar de la costa había sido arrojado el *Duncan* por aquella formidable tempestad? ¿Dónde reanudaría su acostumbrado paralelo? ¿A qué distancia le quedaba el cabo Bernouilli al suroeste? Tales fueron las primeras preguntas dirigidas a John Mangles. Este hizo inmediatamente sus marcaciones y señaló sus observaciones en la carta del barco.

En suma, el *Duncan* no se había desviado demasiado de su ruta: apenas dos grados. Se encontraba por 136° 12' de longitud y 35° 07' de latitud, en el cabo Catástrofe, situado en una de las puntas de Australia Meridional, y a trescientas millas del cabo Bernouilli.

El cabo Catástrofe, de nombre de funesto augurio, tiene como pendant el cabo Borda, formado por un promontorio de la isla Canguro. Entre estos

dos cabos se abre el estrecho del Investigator, que conduce a dos golfos bastante profundos, uno al norte, el golfo Spencer, y otro al sur, el golfo Saint-Vincent.

En la costa oriental de este último está enclavado el puerto de Adelaida, capital de la provincia denominada Australia Meridional. Esta ciudad, fundada en 1836, cuenta con cuarenta mil habitantes y ofrece recursos bastante completos. Pero está más ocupada en cultivar un suelo fecundo, en explotar sus viñedos y sus naranjos y todas sus riquezas agrícolas, que en crear grandes empresas industriales. Su población cuenta menos ingenieros que agricultores, y el espíritu general está poco inclinado hacia las operaciones comerciales o las artes mecánicas.

¿Podría el *Duncan* reparar sus averías? Era la cuestión a resolver. John Mangles quiso saber a qué atenerse. Hizo bucear a popa del yate; sus buzos le comunicaron que una de las palas de la hélice estaba torcida y rozaba contra el codaste: de ahí la imposibilidad del movimiento de rotación. Esta avería fue calificada de grave, bastante grave incluso para exigir un utillaje que no se encontraría en Adelaida.

Glenarvan y el capitán John, tras maduras reflexiones, tomaron la siguiente resolución: el *Duncan* seguiría a la vela el contorno de las costas australianas, buscando las huellas del *Britannia*; se detendría en el cabo Bernouilli, donde se tomarían las últimas informaciones, y continuaría su ruta hacia el sur hasta Melbourne, donde sus averías podrían repararse fácilmente.

Reparada la hélice, el *Duncan* iría a cruzar por las costas orientales para completar la serie de sus investigaciones.

Esta proposición fue aprobada. John Mangles resolvió aprovechar el primer viento favorable para hacerse a la mar. No esperó mucho. Hacia la tarde, el huracán había cesado por completo. Le sucedió una brisa manejable que soplaba del suroeste. Se hicieron los preparativos para zarpar. Se envergaron nuevas velas. A las cuatro de la mañana, los marineros viraron en el cabrestante. Pronto el ancla quedó a pique, se arpó, y el *Duncan*, bajo su trinquete, su gavía, su juanete, sus foques, su cangreja y su vela de abanico, corrió lo más orzado posible, con amuras a estribor, al viento de las costas australianas.

Dos horas después, perdió de vista el cabo Catástrofe y se encontró por el través del estrecho del Investigator. Por la tarde, el cabo Borda fue rebasado y la isla Canguro prolongada a algunos cables. Es la mayor de las pequeñas islas australianas, y sirve de refugio a los deportados fugitivos. Su aspecto era encantador. Inmensos tapices de verdura revestían las rocas estratificadas de sus riberas. Se veían, como en tiempos de su descubrimiento, en 1802, innumerables bandadas de *canguros* saltar por los bosques y las llanuras.

Al día siguiente, mientras el *Duncan* bordejeaba, sus embarcaciones fueron enviadas a tierra con la misión de examinar los acantilados de la costa.

Se encontraba entonces en el trigésimosexto paralelo, y hasta el trigésimo octavo Glenarvan no quería dejar ningún punto sin explorar.

Durante la jornada del 18 de diciembre, el yate, que ceñía como un verdadero clíper bajo su velamen completamente desplegado, bordeó la ribera de la bahía Encounter. Fue allí donde en 1828 el explorador Sturt llegó tras descubrir el Murray, el mayor río de Australia Meridional. Ya no eran las riberas verdecidas de la isla Canguro, sino escarpados áridos que rompían a veces la uniformidad de una costa baja y recortada, aquí y allá algún acantilado gris o promontorios de arena, en fin, toda la aridez de un continente polar.

Las embarcaciones durante esta navegación realizaron un duro servicio. Los marineros no se quejaron de ello.

Casi siempre Glenarvan, su inseparable Paganel y el joven Robert les acompañaban. Querían buscar con sus propios ojos algún vestigio del *Britannia*. Pero aquella escrupulosa exploración no reveló nada del naufragio. Las costas australianas fueron tan mudas a este respecto como las tierras patagónicas. Sin embargo, no debía perderse toda esperanza mientras no se alcanzara el punto preciso indicado por el documento. Se obraba así solo por exceso de prudencia, y para no dejar nada al azar. Durante la noche, el *Duncan* se ponía en facha, de modo que se mantuviera en su lugar en la medida de lo posible, y, de día, la costa era rastreada con cuidado.

Fue así como, el 20 de diciembre, se llegó al cabo Bernouilli, que cierra la bahía Lacépède, sin haber encontrado el menor vestigio de naufragio.

Pero aquel fracaso no probaba nada en contra del capitán del *Britannia*.

En efecto, desde hacía dos años, época a la que se remontaba la catástrofe, el mar había podido, había debido dispersar y corroer los restos del navío de tres palos y arrancarlos del escollo. Por lo demás, los indígenas, que huelen los naufragios como un buitre huele un cadáver, debían de haber recogido los más pequeños despojos. Además, Harry Grant y sus dos compañeros, hechos prisioneros en el momento en que las olas los arrojaban a la costa, habían sido sin duda alguna llevados al interior del continente.

Pero entonces caía una de las ingeniosas hipótesis de Jacques Paganel. Mientras se trataba del territorio argentino, el geógrafo podía con toda razón sostener que las cifras del documento se referían, no al teatro del naufragio, sino al lugar mismo del cautiverio. En efecto, los grandes ríos de la Pampa, sus numerosos afluentes, estaban allí para llevar al mar el precioso documento. Aquí, en cambio, en esta parte de Australia, son poco abundantes los cursos de agua que cortan el trigésimo séptimo paralelo; además, el Río Colorado y el Río Negro van a desembocar en el mar a través de playas desiertas, inhabitables e inhabitadas, mientras que los principales ríos australianos, el Murray, el Yarra, el Torrens, el Darling, o afluyen unos a otros, o se precipitan en el océano por desembocaduras que se han convertido en radas frecuentadas, en puertos donde la navegación es activa. ¿Qué probabilidad había, pues, de que una frágil botella hubiera podido descender el curso de esas aguas incesantemente recorridas y llegar al océano Índico?

Esta imposibilidad no podía escapar a espíritus perspicaces. La hipótesis de Paganel, plausible en la Patagonia y en las provincias argentinas, habría resultado, pues, ilógica en Australia. Paganel lo reconoció en una discusión que fue suscitada a este respecto por el mayor Mac Nabbs. Se hizo evidente que los grados consignados en el documento solo se aplicaban al lugar del naufragio, que por consiguiente la botella había sido arrojada al mar en el lugar donde se quebró el *Britannia*, en la costa occidental de Australia.

Sin embargo, y como observó justamente Glenarvan, esta interpretación definitiva no excluía la hipótesis del cautiverio del capitán Grant. Este, por lo demás, lo hacía presagiar en su documento con estas palabras, de las que había que tener en cuenta: *donde serán prisioneros de crueles indígenas*.

Pero ya no existía ninguna razón para buscar a los prisioneros en el trigésimo séptimo paralelo más que en cualquier otro.

Esta cuestión, largamente debatida, recibió así su solución definitiva y trajo las siguientes consecuencias: si no se encontraban huellas del *Britannia* en el cabo Bernouilli, lord Glenarvan no tenía más que regresar a Europa. Sus investigaciones habrían sido infructuosas, pero había cumplido su deber con valentía y conciencia.

Esto no dejó de entristecer particularmente a los pasajeros del yate, y de desesperar a Mary y Robert Grant. Al dirigirse a la orilla con lord y lady Glenarvan, John Mangles, Mac Nabbs y Paganel, los dos hijos del capitán se decían que la cuestión de la salvación de su padre iba a decidirse irrevocablemente. Irrevocablemente, puede decirse, pues Paganel, en una discusión anterior, había demostrado juiciosamente que los náufragos habrían sido repatriados desde hacía tiempo ya, si su navío se hubiera partido en los escollos de la costa oriental.

—¡Esperanza! ¡Esperanza! ¡Siempre esperanza! —repetía lady Helena a la joven, sentada junto a ella en la embarcación que las conducía a tierra—. ¡La mano de Dios no nos abandonará!

—Sí, señorita Mary —dijo el capitán John—, es en el momento en que los hombres han agotado los recursos humanos cuando el cielo interviene y, por algún hecho imprevisto, les abre nuevos caminos.

—¡Que Dios os oiga, señor John! —respondió Mary Grant.

La orilla no estaba ya más que a un cable; terminaba con pendientes bastante suaves el extremo del cabo, que se adentraba dos millas en el mar.

La embarcación atracó en una pequeña ensenada natural entre bancos de coral en vías de formación que, con el tiempo, deben formar un cinturón de arrecifes en la parte sur de Australia.

Tales como ya eran, bastaban para destruir el casco de un navío, y el *Britannia* bien podía haberse perdido allí con todo lo que llevaba.

Los pasajeros del *Duncan* desembarcaron sin dificultad en una costa absolutamente desierta. Unos acantilados de bandas estratificadas formaban una línea costera de sesenta a ochenta pies de altura. Habría sido difícil escalar aquella cortina natural sin escalas ni grapas. John Mangles, afortu-

nadamente, descubrió muy a propósito una brecha producida a media milla al sur por un derrumbe parcial del acantilado. El mar, sin duda, batía aquella barrera de toba friable durante sus grandes cóleras de equinoccio, y determinaba así la caída de las porciones superiores del macizo.

Glenarvan y sus compañeros se adentraron por la trinchera y llegaron a la cima del acantilado por una pendiente bastante empinada. Robert, como un gato joven, trepó un talud muy a pique y llegó el primero a la cresta superior, para desesperación de Paganel, humillado al ver sus largas piernas de cuarenta años vencidas por las pequeñas piernas de doce. Sin embargo, dejó muy atrás, y con mucho margen, al tranquilo mayor, a quien esto no le importaba en absoluto.

El pequeño grupo, pronto reunido, examinó la llanura que se extendía ante sus miradas. Era un vasto terreno inculto con matorrales y brezos, una tierra estéril que Glenarvan comparó con los *glens* de las tierras bajas de Escocia, y Paganel con las landas infértiles de Bretaña. Pero si esta tierra parecía deshabitada a lo largo de la costa, la presencia del hombre, no del salvaje, sino del trabajador, se revelaba en la lejanía por algunas construcciones de buen augurio.

—¡Un molino! —exclamó Robert.

A tres millas, en efecto, las aspas de un molino giraban al viento.

—En efecto, es un molino —respondió Paganel, que acababa de apuntar su largavistas hacia el objeto en cuestión—. He aquí un pequeño monumento tan modesto como útil, cuya vista tiene el privilegio de encantar mis ojos.

—Es casi un campanario —dijo lady Helena.

—Sí, señora, y si el uno muele el pan del cuerpo, el otro muele el pan del alma. Desde este punto de vista también se parecen.

—Vamos al molino —replicó Glenarvan.

Se pusieron en marcha. Tras media hora de caminata, el suelo, trabajado por la mano del hombre, se mostró bajo un nuevo aspecto. La transición del terreno estéril a la campiña cultivada fue brusca. En lugar de matorrales, vivos setos rodeaban un cercado recientemente desmontado; algunos bueyes y media docena de caballos pastaban en praderas rodeadas de robustas acacias traídas de los grandes viveros de la isla Canguro. Poco a poco

aparecieron campos cubiertos de cereales, algunos acres de terrenos erizados de doradas espigas, montones de heno alzados como grandes colmenas, huertos de frescas cercas, un hermoso jardín digno de Horacio, donde lo agradable se mezclaba con lo útil, luego cobertizos, dependencias sabiamente distribuidas; por último, una habitación sencilla y confortable, que el alegre molino dominaba con su piñón agudo y acariciaba con la sombra móvil de sus grandes aspas.

En ese momento, un hombre de unos cincuenta años, de fisonomía afable, salió de la casa principal, a los ladridos de cuatro grandes perros que anunciaban la llegada de los forasteros. Cinco hermosos y fuertes muchachos, sus hijos, le siguieron con su madre, una mujer alta y robusta. No cabía duda: aquel hombre, rodeado de su valiente familia, en medio de aquellas construcciones todavía nuevas, en aquella campiña casi virgen, presentaba el tipo acabado del colono irlandés que, harto de las miserias de su país, ha venido a buscar fortuna y felicidad al otro lado de los mares.

Glenarvan y los suyos no se habían presentado aún, no habían tenido tiempo de declarar ni sus nombres ni sus calidades, cuando ya les saludaban estas cordiales palabras:

—Forasteros, seáis bienvenidos a la casa de Paddy O'Moore.

—¿Sois irlandés? —dijo Glenarvan tomando la mano que le ofrecía el colono.

—Lo fui —respondió Paddy O'Moore—. Ahora soy australiano. Entrad, quienquiera que seáis, señores; esta casa es la vuestra.

No había más que aceptar sin ceremonia una invitación hecha con tanta gracia. Lady Helena y Mary Grant, conducidas por *mistress* O'Moore, entraron en la habitación, mientras los hijos del colono desarmaban a los visitantes.

Una vasta sala, fresca y clara, ocupaba la planta baja de la casa construida con fuertes tablones dispuestos horizontalmente. Algunos bancos de madera empotrados en las paredes pintadas de colores alegres, una decena de taburetes, dos arcones de roble en los que lucían loza blanca y jarras de estaño reluciente, una mesa larga y ancha a la que veinte comensales habrían cabido cómodamente, formaban un mobiliario digno de la sólida casa y de sus robustos habitantes.

El almuerzo del mediodía estaba servido. La sopera humeaba entre el rosbif y el gigot de cordero, rodeados de amplios platos de aceitunas, uvas y naranjas; lo necesario estaba allí; lo superfluo tampoco faltaba.

El anfitrión y la anfitriona tenían un aire tan atrayente, la mesa de aspecto tentador era tan vasta y tan abundantemente provista, que habría sido descortés no sentarse en ella. Ya los criados de la granja, iguales de su amo, venían a compartir su comida. Paddy O'Moore señaló con la mano el lugar reservado a los forasteros.

—Os esperaba —dijo sencillamente a lord Glenarvan.

—¿A nosotros? —respondió este, muy sorprendido.

—Siempre espero a quienes vienen —respondió el irlandés.

Luego, con voz grave, mientras su familia y sus servidores se mantenían de pie respetuosamente, recitó el benedicite. Lady Helena se sintió toda emocionada ante tan perfecta sencillez de costumbres, y una mirada de su marido le hizo comprender que la admiraba tanto como ella.

Se celebró el almuerzo con alborozo. La conversación se entabló en toda la línea. De escocés a irlandés, no hay más que tender la mano. El Tweed, ancho de algunas toesas, cava un foso más profundo entre Escocia e Inglaterra que las veinte leguas del canal de Irlanda que separan la vieja Caledonia de la verde Erín. Paddy O'Moore contó su historia.

Era la de todos los emigrantes a quienes la miseria expulsa de su país. Muchos vienen a buscar en la lejanía la fortuna, y solo encuentran decepciones y desgracias. Acusan a la suerte, olvidando acusar a su torpeza, a su pereza y a sus vicios. Quien es sobrio y valeroso, económico y valiente, triunfa.

Tal fue y tal era Paddy O'Moore. Dejó Dundalk, donde se moría de hambre, llevó a su familia hacia las tierras australianas, desembarcó en Adelaida, desdeñó los trabajos del minero por las fatigas menos azarosas del agricultor y, dos meses después, comenzó su explotación, hoy tan próspera.

Todo el territorio de Australia del Sur está dividido en porciones de ochenta acres cada una. Estos diversos lotes son cedidos a los colonos por

el gobierno, y con cada lote un laborioso agricultor puede ganar lo suficiente para vivir y ahorrar una suma neta de ochenta libras esterlinas.

Paddy O'Moore lo sabía. Sus conocimientos agronómicos le sirvieron mucho. Vivió, ahorró y adquirió nuevos lotes con los beneficios del primero. Su familia prosperó, y su explotación también. El labriego irlandés se convirtió en propietario rural, y aunque su establecimiento no contaba aún dos años de existencia, poseía entonces quinientas acres de suelo vivificado por sus cuidados, y quinientas cabezas de ganado. Era su propio amo, después de haber sido esclavo de los europeos, e independiente como puede serlo uno en el país más libre del mundo.

Sus huéspedes, ante aquel relato del emigrante irlandés, respondieron con sinceras y francas felicitaciones.

Paddy O'Moore, terminada su historia, esperaba, sin duda, confidencia por confidencia, pero sin provocarlas. Era de esos hombres discretos que dicen: esto es lo que soy, pero no os pregunto quiénes sois. Glenarvan, por su parte, tenía un interés inmediato en hablar del *Duncan*, de su presencia en el cabo Bernouilli y de las investigaciones que perseguía con infatigable perseverancia. Pero, como hombre que va directo al grano, interrogó primero a Paddy O'Moore sobre el naufragio del *Britannia*.

La respuesta del irlandés no fue favorable. Jamás había oído hablar de ese navío. Desde hacía dos años, ningún barco había venido a perderse en la costa, ni por encima del cabo ni por debajo. Ahora bien, la catástrofe databa de solo dos años. Podía, pues, afirmar con la más entera certeza que los náufragos no habían sido arrojados a aquella parte de las costas del oeste.

—Ahora, *milord* —añadió—, os preguntaré qué interés tenéis en hacerme esta pregunta.

Entonces Glenarvan contó al colono la historia del documento, el viaje del yate, los intentos realizados para encontrar al capitán Grant; no ocultó que sus más caras esperanzas se derrumbaban ante afirmaciones tan categóricas, y que desesperaba de encontrar jamás a los náufragos del *Britannia*.

Tales palabras debían producir una dolorosa impresión en los oyentes de Glenarvan. Robert y Mary estaban allí escuchándole, con los ojos anegados en lágrimas. Paganel no encontraba una sola palabra de consuelo y esperan-

za. John Mangles sufría un dolor que no podía aliviar. Ya la desesperación invadía el alma de aquellos hombres generosos a quienes el *Duncan* había llevado inútilmente a aquellas lejanas costas, cuando se oyeron estas palabras:

—*Milord*, alabad y dad gracias a Dios. ¡Si el capitán Grant está vivo, está vivo en tierra australiana!

Capítulo VII. Ayrton

La sorpresa que produjeron estas palabras no podría describirse. Glenarvan se había levantado de un salto y, apartando su silla:

—¿Quién habla así? —exclamó.

—Yo —respondió uno de los servidores de Paddy O'Moore, sentado al extremo de la mesa.

—¿Tú, Ayrton? —dijo el colono, no menos estupefacto que Glenarvan.

—Yo —respondió Ayrton con voz emocionada, pero firme—; yo, escocés como vos, *milord*; yo, uno de los náufragos del *Britannia*.

Esta declaración produjo un efecto indescriptible.

Mary Grant, medio desvanecida de emoción, medio moribunda de felicidad esta vez, se dejó caer en los brazos de lady Helena. John Mangles, Robert, Paganel, abandonando sus asientos, se precipitaron hacia quien Paddy O'Moore acababa de llamar Ayrton.

Era un hombre de cuarenta y cinco años, de ruda fisonomía, cuya mirada muy brillante se perdía bajo un arco superciliar profundamente hundido.

Su vigor debía de ser poco común, a pesar de la delgadez de su cuerpo. Era todo huesos y nervios, y, según una expresión escocesa, no perdía el tiempo en hacer carnes.

Una estatura mediana, los hombros anchos, un porte decidido, un semblante lleno de inteligencia y energía, aunque los rasgos fuesen duros, predisponían en su favor. La simpatía que inspiraba se acrecentaba aún por las huellas de una reciente miseria impresas en su rostro. Se veía que había

sufrido y mucho, aunque parecía hombre capaz de soportar los sufrimientos, de afrontarlos, de vencerlos.

Glenarvan y sus amigos habían sentido esto a primera vista.

La personalidad de Ayrton se imponía desde el primer momento.

Glenarvan, haciéndose intérprete de todos, lo acribillaba a preguntas a las que Ayrton respondía. El encuentro de Glenarvan y Ayrton había producido evidentemente en ambos una emoción recíproca.

Así, las primeras preguntas de Glenarvan se agolparon sin orden, y como a su pesar.

—¿Sois uno de los náufragos del *Britannia*? —preguntó.

—Sí, *milord*; el contramaestre del capitán Grant —respondió Ayrton.

—¿Salvado con él tras el naufragio?

—No, *milord*, no. En aquel terrible momento, fui separado, arrancado de la cubierta del navío, arrojado a la costa.

—¿No sois, pues, uno de los dos marineros de que hace mención el documento?

—No. No sabía de la existencia de ese documento. El capitán lo arrojó al mar cuando yo ya no estaba a bordo.

—¿Pero el capitán? ¿El capitán?

—Lo creía ahogado, desaparecido, hundido con toda la tripulación del *Britannia*. Pensaba haber sobrevivido yo solo.

—¡Pero habéis dicho que el capitán Grant estaba vivo!

—No. He dicho: si el capitán está vivo...

—Habéis añadido: ¡está en el continente australiano!

—No puede estar sino allí, en efecto.

—¿No sabéis, pues, dónde está?

—No, *milord*, os lo repito: lo creía sepultado en las aguas o destrozado contra las rocas. Sois vos quien me revela que quizás vive aún.

—Pero entonces, ¿qué sabéis? —preguntó Glenarvan.

—Solo esto: si el capitán Grant está vivo, está en Australia.

—¿Dónde tuvo lugar el naufragio? —dijo entonces el mayor Mac Nabbs.

Era la primera pregunta que debía formularse, pero, en el trastorno causado por aquel incidente, Glenarvan, ansioso ante todo por saber dónde se encontraba el capitán Grant, no se había informado del lugar donde el *Britannia* había naufragado. A partir de ese momento, la conversación, hasta entonces vaga, ilógica, que procedía a saltos, rozaba los asuntos sin profundizar en ellos, mezclaba los hechos e invertía las fechas, adoptó una marcha más razonada, y pronto los detalles de aquella oscura historia aparecieron nítidos y precisos en el espíritu de sus oyentes.

A la pregunta formulada por Mac Nabbs, Ayrton respondió en estos términos:

—Cuando fui arrancado del castillo de proa donde arriaba el foque, el *Britannia* corría hacia la costa de Australia. No se encontraba a más de dos cables de ella. El naufragio tuvo lugar, pues, en ese mismo lugar.

—¿Por los treinta y siete grados de latitud? —preguntó John Mangles.

—Por los treinta y siete grados —respondió Ayrton.

—¿En la costa oeste?

—¡No! En la costa este —replicó vivamente el contramaestre.

—¿Y en qué época?

—En la noche del 27 de junio de 1862.

—¡Es eso! ¡Es exactamente eso! —exclamó Glenarvan.

—Ya veis, pues, *milord* —añadió Ayrton—, que con razón he podido decir: si el capitán Grant vive aún, es en el continente australiano donde hay que buscarlo, y no en otro lugar.

—¡Y lo buscaremos, y lo encontraremos, y lo salvaremos, amigo mío! —exclamó Paganel—. ¡Ah, precioso documento! —añadió con una ingenuidad perfecta—. Hay que reconocer que has caído en manos de gente muy perspicaz.

Nadie, sin duda, oyó las lisonjeras palabras de Paganel. Glenarvan y lady Helena, Mary y Robert se habían apresurado a rodear a Ayrton.

Le estrechaban las manos. Parecía que la presencia de aquel hombre fuera una prenda segura de la salvación de Harry Grant. Puesto que el marinero había escapado de los peligros del naufragio, ¿por qué no habría salido el capitán sano y salvo de aquella catástrofe? Ayrton repetía de buen grado que el capitán Grant debía de estar vivo como él. Dónde, no sabría decirlo, pero con certeza en aquel continente. Respondía a las mil preguntas de que era objeto con una inteligencia y una precisión notables. La señorita Mary, mientras él hablaba, le retenía una mano entre las suyas. ¡Era un compañero de su padre, aquel marinero, uno de los marinos del *Britannia*! ¡Había vivido cerca de Harry Grant, surcando con él los mares, afrontando los mismos peligros!

Mary no podía apartar sus ojos de aquella ruda fisonomía y lloraba de felicidad.

Hasta aquel momento, nadie había tenido la idea de poner en duda la veracidad y la identidad del contramaestre.

Solo el mayor y quizás John Mangles, menos prestos a dejarse convencer, se preguntaban si las palabras de Ayrton merecían una entera confianza. Su imprevisto encuentro podía suscitar algunas sospechas.

Ciertamente, Ayrton había citado hechos y fechas concordantes, particularidades llamativas. Pero los detalles, por exactos que sean, no constituyen una certeza, y generalmente, como se ha observado, la mentira se afirma mediante la precisión de los detalles. Mac Nabbs reservó, pues, su opinión y se abstuvo de pronunciarse.

En cuanto a John Mangles, sus dudas no resistieron mucho tiempo las palabras del marinero, y lo tuvo por verdadero compañero del capitán Grant cuando lo oyó hablar de su padre a la joven.

Ayrton conocía perfectamente a Mary y a Robert. Los había visto en Glasgow en el momento de la partida del *Britannia*. Recordó su presencia en aquel almuerzo de despedida dado a bordo a los amigos del capitán. El sheriff MacIntyre también estaba presente.

Robert había sido confiado —no tenía aún diez años— al cuidado de Dick Turner, el contramaestre de a bordo, y se le escapó para trepar a las crucetas del juanete.

—Es verdad, es verdad —decía Robert Grant.

Y Ayrton evocaba así mil pequeños hechos, sin aparentar darles la importancia que les otorgaba John Mangles. Y cuando se detenía, Mary le decía con su dulce voz:

—Más, señor Ayrton, ¡habladnos más de nuestro padre!

El contramaestre satisfizo en la medida de sus posibilidades los deseos de la joven. Glenarvan no quería interrumpirle, y sin embargo veinte preguntas más útiles se agolpaban en su espíritu; pero lady Helena, mostrándole la alegre emoción de Mary, detenía sus palabras.

Fue en el curso de aquella conversación como Ayrton relató la historia del *Britannia* y su viaje a través de los mares del Pacífico. Mary Grant la conocía en gran parte, puesto que las noticias del navío llegaban hasta el mes de mayo del año 1862. Durante aquel período de un año, Harry Grant tocó en las principales tierras de la Oceanía. Recaló en las Hébridas, en Nueva Guinea, en Nueva Zelanda, en Nueva Caledonia, topándose con tomas de posesión a menudo poco justificadas, sufriendo la mala voluntad de las autoridades inglesas, pues su navío estaba señalado en las colonias británicas. Sin embargo, había encontrado un punto importante en la costa occidental de la Papuasia; allí, el establecimiento de una colonia escocesa le pareció factible y su prosperidad asegurada; en efecto, un buen puerto de escala en la ruta de las Molucas y las Filipinas debía atraer navíos, sobre todo cuando la apertura del istmo de Suez hubiera suprimido la vía del cabo de Buena Esperanza. Harry Grant era de quienes preconizaban en Inglaterra la obra del señor De Lesseps y no arrojaban rivalidades políticas en medio de un gran interés internacional.

Tras aquel reconocimiento de la Papuasia, el *Britannia* fue a reaprovisionarse en El Callao, y salió de aquel puerto el 30 de mayo de 1862, para regresar a Europa por el océano Índico y la ruta del Cabo. Tres semanas después de su partida, una espantosa tempestad desarboló el navío. Quedó acampanado. Hubo que cortar la arboladura. Se declaró una vía de agua en los fondos, que no consiguieron tapar. La tripulación quedó pronto extenuada, al límite de sus fuerzas. No pudieron achicar las bombas. Durante ocho días, el *Britannia* fue juguete de los huracanes. Tenía seis pies de agua en su bodega. Se hundía poco a poco. Las embarcaciones habían sido arrebatadas durante la tempestad. Había que perecer a bordo, cuando, en la noche del 27 de junio, tal como Paganel había comprendido perfectamente, se divisó la

ribera oriental de Australia. Pronto el navío hizo costa. Se produjo un violento choque. En ese momento, Ayrton, arrastrado por una ola, fue arrojado en medio de los rompientes y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, estaba en manos de los indígenas, que lo arrastraron al interior del continente. Desde entonces, no volvió a saber nada del *Britannia* y supuso, no sin razón, que había perecido con todo lo que llevaba en los peligrosos arrecifes de Twofold Bay. Aquí terminaba el relato relativo al capitán Grant. Provocó más de una dolorosa exclamación. El mayor no habría podido sin injusticia dudar de su autenticidad. Pero, tras la historia del *Britannia*, la historia particular de Ayrton debía presentar un interés más inmediato aún. En efecto, Grant, no cabía duda, gracias al documento, había sobrevivido al naufragio con dos de sus marineros, al igual que el propio Ayrton. De la suerte del uno podía razonablemente concluirse la suerte del otro. Ayrton fue, pues, invitado a relatar sus aventuras.

Fueron muy simples y muy breves.

El marinero náufrago, prisionero de una tribu indígena, se vio llevado a aquellas regiones interiores bañadas por el Darling, es decir, a cuatrocientas millas al norte del trigésimo séptimo paralelo. Allí vivió muy miserablemente, porque la tribu era miserable ella misma, pero sin ser maltratado. Fueron dos largos años de un penoso cautiverio. Sin embargo, la esperanza de recobrar su libertad le sostenía el ánimo.

Espiaba la menor ocasión de escapar, aunque su huida debía arrojarlo en medio de innumerables peligros.

Una noche de octubre de 1864 burló la vigilancia de los naturales y desapareció en la profundidad de inmensos bosques. Durante un mes, viviendo de raíces, de helechos comestibles, de gomas de mimosas, erró en medio de aquellas vastas soledades, guiándose de día por el sol, de noche por las estrellas, abatido con frecuencia por la desesperación. Atravesó así pantanos, ríos, montañas, toda aquella porción deshabitada del continente que raros viajeros han surcado con sus audaces itinerarios. Por fin, moribundo, extenuado, llegó a la hospitalaria morada de Paddy O'Moore, donde encontró una existencia feliz a cambio de su trabajo.

—Y si Ayrton se alaba de mí —dijo el colono irlandés, cuando aquel relato hubo concluido—, yo no tengo más que alabarme de él. Es un hombre in-

teligente, valiente, un buen trabajador, y, si le place, la morada de Paddy O'Moore será durante mucho tiempo la suya.

Ayrton agradeció al irlandés con un gesto y esperó a que le fueran dirigidas nuevas preguntas. Se decía, sin embargo, que la legítima curiosidad de sus oyentes debía de quedar satisfecha. ¿Qué podría responder en adelante que no hubiera sido dicho ya cien veces? Glenarvan iba, pues, a abrir la discusión sobre un nuevo plan a combinar, aprovechando el encuentro con Ayrton y sus informaciones, cuando el mayor, dirigiéndose al marinero, le dijo:

—¿Erais contramaestre a bordo del *Britannia*?

—Sí —respondió Ayrton sin vacilar.

Pero, comprendiendo que cierto sentimiento de desconfianza, una duda, por leve que fuera, había dictado al mayor aquella pregunta, añadió:

—Por lo demás, he salvado del naufragio mi contrato de embarque.

Y salió inmediatamente de la sala común para ir a buscar aquel documento oficial. Su ausencia no duró ni un minuto. Pero Paddy O'Moore tuvo tiempo de decir:

—*Milord*, os doy a Ayrton por un hombre honrado. Desde hace dos meses que está a mi servicio, no tengo un solo reproche que hacerle. Conocía la historia de su naufragio y de su cautiverio. Es un hombre leal, digno de toda vuestra confianza.

Glenarvan iba a responder que jamás había dudado de la buena fe de Ayrton, cuando este entró de nuevo y presentó su contrato en regla. Era un papel firmado por los armadores del *Britannia* y por el capitán Grant, cuya letra Mary reconoció perfectamente.

Hacía constar que «Tom Ayrton, marinero de primera clase, era contratado como contramaestre a bordo del navío de tres palos *Britannia*, de Glasgow». Ya no había, pues, duda posible sobre la identidad de Ayrton, pues habría sido difícil admitir que aquel contrato estuviera en sus manos sin pertenecerle.

—Ahora —dijo Glenarvan—, hago un llamamiento a los consejos de todos y suscito una discusión inmediata sobre lo que conviene hacer. Vuestras

opiniones, Ayrton, nos serán particularmente valiosas, y os quedaré muy agradecido si queréis dárnoslas.

Ayrton reflexionó unos instantes, y respondió en estos términos:

—Os agradezco, *milord*, la confianza que tenéis en mí, y espero mostrarme digno de ella. Tengo algún conocimiento de este país, de las costumbres de los indígenas, y si puedo seros útil...

—Sin duda alguna —respondió Glenarvan.

—Pienso como vos —respondió Ayrton— que el capitán Grant y sus dos marineros se salvaron del naufragio; pero, puesto que no han llegado a las posesiones inglesas, puesto que no han vuelto a aparecer, no dudo de que su suerte haya sido la mía, y que sean prisioneros de alguna tribu de naturales.

—Repetís ahí, Ayrton, los argumentos que yo mismo ya he hecho valer —dijo Paganel—. Los náufragos son evidentemente prisioneros de los indígenas, tal como lo temían. Pero ¿debemos pensar que, como vos, han sido llevados al norte del trigésimo séptimo grado?

—Es de suponer, señor —respondió Ayrton—; las tribus enemigas no suelen establecerse en la vecindad de los distritos sometidos a los ingleses.

—Eso complicará nuestras investigaciones —dijo Glenarvan, bastante desconcertado—. ¿Cómo encontrar el rastro de los prisioneros en el interior de un continente tan vasto?

Un prolongado silencio acogió esta observación.

Lady Helena interrogaba con la mirada a todos sus compañeros sin obtener respuesta. El propio Paganel permanecía mudo, contra su costumbre. Su ingeniosidad habitual le faltaba. John Mangles paseaba a grandes zancadas por la sala común, como si estuviera sobre la cubierta de su navío, en cierto apuro.

—Y vos, señor Ayrton —dijo entonces lady Helena al marinero—, ¿qué haríais?

—Señora —respondió Ayrton con cierta viveza—, me embarcaría de nuevo a bordo del *Duncan* e iría directamente al lugar del naufragio. Allí tomaría consejo de las circunstancias, y quizás de indicios que el azar pudiera proporcionar.

—Bien —dijo Glenarvan—; solo que habrá que esperar a que el *Duncan* esté reparado.

—¿Ah, habéis sufrido averías? —preguntó Ayrton.

—Sí —respondió John Mangles.

—¿Graves?

—No, pero exigen un utillaje del que no disponemos a bordo. Una de las palas de la hélice está torcida y solo puede repararse en Melbourne.

—¿No podéis ir a la vela? —preguntó el contramaestre.

—Sí, pero, por poco que los vientos contrarien al *Duncan*, tardaría un tiempo considerable en llegar a Twofold Bay, y en cualquier caso tendrá que volver a Melbourne.

—¡Pues bien, que vaya a Melbourne! —exclamó Paganel—, ¡y nosotros iremos sin él a la bahía Twofold!

—¿Y cómo? —preguntó John Mangles.

—Atravesando Australia como hemos atravesado América, siguiendo el trigésimo séptimo paralelo.

—Pero el *Duncan*... —insistió Ayrton de una manera muy particular.

—El *Duncan* nos reunirá, o nosotros nos reuniremos al *Duncan*, según las circunstancias. Si el capitán Grant es encontrado durante nuestra travesía, regresamos juntos a Melbourne. Si, por el contrario, proseguimos nuestras investigaciones hasta la costa, el *Duncan* vendrá a reunirse con nosotros allí. ¿Quién tiene objeciones que hacer a este plan? ¿El mayor?

—No —respondió Mac Nabbs—, si la travesía de Australia es practicable.

—Tan practicable —respondió Paganel—, que propongo a lady Helena y a la señorita Grant que nos acompañen.

—¿Habláis en serio, Paganel? —preguntó Glenarvan.

—Muy en serio, mi querido lord. ¡Es un viaje de trescientas cincuenta millas, no más! A doce millas por día, durará apenas un mes, es decir, el tiempo necesario para las reparaciones del *Duncan*. ¡Ah! Si se tratara de atravesar el continente australiano bajo una latitud más baja, si hubiera que

cruzarlo en su mayor anchura, atravesar esos inmensos desiertos donde el calor es tórrido, hacer en fin lo que los viajeros más audaces no han intentado todavía, eso sería distinto. ¡Pero este trigésimo séptimo paralelo corta la provincia de Victoria, un país inglés si los hay, con carreteras, vías férreas, y poblado en gran parte a lo largo de este trayecto! Es un viaje que se hace en calesa, si se quiere, o en carro, lo que es aún preferible. Es un paseo de Londres a Edimburgo. No es otra cosa.

—¿Pero los animales feroces? —dijo Glenarvan, que quería exponer todas las objeciones posibles.

—No hay animales feroces en Australia.

—¿Pero los salvajes?

—No hay salvajes bajo esta latitud, y en todo caso no tienen la crueldad de los neozelandeses.

—¿Pero los convictos?

—No hay convictos en las provincias meridionales de Australia, sino solo en las colonias del este. La provincia de Victoria no solo los ha rechazado, sino que ha promulgado una ley para excluir de su territorio a los condenados liberados de las otras provincias. El gobierno victoriano incluso ha amenazado este año a la compañía peninsular con retirarle su subvención si sus navíos continuaban tomando carbón en los puertos de Australia occidental, donde los convictos son admitidos. ¡Cómo! ¿No sabéis eso vos, que sois inglés?

—Para empezar, no soy inglés —respondió Glenarvan.

—Lo que ha dicho el señor Paganel es perfectamente exacto —dijo entonces Paddy O'Moore—. No solo la provincia de Victoria, sino Australia Meridional, Queensland, la propia Tasmania, están de acuerdo en rechazar a los deportados de su territorio. Desde que habito esta granja, no he oído hablar de un solo convicto.

—Y por mi parte, jamás he encontrado ninguno —respondió Ayrton.

—Ya lo veis, amigos míos —prosiguió Jacques Paganel—: muy pocos salvajes, ninguna bestia feroz, ni un convicto; ¡no son muchos los países de Europa de los que podría decirse otro tanto! Bien, ¿está convenido?

—¿Qué pensáis vos, Helena? —preguntó Glenarvan.

—Lo que pensamos todos, querido Edward —respondió lady Helena, volviéndose hacia sus compañeros—: ¡en marcha! ¡En marcha!

Capítulo VIII. La partida

Glenarvan no tenía costumbre de perder el tiempo entre la adopción de una idea y su ejecución. Admitida la propuesta de Paganel, dio inmediatamente sus órdenes para que los preparativos del viaje quedaran concluidos en el más breve plazo. La partida fue fijada para el día siguiente pasado, el 22 de diciembre.

¿Qué resultados debía producir aquella travesía de Australia? Siendo la presencia de Harry Grant un hecho indiscutible, las consecuencias de aquella expedición podían ser grandes. Aumentaba la suma de las probabilidades favorables. Nadie se hacía ilusiones de encontrar al capitán precisamente sobre aquella línea del trigésimo séptimo paralelo que iban a seguir rigurosamente; pero quizás cortaba su rastro, y en todo caso conducía directamente al teatro de su naufragio. Allí estaba el punto principal.

Además, si Ayrton consentía en unirse a los viajeros, en guiarlos a través de los bosques de la provincia de Victoria, en conducirlos hasta la costa oriental, había allí una nueva probabilidad de éxito. Glenarvan lo sentía bien; le importaba particularmente asegurarse la útil concurrencia del compañero de Harry Grant, y pidió a su anfitrión si no le disgustaría que le hiciera a Ayrton la propuesta de acompañarles.

Paddy O'Moore consintió, no sin lamentar perder a aquel excelente servidor.

—Bien, ¿nos seguiréis, Ayrton, en esta expedición en busca de los náufragos del *Britannia*?

Ayrton no respondió inmediatamente a esta demanda; pareció incluso vacilar durante algunos instantes; luego, tras reflexionarlo todo, dijo:

—Sí, *milord*, os seguiré, y si no os llevo sobre las huellas del capitán Grant, al menos os conduciré al lugar mismo donde se partió su navío.

—Gracias, Ayrton —respondió Glenarvan.

—Una sola pregunta, *milord*.

—Hacedla, amigo mío.

—¿Dónde encontraréis al *Duncan*?

—En Melbourne, si no atravesamos Australia de una costa a otra. En la costa oriental, si nuestras investigaciones se prolongan hasta allá.

—¿Pero entonces su capitán?

—Su capitán esperará mis instrucciones en el puerto de Melbourne.

—Bien, *milord* —dijo Ayrton—, contad conmigo.

—Cuento con vos, Ayrton —respondió Glenarvan.

El contramaestre del *Britannia* fue vivamente agradecido por los pasajeros del *Duncan*. Los hijos de su capitán le prodigaron sus mejores muestras de afecto. Todos estaban contentos de su decisión, salvo el irlandés, que perdía en él un ayudante inteligente y fiel. Pero Paddy comprendió la importancia que Glenarvan debía dar a la presencia del contramaestre, y se resignó.

Glenarvan le encargó que le proporcionara medios de transporte para aquel viaje a través de Australia, y, concluido este asunto, los pasajeros regresaron a bordo, después de haberse dado cita con Ayrton.

El regreso se hizo alegremente. Todo había cambiado.

Toda vacilación desaparecía. Los valientes buscadores ya no debían ir a ciegas sobre aquella línea del trigésimo séptimo paralelo. Harry Grant, no podía dudarse, había encontrado refugio en el continente, y cada uno sentía el corazón lleno de esa satisfacción que da la certeza tras la duda.

¡En dos meses, si las circunstancias les eran favorables, el *Duncan* desembarcaría a Harry Grant en las costas de Escocia!

Cuando John Mangles apoyó la propuesta de intentar con los pasajeros la travesía de Australia, suponía bien que, esta vez, él acompañaría la expedición. Así pues, lo consultó con Glenarvan.

Hizo valer toda clase de argumentos en su favor: su devoción por lady Helena, por su propio señor, su utilidad como organizador de la caravana y su inutilidad como capitán a bordo del *Duncan*, en fin mil excelentes razones, excepto la mejor, de la que Glenarvan no necesitaba para quedar convencido.

—Una sola pregunta, John —dijo Glenarvan—. ¿Tenéis absoluta confianza en vuestro segundo?

—Absoluta —respondió John Mangles—. Tom Austin es un buen marino. Conducirá el *Duncan* a su destino, lo reparará hábilmente y lo traerá de vuelta el día señalado. Tom es un hombre esclavo del deber y de la disciplina. Jamás tomará por su cuenta la iniciativa de modificar o retrasar la ejecución de una orden. Vuestra señoría puede, pues, contar con él como conmigo mismo.

—Convenido, John —respondió Glenarvan—; nos acompañaréis; porque será bueno —añadió sonriendo— que estéis allí cuando encontremos al padre de Mary Grant.

—¡Oh, señoría!... —murmuró John Mangles.

Fue todo lo que pudo decir. Palideció un instante y tomó la mano que le tendía lord Glenarvan.

Al día siguiente, John Mangles, acompañado del carpintero y de marineros cargados con víveres, regresó a la explotación de Paddy O'Moore. Debía organizar los medios de transporte de concierto con el irlandés.

Toda la familia le esperaba, dispuesta a trabajar bajo sus órdenes. Ayrton estaba allí y no escatimó los consejos que le brindó su experiencia.

Paddy y él estuvieron de acuerdo en este punto: que las viajeras debían hacer el trayecto en carro de bueyes, y los viajeros a caballo. Paddy estaba en condiciones de proporcionar los animales y el vehículo.

El vehículo era uno de esos carros de veinte pies de largo y cubiertos de una lona que sostienen cuatro ruedas macizas, sin radios, sin llanta, sin cerco de hierro, simples discos de madera, en una palabra. El tren delantero, muy alejado del trasero, se unía a él mediante un mecanismo rudimentario que no permitía girar en corto.

A ese tren estaba fijada una lanza de treinta y cinco pies, a lo largo de la cual seis bueyes apareados debían tomar su lugar. Estos animales, así dispuestos, tiraban con la cabeza y el cuello mediante la doble combinación de un yugo colocado sobre su nuca y un collar fijado al yugo por una clavija de hierro. Hacía falta una gran destreza para conducir aquella máquina estrecha, larga, oscilante, propensa a las desviaciones, y para guiar aquel tiro por medio del aguijón. Pero Ayrton había hecho su aprendizaje en la granja irlandesa, y Paddy respondía de su habilidad. A él, pues, le fue encomendado el papel de conductor.

El vehículo, desprovisto de muelles, no ofrecía ninguna comodidad; pero tal como era, así había que tomarlo. John Mangles, no pudiendo cambiar nada en su tosca construcción, lo hizo disponer interiormente del modo más conveniente posible. Ante todo, se lo dividió en dos compartimentos mediante un tabique de tablas. La parte trasera estaba destinada a recibir los víveres, el equipaje y la cocina portátil del señor Olbinett. La delantera debía pertenecer íntegramente a las viajeras. Bajo las manos del carpintero, aquel primer compartimento se transformó en una cámara cómoda, cubierta de una espesa alfombra, provista de un tocador y de dos literas reservadas para lady Helena y Mary Grant. Unos gruesos cortinajes de cuero cerraban, llegado el caso, aquel primer compartimento y lo defendían del fresco de las noches. En caso de necesidad, los hombres podrían encontrar refugio en él durante las grandes lluvias; pero una tienda debía abrigarlos habitualmente a la hora del campamento.

John Mangles se ingenió para reunir en un estrecho espacio todos los objetos necesarios para dos mujeres, y lo consiguió.

Lady Helena y Mary Grant no debían echar demasiado de menos en aquel camarote rodante los confortables camarotes del *Duncan*.

En cuanto a los viajeros, fue más sencillo: siete caballos vigorosos estaban destinados a lord Glenarvan, Paganel, Robert Grant, Mac Nabbs, John Mangles y los dos marineros Wilson y Mulrady, que acompañaban a su señor en aquella nueva expedición. Ayrton tenía su lugar natural en el pescante del carro, y el señor Olbinett, a quien la equitación no tentaba en absoluto, se acomodaría muy bien viajando en el compartimento del equipaje.

Caballos y bueyes pacían en las praderas de la explotación y podían reunirse fácilmente en el momento de la partida.

Tomadas sus disposiciones y dadas sus órdenes al maestro carpintero, John Mangles regresó a bordo con la familia irlandesa, que quiso hacer una visita a lord Glenarvan. Ayrton había juzgado conveniente unirse a ellos, y, hacia las cuatro, John y sus compañeros franqueaban la portañola del *Duncan*.

Fueron recibidos con los brazos abiertos. Glenarvan les ofreció cenar a bordo. No quería quedar en deuda de cortesía, y sus huéspedes aceptaron de buen grado el desquite de su hospitalidad australiana en el salón del yate.

Paddy O'Moore quedó maravillado. El mobiliario de los camarotes, las colgaduras, los tapices, todo el aparejo de arce y palisandro excitó su admiración. Ayrton, en cambio, solo dio una aprobación moderada a aquellas costosas superfluidades.

Pero, en cambio, el contramaestre del *Britannia* examinó el yate desde un punto de vista más marinero; lo visitó hasta el fondo de la bodega; bajó a la cámara de la hélice; observó la máquina, se informó de su fuerza efectiva, de su consumo; exploró las carboneras, la despensa, la provisión de pólvora; se interesó particularmente por el almacén de armas, por el cañón montado en el castillo de proa y por su alcance.

Glenarvan se las veía con un hombre que entendía; lo vio bien por las preguntas específicas de Ayrton. Por último, este terminó su recorrido con la inspección de la arboladura y del aparejo.

—Tenéis un bello navío, *milord* —dijo.

—Un buen navío sobre todo —respondió Glenarvan.

—¿Y cuál es su tonelaje?

—Desplaza doscientas diez toneladas.

—¿Me equivocaré mucho —añadió Ayrton— si afirmo que el *Duncan* fila fácilmente sus quince nudos a toda máquina?

—Poned diecisiete —replicó John Mangles—, y contaréis justo.

—¡Diecisiete! —exclamó el contramaestre—. ¡Pues entonces ningún navío de guerra, de los mejores que existan, sería capaz de darle caza!

—¡Ninguno! —respondió John Mangles—. El *Duncan* es un verdadero yate de regatas, que no se dejaría batir bajo ningún viento.

—¿Ni siquiera a la vela? —preguntó Ayrton.

—Ni siquiera a la vela.

—Pues bien, *milord*, y vos, capitán —respondió Ayrton—, recibid los cumplidos de un marino que sabe lo que vale un navío.

—Bien, Ayrton —respondió Glenarvan—; quedaos, pues, a nuestro bordo, y no dependerá más que de vos que este barco llegue a ser el vuestro.

—Lo pensaré, *milord* —respondió sencillamente el contramaestre.

El señor Olbinett vino en aquel momento a anunciar a su señoría que la cena estaba servida. Glenarvan y sus huéspedes se dirigieron hacia la cámara de popa.

—Un hombre inteligente, ese Ayrton —dijo Paganel al mayor.

—¡Demasiado inteligente! —murmuró Mac Nabbs, a quien, sin razón aparente, hay que decirlo, el semblante y los modales del contramaestre no le acababan de convencer.

Durante la cena, Ayrton dio interesantes detalles sobre el continente australiano, que conocía perfectamente. Se informó del número de marineros que lord Glenarvan se llevaba en su expedición.

Cuando supo que solo dos de ellos, Mulrady y Wilson, debían acompañarle, pareció sorprendido. Instó a Glenarvan a formar su tropa con los mejores marinos del *Duncan*. Insistió incluso en este punto, insistencia que, dicho sea de paso, debió borrar toda sospecha del espíritu del mayor.

—Pero —dijo Glenarvan—, ¿nuestro viaje a través de Australia Meridional no ofrece ningún peligro?

—Ninguno —se apresuró a responder Ayrton.

—Pues bien, dejemos a bordo el mayor número posible de hombres. Hacen falta marinos para maniobrar el *Duncan* a la vela y para repararlo. Importa, ante todo, que se encuentre exactamente en el punto de encuentro que se le asignará ulteriormente. Por lo tanto, no mermemos su tripulación.

Ayrton pareció comprender la observación de lord Glenarvan y no insistió más.

Llegada la noche, escoceses e irlandeses se separaron.

Ayrton y la familia de Paddy O'Moore regresaron a su morada. Caballos y carro debían estar listos para el día siguiente. La partida fue fijada para las ocho de la mañana.

Lady Helena y Mary Grant hicieron entonces sus últimos preparativos. Fueron breves y, sobre todo, menos minuciosos que los de Jacques Paganel. El sabio pasó una parte de la noche desenroscando, limpiando, enroscando y reenroscando los vidrios de su largavistas. Por eso dormía aún cuando al día siguiente, al alba, el mayor lo despertó con voz retumbante.

Los equipajes habían sido ya transportados a la granja por los cuidados de John Mangles. Una embarcación esperaba a los viajeros, que no tardaron en tomar asiento en ella. El joven capitán dio sus últimas órdenes a Tom Austin. Le recomendó por encima de todo que esperara las órdenes de lord Glenarvan en Melbourne y las ejecutara escrupulosamente, cualesquiera que fuesen. El viejo marino respondió a John Mangles que podía contar con él. En nombre de la tripulación, presentó a su señoría sus votos por el éxito de la expedición. El bote se alejó del costado y un trueno de hurras estalló en el aire.

En diez minutos, la embarcación alcanzó la orilla. Un cuarto de hora después, los viajeros llegaban a la granja irlandesa. Todo estaba listo. Lady Helena quedó encantada con su instalación. El inmenso carro con sus ruedas primitivas y sus tablones macizos le gustó en particular. Aquellos seis bueyes uncidos por parejas tenían un aire patriarcal que le sentaba muy bien.

—¡Pardiez! —dijo Paganel—, he aquí un admirable vehículo, que vale por todos los *mail-coachs* del mundo. ¡Una casa que se desplaza, que marcha, que se detiene donde se quiere, qué más puede desearse!

—Señor Paganel —respondió lady Helena—, espero tener el placer de recibirle en mi salón.

—¡Cómo no, señora —replicó el sabio—, será un honor para mí! ¿Habéis fijado un día?

—Estaré todos los días para mis amigos —respondió riendo lady Helena —, y vos sois...

—El más devoto de todos, señora —replicó galantemente Paganel.

Aquel intercambio de cortesías fue interrumpido por la llegada de siete caballos totalmente enjaezados que conducía uno de los hijos de Paddy. Lord Glenarvan ajustó con el irlandés el precio de aquellas diversas adquisiciones, añadiendo gran cantidad de agradecimientos que el buen colono estimaba al menos tanto como las guineas.

Se dio la señal de partida. Lady Helena y la señorita Grant tomaron asiento en su compartimento, Ayrton en el pescante, Olbinett en la parte trasera del carro; Glenarvan, el mayor, Paganel, Robert, John Mangles y los dos marineros, todos armados de carabinas y revólveres, montaron sus caballos. Un «¡Que Dios os asista!» fue lanzado por Paddy O'Moore y coreado por su familia. Ayrton lanzó un grito peculiar y aguijoneó su largo tiro. El carro se puso en marcha, sus tablones crujieron, los ejes rechinaron en el cubo de las ruedas, y pronto desapareció en el recodo del camino la hospitalaria granja del honrado irlandés.

Capítulo IX. La provincia de Victoria

Era el 23 de diciembre de 1864. Aquel diciembre, tan triste, tan hosco, tan húmedo en el hemisferio boreal, habría debido llamarse junio en aquel continente.

Astronómicamente, el verano contaba ya dos días de existencia, pues el 21, el sol acababa de alcanzar el Capricornio, y su presencia sobre el horizonte disminuía ya de algunos minutos. Así pues, era en la estación más cálida del año y bajo los rayos de un sol casi tropical como debía realizarse aquel nuevo viaje de lord Glenarvan.

El conjunto de las posesiones inglesas en esta parte del océano Pacífico recibe el nombre de Australasia. Comprende la Nueva Holanda, Tasmania, Nueva Zelanda y algunas islas circundantes.

En cuanto al continente australiano, está dividido en vastas colonias de extensión y riqueza muy desiguales. Cualquiera que pose los ojos sobre los mapas modernos trazados por los señores Petermann o Preschoell queda al punto sorprendido por la rectitud de esas divisiones.

Los ingleses han tirado a cordel las líneas convencionales que separan esas grandes provincias.

No han tenido en cuenta ni los vertientes orográficos, ni el curso de los ríos, ni las variedades de climas, ni las diferencias de razas. Esas colonias confinan rectangularmente la una con la otra y encajan como las piezas de una marquetería. En esa disposición de líneas rectas, de ángulos rectos, se reconoce la obra del geómetra, no la obra del geógrafo. Solo las costas, con sus sinuosidades variadas, sus fiordos, sus bahías, sus cabos, sus estuarios, protestan en nombre de la naturaleza por su encantadora irregularidad.

Ese aspecto de tablero de ajedrez excitaba siempre, y con sobrada razón, la vena de Jacques Paganel. Si Australia hubiese sido francesa, con toda seguridad los geógrafos franceses no habrían llevado hasta ese punto la pasión de la escuadra y el tiralíneas.

Las colonias de la gran isla oceánica son actualmente seis: Nueva Gales del Sur, capital Sídney; Queensland, capital Brisbane; la provincia de Victoria, capital Melbourne; Australia Meridional, capital Adelaida; Australia Occidental, capital Perth; y finalmente Australia Septentrional, todavía sin capital. Solo las costas están pobladas por los colonos. Apenas si alguna ciudad importante se ha aventurado a doscientas millas tierra adentro.

En cuanto al interior del continente, es decir, sobre una superficie igual a los dos tercios de Europa, es casi desconocido.

Por fortuna, el paralelo treinta y siete no atraviesa esas inmensas soledades, esas inaccesibles regiones que ya han costado numerosas víctimas a la ciencia. Glenarvan no habría podido afrontarlas.

Solo tenía que vérselas con la parte meridional de Australia, que se descomponía así: una estrecha porción de la provincia de Adelaida, la provincia de Victoria en toda su anchura y, por último, el vértice del triángulo invertido que forma Nueva Gales del Sur.

Pues bien, del cabo Bernouilli a la frontera de Victoria se miden apenas sesenta y dos millas. Era una jornada de dos días de marcha, no más, y Ayrton contaba con pernoctar la noche siguiente en Aspley, la ciudad más occidental de la provincia de Victoria.

Los comienzos de un viaje están siempre marcados por el brío de los jinetes y los caballos. En cuanto a la animación de los primeros, nada que objetar, pero pareció conveniente moderar el paso de los segundos. Quien quiere llegar lejos debe cuidar su montura. Se decidió, pues, que cada jornada no comportaría más de veinticinco a treinta millas como término medio.

Por lo demás, el paso de los caballos debía regularse por el paso más lento de los bueyes, verdaderas máquinas que pierden en tiempo lo que ganan en fuerza. El carro, con sus pasajeros y sus provisiones, era el núcleo de la caravana, la fortaleza ambulante. Los jinetes podían batir el campo a sus flancos, pero nunca debían alejarse de él.

Así pues, no habiéndose adoptado ningún orden de marcha especial, cada cual fue libre de hacer a su antojo dentro de ciertos límites: los cazadores, de correr la llanura; los de genio afable, de conversar con las moradoras del carro; los filósofos, de filosofar juntos. Paganel, que poseía todas esas diversas cualidades, debía estar en todas partes a la vez.

El cruce de la provincia de Adelaida no ofreció nada de interés. Una sucesión de collados poco elevados pero ricos en polvo, una larga extensión de terrenos baldíos cuyo conjunto constituye lo que en el país se llama el «bush», algunas praderas cubiertas a manchones de un arbusto salado de hojas angulosas del que el ganado lanar se muestra muy goloso, se sucedieron durante varias millas. Aquí y allá se veían algunas «pig's-faces», ovejas con cabeza de cerdo de una especie particular de la Nueva Holanda, que pacían entre los postes de la línea telegráfica recientemente establecida de Adelaida a la costa.

Hasta entonces, esas llanuras recordaban singularmente las monótonas extensiones de la Pampa argentina.

El mismo suelo herboso y llano. El mismo horizonte nítidamente recortado contra el cielo. Mac Nabbs sostenía que no habían cambiado de país; pero Paganel afirmó que el paisaje se modificaría en breve. Bajo su garantía, se esperaban cosas maravillosas.

Hacia las tres de la tarde, el carro cruzó un vasto espacio desprovisto de árboles, conocido con el nombre de «mosquitos plains». El sabio tuvo la satisfacción geográfica de comprobar que merecía su nombre. Los viajeros y sus monturas sufrieron mucho de las picaduras repetidas de esos importunos dípteros; evitarlos era imposible; calmar su efecto fue más fácil, gracias a los frascos de amoníaco del botiquín portátil.

Paganel no pudo por menos de mandar a todos los diablos a esos mosquitos encarnizados que acribillaron su larga persona con sus irritantes picaduras.

Hacia el anochecer, algunos setos vivos de acacias alegraron la llanura; aquí y allá, algunos grupos de gomeros blancos; más lejos, una rodada de carros reciente; después, árboles de origen europeo, olivos, limoneros y encinas, y por fin empalizadas bien cuidadas. A las ocho, los bueyes, apurados por la aguijada de Ayrton, llegaron a la estación de Red-Gum.

La palabra «station» se aplica a los establecimientos del interior donde se cría el ganado, principal riqueza de Australia. Los ganaderos son los «squatters», es decir, los que se sientan en el suelo. En efecto, esa es la primera postura que adopta todo colono fatigado de sus peregrinaciones por esas inmensas regiones.

Red-Gum-Station era un establecimiento de escasa importancia. Pero Glenarvan encontró allí la más franca hospitalidad. La mesa está invariablemente puesta para el viajero bajo el techo de esas moradas solitarias, y en un colono australiano siempre se halla un huésped servicial.

Al día siguiente, Ayrton enganchó sus bueyes desde el primer albor. Quería llegar esa misma noche al territorio de Victoria. El suelo se fue mostrando poco a poco más accidentado. Una sucesión de pequeñas colinas ondulaba hasta perderse de vista, todas espolvoreadas de arena escarlata. Hubiera parecido una inmensa bandera roja arrojada sobre la llanura, con sus pliegues inflados por el soplo del viento. Algunos «malleys», una especie de pinos moteados de blanco, de tronco recto y liso, extendían sus ramas y su follaje de verde oscuro sobre ricas praderas donde pululaban alegres bandas de gerboás. Más tarde fueron vastos campos de maleza y jóvenes gomeros; luego los grupos se separaron, los arbustos aislados se convirtieron en árboles, y ofrecieron el primer espécimen de los bosques de Australia.

Sin embargo, al aproximarse a la frontera victoriana, el aspecto del país se modificaba sensiblemente. Los viajeros sentían que pisaban tierra nueva. Su dirección imperturbable era siempre la línea recta, sin que ningún obstáculo, lago o montaña, les obligase a cambiarla en línea curva o quebrada. Ponían invariablemente en práctica el primer teorema de la geometría y seguían, sin desviarse, el camino más corto de un punto a otro. De fatiga y dificultades, no tenían la menor sospecha.

Su marcha se acompasaba al lento paso de los bueyes, y si esos tranquilos animales no iban rápido, al menos iban sin detenerse jamás.

Fue así como, después de una etapa de sesenta millas cubierta en dos días, la caravana llegó, el 23

Al anochecer, a la parroquia de Aspley, primera ciudad de la provincia de Victoria, situada en el grado ciento cuarenta y uno de longitud, en el distrito

de Wimerra.

El carro fue guardado, por los cuidados de Ayrton, en la Crown's Inn, una posada que, a falta de algo mejor, se llamaba el *hôtel de la couronne*. La cena, compuesta únicamente de cordero preparado de todas las formas imaginables, humeaba sobre la mesa.

Se comió mucho, pero se habló todavía más.

Cada cual, deseoso de instruirse sobre las singularidades del continente australiano, interrogó ávidamente al geógrafo. Paganel no se hizo de rogar, y describió esa provincia victoriana que fue llamada Australia la Dichosa.

—¡Denominación falsa! —dijo—. Hubiera sido mejor llamarla Australia la Rica, pues con los países ocurre como con los individuos: la riqueza no hace la felicidad. Australia, gracias a sus minas de oro, ha sido entregada a la horda devastadora y feroz de los aventureros. Ya lo veréis cuando crucemos los terrenos auríferos.

—¿No tiene la colonia de Victoria un origen bastante reciente? —preguntó lady Glenarvan.

—Sí, señora, no cuenta todavía más que treinta años de existencia. Fue el 6 de junio de 1835, un martes...

—A las siete y cuarto de la tarde —añadió el mayor, al que le gustaba azuzar a Paganel sobre la precisión de sus fechas.

—No, a las siete y diez —repuso seriamente el geógrafo—, cuando Batman y Falckner fundaron un establecimiento en Port-Philippe, en esa bahía donde se extiende hoy la gran ciudad de Melbourne. Durante quince años, la colonia formó parte de Nueva Gales del Sur y dependió de Sídney, su capital. Pero en 1851 fue declarada independiente y tomó el nombre de Victoria.

—¿Y desde entonces ha prosperado? —preguntó Glenarvan.

—Juzgad vosotros mismos, mi noble amigo —respondió Paganel—. He aquí las cifras de la última estadística y, por mucho que diga Mac Nabbs, no conozco nada más elocuente que las cifras.

—Adelante —dijo el mayor.

—Allá voy. En 1836, la colonia de Port-Philippe tenía doscientos cuarenta y cuatro habitantes. Hoy, la provincia de Victoria cuenta quinientos cincuenta mil. Siete millones de cepas le rinden anualmente ciento veintiún mil galones de vino. Ciento tres mil caballos galopan por sus llanuras, y seiscientas setenta y cinco mil doscientas setenta y dos cabezas de ganado vacuno se alimentan en sus inmensos pastizales.

—¡Bravo, señor Paganel! —exclamó lady Helena riendo de buen grado —. Hay que reconocer que estáis muy versado en estas cuestiones geográficas, y mi primo Mac Nabbs podrá hacer lo que quiera que no os cogerá en falta.

—Pero es mi oficio, señora, saber esas cosas y enseñároslas cuando haga falta. Así que podéis creerme cuando os digo que este extraño país nos reserva maravillas.

—Hasta ahora, sin embargo... —respondió Mac Nabbs, que se complacía en pinchar al geógrafo para exacerbar su vena.

—¡Pero esperad, impaciente mayor! —exclamó Paganel—. ¡Apenas tenéis un pie en la frontera y ya os impacientáis! ¡Pues bien! Os digo, os repito, os sostengo que esta región es la más curiosa que existe sobre la tierra. Su formación, su naturaleza, sus productos, su clima, e incluso su futura desaparición, han asombrado, asombran y asombrarán a todos los sabios del mundo. Imaginaos, amigos míos, un continente cuyos bordes, y no el centro, se elevaron primitivamente sobre las aguas como un anillo gigantesco; que encierra quizás en su parte central un mar interior a medio evaporar; cuyos ríos se secan de día en día; donde no existe humedad, ni en el aire ni en el suelo; donde los árboles pierden anualmente su corteza en lugar de perder sus hojas; donde las hojas se presentan de perfil al sol, no de frente, y no dan sombra; donde la madera es a menudo incombustible; donde las piedras de cantería se funden bajo la lluvia; donde los bosques son bajos y las hierbas gigantescas; donde los animales son extraños; donde los cuadrúpedos tienen picos, como el equidna y el ornitorrinco, y han obligado a los naturalistas a crear especialmente para ellos el género nuevo de los monotremas; donde el *canguro* brinca con sus patas desiguales; donde las ovejas tienen cabezas de cerdo; donde los zorros vuelan de árbol en árbol; donde los cisnes son negros; donde las ratas hacen nidos; donde el «bower bird» abre sus salones a las visitas de sus amigos alados; donde las aves

asombran la imaginación por la diversidad de sus cantos y sus aptitudes; donde una sirve de reloj y otra hace chasquear un látigo de postillón, una imita al afilador, otra marca los segundos como el péndulo de un reloj; donde una ríe por la mañana cuando sale el sol, y otra llora por la tarde cuando se pone. ¡Oh, país extraño, ilógico como ninguno, tierra paradójica y formada contra natura! Con razón pudo decir de ti el sabio botánico Grimard: «¡He aquí, pues, esta Australia, especie de parodia de las leyes universales, o más bien de desafío lanzado a la faz del resto del mundo!»

La perorata de Paganel, lanzada a toda velocidad, parecía no poder detenerse. El elocuente secretario de la sociedad geográfica estaba fuera de sí. Seguía, seguía, gesticulando a todo trapo y blandiendo su tenedor con gran peligro para sus vecinos de mesa. Pero al fin su voz quedó ahogada por un trueno de aplausos, y logró callarse. Ciertamente, después de esa enumeración de las singularidades australianas, nadie pensaba en pedirle más. Y sin embargo, el mayor, con su voz tranquila, no pudo por menos de decir:

—¿Y eso es todo, Paganel?

—¡Pues no, no es todo! —replicó el sabio con nueva vehemencia.

—¿Cómo? —preguntó lady Helena, muy intrigada—. ¿Hay todavía algo más asombroso en Australia?

—Sí, señora, ¡su clima! Supera aún a sus producciones por su rareza.

—¡Vamos, hombre! —exclamaron todos.

—No hablo de las cualidades higiénicas del continente australiano, tan rico en oxígeno y tan pobre en nitrógeno; no tiene vientos húmedos, pues los alisios soplan paralelamente a sus costas, y la mayor parte de las enfermedades son allí desconocidas, desde el tifus hasta el sarampión y las afecciones crónicas.

—Sin embargo, no es una ventaja despreciable —dijo Glenarvan.

—Sin duda, pero no hablo de eso —respondió Paganel—. Aquí, el clima tiene una cualidad... inverosímil.

—¿Cuál? —preguntó John Mangles.

—¡Es moralizador!

—¿Moralizador?

—Sí —respondió el sabio con convicción—. ¡Sí, moralizador! Aquí los metales no se oxidan en el aire, ni los hombres tampoco. Aquí la atmósfera pura y seca blanquea todo rápidamente, ¡la ropa y las almas! Y bien notado tenían en Inglaterra las virtudes de ese clima cuando resolvieron enviar a este país a las gentes que había que moralizar.

—¿Esa influencia se hace realmente sentir? —preguntó lady Glenarvan.

—Sí, señora, en los animales y en los hombres.

—¿No bromeáis, señor Paganel?

—No bromeo. Los caballos y el ganado son allí de una docilidad notable. Ya lo veréis.

—¡No es posible!

—¡Pero es así! Y los malhechores, transportados a ese aire vivificante y salubre, se regeneran en pocos años. Este efecto es bien conocido de los filántropos.

En Australia, todas las naturalezas mejoran.

—Pero entonces vos, señor Paganel, que ya sois tan bueno —dijo lady Helena—, ¿qué vais a llegar a ser en esta tierra privilegiada?

—¡Excelente, señora —respondió Paganel—, sencillamente excelente!

Capítulo X. Wimerra river

Al día siguiente, 24 de diciembre, la partida tuvo lugar desde el alba. El calor era ya fuerte, pero soportable; el camino, casi llano y propicio al paso de los caballos.

El pequeño grupo se internó por un matorral bastante claro. Al anochecer, tras una buena jornada de marcha, acampó a orillas del lago Blanco, de aguas salobres e impotables.

Allí, Jacques Paganel se vio obligado a reconocer que ese lago no era más blanco que el mar Negro es negro, que el mar Rojo es rojo, que el río Amarillo es amarillo y que las montañas Azules son azules. Sin embargo, discutió mucho, por amor propio de geógrafo; pero sus argumentos no prevalecieron.

Mr. Olbinett preparó la cena con su puntualidad habitual; luego los viajeros, unos en el carro y otros bajo la tienda, no tardaron en dormirse, pese a los lamentables aullidos de los «dingos», que son los chacales de Australia.

Una llanura admirable, toda jaspeada de crisantemos, se extendía más allá del lago Blanco. Al día siguiente, Glenarvan y sus compañeros, al despertar, habrían aplaudido de buen grado el magnífico decorado que se ofrecía a sus miradas. Partieron. Algunas gibosidades lejanas traicionaban únicamente el relieve del suelo. Hasta el horizonte, todo era pradera y flores en su primaveral rubor. Los reflejos azules del lino de hojas menudas se unían al rojo escarlata de un acanto particular de esa región. Numerosas variedades de emerófilas alegraban esa verdura, y los terrenos impregnados de sal desaparecían bajo las quenopodiáceas, los arroches, las acederas, glaucas unas, rojizas otras, de la invasora familia de las salsoláceas. Plantas

útiles para la industria, pues proporcionan una sosa excelente mediante la incineración y el lavado de sus cenizas.

Paganel, que se volvía botánico en medio de las flores, llamaba por sus nombres a esas variadas producciones y, con su manía de cifrarlo todo, no dejó de decir que se contaban hasta cuatro mil doscientas especies de plantas repartidas en ciento veinte familias en la flora australiana.

Más adelante, tras una decena de millas rápidamente cubiertas, el carro circuló entre altos grupos de acacias, mimosas y gomeros blancos, cuya inflorescencia es tan variable. El reino vegetal, en esa región de las «spring plains», no se mostraba ingrato con el astro del día, y devolvía en perfumes y colores lo que el sol le daba en rayos.

En cuanto al reino animal, era más avaro de sus productos. Algunos casuarios saltaban en la llanura sin que fuera posible aproximarse a ellos. Sin embargo, el mayor fue bastante hábil para alcanzar con una bala en el flanco a un animal muy raro, que tiende a desaparecer. Era un «jabiru», la grulla gigante de los colonos ingleses. Esa ave medía cinco pies de alto, y su pico negro, ancho, cónico, de punta muy aguda, medía dieciocho pulgadas de longitud. Los reflejos violáceos y púrpuras de su cabeza contrastaban vivamente con el verde lustroso de su cuello, la deslumbrante blancura de su garganta y el rojo vivo de sus largas patas.

La naturaleza parecía haber agotado en su favor toda la paleta de los colores primitivos.

Se admiró mucho esa ave, y el mayor habría tenido los honores de la jornada si el joven Robert no hubiese encontrado, algunas millas más lejos, y valientemente derribado, un animal informe, mitad erizo, mitad hormiguero, un ser a medio esbozar como los animales de las primeras edades de la creación. Una lengua extensible, larga y pegajosa, colgaba fuera de su hocico con abertura y pescaba las hormigas, que forman su principal alimento.

—¡Es un equidna! —dijo Paganel, dando a ese monotrema su verdadero nombre—. ¿Habéis visto jamás un animal semejante?

—Es horrible —respondió Glenarvan.

—Horrible, pero curioso —repuso Paganel—; además, exclusivo de Australia, y en vano se buscaría en cualquier otra parte del mundo.

Naturalmente, Paganel quiso llevarse el horrendo equidna y meterlo en el compartimento de los equipajes. Pero Mr. Olbinett reclamó con tal indignación que el sabio renunció a conservar ese ejemplar de los monotremas.

Ese día, los viajeros sobrepasaron en treinta minutos el grado ciento cuarenta y uno de longitud. Hasta entonces, pocos colonos, pocos squatters habían aparecido a su vista. El país parecía desierto. De aborígenes no había ni sombra, pues las tribus salvajes vagan más al norte por las inmensas soledades regadas por los afluentes del Darling y del Murray.

Pero un curioso espectáculo interesó al grupo de Glenarvan. Le fue dado ver uno de esos inmensos rebaños que audaces especuladores traen desde las montañas del este hasta las provincias de Victoria y Australia Meridional.

Hacia las cuatro de la tarde, John Mangles señaló a tres millas por delante una enorme columna de polvo que se desplegaba en el horizonte. ¿De dónde provenía ese fenómeno? Era muy difícil decirlo.

Paganel se inclinaba por algún meteoro cualquiera, para el que su viva imaginación buscaba ya una causa natural. Pero Ayrton le detuvo en el campo de las conjeturas donde se aventuraba, afirmando que ese levantamiento de polvo provenía de un rebaño en marcha.

El contramaestre no se equivocaba. La espesa nube se acercó. De ella escapaba todo un concierto de balidos, relinchos y mugidos.

La voz humana en forma de gritos, silbidos y voces también se mezclaba a esa sinfonía pastoral.

Un hombre salió de la nube bulliciosa. Era el conductor en jefe de ese ejército de cuatro patas.

Glenarvan salió a su encuentro, y las relaciones se establecieron sin más ceremonias. El conductor, o, para darle su verdadero título, el «stockeeper», era propietario de una parte del rebaño. Se llamaba Sam Machell y venía, en efecto, de las provincias del este, dirigiéndose hacia la bahía de Portland.

Su rebaño comprendía doce mil setenta y cinco cabezas: mil bueyes, once mil ovejas y setenta y cinco caballos. Todos esos animales, comprados flacos en las llanuras de las montañas Azules, iban a engordarse en medio de los saludables pastizales de Australia Meridional, donde se revenden con

gran beneficio. Así, Sam Machell, ganando dos libras por buey y media libra por oveja, debía obtener un beneficio de cincuenta mil francos. Era un gran negocio. ¡Pero qué paciencia, qué energía para conducir a su destino a esa tropa indómita, y qué fatigas había que arrostrar!

¡Penosamente ganada está la recompensa que ese duro oficio proporciona!

Sam Machell contó en pocas palabras su historia, mientras el rebaño continuaba su marcha entre los grupos de mimosas. Lady Helena, Mary Grant, los jinetes habían apeado, y, sentados a la sombra de un vasto gomero, escuchaban el relato del *stockeeper*.

Sam Machell llevaba siete meses de camino. Hacía unas diez millas por día, y su interminable viaje debía durar tres meses más. Tenía consigo, para ayudarle en esa laboriosa tarea, veinte perros y treinta hombres, de los que cinco eran negros muy hábiles en rastrear a los animales extraviados.

Seis carros seguían al ejército. Los conductores, armados de *stockwhipps*, látigos cuyo mango tenía dieciocho pulgadas y la correa nueve pies de longitud, circulaban entre las filas, restableciendo aquí y allá el orden frecuentemente turbado, mientras que la caballería ligera de los perros volaba por los flancos.

Los viajeros admiraron la disciplina establecida en el rebaño. Las diversas razas marchaban separadamente, pues bueyes y ovejas salvajes no se llevan demasiado bien; los primeros nunca consienten en pastar donde los segundos han pasado. De ahí la necesidad de colocar a los bueyes a la cabeza, y estos, divididos en dos batallones, iban en vanguardia.

Seguían cinco regimientos de ovejas mandados por veinte conductores, y el pelotón de los caballos marchaba a retaguardia.

Sam Machell hizo observar a sus oyentes que los guías del ejército no eran ni perros ni hombres, sino bueyes, «leaders» inteligentes, cuya superioridad reconocían sus congéneres. Avanzaban en primera fila, con perfecta gravedad, tomando el buen camino por instinto, y muy convencidos de su derecho a ser tratados con deferencia. También se los respetaba, pues el rebaño les obedecía sin discusión. Si les convenía detenerse, había que ceder a ese buen placer, y en vano se intentaba reanudar la marcha tras un alto si ellos mismos no daban la señal de partida.

Algunos detalles añadidos por el *stockeeper* completaron la historia de esa expedición, digna de ser escrita, si no comandada, por el propio Jenofonte. Mientras el ejército marchaba en llanura, todo iba bien. Pocas molestias, pocas fatigas. Las bestias pacían en la ruta, se desedaban en los numerosos arroyos de los pastizales, dormían de noche, viajaban de día y se reunían dócilmente a la voz de los perros. Pero en los grandes bosques del continente, a través de los matorrales de eucaliptos y mimosas, las dificultades crecían. Pelotones, batallones y regimientos se mezclaban o se dispersaban, y se necesitaba un tiempo considerable para reunirlos. Si por desgracia un leader llegaba a extraviarse, había que encontrarlo a toda costa so pena de una desbandada general, y los negros empleaban a menudo varios días en esas difíciles búsquedas. Si caían las grandes lluvias, las bestias perezosas se negaban a avanzar, y en las violentas tormentas un pánico desordenado se apoderaba de esos animales enloquecidos de terror.

Sin embargo, a fuerza de energía y actividad, el *stockeeper* triunfaba de esas dificultades siempre renacientes. Marchaba; las millas se añadían a las millas; las llanuras, los bosques, las montañas quedaban atrás. Pero donde había que añadir a tantas cualidades esa cualidad superior llamada la paciencia —una paciencia a toda prueba, una paciencia que no solo horas, no solo días, sino semanas no debían doblegar—, era en el cruce de los ríos. Allí el *stockeeper* se veía retenido ante un curso de agua cuyas orillas no eran infranqueables, sino sencillamente no franqueadas. El obstáculo provenía únicamente de la obstinación del rebaño, que se resistía a pasar. Los bueyes, después de olfatear el agua, volvían sobre sus pasos. Las ovejas huían en todas direcciones antes que afrontar el elemento líquido. Se esperaba la noche para llevar al trote al rebaño hasta el río, y eso no daba resultado. Se arrojaba a los carneros por la fuerza; las ovejas no se decidían a seguirles. Se intentaba tomar al rebaño por la sed privándole de agua durante varios días; el rebaño se abstenía de beber y no se aventuraba ni más lejos. Se transportaban los corderos a la orilla opuesta con la esperanza de que las madres acudirían a sus balidos; los corderos balaban, y las madres no se movían de la orilla contraria. Esto duraba a veces todo un mes, y el *stockeeper* ya no sabía qué hacer con su ejército balante, relinchante y mugiente. Luego, un buen día, sin razón, por capricho, sin que se supiera por qué ni cómo, un destacamento cruzaba el río, y entonces surgía otra dificultad: la de impedir que el rebaño se lanzara en desorden. La confusión se instalaba en las filas, y muchos animales se ahogaban en los rápidos.

Tales fueron los detalles facilitados por Sam Machell.

Durante su relato, una gran parte del rebaño había desfilado en buen orden. Era hora de que fuera a reunirse con la cabeza de su ejército y a elegir los mejores pastizales. Se despidió, pues, de lord Glenarvan, montó en un excelente caballo indígena que uno de sus hombres tenía sujeto por las riendas, y recibió el adiós de todos con cordiales apretones de manos.

Pocos instantes después, había desaparecido en el torbellino de polvo.

El carro reanudó en sentido inverso su marcha un momento interrumpida, y no se detuvo hasta el anochecer al pie del monte Talbot.

Paganel observó entonces juiciosamente que era el 25 de diciembre, el día de Navidad, el Christmas tan celebrado por las familias inglesas. Pero el *stewart* no lo había olvidado, y una cena suculenta, servida bajo la tienda, le valió los sinceros elogios de los comensales. Hay que decirlo: Mr. Olbinett se había superado verdaderamente a sí mismo. Sus reservas habían aportado un contingente de platos europeos que raramente se encuentran en los desiertos de Australia. Un jamón de reno, lonchas de buey salado, salmón ahumado, un pastel de cebada y avena, té a discreción, *whisky* en abundancia, algunas botellas de oporto, compusieron esa asombrosa cena. Uno se habría creído en el gran comedor de Malcolm-Castle, en pleno corazón de las Tierras Altas, en plena Escocia.

Ciertamente, nada faltaba a ese festín, desde la sopa de jengibre hasta los *minced-pies* del postre.

Sin embargo, Paganel creyó oportuno añadir los frutos de un naranjo silvestre que crecía al pie de las colinas. Era el «moccaly» de los indígenas; sus naranjas ofrecían una fruta bastante insípida, pero sus pepitas machacadas abrasaban la boca como la pimienta de Cayena. El geógrafo se obstinó en comerlas con tanta conciencia científica por amor a la ciencia, que se puso el paladar en llamas y no pudo responder a las preguntas con que el mayor le abrumó sobre las particularidades de los desiertos australianos.

La jornada del día siguiente, 26 de diciembre, no ofreció ningún incidente que valga la pena relatar. Se encontraron los manantiales del Norton-Creek, y más tarde el Mackensie-river, a medio secar. El tiempo se mantenía despejado con un calor muy soportable; el viento soplaba del sur y re-

frescaba la atmósfera como hubiera hecho el viento del norte en el hemisferio boreal: lo cual hizo observar Paganel a su amigo Robert Grant.

—Circunstancia afortunada —añadió—, pues el calor es mayor en promedio en el hemisferio austral que en el boreal.

—¿Y por qué? —preguntó el joven.

—¿Por qué, Robert? —respondió Paganel—. ¿Acaso no has oído decir que la Tierra está más próxima al Sol durante el invierno?

—Sí, señor Paganel.

—¿Y que el frío del invierno se debe únicamente a la oblicuidad de los rayos solares?

—Perfectamente.

—Pues bien, muchacho, es por esa misma razón por lo que hace más calor en el hemisferio austral.

—No lo entiendo —respondió Robert, abriendo mucho los ojos.

—Reflexiona —repuso Paganel—. Cuando estamos en invierno, allá, en Europa, ¿qué estación reina aquí, en Australia, en las antípodas?

—El verano —dijo Robert.

—Pues bien, puesto que precisamente en esa época la Tierra se encuentra más próxima al Sol... ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo...

—Que el verano de las regiones australes es más caluroso a causa de esa proximidad que el verano de las regiones boreales.

—En efecto, señor Paganel.

—Por tanto, cuando se dice que el Sol está más cerca de la Tierra «en invierno», eso es cierto solo para nosotros, que habitamos la parte boreal del globo.

—He aquí algo en lo que no había pensado —respondió Robert.

—Y ahora, muchacho, vete, y no lo olvides.

Robert recibió de buen grado su pequeña lección de cosmografía, y acabó por aprender que la temperatura media de la provincia de Victoria alcanzaba setenta y cuatro grados Fahrenheit (más veintitrés grados con treinta y tres centésimas centígrados).

Al anochecer, el grupo acampó a cinco millas más allá del lago Lonsdale, entre el monte Drummond, que se erguía al norte, y el monte Dryden, cuya mediocre cima mordía el horizonte por el sur.

Al día siguiente, a las once, el carro alcanzó las orillas del Wimerra, en el meridiano ciento cuarenta y tres.

El río, de media milla de anchura, discurría por láminas límpidas entre dos altas hileras de gomeros y acacias. Algunas magníficas mirtáceas, el «metrosideros speciosa» entre otras, alzaban a unos quince pies sus largas y llorosas ramas, adornadas de flores rojas. Mil pájaros, oropéndolas, pinzones, palomas de alas doradas, sin contar los parlanchines loros, revoloteaban por las verdes ramillas. Abajo, en la superficie de las aguas, retozaba una pareja de cisnes negros, tímidos e inabordables. Ese «rara avis» de los ríos australianos se perdió pronto en los meandros del Wimerra, que regaba caprichosamente esa atractiva campiña.

Capítulo XI. Burke y Stuart

Sin embargo, el carro se había detenido sobre un tapiz de césped cuyas franjas pendían sobre las rápidas aguas. Allí no había balsa ni puente. Había que pasar de todas formas. Ayrton se ocupó de buscar un vado practicable. El río, un cuarto de milla río arriba, le pareció menos profundo, y fue en ese lugar donde resolvió alcanzar la orilla opuesta. Varios sondeos no acusaron más de tres pies de agua. El carro podía, pues, aventurarse por ese bajo fondo sin correr grandes riesgos.

—¿No existe ningún otro medio de cruzar este río? —preguntó Glenarvan al contramaestre.

—No, *mylord* —respondió Ayrton—, pero este paso no me parece peligroso. Saldremos adelante.

—¿Deben lady Glenarvan y la señorita Grant abandonar el carro?

—En absoluto. Mis bueyes tienen el pie seguro, y me encargo de mantenerlos en la buena ruta.

—Adelante, Ayrton —respondió Glenarvan—. Me fío de vos.

Los jinetes rodearon el pesado vehículo, y se entró resueltamente en el río. Los carros, por lo general, cuando intentan esos pasos a vado, están rodeados de un rosario de toneles vacíos que los sostiene en la superficie de las aguas. Pero aquí ese cinturón flotante faltaba; había que confiarse, pues, a la sagacidad de los bueyes, llevados de la mano por el prudente Ayrton. Este, desde su asiento, dirigía el tiro; el mayor y los dos marineros hendían la rápida corriente a algunas brazas en cabeza.

Glenarvan y John Mangles, a cada lado del carro, se mantenían dispuestos a socorrer a las viajeras; Paganel y Robert cerraban la línea.

Todo fue bien hasta la mitad del Wimerra. Pero entonces el cauce se marcó con mayor hondura y el agua subió por encima de las llantas. Los bueyes, desviados del vado, podían perder pie y arrastrar con ellos la oscilante máquina. Ayrton se sacrificó valerosamente; se metió en el agua y, agarrándose a los cuernos de los bueyes, logró devolverlos al buen camino.

En ese momento se produjo un golpe imposible de prever; se oyó un crujido; el carro se inclinó en un ángulo inquietante; el agua llegó a los pies de las viajeras; todo el aparato comenzó a derivar, a pesar de Glenarvan y de John Mangles, aferrados a los varales. Fue un momento lleno de angustia.

Por fortuna, un vigoroso tirón acercó el vehículo a la orilla opuesta. El río ofreció a las patas de los bueyes y los caballos una pendiente ascendente, y bien pronto hombres y bestias se encontraron a salvo en la otra orilla, tan satisfechos como empapados.

Solo que el tren delantero del carro había sido roto por el choque, y el caballo de Glenarvan quedó desherrado de las manos delanteras.

Ese accidente exigía una reparación urgente. Se miraban, pues, con aire bastante perplejo, cuando Ayrton propuso ir a la estación de Black-Point, situada a veinte millas al norte, y traer de allí un herrador.

—Id, id, buen Ayrton —le dijo Glenarvan—. ¿Cuánto tiempo necesitáis para hacer ese trayecto e ir y volver al campamento?

—Quince horas quizás —respondió Ayrton—, pero no más.

—Partid, pues, y mientras aguardamos vuestro regreso acamparemos a orillas del Wimerra.

Pocos minutos después, el contramaestre, montado en el caballo de Wilson, desaparecía tras una espesa cortina de mimosas.

El resto de la jornada se empleó en conversaciones y paseos. Los viajeros, charlando y admirando, recorrieron las orillas del Wimerra. Las grullas cenicientas y los ibis, lanzando roncos gritos, huían a su paso. El pájaro-satén se ocultaba en las altas ramas de la higuera silvestre; los oropéndolas, los collalbas y los epimaquios revoloteaban entre los soberbios tallos de las liliáceas; los martines pescadores abandonaban su pesca habitual, mientras toda la familia, más civilizada, de los loros —el «blue-mountain» ataviado de los siete colores del prisma, el pequeño «roschill» de cabeza escarlata y

garganta amarilla, y el «lori» de plumaje rojo y azul— proseguía su ensordecedor parloteo en la cima de los gomeros en flor.

Así, ora tumbados sobre la hierba a orillas de las aguas murmurantes, ora errando a la ventura entre los grupos de mimosas, los paseantes admiraron esa bella naturaleza hasta la puesta del sol. La noche, precedida de un rápido crepúsculo, les sorprendió a media milla del campamento. Volvieron guiándose no por la estrella polar, invisible desde el hemisferio austral, sino por la Cruz del Sur, que brillaba a mitad de camino entre el horizonte y el cénit.

Mr. Olbinett había preparado la cena bajo la tienda. Se sentaron a la mesa. El éxito de la cena fue un cierto salmis de loros hábilmente cazados por Wilson y diestramente preparados por el *stewart*.

Terminada la cena, cada cual buscó un pretexto para no entregar al reposo las primeras horas de esa noche tan hermosa. Lady Helena puso de acuerdo a todos pidiendo a Paganel que contase la historia de los grandes viajeros australianos, una historia prometida desde hacía ya mucho tiempo.

Paganel no pedía nada mejor. Sus oyentes se tendieron al pie de un magnífico *banksia*; el humo de los cigarros subió pronto hasta el follaje perdido en la sombra, y el geógrafo, fiándose de su inagotable memoria, tomó al punto la palabra.

—Recordaréis, amigos míos, y el mayor no habrá olvidado sin duda, la enumeración de viajeros que os hice a bordo del *Duncan*. De todos los que intentaron penetrar en el interior del continente, solo cuatro lograron atravesarlo de sur a norte o de norte a sur. Son: Burke, en 1860 y 1861; Mac Kinlay, en 1861 y 1862; Landsborough, en 1862, y Stuart, también en 1862. De Mac Kinlay y de Landsborough, poco os diré. El primero fue de Adelaida al golfo de Carpentaria; el segundo, del golfo de Carpentaria a Melbourne, ambos enviados por comités australianos en busca de Burke, que no reaparecía y nunca debía reaparecer.

»Burke y Stuart: tales son los dos audaces exploradores de quienes os voy a hablar, y comienzo sin preámbulo.

»El 20 de agosto de 1860, bajo los auspicios de la Real Sociedad de Melbourne, partía un ex oficial irlandés, antiguo inspector de policía en Castlemaine, llamado Robert O'Hara Burke. Once hombres le acompaña-

ban: William John Wills, joven astrónomo distinguido; el doctor Beckler, un botánico; Gray; King, joven militar del ejército de las Indias; Landells; Brahe, y varios cipayos. Veinticinco caballos y veinticinco camellos transportaban a los viajeros, sus equipajes y provisiones para dieciocho meses. La expedición debía dirigirse al golfo de Carpentaria, en la costa septentrional, siguiendo primero el río Cooper.

»Franqueó sin dificultad las líneas del Murray y del Darling, y llegó a la estación de Menindié, en el límite de las colonias.

»Allí se reconoció que el numeroso equipaje resultaba muy embarazoso. Esa incomodidad y cierta dureza de carácter de Burke sembraron la discordia en la tropa. Landells, el director de los camellos, seguido de algunos servidores hindúes, se separó de la expedición y volvió a las orillas del Darling.

»Burke prosiguió su camino hacia adelante. Ora por magníficos pastizales ampliamente regados, ora por caminos pedregosos y privados de agua, descendió hacia el Cooper's-creek. El 20 de noviembre, tres meses después de su partida, establecía un primer depósito de provisiones a orillas del río.

»Aquí, los viajeros fueron retenidos algún tiempo sin encontrar una ruta practicable hacia el norte, una ruta donde el agua estuviese asegurada. Tras grandes dificultades, llegaron a un campamento que nombraron el fuerte Wills. Lo convirtieron en un puesto rodeado de empalizadas, situado a mitad de camino entre Melbourne y el golfo de Carpentaria. Allí, Burke dividió su tropa en dos partes. La una, bajo las órdenes de Brahe, debía quedarse en el fuerte Wills durante tres meses y más, si las provisiones no le faltaban, y esperar el regreso de la otra. Esta última se compuso únicamente de Burke, King, Gray y Wills. Se llevaban seis camellos.

»Se llevaban víveres para tres meses, es decir, tres quintales de harina, cincuenta libras de arroz, cincuenta libras de harina de avena, un quintal de carne de caballo seca, cien libras de cerdo salado y tocino, y treinta libras de galleta, todo ello para hacer un viaje de seiscientas leguas, ida y vuelta.

»Esos cuatro hombres partieron. Tras el penoso cruce de un desierto pedregoso, llegaron al río Eyre, en el punto extremo alcanzado por Sturt en 1845 y, remontando el meridiano ciento cuarenta tan exactamente como les fue posible, apuntaron hacia el norte.

»El 7 de enero pasaron el trópico bajo un sol de fuego, engañados por espejismos decepcionantes, con frecuencia privados de agua, a veces refrescados por grandes tormentas, encontrando aquí y allá a algunos indígenas errantes de quienes no tuvieron queja; en suma, poco obstaculizados por las dificultades de una ruta que no cortaban ni lagos, ni ríos, ni montañas.

»El 12 de enero, algunas colinas de arenisca aparecieron hacia el norte, entre otras el monte Forbes, y una sucesión de cadenas graníticas llamadas «ranges». Allí, las fatigas fueron grandes. Apenas se avanzaba. Los animales se negaban a seguir adelante: «¡siempre en los ranges! ¡Los camellos sudan de miedo!», escribe Burke en su cuaderno de viaje. Sin embargo, a fuerza de energía, los exploradores llegan a las orillas del río Turner, luego al curso superior del río Flinders, visto por Stokes en 1841, que va a desembocar en el golfo de Carpentaria, entre cortinas de palmeras y eucaliptos.

»Las proximidades del océano se manifestaron por una serie de terrenos pantanosos. Uno de los camellos pereció allí. Los demás se negaron a ir más lejos. King y Gray debieron quedarse con ellos. Burke y Wills continuaron marchando hacia el norte, y, tras grandes dificultades muy oscuramente relatadas en sus notas, llegaron a un punto donde la pleamar cubría los pantanos, pero no vieron el océano. Era el 11 de febrero de 1861.

—Así pues —dijo lady Glenarvan—, esos valientes hombres no pudieron ir más lejos.

—No, señora —respondió Paganel—. El suelo de los marismas se hundía bajo sus pies, y tuvieron que pensar en reunirse con sus compañeros del fuerte Wills. ¡Triste regreso, os lo juro! Fue arrastrándose, débiles y agotados, como Burke y su camarada volvieron a encontrar a Gray y a King. Luego la expedición, descendiendo hacia el sur por la ruta ya seguida, se encaminó hacia el Cooper's-creek.

»Las peripecias, los peligros, los sufrimientos de ese viaje no los conocemos con exactitud, pues los apuntes faltan en el cuaderno de los exploradores. Pero debió de ser terrible.

»En efecto, en el mes de abril, llegados al valle de Cooper, no eran ya más que tres. Gray acababa de sucumbir a la fatiga. Cuatro camellos habían perecido. Sin embargo, si Burke consigue llegar al fuerte Wills, donde le espera Brahe con su depósito de provisiones, sus compañeros y él están salva-

dos. Redoblan de energía; se arrastran durante algunos días más; el 21 de abril divisan las empalizadas del fuerte, ¡lo alcanzan!... Ese día, tras cinco meses de vana espera, Brahe había partido.

—¡Partido! —exclamó el joven Robert.

—¡Sí, partido! ¡Ese mismo día, por una deplorable fatalidad! ¡La nota dejada por Brahe no tenía más de siete horas de fecha! Burke no podía pensar en alcanzarle. Los infelices abandonados se repusieron un poco con las provisiones del depósito. Pero les faltaban los medios de transporte, y ciento cincuenta leguas les separaban todavía del Darling.

»Es entonces cuando Burke, contrariamente a la opinión de Wills, piensa en llegar a los establecimientos australianos situados cerca del monte Hopeless, a sesenta leguas del fuerte Wills. Se ponen en camino.

»De los dos camellos que quedan, uno perece en un afluente cenagoso del Cooper's-creek; el otro no puede dar un paso más, hay que abatirlo y alimentarse de su carne. Pronto los víveres se agotan.

»Los tres infortunados se ven reducidos a alimentarse de «*nardou*», planta acuática cuyas esporas son comestibles. Por falta de agua, por falta de medios para transportarla, no pueden alejarse de las orillas del Cooper. Un incendio abrasa su cabaña y sus efectos de campaña. ¡Están perdidos! ¡No les queda más que morir!

»Burke llamó a King junto a él: «No me quedan más que unas pocas horas de vida —le dijo—; aquí está mi reloj y mis notas. Cuando haya muerto, deseo que pongáis una pistola en mi mano derecha, y que me dejéis tal como esté, sin enterrarme.» Dicho esto, Burke no habló más, y expiró a la mañana siguiente a las ocho.

»King, aterrorizado, desesperado, fue en busca de una tribu australiana. Cuando regresó, Wills acababa también de sucumbir. En cuanto a King, fue recogido por indígenas y, en el mes de septiembre, encontrado por la expedición del señor Howitt, enviada en busca de Burke al mismo tiempo que Mac Kinlay y Landsborough. Así pues, de los cuatro exploradores, uno solo sobrevivió a esa travesía del continente australiano.

El relato de Paganel había dejado una impresión dolorosa en el ánimo de sus oyentes. Cada cual pensaba en el capitán Grant, que erraba quizás como Burke y los suyos en medio de ese continente funesto. ¿Habían escapado

los náufragos a los sufrimientos que diezmaron a esos audaces pioneros? Ese paralelismo fue tan natural, que las lágrimas acudieron a los ojos de Mary Grant.

—¡Mi padre! ¡Mi pobre padre! —murmuró.

—¡Señorita Mary! ¡Señorita Mary! —exclamó John Mangles—. ¡Para padecer tales males hay que afrontar las regiones del interior! ¡El capitán Grant está en manos de los indígenas, como King, y, como King, será salvado! ¡Nunca se ha encontrado en condiciones tan desfavorables!

—Nunca —añadió Paganel—, y os lo repito, querida señorita, los australianos son hospitalarios.

—¡Dios os oiga! —respondió la joven.

—¿Y Stuart? —preguntó Glenarvan, que quería desviar el curso de esos tristes pensamientos.

—¿Stuart? —respondió Paganel—. ¡Oh! Stuart tuvo más suerte, y su nombre es célebre en los anales australianos. Desde el año 1848, John Mac Douall Stuart, vuestro compatriota, amigos míos, se preparaba para sus viajes acompañando a Sturt en los desiertos situados al norte de Adelaida. En 1860, seguido de solo dos hombres, intentó, pero en vano, penetrar en el interior de Australia. No era un hombre que se desanimase. En 1861, el 1 de enero, abandonó el Chambers-Creek al frente de once compañeros decididos, y no se detuvo hasta sesenta leguas del golfo de Carpentaria; pero, faltando las provisiones, tuvo que volver a Adelaida sin haber atravesado el temible continente. Sin embargo, osó tentar de nuevo la fortuna y organizar una tercera expedición que, esta vez, debía alcanzar el objetivo tan ardientemente deseado.

»El parlamento de Australia Meridional patrocinó calurosamente esa nueva exploración y votó un subsidio de dos mil libras esterlinas. Stuart tomó todas las precauciones que le sugirió su experiencia de pionero. Sus amigos Waterhouse el naturalista, Thring, Kekwick, sus antiguos compañeros, Woodforde, Auld, diez en total, se unieron a él. Se llevó veinte odres de cuero de América, capaces de contener siete galones cada uno, y el 5 de abril de 1862 la expedición se encontraba reunida en la cuenca de Newcastle-Water, más allá del grado dieciocho de latitud, en ese mismo punto que Stuart no había podido sobrepasar. La línea de su itinerario

seguía aproximadamente el meridiano ciento treinta y uno y, por consiguiente, describía un desvío de siete grados al oeste del de Burke.

»La cuenca de Newcastle-Water debía ser la base de las nuevas exploraciones. Stuart, rodeado de espeso bosque, intentó en vano pasar al norte y al nordeste. Mismo fracaso para ganar por el oeste el río Victoria; impenetrables matorrales cerraban toda salida.

»Stuart resolvió entonces cambiar su campamento, y logró trasladarlo un poco más al norte, a los pantanos de Hower. Luego, tendiendo hacia el este, encontró en medio de llanuras herbosas el arroyo Daily, que remontó durante unas treinta millas.

»La región se volvía magnífica; sus pastizales habrían hecho la alegría y la fortuna de un squatter; los eucaliptos crecían allí a una prodigiosa altura. Stuart, maravillado, siguió avanzando; alcanzó las orillas del río Strangway y del Roper's-Creek descubierto por Leichardt; sus aguas corrían en medio de palmeras dignas de esa región tropical; allí vivían tribus de indígenas que acogieron bien a los exploradores.

»Desde ese punto, la expedición se inclinó hacia el norte-noroeste, buscando a través de un terreno cubierto de arenisca y rocas ferruginosas los manantiales del río Adelaida, que desemboca en el golfo de Van Diemen. Atravesaba entonces la tierra de Arnhem, en medio de palmitos, bambúes, pinos y pandanos. El Adelaida se ensanchaba; sus orillas se volvían pantanosas; el mar estaba cerca.

»El martes 22 de julio, Stuart acampó en los pantanos de Fresh-Water, muy obstaculizado por innumerables arroyos que cortaban su camino. Envió a tres de sus compañeros a buscar caminos practicables; al día siguiente, ora rodeando ensenadas infranqueables, ora hundiéndose en los terrenos cenagosos, alcanzó algunas llanuras elevadas y cubiertas de césped donde crecían grupos de gomeros y árboles de corteza fibrosa; allí volaban en bandadas ocas, ibis, aves acuáticas de extrema bravura. De indígenas había pocos o ninguno. Solo algunas columnas de humo de campamentos lejanos.

»El 24 de julio, nueve meses después de su partida de Adelaida, Stuart parte a las ocho horas y veinte minutos de la mañana en dirección al norte; quiere alcanzar el mar ese mismo día; el terreno está ligeramente elevado,

salpicado de mineral de hierro y rocas volcánicas; los árboles se vuelven pequeños; toman un aspecto marítimo; se presenta un amplio valle aluvional, bordeado más allá por una cortina de arbustos. Stuart oye claramente el ruido de las olas que rompen, pero no dice nada a sus compañeros. Se penetra en un matorral obstruido por sarmientos de vid silvestre.

»Stuart da unos pasos. ¡Está en las orillas del océano Índico! «¡El mar! ¡El mar!», grita Thring estupefacto. Los demás acuden, y tres prolongados hurras saludan al océano Índico.

»¡El continente acababa de ser atravesado por cuarta vez!

»Stuart, cumpliendo la promesa hecha al gobernador sir Richard Macdonnell, se bañó los pies y se lavó la cara y las manos en las olas del mar.

»Luego volvió al valle e inscribió en un árbol sus iniciales J. M. D. S. Se organizó un campamento junto a un pequeño arroyo de aguas corrientes.

»Al día siguiente, Thring fue a reconocer si era posible ganar por el suroeste la desembocadura del río Adelaida; pero el suelo era demasiado pantanoso para el paso de los caballos; hubo que renunciar.

»Entonces Stuart eligió en un claro un árbol elevado. Cortó las ramas bajas, y en la cima hizo desplegar la bandera australiana. En el árbol fueron inscritas estas palabras en la corteza: *es a un pie al sur donde debes cavar la tierra*.

»Y si algún viajero escarba un día la tierra en el lugar indicado, encontrará una cajita de hojalata, y en esa cajita este documento cuyas palabras están grabadas en mi memoria: *Gran exploración y travesía de sur a norte de Australia*.

»Los exploradores a las órdenes de John Mac Douall Stuart llegaron aquí el 25 de julio de 1862, después de haber atravesado toda Australia desde el mar del sur hasta las orillas del océano Índico, pasando por el centro del continente. Habían salido de Adelaida el 26 de octubre de 1861, y el 21 de enero de 1862 abandonaban la última estación de la colonia en dirección al norte. En memoria de este feliz acontecimiento, han desplegado aquí la bandera australiana con el nombre del jefe de la expedición. Todo va bien. Dios proteja a la reina.

»Siguen las firmas de Stuart y de sus compañeros.

»Así quedó constatado ese gran acontecimiento que tuvo una resonancia inmensa en el mundo entero.

—¿Y esos valerosos hombres volvieron todos a ver a sus amigos del sur? —preguntó lady Helena.

—Sí, señora —respondió Paganel—; todos, pero no sin crueles fatigas. Stuart fue el más afectado; su salud estaba gravemente comprometida por el escorbuto cuando reanudó su itinerario hacia Adelaida. A principios de septiembre, su enfermedad había hecho tales progresos que no creía volver a ver los distritos habitados. Ya no podía mantenerse en la silla; iba tendido en una litera suspendida entre dos caballos. A finales de octubre, unos esputos de sangre le pusieron a las últimas. Se mató un caballo para hacerle caldo; el 28 de octubre pensaba morir, cuando una crisis saludable le salvó, y el 10 de diciembre la pequeña tropa al completo alcanzó los primeros establecimientos.

»Fue el 17 de diciembre cuando Stuart entró en Adelaida en medio de una población entusiasmada. Pero su salud seguía siendo precaria, y poco después, tras haber obtenido la gran medalla de oro de la Sociedad de Geografía, se embarcó en el *Indus* hacia su querida Escocia, su patria, donde habremos de volverle a ver a nuestro regreso.

—Era un hombre que poseía en el más alto grado la energía moral —dijo Glenarvan—, y esta, más aún que la fuerza física, conduce a la realización de las grandes empresas. Escocia tiene razón de estar orgullosa de contarle entre sus hijos.

—¿Y desde Stuart —preguntó lady Helena—, ningún viajero ha intentado nuevos descubrimientos?

—Sí, señora —respondió Paganel—. Os he hablado con frecuencia de Leichardt. Ese viajero había realizado ya en 1844 una notable exploración en Australia Septentrional. En 1848 emprendió una segunda expedición hacia el nordeste. Desde hace diecisiete años, no ha reaparecido. El año pasado, el célebre botánico, el doctor Muller, de Melbourne, promovió una suscripción pública destinada a sufragar los gastos de una expedición. Esa expedición fue rápidamente cubierta, y una tropa de valerosos squatters, mandada por el inteligente y audaz Mac Intyre, abandonó el 21 de junio de

1864 los pastizales del río Paroo. En este momento, debe de haberse adentrado profundamente, en busca de Leichardt, en el interior del continente. ¡Ojalá tenga éxito, y ojalá nosotros mismos podamos, como él, volver a encontrar a los amigos que nos son queridos!

Así terminó el relato del geógrafo. Era tarde. Se dieron las gracias a Paganel, y cada cual, pocos instantes después, dormía plácidamente, mientras el pájaro-reloj, oculto en el follaje de los gomeros blancos, marcaba regularmente los segundos de esa noche tranquila.

Capítulo XII. El ferrocarril de Melbourne a Sandhurst

El mayor no había visto sin cierta aprensión partir a Ayrton del campamento de Wimerra para ir a buscar un herrador a la estación de Black-Point. Pero no dijo ni una palabra de sus personales desconfianzas, y se contentó con vigilar los alrededores del río. La tranquilidad de esas apacibles campiñas no fue perturbada en absoluto, y, tras algunas horas de noche, el sol reapareció sobre el horizonte.

Por su parte, Glenarvan no tenía otro temor que ver regresar a Ayrton solo. A falta de obreros, el carro no podía reemprender la marcha. El viaje quedaba detenido durante varios días quizás, y Glenarvan, impaciente por lograr su objetivo, ansioso por alcanzar su meta, no admitía retraso alguno.

Ayrton, por fortuna, no había perdido ni su tiempo ni sus gestiones. Al día siguiente reapareció al rayar el alba. Un hombre le acompañaba, quien se decía herrador de la estación de Black-Point.

Era un tipo vigoroso, de elevada estatura, pero de fisonomía baja y bestial que no predisponía en su favor. Poco importaba, en suma, si sabía su oficio. En todo caso, hablaba poco, y su boca no se gastaba en palabras inútiles.

—¿Es un obrero capaz? —preguntó John Mangles al contramaestre.

—No le conozco más que vos, capitán —respondió Ayrton—. Ya veremos.

El herrador se puso a la obra. Era un hombre del oficio, bien se vio en la forma en que reparó el tren delantero del carro. Trabajaba diestramente, con un vigor poco común. El mayor observó que la carne de sus muñecas,

fuertemente erosionada, presentaba un collar negruzco de sangre extravasada. Era el indicio de una herida reciente que las mangas de una mala camisa de lana disimulaban bastante mal. Mac Nabbs interrogó al herrador sobre esas erosiones que debían de ser muy dolorosas. Pero este no respondió y continuó su trabajo.

Dos horas después, las averías del carro estaban reparadas.

En cuanto al caballo de Glenarvan, fue cosa rápida. El herrador había tenido el cuidado de traer herraduras ya preparadas. Esas herraduras ofrecían una particularidad que no escapó al mayor. Era un trébol toscamente recortado en su parte anterior. Mac Nabbs se lo hizo notar a Ayrton.

—Es la marca de Black-Point —respondió el contramaestre—. Permite seguir el rastro de los caballos que se alejan de la estación y no confundirlo con otros.

Pronto las herraduras fueron ajustadas a los cascos del caballo.

Luego el herrador reclamó su salario y se fue sin haber pronunciado cuatro palabras.

Media hora después, los viajeros estaban en marcha. Más allá de las cortinas de mimosas se extendía un espacio ampliamente despejado que bien merecía su nombre de «open plain». Algunos fragmentos de cuarzo y rocas ferruginosas yacían entre los arbustos, las hierbas altas y las empalizadas donde se reunían numerosos rebaños. Algunas millas más adelante, las ruedas del carro surcaron con bastante profundidad terrenos lacustres, donde murmuraban arroyos irregulares, a medias ocultos bajo una cortina de cañas gigantescas.

Luego se bordearon vastas lagunas saladas en plena evaporación. El viaje se hacía sin dificultad y, hay que añadirlo, sin tedio.

Lady Helena invitaba a los jinetes a visitarla por turnos, pues su salón era muy exiguo.

Pero así se aliviaba cada cual de las fatigas del caballo y se recreaba en la conversación de esa amable mujer. Lady Helena, secundada por la señorita Mary, hacía con perfecta gracia los honores de su casa ambulante. John Mangles no era olvidado en esas invitaciones cotidianas, y su conversación algo seria no desagradaba en absoluto. Al contrario.

Fue así como se cortó diagonalmente el *mail-road* de Growland a Horsham, una ruta muy polvorienta que los peatones apenas frecuentaban. Algunas lomas de colinas poco elevadas fueron rozadas al pasar por el extremo del condado de Talbot, y al anochecer la tropa llegó a tres millas por encima de Maryborough. Caía una lluvia fina que en cualquier otro país habría empapado el suelo; pero aquí el aire absorbía la humedad de modo tan maravilloso que el campamento no lo resintió.

Al día siguiente, 29 de diciembre, la marcha fue algo retardada por una serie de montículos que formaban una pequeña Suiza en miniatura. Eran perpetuas subidas o bajadas, y no pocos traqueteos poco agradables. Los viajeros hicieron una parte del camino a pie, y no se quejaron de ello.

A las once se llegó a Carlsbrook, municipio de cierta importancia. Ayrton era de opinión de rodear la ciudad sin entrar en ella, a fin, decía, de ganar tiempo. Glenarvan compartió su opinión, pero Paganel, siempre ávido de curiosidades, deseaba visitar Carlsbrook. Se le dejó hacer, y el carro continuó lentamente su viaje.

Paganel, siguiendo su costumbre, se llevó consigo a Robert. Su visita al municipio fue rápida, pero bastó para darle una idea exacta de las ciudades australianas. Había allí un banco, un palacio de justicia, un mercado, una escuela, una iglesia y un centenar de casas de ladrillo perfectamente uniformes.

Todo ello dispuesto en un cuadrilátero regular cortado por calles paralelas, según el método inglés. Nada más sencillo, pero también menos recreativo. Cuando la ciudad crece, se alargan sus calles como los pantalones de un niño que crece, y la simetría primitiva no queda en modo alguno alterada.

Una gran actividad reinaba en Carlsbrook, síntoma notable en esas ciudades nacidas de ayer. Parece que en Australia las ciudades brotan como árboles al calor del sol. Gentes atareadas corrían por las calles; expedidores de oro se agolpaban en las oficinas de llegada; el precioso metal, escoltado por la policía indígena, llegaba de las fundiciones de Bendigo y del monte Alexandre. Todo ese mundo espoleado por el interés no pensaba más que en sus negocios, y los forasteros pasaron inadvertidos en medio de esa población laboriosa.

Tras una hora empleada en recorrer Carlsbrook, los dos visitantes se reunieron con sus compañeros a través de una campiña cuidadosamente cultivada. Largas praderas, conocidas con el nombre de «low level plains», les sucedieron con innumerables rebaños de ovejas y cabañas de pastores. Luego el desierto apareció, sin transición, con esa brusquedad particular de la naturaleza australiana. Las colinas de Simpson y el monte Tarrangower marcaban la punta que hace al sur el distrito de Loddo en el grado ciento cuarenta y cuatro de longitud.

Sin embargo, hasta allí no se había encontrado ninguna de esas tribus de aborígenes que viven en estado salvaje.

Glenarvan se preguntaba si los australianos faltarían a Australia como habían faltado los indios en la Pampa argentina. Pero Paganel le dio a saber que, bajo esa latitud, los salvajes frecuentaban principalmente las llanuras del Murray, situadas a cien millas al este.

—Nos acercamos al país del oro —dijo—. Antes de dos días atravesaremos esa opulenta región del monte Alexandre. Allí fue donde en 1852 se abatió la nube de mineros. Los naturales debieron de huir hacia los desiertos del interior. Estamos en un país civilizado sin que lo parezca, y nuestra ruta, antes del final de esta jornada, habrá cortado el ferrocarril que pone en comunicación el Murray y el mar. Pues bien, ¿hay que decirlo, amigos míos?, ¡un ferrocarril en Australia, eso me parece una cosa sorprendente!

—¿Y por qué, Paganel? —preguntó Glenarvan.

—¡Por qué! ¡Porque desentona! ¡Oh! Bien sé que vosotros, acostumbrados a colonizar posesiones lejanas, vosotros que tenéis telégrafos eléctricos y exposiciones universales en Nueva Zelanda, lo encontraréis muy natural. ¡Pero eso confunde el espíritu de un francés como yo y enreda todas sus ideas sobre Australia!

—Porque miráis el pasado y no el presente —respondió John Mangles.

Un vigoroso silbido de locomotora interrumpió la discusión. Los viajeros no estaban a una milla del ferrocarril. Una locomotora, que venía del sur y marchaba a poca velocidad, se detuvo precisamente en el punto de intersección de la vía férrea y del camino seguido por el carro. Este ferrocarril, como había dicho Paganel, unía la capital de Victoria con el Murray, el mayor río de Australia.

Ese inmenso curso de agua, descubierto por Sturt en 1828, nacido de los Alpes australianos, engrosado por el Lachlan y el Darling, cubre toda la frontera septentrional de la provincia de Victoria, y va a desembocar en la bahía Encounter, cerca de Adelaida. Atraviesa países ricos, fértiles, y las estaciones de los squatters se multiplican a lo largo de su recorrido, gracias a las fáciles comunicaciones que el ferrocarril establece con Melbourne.

Aquel ferrocarril explotaba entonces un trayecto de ciento cinco millas entre Melbourne y Sandhurst, prestando servicio en Kyneton y Castlemaine. La vía, en construcción, proseguía durante setenta millas hasta Echuca, capital de la colonia de Riverine, fundada ese mismo año a orillas del Murray.

El paralelo 37 cortaba la vía férrea a pocas millas por encima de Castlemaine, y precisamente en Camden-Bridge, puente tendido sobre el Lutton, uno de los numerosos afluentes del Murray.

Hacia ese punto dirigió Ayrton su carromato, precedido de los jinetes, que se permitieron un trecho de galope hasta Camden-Bridge. Los atraía, además, un vivo sentimiento de curiosidad.

En efecto, una multitud considerable se encaminaba hacia el puente del ferrocarril. Los habitantes de las estaciones vecinas abandonaban sus casas; los pastores, dejando sus rebaños, abarrotaban los accesos a la vía. Se oían estas voces repetidas con frecuencia:

—¡Al railway! ¡Al railway!

Algún acontecimiento grave debía de haberse producido, que causaba toda aquella agitación. Una gran catástrofe, quizás.

Glenarvan, seguido de sus compañeros, apretó el paso de su caballo. En pocos minutos llegó a Camden-Bridge. Allí comprendió la causa del gentío.

Había tenido lugar un espantoso accidente, no un choque entre trenes, sino un descarrilamiento y una caída que recordaban los más graves desastres de los *railways* americanos. El río que atravesaba la vía férrea estaba colmado de restos de vagones y de la locomotora. Bien porque el puente hubiera cedido bajo el peso del tren, bien porque el convoy se hubiera salido de los raíles, cinco vagones de seis habían sido precipitados al cauce del Lutton a continuación de la locomotora.

Solo el último vagón, milagrosamente preservado por la ruptura de su cadena, permanecía en la vía a media toesa del abismo. Debajo no había más que un siniestro amontonamiento de ejes ennegrecidos y torcidos, de cajas hundidas, de raíles retorcidos, de traviesas calcinadas. La caldera, al estallar con el choque, había proyectado sus fragmentos de chapa a enormes distancias.

De todo aquel amasijo de objetos informes brotaban aún algunas llamas y espirales de vapor mezcladas con humo negro. ¡Tras la horrible caída, el incendio, todavía más horrible! Grandes manchas de sangre, miembros dispersos, trozos de cadáveres carbonizados aparecían aquí y allá, y nadie se atrevía a calcular el número de víctimas amontonadas bajo los escombros.

Glenarvan, Paganel, el mayor, Mangles, mezclados entre la multitud, escuchaban los comentarios que corrían de unos a otros. Cada cual intentaba explicar la catástrofe mientras se trabajaba en el rescate.

—El puente se ha roto —decía uno.

—¡Roto! —respondían los demás—. Tan poco roto está que sigue intacto. Se olvidaron de cerrarlo al paso del tren. Eso es todo.

Era, en efecto, un puente giratorio que se abría para el servicio de la navegación fluvial. ¿El guarda, por una imperdonable negligencia, había olvidado cerrarlo, y el convoy lanzado a toda velocidad, al que de pronto le faltaba la vía, se había precipitado así al cauce del Lutton? Esta hipótesis parecía muy admisible, pues si una mitad del puente yacía bajo los restos de los vagones, la otra mitad, devuelta a la orilla opuesta, pendía aún de sus cadenas intactas. ¡No cabía duda alguna! Una negligencia del guarda acababa de causar aquella catástrofe.

El accidente había ocurrido de noche, al expreso n.º 37, que había salido de Melbourne a las once y cuarenta y cinco de la noche. Debían de ser las tres y cuarto de la madrugada cuando el tren, veinticinco minutos después de haber abandonado la estación de Castlemaine, llegó al paso de Camden-Bridge y quedó allí en apuros.

Enseguida, los viajeros y los empleados del último vagón se ocuparon de pedir socorro; pero el telégrafo, cuyos postes yacían en tierra, ya no funcionaba. Las autoridades de Castlemaine necesitaron tres horas para llegar al lugar del siniestro. Eran, pues, las seis de la mañana cuando se organizó

el rescate bajo la dirección del señor Mitchell, *surveyor* general de la colonia, y de un pelotón de policemen comandados por un oficial de policía. Los colonos y sus gentes habían acudido en auxilio y trabajaron primero en apagar el incendio que devoraba aquel amontonamiento de escombros con una actividad insuperable.

Algunos cadáveres irreconocibles yacían sobre los taludes del terraplén. Pero había que renunciar a sacar a ningún ser vivo de aquella hoguera. El fuego había concluido rápidamente la obra de destrucción. De los viajeros del tren, cuyo número se ignoraba, solo diez sobrevivían, los del último vagón.

La administración del ferrocarril acababa de enviar una locomotora de socorro para devolverlos a Castlemaine.

Sin embargo, lord Glenarvan, habiéndose dado a conocer ante el *surveyor* general, conversaba con él y con el oficial de policía. Este último era un hombre alto y enjuto, de un imperturbable sangre fría que, si guardaba alguna sensibilidad en el corazón, no dejaba traslucir nada de ella en sus rasgos impasibles. Se hallaba ante todo aquel desastre como un matemático ante un problema: intentaba resolverlo y despejar la incógnita. Así, a estas palabras de Glenarvan: «¡Vaya una gran desgracia!», respondió tranquilamente:

—Mejor que eso, *milord*.

—¡Mejor que eso! —exclamó Glenarvan, chocado por la frase—. ¿Y qué hay mejor que una desgracia?

—¡Un crimen! —respondió tranquilamente el oficial de policía.

Glenarvan, sin detenerse en la impropiedad de la expresión, se volvió hacia el señor Mitchell, interrogándolo con la mirada.

—Sí, *milord* —respondió el *surveyor* general—. Nuestra investigación nos ha conducido a esta certeza: la catástrofe es el resultado de un crimen. El último vagón de equipajes fue saqueado. Los viajeros supervivientes fueron atacados por una cuadrilla de cinco o seis malhechores. El puente fue abierto intencionadamente, no por negligencia, y si se relaciona este hecho con la desaparición del guarda, hay que concluir que ese miserable se hizo cómplice de los criminales.

El oficial de policía, ante esta deducción del *surveyor* general, sacudió la cabeza.

—¿No comparte usted mi opinión? —le preguntó el señor Mitchell.

—No, en lo tocante a la complicidad del guarda.

—Sin embargo —replicó el *surveyor* general—, esa complicidad permite atribuir el crimen a los salvajes que merodean por las campiñas del Murray. Sin el guarda, esos indígenas no habrían podido abrir ese puente giratorio cuyo mecanismo les es desconocido.

—Justo —respondió el oficial de policía.

—Ahora bien —añadió el señor Mitchell—, es un hecho constante, por la declaración de un barquero cuya embarcación franqueó Camden-Bridge a las diez y cuarenta de la noche, que el puente fue reglamentariamente cerrado después de su paso.

—Perfecto.

—Así pues, la complicidad del guarda me parece establecida de manera perentoria.

El oficial de policía sacudía la cabeza con un movimiento continuo.

—Pero entonces, señor —le preguntó Glenarvan—, ¿no atribuye usted el crimen a los salvajes?

—En absoluto.

—¿A quién, entonces?

En ese momento se produjo un considerable rumor a media milla río arriba. Se había formado un grupo que fue engrosando rápidamente. Llegó en breve hasta la estación. En el centro del grupo, dos hombres portaban un cadáver. Era el cadáver del guarda, ya frío. Una puñalada le había atravesado el corazón. Los asesinos, arrastrando su cuerpo lejos de Camden-Bridge, habían querido sin duda despistar las sospechas de la policía durante sus primeras pesquisas. Ahora bien, este descubrimiento justificaba plenamente las dudas del oficial. Los salvajes no tenían nada que ver con el crimen.

—Los que hicieron esto —dijo él— son gentes familiarizadas con el uso de este pequeño instrumento.

Y diciendo esto, mostró un par de «darbies», especie de esposas hechas de un doble aro de hierro provisto de una cerradura.

—En breve —añadió—, tendré el placer de ofrecerles esta pulsera como regalo de Año Nuevo.

—Pero entonces, ¿sospecha usted de...?

—De gentes que han «viajado gratis en los buques de Su Majestad».

—¡Cómo! ¿Convictos? —exclamó Paganel, que conocía esa metáfora empleada en las colonias australianas.

—Creía yo —observó Glenarvan— que los deportados no tenían derecho de residencia en la provincia de Victoria.

—¡Bah! —replicó el oficial de policía—. Si no tienen ese derecho, se lo toman. ¡Se escapan a veces, los convictos! Y me equivoco mucho, o estos vienen en línea recta de Perth. Pues bien, volverán allá, puede creerme.

El señor Mitchell aprobó con un gesto las palabras del oficial de policía. En ese momento, el carromato llegaba al paso a nivel de la vía férrea.

Glenarvan quiso evitar a las viajeras el horrible espectáculo de Camden-Bridge. Saludó al *surveyor* general, se despidió de él e hizo señas a sus amigos de que le siguieran.

—No es motivo —dijo— para interrumpir nuestro viaje.

Al llegar al carromato, Glenarvan habló sencillamente a lady Helena de un accidente ferroviario, sin mencionar la parte que el crimen había tenido en aquella catástrofe; tampoco mencionó la presencia en el país de una banda de convictos, reservándose comunicárselo a Ayrton en particular. Luego, la pequeña tropa cruzó el ferrocarril algunos centenares de toesas por encima del puente y retomó hacia el este su camino habitual.

Capítulo XIII. Un primer premio de geografía

Algunas colinas recortaban en el horizonte su perfil alargado y ponían fin a la llanura a dos millas del ferrocarril. El carromato no tardó en adentrarse entre gargantas estrechas y caprichosamente serpenteadas. Desembocaban en un paraje encantador donde hermosos árboles, no reunidos en bosques sino agrupados en macizos aislados, crecían con una exuberancia plenamente tropical. Entre los más admirables destacaban las «casuarinas», que parecen haber tomado prestada al roble la robusta estructura de su tronco, a la acacia sus vainas olorosas y al pino la aspereza de sus hojas algo glaucas. A sus ramas se entremezclaban los tan curiosos conos del «banksia latifolia», cuya esbeltez es de una suprema elegancia. Grandes arbustos de ramillas colgantes producían en los macizos el efecto de un agua verde que desbordara de tazas demasiado llenas. La mirada vacilaba entre todas aquellas maravillas naturales y no sabía dónde fijar su admiración.

La pequeña tropa se había detenido un instante. Ayrton, por orden de lady Helena, había retenido su tiro. Los gruesos discos del carromato dejaban de chirriar sobre la arena cuarzosa. Largos tapices verdes se extendían bajo los grupos de árboles; solo unas protuberancias del suelo, unos abultamientos regulares, los dividían en casillas todavía bastante visibles, como un vasto tablero de ajedrez.

Paganel no se equivocó ante aquellas frondosas soledades, tan poéticamente dispuestas para el descanso eterno. Reconoció aquellos cuadros funerarios cuya hierba borra ya las últimas huellas y que el viajero encuentra tan raramente en tierra australiana.

—Los bosquecillos de la muerte —dijo.

En efecto, ante sus ojos se hallaba un cementerio indígena, pero tan fresco, tan umbroso, tan animado por alegres bandadas de pájaros, tan acogedor, que no despertaba idea triste alguna. Hubiera podido tomarse fácilmente por uno de los jardines del Edén, cuando la muerte estaba desterrada de la tierra. Parecía hecho para los vivos. Pero aquellas tumbas, que el salvaje mantenía con piadoso esmero, desaparecían ya bajo una marea creciente de verdura. La conquista había expulsado al australiano lejos de la tierra donde reposaban sus antepasados, y la colonización iba pronto a entregar aquellos campos de la muerte a los dientes de los rebaños. Por eso son ya raros esos bosquecillos, ¡y cuántos han sido ya pisoteados por el viajero indiferente, que recubren toda una generación reciente!

Sin embargo, Paganel y Robert, adelantándose a sus compañeros, seguían entre los túmulos pequeñas sendas umbrosas. Conversaban y se instruían mutuamente, pues el geógrafo sostenía que ganaba mucho con la conversación del joven Grant. Pero no habían andado ni un cuarto de milla cuando lord Glenarvan los vio detenerse, luego desmontar de sus caballos y, por fin, inclinarse hacia la tierra. Parecían examinar un objeto muy curioso, a juzgar por sus expresivos gestos.

Ayrton azuzó su tiro y el carromato no tardó en alcanzar a los dos amigos. La causa de su parada y de su asombro fue reconocida de inmediato. Un niño indígena, un chiquillo de ocho años vestido con ropas europeas, dormía con apacible sueño a la sombra de un magnífico *banksia*. Era difícil equivocarse ante los rasgos característicos de su raza:

Su cabello rizado, su tez casi negra, su nariz chata, sus labios gruesos, una longitud poco ordinaria de los brazos, lo clasificaban de inmediato entre los naturales del interior. Pero una fisonomía inteligente lo distinguía, y sin duda la educación había ya elevado a aquel joven salvaje por encima de su humilde origen.

Lady Helena, muy interesada al verlo, descendió del carromato, y pronto toda la tropa rodeó al pequeño indígena, que dormía profundamente.

—Pobre criatura —dijo Mary Grant—. ¿Está perdido en este desierto?

—Supongo —respondió lady Helena— que habrá venido de lejos para visitar estos bosquecillos de la muerte. ¡Aquí reposan sin duda los que ama!

—¡Pero no hay que abandonarlo! —dijo Robert—. Está solo, y...

La caritativa frase de Robert fue interrumpida por un movimiento del joven indígena, que se volvió sin despertarse; pero entonces la sorpresa de todos fue extrema al ver en sus espaldas un cartel con la siguiente inscripción: *toliné, to be conducted to echuca, ... etc*.

—¡Esto es muy inglés! —exclamó Paganel—. ¡Expiden a un niño como a un fardo! ¡Lo registran como un paquete! Me lo habían dicho, pero no quería creerlo.

—¡Pobre pequeño! —dijo lady Helena—. ¿Estaba en ese tren que descarriló en Camden-Bridge? ¡Quizás sus padres han perecido y se queda solo en el mundo!

—No lo creo, señora —respondió John Mangles—. Ese cartel indica, al contrario, que viajaba solo.

—Se despierta —dijo Mary Grant.

En efecto, el niño se despertaba. Poco a poco sus ojos se abrieron y se volvieron a cerrar de inmediato, lastimados por el resplandor del día. Pero lady Helena le tomó la mano; se levantó y lanzó una mirada asombrada al grupo de viajeros.

Un sentimiento de temor alteró al principio sus rasgos, pero la presencia de lady Glenarvan lo tranquilizó.

—¿Entiendes el inglés, amigo mío? —le preguntó la joven señora.

—Lo entiendo y lo hablo —respondió el niño en la lengua de los viajeros, pero con un acento muy marcado.

Su pronunciación recordaba la de los franceses que se expresan en la lengua del Reino Unido.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó lady Helena.

—Toliné —respondió el pequeño indígena.

—¡Ah, Toliné! —exclamó Paganel—. Si no me equivoco, esa palabra significa «corteza de árbol» en australiano.

Toliné hizo un signo afirmativo y volvió los ojos hacia las viajeras.

—¿De dónde vienes, amigo mío? —repitió lady Helena.

—De Melbourne, por el ferrocarril de Sandhurst.

—¿Ibas en ese tren que descarriló en el puente de Camden? —preguntó Glenarvan.

—Sí, señor —respondió Toliné—, pero el Dios de la Biblia me ha protegido.

—¿Viajabas solo?

—Solo. El reverendo Paxton me había encomendado a los cuidados de Jeffries Smith. Por desgracia, ¡el pobre guarda fue muerto!

—¿Y en ese tren no conocías a nadie?

—A nadie, señor, pero Dios vela por los niños y jamás los abandona.

Toliné decía estas cosas con una voz dulce que llegaba al corazón. Cuando hablaba de Dios, su palabra se volvía más grave, sus ojos se iluminaban, y se sentía todo el fervor contenido en aquella joven alma.

Aquel entusiasmo religioso a tan tierna edad se explicaría fácilmente. Ese niño era uno de esos jóvenes indígenas bautizados por los misioneros ingleses y criados por ellos en las austeras prácticas de la religión metodista. Sus respuestas sosegadas, su aspecto pulcro, su traje oscuro le daban ya el aire de un pequeño reverendo.

Pero ¿adónde iba así a través de aquellas regiones desiertas, y por qué había abandonado Camden-Bridge?

Lady Helena lo interrogó al respecto.

—Volvía a mi tribu, en el Lachlan —respondió—. Quiero volver a ver a mi familia.

—¿Australianos? —preguntó John Mangles.

—Australianos del Lachlan —respondió Toliné.

—¿Y tienes padre y madre? —dijo Robert Grant.

—Sí, hermano —respondió Toliné, ofreciendo su mano al joven Grant, a quien aquel nombre de hermano conmovía visiblemente. Lo abrazó, y no hacía falta más para hacer de ellos un par de amigos.

Sin embargo, los viajeros, vivamente interesados por las respuestas de aquel joven salvaje, se habían ido sentando poco a poco a su alrededor y lo escuchaban hablar. El sol ya se inclinaba detrás de los grandes árboles.

Puesto que el lugar parecía propicio para hacer alto y que importaba poco recorrer unas millas más antes del anochecer, Glenarvan dio la orden de prepararlo todo para el campamento. Ayrton desenganchó los bueyes y, con la ayuda de Mulrady y Wilson, les puso las trabas y los dejó pacer a su antojo. Se levantó la tienda. Olbinett preparó la comida. Toliné aceptó tomar su parte, no sin hacer cierto ceremonial, aunque tenía hambre. Se sentaron a la mesa, los dos niños el uno junto al otro. Robert escogía los mejores bocados para su nuevo camarada, y Toliné los aceptaba con una gracia temerosa y llena de encanto.

La conversación, sin embargo, no languidecía. Cada cual se interesaba por el niño y lo interrogaba. Se quería conocer su historia. Era muy sencilla. Su pasado fue el de esos pobres indígenas confiados desde pequeños a los cuidados de las sociedades caritativas por las tribus vecinas de la colonia. Los australianos tienen costumbres apacibles. No profesan hacia sus invasores ese odio feroz que caracteriza a los neozelandeses ni, quizás, a algunas poblaciones del norte de Australia. Se los ve frecuentar las grandes ciudades, Adelaida, Sídney, Melbourne, y pasearse por ellas incluso con un atuendo bastante primitivo.

Comercian con los pequeños objetos de su industria, con instrumentos de caza o pesca, con armas, y algunos jefes de tribu, por economía sin duda, dejan de buen grado que sus hijos se beneficien de la educación inglesa.

Así hicieron los padres de Toliné, verdaderos salvajes del Lachlan, vasta región situada más allá del Murray. Desde hacía cinco años que vivía en Melbourne, el niño no había vuelto a ver a ninguno de los suyos. Y sin embargo, el imperecedero sentimiento de la familia vivía siempre en su corazón, y era para rever a su tribu, dispersa quizás, a su familia, diezmada sin duda, por lo que había emprendido el penoso camino del desierto.

—¿Y después de abrazar a tus padres volverás a Melbourne, hijo mío? —le preguntó lady Glenarvan.

—Sí, señora —respondió Toliné mirando a la joven señora con una sincera expresión de ternura.

—¿Y qué quieres ser un día?

—¡Quiero arrancar a mis hermanos de la miseria y la ignorancia! ¡Quiero instruirlos, llevarlos a conocer y amar a Dios! ¡Quiero ser misionero!

Estas palabras pronunciadas con animación por un niño de ocho años podían prestarse a la risa de espíritus ligeros y burlones; pero fueron comprendidas y respetadas por aquellos graves escoceses; admiraron la religiosa valentía de aquel joven discípulo, ya dispuesto al combate. Paganel se sintió conmovido hasta el fondo del corazón y experimentó una verdadera simpatía por el pequeño indígena.

¿Hay que decirlo? Hasta entonces, aquel salvaje en traje europeo no le agradaba demasiado. ¡No había venido a Australia para ver australianos en levita!

Los quería vestidos con un simple tatuaje. Aquella indumentaria «apropiada» desconcertaba sus ideas. Pero desde el momento en que Toliné habló con tanto ardor, cambió de parecer y se declaró su admirador. El final de aquella conversación, por lo demás, habría de hacer del bravo geógrafo el mejor amigo del pequeño australiano.

En efecto, a una pregunta de lady Helena, Toliné respondió que estudiaba en la «escuela normal» de Melbourne, dirigida por el reverendo señor Paxton.

—¿Y qué te enseñan en esa escuela? —preguntó lady Glenarvan.

—Me enseñan la Biblia, las matemáticas, la geografía...

—¡Ah, la geografía! —exclamó Paganel, tocado en su punto sensible.

—Sí, señor —respondió Toliné—. Incluso saqué un primer premio de geografía antes de las vacaciones de enero.

—¿Obtuviste un premio de geografía, muchacho?

—Aquí está, señor —dijo Toliné, sacando un libro del bolsillo.

Era una Biblia en formato de bolsillo, bien encuadernada. En el reverso de la primera página se leía esta mención: *escuela normal de Melbourne, 1.er premio de geografía, Toliné del Lachlan*.

¡Paganel ya no pudo contenerse! Un australiano fuerte en geografía lo maravillaba, y besó a Toliné en ambas mejillas, ni más ni menos que si hubiera sido el reverendo Paxton en persona en un día de entrega de premios. Paganel, sin embargo, debería haber sabido que ese hecho no es raro en las escuelas australianas. Los jóvenes salvajes son muy aptos para asimilar las

ciencias geográficas; las abordan con gusto y muestran, en cambio, un espíritu bastante refractario a los cálculos.

Toliné no había entendido nada de las súbitas caricias del sabio. Lady Helena tuvo que explicarle que Paganel era un célebre geógrafo y, llegado el caso, un distinguido profesor.

—¡Un profesor de geografía! —respondió Toliné—. ¡Oh, señor, examinadme!

—¿Examinarte, muchacho? —dijo Paganel—. ¡No pido otra cosa! ¡Iba incluso a hacerlo sin tu permiso! No me pesa comprobar cómo se enseña la geografía en la escuela normal de Melbourne.

—¡Y si Toliné os da lecciones a vos, Paganel! —dijo Mac Nabbs.

—¡Vaya por ejemplo! —exclamó el geógrafo—. ¡Darle lecciones al secretario de la Sociedad de Geografía de Francia!

Luego, acomodándose las gafas en la nariz, enderezando su alta estatura y adoptando un tono grave, como conviene a un profesor, comenzó el examen.

—Alumno Toliné —dijo—, levantaos.

Toliné, que estaba de pie, no podía levantarse más. Esperó, pues, en una postura modesta las preguntas del geógrafo.

—Alumno Toliné —retomó Paganel—, ¿cuáles son las cinco partes del mundo?

—La Oceanía, Asia, África, América y Europa —respondió Toliné.

—Perfecto. Hablemos primero de Oceanía, puesto que estamos en ella en este momento. ¿Cuáles son sus principales divisiones?

—Se divide en Polinesia, Malasia, Micronesia y Megalesia. Sus principales islas son Australia, que pertenece a los ingleses; Nueva Zelanda, que pertenece a los ingleses; Tasmania, que pertenece a los ingleses; las islas Chatham, Auckland, Macquarie, Kermadec, Makin, Maraki, etc., que pertenecen a los ingleses.

—Bien —respondió Paganel—, pero ¿la Nueva Caledonia, las Sandwich, las Mendaña, las Pomotú?

—Son islas colocadas bajo el protectorado de Gran Bretaña.

—¡Cómo! ¿Bajo el protectorado de Gran Bretaña? —exclamó Paganel—. Pero me parece que Francia, por el contrario...

—¿Francia? —dijo el niño con aire asombrado.

—¡Vaya, vaya! —dijo Paganel—. ¿Eso es lo que os enseñan en la escuela normal de Melbourne?

—Sí, señor profesor; ¿acaso no está bien?

—¡Sí, sí! Perfectamente —respondió Paganel—. ¡Toda Oceanía es de los ingleses! ¡Es un asunto zanjado! Continuemos.

Paganel tenía un aire a medias contrariado, a medias sorprendido, que hacía las delicias del mayor.

El examen continuó.

—Pasemos a Asia —dijo el geógrafo.

—Asia —respondió Toliné— es un país inmenso.

Capital: Calcuta. Ciudades principales: Bombay, Madrás, Calicut, Adén, Malaca, Singapur, Peguán, Colombo; islas Laquedivas, islas Maldivas, islas Chagos, etc., etc. Pertenece a los ingleses.

—¡Bien! ¡Bien!, alumno Toliné. ¿Y África?

—África contiene dos colonias principales: al sur, la del Cabo, con Ciudad del Cabo como capital, y al oeste, los establecimientos ingleses, ciudad principal: Sierra Leona.

—¡Bien respondido! —dijo Paganel, que empezaba a resignarse a aquella geografía angloantojadiza, perfectamente enseñada—. En cuanto a Argelia, Marruecos, Egipto... ¡Borrados de los atlas británicos! Ahora me gustaría hablar un poco de América.

—Se divide —retomó Toliné— en América septentrional y en América meridional. La primera pertenece a los ingleses por el Canadá, el Nuevo Brunswick, la Nueva Escocia y los Estados Unidos bajo la administración del gobernador Johnson.

—¡El gobernador Johnson! —exclamó Paganel—. ¡El sucesor del grande y bueno Lincoln, asesinado por un fanático de la esclavitud! ¡Perfecto! No

puede estar mejor. ¿Y en cuanto a la América del Sur, con su Guyana, sus Malvinas, su archipiélago de las Shetland, su Georgia, su Jamaica, su Trinidad, etc., etc., también pertenece a los ingleses? ¡No seré yo quien lo discuta! Pero, por ejemplo, Toliné, me gustaría mucho conocer tu opinión sobre Europa, o más bien la de tus profesores.

—¿Europa? —respondió Toliné, que no entendía nada de la animación del geógrafo.

—¡Sí! ¿Europa? ¿A quién pertenece Europa?

—Pues Europa pertenece a los ingleses —respondió el niño con tono convencido.

—Ya me lo suponía —replicó Paganel—. Pero ¿cómo? Eso es lo que deseo saber.

—Por Inglaterra, Escocia, Irlanda, Malta, las islas de Jersey y Guernsey, las islas Jónicas, las Hébridas, las Shetland, las Órcadas...

—¡Bien, bien!, Toliné; pero hay otros estados que olvidas mencionar, ¡muchacho!

—¿Cuáles, señor? —respondió el niño, sin desconcertarse.

—España, Rusia, Austria, Prusia, ¿Francia?

—Esas son provincias y no estados —dijo Toliné.

—¡Vaya por ejemplo! —exclamó Paganel, arrancándose las gafas de los ojos.

—Sin duda; España, capital Gibraltar.

—¡Admirable! ¡Perfecto! ¡Sublime! ¿Y Francia, pues soy francés y no me disgustaría saber a quién pertenezco?

—Francia —respondió tranquilamente Toliné— es una provincia inglesa, capital Calais.

—¡Calais! —exclamó Paganel—. ¿Cómo? ¿Crees que Calais pertenece todavía a Inglaterra?

—Sin duda.

—¿Y que es la capital de Francia?

—Sí, señor, y allí reside el gobernador, lord Napoleón...

A estas últimas palabras, Paganel estalló. Toliné no sabía qué pensar. Lo habían examinado, él había respondido lo mejor que pudo. Pero la singularidad de sus respuestas no podía imputársele; ni siquiera la sospechaba. Sin embargo, no parecía desconcertado, y esperaba gravemente el final de aquellos incomprensibles regocijos.

—Ya lo veis —dijo riendo el mayor a Paganel—. ¿No tenía yo razón en pretender que el alumno Toliné os daría lecciones?

—¡Ciertamente, señor mayor! —replicó el geógrafo—. ¡Así enseñan la geografía en Melbourne! ¡Todo lo hacen muy bien los profesores de la escuela normal! Europa, Asia, África, América, Oceanía, el mundo entero, ¡todo de los ingleses! ¡Pardiez!, con esa ingeniosa educación comprendo que los indígenas se sometan. ¡Pero vamos!, Toliné, ¿y la luna, muchacho? ¿También es inglesa?

—Lo será —respondió gravemente el joven salvaje.

Con esto, Paganel se levantó. Ya no podía quedarse quieto. Necesitaba reírse a sus anchas y fue a pasar su acceso a un cuarto de milla del campamento.

Sin embargo, Glenarvan había ido a buscar un libro en la pequeña biblioteca de viaje. Era el *Compendio de geografía* de Samuel Richardson, una obra estimada en Inglaterra y más al día en la ciencia que los profesores de Melbourne.

—Toma, hijo mío —dijo a Toliné—, coge y guarda este libro. Tienes algunas ideas erróneas en geografía que conviene corregir. Te lo doy como recuerdo de nuestro encuentro.

Toliné tomó el libro sin responder; lo miró con atención, moviendo la cabeza con aire de incredulidad, sin decidirse a meterlo en el bolsillo.

Sin embargo, la noche había caído del todo. Eran las diez. Había que pensar en el descanso para levantarse de madrugada. Robert ofreció a su amigo Toliné la mitad de su cama.

El pequeño indígena aceptó.

Pocos instantes después, lady Helena y Mary Grant regresaron al carromato, y los viajeros se tendieron bajo la tienda, mientras las carcajadas de Paganel se mezclaban todavía con el suave y quedo canto de las urracas silvestres.

Pero a la mañana siguiente, cuando a las seis un rayo de sol despertó a los durmientes, buscaron en vano al niño australiano. Toliné había desaparecido.

¿Quería ganar sin demora las tierras del Lachlan? ¿Se había ofendido por las risas de Paganel?

No se sabía.

Pero cuando lady Helena se despertó, encontró sobre su pecho un fresco ramillete de sensitivas de hojas simples, y Paganel, en el bolsillo de su chaqueta, *la geografía* de Samuel Richardson.

Capítulo XIV. Las minas del monte Alejandro

En 1814, sir Roderick Impey Murchison, actualmente presidente de la Sociedad Real Geográfica de Londres, encontró, mediante el estudio de su conformación, notables relaciones de identidad entre la cadena de los Urales y la cadena que se extiende de norte a sur, no lejos de la costa meridional de Australia.

Ahora bien, siendo los Urales una cadena aurífera, el sabio geólogo se preguntó si el precioso metal no se encontraría también en la cordillera australiana. No se equivocaba.

En efecto, dos años más tarde le fueron enviadas desde Nueva Gales del Sur algunas muestras de oro, y decidió la emigración de un gran número de obreros de Cornualles hacia las regiones auríferas de la Nueva Holanda.

Fue el señor Francis Dutton quien encontró las primeras pepitas del sur de Australia. Fueron los señores Forbes y Smyth quienes descubrieron los primeros placeres de Nueva Gales.

Dado el primer impulso, los mineros afluían de todos los puntos del globo: ingleses, americanos, italianos, franceses, alemanes, chinos. Sin embargo, no fue hasta el 3 de abril de 1851 cuando el señor Hargraves reconoció yacimientos de oro muy ricos y propuso al gobernador de la colonia de Sídney, sir Ch. Fitz-Roy, revelarle su emplazamiento por la módica suma de quinientas libras esterlinas.

Su oferta no fue aceptada, pero el rumor del descubrimiento se había difundido. Los buscadores se dirigieron hacia el Summerhill y el Leni's Pond.

Se fundó la ciudad de Ofir que, por la riqueza de sus explotaciones, se mostró pronto digna de su nombre bíblico.

Hasta entonces no se hablaba de la provincia de Victoria, que sin embargo habría de superarla por la opulencia de sus yacimientos.

En efecto, unos meses más tarde, en agosto de 1851, se desenterraron las primeras pepitas de la provincia, y pronto cuatro distritos se vieron ampliamente explotados. Esos cuatro distritos eran los de Ballarat, Ovens, Bendigo y el monte Alejandro, todos muy ricos; pero en el río Ovens, la abundancia de aguas hacía penoso el trabajo; en Ballarat, una repartición desigual del oro frustraba a menudo los cálculos de los explotadores; en Bendigo, el suelo no se prestaba a las exigencias del trabajador. En el monte Alejandro se reunieron todas las condiciones de éxito en un suelo regular, y ese precioso metal, que valía hasta mil cuatrocientos cuarenta y un francos la libra, alcanzó la cotización más elevada de todos los mercados del mundo.

Era precisamente a ese lugar, tan fecundo en ruinas funestas y en fortunas inesperadas, adonde la ruta del paralelo 37 conducía a los buscadores del capitán Harry Grant.

Tras haber marchado durante toda la jornada del 31 de diciembre por un terreno muy accidentado que fatigó los caballos y los bueyes, divisaron las cimas redondeadas del monte Alejandro. El campamento se estableció en una angosta garganta de aquella pequeña cadena, y los animales fueron, con las trabas en los pies, a buscar su sustento entre los bloques de cuarzo que salpicaban el suelo. Todavía no era la región de los placeres explotados. Solo al día siguiente, primer día del año 1866, el carromato trazaría su surco en los caminos de aquella opulenta comarca.

Jacques Paganel y sus compañeros quedaron encantados de ver al pasar aquel célebre monte, llamado Geboor en la lengua australiana. Allí se precipitó toda la horda de aventureros, ladrones y gente honrada, los que hacen ahorcar y los que se hacen ahorcar. A los primeros rumores del gran descubrimiento, en aquel dorado año de 1851, las ciudades, los campos, los navíos quedaron abandonados por sus habitantes, los squatters y los marineros.

La fiebre del oro se volvió epidémica, contagiosa como la peste, ¡y cuántos murieron por ella, convencidos de tener ya la fortuna en sus manos! La pródiga naturaleza había, según se decía, sembrado millones a lo largo de más de veinticinco grados de latitud en esa maravillosa Australia.

Era la hora de la cosecha, y aquellos nuevos segadores corrían hacia la siega. El oficio del «digger», del cavador, primaba sobre todos los demás, y, si bien es cierto que muchos sucumbieron a la tarea, rendidos por la fatiga, algunos, sin embargo, se enriquecieron de un solo golpe de pico. Se callaban las ruinas, se pregonaban las fortunas. Esos golpes del azar encontraban eco en las cinco partes del mundo. Pronto oleadas de ambiciosos de toda condición refluían hacia las costas de Australia, y, durante los últimos cuatro meses del año 1852, Melbourne, sola, recibió cincuenta y cuatro mil emigrantes, un ejército, pero un ejército sin jefe, sin disciplina, un ejército en la víspera de una victoria que aún no se había ganado, en una palabra, cincuenta y cuatro mil saqueadores de la especie más maligna.

Durante aquellos primeros años de locura desenfrenada, reinó un desorden indescriptible. Sin embargo, los ingleses, con su acostumbrada energía, se adueñaron de la situación. Los policemen y los gendarmes indígenas abandonaron el bando de los ladrones para pasarse al de los hombres honrados. Hubo un giro completo. Así pues, Glenarvan no había de encontrar nada de las violentas escenas de 1852. Trece años habían transcurrido desde entonces, y ahora la explotación de los terrenos auríferos se llevaba a cabo con método, siguiendo las reglas de una rigurosa organización.

Por lo demás, los placeres se agotaban ya. A fuerza de escarbarlos, se les veía el fondo. ¿Y cómo no habrían de haberse agotado esos tesoros acumulados por la naturaleza, si de 1852 a 1858 los mineros habían arrancado al suelo de Victoria sesenta y tres millones ciento siete mil cuatrocientas setenta y ocho libras esterlinas? Los emigrantes habían disminuido, pues, en proporción notable, y se habían lanzado sobre territorios aún vírgenes. Así, los «gold fields», los campos de oro, recién descubiertos en Otago y en Marlborough, en Nueva Zelanda, estaban siendo en ese momento perforados a fondo por miles de termitas bípedas y sin plumas.

Hacia las once, se llegó al centro de las explotaciones. Allí se alzaba una verdadera ciudad, con fábricas, banco, iglesia, cuartel, cottages y redacciones de periódico. No faltaban hoteles, granjas ni villas. Había incluso un

teatro a diez chelines la localidad, y muy concurrido. Se representaba con gran éxito una obra del lugar titulada *Francis Obadiag, o el dichoso digger*. El héroe, en el desenlace, daba el último golpe de pico de la desesperación y hallaba un «nugget» de un peso inverosímil.

Glenarvan, curioso por visitar aquella vasta explotación del monte Alejandro, dejó al carro avanzar bajo la conducción de Ayrton y de Mulrady. Debía reunirse con él unas horas más tarde. Paganel quedó encantado con aquella decisión y, fiel a su costumbre, se constituyó en guía y *cicerone* de la pequeña tropa.

Por consejo suyo, se dirigieron hacia el banco. Las calles eran anchas, macadamizadas y regadas con esmero.

Enormes carteles de las *golden company (limited)*, de la *digger's general office*, de la *nugget's union*, solicitaban la atención.

La asociación de brazos y capitales había sustituido a la acción aislada del minero. Por todas partes se escuchaba el funcionar de las máquinas que lavaban las arenas y pulverizaban el precioso cuarzo.

Más allá de las viviendas se extendían los placeres, es decir, vastas extensiones de terreno entregadas a la explotación. Allí picaban los mineros contratados por cuenta de las compañías y bien retribuidos por ellas.

El ojo no habría podido contar los agujeros que acribillaban el suelo. El hierro de los picos relucía al sol y lanzaba una incesante irradiación de destellos. Entre aquellos trabajadores había tipos de todas las naciones. No se peleaban, y cumplían en silencio su tarea, como hombres asalariados.

—Sin embargo, no hay que creer —dijo Paganel— que ya no queda en suelo australiano uno solo de esos febriles buscadores que vienen a tentar a la fortuna en el juego de las minas. Bien sé que la mayoría alquila sus brazos a las compañías, y así ha de ser, puesto que los terrenos auríferos están todos vendidos o arrendados por el gobierno. Pero a quien no tiene nada, a quien no puede ni alquilar ni comprar, le queda todavía una oportunidad de enriquecerse.

—¿Cuál? —preguntó lady Helena.

—La oportunidad de practicar el «jumping» —respondió Paganel—. Así pues, nosotros, que no tenemos derecho alguno sobre estos placeres, po-

dríamos sin embargo —con mucha suerte, se entiende— hacer fortuna.

—Pero ¿cómo? —preguntó el mayor.

—Mediante el jumping, como he tenido el honor de deciros.

—¿Qué es el jumping? —preguntó de nuevo el mayor.

—Es una convención admitida entre los mineros, que suele acarrear violencias y desórdenes, pero que las autoridades nunca han podido abolir.

—Vamos, Paganel —dijo Mac Nabbs—, nos está usted haciendo la boca agua.

—Pues bien, está admitido que todo terreno de la zona de explotación en el que no se ha trabajado durante veinticuatro horas, exceptuadas las grandes fiestas, cae en dominio público. Cualquiera que se apodere de él puede cavarlo y enriquecerse, si el cielo le ayuda. Así pues, Robert, muchacho, procura descubrir uno de esos hoyos abandonados, ¡y es tuyo!

—Señor Paganel —dijo Mary Grant—, no le dé usted a mi hermano semejantes ideas.

—Bromeo, querida señorita —respondió Paganel—, y Robert lo sabe de sobra. ¡Él, minero! ¡Nunca! Cavar la tierra, removerla, cultivarla, luego sembrarla y pedirle toda una cosecha a cambio de sus fatigas, bueno. Pero escarbarla a la manera de los topos, a ciegas como ellos, para arrancarle un poco de oro, es un triste oficio, ¡y hay que estar abandonado de Dios y de los hombres para ejercerlo!

Después de visitar el principal emplazamiento de las minas y de pisar un terreno de acarreo, compuesto en gran parte de cuarzo, esquisto arcilloso y arena procedente de la disgregación de las rocas, los viajeros llegaron al banco.

Era un vasto edificio que ostentaba en su cima el pabellón nacional. Lord Glenarvan fue recibido por el inspector general, quien hizo los honores de su establecimiento.

Allí depositaban las compañías, a cambio de un resguardo, el oro arrancado a las entrañas del suelo. Quedaba lejos el tiempo en que el minero de los primeros días era explotado por los comerciantes de la colonia. Estos le pagaban en los placeres cincuenta y tres chelines la onza, que revendían a

sesenta y cinco en Melbourne. El comerciante, es verdad, corría los riesgos del transporte, y como los especuladores de camino real pululaban, la escolta no siempre llegaba a su destino.

Se mostraron a los visitantes curiosas muestras de oro, y el inspector les dio interesantes detalles sobre los distintos modos de extracción de ese metal.

Se lo encuentra generalmente bajo dos formas: el oro rodado y el oro disgregado. Se halla en estado de mineral, mezclado con las tierras de aluvión, o encerrado en su ganga de cuarzo. Así pues, para extraerlo, se procede según la naturaleza del terreno, mediante excavaciones superficiales o excavaciones en profundidad.

Cuando es oro rodado, yace en el fondo de torrentes, valles y barrancos, dispuesto en capas según su grosor: primero los granos, luego las láminas, y por último las lentejuelas.

Si es, por el contrario, oro disgregado, cuya ganga ha sido descompuesta por la acción del aire, está concentrado en el mismo lugar, reunido en montones, y forma lo que los mineros llaman «bolsas». Las hay que encierran una fortuna.

En el monte Alejandro, el oro se recoge más especialmente en las capas arcillosas y en las grietas de las rocas pizarrosas. Ahí están los nidos de pepitas; ahí el minero afortunado ha puesto con frecuencia la mano en el gordo del placer.

Los visitantes, tras examinar los diversos especímenes de oro, recorrieron el museo mineralógico del banco. Vieron, etiquetados y clasificados, todos los productos de que está formado el suelo australiano. El oro no es su única riqueza, y bien puede pasar por un vasto estuche donde la naturaleza guarda sus joyas preciosas. Bajo las vitrinas resplandecían el topacio blanco, rival de los topacios brasileños; el granate almandino; la epidota, especie de silicato de hermoso color verde; el rubí balaj, representado por espinelas escarlatas y por una variedad rosa de la mayor belleza; los zafiros azul claro y azul oscuro, como el corindón, tan codiciados como el del Malabar o el del Tíbet; los rutiles brillantes, y por último un pequeño cristal de diamante hallado a orillas del Turon. Nada faltaba en aquella resplandeciente colección

de piedras finas, y no había que buscar lejos el oro necesario para engastarlas. A menos de quererlas todas engastadas, no se podía pedir más.

Glenarvan se despidió del inspector del banco tras haberle agradecido su amabilidad, de la que había hecho amplio uso. Luego se reanudó la visita a los placeres.

Paganel, por muy desapegado que estuviera de los bienes de este mundo, no daba un paso sin escudriñar con la mirada aquel suelo. Era más fuerte que él, y las bromas de sus compañeros no podían nada contra ello.

A cada momento se agachaba, recogía una piedra, un trozo de ganga, fragmentos de cuarzo; los examinaba con atención y los rechazaba enseguida con desprecio. Aquel manejo duró durante todo el paseo.

—¡Vaya! Paganel —le preguntó el mayor—, ¿es que ha perdido usted algo?

—Sin duda —respondió Paganel—; siempre se ha perdido lo que no se ha encontrado, en este país de oro y piedras preciosas. No sé por qué me gustaría llevarme una pepita que pesara algunas onzas, o incluso unas veinte libras, no más.

—¿Y qué haría usted con ella, mi buen amigo? —dijo Glenarvan.

—¡Oh! No me faltarían ideas —respondió Paganel—. ¡Se la ofrendaría a mi patria! La depositaría en el Banco de Francia...

—¿Lo aceptaría?

—Sin duda, ¡en forma de obligaciones de ferrocarril!

Se felicitó a Paganel por la manera en que pensaba ofrecer su pepita «a su patria», y lady Helena le deseó que encontrase el *nugget* más grande del mundo.

Bromeando así, los viajeros recorrieron la mayor parte de los terrenos explotados. Por todas partes el trabajo se hacía con regularidad, mecánicamente, pero sin animación.

Tras dos horas de paseo, Paganel divisó una posada bastante decente, donde propuso sentarse esperando la hora de reunirse con el carro. Lady Helena consintió, y como la posada no va sin refrescos, Paganel pidió al posadero que sirviese alguna bebida del país.

Trajeron un «nobler» para cada persona. Ahora bien, el *nobler* no es sino el grog, pero el grog al revés. En vez de echar un vasito de aguardiente en un gran vaso de agua, se echa un vasito de agua en un gran vaso de aguardiente, se endulza y se bebe. Era un poco demasiado australiano, y, con gran asombro del posadero, el *nobler*, aligerado con una gran jarra de agua, volvió a ser el grog británico.

Luego se habló de minas y mineros. Era la ocasión como ninguna.

Paganel, muy satisfecho de lo que acababa de ver, reconoció, sin embargo, que aquello debía de haber sido más curioso antaño, durante los primeros años de explotación del monte Alejandro.

—La tierra —dijo— estaba entonces acribillada de agujeros e invadida por legiones de hormigas laboriosas, ¡y qué hormigas! Todos los emigrantes tenían su ardor, ¡pero no su previsión! El oro se iba en locuras. Se bebía, se jugaba, y esta posada donde estamos era un «infierno», como se decía entonces. Los golpes de dados traían los cuchillazos. La policía no podía nada, y más de una vez el gobernador de la colonia se vio obligado a marchar con tropas regulares contra los mineros sublevados. Sin embargo, logró hacerlos entrar en razón, les impuso un derecho de patente a cada explotador, lo hizo recaudar no sin dificultad, y, en definitiva, los desórdenes fueron aquí menores que en California.

—Este oficio de minero —preguntó lady Helena—, ¿puede ejercerlo cualquier individuo?

—Sí, señora. No es necesario ser bachiller para ello. Con buenos brazos basta. Los aventureros, arrastrados por la miseria, llegaban a las minas sin dinero en su mayoría: los ricos con un pico, los pobres con un cuchillo, y todos ponían en aquel trabajo una rabia que no habrían puesto en un oficio honrado. ¡Qué singular aspecto el de aquellos terrenos auríferos! El suelo estaba cubierto de tiendas, de lonas, de chozas, de barracas de tierra, de madera, de follaje. En medio dominaba la marquesina del gobierno, adornada con el pabellón británico, las tiendas de lona azul de sus agentes y los establecimientos de cambistas, comerciantes de oro y traficantes que especulaban con aquel conjunto de riqueza y pobreza. Esos sí que se enriquecieron de seguro. Había que ver a aquellos *diggers* de larga barba y camisa de lana roja, viviendo en el agua y en el barro. El aire estaba lleno del ruido continuo de los picos y de emanaciones fétidas procedentes de las carcasas de ani-

males que se pudrían en el suelo. Un polvo sofocante envolvía como una nube a aquellos desgraciados que contribuían con una mortalidad media excesiva, y sin duda, en un país menos salubre, aquella población habría sido diezmada por el tifus. ¡Y aún así, si todos esos aventureros hubieran triunfado! Pero tanta miseria no tenía compensación, y, bien contadas las cosas, se vería que por un minero que se enriqueció, cien, quizás doscientos mil, murieron pobres y desesperados.

—¿Podría decirnos, Paganel —preguntó Glenarvan—, cómo se procedía a la extracción del oro?

—Nada más sencillo —respondió Paganel—. Los primeros mineros hacían el oficio de bateadores, tal como todavía se practica en algunas partes de las Cevenas, en Francia. Hoy las compañías proceden de otro modo; remontan a la fuente misma, al filón que produce las láminas, las lentejuelas y las pepitas. Pero los bateadores se contentaban con lavar las arenas auríferas, nada más. Cavaban el suelo, recogían las capas de tierra que les parecían productivas, y las trataban con agua para separar el precioso mineral. Ese lavado se operaba mediante un instrumento de origen americano, llamado «craddle» o cuna. Era una caja de cinco a seis pies de longitud, una especie de ataúd abierto dividido en dos compartimentos. El primero estaba provisto de un cedazo grueso, superpuesto a otros cedazos de malla más fina; el segundo se estrechaba en su parte inferior. Se ponía la arena en el cedazo por un extremo, se echaba agua, y con la mano se agitaba, o mejor dicho, se mecía el instrumento. Las piedras quedaban en el primer cedazo, el mineral y la arena fina en los demás, según su grosor, y la tierra diluida se iba con el agua por el extremo inferior. Tal era la máquina generalmente usada.

—Pero todavía había que tenerla —dijo John Mangles.

—Se la compraba a los mineros enriquecidos o arruinados, según el caso —respondió Paganel—, o se prescindía de ella.

—¿Y cómo se la reemplazaba? —preguntó Mary Grant.

—Por un plato, querida Mary, un simple plato de hierro; se aventaba la tierra como se avienta el trigo; solo que, en vez de granos de trigo, se recogían a veces granos de oro. Durante el primer año, más de un minero hizo fortuna sin otros gastos. Ya veis, amigos míos, era el buen tiempo,

aunque las botas costaban ciento cincuenta francos el par, ¡y se pagaban diez chelines por un vaso de limonada! Los primeros en llegar siempre tienen razón. El oro estaba por todas partes, en abundancia, en la superficie del suelo; los arroyos corrían sobre un lecho de metal; se encontraba hasta en las calles de Melbourne; se macadamizaba con polvo de oro.

Así pues, del 26 de enero al 24 de febrero de 1852, el precioso metal transportado del monte Alejandro a Melbourne bajo escolta del gobierno ascendió a ocho millones doscientos treinta y ocho mil setecientos cincuenta francos. Lo que representa una media de ciento sesenta y cuatro mil setecientos veinticinco francos diarios.

—Más o menos la lista civil del emperador de Rusia —dijo Glenarvan.

—¡Pobre hombre! —replicó el mayor.

—¿Se citan casos de fortunas súbitas? —preguntó lady Helena.

—Algunos, señora.

—¿Y los conoce usted? —dijo Glenarvan.

—¡Pardiez! —respondió Paganel—. En 1852, en el distrito de Ballarat, se encontró un *nugget* que pesaba quinientas setenta y tres onzas; otro en Gippsland de setecientas ochenta y dos onzas, y, en 1861, un lingote de ochocientas treinta y cuatro onzas.

Por último, también en Ballarat, un minero descubrió un *nugget* que pesaba sesenta y cinco kilogramos, lo que, a mil setecientos veintidós francos la libra, suma doscientos veintitrés mil ochocientos sesenta francos. ¡Un golpe de pico que rinde once mil francos de renta es un buen golpe de pico!

—¿En qué proporción ha aumentado la producción de oro desde el descubrimiento de estas minas? —preguntó John Mangles.

—En una proporción enorme, mi querido John. Esa producción no era sino de cuarenta y siete millones anuales a principios de siglo, y actualmente, incluyendo el producto de las minas de Europa, Asia y América, se la evalúa en novecientos millones, es decir, casi mil millones.

—Así pues, señor Paganel —dijo el joven Robert—, en el mismo lugar donde estamos, bajo nuestros pies, ¿hay quizás mucho oro?

—Sí, muchacho, ¡millones! ¡Caminamos sobre él, porque lo despreciamos!

—¿Es, pues, Australia un país privilegiado?

—No, Robert —respondió el geógrafo—. Los países auríferos no son países privilegiados. No engendran sino poblaciones holgazanas, y jamás razas fuertes y laboriosas. ¡Mira Brasil, México, California, Australia! ¿Dónde están en el siglo XIX? El país por excelencia, muchacho, ¡no es el país del oro, sino el país del hierro!

Capítulo XV. «Australian and New Zealand Gazette»

El 2 de enero, al salir el sol, los viajeros cruzaron el límite de las regiones auríferas y las fronteras del condado de Talbot. Los cascos de sus caballos golpeaban entonces los polvorientos senderos del condado de Dalhousie. Pocas horas después, vadaban el Colban y el Campaspe rivers a 144°35' y 144°45' de longitud. La mitad del viaje estaba cumplida. Otros quince días de travesía igual de afortunada, y la pequeña tropa alcanzaría las costas de la bahía Twofold.

Por lo demás, todos estaban bien de salud. Las promesas de Paganel respecto a aquel clima higiénico se cumplían. Poca o ninguna humedad, y un calor muy soportable. Los caballos y los bueyes no se quejaban. Los hombres, tampoco.

Solo una modificación había sido introducida en el orden de marcha desde Camden Bridge. La criminal catástrofe del ferrocarril, al llegar a conocimiento de Ayrton, le indujo a tomar algunas precauciones, hasta entonces del todo innecesarias. Los cazadores debían no perder el carro de vista. Durante las horas de campamento, uno de ellos hacía siempre guardia.

Mañana y tarde, se renovaban los cebos de las armas. Era seguro que una banda de malhechores batía el campo, y, aunque nada hacía nacer temores inmediatos, era preciso estar preparados para cualquier eventualidad.

Huelga añadir que aquellas precauciones se tomaron sin conocimiento de lady Helena y de Mary Grant, a quienes Glenarvan no quería asustar.

En el fondo, obraban con razón así. Una imprudencia, incluso una simple negligencia, podía costar cara.

Glenarvan, por lo demás, no era el único en preocuparse por aquel estado de cosas. En los pueblos aislados, en las estaciones, los habitantes y los squatters se precavían contra cualquier ataque o sorpresa. Las casas se cerraban al caer la noche. Los perros, sueltos dentro de las empalizadas, ladraban al menor acercamiento. No había pastor que a caballo reuniese sus numerosos rebaños para la recogida del atardecer que no llevase una carabina colgada del arzón de su silla. La noticia del crimen cometido en el puente de Camden motivaba aquel exceso de precaución, y más de un colono se echaba el cerrojo cuidadosamente al crepúsculo, él que hasta entonces dormía con ventanas y puertas abiertas.

La propia administración de la provincia dio muestras de celo y prudencia. Destacamentos de gendarmes indígenas fueron enviados por los campos. Se aseguró más especialmente el servicio de correos. Hasta ese momento, el *mail-coach* recorría los caminos principales sin escolta. Pues bien, aquel día, precisamente en el momento en que la tropa de Glenarvan cruzaba la carretera de Kilmore a Heathcote, pasó la mala a todo el galope de sus caballos levantando un torbellino de polvo. Pero por mucho que hubiese desaparecido a gran velocidad, Glenarvan había alcanzado a ver brillar las carabinas de los policemen que galopaban junto a sus portezuelas. Uno se habría creído transportado a aquella época funesta en que el descubrimiento de los primeros placeres arrojaba sobre el continente australiano la escoria de las poblaciones europeas.

Una milla después de haber cruzado la carretera de Kilmore, el carro se internó bajo un macizo de árboles gigantescos, y, por primera vez desde el cabo Bernouilli, los viajeros penetraron en una de esas selvas que cubren una superficie de varios grados.

Se alzó un clamor de admiración a la vista de los eucaliptos de doscientos pies de altura, cuya corteza fungosa medía hasta cinco pulgadas de grosor. Los troncos, de veinte pies de circunferencia, surcados por el rezumar de una resina olorosa, se elevaban a ciento cincuenta pies sobre el suelo.

Ni una rama, ni un ramillo, ni un brote caprichoso, ni siquiera un nudo alteraba su perfil.

No habrían salido más lisos de las manos del tornero.

Eran otras tantas columnas exactamente calibradas que se contaban por centenares. Se desplegaban a una altura excesiva en capiteles de ramas retorcidas, guarnecidas en sus extremos de hojas alternas; en la axila de esas hojas pendían flores solitarias cuyo cáliz figuraba una urna invertida.

Bajo aquel techo de verdor perenne, el aire circulaba libremente; una ventilación incesante bebía la humedad del suelo; los caballos, las manadas de bueyes, los carros podían pasar a sus anchas entre aquellos árboles ampliamente espaciados y dispuestos como los jalones de un monte bajo en corta. No era el bosque de tupidos grupos obstruidos de zarzas, ni la selva virgen atrancada de troncos caídos y tendida de lianas inextricables, donde solo el hierro y el fuego pueden abrir camino a los pioneros. Una alfombra de hierba al pie de los árboles, un manto de verdura en su cima, largas perspectivas de atrevidos pilares, poca sombra, poca frescura en suma, una claridad especial semejante a los resplandores que se filtran a través de un tejido fino, reflejos regulares, brillos nítidos sobre el suelo, todo aquel conjunto constituía un espectáculo extraño y rico en efectos nuevos. La selva del continente oceánico no recuerda en modo alguno las selvas del Nuevo Mundo, y el eucalipto, el «tara» de los aborígenes, encuadrado en esa familia de los mirtos cuyas diferentes especies apenas si pueden enumerarse, es el árbol por excelencia de la flora australiana.

Si la sombra no es densa ni la oscuridad profunda bajo esas cúpulas de verdura, ello se debe a que los árboles presentan una anomalía curiosa en la disposición de sus hojas. Ninguna ofrece su cara al sol, sino su canto afilado. El ojo no percibe sino perfiles en ese singular follaje. Así pues, los rayos del sol se deslizan hasta el suelo como si pasasen entre las lamas levantadas de una persiana.

Cada cual hizo esa observación y pareció sorprendido. ¿Por qué esa disposición particular? La pregunta se dirigía naturalmente a Paganel. Respondió como hombre a quien nada embaraza.

—Lo que me asombra aquí —dijo— no es la rareza de la naturaleza; la naturaleza sabe lo que hace, pero los botánicos no siempre saben lo que dicen. La naturaleza no se ha equivocado al dar a estos árboles ese follaje especial, pero los hombres se han equivocado al llamarlos «eucaliptos».

—¿Qué significa esa palabra? —preguntó Mary Grant.

—Viene de εὖ καλύπτω, y significa *yo cubro bien*. Se tuvo el cuidado de cometer el error en griego para que fuese menos perceptible, pero es evidente que el eucalipto cubre mal.

—Concedido, querido Paganel —respondió Glenarvan—; y ahora, explicadnos por qué las hojas crecen así.

—Por una razón puramente física, amigos míos —respondió Paganel—, que comprenderéis sin dificultad. En esta comarca donde el aire es seco, donde las lluvias son escasas, donde el suelo está reseco, los árboles no necesitan ni viento ni sol. Faltando la humedad, falta también la savia. De ahí esas hojas estrechas que tratan de defenderse ellas mismas contra la luz y de preservarse de una evaporación excesiva. Por eso se presentan de perfil y no de cara a la acción de los rayos solares. No hay nada más inteligente que una hoja.

—¡Y nada más egoísta! —replicó el mayor—. Estas no han pensado sino en ellas mismas, ¡y en absoluto en los viajeros!

Todos compartieron un poco la opinión de Mac Nabbs, excepto Paganel, que, mientras se enjugaba la frente, se felicitaba de caminar bajo árboles sin sombra.

Sin embargo, aquella disposición del follaje era lamentable; la travesía de esas selvas es a menudo muy larga, y penosa en consecuencia, puesto que nada protege al viajero contra los ardores del día.

Durante toda la jornada, el carro rodó bajo esas interminables naves de eucaliptos. No se encontró ni un cuadrúpedo ni un indígena. Algunos cacatúas habitaban las cimas de la selva; pero, a esa altura, apenas si se los distinguía, y su parloteo se convertía en un imperceptible murmullo.

A veces, un enjambre de periquitos cruzaba una lejana alameda y la animaba con un rápido rayo multicolor.

Pero, en suma, un profundo silencio reinaba en aquel vasto templo de verdura, y el paso de los caballos, algunas palabras intercambiadas en una conversación deshilvanada, las ruedas del carro que chirriaban, y, de vez en cuando, un grito de Ayrton animando a su indolente tiro, turbaban únicamente aquellas inmensas soledades.

Al llegar la tarde, acamparon al pie de unos eucaliptos que llevaban la marca de un fuego bastante reciente. Formaban como altas chimeneas de fábrica, pues la llama los había vaciado interiormente en toda su longitud. Con el solo revestimiento de corteza que les quedaba, no estaban por ello peor.

Sin embargo, esa funesta costumbre de los squatters o de los indígenas acabará por destruir esos magníficos árboles, y desaparecerán como esos cedros del Líbano, de cuatro siglos de antigüedad, que abrasa la llama torpe de los campamentos. Olbinett, siguiendo el consejo de Paganel, encendió el fuego de la cena en uno de esos troncos tubulares; obtuvo al instante un tiraje considerable, y el humo fue a perderse en el oscurecido macizo del follaje. Se tomaron las precauciones debidas para la noche, y Ayrton, Mulrady, Wilson y John Mangles, relevándose unos a otros, velaron hasta el amanecer.

Durante toda la jornada del 3 de enero, la interminable selva multiplicó sus largas avenidas simétricas.

Parecía como si no fuese a terminar nunca. Sin embargo, hacia el atardecer, las filas de árboles se fueron aclarando, y a unas millas de distancia, en una pequeña llanura, apareció una agrupación de casas regulares.

—¡Seymour! —exclamó Paganel—. He ahí la última ciudad que hemos de encontrar antes de abandonar la provincia de Victoria.

—¿Es importante? —preguntó lady Helena.

—Señora —respondió Paganel—, es una simple parroquia que está en vías de convertirse en municipio.

—¿Encontraremos allí un hotel conveniente? —dijo Glenarvan.

—Eso espero —respondió el geógrafo.

—Pues bien, entremos en la ciudad, pues nuestras valientes viajeras no se disgustarán, imagino, de descansar allí una noche.

—Querido Edward —respondió lady Helena—, Mary y yo aceptamos, pero a condición de que ello no cause ningún trastorno ni retraso.

—En absoluto —respondió lord Glenarvan—; nuestro tiro está fatigado; además, mañana partiremos al amanecer.

Eran las nueve. La luna se aproximaba al horizonte y no lanzaba ya sino rayos oblicuos, anegados en la bruma. La oscuridad se hacía poco a poco. Toda la tropa penetró en las amplias calles de Seymour bajo la dirección de Paganel, que parecía conocer siempre a la perfección lo que nunca había visto. Pero su instinto le guiaba, y llegó directamente al *Campbell's North British Hotel*.

Caballos y bueyes fueron llevados a la cuadra, el carro guardado bajo cobertizo, y los viajeros conducidos a unas habitaciones bastante confortables. A las diez, los comensales tomaban asiento ante una mesa sobre la que Olbinett había puesto el ojo del maestro. Paganel acababa de recorrer la ciudad en compañía de Robert, y refirió su impresión nocturna de manera muy lacónica. No había visto absolutamente nada.

Sin embargo, un hombre menos distraído habría notado cierta agitación en las calles de Seymour: se formaban corros aquí y allá, que iban creciendo poco a poco; se charlaba a la puerta de las casas; se preguntaba unos a otros con una inquietud real; algunos periódicos del día eran leídos en voz alta, comentados, discutidos. Esos síntomas no podían escapar al observador menos atento. Sin embargo, Paganel no había sospechado nada.

El mayor, en cambio, sin ir tan lejos, sin siquiera salir del hotel, se enteró de los temores que justamente preocupaban a la pequeña ciudad. Diez minutos de conversación con el locuaz Dickson, el dueño del hotel, y supo a qué atenerse.

Pero no dijo ni una palabra. Solo que, cuando la cena hubo terminado, cuando lady Glenarvan, Mary y Robert Grant hubieron regresado a sus habitaciones, el mayor retuvo a sus compañeros y les dijo:

—Se conoce a los autores del crimen cometido en el ferrocarril de Sandhurst.

—¿Y están detenidos? —preguntó vivamente Ayrton.

—No —respondió Mac Nabbs, sin parecer reparar en la viveza del contramaestre, viveza por lo demás muy justificada en aquella circunstancia.

—Tanto peor —añadió Ayrton.

—Pues bien —preguntó Glenarvan—, ¿a quién se atribuye ese crimen?

—Leed —respondió el mayor, que presentó a Glenarvan un número de la *Australian and New Zealand Gazette*—, y veréis que el inspector de policía no se equivocaba.

Glenarvan leyó en voz alta el siguiente pasaje:

«Sydney, 2 de enero de 1866. —Se recordará que en la noche del 29 al 30 de diciembre último ocurrió un accidente en Camden Bridge, a cinco millas más allá de la estación de Castlemaine, en el ferrocarril de Melbourne a Sandhurst. El expreso de las 11 h 45 de la noche, lanzado a toda velocidad, vino a precipitarse en el Lutton-river. El puente de Camden había permanecido abierto al paso del tren.

»Los numerosos robos cometidos tras el accidente, el cadáver del guardavía hallado a media milla de Camden Bridge, probaron que esta catástrofe era el resultado de un crimen.»

«En efecto, según la investigación del forense, se desprende que este crimen debe atribuirse a la banda de convictos escapados hace seis meses del penitenciario de Perth, Australia occidental, en el momento en que iban a ser trasladados a la isla Norfolk.

«Dichos convictos son veintinueve; están al mando de un tal Ben Joyce, malhechor de la especie más peligrosa, llegado hace pocos meses a Australia, sin que se sepa a bordo de qué navío, y sobre quien la justicia nunca ha logrado echar mano.

«Los habitantes de las ciudades, los colonos y squatters de las estaciones quedan invitados a estar sobre aviso y a hacer llegar al *surveyor* general todo dato que pueda favorecer sus pesquisas.

«J. P. Mitchell, S. G.»

Cuando Glenarvan hubo terminado la lectura de aquel artículo, Mac Nabbs se volvió hacia el geógrafo y le dijo:

—Ya lo ve, Paganel: puede haber convictos en Australia.

—Evadidos, es evidente —respondió Paganel—, pero no deportados debidamente admitidos. Esa gente no tiene derecho a estar aquí.

—En fin, el caso es que aquí están —repuso Glenarvan—; pero no supongo que su presencia pueda modificar nuestros planes y detener nuestro

viaje. ¿Qué opinas tú, John?

John Mangles no respondió de inmediato; vacilaba entre el dolor que el abandono de las pesquisas iniciadas causaría a los dos niños y el temor de comprometer la expedición.

—Si lady Glenarvan y la señorita Grant no estuviesen con nosotros —dijo—, me preocuparía muy poco esa banda de miserables.

Glenarvan le comprendió y añadió:

—Huelga decir que no se trata de renunciar a cumplir nuestra misión; pero quizá fuera prudente, a causa de nuestras compañeras, reunirnos con el *Duncan* en Melbourne e ir a retomar al este las huellas de Harry Grant. ¿Qué opina usted, Mac Nabbs?

—Antes de pronunciarme —respondió el mayor—, desearía conocer la opinión de Ayrton.

El contramaestre, interpelado directamente, miró a Glenarvan.

—Pienso —dijo— que estamos a doscientas millas de Melbourne, y que el peligro, si existe, es tan grande en la ruta del sur como en la del este. Ambas están poco frecuentadas; ambas se equivalen. Por lo demás, no creo que una treintena de malhechores pueda amedrentar a ocho hombres bien armados y resueltos. Así pues, salvo mejor parecer, yo seguiría adelante.

—Bien dicho, Ayrton —respondió Paganel—. Continuando, podemos dar con el rastro del capitán Grant. Volviendo hacia el sur, al contrario, nos alejamos de él. Opino pues como usted, y me río de esos evadidos de Perth de los que ningún hombre de corazón debería hacer el menor caso.

Acto seguido, la propuesta de no cambiar nada en el programa del viaje fue sometida a votación y aprobada por unanimidad.

—Una sola observación, *mylord* —dijo Ayrton en el momento en que iban a separarse.

—Hable, Ayrton.

—¿No sería oportuno enviar al *Duncan* la orden de reunirse con la costa?

—¿Para qué? —respondió John Mangles—. Cuando hayamos llegado a la bahía Twofold, será el momento de despachar esa orden. Si algún acon-

tecimiento imprevisto nos obligara a ganar Melbourne, podríamos lamentar no encontrar allí al *Duncan*. Además, sus averías no han de estar reparadas todavía. Creo pues, por todas estas razones, que vale más esperar.

—¡Bien! —respondió Ayrton, sin insistir.

Al día siguiente, la pequeña tropa, armada y dispuesta a cualquier eventualidad, abandonó Seymour. Media hora después, volvía a internarse en el bosque de eucaliptos, que reaparecía de nuevo hacia el este. Glenarvan hubiera preferido viajar por campo raso. Una llanura es menos propicia a emboscadas y celadas que un espeso bosque. Pero no había elección, y el carro se fue filtrando durante toda la jornada entre los grandes y monótonos árboles. Por la noche, tras haber bordeado la frontera septentrional del condado de Anglesey, cruzó el meridiano ciento cuarenta y seis, y se acampó en el límite del distrito de Murray.

Capítulo XVI. Donde el mayor sostiene que son monos

A la mañana siguiente, 5 de enero, los viajeros ponían pie en el vasto territorio de Murray. Este distrito vago y deshabitado se extiende hasta la alta barrera de los Alpes australianos. La civilización no lo ha parcelado todavía en condados distintos. Es la porción poco conocida y poco frecuentada de la provincia. Sus bosques caerán un día bajo el hacha del bushman; sus praderas serán entregadas al rebaño del squatter; pero hasta ahora es tierra virgen, tal como emergió del océano Índico: es el desierto.

El conjunto de estos terrenos lleva un nombre significativo en los mapas ingleses: «reserve for the blacks», la reserva para los negros. Es allí donde los indígenas han sido brutalmente expulsados por los colonos. Se les ha dejado, en las llanuras alejadas, bajo los bosques inaccesibles, algunos lugares determinados, donde la raza aborigen irá extinguiéndose poco a poco. Todo hombre blanco —colono, emigrante, squatter, bushman— puede traspasar los límites de esas reservas. Solo el negro no debe salir nunca de ellas.

Paganel, mientras cabalgaba, trataba esa grave cuestión de las razas indígenas. Solo hubo un parecer al respecto: que el sistema británico empujaba al aniquilamiento de los pueblos conquistados, a su borradura de las regiones donde vivían sus antepasados. Esa funesta tendencia se manifestó en todas partes, y en Australia más que en ningún otro lugar.

En los primeros tiempos de la colonia, los deportados, los colonos mismos, consideraban a los negros animales salvajes. Los cazaban y los mataban a tiros. Se les masacraba; se invocaba la autoridad de los jurisconsultos para probar que, estando el australiano fuera de la ley natural, el asesinato de esos miserables no constituía un crimen. Los periódicos de Sídney lle-

garon incluso a proponer un medio eficaz para deshacerse de las tribus del lago Hunter:

Envenenarlas en masa.

Los ingleses, como se ve, al comienzo de su conquista, llamaron al asesinato en auxilio de la colonización.

Sus crueldades fueron atroces. Se condujeron en Australia como en la India, donde cinco millones de indios han desaparecido; como en el Cabo, donde una población de un millón de hotentotes ha quedado reducida a cien mil. Así pues, la población aborigen, diezmada por los malos tratos y la embriaguez, tiende a desaparecer del continente ante una civilización homicida. Ciertos gobernadores, es verdad, han lanzado decretos contra los sanguinarios bushmen.

Castigaban con unos pocos latigazos al blanco que cortaba la nariz o las orejas a un negro, o le arrancaba el meñique «para hacerse un limpiapipas». ¡Vanas amenazas! Los asesinatos se organizaron a gran escala y tribus enteras desaparecieron. Por no citar más que la isla de Van Diemen, que contaba con quinientos mil indígenas a comienzos del siglo, sus habitantes, en 1863, habían quedado reducidos a ¡siete! Y hace poco, el *Mercure* pudo señalar la llegada a Hobart-Town del último de los tasmanos.

Ni Glenarvan, ni el mayor, ni John Mangles contradijeron a Paganel. Aunque hubiesen sido ingleses, no habrían defendido a sus compatriotas. Los hechos eran patentes, incontestables.

—Hace cincuenta años —añadió Paganel—, ya habríamos encontrado en nuestra ruta no pocas tribus de naturales, y hasta ahora no ha aparecido un solo indígena. En un siglo, este continente estará completamente despoblado de su raza negra.

En efecto, la reserva parecía estar absolutamente abandonada. Ningún rastro de campamentos ni de chozas.

Las llanuras y los grandes matorrales se sucedían, y poco a poco el país fue adoptando un aspecto salvaje. Parecía incluso que ningún ser vivo, hombre o bestia, frecuentaba aquellas regiones alejadas, cuando Robert, deteniéndose ante un grupo de eucaliptos, exclamó:

—¡Un mono! ¡Ahí hay un mono!

Y señalaba un gran cuerpo negro que, deslizándose de rama en rama con asombrosa agilidad, pasaba de una copa a otra, como si algún aparato membranoso lo sostuviese en el aire. ¿Acaso en aquel extraño país los monos volaban como ciertos zorros a quienes la naturaleza ha dotado de alas de murciélago?

Entretanto, el carro se había detenido, y todos seguían con los ojos al animal, que fue perdiéndose poco a poco en las alturas del eucalipto. Pronto se le vio descender con la rapidez del rayo, correr por el suelo con mil contorsiones y cabriolas, y luego agarrar con sus largos brazos el liso tronco de un enorme gomero. Nadie alcanzaba a comprender cómo treparía por aquel árbol recto y resbaladizo que no podía abrazar. Pero el mono, golpeando alternativamente el tronco con una especie de hacha, fue abriendo pequeñas muescas, y por esos puntos de apoyo regularmente espaciados alcanzó la horquilla del gomero. En unos pocos segundos desapareció en el espesor del follaje.

—Pero vamos a ver, ¿qué clase de mono es ese? —preguntó el mayor.

—Ese mono —respondió Paganel— ¡es un australiano de pura sangre!

Los compañeros del geógrafo no habían tenido tiempo aún de encogerse de hombros, cuando unos gritos que podrían transcribirse así: «¡coo-eeh! ¡coo-eeh!» resonaron a poca distancia. Ayrton aguijó a sus bueyes, y, cien pasos más adelante, los viajeros llegaban inesperadamente a un campamento de indígenas.

¡Qué triste espectáculo! Una decena de tiendas se erguían sobre el suelo desnudo. Esos «gunyos», hechos con tiras de corteza superpuestas como tejas, solo protegían de un lado a sus miserables moradores. Aquellos seres, degradados por la miseria, resultaban repulsivos. Había allí una treintena: hombres, mujeres y niños, vestidos con pieles de *kanguroos* desgarradas como harapos. Su primer movimiento, al aproximarse el carro, fue huir. Pero unas palabras de Ayrton pronunciadas en un incomprensible patois parecieron tranquilizarlos. Regresaron entonces, mitad confiados, mitad temerosos, como animales a quienes se tiende algún bocado apetitoso.

Aquellos indígenas, de cinco pies cuatro pulgadas a cinco pies siete pulgadas de estatura, tenían una tez fuliginosa —no negra, sino del color del hollín viejo—, el cabello lanoso, los brazos largos, el abdomen prominente,

el cuerpo velludo y surcado por las cicatrices del tatuaje o por las incisiones practicadas en las ceremonias fúnebres. Nada más horrible que su figura monstruosa, su boca enorme, su nariz aplastada y chafada contra las mejillas, su mandíbula inferior prominente, armada de dientes blancos aunque protuberantes. Jamás criaturas humanas habían presentado hasta tal punto el tipo de la animalidad.

—Robert no se equivocaba —dijo el mayor—: son monos, de pura sangre si se quiere, ¡pero monos son!

—Mac Nabbs —respondió lady Helena—, ¿daría usted la razón a quienes los cazan como bestias salvajes? Esas pobres criaturas son hombres.

—¡Hombres! —exclamó Mac Nabbs—. ¡Cuando mucho, seres intermedios entre el hombre y el orangután! Y aun así, si midiera su ángulo facial, lo encontraría tan cerrado como el del mono.

Mac Nabbs tenía razón en este punto: el ángulo facial del indígena australiano es muy agudo y sensiblemente igual al del orangután, entre sesenta y sesenta y dos grados. No en vano el señor De Rienzi propuso clasificar a esos desgraciados en una raza aparte a la que llamaba los «pitecomorfos», es decir, hombres de formas simiescas.

Pero lady Helena tenía todavía más razón que Mac Nabbs al considerar seres dotados de alma a esos indígenas situados en el último peldaño de la escala humana. Entre la bruta y el australiano existe el infranqueable abismo que separa los géneros. Pascal dijo con razón que el hombre no es bruto en ningún lugar.

Bien es verdad que añade con no menor sabiduría: «ni ángel tampoco».

Pues bien, precisamente, lady Helena y Mary Grant daban la razón contraria a esta última parte de la proposición del gran pensador. Aquellas dos caritativas mujeres habían bajado del carro; tendían una mano cariñosa a esas míseras criaturas; les ofrecían alimentos que los salvajes devoraban con una repugnante voracidad. Los indígenas debían tanto más tomar a lady Helena por una divinidad cuanto que, según su religión, los blancos son antiguos negros blanqueados después de la muerte.

Pero fueron las mujeres, sobre todo, quienes excitaron la compasión de las viajeras. Nada es comparable a la condición de la australiana; una natu-

raleza madrastra le ha negado incluso el menor encanto; es una esclava, arrebatada por la fuerza bruta, que no ha tenido más regalo de boda que los golpes del «waddie», especie de palo empuñado por la mano de su amo. Desde ese momento, agobiada por una vejez precoz y fulminante, ha sido abrumada con todos los penosos trabajos de la vida errante: lleva con sus hijos enrollados en un haz de juncos los instrumentos de pesca y caza, las provisiones de «phormium tenax» con que fabrica redes. Debe procurar víveres a su familia; caza lagartijas, zarigüeyas y serpientes hasta las copas de los árboles; corta la leña del hogar; arranca las cortezas de la tienda; pobre bestia de carga, desconoce el descanso, y solo come, tras su amo, los asquerosos restos que este ya no quiere.

En aquel momento, algunas de esas desgraciadas, privadas de alimento quizá desde hacía mucho tiempo, intentaban atraer a los pájaros ofreciéndoles granos.

Se las veía tendidas en el suelo ardiente, inmóviles, como muertas, esperando durante horas enteras que algún cándido pájaro llegara al alcance de su mano. Su industria en materia de trampas no iba más lejos, y era preciso ser un volátil australiano para caer en ellas.

Entretanto, los indígenas, amansados por los avances de los viajeros, los rodeaban, y hubo de ponerse cuidado contra sus instintos eminentemente rapaces. Hablaban un idioma sibilante, hecho de golpes de lengua. Aquello recordaba a gritos de animales. Sin embargo, su voz tenía a menudo inflexiones tiernas de una gran dulzura; la palabra «noki, noki» se repetía con frecuencia, y los gestos la hacían comprender suficientemente. Era el «¡Dadme! ¡Dadme!» aplicado a los más insignificantes objetos de los viajeros. El señor Olbinett tuvo mucho que hacer para defender el compartimento del equipaje y, sobre todo, los víveres de la expedición.

Aquellos pobres hambrientos lanzaban al carro una mirada aterradora y mostraban dientes afilados que quizá se habían ejercitado sobre jirones de carne humana. La mayoría de las tribus australianas no son caníbales, sin duda, en tiempos de paz; pero son pocos los salvajes que se niegan a devorar la carne de un enemigo vencido.

Sin embargo, a petición de Helena, Glenarvan ordenó distribuir algunos alimentos. Los naturales comprendieron su intención y se entregaron a demostraciones que habrían emocionado al corazón más insensible. Lanzaron

también rugidos semejantes a los de las fieras cuando el cuidador les trae el pienso cotidiano. Sin dar la razón al mayor, no podía negarse, con todo, que aquella raza rozaba de cerca lo animal.

El señor Olbinett, como hombre galante, había creído deber servir primero a las mujeres. Pero aquellas desdichadas criaturas no se atrevieron a comer antes que sus temibles amos. Estos se abalanzaron sobre la galleta y la carne seca como sobre una presa.

Mary Grant, pensando que su padre era prisionero de indígenas tan rudos, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Se representaba todo lo que debía sufrir un hombre como Harry Grant, esclavo de esas tribus errantes, presa de la miseria, el hambre y los malos tratos.

John Mangles, que la observaba con la más inquieta atención, adivinó los pensamientos de que estaba lleno su corazón, y fue al encuentro de sus deseos interrogando al contramaestre del *Britannia*.

—Ayrton —le dijo—, ¿fue de manos de semejantes salvajes de donde escapó usted?

—Sí, capitán —respondió Ayrton—. Todos esos pueblos del interior se parecen. Solo que aquí no ve usted más que un puñado de esos pobres diablos, mientras que a orillas del Darling existen tribus numerosas mandadas por jefes cuya autoridad es formidable.

—Pero —preguntó John Mangles—, ¿qué puede hacer un europeo en medio de esos naturales?

—Lo mismo que yo hacía —respondió Ayrton—: caza, pesca con ellos, toma parte en sus combates; como ya les he dicho, es tratado en función de los servicios que presta, y si es un hombre inteligente y valiente, adquiere en la tribu una posición considerable.

—¿Pero sigue siendo prisionero? —dijo Mary Grant.

—Y vigilado —añadió Ayrton—, de modo que no puede dar un paso, ¡ni de día ni de noche!

—Sin embargo, usted logró escapar, Ayrton —dijo el mayor, que se incorporó a la conversación.

—Sí, señor Mac Nabbs, al amparo de un combate entre mi tribu y una población vecina. Lo logré. Bien. No me arrepiento. Pero si hubiera que repetirlo, preferiría, creo, una esclavitud eterna a las torturas que experimenté al cruzar los desiertos del interior. ¡Dios libre al capitán Grant de intentar semejante oportunidad de salvación!

—Sí, desde luego —respondió John Mangles—. Debemos desear, señorita Mary, que su padre esté retenido en una tribu indígena. Encontraremos su rastro con mayor facilidad que si vagabundease por los bosques del continente.

—¿Espera usted siempre? —preguntó la joven.

—Espero siempre, señorita Mary, verla a usted feliz algún día, ¡con la ayuda de Dios!

Los ojos húmedos de Mary Grant fueron el único agradecimiento que pudo ofrecer al joven capitán.

Durante esa conversación, un movimiento inusitado se había producido entre los salvajes: lanzaban gritos estruendosos, corrían en diversas direcciones, empuñaban sus armas y parecían poseídos de una ferocidad salvaje.

Glenarvan no sabía a qué querían llegar, cuando el mayor, interpelando a Ayrton, le dijo:

—Puesto que ha vivido usted largo tiempo entre los australianos, comprenderá sin duda el lenguaje de estos.

—Más o menos —respondió el contramaestre—, pues tantas tribus, tantos idiomas. Sin embargo, creo adivinar que, por agradecimiento, estos salvajes quieren mostrar a su señoría el simulacro de un combate.

Era en efecto la causa de esa agitación. Los indígenas, sin más preámbulo, se atacaron con una furia perfectamente simulada, y tan bien, que a menos de estar prevenido se habría tomado en serio aquella pequeña guerra. Pero los australianos son excelentes mimos, según dicen los viajeros, y en aquella ocasión desplegaron un talento notable.

Sus instrumentos de ataque y defensa consistían en una cachiporra, especie de maza de madera que da cuenta de los cráneos más espesos, y una especie de «tomahawk», piedra muy dura y afilada, fijada entre dos palos mediante una goma adhesiva. Esta hacha tiene un mango de diez pies de

largo. Es un formidable instrumento de guerra y un útil instrumento de paz, que sirve para abatir ramas o cabezas, para tajar cuerpos o árboles, según el caso.

Todas esas armas se agitaban en manos frenéticas, al estruendo de las vociferaciones; los combatientes se arrojaban unos sobre otros; unos caían como muertos, otros lanzaban el grito del vencedor. Las mujeres, las viejas sobre todo, poseídas por el demonio de la guerra, los excitaban al combate, se precipitaban sobre los falsos cadáveres y los mutilaban en apariencia con una ferocidad que, de haber sido real, no habría sido más horrible. A cada instante, lady Helena temía que el juego degenerara en batalla verdadera. Por lo demás, los niños, que habían tomado parte en el combate, iban a fondo. Los chiquillos y las chiquillas —estas más rabiosas, sobre todo— se propinaban bofetadas formidables con un encarnizamiento feroz.

Aquel combate simulado duraba ya desde hacía diez minutos, cuando de pronto los combatientes se detuvieron. Las armas cayeron de sus manos. Un profundo silencio sucedió al ruidoso tumulto. Los indígenas permanecieron inmóviles en su última actitud, como personajes de cuadros vivientes.

Parecían petrificados.

¿Cuál era la causa de aquel cambio, y por qué de pronto aquella inmovilidad marmórea? No tardó en saberse.

Una bandada de cacatúas se desplegaba en ese momento a la altura de los gomeros. Llenaban el aire con su charlatanería y se asemejaban, con los vigorosos matices de su plumaje, a un arco iris volante. Fue la aparición de aquella deslumbrante nube de pájaros la que había interrumpido el combate. La caza, más útil que la guerra, le sucedía.

Uno de los indígenas, cogiendo un instrumento pintado de rojo, de estructura particular, abandonó a sus compañeros, que seguían inmóviles, y se dirigió entre los árboles y los arbustos hacia la bandada de cacatúas.

No hacía ningún ruido al arrastrarse; no rozaba una hoja, no desplazaba un guijarro.

Era una sombra que se deslizaba.

El salvaje, llegado a una distancia conveniente, lanzó su instrumento siguiendo una línea horizontal a dos pies del suelo. El arma recorrió así un

espacio de unos cuarenta pies; después, de súbito, sin tocar la tierra, se irguió bruscamente en ángulo recto, subió a cien pies en el aire, hirió mortalmente a una docena de pájaros y, describiendo una parábola, vino a caer a los pies del cazador.

Glenarvan y sus compañeros estaban estupefactos; no podían dar crédito a sus ojos.

—¡Es el «boomerang»! —dijo Ayrton.

—¡El boomerang! —exclamó Paganel—. ¡El boomerang australiano!

Y, como un niño, fue a recoger el maravilloso instrumento «para ver qué había dentro».

Cabría pensar, en efecto, que algún mecanismo interior, algún resorte súbitamente destensado, modificaba su trayectoria. Nada de eso.

Aquel boomerang consistía simplemente en una pieza de madera dura y curvada, de treinta a cuarenta pulgadas de longitud. Su grosor en el centro era de unas tres pulgadas, y sus dos extremos terminaban en puntas agudas. Su parte cóncava se hundía unas seis líneas, y su parte convexa presentaba dos cantos muy afilados. Era tan simple como incomprensible.

—¡He aquí el famoso boomerang! —dijo Paganel tras examinar atentamente el extraño instrumento—. Un trozo de madera y nada más. ¿Por qué, en cierto momento de su trayectoria horizontal, remonta en el aire para volver a la mano que lo ha lanzado? Los sabios y los viajeros nunca han podido dar explicación a este fenómeno.

—¿No sería un efecto semejante al del aro que, lanzado de cierta manera, vuelve a su punto de partida? —dijo John Mangles.

—O más bien —añadió Glenarvan—, un efecto retrógrado, semejante al de una bola de billar golpeada en un punto determinado.

—En absoluto —respondió Paganel—. En esos dos casos hay un punto de apoyo que determina la reacción: es el suelo para el aro, y el tapete para la bola. Pero aquí falta el punto de apoyo; el instrumento no toca la tierra, ¡y sin embargo remonta a una altura considerable!

—Entonces, ¿cómo explica usted ese hecho, señor Paganel? —preguntó lady Helena.

—No lo explico, señora; lo constato una vez más. El efecto depende evidentemente de la manera en que el boomerang es lanzado y de su conformación particular. Pero en cuanto a ese lanzamiento, sigue siendo el secreto de los australianos.

—En todo caso, es muy ingenioso... para ser monos —añadió lady Helena, mirando al mayor, que sacudió la cabeza con aire poco convencido.

Entretanto, el tiempo transcurría, y Glenarvan pensó que no debía retardar más su marcha hacia el este; iba pues a pedir a los viajeros que volviesen a subir al carro, cuando un salvaje llegó corriendo y pronunció algunas palabras con gran animación.

—¡Ah! —exclamó Ayrton—. ¡Han avistado casuarios!

—¿Cómo? ¿Se trata de una cacería? —dijo Glenarvan.

—Hay que ver eso —exclamó Paganel—. ¡Debe de ser curioso! Quizá vuelva a funcionar el boomerang.

—¿Qué le parece a usted, Ayrton?

—No será largo, *mylord* —respondió el contramaestre.

Los indígenas no habían perdido un instante. Para ellos matar casuarios es un golpe de fortuna. La tribu tiene aseguradas sus provisiones por algunos días. Así, los cazadores emplean toda su destreza en apoderarse de semejante presa. Pero ¿cómo, sin fusiles, logran abatir, y, sin perros, alcanzar un animal tan ágil? Era el aspecto más interesante del espectáculo reclamado por Paganel.

El emú o casuario sin casco, llamado «moureuk» por los naturales, es un animal que comienza a escasear en las llanuras de Australia. Esta gran ave, de dos pies y medio de altura, tiene una carne blanca que recuerda mucho a la del pavo; lleva en la cabeza una placa córnea; sus ojos son de color marrón claro, su pico negro y curvado de arriba abajo; sus dedos, armados de uñas poderosas; sus alas, auténticos muñones, no pueden servirle para volar; su plumaje —por no decir su pelaje— es más oscuro en el cuello y el pecho. Pero si no vuela, corre, y desafiaría en el turf al caballo más veloz. Solo puede cogerse, pues, por la astucia, y aún así hay que ser singularmente astuto.

Por eso, a la llamada del indígena, una decena de australianos se desplegaron como un destacamento de tiradores. Era en una admirable llanura donde el índigo crecía naturalmente y azuleaba el suelo con sus flores. Los viajeros se detuvieron en la linde de un bosque de mimosas.

A la proximidad de los naturales, media docena de emús se levantaron, emprendieron la huida y fueron a guarecerse a una milla de distancia. Cuando el cazador de la tribu hubo reconocido su posición, hizo señas a sus camaradas de detenerse. Estos se tendieron en el suelo, mientras él, sacando de su red dos pieles de casuario muy hábilmente cosidas, se las puso al instante.

Su brazo derecho pasaba por encima de su cabeza, e imitaba en movimiento el andar de un emú que busca su alimento.

El indígena se dirigió hacia la bandada; unas veces se detenía, fingiendo picotear algunas semillas; otras hacía volar el polvo con los pies y se envolvía en una nube polvorienta. Toda aquella pantomima era perfecta. Nada más fiel que aquella reproducción del andar del emú. El cazador lanzaba gruñidos sordos ante los que el propio pájaro se habría dejado engañar. Y así ocurrió. El salvaje se encontró pronto en medio de la bandada despreocupada. De pronto, su brazo blandió la maza, y cinco emús de seis cayeron a su lado.

El cazador había triunfado; la cacería había terminado.

Entonces Glenarvan, las viajeras, toda la pequeña tropa se despidieron de los indígenas. Estos mostraron escaso pesar por aquella separación. Quizá el éxito de la cacería de casuarios les hiciera olvidar el hambre saciada. No tenían siquiera el agradecimiento del estómago, más vivo que el del corazón en las naturalezas incultas y en las bestias.

Sea como fuere, no podía uno dejar de admirar, en ciertas ocasiones, su inteligencia y su destreza.

Capítulo XVII. Los ganaderos millonarios

Tras una noche tranquilamente pasada a los 146°15' de longitud, los viajeros, el 6 de enero a las siete de la mañana, continuaron atravesando el vasto distrito. Marchaban siempre hacia el sol naciente, y las huellas de sus pasos trazaban sobre la llanura una línea rigurosamente recta. Dos veces cortaron rastros de squatters que se dirigían hacia el norte, y entonces las diversas huellas se habrían confundido si el caballo de Glenarvan no hubiese dejado en el polvo la marca de Black-Point, reconocible por sus dos tréboles.

La llanura estaba a veces surcada por caprichosos arroyos rodeados de boj, de aguas más temporales que permanentes. Nacían en las laderas de los «Buffalos-Ranges», cadena de mediocres montañas cuya pintoresca línea ondulaba en el horizonte.

Se resolvió acampar allí ese mismo atardecer. Ayrton apremiaba su tiro, y, tras una jornada de treinta y cinco millas, los bueyes llegaron algo fatigados. La tienda fue levantada bajo grandes árboles; había caído la noche, la cena fue despachada rápidamente. Después de semejante marcha, se pensaba menos en comer que en dormir.

Paganel, a quien correspondía la primera guardia, no se acostó, y, con la carabina al hombro, veló sobre el campamento, paseando de un lado a otro para resistir mejor el sueño.

A pesar de la ausencia de la luna, la noche era casi luminosa bajo el esplendor de las constelaciones australes.

El sabio se entretenía leyendo en ese gran libro del firmamento siempre abierto y tan interesante para quien sabe comprenderlo. El profundo silencio

de la naturaleza dormida no era interrumpido más que por el ruido de las trabas que resonaban en los pies de los caballos.

Paganel se dejaba llevar, pues, por sus meditaciones astronómicas, y se ocupaba más de las cosas del cielo que de las de la tierra, cuando un sonido lejano lo sacó de su ensueño.

Prestó un oído atento, y, para su gran estupefacción, creyó reconocer los sonidos de un piano; algunos acordes, ampliamente arpegados, le enviaban hasta él su trepidante sonoridad.

No podía equivocarse.

«¡Un piano en el desierto! —se dijo Paganel—. Esto es algo que no admitiré nunca.»

Era muy sorprendente, en efecto, y Paganel prefirió creer que algún extraño pájaro de Australia imitaba los sonidos de un Pleyel o un Érard, como otros imitan los ruidos de reloj y de afilador.

Pero en ese momento una voz de timbre puro se elevó en el aire. Al pianista lo doblaba un cantante. Paganel escuchó sin querer rendirse.

Sin embargo, tras algunos instantes, se vio obligado a reconocer el aria sublime que hería su oído.

Era *il mio tesoro tanto*, del *Don Juan*.

«¡Pardiez! —pensó el geógrafo—. Por muy extraños que sean los pájaros australianos, y aunque fueran los loros más músicos del mundo, ¡no pueden cantar a Mozart!»

Luego escuchó hasta el final aquella sublime inspiración del maestro. El efecto de aquella suave melodía, transportada a través de una noche límpida, era indescriptible.

Paganel permaneció largo tiempo bajo aquel encanto inexpresable; luego la voz enmudeció, y todo volvió al silencio.

Cuando Wilson vino a relevar a Paganel, lo encontró sumido en una honda ensoñación. Paganel no dijo nada al marinero; se reservó informar a Glenarvan al día siguiente de aquella particularidad, y fue a acurrucarse bajo la tienda.

Al día siguiente, toda la tropa fue despertada por ladridos inesperados. Glenarvan se levantó al instante.

Dos magníficos «pointers», de alzada elevada, admirables ejemplares del perro de muestra de raza inglesa, retozaban en la linde de un pequeño bosque. A la aproximación de los viajeros, se internaron entre los árboles redoblando sus ladridos.

—Hay pues una estación en este desierto —dijo Glenarvan—, y cazadores, ya que aquí hay perros de caza.

Paganel abría ya la boca para relatar sus impresiones de la noche pasada, cuando dos jóvenes aparecieron montando dos caballos de sangre de toda hermosura, auténticos «hunters».

Los dos caballeros, vestidos con un elegante traje de caza, se detuvieron al ver a la pequeña tropa acampada a la manera bohemia. Parecían preguntarse qué significaba la presencia de gentes armadas en aquel lugar, cuando divisaron a las viajeras que bajaban del carro. Al instante pusieron pie en tierra y avanzaron hacia ellas, sombrero en mano.

Lord Glenarvan fue a su encuentro y, en su calidad de forastero, declaró su nombre y condición.

Los jóvenes se inclinaron, y uno de ellos, el mayor, dijo:

—*Mylord*, ¿quieren vuecencia, estas damas y sus compañeros hacernos el honor de descansar en nuestra morada?

—¿Señores?... —dijo Glenarvan.

—Michel y Sandy Patterson, propietarios de Hottam-Station. Ya está usted en tierras del establecimiento y no tiene un cuarto de milla que andar.

—Señores —respondió Glenarvan—, no quisiera abusar de una hospitalidad tan graciosamente ofrecida...

—*Mylord* —repuso Michel Patterson—, aceptando, nos obliga usted a unos pobres desterrados que serán muy felices de hacerle los honores del desierto.

Glenarvan se inclinó en señal de asentimiento.

—Señor —dijo entonces Paganel, dirigiéndose a Michel Patterson—, ¿sería yo indiscreto al preguntarle si fue usted quien cantaba ayer ese aria del divino Mozart?

—Fui yo, señor —respondió el caballero—, y mi primo Sandy me acompañaba.

—Pues bien, señor —repuso Paganel—, reciba los sinceros cumplidos de un francés, apasionado admirador de esa música.

Paganel tendió la mano al joven caballero, que la estrechó con aire muy afable. Luego, Michel Patterson indicó hacia la derecha la ruta a seguir. Los caballos habían sido confiados al cuidado de Ayrton y los marineros.

Así pues, a pie, conversando y admirando, los viajeros, guiados por los dos jóvenes, se encaminaron a la residencia de Hottam-Station.

Era verdaderamente un establecimiento magnífico, mantenido con el rigor severo de los parques ingleses.

Inmensas praderas, cercadas de vallas grises, se extendían a perder de vista. Allí pastaban los bueyes por millares y los carneros por millones. Numerosos pastores y perros aún más numerosos guardaban aquel tumultuoso ejército. A los mugidos y balidos se mezclaban los ladridos de los dogos y el chasquido estridente de los *stockwhipps*.

Hacia el este, la vista se detenía en una linde de *myalls* y gomeros, sobre la que dominaba a siete mil quinientos pies en el aire la imponente cima del monte Hottam.

Largas avenidas de árboles siempre verdes irradiaban en todas direcciones.

Aquí y allá se agrupaban espesos matorrales de «grass-trees», arbustos de diez pies de altura semejantes al palmito, perdidos en su cabellera de hojas estrechas y largas. El aire estaba impregnado del perfume de los laureles-menta, cuyos ramos de flores blancas, en plena floración entonces, desprendían los más delicados aromas.

A los encantadores grupos de esos árboles indígenas se unían las producciones trasplantadas de los climas europeos. El melocotonero, el peral, el manzano, la higuera, el naranjo, el roble mismo, fueron saludados con hurras por los viajeros, y estos, si no se asombraron demasiado de caminar a la

sombra de los árboles de su país, se maravillaron al menos a la vista de los pájaros que revoloteaban entre las ramas: los «satin-birds» de plumaje sedoso y los sericúlidos, vestidos mitad de oro y mitad de terciopelo negro.

Entre otros, y por vez primera, les fue dado admirar el «menure», que es el ave-lira, cuyo apéndice caudal figura el gracioso instrumento de Orfeo. Huía entre los helechos arbóreos, y cuando su cola golpeaba las ramas, uno casi se asombraba de no oír esos armoniosos acordes con que se inspiraba Anfión para reconstruir las murallas de Tebas. Paganel tenía ganas de tocarlo.

Sin embargo, lord Glenarvan no se contentaba con admirar las maravillosas delicias de aquel oasis improvisado en el desierto australiano. Escuchaba el relato de los dos jóvenes caballeros. En Inglaterra, en medio de sus campiñas civilizadas, el recién llegado habría comenzado por informar a su anfitrión de dónde venía y adónde iba. Pero aquí, y por un matiz de delicadeza finamente observado, Michel y Sandy Patterson creyeron deber darse a conocer a los viajeros a quienes ofrecían hospitalidad. Contaron pues su historia.

Era la de todos esos jóvenes ingleses inteligentes y laboriosos que no creen que la riqueza dispense del trabajo. Michel y Sandy Patterson eran hijos de un banquero de Londres. A los veinte años, el jefe de su familia les había dicho: «He aquí unos millones, jóvenes. Id a alguna colonia lejana; fundad en ella un establecimiento útil; extraed del trabajo el conocimiento de la vida. Si triunfáis, tanto mejor. Si fracasáis, poco importa. No lamentaremos los millones que os hayan servido para haceros hombres.» Los dos jóvenes obedecieron. Eligieron en Australia la colonia de Victoria para sembrar en ella los *bank-notes* paternos, y no tuvieron motivo de arrepentirse. Al cabo de tres años, el establecimiento prosperaba.

Se cuentan en las provincias de Victoria, de la Nueva Gales del Sur y de Australia meridional más de tres mil estaciones, unas dirigidas por los squatters que crían ganado, otras por los *settlers*, cuya principal industria es el cultivo del suelo. Hasta la llegada de los dos jóvenes ingleses, el establecimiento más considerable de este tipo era el del señor Jamieson, que cubría cien kilómetros cuadrados de superficie, con un borde de veinticinco kilómetros sobre el Paroo, uno de los afluentes del Darling.

Ahora, la estación de Hottam le superaba en extensión y en negocios. Los dos jóvenes eran squatters y *settlers* al mismo tiempo. Administraban con rara habilidad, y, lo que es más difícil, con una energía poco común, su inmensa propiedad.

Como se ve, aquella estación se hallaba desplazada a una gran distancia de las principales ciudades, en medio de los desiertos poco frecuentados del Murray. Ocupaba el espacio comprendido entre los 146°48' y los 147°, es decir, un terreno largo y ancho de cinco leguas, situado entre los Buffalos-Ranges y el monte Hottam. En los dos ángulos septentrionales de aquel vasto cuadrilátero se alzaban a la izquierda el monte Aberdeen y a la derecha las cimas del High-Barven. Las aguas hermosas y sinuosas no faltaban, gracias a los arroyos y afluentes del río Oven's, que desemboca al norte en el cauce del Murray. Así, tanto la cría de ganado como el cultivo del suelo prosperaban por igual. Diez mil acres de tierra, admirablemente roturada y gestionada, mezclaban las cosechas indígenas con las producciones exóticas, mientras que varios millones de animales engordaban en los verdejantes pastizales. Así pues, los productos de Hottam-Station estaban cotizados a precios elevados en los mercados de Castlemaine y Melbourne.

Michel y Sandy Patterson acababan de dar esos detalles de su industriosa existencia cuando, al extremo de una avenida de casuarinas, apareció la vivienda.

Era una encantadora casa de madera y ladrillo, enterrada bajo grupos de emerófilas. Tenía la elegante forma del chalet, y una veranda en la que colgaban linternas chinas rodeaba los muros como un antiguo impluvio. Ante las ventanas se desplegaban toldos multicolores que parecían estar en flor. Nada más coqueto, nada más delicioso a la vista, pero también nada más confortable. En los céspedes y en los macizos agrupados alrededor crecían candelabros de bronce que sustentaban elegantes faroles; al caer la noche, todo aquel parque se iluminaba con las blancas luces del gas, proveniente de un pequeño gasómetro oculto bajo pérgolas de *myalls* y helechos arbóreos.

Por lo demás, no se veían dependencias, ni cuadras, ni cobertizos, nada de lo que indica una explotación rural. Todas esas dependencias —una verdadera aldea compuesta de más de veinte chozas y casas— estaban situadas a un cuarto de milla, en el fondo de un pequeño valle. Hilos eléctricos

ponían en comunicación instantánea la aldea y la casa de los amos. Esta, lejos de todo ruido, parecía perdida en un bosque de árboles exóticos.

Pronto fue rebasada la avenida de casuarinas. Un pequeño puente de hierro de extremada elegancia, tendido sobre un arroyo murmurante, daba acceso al parque reservado.

Fue cruzado. Un intendente de porte distinguido salió al encuentro de los viajeros; las puertas de la vivienda se abrieron, y los huéspedes de Hottam-Station penetraron en los suntuosos aposentos contenidos bajo aquella envoltura de ladrillo y flores.

Todo el lujo de la vida artística y de moda se ofreció a sus ojos. Sobre el vestíbulo, ornado con motivos decorativos tomados del utillaje del turf y de la caza, se abría un vasto salón de cinco ventanas. Allí, un piano cubierto de partituras antiguas y modernas, caballetes con lienzos apenas esbozados, peanas adornadas con estatuas de mármol, algunos cuadros de maestros flamencos colgados de las paredes, ricos tapices blandos al pie como hierba espesa, paños de tapicería animados con graciosos episodios mitológicos, una lámpara antigua suspendida del techo, lozas preciosas, bibelots de precio y gusto perfecto, mil naderías caras y delicadas que uno se asombraba de ver en una vivienda australiana, probaban una suprema inteligencia de las artes y el confort. Todo lo que podía aliviar los tediosos de un exilio voluntario, todo lo que podía devolver el espíritu al recuerdo de los hábitos europeos, amueblaba aquel salón de ensueño. Uno se habría creído en algún castillo de Francia o de Inglaterra.

Las cinco ventanas dejaban pasar a través del fino tejido de los toldos una luz tamizada y ya suavizada por las penumbras de la veranda. Lady Helena, al acercarse, quedó maravillada. La vivienda por este lado dominaba un amplio valle que se extendía hasta el pie de las montañas del este. La sucesión de praderas y bosques, aquí y allá vastos claros, el conjunto de las colinas graciosamente redondeadas, el relieve de aquel suelo accidentado, formaban un espectáculo superior a toda descripción.

Ninguna otra comarca del mundo podía comparársele, ni siquiera aquel valle del paraíso, tan renombrado, de las fronteras noruegas del Telemark.

Aquel vasto panorama, recortado por grandes manchas de sombra y de luz, cambiaba a cada hora según los caprichos del sol. La imaginación no

podía soñar nada más allá, y aquel aspecto encantador satisfacía todos los apetitos de la mirada.

Sin embargo, a una orden de Sandy Patterson, un desayuno había sido improvisado por el mayordomo de la estación y, menos de un cuarto de hora después de su llegada, los viajeros se sentaban ante una mesa suntuosamente servida. La calidad de los manjares y los vinos era indiscutible; pero lo que agradaba sobre todo, en medio de aquellos refinamientos de la opulencia, era la alegría de los dos jóvenes squatters, felices de ofrecer bajo su techo aquella espléndida hospitalidad.

Por lo demás, no tardaron en conocer el objeto de la expedición, e interesándose vivamente por las pesquisas de Glenarvan, dieron también buenas esperanzas a los hijos del capitán.

—Harry Grant —dijo Michel— ha caído evidentemente en manos de los indígenas, puesto que no ha reaparecido en los establecimientos de la costa. Conocía exactamente su posición, el documento lo prueba, y para no haber alcanzado alguna colonia inglesa es preciso que en el momento en que desembarcó fuera hecho prisionero por los salvajes.

—Eso es precisamente lo que le ocurrió a su contramaestre Ayrton —respondió John Mangles.

—Pero ustedes, señores —preguntó lady Helena—, ¿no han oído nunca hablar de la catástrofe del *Britannia*?

—Nunca, señora —respondió Michel.

—Y ¿qué trato, en su opinión, ha sufrido el capitán Grant, prisionero de los australianos?

—Los australianos no son crueles, señora —respondió el joven squatter —, y la señorita Grant puede estar tranquila al respecto. Hay frecuentes ejemplos de la dulzura de su carácter, y algunos europeos han vivido largo tiempo entre ellos sin haber tenido nunca motivo de queja por su brutalidad.

—King, entre otros —dijo Paganel—, el único superviviente de la expedición de Burke.

—No solo ese intrépido explorador —añadió Sandy—, sino también un soldado inglés llamado Buckley, que, habiéndose escapado en 1803 en la

costa de Port-Philippe, fue recogido por los indígenas y vivió treinta y tres años con ellos.

—Y desde esa época —añadió Michel Patterson—, uno de los últimos números del *Australasian* nos informa de que un tal Morrill acaba de ser devuelto a sus compatriotas, tras dieciséis años de esclavitud.

La historia del capitán debe de ser la suya, pues fue precisamente a raíz del naufragio de la *Péruvienne*, en 1846, cuando fue hecho prisionero por los naturales y llevado al interior del continente. Así, creo que deben conservar toda su esperanza.

Estas palabras causaron una alegría extrema en los oyentes del joven squatter. Corroboraban las informaciones ya proporcionadas por Paganel y Ayrton.

Luego se habló de los convictos, una vez que las viajeras abandonaron la mesa. Los squatters conocían la catástrofe de Camden-Bridge, pero la presencia de una banda de evadidos no les inspiraba ninguna inquietud. No es a una estación cuyo personal ascendía a más de cien hombres a la que esos malhechores se atreverían a atacar. Había además que pensar que no se aventurarían por esos desiertos del Murray, donde nada tenían que hacer, ni hacia el lado de las colonias de la Nueva Gales, cuyas rutas están muy vigiladas. Tal era también la opinión de Ayrton.

Lord Glenarvan no pudo negarles a sus amables anfitriones el pasar el día entero en la estación de Hottam. Eran doce horas de retraso que se convertían en doce horas de reposo; los caballos y los bueyes no podían sino reponerse ventajosamente en las cómodas cuadras de la estación.

Así pues, quedó convenido, y los dos jóvenes sometieron a sus huéspedes un programa de la jornada que fue adoptado con presteza.

Al mediodía, siete vigorosos hunters piafaban a las puertas de la vivienda. Un elegante break destinado a las damas, conducido con mano firme, permitía a su cochero mostrar su destreza en las hábiles maniobras del «four in hand». Los jinetes, precedidos de picadores y armados de excelentes escopetas de caza de sistema, montaron a caballo y galoparon junto a las portezuelas, mientras la jauría de pointers ladraba alegremente entre los matorrales.

Durante cuatro horas, la cabalgata recorrió los senderos y avenidas de aquel parque tan grande como un pequeño estado alemán. El Reuss-Schleitz o el Sajonia-Coburgo-Gotha habrían cabido enteros en él.

Si se encontraban en él menos habitantes, los carneros en cambio abundaban. En cuanto a la caza, un ejército de batidores no habría arrojado más bajo el fusil de los cazadores. Así, fue pronto una serie de detonaciones inquietantes para los tranquilos huéspedes de los bosques y las llanuras. El joven Robert hizo maravillas al lado del mayor Mac Nabbs. Aquel intrépido muchacho, a pesar de las recomendaciones de su hermana, iba siempre a la cabeza y era el primero en hacer fuego.

Pero John Mangles se encargó de vigilarle, y Mary Grant se tranquilizó.

Durante aquella batida, se mataron ciertos animales particulares del país y que Paganel hasta entonces solo conocía de nombre: entre otros, el «wombat» y el «bandicoot».

El wombat es un herbívoro que excava madrigueras a la manera de los tejones; es tan grande como una oveja, y su carne es excelente.

El bandicoot es una especie de marsupial que daría lecciones al zorro europeo y le aventajaría en el pillaje de los corrales. Aquel animal, de aspecto bastante repulsivo, de pie y medio de longitud, cayó bajo los disparos de Paganel, que, por amor propio de cazador, lo encontró encantador.

—Una bestia adorable —decía.

Robert, entre otras piezas importantes, mató muy diestramente un «dasyurus viverinus», especie de pequeño zorro cuyo pelaje negro y salpicado de blanco vale el de la marta, y un par de zarigüeyas que se ocultaban en el espeso follaje de los grandes árboles.

Pero de todas aquellas hazañas, la más interesante fue, sin ninguna duda, una cacería de *kanguroos*. Los perros, hacia las cuatro de la tarde, levantaron una banda de esos curiosos marsupiales. Los pequeños se metieron precipitadamente en la bolsa materna, y toda la tropa huyó en fila. Nada más asombroso que esos enormes saltos del *kanguroo*, cuyos cuartos traseros, dos veces más largos que los delanteros, se distienden como un resorte. A la cabeza de la tropa en fuga escapaba un macho de cinco pies de alzada, magnífico ejemplar del «macropus giganteus», un «viejo», como dicen los bushmen.

Durante cuatro o cinco millas, la cacería fue activamente conducida. Los *kanguroos* no se cansaban, y los perros, que temen con razón su vigorosa pata armada de una uña aguda, no tenían ganas de acercárseles. Pero al fin, agotada por la carrera, la banda se detuvo y el «viejo» se apoyó contra el tronco de un árbol, dispuesto a defenderse. Uno de los pointers, arrastrado por su ímpetu, fue a rodar cerca de él. Un instante después, el desgraciado perro saltaba por los aires y caía destripado. Ciertamente, la jauría entera no habría podido con esos poderosos marsupiales. Había que acabar con ellos a tiros, y solo las balas podían abatir al gigantesco animal.

En ese momento, Robert estuvo a punto de ser víctima de su imprudencia. Con el fin de asegurar su disparo, se acercó tanto al *kanguroo* que este se lanzó de un salto.

Robert cayó, se oyó un grito. Mary Grant, desde lo alto del break, aterrorizada, sin voz, casi sin mirada, tendía los brazos hacia su hermano. Ningún cazador se atrevía a disparar sobre el animal, pues podía herir también al niño.

Pero de pronto John Mangles, con el cuchillo de monte abierto, se precipitó sobre el *kanguroo* a riesgo de ser destripado, y asestó al animal una cuchillada en el corazón. Abatida la bestia, Robert se levantó ileso. Un instante después, estaba en los brazos de su hermana.

—¡Gracias, señor John! ¡Gracias! —dijo Mary Grant, tendiendo la mano al joven capitán.

—Yo respondía de él —dijo John Mangles, tomando la mano temblorosa de la joven.

Aquel incidente puso fin a la cacería. La banda de marsupiales se había dispersado tras la muerte de su jefe, cuyo despojo fue llevado a la vivienda. Eran entonces las seis de la tarde. Una magnífica cena aguardaba a los cazadores. Entre otros manjares, un caldo de cola de *kanguroo*, preparado al modo indígena, fue el gran éxito del festín.

Tras los helados y sorbetes del postre, los comensales pasaron al salón. La velada fue consagrada a la música. Lady Helena, excelente pianista, puso sus talentos a disposición de los squatters. Michel y Sandy Patterson cantaron con gusto perfecto pasajes tomados de las últimas partituras de

Gounod, de Victor Massé, de Félicien David, e incluso de ese genio incomprendido, Richard Wagner.

A las once, se sirvió el té; estaba preparado con esa perfección inglesa que ningún otro pueblo puede igualar. Pero Paganel, habiendo pedido probar el té australiano, le trajeron un licor negro como la tinta, un litro de agua en el que media libra de té había hervido durante cuatro horas. Paganel, a pesar de sus muecas, declaró excelente aquella bebida.

A medianoche, los huéspedes de la estación, conducidos a habitaciones frescas y confortables, prolongaron en sueños los placeres de aquella jornada.

Al día siguiente, al alba, se despidieron de los dos jóvenes squatters. Hubo abundantes agradecimientos y promesas de verse de nuevo en Europa, en el castillo de Malcolm. Luego el carro se puso en marcha, rodeó la base del monte Hottam, y pronto la vivienda desapareció, como una visión fugaz, a los ojos de los viajeros. Durante cinco millas más pisaron con sus caballos el suelo de la estación.

Solo a las nueve fue cruzada la última empalizada, y la pequeña tropa se adentró por las comarcas casi desconocidas de la provincia victoriana.

Capítulo XVIII. Los Alpes australianos

Una inmensa barrera cortaba la ruta al sureste.

Era la cadena de los Alpes australianos, vasta fortificación cuyas caprichosas cortinas se extienden a lo largo de mil quinientas millas y detienen las nubes a cuatro mil pies en el aire.

El cielo cubierto no dejaba llegar al suelo más que un calor tamizado por el tejido compacto de los vapores. La temperatura era pues soportable, pero la marcha difícil sobre un terreno ya muy accidentado. Las protuberancias de la llanura se acentuaban cada vez más. Algunos cerritos plantados de jóvenes gomeros verdes se abultaban aquí y allá. Más adelante, esas gibosidades, netamente marcadas, formaban los primeros escalones de los grandes Alpes. Había que subir de manera continua, y bien se notaba en el esfuerzo de los bueyes, cuyo yugo crujía bajo la tracción del pesado carro; resoplaban ruidosamente, y los músculos de sus corvejones se tensaban a punto de romperse. Las tablas del vehículo gemían con los encontronazos inesperados que Ayrton, por hábil que fuera, no conseguía evitar. Las viajeras lo tomaban alegremente.

John Mangles y sus dos marineros batían la ruta a algunos centenares de pasos por delante; elegían los pasos practicables, por no decir los puertos, pues todos aquellos resaltes del terreno figuraban otros tantos escollos entre los cuales el carro buscaba el mejor canal. Era una verdadera navegación a través de aquellos terrenos encrespados.

Tarea difícil, peligrosa a menudo. Más de una vez, el hacha de Wilson tuvo que abrirse paso entre espesos matorrales de arbustos. El suelo arcilloso y húmedo cedía bajo el pie. La ruta se alargó con los mil rodeos que obstáculos infranqueables —grandes bloques de granito, barrancos profun-

dos, lagunas sospechosas— obligaban a dar. Así, hacia el atardecer, apenas se había franqueado medio grado. Se acampó al pie de los Alpes, a orillas del arroyo de Cobongra, en la linde de una pequeña llanura cubierta de arbustos de cuatro pies de altura, cuyas hojas de rojo claro alegraban la mirada.

—Lo pasaremos mal al cruzar —dijo Glenarvan mirando la cadena de montañas cuya silueta se difuminaba ya en la oscuridad del atardecer—. ¡Alpes! He aquí una denominación que da que pensar.

—Hay que rebajarla, mi querido Glenarvan —le respondió Paganel—. No crea que tiene toda una Suiza que atravesar. En Australia hay Grampianes, Pirineos, Alpes, montañas Azules, como en Europa y en América, pero en miniatura. Eso prueba sencillamente que la imaginación de los geógrafos no es infinita, o que la lengua de los nombres propios es muy pobre.

—¿Así pues, estos Alpes australianos?... —preguntó lady Helena.

—Son montañas de bolsillo —respondió Paganel—. Los cruzaremos sin darnos cuenta.

—¡Hable por sí mismo! —dijo el mayor—. Solo un hombre distraído puede atravesar una cadena de montañas sin percatarse.

—¡Distraído! —exclamó Paganel—. Pero si ya no soy distraído. Me remito a estas damas. Desde que puse el pie en el continente, ¿no he cumplido mi promesa? ¿He cometido una sola distracción? ¿Tiene alguien algún error que reprocharme?

—Ninguno, señor Paganel —dijo Mary Grant—. Es usted ahora el más perfecto de los hombres.

—¡Demasiado perfecto! —añadió riendo lady Helena—. Sus distracciones le sentaban bien.

—¿Verdad que sí, señora? —respondió Paganel—. Si ya no tengo ningún defecto, voy a convertirme en un hombre como todos los demás. Espero pues que antes de poco cometeré alguna buena pifia con la que se reirán ustedes mucho. ¿Lo ven?, cuando no me equivoco, me parece que falto a mi vocación.

Al día siguiente, 9 de enero, a pesar de las seguridades del confiado geógrafo, no fue sin grandes dificultades como la pequeña tropa se adentró por el paso de los Alpes. Hubo que ir a la aventura, internarse por desfiladeros estrechos y profundos que podían terminar en callejones sin salida.

Ayrton se habría visto muy apurado, sin duda, si, tras una hora de marcha, una posada, un miserable «tap», no se hubiera presentado inesperadamente en uno de los senderos de la montaña.

—¡Pardiez! —exclamó Paganel—. ¡El dueño de esa taberna no puede hacer fortuna en semejante lugar! ¿Para qué puede servir?

—Para darnos sobre nuestra ruta las indicaciones que necesitamos —respondió Glenarvan—. Entremos.

Glenarvan, seguido de Ayrton, cruzó el umbral de la posada. El dueño del *Bush-Inn* —así rezaba su rótulo— era un hombre basto, de rostro hosco, que debía de considerarse su principal cliente en lo tocante al gin, el brandy y el whisky de su taberna. Habitualmente no veía más que squatters de viaje o algún que otro conductor de rebaños.

Respondió con aire malhumorado a las preguntas que le fueron dirigidas. Pero sus respuestas bastaron para fijar a Ayrton en su ruta. Glenarvan agradeció con unas cuantas coronas la molestia que el tabernero se había tomado, y ya iba a abandonar la taberna cuando un cartel pegado en la pared atrajo su mirada.

Era un aviso de la policía colonial. Señalaba la evasión de los convictos de Perth y ponía precio a la cabeza de Ben Joyce. Cien libras esterlinas a quien lo entregara.

—Decididamente —dijo Glenarvan al contramaestre—, es un miserable digno de la horca.

—¡Y sobre todo de que lo cojan! —respondió Ayrton—. ¡Cien libras! Eso sí que es una suma. No las vale.

—En cuanto al tabernero —añadió Glenarvan—, no me tranquiliza demasiado, a pesar de su cartel.

—Ni a mí —respondió Ayrton.

Glenarvan y el contramaestre se reunieron con el carro. Se encaminaron hacia el punto donde termina la ruta de Lucknow. Allí serpenteaba un estrecho paso que tomaba la cadena en diagonal. Se empezó a subir.

Fue una penosa ascensión. Más de una vez, las viajeras y sus compañeros pusieron pie en tierra. Hubo que auxiliar al pesado vehículo y empujar en las ruedas, retenerlo a menudo en peligrosas pendientes, desenganchar los bueyes cuyo tiro no podía desarrollarse útilmente en los giros bruscos, calzar el carro que amenazaba con retroceder, y más de una vez Ayrton tuvo que recurrir al refuerzo de los caballos, ya fatigados de trepar ellos mismos.

Si fue esa fatiga prolongada u otra causa, lo cierto es que uno de los caballos sucumbió durante aquella jornada.

Se derrumbó de repente, sin que ningún síntoma hubiera hecho presagiar ese accidente. Era el caballo de Mulrady, y cuando este quiso levantarlo, lo encontró muerto.

Ayrton vino a examinar al animal tendido en tierra y pareció no entender nada de aquella muerte instantánea.

—Ha de ser que esta bestia —dijo Glenarvan— se ha roto algún vaso.

—Evidentemente —respondió Ayrton.

—Toma mi caballo, Mulrady —añadió Glenarvan—; yo me reuniré con lady Helena en el carro.

Mulrady obedeció, y la pequeña tropa continuó su fatigosa ascensión tras haber abandonado a los cuervos el cadáver del animal.

La cadena de los Alpes australianos es poco espesa, y su base no se extiende en una anchura de ocho millas.

Así pues, si el paso elegido por Ayrton desembocaba en el reverso oriental, cuarenta y ocho horas después podía haberse franqueado aquella alta barrera. Entonces, de obstáculos insuperables, de ruta difícil, ya no se hablaría hasta el mar.

Durante la jornada del 10, los viajeros alcanzaron el punto más alto del paso, unos dos mil pies aproximadamente. Se hallaban en una meseta despejada que dejaba la vista extenderse a lo lejos. Hacia el norte brillaban las tranquilas aguas del lago Omeo, todo salpicado de aves acuáticas, y más

allá las vastas llanuras del Murray. Al sur se desplegaban los verdejantes mantos del Gippsland, sus terrenos ricos en oro, sus altos bosques, con el aspecto de un país primitivo. Allí, la naturaleza seguía siendo dueña de sus producciones, del curso de sus aguas, de sus grandes árboles vírgenes del hacha, y los squatters, raros hasta entonces, no osaban luchar contra ella. Parecía que aquella cadena de los Alpes separara dos países distintos, uno de los cuales había conservado su salvajismo. El sol se ponía entonces, y algunos rayos, atravesando las nubes enrojecidas, avivaban los tonos del distrito de Murray. Al contrario, el Gippsland, resguardado tras el biombo de las montañas, se perdía en una vaga oscuridad, y habríase dicho que la sombra sumía en una noche prematura toda aquella región transalpina.

Aquel contraste fue vivamente sentido por espectadores situados entre esos dos países tan contrastados, y cierta emoción los embargó al contemplar aquella comarca casi desconocida que iban a atravesar hasta las fronteras victorianas.

Se acampó en la meseta misma, y al día siguiente comenzó el descenso. Fue bastante rápido. Un granizo de violencia extrema asaltó a los viajeros y los forzó a buscar abrigo bajo unas rocas. No eran granizos, sino verdaderas placas de hielo, anchas como la mano, que se precipitaban de las nubes tormentosas. Una honda no las habría lanzado con más fuerza, y algunas buenas contusiones enseñaron a Paganel y a Robert que había que ponerse a cubierto de sus golpes. El carro quedó acribillado en múltiples puntos, y pocas techumbres habrían resistido la caída de aquellos glaçons agudos, algunos de los cuales se incrustaban en el tronco de los árboles.

Hubo que esperar el final de aquella prodigiosa tormenta, so pena de ser lapidados. Fue cosa de una hora aproximadamente, y la tropa se lanzó de nuevo por las rocas en declive, todas resbaladizas todavía por los riachuelos de granizo.

Hacia el atardecer, el carro, muy sacudido, muy dislocado en diferentes partes de su armazón pero todavía sólido sobre sus discos de madera, descendía los últimos escalones de los Alpes entre grandes abetos aislados. El paso desembocaba en las llanuras del Gippsland. La cadena de los Alpes acababa de ser felizmente franqueada, y se hicieron los preparativos habituales para el campamento de la noche.

El 12, al alba, reanudación del viaje con un ardor que no desmentía. Todos tenían prisa por llegar a la meta, es decir, al océano Pacífico, al punto mismo donde naufragó el *Britannia*. Solo allí podían ser útilmente retomadas las huellas de los náufragos, y no en aquellas comarcas desiertas del Gippsland. Así pues, Ayrton apremiaba a lord Glenarvan a que despachase al *Duncan* la orden de dirigirse a la costa, a fin de tener a su disposición todos los medios de búsqueda. Era preciso, según él, aprovechar la ruta de Lucknow que conduce a Melbourne. Más tarde sería difícil, pues las comunicaciones directas con la capital faltarían absolutamente.

Aquellas recomendaciones del contramaestre parecían dignas de seguirse. Paganel aconsejaba tenerlas en cuenta. Pensaba también que la presencia del yate sería muy útil en semejante circunstancia, y añadía que ya no se podría comunicar con Melbourne una vez rebasada la ruta de Lucknow.

Glenarvan estaba indeciso, y quizá habría despachado esas órdenes reclamadas con tanto empeño por Ayrton, si el mayor no hubiese combatido aquella decisión con gran vigor. Demostró que la presencia de Ayrton era necesaria a la expedición, que a medida que se acercaran a la costa el país le sería conocido, que si el azar ponía a la caravana sobre las huellas de Harry Grant, el contramaestre estaría más capacitado que nadie para seguirlas, y que solo él podía indicar el lugar donde había naufragado el *Britannia*.

Mac Nabbs opinó pues por la continuación del viaje sin cambiar nada en su programa. Encontró un auxiliar en John Mangles, que se adhirió a su parecer. El joven capitán hizo observar incluso que las órdenes de su señoría llegarían más fácilmente al *Duncan* si eran despachadas desde la bahía Twofold que por mediación de un mensajero obligado a recorrer doscientas millas de un país salvaje. Ese partido prevaleció. Se decidió esperar para actuar la llegada a la bahía Twofold. El mayor observaba a Ayrton, que le pareció bastante decepcionado. Pero no dijo nada, y, según su costumbre, guardó sus observaciones para sí mismo.

Las llanuras que se extienden al pie de los Alpes australianos eran llanas, con una ligera inclinación hacia el este. Grandes grupos de mimosas y eucaliptos, gomeros de diversas especies, rompían aquí y allá su monótona uniformidad. El «gastrolobium grandiflorum» erizaba el suelo con sus arbustos de flores deslumbrantes. Algunos arroyuelos sin importancia, sim-

ples regatos atestados de junquillos e invadidos por las orquídeas, cortaban a menudo el camino. Se vadearon. A lo lejos huían, ante la aproximación de los viajeros, bandadas de avutardas y casuarios. Por encima de los arbustos saltaban y resaltaban los *canguros* como una tropa de marionetas elásticas. Pero los cazadores de la expedición no tenían ganas de cazar, y sus caballos no necesitaban ese exceso de fatiga.

Por lo demás, un pesado calor gravitaba sobre la comarca. Una violenta electricidad saturaba la atmósfera. Bestias y personas la padecían. Iban adelante sin buscar más. El silencio no se interrumpía sino por los gritos de Ayrton azuzando su tiro de animales, rendido de cansancio.

De mediodía a las dos, atravesaron un curioso bosque de helechos que habría excitado la admiración de gentes menos extenuadas. Estas plantas arborescentes, en plena floración, medían hasta treinta pies de altura. Caballos y jinetes pasaban con holgura bajo sus ramillas colgantes, y a veces la rodaja de una espuela resonaba al rozar el tallo leñoso.

Bajo aquellos inmóviles parasoles reinaba una frescura de la que nadie pensó quejarse. Jacques Paganel, siempre expresivo, lanzó algunos suspiros de satisfacción que hicieron alzar el vuelo a bandadas de loros y cacatúas. Fue un concierto de cotorreo ensordecedor.

El geógrafo continuaba con brío sus exclamaciones y júbilos cuando sus compañeros lo vieron de repente tambalearse sobre su caballo y desplomarse como un fardo. ¿Era algún vahído, o algo peor aún, una sofocación provocada por la elevada temperatura? Corrieron hacia él.

—¡Paganel! ¡Paganel! ¿Qué le ocurre? —exclamó Glenarvan.

—Lo que me ha pasado, querido amigo, es que ya no tengo caballo —respondió Paganel desenganchando los pies de los estribos.

—¡Cómo! ¿Su caballo?

—Muerto, fulminado, como el de Mulrady.

Glenarvan, John Mangles y Wilson examinaron el animal. Paganel no se equivocaba. Su caballo acababa de ser herido de muerte súbitamente.

—Eso es singular —dijo John Mangles.

—Muy singular, en efecto —murmuró el mayor.

Glenarvan no dejó de preocuparse por este nuevo percance. No podía reponerse de montura en aquel desierto. Ahora bien, si una epidemia atacaba a los caballos de la expedición, se encontraría en grave aprieto para continuar la marcha.

Pues bien, antes de que acabara el día, la palabra «epidemia» pareció justificarse. Un tercer caballo, el de Wilson, cayó muerto, y, circunstancia quizá más grave aún, uno de los bueyes fue igualmente fulminado. Los medios de transporte y tracción quedaron reducidos a tres bueyes y cuatro caballos.

La situación se tornó grave. Los jinetes desmontados podían, a fin de cuentas, resignarse a ir a pie. Muchos colonos lo habían hecho ya por aquellas regiones desiertas. Pero si había que abandonar el carro, ¿qué sería de las viajeras?

¿Podrían recorrer las ciento veinte millas que aún las separaban de la bahía Twofold?

John Mangles y Glenarvan, muy inquietos, examinaron los caballos supervivientes. Acaso podría prevenirse de nuevos accidentes. Hecho el reconocimiento, no se advirtió síntoma alguno de enfermedad, ni siquiera de debilidad. Aquellos animales estaban en perfecta salud y soportaban con valentía las fatigas del viaje. Glenarvan esperó, pues, que aquella singular epidemia no haría más víctimas.

Tal fue también la opinión de Ayrton, quien confesaba no entender nada de aquellas muertes fulminantes.

Se reanudó la marcha. El carro servía de vehículo a los que iban a pie, que se turnaban para descansar en él. Por la tarde, tras una jornada de solo diez millas, se dio la señal de alto, se organizó el campamento, y la noche transcurrió sin contratiempos, bajo un gran grupo de helechos arborescentes, entre los cuales revoloteaban enormes murciélagos, llamados con toda justicia zorros voladores.

La jornada del día siguiente, 13 de enero, fue buena. Los accidentes de la víspera no se repitieron. El estado sanitario de la expedición siguió siendo satisfactorio.

Caballos y bueyes cumplieron garbosamente su oficio.

El salón de lady Helena estuvo muy animado, gracias al número de visitantes que acudieron en tropel. Mr. Olbinett se afanó muy activamente en hacer circular los refrigerios que treinta grados de calor hacían necesarios. Un medio barril de *scotch-ale* pasó entero. Se declaró a Barclay and Co el más grande hombre de Gran Bretaña, incluso por delante de Wellington, que jamás fabricó cerveza tan buena. Amor propio escocés. Jacques Paganel bebió mucho y discurseó aún más *de omni re scibili*.

Una jornada que tan bien había empezado parecía deber acabar bien. Se habían recorrido quince buenas millas y atravesado diestramente un país bastante montañoso y de suelo rojizo. Todo hacía esperar que se acamparía aquella misma tarde a orillas de la Snowy, importante río que desemboca al sur de Victoria en el Pacífico. Pronto las ruedas del carro abrieron sus rodadas en amplias llanuras de aluvión negruzco, entre matas de hierba exuberante y nuevos campos de gastrolobium. Llegó la tarde, y una niebla netamente recortada en el horizonte marcó el curso de la Snowy. Unas millas más se ganaron al esfuerzo de los collares. Una arboleda de árboles altos se alzó en un recodo del camino, detrás de una modesta elevación del terreno. Ayrton guió su tiro, ya algo sobrecargado, entre los grandes troncos perdidos en la sombra, y cuando rebasaba ya el lindero del bosque, a media milla del río, el carro se hundió bruscamente hasta el cubo de las ruedas.

—¡Cuidado! —gritó a los jinetes que le seguían.

—¿Qué ocurre? —preguntó Glenarvan.

—Estamos atascados —respondió Ayrton.

Con la voz y el aguijón azuzó a los bueyes, que, hundidos hasta medio muslo, no pudieron moverse.

—Acampemos aquí —dijo John Mangles.

—Es lo mejor que se puede hacer —respondió Ayrton—. Mañana, al amanecer, veremos cómo salir de ésta.

—¡Alto! —gritó Glenarvan.

La noche había caído rápidamente tras un breve crepúsculo, pero el calor no había huido con la luz. La atmósfera albergaba vapores sofocantes.

Algunos relámpagos, deslumbrantes reflejos de una tormenta lejana, inflamaban el horizonte. Se organizó el descanso nocturno. Se arreglaron

como pudieron con el carro atascado. La oscura cúpula de los grandes árboles abrigó la tienda de los viajeros. Si la lluvia no se mezclaba, estaban decididos a no quejarse.

Ayrton logró, no sin esfuerzo, sacar sus tres bueyes del terreno movedizo. Las valientes bestias lo tenían hasta los flancos. El contramaestre los encerró junto a los cuatro caballos, y no dejó a nadie el cuidado de elegir su forraje. Este servicio lo prestaba, por lo demás, con inteligencia, y aquella tarde Glenarvan observó que sus atenciones redoblaron; de lo cual le dio las gracias, pues la conservación del tiro era de interés capital.

Entre tanto, los viajeros tomaron parte en una cena bastante frugal. El cansancio y el calor mataban el apetito, y necesitaban no tanto comida como reposo. Lady Helena y miss Grant, después de dar las buenas noches a sus compañeros, se retiraron al lecho habitual. En cuanto a los hombres, unos se deslizaron bajo la tienda; otros, por gusto, se tendieron sobre la hierba espesa al pie de los árboles, lo cual no entraña inconveniente alguno en estos países saludables.

Poco a poco, todos cayeron en un sueño pesado.

La oscuridad redoblaba bajo un velo de gruesos nubarrones que invadían el cielo. No había una sola bocanada de viento en la atmósfera. El silencio de la noche no se interrumpía sino por los ululatos del «morepork», que daba la tercera menor con una sorprendente exactitud, como los tristes cucos de Europa.

Hacia las once, tras un mal sueño, pesado y fatigoso, el mayor se despertó. Sus ojos, entreabiertos, fueron heridos por una vaga luminosidad que corría bajo los grandes árboles. Parecía una sábana blanquecina, brillante como el agua de un lago, y Mac Nabbs creyó al principio que los primeros destellos de un incendio se propagaban por el suelo.

Se levantó y caminó hacia el bosque. Su sorpresa fue grande cuando se halló ante un fenómeno puramente natural. Ante sus ojos se extendía un inmenso tapiz de hongos que emitían fosforescencias. Las esporas luminosas de aquellos criptógamos irradiaban en la sombra con cierta intensidad.

El mayor, que no era nada egoísta, iba a despertar a Paganel para que el sabio constatase aquel fenómeno con sus propios ojos, cuando un incidente lo detuvo.

La claridad fosforescente iluminaba el bosque durante el espacio de media milla, y Mac Nabbs creyó ver pasar rápidamente unas sombras por el borde iluminado.

¿Le engañaban los ojos? ¿Era juguete de una alucinación?

Mac Nabbs se tendió en tierra, y tras una rigurosa observación, distinguió claramente a varios hombres que, agachándose y levantándose alternativamente, parecían buscar en el suelo huellas aún frescas.

Hacía falta saber qué querían aquellos hombres.

El mayor no vaciló, y sin dar la alarma a sus compañeros, arrastrándose por el suelo como un salvaje de las praderas, desapareció entre la hierba alta.

Capítulo XIX. Un golpe de teatro

Fue una noche horrible. A las dos de la madrugada comenzó a caer la lluvia, una lluvia torrencial que los nubarrones tormentosos derramaron hasta el amanecer. La tienda resultó un abrigo insuficiente. Glenarvan y sus compañeros se refugiaron en el carro. No se durmió. Se habló de unas cosas y otras. Solo el mayor, cuya breve ausencia nadie había advertido, se contentó con escuchar sin decir una palabra. El terrible aguacero no cesaba. Cabía temer que provocase el desbordamiento de la Snowy, del que el carro, atascado en un suelo blando, habría salido muy mal parado. Así, más de una vez, Mulrady, Ayrton y John Mangles fueron a examinar el nivel de las aguas corrientes y regresaron empapados de pies a cabeza.

Por fin apareció el día. La lluvia cesó, pero los rayos del sol no pudieron atravesar la espesa capa de nubes. Grandes charcos de agua amarillenta, verdaderos estanques turbios y cenagosos, ensuciaban el suelo.

Un vaho cálido transpiraba a través de aquellos terrenos empapados y saturaba la atmósfera de una humedad malsana.

Glenarvan se ocupó ante todo del carro. Era lo esencial a sus ojos. Se examinó el pesado vehículo.

Se hallaba atascado en medio de una vasta depresión del terreno, en una arcilla tenaz. El tren delantero casi desaparecía por entero, y el trasero hasta el cubo del eje. Costaría trabajo sacar aquella pesada máquina, y no bastarían todas las fuerzas reunidas de hombres, bueyes y caballos.

—En todo caso, hay que darse prisa —dijo John Mangles—. Esta arcilla, al secarse, hará la operación más difícil.

—Demos prisa —respondió Ayrton.

Glenarvan, sus dos marineros, John Mangles y Ayrton se adentraron en el bosque donde los animales habían pasado la noche.

Era un alto bosque de gomeros de aspecto siniestro. Solo árboles muertos, ampliamente espaciados, descortezados desde hacía siglos, o más bien desollados como los alcornoques en el momento de la recolección. Llevaban a doscientos pies en el aire el magro entramado de sus ramas desnudas.

Ni un pájaro anidaba en aquellos esqueletos aéreos; ni una hoja temblaba en aquel ramaje seco y crujiente como un revoltijo de huesos. ¿A qué cataclismo atribuir aquel fenómeno, bastante frecuente en Australia, de bosques enteros fulminados por una muerte epidémica? No se sabe. Ni los indígenas más viejos, ni sus antepasados, sepultados hace tiempo en las arboledas de la muerte, los han visto verdecer.

Glenarvan, mientras caminaba, miraba el cielo gris sobre el que se perfilaban nítidamente las más pequeñas ramillas de los gomeros como finas siluetas recortadas.

Ayrton se extrañaba de no encontrar ya los caballos y los bueyes en el lugar donde los había llevado.

Sin embargo, aquellas bestias trabadas no podían ir lejos.

Se las buscó en el bosque, pero sin encontrarlas.

Ayrton, sorprendido, se dirigió entonces hacia el lado del río Snowy, bordeado de magníficas mimosas. Hacía oír el grito bien conocido de su tiro, que no respondía. El contramaestre parecía muy inquieto, y sus compañeros se miraban con aire de contrariedad.

Se pasó una hora en vanas búsquedas, y Glenarvan estaba a punto de regresar al carro, a una buena milla de distancia, cuando un relincho llegó a su oído.

Un mugido se hizo escuchar casi a continuación.

—¡Están ahí! —exclamó John Mangles, deslizándose entre los altos matorrales de gastrolobium, que eran lo bastante altos para ocultar un rebaño.

Glenarvan, Mulrady y Ayrton se lanzaron tras sus pasos y compartieron pronto su estupefacción.

Dos bueyes y tres caballos yacían en el suelo, fulminados como los demás. Sus cadáveres ya estaban fríos, y una banda de flacos cuervos, grazñando en las mimosas, acechaba aquella presa inesperada. Glenarvan y los suyos se miraron unos a otros, y Wilson no pudo contener un juramento que se le subió a la garganta.

—¿Qué quieres, Wilson? —dijo lord Glenarvan, conteniéndose a duras penas—. No podemos hacer nada. Ayrton, lleve el buey y el caballo que quedan. Habrán de sacarnos del apuro.

—Si el carro no estuviese atascado —respondió John Mangles—, esas dos bestias, marchando a jornadas cortas, bastarían para conducirlo a la costa. Hay que desatascar a toda costa ese maldito vehículo.

—Lo intentaremos, John —respondió Glenarvan—. Volvamos al campamento, donde deben de estar inquietos por nuestra prolongada ausencia.

Ayrton quitó las trabas al buey, Mulrady las del caballo, y se regresó siguiendo las sinuosas orillas del río. Media hora después, Paganel y Mac Nabbs, lady Helena y miss Grant supieron a qué atenerse.

—¡Caramba! —no pudo evitar decir el mayor—. Es una lástima, Ayrton, que no haya tenido que herrar a todas nuestras bestias en el paso del Wimerra.

—¿Por qué, señor? —preguntó Ayrton.

—Porque de todos nuestros caballos, el que puso en manos de su herrador, ese solo ha escapado al destino común.

—Es verdad —dijo John Mangles—, y vaya un singular azar.

—Un azar, y nada más —respondió el contramaestre, mirando fijamente al mayor.

Mac Nabbs apretó los labios, como si hubiera querido retener palabras a punto de escapársele. Glenarvan, Mangles y lady Helena parecían esperar que completase su pensamiento, pero el mayor calló y se dirigió hacia el carro que Ayrton examinaba.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Glenarvan a John Mangles.

—No lo sé —respondió el joven capitán—. Sin embargo, el mayor no es hombre de hablar sin razón.

—No, John —dijo lady Helena—. Mac Nabbs debe de tener sospechas con respecto a Ayrton.

—¿Sospechas? —intervino Paganel encogiéndose de hombros.

—¿Cuáles? —respondió Glenarvan—. ¿Lo supone capaz de haber matado nuestros caballos y nuestros bueyes? ¿Pero con qué fin? ¿Acaso el interés de Ayrton no es idéntico al nuestro?

—Tiene usted razón, querido Edward —dijo lady Helena—, y añadiré que el contramaestre nos ha dado desde el comienzo del viaje incontestables pruebas de devoción.

—Sin duda —respondió John Mangles—. Pero entonces, ¿qué significa la observación del mayor?

—¿Lo cree pues de acuerdo con esos convictos? —exclamó Paganel imprudentemente.

—¿Qué convictos? —preguntó miss Grant.

—El señor Paganel se equivoca —respondió vivamente John Mangles—. Bien sabe que no hay convictos en la provincia de Victoria.

—¡Eh, pues es verdad, pardiez! —replicó Paganel, que habría querido retirar sus palabras—. ¿Dónde demonios tenía la cabeza? ¿Quién ha oído hablar jamás de convictos en Australia? Por lo demás, apenas desembarcados, se convierten en gentes muy honradas. ¡El clima! ¡Miss Mary, el clima moralizador...!

El pobre sabio, queriendo reparar su metedura de pata, hacía como el carro: se atascaba. Lady Helena lo miraba, lo que le quitaba toda su sangre fría. Pero sin querer embarazarlo más, se llevó a miss Mary hacia la tienda, donde Mr. Olbinett se ocupaba de preparar el almuerzo con arreglo a todas las reglas del arte.

—Soy yo quien merecería ser deportado —dijo Paganel lastimosamente.

—Eso creo —respondió Glenarvan.

Y a esta respuesta hecha con una seriedad que aplastó al digno geógrafo, Glenarvan y John Mangles se dirigieron hacia el carro.

En ese momento, Ayrton y los dos marineros trabajaban para arrancarlo de su vasto rodal. El buey y el caballo, uncidos uno al lado del otro, tiraban con toda la fuerza de sus músculos; los tirantes estaban tensos hasta el punto de romperse, los collares amenazaban con ceder al esfuerzo. Wilson y Mulrady empujaban las ruedas, mientras que, con la voz y el aguijón, el contramaestre azuzaba al tiro disparejo. El pesado vehículo no se movía. La arcilla, ya seca, lo retenía como si hubiera sido sellado en cemento hidráulico.

John Mangles hizo regar la arcilla para volverla menos tenaz. En vano. El carro mantuvo su inmovilidad. Tras nuevos esfuerzos vigorosos, hombres y bestias se detuvieron. A menos de desmontar la máquina pieza a pieza, había que renunciar a sacarlo del barrizal. Pero las herramientas faltaban, y no era posible emprender semejante trabajo.

Sin embargo, Ayrton, que quería vencer a toda costa aquel obstáculo, iba a intentar nuevos esfuerzos, cuando lord Glenarvan lo detuvo.

—Basta, Ayrton, basta —dijo—. Hay que cuidar el buey y el caballo que nos quedan. Si debemos continuar a pie nuestra marcha, uno llevará a las dos viajeras, el otro nuestras provisiones. Pueden, pues, prestar todavía útiles servicios.

—Bien, *mylord* —respondió el contramaestre desunciendo sus bestias agotadas.

—Ahora, amigos míos —añadió Glenarvan—, volvamos al campamento, deliberemos, examinemos la situación, veamos de qué lado están las buenas y las malas posibilidades, y tomemos una decisión.

Pocos instantes después, los viajeros se reponían de su mala noche con un almuerzo pasable, y la discusión quedaba abierta. Todos fueron invitados a dar su opinión.

En primer lugar, había que establecer la posición del campamento de manera sumamente precisa. Paganel, encargado de esta tarea, la realizó con el rigor requerido.

Según él, la expedición se hallaba detenida sobre el paralelo treinta y siete, a los 147°53' de longitud, a orillas del río Snowy.

—¿Cuál es el rumbo exacto de la costa hasta la bahía Twofold? —preguntó Glenarvan.

—Ciento cincuenta grados —respondió Paganel.

—¿Y esos dos grados y siete minutos equivalen a...?

—Setenta y cinco millas.

—¿Y Melbourne está...?

—A doscientas millas por lo menos.

—Bien. Determinada así nuestra posición —dijo Glenarvan—, ¿qué conviene hacer?

La respuesta fue unánime: ir a la costa sin tardanza.

Lady Helena y Mary Grant se comprometían a hacer cinco millas por día. Las valerosas mujeres no se arredraban ante la perspectiva de recorrer a pie, si fuera preciso, la distancia que separaba el río Snowy de la bahía Twofold.

—Es usted la valerosa compañera del viajero, querida Helena —dijo lord Glenarvan—. ¿Pero estamos seguros de encontrar en la bahía los recursos que necesitaremos al llegar?

—Sin la menor duda —respondió Paganel—. Eden es un municipio que lleva ya muchos años de existencia. Su puerto debe mantener relaciones frecuentes con Melbourne. Supongo incluso que a treinta y cinco millas de aquí, en la parroquia de Delegete, en la frontera victoriana, podremos reabastecer la expedición y encontrar medios de transporte.

—¿Y el *Duncan*? —preguntó Ayrton—. ¿No juzgáis oportuno, *mylord*, llamarlo a la bahía?

—¿Qué opinais vos, John? —preguntó Glenarvan.

—No creo que vuestra señoría deba precipitarse en ese asunto —respondió el joven capitán, tras reflexionar—. Siempre habrá tiempo de dar vuestras órdenes a Tom Austin y de llamarlo a la costa.

—Es de toda evidencia —añadió Paganel.

—Tened en cuenta —prosiguió John Mangles— que en cuatro o cinco días estaremos en Eden.

—¡Cuatro o cinco días! —repitió Ayrton meneando la cabeza—. Poned quince o veinte, capitán, si no queréis lamentar más tarde vuestro error.

—¡Quince o veinte días para hacer setenta y cinco millas! —exclamó Glenarvan.

—Por lo menos, *mylord*. Vais a atravesar la parte más difícil de Victoria, un desierto donde todo falta, según dicen los colonos: llanuras de malezas sin camino trillado, en las que no han podido establecerse las estancias. Habrá que marchar hacha o antorcha en mano, y creedme, no iréis deprisa.

Ayrton había hablado con tono firme. Paganel, sobre quien se posaron miradas interrogadoras, aprobó con un gesto de cabeza las palabras del contramaestre.

—Acepto estas dificultades —prosiguió entonces John Mangles—. Pues bien, en quince días, vuestra señoría despachará sus órdenes al *Duncan*.

—Añadiré —prosiguió entonces Ayrton— que los principales obstáculos no vendrán de los apuros del camino. Habrá que cruzar la Snowy, y muy probablemente esperar la bajada de las aguas.

—¡Esperar! —exclamó el joven capitán—. ¿No puede encontrarse un vado?

—No lo creo —respondió Ayrton—. Esta mañana busqué un paso practicable, pero en vano. Rara vez se encuentra un río tan torrencioso en esta época, y es una fatalidad contra la que nada puedo.

—¿Es pues ancho este río Snowy? —preguntó lady Glenarvan.

—Ancho y profundo, señora —respondió Ayrton—. Ancho de una milla, con una corriente impetuosa. Un buen nadador no lo cruzaría sin peligro.

—¡Pues construyamos una canoa! —exclamó Robert, que no dudaba de nada—. Se tala un árbol, se ahúeca, uno se embarca, ¡y asunto concluido!

—¿Qué opinais, Ayrton? —preguntó Glenarvan.

—Opino, *mylord*, que en un mes, si no llega algún socorro, seguiremos retenidos a orillas de la Snowy.

—En fin, ¿tenéis algún plan mejor? —preguntó John Mangles con cierta impaciencia.

—Sí, si el *Duncan* sale de Melbourne y se reúne con la costa este.

—¡Ah, siempre el *Duncan*! ¿Y en qué nos facilitará su presencia en la bahía los medios de llegar allí?

Ayrton reflexionó durante algunos instantes antes de responder, y dijo de manera bastante evasiva:

—No quiero imponer mis opiniones. Lo que hago es en interés de todos, y estoy dispuesto a partir en cuanto vuestra señoría dé la señal de marcha.

Luego cruzó los brazos.

—Eso no es responder, Ayrton —prosiguió Glenarvan—. Denos a conocer su plan, y lo discutiremos. ¿Qué propone usted?

Ayrton, con voz tranquila y segura, se expresó en estos términos:

—Propongo no aventurarnos más allá de la Snowy en el estado de privación en que nos hallamos. Es aquí mismo donde hay que esperar socorros, y esos socorros solo pueden venir del *Duncan*. Acampemos en este lugar, donde las provisiones no escasean, y que uno de nosotros lleve a Tom Austin la orden de reunirse con la bahía Twofold.

Cierto asombro acogió esta propuesta inesperada, contra la cual John Mangles no disimulaba su antipatía.

—Entre tanto —prosiguió Ayrton—, o bien las aguas de la Snowy bajarán, lo que permitirá encontrar un vado practicable, o bien habrá que recurrir a la canoa, y tendremos tiempo de construirla. Ese es, *mylord*, el plan que someto a vuestra aprobación.

—Bien, Ayrton —respondió Glenarvan—. Su idea merece tomarse en seria consideración. Su mayor defecto es ocasionar un retraso, pero evita serias fatigas y quizá peligros reales. ¿Qué pensáis, amigos míos?

—Hable, querido Mac Nabbs —dijo entonces lady Helena—. Desde el comienzo de la discusión se ha contentado usted con escuchar, y es muy avaro de palabras.

—Puesto que me pide usted mi opinión —respondió el mayor—, se la daré con toda franqueza. Ayrton me parece haber hablado como hombre sensato y prudente, y me adhiero a su propuesta.

No se esperaba en absoluto esta respuesta, pues hasta entonces Mac Nabbs había combatido siempre las ideas de Ayrton al respecto. Así pues, Ayrton, sorprendido, lanzó una rápida mirada al mayor. Sin embargo, Paganel, lady Helena y los marineros estaban muy dispuestos a apoyar el proyecto del contramaestre. No dudaron más tras las palabras de Mac Nabbs.

Glenarvan declaró, pues, adoptado en principio el plan de Ayrton.

—¿Y ahora, John —añadió—, no creéis que la prudencia ordena obrar así, y acampar a orillas del río a la espera de medios de transporte?

—Sí —respondió John Mangles—, siempre y cuando nuestro mensajero logre cruzar la Snowy, que nosotros mismos no podemos cruzar.

Se miró al contramaestre, que sonrió como hombre seguro de sí mismo.

—El mensajero no cruzará el río —dijo.

—¡Ah! —hizo John Mangles.

—Irá sencillamente a tomar la ruta de Luknow, que lo llevará directamente a Melbourne.

—¡Doscientas cincuenta millas a pie! —exclamó el joven capitán.

—A caballo —replicó Ayrton—. Queda un caballo en buen estado. Será cosa de cuatro días. Añadid dos días para la travesía del *Duncan* hasta la bahía, veinticuatro horas para regresar al campamento, y en una semana el mensajero habrá regresado con los hombres de la tripulación.

El mayor aprobaba con un gesto de cabeza las palabras de Ayrton, lo que no dejaba de excitar el asombro de John Mangles. Pero la propuesta del contramaestre había reunido todos los sufragios, y no quedaba sino ejecutar este plan, verdaderamente bien concebido.

—Ahora, amigos míos —dijo Glenarvan—, queda elegir nuestro mensajero. Tendrá una misión penosa y peligrosa, no quiero disimularlo. ¿Quién se sacrificará por sus compañeros e irá a llevar nuestras instrucciones a Melbourne?

Wilson, Mulrady, John Mangles, Paganel y el propio Robert se ofrecieron inmediatamente. John insistía de modo muy especial en que se le confiase

aquella misión. Pero Ayrton, que aún no se había pronunciado, tomó la palabra y dijo:

—Si place a vuestra señoría, seré yo quien parta, *mylord*. Estoy habituado a estas comarcas. Muchas veces he recorrido regiones más difíciles. Puedo salir airoso donde otro se quedaría atascado. Reclamo, pues, en interés común ese derecho a dirigirme a Melbourne. Una palabra me acreditará ante vuestro segundo, y en seis días me comprometo a traer el *Duncan* a la bahía Twofold.

—Bien dicho —respondió Glenarvan—. Sois un hombre inteligente y valiente, Ayrton, y lo lograréis.

El contramaestre era evidentemente más apto que nadie para cumplir aquella difícil misión. Todos lo comprendieron y se retiraron. John Mangles formuló una última objeción, diciendo que la presencia de Ayrton era necesaria para encontrar las huellas del *Britannia* o de Harry Grant. Pero el mayor hizo observar que la expedición permanecería acampada a orillas de la Snowy hasta el regreso de Ayrton, que no se trataba de reanudar sin él aquellas importantes pesquisas, y que por consiguiente su ausencia no perjudicaría en modo alguno los intereses del capitán.

—Pues bien, partid, Ayrton —dijo Glenarvan—. Dad prisa, y volved por Eden a nuestro campamento de la Snowy.

Un destello de satisfacción brilló en los ojos del contramaestre. Volvió la cabeza, pero, por mucho que se apresurase en volverla, John Mangles había sorprendido aquel destello; John, por instinto y no de otra manera, sentía crecer sus desconfianzas hacia Ayrton.

El contramaestre hizo, pues, sus preparativos de partida ayudado por los dos marineros, uno de los cuales se ocupó de su caballo, y el otro de sus provisiones. Entre tanto, Glenarvan escribía la carta destinada a Tom Austin.

Ordenaba al segundo del *Duncan* que se dirigiese sin demora a la bahía Twofold. Le recomendaba al contramaestre como hombre en quien podía depositar toda su confianza. Tom Austin, una vez llegado a la costa, debía poner un destacamento de los marineros del yate bajo las órdenes de Ayrton...

Glenarvan estaba en este pasaje de su carta cuando Mac Nabbs, que lo seguía con los ojos, le preguntó en tono singular cómo escribía el nombre de Ayrton.

—Pues como se pronuncia —respondió Glenarvan.

—Es un error —repuso tranquilamente el mayor—. Se pronuncia Ayrton, pero ¡se escribe Ben Joyce!

Capítulo XX. ¡Tierra! ¡Zelanda!

La revelación de aquel nombre de Ben Joyce produjo el efecto de un rayo. Ayrton se había incorporado bruscamente. Su mano empuñaba un revólver. Se oyó una detonación. Glenarvan cayó herido por una bala. Afuera resonaron disparos de fusil.

John Mangles y los marineros, sorprendidos en un primer momento, quisieron abalanzarse sobre Ben Joyce; pero el audaz convicto había desaparecido ya y se había reunido con su banda diseminada por el lindero del bosque de gomeros.

La tienda no ofrecía abrigo suficiente contra las balas. Había que retroceder. Glenarvan, levemente alcanzado, se había puesto en pie.

—¡Al carro! ¡Al carro! —gritó John Mangles, y arrastró a lady Helena y Mary Grant, que pronto estuvieron a salvo detrás de los gruesos tableros laterales.

Allí, John, el mayor, Paganel y los marineros tomaron sus carabinas y se mantuvieron dispuestos a responder al fuego de los convictos. Glenarvan y Robert se habían reunido con las viajeras, mientras Olbinett acudía a la defensa común.

Todos estos sucesos se habían desarrollado con la rapidez del rayo. John Mangles observaba atentamente el lindero del bosque. Las detonaciones habían cesado de golpe a la llegada de Ben Joyce. Un profundo silencio sucedía a la ruidosa fusilería. Algunas volutas de vapor blanco se retorcían todavía entre las ramas de los gomeros. Los altos matorrales de gastrolobium permanecían inmóviles. Todo indicio de ataque había desaparecido.

El mayor y John Mangles emprendieron un reconocimiento hasta los grandes árboles. El lugar estaba abandonado. Se veían numerosas huellas de pisadas, y algunas cebas medio quemadas humeaban en el suelo. El mayor, como hombre prudente, las apagó, pues bastaba una chispa para encender un incendio formidable en aquel bosque de árboles secos.

—Los convictos han desaparecido —dijo John Mangles.

—Sí —respondió el mayor—, y esa desaparición me inquieta. Preferiría verlos cara a cara. Más vale un tigre en la llanura que una serpiente entre la hierba. Batamos estos matorrales alrededor del carro.

El mayor y John registraron el campo circundante. Desde el lindero del bosque hasta las orillas de la Snowy, no encontraron ni un solo convicto. La banda de Ben Joyce parecía haberse esfumado como una tropa de pájaros maléficos. Aquella desaparición era demasiado singular para que dejase una seguridad completa. Por eso se resolvió mantenerse sobre aviso. El carro, verdadera fortaleza atascada, se convirtió en el centro del campamento, y dos hombres, relevándose de hora en hora, montaron buena guardia.

El primer cuidado de lady Helena y Mary Grant había sido curar la herida de Glenarvan. En el momento en que su marido cayó bajo la bala de Ben Joyce, lady Helena, aterrorizada, se había precipitado hacia él. Luego, dominando su angustia, aquella mujer valerosa había conducido a Glenarvan al carro. Allí se descubrió el hombro del herido, y el mayor reconoció que la bala, desgarrando las carnes, no había producido lesión interna alguna. Ni el hueso ni los músculos le parecieron afectados. La herida sangraba mucho, pero Glenarvan, moviendo los dedos del antebrazo, tranquilizó él mismo a sus amigos acerca de las consecuencias del golpe. Una vez vendado, no quiso que se ocupasen más de él, y se pasó a las explicaciones.

Los viajeros, a excepción de Mulrady y Wilson que montaban guardia en el exterior, se habían acomodado como pudieron en el carro. Se invitó al mayor a hablar.

Antes de comenzar su relato, puso a lady Helena al corriente de lo que ella ignoraba, es decir, la evasión de una banda de presidiarios de Perth, su aparición en las comarcas de Victoria, su complicidad en la catástrofe del ferrocarril. Le entregó el número de la *Australian and New Zealand Gazette* comprado en Seymour, y añadió que la policía había puesto precio a la

cabeza de ese Ben Joyce, temible bandido cuya funesta celebridad se había labrado en dieciocho meses de crímenes.

¿Pero cómo había reconocido Mac Nabbs a ese Ben Joyce en el contramaestre Ayrton? Ahí estaba el misterio que todos querían esclarecer, y el mayor se explicó.

Desde el día en que se habían cruzado, Mac Nabbs, por instinto, desconfiaba de Ayrton. Dos o tres hechos casi insignificantes —una mirada intercambiada entre el contramaestre y el herrero junto al río Wimerra, la vacilación de Ayrton a la hora de atravesar ciudades y aldeas, su insistencia en llamar al *Duncan* a la costa, la extraña muerte de los animales a su cargo, y en fin, cierta falta de franqueza en su actitud—, todos esos detalles, agrupados poco a poco, habían despertado las sospechas del mayor.

Sin embargo, no habría podido formular una acusación directa de no ser por los acontecimientos ocurridos la noche anterior.

Mac Nabbs, deslizándose entre los altos matorrales, se acercó a las sombras sospechosas que acababan de atraer su atención a media milla del campamento. Las plantas fosforescentes derramaban pálidos destellos en la oscuridad.

Tres hombres examinaban huellas en el suelo, pisadas recientes, y entre ellos Mac Nabbs reconoció al herrero de Black-Point. «Son ellos», decía uno. «Sí», respondía otro, «aquí está el trébol de las herraduras.» «Lo mismo desde la Wimerra.» «Todos los caballos han muerto.» «El veneno no anda lejos.» «Aquí hay con qué dejar sin caballos a una caballería entera. ¡Qué planta tan útil ese gastrolobio!»

«Luego se callaron», prosiguió Mac Nabbs, «y se alejaron. Aún no sabía lo suficiente. Les seguí. Pronto reanudaron la conversación: "Un hombre listo, ese Ben Joyce", dijo el herrero, "¡menudo contramaestre, con su invento del naufragio! Si su plan sale bien, ¡menudo golpe de fortuna! ¡Maldito Ayrton!" "Llámale Ben Joyce, que bien se ha ganado el nombre."» En ese momento, aquellos bribones salieron del bosque de gomeros. Ya sabía lo que quería saber, y regresé al campamento con la certeza de que no todos los presidiarios se regeneran en Australia, ¡con perdón de Paganel!»

El mayor calló.

Sus compañeros, en silencio, reflexionaban.

—Así pues —dijo Glenarvan, cuya cólera le palideció el rostro—, ¡Ayrton nos ha arrastrado hasta aquí para robarnos y asesinarnos!

—Sí —respondió el mayor.

—¿Y desde la Wimerra, su banda sigue nuestras huellas y nos espía, aguardando una ocasión favorable?

—Sí.

—¿Pero ese miserable no es marinero del *Britannia*? ¿Ha robado, pues, el nombre de Ayrton, ha robado su contrato a bordo?

Las miradas se volvieron hacia Mac Nabbs, que debía de haberse planteado esas preguntas a sí mismo.

—He aquí —respondió él con su voz siempre tranquila— las certezas que pueden extraerse de esta oscura situación. En mi opinión, ese hombre se llama realmente Ayrton. Ben Joyce es su nombre de guerra. Es incuestionable que conoce a Harry Grant y que fue contramaestre a bordo del *Britannia*. Estos hechos, ya probados por los detalles precisos que nos dio Ayrton, quedan además corroborados por las palabras de los presidiarios que os he referido. No nos extraviemos, pues, en vanas hipótesis, y tengamos por cierto que Ben Joyce es Ayrton, como Ayrton es Ben Joyce, es decir, un marinero del *Britannia* convertido en jefe de una banda de presidiarios.

Las explicaciones de Mac Nabbs fueron aceptadas sin discusión.

—Ahora bien —respondió Glenarvan—, ¿podríais decirme cómo y por qué el contramaestre de Harry Grant se encuentra en Australia?

—¿Cómo? Lo ignoro —respondió Mac Nabbs—, y la policía declara no saber más que yo al respecto. ¿Por qué? Me es imposible decirlo.

Hay ahí un misterio que el porvenir explicará.

—La policía desconoce incluso esa identidad entre Ayrton y Ben Joyce —dijo John Mangles.

—Tenéis razón, John —respondió el mayor—, y semejante particularidad podría orientar sus pesquisas.

—Así pues —dijo lady Helena—, ¿ese desgraciado se había introducido en la granja de Paddy O'Moore con una intención criminal?

—No cabe duda —respondió Mac Nabbs—. Preparaba alguna mala jugada contra el irlandés cuando se le presentó una ocasión mejor. El azar nos puso frente a él. Oyó el relato de Glenarvan, la historia del naufragio, y, como hombre audaz, se decidió sin demora a sacar partido de ello. La expedición quedó resuelta. En la Wimerra se puso en contacto con uno de los suyos, el herrero de Black-Point, y dejó rastros reconocibles de nuestro paso. Su banda nos siguió. Una planta venenosa le permitió matar poco a poco nuestros bueyes y nuestros caballos. Luego, llegado el momento, nos hizo atascar en los pantanos de la Snowy y nos entregó a los presidiarios que manda.

Todo estaba dicho sobre Ben Joyce. Su pasado acababa de ser reconstituido por el mayor, y el miserable aparecía tal como era: un audaz y temible criminal. Sus intenciones, claramente demostradas, exigían de parte de Glenarvan una vigilancia extrema. Por fortuna, había menos que temer del bandido desenmascarado que del traidor.

Pero de esta situación claramente elucidada surgía una consecuencia grave. Nadie había caído todavía en ello. Solo Mary Grant, dejando que los demás discutieran ese pasado, miraba hacia el futuro. John Mangles fue el primero en verla así, pálida y desesperada. Comprendió lo que se agitaba en su espíritu.

—¡Miss Mary! ¡Miss Mary! —exclamó—. ¡Estáis llorando!

—¿Lloras, criatura? —dijo lady Helena.

—¡Mi padre! Señora, ¡mi padre! —respondió la joven.

No pudo continuar. Pero una revelación súbita se produjo en el espíritu de todos. Se comprendió el dolor de miss Mary, por qué las lágrimas caían de sus ojos, por qué el nombre de su padre subía de su corazón a sus labios.

El descubrimiento de la traición de Ayrton destruía toda esperanza. El presidiario, para arrastrar a Glenarvan, había fingido un naufragio. En la conversación sorprendida por Mac Nabbs, los presidiarios lo habían dicho con toda claridad. ¡Jamás el *Britannia* había venido a estrellarse contra los escollos de Twofold Bay! ¡Jamás Harry Grant había puesto el pie en el continente australiano!

Por segunda vez, la errónea interpretación del documento acababa de llevar por una pista falsa a los buscadores del *Britannia*.

Todos, ante esa situación, ante el dolor de los dos hijos, guardaron un sombrío silencio. ¿Quién habría encontrado aún algunas palabras de esperanza? Robert lloraba en brazos de su hermana. Paganel murmuraba con voz despechada:

—¡Ah, maldito documento! ¡Bien puedes vanagloriarte de haber sometido el cerebro de una docena de valientes a una dura prueba!

Y el digno geógrafo, verdaderamente furioso consigo mismo, se golpeaba la frente como si quisiera demolérsela.

Mientras tanto, Glenarvan se reunió con Mulrady y Wilson, encargados de la guardia exterior. Un profundo silencio reinaba en aquella llanura comprendida entre el lindero del bosque y el río. Los grandes nubes inmóviles se aplastaban sobre la bóveda del cielo. En medio de aquella atmósfera sumida en un letargo profundo, el menor ruido se habría transmitido con nitidez, y nada se oía. Ben Joyce y su banda debían de haberse replegado a una distancia bastante considerable, pues las bandadas de pájaros que revoloteaban entre las ramas bajas de los árboles, algunos *canguros* que pacían tranquilamente los brotes tiernos, una pareja de euros cuyas cabezas confiadas asomaban entre los grandes matorrales, demostraban que la presencia del hombre no perturbaba aquellas apacibles soledades.

—Desde hace una hora —preguntaba Glenarvan a sus dos marineros—, ¿no habéis visto ni oído nada?

—Nada, señoría —respondió Wilson—. Los presidiarios deben de estar a varias millas de aquí.

—Es que no habrán tenido fuerzas suficientes para atacarnos —añadió Mulrady—. Ese Ben Joyce habrá querido reclutar a algunos bandidos de su calaña entre los *bushrangers* que merodean por el pie de los Alpes.

—Es probable, Mulrady —respondió Glenarvan—. Esos bribones son unos cobardes. Saben que estamos armados y bien armados. Quizá aguarden la noche para comenzar el ataque. Habrá que redoblar la vigilancia al caer el día. ¡Ah, si pudiéramos abandonar esta llanura pantanosa y proseguir nuestra marcha hacia la costa! Pero las aguas crecidas del río nos

cortan el paso. ¡Pagaría su peso en oro una balsa que nos transportara a la otra orilla!

—¿Por qué, señoría —dijo Wilson—, no nos da la orden de construir esa balsa? La madera no falta.

—No, Wilson —respondió Glenarvan—. Esta Snowy no es un río; es un torrente infranqueable.

En ese momento, John Mangles, el mayor y Paganel se reunieron con Glenarvan. Venían precisamente de examinar la Snowy. Las aguas, crecidas por las últimas lluvias, habían subido otro pie por encima de su nivel habitual. Formaban una corriente torrencial comparable a los rápidos de América. Imposible aventurarse sobre aquellas láminas rugientes y aquellas impetuosas avalanchas, quebradas en mil remolinos que abrían abismos.

John Mangles declaró el paso impracticable.

—Pero —añadió—, no hay que quedarse aquí sin intentar nada. Lo que se quería hacer antes de la traición de Ayrton es aún más necesario después.

—¿Qué dices, John? —preguntó Glenarvan.

—Digo que los socorros son urgentes, y puesto que no se puede ir a Twofold Bay, hay que ir a Melbourne. Nos queda un caballo. Dádmelo, milord, e iré a Melbourne.

—Pero es una tentativa peligrosa, John —dijo Glenarvan—. Sin hablar de los peligros de ese viaje de doscientas millas por un país desconocido, los caminos y la ruta deben de estar vigilados por los cómplices de Ben Joyce.

—Lo sé, milord, pero sé también que la situación no puede prolongarse. Ayrton no pedía más que ocho días de ausencia para traer a los hombres del *Duncan*. Yo quiero estar de vuelta en seis días a orillas de la Snowy. Pues bien, ¿qué ordena vuestra señoría?

—Antes de que Glenarvan se pronuncie —dijo Paganel—, debo hacer una observación. Que se vaya a Melbourne, sí; pero que esos peligros los corra John Mangles, no. Es el capitán del *Duncan*, y como tal no puede exponerse. Iré yo en su lugar.

—Bien dicho —respondió el mayor—. ¿Y por qué habríais de ser vos, Paganel?

—¿Acaso no estamos aquí? —exclamaron Mulrady y Wilson.

—¿Y creéis —retomó Mac Nabbs— que yo me asusto de un trayecto de doscientas millas a caballo?

—Amigos míos —dijo Glenarvan—, si uno de nosotros debe ir a Melbourne, que la suerte lo designe. Paganel, escribid nuestros nombres…

—El vuestro no, al menos, milord —dijo John Mangles.

—¿Y por qué? —preguntó Glenarvan.

—¡Separaros de lady Helena, vos, cuya herida ni siquiera está cicatrizada!

—Glenarvan —dijo Paganel—, no podéis abandonar la expedición.

—No —añadió el mayor—. Vuestro lugar está aquí, Edward; no debéis partir.

—Hay peligros que correr —respondió Glenarvan—, y no dejaré mi parte a otros. Escribid, Paganel. Que mi nombre se una a los nombres de mis camaradas, ¡y quiera el cielo que sea el primero en salir!

Se inclinaron ante esa voluntad. El nombre de Glenarvan fue sumado a los demás. Se procedió al sorteo, y la suerte designó a Mulrady. El valiente marinero lanzó un ¡hurra! de satisfacción.

—Milord, estoy listo para partir —dijo.

Glenarvan estrechó la mano de Mulrady. Luego regresó hacia el carro, dejando al mayor y a John Mangles la custodia del campamento.

Lady Helena fue informada enseguida de la decisión de enviar un mensajero a Melbourne y del resultado del sorteo. Encontró para Mulrady palabras que llegaron al corazón de ese valiente marinero. Se le conocía valiente, inteligente, robusto, superior a cualquier fatiga, y verdaderamente la suerte no podría haber elegido mejor.

La partida de Mulrady fue fijada para las ocho, tras el breve crepúsculo vespertino. Wilson se encargó de preparar el caballo. Se le ocurrió cambiar la herradura reveladora que el animal llevaba en la pata izquierda y reem-

plazarla por la de uno de los caballos muertos durante la noche. Los presidiarios no podrían reconocer las huellas de Mulrady, ni seguirle al no ir a caballo.

Mientras Wilson se ocupaba de esos detalles, Glenarvan preparó la carta destinada a Tom Austin; pero su brazo herido le molestaba, y encargó a Paganel que escribiera por él. El sabio, absorto en una idea fija, parecía ajeno a cuanto ocurría a su alrededor. Hay que decirlo: Paganel, en toda esa sucesión de desafortunadas aventuras, solo pensaba en su documento mal interpretado. Daba vueltas a las palabras en busca de un nuevo sentido, y permanecía sumido en los abismos de la interpretación.

Por eso no oyó la petición de Glenarvan, y este se vio obligado a repetirla.

—¡Ah, muy bien! —respondió Paganel—. ¡Estoy listo!

Y mientras hablaba, Paganel preparaba maquinalmente su cuaderno. Arrancó una página en blanco y, lápiz en mano, se dispuso a escribir.

Glenarvan comenzó a dictar las siguientes instrucciones:

—«Orden a Tom Austin de hacerse a la mar sin demora y de conducir el *Duncan*…»

Paganel acababa de escribir esa última palabra cuando sus ojos se posaron, por azar, en el número de la *Australian and New Zealand Gazette* que yacía en el suelo. El periódico, doblado, solo dejaba ver las dos últimas sílabas de su título. El lápiz de Paganel se detuvo, y Paganel pareció olvidar por completo a Glenarvan, su carta y el dictado.

—Bien, ¿y Paganel? —dijo Glenarvan.

—¡Ah! —exclamó el geógrafo, lanzando un grito.

—¿Qué os sucede? —preguntó el mayor.

—¡Nada! ¡Nada! —respondió Paganel.

Luego, en voz más baja, repetía: «*¡Aland! ¡Aland! ¡Aland!*»

Se había levantado. Había cogido el periódico. Lo agitaba, tratando de retener palabras a punto de escapar de sus labios. Lady Helena, Mary,

Robert, Glenarvan, le miraban sin comprender nada de aquella inexplicable agitación.

Paganel parecía un hombre a quien una locura repentina acabara de sacudir. Pero ese estado de sobreexcitación nerviosa no duró. Fue calmándose poco a poco; la alegría que brillaba en su mirada se apagó; retomó su lugar y dijo con tono tranquilo:

—Cuando queráis, milord, estoy a vuestras órdenes.

Glenarvan reanudó el dictado de su carta, que quedó definitivamente redactada en estos términos:

«Orden a Tom Austin de hacerse a la mar sin demora y de conducir el *Duncan* por los treinta y siete grados de latitud a la costa oriental de Australia…»

—¿De Australia? —dijo Paganel—. ¡Ah, sí! ¡De Australia!

Luego terminó la carta y la presentó a la firma de Glenarvan. Este, estorbado por su reciente herida, salió del trance como pudo. La carta quedó cerrada y sellada. Paganel, con una mano que la emoción hacía temblar todavía, escribió la siguiente dirección:

Tom Austin, segundo a bordo del yate el *Duncan*, Melbourne.

Luego salió del carro gesticulando y repitiendo estas palabras incomprensibles: «*¡Aland! ¡Aland! ¡Zealand!*»

Capítulo XXI. Cuatro días de angustia

El resto de la jornada transcurrió sin otro incidente.

Se terminó de preparar todo para la partida de Mulrady. El valiente marinero se sentía feliz de dar a su señoría esa muestra de devoción.

Paganel había recobrado la sangre fría y sus maneras habituales. Su mirada denotaba todavía una viva preocupación, pero parecía resuelto a mantenerla en secreto. Debía de tener poderosas razones para obrar así, pues el mayor le oyó repetir estas palabras, como un hombre que lucha consigo mismo:

—¡No! ¡No! ¡No me creerían! Y, además, ¿de qué serviría? ¡Es demasiado tarde!

Tomada esa resolución, se ocupó de dar a Mulrady las indicaciones necesarias para llegar a Melbourne y, con el mapa a la vista, le trazó su itinerario. Todos los «tracks», es decir, los senderos de la pradera, confluían en la ruta de Lucknow. Esa ruta, tras descender derecha hacia el sur hasta la costa, tomaba con un brusco recodo la dirección de Melbourne. Había que seguirla siempre y no intentar atajar por un país poco conocido.

Así pues, nada más sencillo. Mulrady no podía perderse.

En cuanto a los peligros, ya no existían a unas pocas millas más allá del campamento, donde Ben Joyce y su tropa debían de haberse emboscado. Una vez superado ese tramo, Mulrady confiaba en distanciar rápidamente a los presidiarios y llevar a buen término su importante misión.

A las seis, se tomó el rancho en común. Caía una lluvia torrencial. La tienda ya no ofrecía abrigo suficiente, y cada cual había buscado refugio en el carro. Era, por lo demás, un refugio seguro. La arcilla lo tenía embutido

en el suelo, y se adhería a él como un fuerte sobre sus cimientos. El arsenal se componía de siete carabinas y siete revólveres, y permitía sostener un asedio bastante largo, pues ni las municiones ni los víveres escaseaban. Ahora bien, antes de seis días el *Duncan* fondearía en la bahía Twofold. Veinticuatro horas después, su tripulación alcanzaría la otra orilla de la Snowy y, si el paso aún no era practicable, los presidiarios al menos se verían obligados a retroceder ante fuerzas superiores. Pero ante todo era preciso que Mulrady tuviera éxito en su peligrosa empresa.

A las ocho, la noche se volvió muy oscura. Era el momento de partir. Trajeron el caballo destinado a Mulrady. Sus patas, envueltas en trapos a mayor precaución, no hacían ningún ruido sobre el suelo.

El animal parecía fatigado, y sin embargo, de la firmeza y el vigor de sus patas dependía la salvación de todos.

El mayor aconsejó a Mulrady que lo preservara en cuanto estuviera fuera del alcance de los presidiarios.

Más valía un retraso de media jornada y llegar con seguridad.

John Mangles entregó a su marinero un revólver que acababa de cargar con el mayor cuidado. Arma temible en manos de un hombre que no tiembla, pues seis disparos, estallando en pocos segundos, barrían fácilmente un camino obstruido de malhechores.

Mulrady montó en su silla.

—Aquí tienes la carta que entregarás a Tom Austin —le dijo Glenarvan —. ¡Que no pierda una hora! ¡Que parta hacia la bahía Twofold, y si no nos encuentra allí, si no hemos podido cruzar la Snowy, que venga a nosotros sin demora! Ahora ve, mi valiente marinero, y que Dios te guíe.

Glenarvan, lady Helena, Mary Grant, todos estrecharon la mano de Mulrady. Aquella partida, en una noche negra y lluviosa, por una ruta sembrada de peligros, a través de las inmensidades desconocidas de un desierto, habría impresionado a un corazón menos firme que el del marinero.

—Adiós, milord —dijo con voz serena, y pronto desapareció por un sendero que bordeaba el lindero del bosque.

En ese momento, la ráfaga redoblaba su violencia. Las altas ramas de los eucaliptos chasqueaban en la sombra con una sonoridad sorda. Se podía oír

la caída de ese ramaje seco sobre el suelo encharcado.

Más de un árbol gigante, al que faltaba la savia pero que hasta entonces se había mantenido en pie, cayó durante aquella tempestuosa borrasca. El viento aullaba entre los crujidos de la madera y mezclaba sus siniestros gemidos con el bramido de la Snowy. Los grandes nubarrones que el viento empujaba hacia el este arrastraban hasta tierra como jirones de vapor. Una lúgubre oscuridad acrecentaba aún más el horror de la noche.

Los viajeros, tras la partida de Mulrady, se acurrucaron en el carro. Lady Helena y Mary Grant, Glenarvan y Paganel ocupaban el primer compartimiento, que había sido herméticamente cerrado.

En el segundo, Olbinett, Wilson y Robert habían encontrado alojamiento suficiente. El mayor y John Mangles velaban fuera.

Acto de prudencia necesario, pues un ataque de los presidiarios era posible, y por tanto fácil.

Los dos fieles guardianes hacían su guardia, pues, y recibían filosóficamente aquellas ráfagas que la noche les escupía al rostro. Intentaban traspasar con la mirada aquellas tinieblas propicias a las emboscadas, pues el oído no podía percibir nada en medio de los ruidos de la tempestad: relinchos del viento, chasquido de las ramas, caída de los troncos de árboles y bramido de las aguas desencadenadas.

Sin embargo, algunas breves calmadas suspendían a veces la borrasca. El viento callaba como para recobrar aliento. La Snowy gemía sola entre los cañizos inmóviles y el telón negro de los gomeros. El silencio parecía más profundo en esos apaciguamientos momentáneos. El mayor y John Mangles escuchaban entonces con atención.

Fue durante una de esas treguas cuando les llegó un silbido agudo.

John Mangles se acercó rápidamente al mayor.

—¿Lo habéis oído? —le dijo.

—Sí —dijo Mac Nabbs—. ¿Es un hombre o un animal?

—Un hombre —respondió John Mangles.

Luego ambos escucharon. El inexplicable silbido se reprodujo de pronto, y algo parecido a una detonación le respondió, aunque casi imperceptible,

pues la tempestad rugía en ese momento con nueva violencia. Mac Nabbs y John Mangles no podían oírse. Fueron a colocarse al socaire del carro.

En ese momento, los cortinones de cuero se levantaron y Glenarvan se reunió con sus dos compañeros. Él también había oído, como ellos, aquel siniestro silbido y la detonación que había retumbado bajo la lona.

—¿En qué dirección? —preguntó.

—Por ahí —indicó John, señalando el oscuro *track* en la dirección tomada por Mulrady.

—¿A qué distancia?

—El viento soplaba a favor —respondió John Mangles—. Deben de ser tres millas al menos.

—¡Vamos! —dijo Glenarvan echándose la carabina al hombro.

—¡No vayamos! —respondió el mayor—. Es una trampa para alejarnos del carro.

—¡Y si Mulrady ha caído bajo los golpes de esos miserables! —replicó Glenarvan, cogiendo la mano de Mac Nabbs.

—Lo sabremos mañana —respondió el mayor con frialdad, firmemente resuelto a impedir que Glenarvan cometiera una imprudencia inútil.

—No podéis abandonar el campamento, milord —dijo John—. Iré yo solo.

—¡Tampoco vos! —repuso Mac Nabbs con energía.

¿Queréis acaso que nos maten uno a uno, que disminuyamos nuestras fuerzas, que nos pongamos a merced de esos malhechores? Si Mulrady ha sido su víctima, es una desgracia que no hay que doblar con una segunda.

Mulrady partió designado por la suerte. Si la suerte me hubiera elegido a mí en su lugar, habría partido como él, pero no habría pedido ni esperado ningún socorro.

Al retener a Glenarvan y a John Mangles, el mayor tenía razón en todos los sentidos. Intentar llegar hasta el marinero, correr por aquella noche oscura al encuentro de los presidiarios emboscados en algún matorral, era una insensatez y, además, inútil.

La pequeña tropa de Glenarvan no contaba con tantos hombres como para poderse permitir sacrificar uno más.

Sin embargo, Glenarvan parecía no querer atender a razones. Su mano atormentaba la carabina. Iba y venía en torno al carro. Aguzaba el oído al menor ruido. Intentaba traspasar con la mirada aquella oscuridad siniestra. El pensamiento de saber a uno de los suyos herido de muerte, abandonado sin socorro, llamando en vano a quienes por ellos se había sacrificado, ese pensamiento le torturaba. Mac Nabbs no sabía si lograría retenerle, si Glenarvan, arrastrado por su corazón, no iría a ponerse bajo los golpes de Ben Joyce.

—Edward —le dijo—, calmáos. Escuchad a un amigo. ¡Pensad en lady Helena, en Mary Grant, en todos los que quedan! Además, ¿adónde queréis ir? ¿Dónde encontrar a Mulrady? ¡Fue atacado a dos millas de aquí! ¿Qué ruta tomar? ¿Qué sendero seguir?…

En ese momento, y como respuesta al mayor, se oyó un grito de socorro.

—¡Escuchad! —dijo Glenarvan.

Aquel grito venía del mismo lado donde había estallado la detonación, a menos de un cuarto de milla. Glenarvan, apartando a Mac Nabbs, se lanzaba ya por el sendero cuando, a trescientos pasos del carro, se oyeron estas palabras:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Era una voz lastimera y desesperada. John Mangles y el mayor se precipitaron en su dirección.

Pocos instantes después, vislumbraron a lo largo del matorral una forma humana que se arrastraba lanzando lúgubres gemidos.

Era Mulrady, herido, moribundo, y cuando sus compañeros le levantaron, sintieron las manos empapadas de sangre.

La lluvia redoblaba en ese momento, y el viento se desataba entre el ramaje de los «dead trees». Fue en medio de los golpes de la ráfaga cuando Glenarvan, el mayor y John Mangles transportaron el cuerpo de Mulrady.

A su llegada, todos se pusieron en pie. Paganel, Robert, Wilson, Olbinett salieron del carro, y lady Helena cedió su compartimiento al pobre Mulrady.

El mayor quitó la chaqueta al marinero, que chorreaba sangre y lluvia. Descubrió su herida. Era una puñalada que el desdichado tenía en el costado derecho.

Mac Nabbs le vendó con destreza. Si el arma había alcanzado órganos esenciales, no podía decirlo. Un chorro de sangre escarlata y a borbotones manaba de ella; la palidez y el desfallecimiento del herido probaban que había sido seriamente alcanzado. El mayor colocó sobre el orificio de la herida, que lavó previamente con agua fría, una gruesa torunda de yesca, luego gasas sujetas con un vendaje. Logró detener la hemorragia. Mulrady fue colocado del lado correspondiente a la herida, con la cabeza y el pecho elevados, y lady Helena le hizo beber algunos sorbos de agua.

Al cabo de un cuarto de hora, el herido, inmóvil hasta entonces, hizo un movimiento. Sus ojos se entreabrieron. Sus labios murmuraron palabras inconexas, y el mayor, acercando el oído, le oyó repetir:

—Milord… La carta… Ben Joyce…

El mayor repitió esas palabras y miró a sus compañeros. ¿Qué quería decir Mulrady? Ben Joyce había atacado al marinero, pero ¿por qué? ¿No era acaso solo con el fin de detenerle, de impedirle llegar al *Duncan*? Esa carta…

Glenarvan registró los bolsillos de Mulrady. ¡La carta dirigida a Tom Austin ya no estaba!

La noche transcurrió entre inquietudes y angustias. A cada momento se temía que el herido fuera a morir. Una fiebre ardiente le consumía.

Lady Helena, Mary Grant, dos hermanas de la caridad, no le abandonaron. Jamás enfermo fue tan bien atendido, ni por manos más compasivas.

Llegó el día. La lluvia había cesado. Grandes nubarrones rodaban todavía por las profundidades del cielo. El suelo estaba cubierto de los restos de las ramas. La arcilla, empapada por torrentes de agua, había cedido de nuevo.

Los alrededores del carro se volvían difíciles, pero este no podía hundirse más.

John Mangles, Paganel y Glenarvan salieron al amanecer a hacer un reconocimiento alrededor del campamento. Remontaron el sendero todavía

manchado de sangre. No vieron ningún rastro de Ben Joyce ni de su banda.

Avanzaron hasta el lugar donde había tenido lugar el ataque. Allí, dos cadáveres yacían en tierra, abatidos por las balas de Mulrady. Uno era el del herrero de Black-Point. Su rostro, descompuesto por la muerte, daba horror.

Glenarvan no llevó más lejos sus pesquisas. La prudencia le prohibía alejarse. Regresó, pues, al carro, muy absorto por la gravedad de la situación.

—No podemos pensar en enviar a otro mensajero a Melbourne —dijo.

—Sin embargo, es preciso, milord —respondió John Mangles—, e intentaré pasar donde mi marinero no lo ha logrado.

—No, John. ¡Ni siquiera tienes un caballo que te lleve a lo largo de esas doscientas millas!

En efecto, el caballo de Mulrady, el único que quedaba, no había vuelto a aparecer. ¿Había caído bajo los golpes de los asesinos? ¿Corría extraviado por aquel desierto? ¿Se habían apoderado de él los presidiarios?

—Sea como fuere —repuso Glenarvan—, ya no nos separaremos más. Esperemos ocho días, quince días, a que las aguas de la Snowy recobren su nivel normal. Llegaremos entonces a la bahía Twofold a pequeñas jornadas y desde allí enviaremos al *Duncan* por una vía más segura la orden de reunirse con la costa.

—Es la única decisión que cabe tomar —respondió Paganel.

—Así pues, amigos míos —añadió Glenarvan—, sin más separaciones. Un hombre se arriesga demasiado si se aventura solo por ese desierto infestado de bandidos. ¡Y ahora, que Dios salve a nuestro pobre marinero y nos proteja a nosotros mismos!

Glenarvan tenía razón en ambas cosas: primero al prohibir cualquier tentativa aislada, y luego al esperar pacientemente a orillas de la Snowy un paso practicable. Apenas treinta y cinco millas le separaban de Delegete, la primera ciudad fronteriza de Nueva Gales del Sur, donde encontraría medios de transporte para llegar a la bahía Twofold.

Desde allí telegrafiaría a Melbourne las órdenes relativas al *Duncan*.

Esas medidas eran sensatas, pero se tomaban con retraso. Si Glenarvan no hubiera enviado a Mulrady por la ruta de Lucknow, ¡cuántas desgracias

se habrían evitado, sin contar el asesinato del marinero!

Al regresar al campamento, encontró a sus compañeros menos afectados. Parecían haber recobrado la esperanza.

—¡Está mejor! ¡Está mejor! —exclamó Robert corriendo al encuentro de lord Glenarvan.

—¿Mulrady?…

—¡Sí, Edward! —respondió lady Helena—. Se ha producido una reacción. El mayor está más tranquilo. Nuestro marinero vivirá.

—¿Dónde está Mac Nabbs? —preguntó Glenarvan.

—A su lado. Mulrady ha querido hablar con él. No hay que molestarlos.

En efecto, desde hacía una hora el herido había salido de su sopor y la fiebre había disminuido.

Pero la primera preocupación de Mulrady, al recobrar la memoria y el habla, fue pedir a lord Glenarvan o, en su defecto, al mayor. Mac Nabbs, viéndole tan débil, quería prohibirle cualquier conversación; pero Mulrady insistió con tanta energía que el mayor tuvo que ceder.

Ahora bien, la conversación ya duraba unos minutos cuando Glenarvan regresó. No había más que esperar el informe de Mac Nabbs.

Pronto se agitaron las cortinas del carro y apareció el mayor. Se reunió con sus amigos al pie de un gomero, donde se había levantado la tienda. Su rostro, tan frío de ordinario, acusaba una grave preocupación.

Cuando sus miradas se detuvieron en lady Helena, en la joven, expresaron una tristeza dolorosa.

Glenarvan le interrogó, y he aquí en sustancia lo que el mayor acababa de saber.

Al abandonar el campamento, Mulrady siguió uno de los senderos indicados por Paganel. Se apresuraba, en la medida en que la oscuridad de la noche lo permitía.

Por su cálculo, había recorrido una distancia de unas dos millas cuando varios hombres —cinco, cree él— se arrojaron a la cabeza de su caballo. El animal se encabritó. Mulrady empuñó su revólver e hizo fuego. Le pareció

que dos de los atacantes caían. Al resplandor de la detonación, reconoció a Ben Joyce. Pero eso fue todo. No tuvo tiempo de descargar enteramente su arma. Un golpe violento le fue asestado en el costado derecho y le derribó.

Sin embargo, aún no había perdido el conocimiento.

Los asesinos le creían muerto. Sintió que le registraban. Luego se pronunciaron estas palabras:

—Tengo la carta —dijo uno de los presidiarios—. —Dámela —respondió Ben Joyce—, ¡y ahora el *Duncan* es nuestro!

En ese punto del relato de Mac Nabbs, Glenarvan no pudo reprimir un grito.

Mac Nabbs prosiguió:

—Ahora, vosotros —retomó Ben Joyce—, atrapad el caballo. En dos días estaré a bordo del *Duncan*; en seis, en la bahía Twofold. Ese es el punto de encuentro. La tropa de milord seguirá encenagada en los pantanos del Snowy. Cruzad el río por el puente de Kemple-Pier, ganad la costa y esperadme. Ya encontraré yo el modo de introducirnos a bordo. Una vez echada al mar la tripulación, con un navío como el *Duncan*, seremos los amos del océano Índico. —¡Hurra por Ben Joyce! —gritaron los presidiarios. Trajeron el caballo de Mulrady, y Ben Joyce desapareció al galope por la carretera de Lucknow, mientras la banda se dirigía al sureste hacia el río Snowy. Mulrady, aunque gravemente herido, tuvo fuerzas para arrastrarse hasta trescientos pasos del campamento, donde le recogimos casi muerto.

—He ahí —dijo Mac Nabbs— la historia de Mulrady. Ahora comprendéis por qué el valeroso marinero tenía tanto empeño en hablar.

Aquella revelación aterró a Glenarvan y a los suyos.

—¡Piratas! ¡Piratas! —exclamó Glenarvan—. ¡Mi tripulación masacrada! ¡Mi *Duncan* en manos de esos bandidos!

—¡Sí! Porque Ben Joyce sorprenderá al navío —respondió el mayor—, y entonces...

—¡Pues bien! ¡Debemos llegar a la costa antes que esos miserables! —dijo Paganel.

—Pero ¿cómo cruzar el Snowy? —dijo Wilson.

—Como ellos —respondió Glenarvan—. Van a pasar por el puente de Kemple-Pier; nosotros pasaremos también.

—Pero Mulrady, ¿qué será de él? —preguntó lady Helena.

—¡Lo llevaremos! ¡Nos relevaremos! ¿Puedo yo abandonar mi tripulación indefensa a la banda de Ben Joyce?

La idea de cruzar el Snowy por el puente de Kemple-Pier era factible, pero arriesgada. Los presidiarios podían apostarse en ese punto y defenderlo. ¡Serían al menos treinta contra siete! Pero hay momentos en que no se cuentan los efectivos, en que hay que avanzar de todos modos.

—Milord —dijo entonces John Mangles—, antes de arriesgar nuestra última oportunidad, antes de aventurarnos hacia ese puente, sería prudente ir a reconocerlo. Yo me encargo de ello.

—Yo os acompañaré, John —respondió Paganel.

Aceptada esta propuesta, John Mangles y Paganel se prepararon para partir de inmediato. Debían descender el Snowy, seguir sus orillas hasta el lugar donde encontraran el puente señalado por Ben Joyce, y ocultarse sobre todo a la vista de los presidiarios que debían de batir las riberas.

Así pues, provistos de víveres y bien armados, los dos valerosos compañeros partieron y desaparecieron pronto abriéndose paso entre los grandes cañaverales del río.

Durante todo el día se les aguardó. Al llegar la noche, aún no habían regresado. La inquietud fue muy viva.

Por fin, hacia las once, Wilson anunció su regreso.

Paganel y John Mangles estaban extenuados por las fatigas de una marcha de diez millas.

—¡El puente! ¿Existe ese puente? —preguntó Glenarvan, que salió corriendo a su encuentro.

—¡Sí! Un puente de lianas —dijo John Mangles—. Los presidiarios lo cruzaron, en efecto. Pero...

—Pero... —hizo Glenarvan, que presentía una nueva desgracia.

—¡Lo quemaron tras su paso! —respondió Paganel.

Capítulo XXII. Eden

No era momento de desesperarse, sino de actuar. Destruido el puente de Kemple-Pier, había que cruzar el Snowy a toda costa y adelantarse a la tropa de Ben Joyce en las orillas de Twofold-Bay. Así pues, no se perdió tiempo en vanas palabras, y al día siguiente, el 16 de enero, John Mangles y Glenarvan fueron a observar el río con el fin de organizar el paso.

Las aguas turbulentas, crecidas por las lluvias, no bajaban. Giraban en remolinos con una furia indescriptible. Afrontarlas era condenarse a muerte. Glenarvan, con los brazos cruzados y la cabeza baja, permanecía inmóvil.

—¿Quiere usted que intente ganar la otra orilla a nado? —dijo John Mangles.

—¡No, John! —respondió Glenarvan, reteniendo con la mano al audaz joven—. ¡Esperemos!

Y los dos regresaron al campamento. La jornada transcurrió en las más vivas angustias. Diez veces volvió Glenarvan al Snowy. Buscaba combinar algún audaz medio de cruzarlo. Pero en vano.

Una corriente de lava habría podido fluir entre sus orillas sin que el río resultase más infranqueable.

Durante aquellas largas horas perdidas, lady Helena, aconsejada por el mayor, prodigaba a Mulrady los cuidados más inteligentes. El marinero sentía que la vida volvía a él. Mac Nabbs se atrevía a afirmar que ningún órgano esencial había resultado dañado. La pérdida de sangre bastaba para explicar la debilidad del enfermo. Así pues, cerrada la herida y detenida la hemorragia, no le quedaba sino esperar del tiempo y del reposo su completa

curación. Lady Helena había exigido que ocupase el primer compartimento del carro.

Mulrady se sentía muy avergonzado. Su mayor preocupación era pensar que su estado podía retrasar a Glenarvan, y hubo que prometerle que se le dejaría en el campamento, al cuidado de Wilson, si el paso del Snowy llegaba a ser posible.

Por desgracia, dicho paso no resultó practicable ni ese día ni al siguiente, el 17 de enero. Verse detenido de ese modo desesperaba a Glenarvan. Lady Helena y el mayor trataban en vano de calmarlo, de exhortarlo a la paciencia. ¡Tener paciencia, cuando tal vez en ese mismo instante Ben Joyce llegaba a bordo del yate!

Cuando el *Duncan*, largando sus amarras, forzaba la marcha de vapor para alcanzar aquella costa funesta, ¡y cada hora que pasaba le acercaba más a ella!

John Mangles sentía en su corazón todas las angustias de Glenarvan. También él, queriendo vencer el obstáculo a cualquier precio, construyó una canoa a la manera australiana, con grandes trozos de corteza de gomero. Estas planchas, muy ligeras, se sujetaban con travesaños de madera y formaban una embarcación harto frágil.

El capitán y el marinero probaron esa frágil canoa durante la jornada del 18. Cuanto podían dar la habilidad, la fuerza, la destreza y el valor, todo lo pusieron en ello. Pero apenas se vieron en la corriente, zozobraron y estuvieron a punto de pagar con la vida aquella temeraria experiencia. La embarcación, arrastrada por los remolinos, desapareció. John Mangles y Wilson no habían ganado siquiera diez brazas sobre aquel río crecido por las lluvias y el deshielo de las nieves, que medía entonces una milla de anchura.

Las jornadas del 19 y del 20 de enero se perdieron en aquella situación. El mayor y Glenarvan remontaron el Snowy durante cinco millas sin encontrar un vado practicable. Por doquier la misma impetuosidad de las aguas, la misma rapidez torrencial. Todo el vertiente meridional de los Alpes australianos vertía en ese único cauce sus masas líquidas.

Hubo que renunciar a la esperanza de salvar el *Duncan*.

Habían transcurrido cinco días desde la partida de Ben Joyce. ¡El yate debía de estar ya en la costa y en manos de los presidiarios!

Sin embargo, era imposible que aquella situación se prolongase. Las crecidas temporales se agotan deprisa, precisamente en razón de su violencia. En efecto, Paganel, en la mañana del 21, comprobó que el nivel de las aguas por encima de su cota normal empezaba a descender. Comunicó a Glenarvan el resultado de sus observaciones.

—¡Eh! ¿Y qué importa ya eso? —respondió Glenarvan—. ¡Es demasiado tarde!

—No por ello debemos prolongar nuestra estancia en el campamento —replicó el mayor.

—En efecto —respondió John Mangles—. Mañana, quizás, el paso será practicable.

—¿Y eso salvará a mi desventurada tripulación? —exclamó Glenarvan.

—Que vuestra señoría me escuche —retomó John Mangles—. Conozco a Tom Austin. Ha debido ejecutar sus órdenes y partir en cuanto le fue posible hacerlo. Pero ¿quién nos dice que el *Duncan* estuviese listo, que sus averías estuviesen reparadas en el momento en que Ben Joyce llegó a Melbourne? Y si el yate no pudo hacerse a la mar, si sufrió un retraso de un día, de dos días...

—¡Tienes razón, John! —respondió Glenarvan—. Hay que ganar la bahía Twofold. ¡No estamos más que a treinta y cinco millas de Delegete!

—Sí —dijo Paganel—, y en esa ciudad encontraremos rápidos medios de transporte. ¿Quién sabe si no llegaremos a tiempo de prevenir una desgracia?

—¡Partamos! —exclamó Glenarvan.

De inmediato, John Mangles y Wilson se pusieron a construir una embarcación de grandes dimensiones.

La experiencia había demostrado que los trozos de corteza no podrían resistir la violencia del torrente. John abatió troncos de gomeros con los que hizo una balsa tosca pero sólida. El trabajo fue largo, y la jornada transcur-

rió sin que el artilugio estuviese terminado. No quedó concluido hasta el día siguiente.

Para entonces, las aguas del Snowy habían bajado sensiblemente. El torrente volvía a ser río, de corriente rápida, eso sí. Sin embargo, sesgando el curso y dominándolo en cierta medida, John esperaba alcanzar la orilla opuesta.

A las doce y media se embarcó todo cuanto cada uno podía llevar consigo en víveres para un trayecto de dos días. El resto fue abandonado junto con el carro y la tienda.

Mulrady se encontraba bastante bien para ser transportado; su convalecencia avanzaba rápidamente.

A la una, cada cual ocupó su lugar en la balsa, que una amarra retenía a la orilla. John Mangles había instalado a estribor y confiado a Wilson una especie de remo para apuntalar el aparato contra la corriente y reducir su deriva. En cuanto a él mismo, de pie en la popa, contaba dirigirse mediante un tosco espadín. Lady Helena y Mary Grant ocupaban el centro de la balsa, junto a Mulrady; Glenarvan, el mayor, Paganel y Robert los rodeaban, prestos a socorrerlos.

—¿Estamos listos, Wilson? —preguntó John Mangles a su marinero.

—Sí, capitán —respondió Wilson, asiendo su remo con mano firme.

—Atención, y mantenednos contra la corriente.

John Mangles soltó la amarra de la balsa y de un empuje la lanzó a través de las aguas del Snowy. Todo fue bien durante unas quince toesas. Wilson resistía a la deriva. Pero pronto el artilugio fue atrapado por remolinos y giró sobre sí mismo sin que ni el remo ni el espadín pudiesen mantenerlo en línea recta. A pesar de sus esfuerzos, Wilson y John Mangles se encontraron pronto en posición inversa, lo que hizo imposible la acción de los remos.

Hubo que resignarse. No existía ningún medio de frenar ese movimiento giratorio de la balsa. Giraba con vertiginosa rapidez y derivaba. John Mangles, de pie, el rostro pálido, los dientes apretados, miraba el agua que giraba en remolinos.

Sin embargo, la balsa se internó en el Snowy. Se hallaba entonces a media milla aguas abajo de su punto de partida. Allí, la corriente tenía una

fuerza extrema, y, como rompía los remolinos, devolvió al artilugio algo de estabilidad.

John y Wilson retomaron sus remos y lograron empujarse en dirección oblicua.

Su maniobra tuvo por resultado acercarlos a la orilla izquierda. No les faltaban más que cincuenta toesas cuando el remo de Wilson se partió de golpe. La balsa, sin sustento, fue arrastrada. John quiso resistir, a riesgo de partir su espadín.

Wilson, con las manos ensangrentadas, sumó sus esfuerzos a los suyos.

Al fin lo consiguieron, y la balsa, tras una travesía que duró más de media hora, fue a chocar contra el talud a pico de la orilla. El choque fue violento; los troncos se dislocaron, las cuerdas se rompieron, el agua penetró burbujeando. Los viajeros no tuvieron tiempo más que de aferrarse a los arbustos que se cernían sobre ellos. Sacaron de las aguas a Mulrady y a las dos mujeres, medio empapadas. En definitiva, todos se salvaron, pero la mayor parte de las provisiones embarcadas y las armas, a excepción de la carabina del mayor, se fueron a la deriva con los restos de la balsa.

El río estaba cruzado. El pequeño grupo se hallaba poco menos que sin recursos, a treinta y cinco millas de Delegete, en medio de aquellos desiertos desconocidos de la frontera victoriana. Por allí no se encontraban ni colonos ni squatters, pues la región estaba despoblada, si no era por feroces y rapaces *bushrangers*.

Se resolvió partir sin demora. Mulrady vio bien que sería una carga; pidió quedarse, y hasta quedarse solo, a esperar socorro de Delegete.

Glenarvan se negó. No podría llegar a Delegete antes de tres días, ni a la costa antes de cinco, es decir, el 26 de enero. Ora bien, desde el 16 el *Duncan* había salido de Melbourne. ¿Qué le importaban ya unas pocas horas de retraso?

—No, amigo mío —dijo—, no quiero abandonar a nadie. Hagamos unas parihuelas y te llevaremos por turno.

Las parihuelas se instalaron mediante ramas de eucalipto cubiertas de ramaje, y, a bien o a mal, Mulrady tuvo que ocupar su lugar en ellas.

Glenarvan quiso ser el primero en cargar a su marinero. Tomó las parihuelas por un extremo, Wilson por el otro, y se puso en marcha.

¡Qué triste espectáculo, y qué mal acababa aquel viaje tan bien comenzado! Ya no se iba en busca de Harry Grant. Aquel continente, donde él no estaba, donde nunca había estado, amenazaba con ser fatal para quienes buscaban sus huellas. ¡Y cuando sus audaces compatriotas alcanzasen la costa australiana, ni siquiera encontrarían el *Duncan* para repatriarlos!

Fue en silencio y con penalidad como transcurrió aquella primera jornada. De diez en diez minutos se relevaban en el transporte de las parihuelas.

Todos los compañeros del marinero se imponían sin quejarse aquella fatiga, acrecentada aún por un fuerte calor.

Al atardecer, tras solo cinco millas, se acampó bajo un grupo de gomeros. El resto de las provisiones, salvadas del naufragio, suministró la cena. Pero ya no cabía contar sino con la carabina del mayor.

La noche fue mala. Se mezcló la lluvia. El día tardó en regresar. Se reanudó la marcha. El mayor no encontró ocasión de disparar un solo tiro. Aquella funesta región era algo más que el desierto, puesto que ni los animales la frecuentaban.

Por fortuna, Robert descubrió un nido de avutardas y, en ese nido, una docena de huevos grandes que Olbinett hizo cocer bajo las cenizas calientes. Eso fue, junto con unas matas de verdolaga que crecían en el fondo de un barranco, todo el almuerzo del día 23.

La ruta se volvió entonces extremadamente difícil. Las llanuras arenosas estaban erizadas de «spinifex», una hierba espinosa que en Melbourne recibe el nombre de «puercoespín». Desgarraba la ropa y ponía las piernas en carne viva. Las valerosas mujeres no se quejaban, sin embargo; marchaban gallardamente, dando ejemplo, animando a uno y a otro con una palabra o una mirada.

Se hizo alto al atardecer al pie del monte Bulla-Bulla, a orillas del creek de Jungalla. La cena habría sido escasa si Mac Nabbs no hubiese matado al fin una gruesa rata, el «mus conditor», que goza de excelente reputación desde el punto de vista alimentario. Olbinett la asó, y habría superado su fama si su tamaño hubiera igualado al de un carnero.

Hubo, sin embargo, que contentarse con ella. La royeron hasta los huesos.

El día 23, los viajeros, fatigados pero siempre enérgicos, reanudaron la marcha. Tras rodear la base de la montaña, atravesaron largas praderas cuya hierba parecía hecha de barbas de ballena.

Era un entrelazamiento de dardos, una maraña de afiladas bayonetas, por las que el camino debía abrirse paso unas veces con el hacha y otras con el fuego.

Aquella mañana no hubo posibilidad de almorzar. Nada más árido que aquella región sembrada de fragmentos de cuarzo.

No solo el hambre, sino también la sed se hicieron sentir con crueldad. Una atmósfera ardiente redoblaba sus crueles acometidas. Glenarvan y los suyos no avanzaban ni media milla por hora. Si aquella privación de agua y alimentos se prolongaba hasta la noche, caerían en el camino para no levantarse más.

Pero cuando todo le falta al hombre, cuando se ve sin recursos, en el instante en que cree que ha llegado la hora de sucumbir al sufrimiento, entonces se manifiesta la intervención de la providencia.

El agua la ofreció en unas «cephalotus», especie de pequeños cuencos llenos de un líquido bienhechor, que pendían de las ramas de arbustos coraliformes. Todos se desalteraron y sintieron que la vida se reanimaba en ellos.

El alimento fue el que sostiene a los indígenas cuando la caza, los insectos y las serpientes escasean. Paganel descubrió, en el lecho seco de un creek, una planta cuyas excelentes propiedades le habían sido descritas con frecuencia por uno de sus colegas de la sociedad de geografía.

Era el «*nardou*», un criptógamo de la familia de las marsiléaceas, el mismo que prolongó la vida de Burke y de King en los desiertos del interior.

Bajo sus hojas, semejantes a las del trébol, brotaban espórulas desecadas. Estas espórulas, del tamaño de una lenteja, fueron machacadas entre dos piedras y dieron una especie de harina. Con ella se hizo un pan tosco que calmó las torturas del hambre. Aquella planta se encontraba en abundancia en ese lugar. Olbinett pudo, pues, recoger una gran cantidad, y la alimentación quedó asegurada para varios días.

Al día siguiente, el 24, Mulrady hizo una parte del trayecto a pie. Su herida estaba enteramente cicatrizada. La ciudad de Delegete no distaba ya más que diez millas, y al atardecer se acampó por los 149° de longitud, en la mismísima frontera de Nueva Gales del Sur.

Llevaba varias horas cayendo una lluvia fina y penetrante. No habrían encontrado ningún refugio si, por casualidad, John Mangles no hubiera descubierto una cabaña de aserraderos, abandonada y desvencijada. Hubo que conformarse con aquel miserable cobertizo de ramas y paja.

Wilson quiso encender fuego para preparar el pan de *nardou*, y fue a recoger leña muerta que cubría el suelo. Pero cuando intentó prender esa madera, no pudo conseguirlo. La gran cantidad de materia aluminosa que contenía impedía toda combustión. Era la madera incombustible que Paganel había citado en su extravagante nomenclatura de los productos australianos.

Hubo, pues, que prescindir del fuego y, por consiguiente, del pan, y dormir con la ropa húmeda, mientras las aves reidoras, ocultas en las altas ramas, parecían burlarse de aquellos infortunados viajeros.

Sin embargo, Glenarvan tocaba al término de sus sufrimientos. Era hora. Las dos jóvenes mujeres hacían esfuerzos heroicos, pero sus fuerzas menguaban hora a hora. Se arrastraban; ya no caminaban.

Al día siguiente se partió al alba. A las once apareció Delegete, en el condado de Wellesley, a cincuenta millas de la bahía Twofold.

Allí, los medios de transporte se organizaron rápidamente. Al sentirse tan cerca de la costa, la esperanza volvió al corazón de Glenarvan. ¡Quizás, si hubiera habido el menor retraso, llegaría antes que el *Duncan*! ¡En veinticuatro horas podría estar en la bahía!

Al mediodía, tras una comida reconfortante, todos los viajeros, instalados en un *mail-coach*, abandonaron Delegete al galope de cinco vigorosos caballos.

Los postillones, estimulados por la promesa de una generosa propina, hacían volar el rápido carruaje por una carretera bien conservada. No perdían más de dos minutos en las paradas de posta, que se sucedían de diez en diez millas. Parecía que Glenarvan les hubiera contagiado el ardor que lo devoraba.

Así corrieron todo el día a razón de seis millas por hora, y también toda la noche.

Al día siguiente, al salir el sol, un sordo murmullo anunció la proximidad del océano Índico. Hubo que rodear la bahía para alcanzar la ribera en el paralelo 37, precisamente en el punto donde Tom Austin debía aguardar la llegada de los viajeros.

Cuando apareció el mar, todas las miradas se volvieron hacia alta mar, escrutando el horizonte. ¿Estaba allí el *Duncan*, por un milagro de la providencia, corriendo bordadas como un mes antes, a la altura del cabo Corrientes, en las costas argentinas?

No se vio nada. El cielo y el agua se confundían en un mismo horizonte. Ni una vela animaba la vasta extensión del océano.

Quedaba aún una esperanza. Quizás Tom Austin había creído conveniente echar el ancla en la bahía Twofold, pues el mar estaba malo y un navío no podía mantenerse con seguridad en semejantes surgideros.

—¡A Eden! —dijo Glenarvan.

De inmediato, el *mail-coach* retomó a la derecha la ruta circular que prolongaba las orillas de la bahía y se dirigió hacia la pequeña ciudad de Eden, distante cinco millas.

Los postillones se detuvieron no lejos del faro fijo que señala la entrada del puerto. Varios navíos estaban fondeados en la rada, pero ninguno desplegaba en su pico el pabellón de Malcolm.

Glenarvan, John Mangles y Paganel bajaron del carruaje, corrieron a la aduana, interrogaron a los empleados y consultaron los registros de llegadas de los últimos días. Ningún navío había entrado en la bahía desde hacía una semana.

—¡Y si no hubiera partido aún! —exclamó Glenarvan, que, por un vuelco fácil en el corazón del hombre, ya no quería desesperar—. ¡Quizás hemos llegado antes que él!

John Mangles meneó la cabeza. Conocía a Tom Austin. Su segundo jamás habría retrasado diez días la ejecución de una orden.

—Quiero saber a qué atenerme —dijo Glenarvan—. ¡Más vale la certeza que la duda!

Un cuarto de hora después, se enviaba un telegrama al síndico de los *shipbrokers* de Melbourne. Luego, los viajeros se hicieron conducir al hotel *Victoria*.

A las dos de la tarde, se entregó a lord Glenarvan un despacho telegráfico. Estaba redactado en estos términos:

«Lord Glenarvan, Eden, Twofold-Bay.

»*Duncan* partido desde el 18 del corriente con destino desconocido.

»J. Andrew S. B.»

El despacho cayó de las manos de Glenarvan.

¡No había más lugar a dudas! El honrado yate escocés, en manos de Ben Joyce, se había convertido en un navío de piratas.

Así concluía aquella travesía de Australia, comenzada bajo tan favorables auspicios. Las huellas del capitán Grant y de los náufragos parecían perdidas de manera irrevocable; aquel fracaso costaba la vida de toda una tripulación; lord Glenarvan sucumbía en la lucha, y aquel valeroso buscador, a quien los elementos conjurados no habían podido detener en las pampas, acababa de ser vencido por la perversidad de los hombres en el continente australiano.

Parte III. El océano Pacífico

Capítulo I. El Macquarie

Si alguna vez los buscadores del capitán Grant debían desesperar de volver a verle, ¿no era acaso en aquel momento en que todo les faltaba a la vez?

¿En qué punto del mundo intentar una nueva expedición? ¿Cómo explorar nuevos países?

El *Duncan* ya no existía, y ni siquiera era posible un regreso inmediato. La empresa de aquellos generosos escoceses había fracasado, pues.

¡El fracaso! Triste palabra que no tiene eco en un alma valiente, y sin embargo, bajo los golpes del destino, Glenarvan tenía que reconocer su impotencia para proseguir aquella obra de devoción.

Mary Grant, en aquella situación, tuvo el valor de no pronunciar más el nombre de su padre. Contuvo sus angustias pensando en la desgraciada tripulación que acababa de perecer. La hija se eclipsó ante la amiga, ¡y fue ella quien consoló a lady Glenarvan, tras haber recibido de ella tantos consuelos!

La primera, habló del regreso a Escocia. Al verla tan valerosa, tan resignada, John Mangles la admiró.

Quiso pronunciar una última palabra en favor del capitán, pero Mary lo detuvo con una mirada, y más tarde le dijo:

—No, señor John, pensemos en quienes se han sacrificado. ¡Es preciso que lord Glenarvan regrese a Europa!

—Tenéis razón, miss Mary —respondió John Mangles—. Es preciso. También es necesario que las autoridades inglesas sean informadas del destino del *Duncan*. Pero no renunciéis a toda esperanza. Las pesquisas que he-

mos comenzado, antes que abandonarlas, ¡yo las reanudaría solo! ¡Encontraré al capitán Grant o sucumbiré en el empeño!

Era un compromiso serio el que contraía John Mangles. Mary lo aceptó, y tendió su mano hacia la mano del joven capitán, como para ratificar ese pacto. De parte de John Mangles era una devoción de toda su vida; de parte de Mary, una inalterable gratitud.

Durante aquella jornada, se decidió definitivamente la partida. Se resolvió ganar Melbourne sin demora. Al día siguiente, John fue a informarse de los navíos en partida. Esperaba encontrar comunicaciones frecuentes entre Eden y la capital de Victoria.

Su esperanza quedó frustrada. Los navíos eran escasos.

Tres o cuatro embarcaciones, fondeadas en la bahía de Twofold, componían toda la flota mercante del lugar. Ninguna con destino a Melbourne, ni a Sídney, ni a Pointe-de-Galles. Ora bien, únicamente en esos tres puertos de Australia podría Glenarvan encontrar navíos cargados con destino a Inglaterra. En efecto, la *Peninsular and Oriental Steam Navigation Company* tiene una línea regular de paquebotes entre esos puntos y la metrópoli.

En tal coyuntura, ¿qué hacer? ¿Esperar un navío? Se podría tardar mucho, pues la bahía de Twofold es poco frecuentada. ¡Cuántos barcos pasan a lo lejos sin venir a tierra nunca!

Tras reflexiones y deliberaciones, Glenarvan estaba a punto de decidirse a ganar Sídney por las carreteras de la costa, cuando Paganel hizo una propuesta que nadie esperaba.

El geógrafo había ido a visitar por su cuenta la bahía de Twofold. Sabía que faltaban medios de transporte para Sídney y Melbourne.

Pero de aquellos tres navíos fondeados en la rada, uno se preparaba para partir hacia Auckland, la capital de Ikana-Maoui, la isla norte de Nueva Zelanda.

Pues bien, Paganel propuso fletar ese barco y ganar Auckland, desde donde sería fácil regresar a Europa en los vapores de la compañía peninsular.

La propuesta fue tomada en seria consideración. Paganel, por lo demás, no se lanzó a esas series de argumentos de los que solía ser tan pródigo. Se limitó a enunciar el hecho, y añadió que la travesía no duraría más de cinco o seis días. La distancia que separa Australia de Nueva Zelanda no es, en efecto, sino de un millar de millas.

Por una singular coincidencia, Auckland se hallaba situado precisamente sobre esa línea del paralelo 37 que los buscadores seguían obstinadamente desde la costa de la Araucanía. Ciertamente, el geógrafo, sin ser acusado de parcialidad, habría podido sacar de ese hecho un argumento favorable a su propuesta. Era, en efecto, una ocasión del todo natural de visitar las costas de Nueva Zelanda.

Sin embargo, Paganel no hizo valer esa ventaja.

Tras dos decepciones sucesivas, sin duda no quería arriesgar una tercera interpretación del documento. Además, ¿qué habría sacado de ello? En él se decía de manera perentoria que un «continente» había servido de refugio al capitán Grant, no una isla. Ora bien, Nueva Zelanda no era sino una isla. Esto parecía decisivo. Sea como fuere, por esta razón o por cualquier otra, Paganel no ligó ninguna idea de nueva exploración a esa propuesta de ganar Auckland. Se limitó a hacer notar que existían comunicaciones regulares entre ese punto y Gran Bretaña, y que sería fácil aprovecharlas.

John Mangles apoyó la propuesta de Paganel. Aconsejó su adopción, ya que no se podía esperar la llegada problemática de un navío a la bahía de Twofold. Pero, antes de dar el paso definitivo, juzgó conveniente visitar el barco señalado por el geógrafo. Glenarvan, el mayor, Paganel, Robert y él tomaron una embarcación y, en unos cuantos golpes de remo, abordaron el navío fondeado a dos cables del muelle.

Era un bergantín de doscientas cincuenta toneladas, llamado el *Macquarie*. Hacía el cabotaje entre los diferentes puertos de Australia y Nueva Zelanda. El capitán, o, mejor dicho, el «master», recibió a sus visitantes de manera bastante brusca. Vieron bien que tenían ante ellos a un hombre sin educación, que sus modales no le distinguían esencialmente de los cinco marineros de su bordo. Una gruesa cara colorada, manos toscas, nariz aplastada, un ojo ciego, labios ennegrecidos por la pipa y, además, aire brutal, hacían de Will Halley un triste personaje. Pero no había elección, y para una travesía de unos pocos días no debía mirarse tan de cerca.

—¿Qué queréis vosotros? —preguntó Will Halley a aquellos desconocidos que ponían pie en cubierta de su navío.

—¿El capitán? —respondió John Mangles.

—Soy yo —dijo Halley—. ¿Y bien?

—¿El *Macquarie* está cargado para Auckland?

—Sí. ¿Y bien?

—¿Qué lleva?

—Todo lo que se vende y todo lo que se compra. ¿Y bien?

—¿Cuándo parte?

—Mañana, con la marea del mediodía. ¿Y bien?

—¿Tomaría pasajeros?

—Depende de los pasajeros, y de si se conforman con el rancho del barco.

—Traerían sus propias provisiones.

—¿Y bien?

—¿Y bien?

—Sí. ¿Cuántos son?

—Nueve, de los cuales dos señoras.

—No tengo camarotes.

—Se arreglará con el tambucho, que quedará a su disposición.

—¿Y bien?

—¿Acepta usted? —dijo John Mangles, a quien los modales del capitán no desconcertaban en absoluto.

—Hay que verlo —respondió el patrón del *Macquarie*.

Will Halley dio una o dos vueltas golpeando la cubierta con sus gruesas botas claveteadas, y luego se volvió bruscamente hacia John Mangles.

—¿Cuánto pagan? —dijo.

—¿Cuánto pide usted? —respondió John.

—Cincuenta libras.

Glenarvan hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo. Cincuenta libras —respondió John Mangles.

—Pero el pasaje en seco —añadió Will Halley.

—En seco.

—Comida aparte.

—Aparte.

—Convenido. ¿Y bien? —dijo Will, tendiendo la mano.

—¿Cómo?

—¿Las arras?

—He aquí la mitad del precio, veinticinco libras —dijo John Mangles, contando la suma al master, que se la embolsó sin dar las gracias.

—Mañana a bordo —dijo—. Antes del mediodía. Estén o no estén, levanto el ancla.

—Ahí estaremos.

Dicho esto, Glenarvan, el mayor, Robert, Paganel y John Mangles abandonaron el barco, sin que Will Halley hubiera siquiera rozado con un dedo el sudueste pegado a su greña pelirroja.

—¡Qué patán! —dijo John.

—Pues a mí me conviene —respondió Paganel—. Es un verdadero lobo de mar.

—¡Un verdadero oso! —replicó el mayor.

—Y me imagino —añadió John Mangles— que ese oso debió de traficar en otro tiempo con carne humana.

—¡Qué importa! —respondió Glenarvan—, con tal de que mande el *Macquarie*, y el *Macquarie* vaya a Nueva Zelanda. De Twofold-Bay a Auckland se le verá poco; después de Auckland, ya no se le verá más.

Lady Helena y Mary Grant se enteraron con agrado de que la partida estaba fijada para el día siguiente. Glenarvan les hizo observar que el *Macquarie* no valía el *Duncan* en cuanto a comodidades. Pero, tras tantas pruebas, no eran mujeres que se preocupasen por tan poca cosa. Se invitó al señor Olbinett a hacerse cargo de los aprovisionamientos. El pobre hombre, desde la pérdida del *Duncan*, había llorado con frecuencia a la desventurada *mistress* Olbinett, que había quedado a bordo y, por consiguiente, había sido víctima, junto con toda la tripulación, de la ferocidad de los presidiarios. Sin embargo, cumplió sus funciones de *stewart* con su celo acostumbrado, y la «comida aparte» consistió en víveres escogidos que jamás figuraron en la mesa ordinaria del bergantín. En pocas horas quedaron hechas sus provisiones.

Mientras tanto, el mayor cobraba en una casa de cambio unas letras que Glenarvan tenía sobre el *Union Bank* de Melbourne. No quería quedarse sin oro, ni tampoco sin armas y municiones; así que renovó su arsenal.

En cuanto a Paganel, se procuró un excelente mapa de Nueva Zelanda, publicado en Edimburgo por Johnston.

Mulrady se encontraba ya restablecido. Apenas sentía la herida que había puesto en peligro su vida. Bastaban unas horas de navegación para completar su curación. Contaba con tratarse gracias a las brisas del Pacífico.

Wilson fue encargado de disponer el alojamiento de los pasajeros a bordo del *Macquarie*. Bajo sus golpes de escoba y cepillo, el tambucho cambió de aspecto. Will Halley, encogiéndose de hombros, dejó al marinero obrar a su antojo. De Glenarvan, de sus compañeras y de sus compañeros, le importaba bien poco. Ni siquiera sabía sus nombres y tampoco le preocupaba averiguarlos. Aquel exceso de carga le reportaba cincuenta libras, y nada más; lo estimaba en menos que los doscientos toneles de cueros curtidos que atestaban su bodega. Las pieles primero, los hombres después. Era un comerciante. En cuanto a sus cualidades de marino, tenía fama de ser bastante buen práctico de aquellos mares, que los arrecifes de coral hacen muy peligrosos.

Durante las últimas horas de aquella jornada, Glenarvan quiso regresar al punto del litoral cortado por el paralelo treinta y siete. Dos motivos le impulsaban a ello.

Deseaba visitar una vez más aquel lugar que se presumía del naufragio. En efecto, Ayrton era sin duda el contramaestre del *Britannia*, y el *Britannia* podía haberse perdido realmente en aquella parte de la costa australiana; en la costa este, a falta de la costa oeste. No había, pues, que abandonar a la ligera un punto que ya no volvería a verse.

Y además, a falta del *Britannia*, el *Duncan*, al menos, había caído allí en manos de los presidiarios. ¡Acaso hubo combate! ¿Por qué no encontrarían en el litoral huellas de una lucha, de una resistencia suprema? Si la tripulación había perecido entre las olas, ¿no habrían devuelto las olas algunos cadáveres a la costa?

Glenarvan, acompañado de su fiel John, llevó a cabo este reconocimiento. El dueño del hotel *Victoria* puso a su disposición dos caballos, y recorrieron de nuevo aquella ruta del norte que bordea la bahía Twofold.

Fue una triste exploración. Glenarvan y el capitán John cabalgaban sin hablar.

Pero se comprendían. Los mismos pensamientos y, por ende, las mismas angustias atormentaban su espíritu. Miraban las rocas carcomidas por el mar. No necesitaban interrogarse ni responderse el uno al otro.

Puede confiarse en el celo e inteligencia de John para afirmar que cada punto del litoral fue escrupulosamente explorado, las menores calas examinadas con cuidado, lo mismo que las playas en declive y las mesetas arenosas donde las mareas del Pacífico, bastante moderadas sin embargo, habrían podido arrojar algún resto de naufragio.

Pero ningún indicio se halló que justificase nuevas pesquisas en aquellos parajes.

La huella del naufragio seguía escapándoseles.

En cuanto al *Duncan*, tampoco nada. Toda aquella porción de Australia, ribereña del océano, estaba desierta.

Sin embargo, John Mangles descubrió en la orilla del litoral huellas evidentes de campamento, restos de hogueras encendidas recientemente bajo unos *myalls* aislados. ¿Acaso una tribu nómada de naturales había pasado por allí hacía pocos días? No, porque un indicio saltó a los ojos de

Glenarvan y le demostró de manera incontestable que los presidiarios habían frecuentado aquella parte de la costa.

Dicho indicio era una blusa gris y amarilla, gastada, remendada, un harapo siniestro abandonado al pie de un árbol. Llevaba el número de matrícula del penal de Perth. El forzado ya no estaba allí, pero su sórdido atuendo respondía por él.

Aquella librea del crimen, tras haber vestido a algún miserable, acababa de pudrirse en aquella orilla desierta.

—¡Ya ves, John! —dijo Glenarvan—. ¡Los presidiarios llegaron hasta aquí! ¿Y nuestros pobres camaradas del *Duncan*?…

—¡Sí! —respondió John con voz sorda—. Es seguro que no los desembarcaron, que perecieron…

—¡Los miserables! —exclamó Glenarvan—. ¡Si alguna vez caen en mis manos, vengaré a mi tripulación!…

El dolor había endurecido los rasgos de Glenarvan.

Durante unos minutos, el lord contempló la inmensidad de las aguas, buscando quizá con una última mirada algún navío perdido en el espacio. Luego sus ojos se apagaron, recobró su compostura y, sin añadir una palabra ni hacer un gesto, retomó el camino de Eden al galope de su caballo.

Solo quedaba por cumplir una formalidad: la declaración ante el alguacil de los sucesos que acababan de ocurrir. Se hizo aquella misma noche ante Thomas Banks. Aquel magistrado apenas pudo disimular su satisfacción al redactar el atestado. Estaba sencillamente encantado con la partida de Ben Joyce y su banda. Toda la ciudad compartía su contento. Los presidiarios acababan de abandonar Australia, gracias a un nuevo crimen, cierto es, pero en fin, se habían ido. Tan importante noticia fue telegrafíada de inmediato a las autoridades de Melbourne y de Sidney.

Terminada su declaración, Glenarvan regresó al hotel *Victoria*.

Los viajeros pasaron aquella última velada con profunda tristeza. Sus pensamientos vagaban por aquella tierra fecunda en desdichas. Recordaban tantas esperanzas tan legítimamente concebidas en el cabo Bernouilli, tan cruelmente truncadas en la bahía Twofold.

Paganel, por su parte, estaba presa de una agitación febril. John Mangles, que le observaba desde el incidente del río Snowy, sentía que el geógrafo quería y no quería hablar. Más de una vez le había acosado a preguntas, a las que el otro no había respondido.

Sin embargo, aquella noche, John, al acompañarle a su cuarto, le preguntó por qué estaba tan nervioso.

—Amigo John —respondió evasivamente Paganel—, no estoy más nervioso que de costumbre.

—Señor Paganel —repuso John—, ¡tiene usted un secreto que le ahoga!

—¡Bueno! ¿Qué quiere usted? —exclamó el geógrafo gesticulando—. ¡Es más fuerte que yo!

—¿Qué es lo que es más fuerte que usted?

—Mi alegría por un lado, mi desesperación por el otro.

—¿Está usted alegre y desesperado a la vez?

—Sí, alegre y desesperado de ir a visitar Nueva Zelanda.

—¿Tiene usted algún indicio? —preguntó vivamente John Mangles—. ¿Ha retomado la pista perdida?

—¡No, amigo John! *¡De Nueva Zelanda no se vuelve!* Pero, sin embargo… En fin, ¡ya conoce usted la naturaleza humana! ¡Basta con respirar para esperar! Y mi divisa es «*spiro, spero*», que vale tanto como las más bellas divisas del mundo.

Capítulo II. El pasado del país adonde se va

Al día siguiente, 27 de enero, los pasajeros del *Macquarie* estaban instalados a bordo en el estrecho tambucho del bergantín. Will Halley no había ofrecido su camarote a las viajeras. Poca cortesía que lamentarse poco, pues la guarida era digna del oso.

A las doce y media zarparon con la bajamar. El ancla llegó a pique y fue arrancada penosamente del fondo. Soplaba del suroeste una brisa moderada. Las velas fueron largadas poco a poco. Los cinco hombres del barco maniobaban lentamente. Wilson quiso ayudar a la tripulación. Pero Halley le rogó que se estuviera quieto y no se mezclara en lo que no era de su incumbencia. Tenía la costumbre de salir él solo del paso y no pedía ni ayuda ni consejos.

Iba dirigido a John Mangles, a quien la torpeza de ciertas maniobras hacía sonreír.

John lo tomó como dicho y se reservó el intervenir, de hecho si no de derecho, en caso de que la impericia de la tripulación comprometiera la seguridad del buque.

Sin embargo, con el tiempo y los brazos de los cinco marineros estimulados por las blasfemias del patrón, el velamen quedó establecido. El *Macquarie* corrió en popa larga, amuras a babor, con sus velas bajas, sus gavias, sus juanetes, su cangreja y sus foques.

Más tarde se izaron las alas y los sobrejuanetes. Pero, a pesar de este refuerzo de telas, el bergantín apenas avanzaba. Sus formas abultadas en la

proa, el ensanchamiento de su fondo, la pesadez de su popa, lo hacían mal andador, el tipo perfecto del «zapatón».

Había que resignarse. Por fortuna, y por mal que navegara el *Macquarie*, en cinco días, seis a lo sumo, debía haber alcanzado la rada de Auckland.

A las siete de la tarde se perdieron de vista las costas de Australia y la luz fija del puerto de Eden. El mar, bastante agitado, fatigaba el buque; caía pesadamente en los senos de las olas. Los pasajeros sufrían violentas sacudidas que hacían penosa su estancia en el tambucho.

Sin embargo, no podían permanecer en cubierta, pues la lluvia era violenta. Se vieron por tanto condenados a un encierro riguroso.

Cada cual se dejó entonces llevar por el curso de sus pensamientos. Se habló poco. Lady Helena y Mary Grant apenas intercambiaban algunas palabras.

Glenarvan no paraba quieto. Iba y venía, mientras el mayor permanecía inmóvil.

John Mangles, seguido de Robert, subía de vez en cuando a cubierta para observar el mar. En cuanto a Paganel, murmuraba en su rincón palabras vagas e incoherentes.

¿En qué pensaba el digno geógrafo? En aquella Nueva Zelanda hacia la que la fatalidad le conducía. Toda su historia la rehacía en su mente, y el pasado de aquel país siniestro reaparecía ante sus ojos.

Pero ¿había en aquella historia un hecho, un incidente que hubiera autorizado jamás a los descubridores de aquellas islas a considerarlas como un continente?

¿Un geógrafo moderno, un marino, podían atribuirles aquella denominación? Ya se ve que Paganel volvía siempre a la interpretación del documento.

Era una obsesión, una idea fija. Tras la Patagonia, tras Australia, su imaginación, solicitada por una palabra, se encarnizaba con Nueva Zelanda. Pero un punto, uno solo, le detenía en ese camino.

—*¡Contin… Contin…*» —se repetía—. ¡Sin embargo eso significa continente!

Y se puso de nuevo a seguir por el recuerdo a los navegantes que reconocieron aquellas dos grandes islas de los mares australes.

Fue el 13 de diciembre de 1642 cuando el holandés Tasman, tras haber descubierto la tierra de Van Diemen, vino a atracar en las desconocidas riberas de Nueva Zelanda.

Bordeó la costa durante algunos días y el 17, sus navíos penetraron en una amplia bahía que remataba un estrecho paso horadado entre dos islas.

La isla del norte era Ika-Na-Maoui, palabras zelandesas que significan «el pez de Mauwi». La isla del sur era Mahaï-Pouna-Mou, es decir, «la ballena que produce el jade verde».

Abel Tasman envió sus botes a tierra, y volvieron acompañados de dos piraguas que portaban una bulliciosa tripulación de naturales. Aquellos salvajes eran de estatura media, morenos y amarillentos de piel, con los pómulos salientes, la voz áspera, el cabello negro, recogido sobre la cabeza a la moda japonesa y coronado por una gran pluma blanca.

Aquel primer encuentro entre los europeos y los indígenas parecía augurar relaciones amistosas duraderas. Pero al día siguiente, en el momento en que uno de los botes de Tasman iba a reconocer un fondeadero más próximo a tierra, siete piraguas, tripuladas por gran número de indígenas, lo atacaron violentamente.

El bote se volcó de costado y se llenó de agua.

El contramaestre que lo mandaba fue herido en la garganta de primera intención por una pica toscamente afilada.

Cayó al mar. De sus seis compañeros, cuatro fueron muertos; los dos restantes y el contramaestre, nadando hacia los navíos, pudieron ser recogidos y salvados.

Tras este funesto suceso, Tasman zarpó, ciñendo su venganza a hostigar a los naturales con algunos disparos de mosquete que probablemente no les alcanzaron. Abandonó aquella bahía a la que quedó el nombre de bahía de la Matanza, remontó la costa occidental y el 5 de enero fondeó cerca del cabo norte. En aquel lugar, no solo la violencia del oleaje, sino las malas disposiciones de los salvajes, le impidieron hacer aguada, y abandonó defin-

itivamente aquellas tierras a las que dio el nombre de Staten-Land, es decir, Tierra de los Estados, en honor de los Estados Generales.

En efecto, el navegante holandés imaginaba que lindaban con las islas del mismo nombre descubiertas al este de Tierra de Fuego, en el extremo meridional de América. Creía haber encontrado «el gran continente del sur».

«Pero —se decía Paganel—, ¡lo que un marino del siglo XVII pudo llamar "continente", un marino del XIX no pudo llamarlo así! ¡Semejante error no es admisible! ¡No! ¡Hay algo que se me escapa!»

Durante más de un siglo, el descubrimiento de Tasman cayó en el olvido, y Nueva Zelanda parecía haber dejado de existir, cuando un navegante francés, Surville, tuvo conocimiento de ella por los 35° 37' de latitud. Al principio no tuvo queja de los indígenas; pero los vientos le acometieron con extrema violencia, y se declaró una tempestad durante la cual la chalupa que llevaba a los enfermos de la expedición fue arrojada al litoral de la bahía del Refugio. Allí, un jefe llamado Nagui-Nouï acogió perfectamente a los franceses y los alojó en su propia cabaña. Todo fue bien hasta el momento en que le robaron un bote a Surville.

Surville reclamó en vano y creyó deber castigar aquel robo con la quema de un poblado entero.

Terrible e injusta venganza, que no fue ajena a las sangrientas represalias de las que Nueva Zelanda iba a ser el escenario.

El 6 de octubre de 1769 apareció en aquellas costas el ilustre Cook. Fondeó en la bahía de Taoué-Roa con su navío el *Endeavour* e intentó ganarse a los naturales con buen trato. Pero, para tratar bien a las gentes, hay que empezar por capturarlas. Cook no dudó en hacer dos o tres prisioneros y en imponerles sus beneficios por la fuerza. Estos, colmados de regalos y caricias, fueron luego devueltos a tierra. Pronto, varios naturales, seducidos por sus relatos, acudieron voluntariamente a bordo e hicieron trueques con los europeos. Pocos días después, Cook se dirigió hacia la bahía Hawkes, vasta escotadura horadada en la costa este de la isla septentrional. Se encontró allí ante indígenas belicosos, vociferantes, provocadores. Sus demostraciones llegaron tan lejos que fue necesario calmarlos con una descarga de metralla.

El 20 de octubre, el *Endeavour* fondeó en la bahía de Toko-Malou, donde vivía una pacífica población de doscientas almas. Los botánicos del barco realizaron fructuosas exploraciones por el país, y los naturales los transportaron al litoral en sus propias piraguas. Cook visitó dos poblados defendidos por empalizadas, parapetos y dobles fosos que anunciaban serios conocimientos de castramentación. El más importante de aquellos fuertes estaba situado sobre una roca que las grandes mareas convertían en isla verdadera; mejor aún que una isla, pues no solo las aguas la rodeaban, sino que rugían a través de un arco natural de sesenta pies de altura, sobre el que reposaba aquel inaccesible «pâh». El 31 de marzo, Cook, tras haber recogido durante cinco meses una rica cosecha de curiosidades, plantas indígenas y documentos etnográficos y etnológicos, dio su nombre al estrecho que separa las dos islas y abandonó Nueva Zelanda. Debía volver a encontrarla en sus viajes ulteriores.

En efecto, en 1773, el gran marino reapareció en la bahía Hawkes y fue testigo de escenas de canibalismo. Aquí cabe reprochar a sus compañeros haberlas provocado. Unos oficiales, tras hallar en tierra los miembros mutilados de un joven salvaje, los llevaron a bordo, «los hicieron cocer» y los ofrecieron a los naturales, que se arrojaron sobre ellos con voracidad. ¡Triste fantasía la de hacerse así los cocineros de un festín de antropófagos!

Cook, durante su tercer viaje, visitó de nuevo aquellas tierras que le eran particularmente gratas y cuyo levantamiento hidrográfico quería completar. Las abandonó por última vez el 25 de febrero de 1777.

En 1791, Vancouver hizo una escala de veinte días en la bahía Sombría, sin ningún provecho para las ciencias naturales o geográficas. D'Entrecasteaux, en 1793, relevó veinticinco millas de costas en la parte septentrional de Ikana-Maoui. Los capitanes de la marina mercante Hausen y Dalrympe, luego Baden, Richardson, Moodi, hicieron una breve aparición, y el doctor Savage, durante una estancia de cinco semanas, recogió interesantes detalles sobre las costumbres de los neozelandeses.

Fue ese mismo año, en 1805, cuando el sobrino del jefe de Rangui-Hou, el inteligente Doua-Tara, se embarcó en el navío el *Argo*, fondeado en la Bahía de las Islas y mandado por el capitán Baden.

Quizá las aventuras de Doua-Tara proporcionen a algún Homero maorí el asunto de una epopeya. Fueron fecundas en desastres, injusticias y malos

tratos.

Mala fe, secuestro, golpes y heridas: he aquí lo que el pobre salvaje recibió en pago de sus buenos servicios. ¡Qué idea debió de formarse de unas gentes que se dicen civilizadas! Lo llevaron a Londres. Lo convirtieron en marinero de la más baja clase, el hazmerreír de las tripulaciones. Sin el reverendo Marsden, habría muerto en el empeño. Aquel misionero se interesó por el joven salvaje, en quien reconoció un juicio cabal, un carácter valeroso, cualidades maravillosas de dulzura, gracia y afabilidad. Marsden consiguió para su protegido algunos sacos de trigo e instrumentos de labranza destinados a su país. Aquel pequeño cargamento le fue robado. Las desgracias y los sufrimientos abatieron de nuevo al pobre Doua-Tara hasta 1814, año en que se le encuentra al fin restablecido en la tierra de sus antepasados. Iba entonces a recoger el fruto de tantas vicisitudes cuando la muerte lo segó a los veintiocho años, en el momento en que se disponía a regenerar aquella sanguinaria Zelanda. La civilización se encontró sin duda retrasada por largos años a causa de tan irreparable desgracia. ¡Nada reemplaza a un hombre inteligente y bueno que une en su corazón el amor al bien con el amor a la patria!

Hasta 1816, Nueva Zelanda estuvo abandonada. En esa época, Thompson, en 1817, Lidiard Nicholas, en 1819, y Marsden recorrieron diversas porciones de las dos islas, y en 1820 Richard Cruise, capitán del regimiento ochenta y cuatro de infantería, realizó una estancia de diez meses que aportó a la ciencia serios estudios sobre las costumbres indígenas.

En 1824, Duperrey, al mando de la *Coquille*, recaló en la Bahía de las Islas durante quince días y no tuvo sino motivos para elogiar a los naturales.

Tras él, en 1827, el ballenero inglés *Mercury* tuvo que defenderse del pillaje y el asesinato. Ese mismo año, el capitán Dillon fue acogido de la manera más hospitalaria durante dos recaladas.

En marzo de 1827, el comandante del *Astrolabe*, el ilustre Dumont-d'Urville, pudo impunemente y sin armas pasar algunas noches en tierra en medio de los indígenas, intercambiar regalos y canciones, dormir en las chozas y proseguir, sin ser molestado, sus interesantes trabajos de relevamiento, que han proporcionado tan bellas cartas al depósito de la marina.

Por el contrario, al año siguiente, el bergantín inglés *Hawes*, mandado por John James, tras tocar en la Bahía de las Islas, se dirigió hacia el cabo del Este y tuvo mucho que sufrir por parte de un jefe pérfido llamado Enararo. Varios de sus compañeros sufrieron una muerte horrible.

De estos sucesos contradictorios, de estas alternativas de dulzura y barbarie, cabe concluir que con demasiada frecuencia las crueldades de los neozelandeses no fueron sino represalias. Los buenos o malos tratos dependían de los malos o buenos capitanes. Hubo ciertamente algunos ataques injustificados por parte de los naturales, pero sobre todo venganzas provocadas por los europeos; desafortunadamente, el castigo recayó sobre quienes no lo merecían. Tras d'Urville, la etnografía de Nueva Zelanda fue completada por un audaz explorador que, veinte veces, recorrió el mundo entero, un nómada, un bohemio de la ciencia, un inglés: Earle. Visitó las porciones desconocidas de las dos islas sin tener personalmente que quejarse de los indígenas, pero fue con frecuencia testigo de escenas de antropofagia. Los neozelandeses se devoraban entre sí con una sensualidad repugnante.

Así lo reconoció también el capitán Laplace en 1831, durante su recalada en la Bahía de las Islas. Ya entonces los combates eran mucho más temibles, pues los salvajes manejaban las armas de fuego con una notable precisión. Y así las comarcas antaño florecientes y pobladas de Ika-Na-Maoui se convirtieron en profundas soledades. Pueblos enteros habían desaparecido como desaparecen rebaños de ovejas: asados y devorados.

Los misioneros han luchado en vano por vencer esos instintos sanguinarios. Desde 1808, la *Church Missionary Society* había enviado a sus agentes más hábiles —que es el nombre que les corresponde— a las principales estaciones de la isla septentrional. Pero la barbarie de los neozelandeses la obligó a suspender el establecimiento de las misiones. Solo en 1814 desembarcaron en la Bahía de las Islas los señores Marsden, el protector de Doua-Tara, Hall y King, y compraron a los jefes un terreno de doscientas acres al precio de doce hachas de hierro. Allí se estableció la sede de la sociedad anglicana.

Los comienzos fueron difíciles. Pero al fin los naturales respetaron la vida de los misioneros. Aceptaron sus cuidados y sus doctrinas. Algunos naturales indómitos se suavizaron. El sentimiento de gratitud despertó en

aquellos corazones inhumanos. Llegó incluso en 1824 a que los zelandeses protegieran a sus «arikis», es decir, a los reverendos, contra unos marineros salvajes que los insultaban y amenazaban con maltratarlos.

Así pues, con el tiempo, las misiones prosperaron, pese a la presencia de los presidiarios evadidos de Port Jackson, que desmoralizaban a la población indígena. En 1831, el *Journal des Missions Évangéliques* señalaba dos establecimientos considerables, situados el uno en Kidi-Kidi, a orillas de un canal que corre al mar en la Bahía de las Islas, el otro en Paï-Hia, a la vera del río Kawa-Kawa. Los indígenas convertidos al cristianismo habían trazado caminos bajo la dirección de los *arikis*, abierto comunicaciones a través de los inmensos bosques, tendido puentes sobre los torrentes. Cada misionero iba por turno a predicar la religión civilizadora en las tribus más remotas, levantando capillas de juncos o de corteza, escuelas para los jóvenes indígenas, y sobre el techo de aquellas modestas construcciones ondeaba el pabellón de la misión, portando la cruz de Cristo y estas palabras: «*rongo-pai*», es decir, «el evangelio», en lengua neozelandesa.

Desafortunadamente, la influencia de los misioneros no se ha extendido más allá de sus establecimientos.

Toda la parte nómada de las poblaciones escapa a su acción. El canibalismo solo ha sido destruido entre los cristianos, y aun así no convendría someter a estos nuevos conversos a tentaciones demasiado grandes. El instinto de la sangre tiembla en ellos.

Por lo demás, la guerra existe siempre en estado crónico en aquellas comarcas salvajes. Los zelandeses no son australianos embrutecidos que huyen ante la invasión europea; resisten, se defienden, odian a sus invasores, y un odio incurable los empuja en este momento contra los emigrantes ingleses. El porvenir de aquellas grandes islas se juega a una sola carta. Una civilización inmediata aguarda a quien la alcanza, o una barbarie profunda por largos siglos, según el azar de las armas.

Así Paganel, con el cerebro hirviendo de impaciencia, había repasado en su mente la historia de Nueva Zelanda. Pero nada en aquella historia permitía calificar de «continente» a aquel país compuesto de dos islas, y si algunas palabras del documento habían despertado su imaginación, aquellas dos sílabas *contin* le detenían obstinadamente en el camino de una nueva interpretación.

Capítulo III. Las matanzas de Nueva Zelanda

En la fecha del 31 de enero, cuatro días después de su partida, el *Macquarie* no había franqueado todavía los dos tercios de aquel océano encerrado entre Australia y Nueva Zelanda. Will Halley se ocupaba poco de las maniobras de su buque: dejaba hacer. Se le veía raramente, de lo que nadie pensaba en quejarse. Que pasara todo su tiempo en su camarote, nadie habría tenido nada que objetar, si el grosero patrón no se hubiera embriagado cada día con ginebra o coñac. Sus marineros le imitaban de buen grado, y jamás navío navegó más a merced de Dios que el *Macquarie* de Twofold Bay.

Aquella imperdonable negligencia obligaba a John Mangles a una vigilancia incesante. Mulrady y Wilson enderezaron más de una vez el timón en el momento en que alguna guiñada iba a tumbar el bergantín de costado. Con frecuencia Will Halley intervenía y maltrató a los dos marineros con abundantes blasfemias. Estos, poco sufridos, no pedían más que sobarle a aquel borracho y relegarlo al fondo de la bodega por el resto de la travesía. Pero John Mangles les frenaba y calmaba, no sin esfuerzo, su justa indignación.

Sin embargo, aquella situación del navío le preocupaba; pero, para no inquietar a Glenarvan, solo habló de ella al mayor y a Paganel. Mac Nabbs le dio, con otras palabras, el mismo consejo que Mulrady y Wilson.

—Si esa medida le parece útil, John —dijo Mac Nabbs—, no debe usted vacilar en tomar el mando, o, si lo prefiere, la dirección del navío. Ese borracho, después de desembarcarnos en Auckland, volverá a ser dueño a bordo, y naufragará si le place.

—Sin duda, señor Mac Nabbs —respondió John—, y lo haré si fuera absolutamente necesario. Mientras estamos en alta mar, con un poco de vigilancia basta; mis marineros y yo no dejamos la cubierta. Pero, al acercarnos a las costas, si este Will Halley no recobra la razón, reconozco que me encontraré en serios aprietos.

—¿No podrá usted fijar el rumbo? —preguntó Paganel.

—Será difícil —respondió John—. ¿Creerán que no hay una sola carta marina a bordo?

—¿De veras?

—De veras. El *Macquarie* no hace más que el cabotaje entre Eden y Auckland, y este Will Halley tiene tal costumbre de esos parajes que no toma ningún relevamiento.

—Sin duda se imagina —respondió Paganel— que su navío conoce la ruta y que se dirige solo.

—¡Oh, oh! —repuso John Mangles—. Yo no creo en los buques que se dirigen solos, y si Will Halley está borracho al aproximarse a tierra, nos pondrá en un apuro extremo.

—Esperemos —dijo Paganel— que habrá rescatado su razón en las inmediaciones de tierra.

—Así pues —preguntó Mac Nabbs—, si llegara el caso, ¿no podría usted conducir el *Macquarie* hasta Auckland?

—Sin la carta de esta parte de la costa, es imposible. Los acantilados son extraordinariamente peligrosos. Es una sucesión de pequeños fiordos irregulares y caprichosos como los fiordos de Noruega. Los arrecifes son numerosos y hace falta gran práctica para evitarlos. Un navío, por sólido que fuera, se perdería si su quilla topara con uno de esos escollos sumergidos a escasos pies bajo el agua.

—¿Y en ese caso —dijo el mayor—, la tripulación no tiene más recurso que refugiarse en la costa?

—Sí, señor Mac Nabbs, si el tiempo lo permite.

—¡Duro trance! —respondió Paganel—, pues no son hospitalarias las costas de Nueva Zelanda, ¡y los peligros son tan grandes más allá como

más acá de las riberas!

—¿Habla usted de los maoríes, señor Paganel? —preguntó John Mangles.

—Sí, amigo mío. Su reputación está hecha en el océano Índico. No se trata aquí de australianos tímidos o embrutecidos, sino de una raza inteligente y sanguinaria, de caníbales golosos de carne humana, de antropófagos de los que no cabe esperar ninguna piedad.

—Así pues —dijo el mayor—, si el capitán Grant hubiera naufragado en las costas de Nueva Zelanda, ¿no aconsejaría usted lanzarse a su búsqueda?

—En las costas, sí —respondió el geógrafo—, pues quizá pudieran encontrarse rastros del *Britannia*, pero en el interior, no, porque sería inútil. Todo europeo que se aventura en esas funestes comarcas cae en manos de los maoríes, y todo prisionero en manos de los maoríes está perdido. Yo impulsé a mis amigos a cruzar las pampas, a atravesar Australia, pero jamás los arrastraría por los senderos de Nueva Zelanda. ¡Que la mano del cielo nos conduzca, quiera Dios que nunca caigamos en poder de esos feroces indígenas!

Los temores de Paganel estaban demasiado justificados. Nueva Zelanda goza de una fama terrible, y puede ponerse una fecha sangrienta a todos los incidentes que han señalado su descubrimiento.

Larga es la lista de esas víctimas inscritas en el martirologio de los navegantes. Fue Abel Tasman quien, con sus cinco marineros muertos y devorados, inauguró esas sangrientas anales del canibalismo. Tras él, el capitán Tukney y toda su tripulación de chaluperos sufrieron la misma suerte. Hacia la parte oriental del estrecho de Foveaux, cinco pescadores del *Sydney-Cove* encontraron igualmente la muerte bajo los dientes de los naturales. Hay que citar también a cuatro hombres de la goleta *Brothers*, asesinados en el puerto Molineux, a varios soldados del general Gates y a tres desertores de la *Mathilda*, para llegar al nombre tan dolorosamente célebre del capitán Marion Du Fresne.

El 11 de mayo de 1772, tras el primer viaje de Cook, el capitán francés Marion vino a fondear en la Bahía de las Islas con su navío el *Mascarin* y el *Castries*, mandado por el capitán Crozet. Los hipócritas neozelandeses dispensaron una excelente acogida a los recién llegados. Se mostraron incluso

tímidos, y fueron necesarios regalos, buenos servicios, una fraternización cotidiana, un largo comercio de amistades, para aclimatarlos a bordo.

Su jefe, el inteligente Takouri, pertenecía, según Dumont-d'Urville, a la tribu de los Wangaroa, y era pariente del natural traidoramente raptado por Surville, dos años antes de la llegada del capitán Marion.

En un país donde el honor impone a todo maorí obtener con sangre satisfacción de los ultrajes sufridos, Takouri no podía olvidar la afrenta hecha a su tribu. Esperó pacientemente la llegada de un navío europeo, meditó su venganza y la llevó a cabo con un atroz sangre fría.

Tras haber simulado temores ante los franceses, Takouri no omitió nada para adormilarlos en una engañosa seguridad. Él y sus camaradas pasaron con frecuencia la noche a bordo de los buques. Traían pescado escogido. Sus hijas y sus mujeres les acompañaban. Aprendieron pronto a conocer los nombres de los oficiales y les invitaron a visitar sus poblados. Marion y Crozet, seducidos por tales atenciones, recorrieron así toda aquella costa poblada de cuatro mil habitantes. Los naturales les salían al encuentro sin armas y procuraban inspirarles una confianza absoluta.

El capitán Marion, al recalar en la Bahía de las Islas, tenía intención de cambiar el arbolado del *Castries*, muy dañado por las últimas tormentas. Exploró pues el interior de las tierras y el 23 de mayo encontró un bosque de magníficos cedros a dos leguas del litoral, y al alcance de una bahía situada a una legua de los navíos.

Allí se formó un establecimiento donde los dos tercios de las tripulaciones, provistos de hachas y otros útiles, trabajaron en talar los árboles y arreglar los caminos que conducían a la bahía. Se escogieron otros dos puestos: uno en la pequeña isla de Motou-Aro, en medio del puerto, adonde se transportó a los enfermos de la expedición y a los herreros y toneleros de los buques; el otro en tierra firme, a orillas del océano, a legua y media de los navíos; este último comunicaba con el campamento de los carpinteros. En todos estos puestos, salvajes robustos y diligentes ayudaban a los marineros en sus diversos trabajos.

Sin embargo, el capitán Marion no se había abstenido hasta entonces de ciertas medidas de prudencia.

Los salvajes nunca subían armados a bordo, y los botes no iban a tierra sino bien armados.

Pero Marion y los más desconfiados de sus oficiales fueron cegados por las maneras de los indígenas, y el comandante ordenó desarmar los botes. Sin embargo, el capitán Crozet quiso persuadir a Marion de que retirara aquella orden. No lo consiguió.

Entonces, las atenciones y el desvelo de los neozelandeses redoblaron. Sus jefes y los oficiales vivían en pie de perfecta intimidad.

En múltiples ocasiones, Takouri llevó a su hijo a bordo y lo dejó dormir en los camarotes. El 8 de junio, Marion, durante una visita solemne que hizo a tierra, fue reconocido «gran jefe» de todo el país, y cuatro plumas blancas adornaron sus cabellos como signos honoríficos.

Treinta y tres días transcurrieron así desde la llegada de los buques a la Bahía de las Islas. Los trabajos del arbolado avanzaban; los toneles de agua se llenaban en el aguadero de Motou-Aro. El capitán Crozet dirigía en persona el puesto de los carpinteros, y jamás esperanzas fueron más fundadas de ver una empresa llevada a buen término.

El 12 de junio, a las dos horas, el bote del comandante estuvo listo para una partida de pesca proyectada al pie del poblado de Takouri. Marion se embarcó en él con los dos jóvenes oficiales Vaudricourt y Lehoux, un voluntario, el capitán de armas y doce marineros.

Takouri y otros cinco jefes le acompañaban. Nada podía hacer presagiar la espantosa catástrofe que aguardaba a dieciséis europeos de diecisiete.

El bote se alejó del costado, se dirigió hacia tierra, y desde los dos buques pronto se le perdió de vista.

Por la tarde, el capitán Marion no volvió a bordo a dormir. Nadie se inquietó por su ausencia. Se supuso que había querido visitar el astillero del arbolado y pasar allí la noche.

Al día siguiente, a las cinco horas, la chalupa del *Castries* fue, como de costumbre, a hacer aguada a la isla de Motou-Aro. Volvió a bordo sin ningún incidente.

A las nueve horas, el marinero de guardia del *Mascarin* divisó en el mar a un hombre casi agotado que nadaba hacia los buques. Un bote acudió en su

auxilio y lo llevó a bordo.

Era Turner, uno de los chaluperos del capitán Marion. Tenía en el costado una herida producida por dos golpes de lanza, y regresaba solo de los diecisiete hombres que la víspera habían abandonado el navío.

Se le interrogó, y pronto se conocieron todos los detalles de aquel horrible drama.

El bote del infortunado Marion había atracado al poblado a las siete de la mañana. Los salvajes salieron alegremente al encuentro de los visitantes. Llevaron sobre sus hombros a los oficiales y marineros que no querían mojarse al desembarcar. Luego, los franceses se separaron unos de otros.

Al instante, los salvajes, armados de lanzas, mazas y cachiporras, se abalanzaron sobre ellos, diez contra uno, y los masacraron. El marinero Turner, herido por dos golpes de lanza, pudo escapar a sus enemigos y ocultarse entre los matorrales. Desde allí fue testigo de abominables escenas. Los salvajes despojaron a los muertos de sus ropas, les abrieron el vientre, los cortaron en pedazos…

En ese momento, Turner, sin ser visto, se arrojó al mar, y fue recogido moribundo por el bote del *Mascarin*.

Aquel suceso consternó a las dos tripulaciones. Estalló un grito de venganza. Pero, antes de vengar a los muertos, había que salvar a los vivos. Había tres puestos en tierra, y miles de salvajes sedientos de sangre, caníbales con el apetito despertado, los rodeaban.

En ausencia del capitán Crozet, que había pasado la noche en el astillero del arbolado, Duclesmeur, el primer oficial de a bordo, tomó medidas de urgencia. La chalupa del *Mascarin* fue despachada con un oficial y un destacamento de soldados. Dicho oficial debía, ante todo, prestar auxilio a los carpinteros. Partió, bordeó la costa, vio el bote del comandante Marion varado en tierra y desembarcó.

El capitán Crozet, ausente del buque como se ha dicho, no sabía nada de la masacre, cuando, hacia las dos de la tarde, vio aparecer el destacamento. Presentió una desgracia. Avanzó a su encuentro y se enteró de la verdad. Dio orden de no comunicársela a sus compañeros, a quienes no quería desmoralizar.

Los salvajes, reunidos en tropas, ocupaban todas las alturas. El capitán Crozet hizo retirar las principales herramientas, enterró las demás, incendió sus cobertizos y comenzó su retirada con sesenta hombres.

Los naturales les seguían, gritando: «*¡Takouri mate Marion!*»; esperaban aterrorizar a los marineros revelándoles la muerte de sus jefes.

Estos, furiosos, quisieron arrojarse sobre aquellos miserables. El capitán Crozet apenas pudo contenerlos. Se recorrieron dos leguas.

El destacamento alcanzó el litoral y se embarcó en las chalupas con los hombres del segundo puesto.

Durante todo ese tiempo, un millar de salvajes, sentados en tierra, no se movieron. Pero, cuando las chalupas se alejaron, empezaron a volar las piedras.

Al instante, cuatro marineros, buenos tiradores, abatieron sucesivamente a todos los jefes, con gran estupefacción de los naturales, que desconocían el efecto de las armas de fuego.

El capitán Crozet se reunió con el *Mascarin*, y envió enseguida la chalupa a la isla Motou-Aro.

Un destacamento de soldados se estableció en la isla para pasar la noche, y los enfermos fueron reintegrados a bordo.

Al día siguiente, un segundo destacamento vino a reforzar el puesto. Era preciso limpiar la isla de los salvajes que la infestaban y continuar llenando los toneles de agua. El poblado de Motou-Aro contaba trescientos habitantes. Los franceses lo atacaron. Seis jefes fueron muertos, el resto de los naturales arrollado a la bayoneta, el poblado incendiado. Sin embargo, el *Castries* no podía retomar la mar sin arbolado, y Crozet, forzado a renunciar a los árboles del bosque de cedros, tuvo que hacer mástiles de ensamblaje. Los trabajos de aguada continuaron.

Transcurrió un mes. Los salvajes realizaron algunos intentos de recuperar la isla Motou-Aro, pero sin conseguirlo. Cuando sus piraguas pasaban al alcance de los buques, se las cortaba a cañonazos.

Por fin, los trabajos quedaron terminados. Restaba saber si alguna de las dieciséis víctimas no había sobrevivido a la masacre, y vengar a las demás. La chalupa, llevando un numeroso destacamento de oficiales y soldados, se

dirigió al poblado de Takouri. A su aproximación, aquel jefe pérfido y cobarde huyó, llevando sobre sus hombros el manto del comandante Marion. Las cabañas de su poblado fueron escrupulosamente registradas. En su cabaña se encontró el cráneo de un hombre que había sido cocido recientemente. La huella de los dientes del caníbal se veía aún en él.

Un muslo humano estaba ensartado en una varilla de madera. Una camisa con el cuello ensangrentado fue reconocida como la camisa de Marion, luego las ropas, las pistolas del joven Vaudricourt, las armas del bote y harapos. Más lejos, en otro poblado, entrañas humanas limpias y cocidas.

Estas pruebas irrecusables de asesinato y antropofagia fueron recogidas, y aquellos restos humanos enterrados respetuosamente; luego los poblados de Takouri y de Piki-Ore, su cómplice, entregados a las llamas. El 14 de julio de 1772, los dos buques abandonaron aquellos funestos parajes.

Tal fue aquella catástrofe cuyo recuerdo debe estar presente en el espíritu de todo viajero que pone el pie en las costas de Nueva Zelanda. Es un capitán imprudente el que no aprovecha estas enseñanzas. Los neozelandeses son siempre pérfidos y antropófagos. Cook, a su vez, lo reconoció bien durante su segundo viaje de 1773.

En efecto, la chalupa de uno de sus buques, el *Aventure*, mandado por el capitán Furneaux, habiéndose dirigido a tierra el 17 de diciembre para buscar una provisión de hierbas silvestres, no volvió a aparecer. Un guardiamarina y nueve hombres la tripulaban. El capitán Furneaux, inquieto, envió al teniente Burney en su busca. Burney, llegado al lugar del desembarco, encontró, según dijo, «un cuadro de carnicería y barbarie del que es imposible hablar sin horror; cabezas, entrañas y pulmones de varios de los nuestros yacían esparcidos sobre la arena, y muy cerca de allí unos perros devoraban aún otros restos de semejante índole».

Para terminar esta sangrienta lista, hay que añadir el navío *Brothers*, atacado en 1815 por los neozelandeses, y toda la tripulación del *Boyd*, capitán Thompson, masacrada en 1820. Por último, el 1 de marzo de 1829, en Walkitaa, el jefe Enararo saqueó el bergantín inglés *Hawes*, de Sídney; su horda de caníbales masacró a varios marineros, hizo cocer los cadáveres y los devoró.

Tal era aquel país de Nueva Zelanda hacia el que corría el *Macquarie*, tripulado por una dotación estúpida, bajo el mando de un borracho.

Capítulo IV. Los rompientes

Sin embargo, aquella penosa travesía se prolongaba.

El 2 de febrero, seis días después de su partida, el *Macquarie* no había tenido todavía a la vista las costas de Auckland. El viento era bueno, sin embargo, y se mantenía del suroeste; pero las corrientes lo contrariaban, y el bergantín apenas si avanzaba. El mar, duro y agitado, fatigaba sus obras muertas; sus cuadernas crujían, y se recuperaba penosamente del seno de las olas. Sus obenques, sus backstays, sus estays mal tensados, daban juego a los mástiles, que violentas sacudidas zarandeaban a cada balanceo.

Por suerte, Will Halley, como hombre poco apresurado, no forzaba el velamen, pues todo el arbolado habría venido abajo inevitablemente.

John Mangles esperaba, pues, que aquella mísera carcacha alcanzaría el puerto sin mayor contratiempo, pero sufría al ver a sus compañeros tan mal instalados a bordo de aquel bergantín.

Ni lady Helena ni Mary Grant se quejaban, sin embargo, aunque una lluvia continua las obligaba a permanecer en el tambucho. Allí, la falta de aire y las sacudidas del navío las incomodaban sobremanera. También salían con frecuencia a cubierta a desafiar la inclemencia del cielo, hasta el momento en que ráfagas insoportables las obligaban a volver a bajar.

Regresaban entonces a aquel estrecho espacio, más propio para alojar mercancías que pasajeros, y sobre todo pasajeras.

Entonces sus amigos procuraban distraerlas.

Paganel intentaba matar el tiempo con sus historias, pero lo conseguía poco. En efecto, los ánimos, extraviados en aquella ruta de regreso, estaban desmoralizados. Tanto como las disertaciones del geógrafo sobre las pam-

pas o Australia interesaban antaño, tanto sus reflexiones y observaciones a propósito de Nueva Zelanda dejaban indiferente y frío.

Por lo demás, hacia aquel país nuevo de siniestra memoria se iba sin entusiasmo, sin convicción, no voluntariamente, sino bajo la presión de la fatalidad. De todos los pasajeros del *Macquarie*, el más digno de lástima era lord Glenarvan. Se le veía raramente en el tambucho. No podía permanecer quieto. Su naturaleza nerviosa, sobreexcitada, no se acomodaba a un encierro entre cuatro estrechas mamparas. De día, de noche incluso, sin preocuparse de los torrentes de lluvia y los golpes de mar, permanecía en cubierta, ora apoyado en la borda, ora caminando con una agitación febril. Sus ojos escrutaban sin cesar el espacio.

Su catalejo, durante los breves claros, lo recorría obstinadamente. Parecía interrogar aquellas aguas mudas. Aquella bruma que velaba el horizonte, aquellos vapores amontonados, habría querido desgarrarlos de un gesto. No podía resignarse, y su fisonomía respiraba un dolor acre. Era el hombre enérgico, hasta entonces feliz y poderoso, al que el poder y la felicidad le faltaban de repente.

John Mangles no le abandonaba y soportaba a su lado las inclemencias del cielo. Aquel día, Glenarvan, allí donde se abría una brecha en la bruma, escrutaba el horizonte con una obstinación más tenaz. John se acercó a él:

—¿Busca vuestra señoría la tierra? —le preguntó.

Glenarvan hizo con la cabeza un gesto negativo.

—Sin embargo —repuso el joven capitán—, debe de impacientarle a vuestra señoría dejar este bergantín. Desde hace treinta y seis horas ya deberíamos tener a la vista las luces de Auckland.

Glenarvan no respondía. Seguía mirando, y durante un minuto su catalejo permaneció apuntado hacia el horizonte a barlovento del navío.

—La tierra no está por ese lado —dijo John Mangles—. Que vuestra señoría mire más bien hacia estribor.

—¿Por qué, John? —respondió Glenarvan—. ¡No es la tierra lo que busco!

—¿Qué busca vuestra señoría?

—¡Mi yate! ¡Mi *Duncan*! —respondió Glenarvan con cólera—. ¡Debe de estar ahí, en estos parajes, surcando estos mares, haciendo ese siniestro oficio de pirata! ¡Está ahí, te digo, ahí, John, en esta ruta de los navíos, entre Australia y Nueva Zelanda! ¡Y tengo el presentimiento de que lo encontraremos!

—¡Dios nos preserve de ese encuentro, *mylord*!

—¿Por qué, John?

—¡Vuestra señoría olvida nuestra situación! ¿Qué haríamos en este bergantín si el *Duncan* nos diera caza? ¡Ni siquiera podríamos huir!

—¿Huir, John?

—¡Sí, *mylord*! ¡Lo intentaríamos en vano! ¡Seríamos capturados, entregados a la merced de esos miserables, y Ben Joyce ha demostrado que no retrocede ante un crimen. ¡Hago poco caso de nuestra vida! ¡Nos defenderíamos hasta la muerte! ¡Sea! ¿Pero después? Piense vuestra señoría en lady Glenarvan, *mylord*, piense en Mary Grant.

—¡Pobres mujeres! —murmuró Glenarvan—. John, tengo el corazón destrozado, y a veces siento que la desesperación lo invade. Me parece que nuevas catástrofes nos esperan, que el cielo se ha declarado contra nosotros. ¡Tengo miedo!

—¿Usted, *mylord*?

—No por mí, John, sino por los que amo, por los que tú también amas.

—Tranquilícese, *mylord* —respondió el joven capitán—. ¡Ya no hay que temer! El *Macquarie* navega mal, pero navega. Will Halley es un ser embrutecido, pero yo estoy aquí, y si las aproximaciones a tierra me parecen peligrosas, llevaré el navío a alta mar. Así pues, por este lado, poco o ningún peligro. Pero, en cuanto a encontrarnos borda con borda con el *Duncan*, Dios nos libre de ello, y si vuestra señoría trata de divisarlo, que sea para evitarlo, que sea para huir de él.

John Mangles tenía razón. El encuentro con el *Duncan* habría sido funesto para el *Macquarie*.

Ahora bien, ese encuentro era de temer en aquellos mares estrechos que los piratas podían surcar sin riesgos. Sin embargo, aquel día al menos el

yate no apareció, y llegó la sexta noche desde la partida de Twofold Bay sin que los temores de John Mangles se hubieran confirmado.

Pero aquella noche había de ser terrible. La oscuridad se hizo casi de repente a las siete de la tarde.

El cielo era muy amenazador. El instinto del marino, superior al embrutecimiento de la ebriedad, actuó sobre Will Halley. Salió de su camarote frotándose los ojos, sacudiendo su gruesa cabeza roja.

Luego aspiró una gran bocanada de aire, como otro habría bebido un gran vaso de agua para reanimarse, y examinó el arbolado. El viento arreciaba y, girando un cuarto hacia el oeste, soplaba de lleno hacia la costa zelandesa.

Will Halley llamó a sus hombres con abundantes blasfemias, hizo aferrar los juanetes y establecer el velamen de noche. John Mangles lo aprobó sin decir nada.

Había renunciado a entenderse con aquel tosco marino. Pero ni Glenarvan ni él abandonaron la cubierta. Dos horas después se declaró un fuerte viento.

Will Halley hizo tomar el rizo bajo en sus gavias. La maniobra habría sido dura para cinco hombres si el *Macquarie* no hubiese llevado una verga doble del sistema americano. En efecto, bastaba con arriar la verga superior para que la gavia quedase reducida a su menor dimensión.

Pasaron dos horas. El mar engrosaba. El *Macquarie* sufría en sus fondos sacudidas que hacían creer que su quilla raspaba rocas. No era así, sin embargo, pero aquella pesada casco se levantaba con dificultad a la ola. Por eso el reverso de las olas embarcaba por masas de agua considerables. El bote, colgado de los pescantes de babor, desapareció en un golpe de mar.

John Mangles no dejaba de estar inquieto. Cualquier otro buque se habría jugado con aquellas olas, en suma poco temibles. Pero, con aquel pesado barco, podía temerse hundirse a pique, pues la cubierta se llenaba a cada zambullida, y la lámina líquida, al no encontrar por los imbornales una salida suficientemente rápida, podía sumergir el navío. Hubiera sido prudente, para precaverse ante cualquier eventualidad, romper las bordas a golpes de hacha, a fin de facilitar la salida de las aguas.

Pero Will Halley se negó a tomar esa precaución. Por lo demás, un peligro mayor amenazaba al *Macquarie*, y sin duda ya no era tiempo de prevenirlo.

Hacia las once y media, John Mangles y Wilson, que se tenían en la borda de sotavento, fueron sorprendidos por un ruido insólito. Su instinto de hombres de mar despertó. John cogió la mano del marinero.

—¡El oleaje! —le dijo.

—Sí —respondió Wilson—. La ola rompe sobre bancos.

—¿A dos cables como máximo?

—¡Como máximo! ¡La tierra está ahí!

John se inclinó sobre la borda, miró las oscuras aguas y exclamó: «¡La sonda! ¡Wilson! ¡La sonda!»

El patrón, apostado en la proa, no parecía darse cuenta de su posición. Wilson agarró la línea de sonda arrollada en su balde y se lanzó en los candeleros del trinquete.

Arrojó la plomada; el cabo se deslizó entre sus dedos. Al tercer nudo, la plomada se detuvo.

—¡Tres brazas! —gritó Wilson.

—Capitán —dijo John corriendo hacia Will Halley—, estamos sobre los rompientes.

Viera o no a Halley encogerse de hombros, poco importa. Pero se precipitó hacia el timón, puso la caña a sotavento, mientras Wilson, soltando la sonda, halaba sobre las brazas de la gavia mayor para hacer orzar el navío. El marinero que gobernaba, vigorosamente apartado, no había comprendido nada de aquel repentino asalto.

—¡A las brazas de barlovento! ¡Largad! ¡Largad! —gritaba el joven capitán maniobrado para alejarse de los arrecifes.

Durante medio minuto, la aleta de estribor del bergantín los bordeó, y, a pesar de la oscuridad de la noche, John divisó una línea rugiente que blanqueaba a cuatro brazas del navío.

En ese momento, Will Halley, consciente de aquel inminente peligro, perdía la cabeza. Sus marineros, apenas despabilados, no podían comprender sus órdenes. Por lo demás, la incoherencia de sus palabras, la contradicción de sus mandos, demostraban que la sangre fría le faltaba a aquel estúpido borracho.

Lo había sorprendido la proximidad de la tierra, que le quedaba a ocho millas a sotavento, cuando la creía distante treinta o cuarenta. Las corrientes le habían arrojado fuera de su ruta habitual y cogido desprevenido a aquel miserable rutinario.

Sin embargo, la rápida maniobra de John Mangles acababa de alejar al *Macquarie* de los rompientes.

Pero John ignoraba su posición. Acaso se encontraba encerrado en una cintura de arrecifes.

El viento soplaba de lleno hacia el este, y a cada cabezada podía tocar fondo.

Pronto, en efecto, el ruido del oleaje redobló por estribor a proa. Hubo que orzar de nuevo. John volvió a poner la caña a sotavento y braceó en punta. Los rompientes se multiplicaban bajo la roda del bergantín, y fue necesario virar por avante para ganar alta mar. ¿Tendría éxito aquella maniobra con un buque mal equilibrado, con un velamen reducido?

Era incierto, pero había que intentarlo.

—¡La caña a sotavento, toda! —gritó John Mangles a Wilson.

El *Macquarie* comenzó a aproximarse a la nueva línea de arrecifes. Pronto, el mar espumó al choque de las rocas sumergidas.

Fue un momento de angustia indescriptible. La espuma volvía luminosas las olas. Parecía que un fenómeno de fosforescencia las iluminaba de repente. El mar rugía, como si poseyera la voz de aquellos escollos antiguos animados por la mitología pagana. Wilson y Mulrady, encorvados sobre la rueda del timón, pesaban con toda su fuerza. La caña llegó a tocar.

De repente, un choque tuvo lugar. El *Macquarie* había dado en una roca. Los branques del bauprés se rompieron y comprometieron la estabilidad del palo de trinquete. ¿Completaría la virada sin otra avería?

No, porque se produjo una calma repentina, y el navío vino a sotavento. Su evolución quedó cortada en seco. Una ola alta lo tomó por debajo, lo llevó más adelante sobre los arrecifes, y cayó con extrema violencia. El palo de trinquete vino abajo con todo su aparejo. El bergantín tocó el fondo dos veces y quedó inmóvil, dando a estribor una banda de treinta grados.

Los cristales del escotillón habían saltado en pedazos. Los pasajeros se precipitaron al exterior. Pero las olas barrían la cubierta de un extremo al otro, y no podían mantenerse en ella sin peligro. John Mangles, sabiendo el navío sólidamente encajado en la arena, les rogó que volvieran al tambucho.

—¿La verdad, John? —preguntó fríamente Glenarvan.

—La verdad, *mylord* —respondió John Mangles—, es que no nos hundiremos. En cuanto a ser destrozados por el mar, es otra cuestión, pero tenemos tiempo de pensar.

—¿Es medianoche?

—Sí, *mylord*, y hay que esperar el día.

—¿No se puede echar el bote al mar?

—¡Con esta marejada y en esta oscuridad, es imposible! ¡Y además, en qué lugar atracar a tierra?

—Pues bien, John, quedémonos aquí hasta el día.

Sin embargo, Will Halley corría como un loco por la cubierta de su bergantín. Sus marineros, repuestos de su estupor, desfondarón un barril de aguardiente y se pusieron a beber. John previó que su embriaguez iba a provocar pronto escenas terribles. No se podía contar con el capitán para contenerlos. El miserable se arrancaba los cabellos y se retorcía los brazos. Solo pensaba en su cargamento, que no estaba asegurado.

—¡Estoy arruinado! ¡Estoy perdido! —gritaba corriendo de un lado a otro.

John Mangles no pensaba precisamente en consolarle. Hizo armar a sus compañeros, y todos se mantuvieron dispuestos a rechazar a los marineros que se atiborraban de coñac profiriendo espantosas blasfemias.

—Al primero de esos miserables que se acerque al tambucho —dijo tranquilamente el mayor—, lo mato como a un perro.

Los marineros vieron sin duda que los pasajeros estaban decididos a mantenerlos a raya, pues, tras algunos intentos de pillaje, desaparecieron. John Mangles no se ocupó más de aquellos borrachos, y esperó con impaciencia el día.

El navío estaba entonces absolutamente inmóvil. El mar se calmaba poco a poco. El viento amainaba. El casco podría resistir, pues, durante algunas horas más. Al amanecer, John examinaría la tierra. Si presentaba un aterrizaje fácil, el bote pequeño, que era ahora la única embarcación del buque, serviría para el transporte de la tripulación y de los pasajeros. Harían falta al menos tres viajes, pues no cabían más que cuatro personas. En cuanto al bote, ya se vio que lo había arrebatado un golpe de mar.

Mientras reflexionaba sobre los peligros de su situación, John Mangles, apoyado en el escotillón, escuchaba los ruidos del oleaje. Intentaba penetrar la oscuridad profunda. Se preguntaba a qué distancia se encontraba aquella tierra a la vez deseada y temida. Los rompientes se extienden con frecuencia a varias leguas de una costa. ¿Podría resistir el frágil bote una travesía algo larga?

Mientras John pensaba así, pidiendo un poco de luz a aquel cielo tenebroso, las pasajeras, confiadas en su palabra, reposaban en sus literas. La inmovilidad del bergantín les aseguraba algunas horas de tranquilidad. Glenarvan, John y sus compañeros, al no oír ya los gritos de la tripulación ebria muerta, se rehacían también en un rápido sueño, y, a la una de la madrugada, un silencio profundo reinaba a bordo de aquel bergantín, dormido él mismo sobre su lecho de arena.

Hacia las cuatro horas, las primeras claridades aparecieron en el este. Las nubes se matizaron ligeramente bajo los pálidos resplandores del alba. John volvió a subir a cubierta. En el horizonte colgaba un telón de brumas. Algunos contornos indecisos flotaban en los vapores matinales, pero a cierta altura. Una débil marejada agitaba todavía el mar, y las olas de alta mar se perdían en medio de espesas nubes inmóviles.

John esperó. La luz fue aumentando poco a poco, el horizonte se salpicó de tonos rojos. El telón subió lentamente sobre el vasto decorado del fondo. Arrecifes negros asomaron fuera de las aguas. Luego, una línea se dibujó sobre una franja de espuma, un punto luminoso se encendió como un faro

en la cima de un pico proyectado sobre el disco todavía invisible del sol naciente. La tierra estaba allí, a menos de nueve millas.

—¡Tierra! —exclamó John Mangles.

Sus compañeros, despertados por su voz, se lanzaron a la cubierta del bergantín y miraron en silencio la costa que se perfilaba en el horizonte. Hospitalaria o funesta, había de ser su lugar de refugio.

—¿Dónde está Will Halley? —preguntó Glenarvan.

—No lo sé, *mylord* —respondió John Mangles.

—¿Y sus marineros?

—Desaparecidos como él.

—Y, como él, ebrios muertos, sin duda —añadió Mac Nabbs.

—¡Que los busquen! —dijo Glenarvan—. No se les puede abandonar en este navío.

Mulrady y Wilson bajaron al alojamiento del castillo de proa, y dos minutos después volvieron. El pañol estaba vacío. Visitaron entonces el entrepuente y el bergantín hasta el fondo de la bodega. No encontraron ni a Will Halley ni a sus marineros.

—¿Cómo? ¿Nadie? —dijo Glenarvan.

—¿Han caído al mar? —preguntó Paganel.

—Todo es posible —respondió John Mangles, muy preocupado por aquella desaparición.

Luego, dirigiéndose hacia la popa:

—Al bote —dijo.

Wilson y Mulrady le siguieron para echar el bote al mar. El bote había desaparecido.

Capítulo V. Los marineros improvisados

Will Halley y su tripulación, aprovechando la noche y el sueño de los pasajeros, habían huido en el único bote del bergantín. No cabía dudarlo. Aquel capitán, a quien su deber obligaba a ser el último en abandonar el buque, lo había abandonado el primero.

—Esos bribones han huido —dijo John Mangles—. ¡Pues bien, tanto mejor, *mylord*! ¡Es otras tantas escenas desagradables que nos ahorran!

—Así lo creo —respondió Glenarvan—; por lo demás, siempre hay un capitán a bordo, John, y marineros valerosos, si no diestros, vuestros compañeros. Manda, y estamos dispuestos a obedecerte.

El mayor, Paganel, Robert, Wilson, Mulrady, el propio Olbinett, aplaudieron las palabras de Glenarvan, y, alineados en cubierta, se pusieron a disposición de John Mangles.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Glenarvan.

El joven capitán paseó su mirada por el mar, observó el arbolado incompleto del bergantín, y dijo, tras algunos instantes de reflexión:

—Tenemos dos medios, *mylord*, para salir de esta situación: reflotar el buque y hacernos de nuevo a la mar, o ganar la costa sobre una balsa que será fácil construir.

—Si el buque puede ser reflotado, reflotémoslo —respondió Glenarvan —. Es el mejor partido a tomar, ¿no es así?

—Sí, vuestra señoría, pues, una vez en tierra, ¿qué haríamos sin medios de transporte?

—Evitemos la costa —añadió Paganel—. Hay que desconfiar de Nueva Zelanda.

—Tanto más cuanto que hemos derivado mucho —repuso John—. La negligencia de Halley nos ha arrojado al sur, es evidente. Al mediodía haré mi punto, y si, como presumo, estamos por debajo de Auckland, intentaré remontar con el *Macquarie* bordeando la costa.

—¿Pero las averías del bergantín? —preguntó lady Helena.

—No las creo graves, señora —respondió John Mangles—. Estableceré a proa un palo de fortuna para reemplazar el palo de trinquete, y navegaremos, lentamente es verdad, pero iremos adonde queremos ir. Si, por desgracia, el casco del bergantín está destrozado, o si no puede ser reflotado, habrá que resignarse a ganar la costa y reanudar por tierra el camino de Auckland.

—Veamos pues el estado del navío —dijo el mayor—. Eso es lo que importa ante todo.

Glenarvan, John y Mulrady abrieron la escotilla mayor y bajaron a la bodega. Unos doscientos toneles de cueros curtidos se encontraban allí muy mal estibados. Pudieron desplazarlos sin demasiado esfuerzo, por medio de aparejos fijados en el estay mayor a plomo de la escotilla. John hizo arrojar al mar enseguida parte de aquellos fardos para aligerar el navío.

Tras tres horas de rudo trabajo, pudieron examinar los fondos del bergantín. Dos costuras del forro se habían abierto a babor, a la altura de las cintas. Ahora bien, el *Macquarie* dando su banda a estribor, su lado opuesto emergía, y las costuras defectuosas quedaban al aire. El agua no podía, pues, penetrar. Por lo demás, Wilson se apresuró a restablecer la junta de los forros con estopa y una lámina de cobre cuidadosamente clavada.

Al sondear, no se encontraron dos pies de agua en la bodega. Las bombas debían agotar fácilmente esa agua y aliviar en esa medida el navío.

Examinado el casco, John reconoció que había sufrido poco en el encallamiento. Era probable que parte de la quilla falsa quedara encajada en la arena, pero se podía prescindir de ella.

Wilson, tras visitar el interior del buque, se zambulló para determinar su posición sobre el bajo.

El *Macquarie*, con la proa vuelta al noroeste, había dado en un banco de arena fangosa de acantilado muy brusco. El extremo inferior de su roda y aproximadamente los dos tercios de su quilla se encontraban profundamente encajados. La otra parte hasta el codaste flotaba sobre una agua cuya altura alcanzaba cinco brazas. El timón no estaba, pues, encajado y funcionaba libremente. John juzgó innecesario aliviarlo. Ventaja real, pues se podría servirse de él a la primera necesidad.

Las mareas no son muy fuertes en el Pacífico. Sin embargo, John Mangles contaba con la llegada de la pleamar para reflotar el *Macquarie*.

El bergantín había tocado fondo aproximadamente una hora antes de la pleamar. Desde el momento en que se hizo sentir la vaciante, su banda a estribor se había ido acentuando cada vez más. A las seis de la mañana, en bajamar, alcanzaba su máxima inclinación, y pareció inútil apuntalar el navío por medio de puntales. Así se pudieron conservar a bordo las vergas y otros palos que John destinaba a establecer un palo de fortuna a proa.

Restaba adoptar las posiciones para reflotar el *Macquarie*. Trabajo largo y penoso. Sería evidentemente imposible estar listo para la pleamar del mediodía y cuarto. Se vería solamente cómo se comportaba el bergantín, en parte descargado, bajo la acción de la marea, y en la siguiente se daría el golpe de collarín.

—¡A la obra! —mandó John Mangles.

Sus marineros improvisados estaban a sus órdenes.

John hizo primero aferrar las velas que quedaban en sus brioles. El mayor, Robert y Paganel, dirigidos por Wilson, subieron a la cofa mayor.

La gavia mayor, tensa por el esfuerzo del viento, habría contrariado el desencallamiento del navío. Hubo que aferrarla, lo que se hizo como se pudo. Luego, tras un trabajo obstinado y duro para unas manos que no tenían costumbre, el palo de juanete mayor fue desvirado. El joven Robert, ágil como un gato, atrevido como un grumete, había prestado los mayores servicios durante aquella difícil operación.

Se trataba entonces de fondear un ancla, dos quizás, a popa del navío y en la dirección de la quilla. El esfuerzo de tracción debía ejercerse sobre esas anclas para halar el *Macquarie* en pleamar. Esta operación no presenta

ninguna dificultad cuando se dispone de una embarcación: se toma un ancla ligera y se fondea en el punto conveniente, reconocido de antemano.

Pero aquí faltaba toda embarcación, y era preciso suplirla.

Glenarvan tenía suficiente práctica del mar para comprender la necesidad de esas operaciones. Debía fondearse un ancla para desencallar el navío varado con bajamar.

—Pero sin bote, ¿qué hacer? —le preguntó a John.

—Emplearemos los restos del palo de trinquete y barricas vacías —respondió el joven capitán—. La operación será difícil, pero no imposible, pues las anclas del *Macquarie* son de pequeña dimensión. Una vez fondeadas, si no garrean, tengo buenas esperanzas.

—Bien, no perdamos tiempo, John.

Todo el mundo, marineros y pasajeros, fue llamado a cubierta. Cada cual tomó parte en la faena. Se rompieron a hachazos los aparejos que retenían aún el palo de trinquete. El palo bajo se había partido en su caída al ras del tamborete, de tal suerte que la cofa pudo retirarse fácilmente.

John Mangles destinaba esa plataforma a construir una balsa. La apoyó sobre barricas vacías y la hizo capaz de transportar sus anclas. Se instaló un espadín que permitía gobernar el aparejo. Por lo demás, el reflujo debía hacerlo derivar precisamente a popa del bergantín; luego, cuando las anclas estuviesen en el fondo, sería fácil regresar a bordo tirando del orinque del navío.

Este trabajo estaba a medio acabar cuando el sol se aproximó al meridiano.

John Mangles dejó a Glenarvan seguir las operaciones comenzadas y se ocupó de determinar su posición. Ese relevamiento era muy importante de establecer. Afortunadamente, John había encontrado en el camarote de Will Halley, junto con un anuario del observatorio de Greenwich, un sextante muy sucio pero suficiente para obtener el punto. Lo limpió y lo llevó a cubierta.

Este instrumento, por medio de una serie de espejos móviles, aproxima el sol al horizonte en el momento en que es mediodía, es decir, cuando el astro del día alcanza el punto más alto de su curso. Se comprende, pues, que para

operar es necesario apuntar con la luneta del sextante a un horizonte verdadero, el que forman el cielo y el agua al confundirse. Ahora bien, precisamente la tierra se extendía en un vasto promontorio al norte, y, interponiéndose entre el observador y el horizonte verdadero, hacía imposible la observación.

En ese caso, en que falta el horizonte, se lo reemplaza por un horizonte artificial. Es ordinariamente una palangana plana llena de mercurio, sobre la cual se opera. El mercurio presenta así y por sí mismo un espejo perfectamente horizontal.

John no tenía mercurio a bordo, pero sorteó la dificultad sirviéndose de un barreño lleno de alquitrán líquido, cuya superficie reflejaba con suficiente nitidez la imagen del sol.

Ya conocía su longitud, hallándose en la costa oeste de Nueva Zelanda. Afortunadamente, pues sin cronómetro no habría podido calcularla.

Solo le faltaba la latitud, y se dispuso a obtenerla.

Tomó, pues, mediante el sextante, la altura meridiana del sol sobre el horizonte.

Esa altura resultó ser de 68° 30'. La distancia del sol al cénit era, pues, de 21° 30', ya que sumados ambos números dan 90°. Ahora bien, ese día, 3 de febrero, siendo la declinación del sol de 16° 30' según el anuario, añadiéndola a esa distancia cenital de 21° 30', se obtenía una latitud de 38°.

La situación del *Macquarie* se determinaba, pues, así: longitud 171° 13', latitud 38°, salvo algunos errores insignificantes producidos por la imperfección de los instrumentos, de los que se podía prescindir.

Consultando la carta de Johnston comprada por Paganel en Eden, John Mangles vio que el naufragio había tenido lugar a la entrada de la bahía de Aotea, por encima del cabo Cahua, en las riberas de la provincia de Auckland. Hallándose la ciudad de Auckland en el trigésimo séptimo paralelo, el *Macquarie* había sido arrojado un grado hacia el sur. Debería, pues, remontar un grado para alcanzar la capital de Nueva Zelanda.

—Así pues —dijo Glenarvan—, un trayecto de veinticinco millas como máximo. No es nada.

—Lo que no es nada por mar será largo y penoso por tierra —respondió Paganel.

—En todo caso —respondió John Mangles—, haremos todo lo humanamente posible para reflotar el *Macquarie*.

Establecido el punto, se reanudaron las operaciones. Al cuarto para la una, la mar estaba llena. John no pudo aprovecharla, pues sus anclas no estaban fondeadas aún. Pero no dejó de observar el *Macquarie* con cierta ansiedad.

¿Flotaría bajo la acción de la marea? La cuestión iba a decidirse en cinco minutos.

Se esperó. Se produjeron algunos crujidos; los provocaba, si no un levantamiento, al menos un estremecimiento del casco. John concibió buenas esperanzas para la marea siguiente, pero en suma el bergantín no se movió.

Los trabajos continuaron. A las dos, la balsa estaba lista. El ancla ligera fue embarcada en ella. John y Wilson la acompañaron, tras haber amarrado un orinque a popa del navío. El reflujo los hizo derivar, y fondearon a media cabeza de cable en diez brazas de fondo.

El anclaje era bueno y la balsa volvió a bordo.

Quedaba el ancla de serviola. La bajaron no sin dificultad. La balsa repitió la operación, y en breve ese segundo ancla quedó fondeada a popa de la primera, en un fondo de quince brazas.

Luego, tirando del cable, John y Wilson regresaron al *Macquarie*.

El cable y el orinque fueron pasados al molinete, y se esperó la próxima pleamar, que debía dejarse sentir a la una de la madrugada. Eran entonces las seis de la tarde.

John Mangles felicitó a sus marineros e hizo saber a Paganel que, con valor y buena conducta, podría llegar a ser algún día contramaestre.

Entretanto, el señor Olbinett, tras haber ayudado en las diversas maniobras, había vuelto a la cocina.

Había preparado una comida reconfortante que venía a propósito. Un apetito voraz solicitaba a la tripulación.

Quedó plenamente satisfecho, y cada cual se sintió repuesto para los trabajos ulteriores. Tras la cena, John Mangles tomó las últimas precauciones que debían asegurar el éxito de la operación. No hay que descuidar nada cuando se trata de reflotar un navío. A menudo fracasa la empresa por falta de algunos aligeramientos, y la quilla encajada no abandona su lecho de arena.

John Mangles había hecho arrojar al mar gran parte de las mercancías, a fin de aliviar el bergantín; pero el resto de los fardos, los pesados espares, las vergas de recambio, algunas toneladas de lingotes que formaban el lastre, fueron llevados a popa para facilitar con su peso el desencallamiento de la proa. Wilson y Mulrady rodaron también cierto número de barricas que llenaron de agua, a fin de elevar la proa del bergantín.

Sonaba la medianoche cuando esos últimos trabajos quedaron terminados. La tripulación estaba extenuada, circunstancia lamentable en el momento en que no le sobrarían todas sus fuerzas para virar el molinete: lo que llevó a John Mangles a tomar una nueva resolución.

En ese momento la brisa amainaba. El viento apenas levantaba algunas rachas caprichosas sobre la superficie de las olas. John, observando el horizonte, advirtió que el viento tendía a rotar del suroeste al noroeste. Un marino no podía equivocarse ante la disposición particular y el color de las franjas de nubes. Wilson y Mulrady compartían la opinión de su capitán.

John Mangles comunicó sus observaciones a Glenarvan y le propuso aplazar al día siguiente la operación de reflote.

—Y estas son mis razones —dijo—. En primer lugar, estamos muy fatigados, y todas nuestras fuerzas son necesarias para desencallar el navío. Además, una vez a flote, ¿cómo conducirlo entre esos peligrosos rompientes y en la más profunda oscuridad? Más vale actuar con plena luz. Por otro lado, otra razón me lleva a esperar. El viento promete venir en nuestra ayuda, y quiero aprovecharme de él: quiero que empuje este viejo casco hacia atrás mientras la mar lo levante. Mañana, si no me equivoco, la brisa soplará del noroeste. Izaremos las velas del palo mayor a mastelero, y concurrirán a poner a flote el bergantín.

Estas razones eran decisivas. Glenarvan y Paganel, los impacientes del barco, cedieron, y la operación fue aplazada al día siguiente. La noche tran-

scurrió bien. Se había establecido una guardia para vigilar principalmente el fondeo de las anclas.

Despuntó el día. Las previsiones de John Mangles se cumplían. Soplaba una brisa del norte-noroeste que tendía a refrescar. Era una fuerza suplementaria muy ventajosa. La tripulación fue puesta en acción.

Robert, Wilson, Mulrady en lo alto del palo mayor; el mayor, Glenarvan, Paganel en cubierta, dispusieron las maniobras de modo que se pudiesen desplegar las velas en el momento preciso. La verga del gaviero mayor fue izada a tope; la vela mayor y el gaviero quedaron recogidos en sus tomadores.

Eran las nueve de la mañana. Todavía debían transcurrir cuatro horas hasta la pleamar. No se perdieron. John las empleó en instalar su palo de fortuna en la proa del bergantín, a fin de reemplazar el palo de trinquete. Así podría alejarse de esos peligrosos parajes en cuanto el navío estuviese a flote. Los trabajadores hicieron nuevos esfuerzos, y antes del mediodía la verga del trinquete estaba sólidamente sujeta a guisa de palo.

Lady Helena y Mary Grant se mostraron muy útiles, y envergaron una vela de recambio en la verga del juanete menor. Era una alegría para ellas emplearse en la salvación común. Terminado ese aparejo, si el *Macquarie* dejaba que desear desde el punto de vista de la elegancia, al menos podía navegar a condición de no alejarse de la costa.

Entretanto, la marea subía. La superficie del mar se levantaba en pequeñas olas agitadas. Las cabezas de los rompientes desaparecían poco a poco, como animales marinos que se hunden en su elemento líquido. Se aproximaba la hora de intentar la gran operación. Una inquietud febril tenía los ánimos en sobreexcitación. Nadie hablaba. Se miraba a John. Se esperaba una orden suya.

John Mangles, inclinado sobre la borda del alcázar, observaba la marea. Lanzaba una mirada inquieta al cable y al orinque extendidos y fuertemente cobrados. A la una, la mar alcanzó su punto más alto. Estaba en estoa, es decir, en ese breve instante en que el agua ya no sube y aún no baja. Había que operar sin tardanza.

La vela mayor y el gaviero fueron largados y ciñeron el palo bajo el esfuerzo del viento.

—¡Al molinete! —gritó John.

Era un molinete provisto de palancas, como las bombas de incendio. Glenarvan, Mulrady, Robert por un lado; Paganel, el mayor, Olbinett por el otro, hicieron fuerza sobre las palancas, que transmitían el movimiento al aparato. Al mismo tiempo, John y Wilson, encajando las barras de virar, añadieron sus esfuerzos a los de sus compañeros.

—¡Ánimo! ¡Ánimo! —gritó el joven capitán—. ¡Y todos a una!

El cable y el orinque se tensaron bajo la potente acción del molinete. Las anclas aguantaron bien y no garrearon. Era preciso conseguirlo sin tardanza.

La pleamar no dura sino unos minutos. El nivel del agua no podía tardar en descender. Se redoblaron los esfuerzos. El viento soplaba con violencia y mastelereaba las velas contra el palo. Algunos estremecimientos se dejaron sentir en el casco. El bergantín parecía a punto de levantarse. Quizás bastaría un brazo más para arrancarlo del banco de arena.

—¡Helena! ¡Mary! —gritó Glenarvan.

Las dos jóvenes se unieron con sus esfuerzos a los de sus compañeros. Se oyó un último chasquido del linguete.

Pero eso fue todo. El bergantín no se movió. La operación había fracasado. El reflujo comenzaba ya, y quedó claro que, incluso con la ayuda del viento y de la mar, esa tripulación reducida no podría reflotar su navío.

Capítulo VI. Donde el canibalismo es tratado teóricamente

El primer medio de salvación intentado por John Mangles había fracasado. Era preciso recurrir al segundo sin tardanza. Era evidente que no se podía poner a flote el *Macquarie*, y no menos evidente que el único partido que cabía tomar era abandonar el buque.

Esperar a bordo socorros problemáticos habría sido imprudencia y locura. Antes de la providencial llegada de un navío al escenario del naufragio, ¡el *Macquarie* quedaría hecho pedazos! La próxima tempestad, o simplemente un mar algo grueso levantado por los vientos de alta mar, lo haría rodar sobre las arenas, lo rompería, lo despedazaría, dispersaría sus restos. Antes de esa inevitable destrucción, John quería ganar tierra.

Propuso, pues, construir una balsa, o, en lenguaje marítimo, un «ras», suficientemente sólida para llevar a los pasajeros y a una cantidad suficiente de víveres a la costa zelandesa.

No había que discutir, sino actuar. Los trabajos comenzaron, y estaban muy adelantados cuando la noche vino a interrumpirlos.

Hacia las ocho de la tarde, tras la cena, mientras lady Helena y Mary Grant descansaban en las literas del tambucho, Paganel y sus amigos conversaban sobre graves asuntos recorriendo la cubierta del navío. Robert no había querido abandonarlos.

Aquel valiente muchacho escuchaba con los cinco sentidos, presto a prestar un servicio, presto a sacrificarse en una peligrosa empresa.

Paganel había preguntado a John Mangles si la balsa no podría seguir la costa hasta Auckland, en lugar de desembarcar a sus pasajeros en tierra. John respondió que esa navegación era imposible con un aparejo tan defectuoso.

—Y lo que no podemos intentar en una balsa —dijo Paganel—, ¿habría podido hacerse con el bote del bergantín?

—Sí, apurando —respondió John Mangles—, pero a condición de navegar de día y fondear de noche.

—Así que esos miserables que nos abandonaron...

—¡Oh! Ésos —respondió John Mangles—, estaban borrachos, y con esa profunda oscuridad, mucho me temo que hayan pagado con su vida tan cobarde abandono.

—Tanto peor para ellos —repuso Paganel—, y tanto peor para nosotros, pues ese bote nos habría sido muy útil.

—¿Qué quiere usted, Paganel? —dijo Glenarvan—. La balsa nos llevará a tierra.

—Es precisamente lo que habría querido evitar —respondió el geógrafo.

—¡Cómo! ¿Un viaje de veinte millas como máximo, después de lo que hemos hecho en las Pampas y a través de Australia, puede amedrentar a hombres habituados a las fatigas?

—Amigos míos —respondió Paganel—, no pongo en duda ni vuestro valor ni la valentía de nuestras compañeras. ¡Veinte millas! No es nada en cualquier otro país que no sea Nueva Zelanda. No me sospecharéis de pusilanimidad. El primero, os he llevado a través de América, a través de Australia. Pero aquí, lo repito, cualquier cosa es preferible a aventurarse en este país pérfido.

—Cualquier cosa es preferible a exponerse a una pérdida cierta en un navío encallado —dijo John Mangles.

—¿Qué tenemos tanto que temer de Nueva Zelanda? —preguntó Glenarvan.

—Los salvajes —respondió Paganel.

—¡Los salvajes! —replicó Glenarvan—. ¿No pueden evitarse siguiendo la costa? Además, el ataque de unos cuantos miserables no puede preocupar a diez europeos bien armados y decididos a defenderse.

—No se trata de miserables —respondió Paganel sacudiendo la cabeza —. Los neozelandeses forman tribus terribles, que luchan contra la dominación inglesa, contra los invasores, a quienes vencen con frecuencia, ¡y que siempre se los comen!

—¡Caníbales! —exclamó Robert—. ¡Caníbales!

Luego se le oyó murmurar esos dos nombres:

—¡Mi hermana! ¡Señora Helena!

—No temas nada, muchacho —le respondió Glenarvan, para tranquilizar al joven—. ¡Nuestro amigo Paganel exagera!

—No exagero nada —repuso Paganel—. Robert ha demostrado ser un hombre, y lo trato como a un hombre, no ocultándole la verdad. Los neozelandeses son los más crueles, por no decir los más voraces de los antropófagos. Devoran todo lo que les cae entre los dientes. La guerra no es para ellos más que una cacería de esa sabrosa pieza que se llama el hombre, y hay que reconocerlo, es la única guerra lógica. Los europeos matan a sus enemigos y los entierran. Los salvajes matan a sus enemigos y los comen, y, como ha dicho muy bien mi compatriota Toussenel, el mal no está tanto en asar a su enemigo cuando está muerto como en matarlo cuando no quiere morir.

—Paganel —respondió el mayor—, hay materia para la discusión, pero no es el momento. Sea o no lógico ser comido, no queremos que se nos coma. Pero ¿cómo el cristianismo no ha destruido todavía esas costumbres de antropofagia?

—¿Cree usted acaso que todos los neozelandeses son cristianos? —replicó Paganel—. Son los menos, y los misioneros son todavía con demasiada frecuencia víctimas de esas bestias. El año pasado, el reverendo Walkner fue martirizado con horrible crueldad. Los maoríes lo colgaron. Sus mujeres le arrancaron los ojos. Se bebió su sangre, se comió su cerebro. Y ese crimen tuvo lugar en 1864, en Opotiki, a unas pocas leguas de Auckland, por así decirlo bajo los ojos de las autoridades inglesas. Amigos míos, se necesitan siglos para cambiar la naturaleza de una raza de hombres. Lo que los maoríes han sido, lo serán todavía durante mucho tiempo.

Toda su historia está hecha de sangre. ¡Cuántas tripulaciones han masacrado y devorado, desde los marineros de Tasman hasta los del *Hawes*! Y no fue la carne blanca la que les abrió el apetito. Mucho antes de la llegada de los europeos, los zelandeses recurrían al asesinato para satisfacer su glotonería.

Numerosos viajeros vivieron entre ellos y presenciaron banquetes de caníbales, en los que los comensales no estaban movidos más que por el deseo de comer un manjar exquisito, como la carne de una mujer o de un niño.

—¡Bah! —dijo el mayor—. ¿No se deben esos relatos en su mayor parte a la imaginación de los viajeros? ¡Se regresa de buen grado de los países peligrosos y del estómago de los antropófagos!

—Hago la parte de la exageración —respondió Paganel—. Pero han hablado hombres dignos de crédito, los misioneros Kendall, Marsden, los capitanes Dillon, d'Urville, Laplace, y otros más, y creo en sus relatos, debo creerlos. Los zelandeses son crueles por naturaleza. A la muerte de sus jefes, inmolan víctimas humanas. Pretenden con esos sacrificios aplacar la ira del difunto, que podría herir a los vivos, y al mismo tiempo ofrecerle servidores para la otra vida. Pero como devoran a esos póstumos domésticos después de masacrarlos, cabe creer que el estómago los impulsa a ello más que la superstición.

—Sin embargo —dijo John Mangles—, imagino que la superstición desempeña un papel en las escenas de canibalismo. Por eso, si la religión cambia, las costumbres también cambiarán.

—Bien, amigo John —respondió Paganel—. Suscita usted ahí esa grave cuestión del origen de la antropofagia. ¿Es la religión, es el hambre lo que empujó a los hombres a devorarse mutuamente? Esta discusión sería al menos ociosa en este momento. ¿Por qué existe el canibalismo? La cuestión no está aún resuelta; pero existe, hecho grave del que tenemos demasiadas razones para preocuparnos.

Paganel tenía razón. La antropofagia ha pasado al estado crónico en Nueva Zelanda, como en las islas Fiji o en el estrecho de Torres. La superstición interviene evidentemente en esas odiosas costumbres, pero hay caníbales porque hay momentos en que la caza escasea y el hambre es grande. Los salvajes comenzaron por comer carne humana para satisfacer las exigencias de un apetito raramente saciado; luego, los sacerdotes

reglamentaron y santificaron esas monstruosas costumbres. El festín se convirtió en ceremonia, eso es todo.

Por lo demás, a los ojos de los maoríes, nada más natural que comerse unos a otros. Los misioneros los han interrogado con frecuencia a propósito del canibalismo. Les han preguntado por qué devoraban a sus hermanos. A lo que los jefes respondían que los peces comen a los peces, que los perros comen a los hombres, que los hombres comen a los perros y que los perros se comen entre sí. En su propia teogonía, la leyenda cuenta que un dios comió a otro dios. Con tales precedentes, ¿cómo resistir el placer de comerse al prójimo?

Además, los zelandeses pretenden que devorando a un enemigo muerto se destruye su parte espiritual. Se hereda así su alma, su fuerza, su valor, que están encerrados particularmente en el cerebro. Por eso, esa porción del individuo figura en los festines como plato de honor y de primera elección.

Sin embargo, Paganel sostuvo, no sin razón, que la sensualidad, la necesidad sobre todo, excitaban a los zelandeses a la antropofagia, y no solo a los salvajes de Oceanía, sino a los salvajes de Europa.

—Sí —añadió—, el canibalismo ha reinado durante mucho tiempo entre los antepasados de los pueblos más civilizados, y no lo tomen como una alusión personal, particularmente entre los escoceses.

—¿De veras? —dijo Mac Nabbs.

—Sí, mayor —repuso Paganel—. Cuando lea ciertos pasajes de san Jerónimo sobre los *atticoli* de Escocia, verá lo que hay que pensar de sus antepasados. Y sin remontarse más allá de los tiempos históricos, bajo el reinado de Isabel, en la época misma en que Shakespeare soñaba con su Shylock, ¿no fue ejecutado Sawney Bean, bandido escocés, por crimen de canibalismo? ¿Y qué sentimiento le había llevado a comer carne humana? ¿La religión? No, el hambre.

—¿El hambre? —dijo John Mangles.

—El hambre —respondió Paganel—, pero sobre todo esa necesidad del carnívoro de reponer su carne y su sangre con el nitrógeno contenido en las materias animales. Está bien alimentar el trabajo de los pulmones mediante plantas tuberosas y feculentas. Pero quien quiera ser fuerte y activo debe absorber esos alimentos plásticos que reparan los músculos. Mientras los

maoríes no sean miembros de la sociedad de los vegetarianos, comerán carne, y por carne, carne humana.

—¿Por qué no la carne de animales? —dijo Glenarvan.

—Porque no tienen animales —respondió Paganel—, y es preciso saberlo, no para excusar, sino para explicar sus hábitos de canibalismo. Los cuadrúpedos, incluso las aves, escasean en ese país inhóspito. Así que los maoríes, de siempre, se han alimentado de carne humana. Incluso hay «temporadas para comer hombres», como en los países civilizados, temporadas de caza. Entonces tienen lugar las grandes batidas, es decir, las grandes guerras, y pueblos enteros son servidos en la mesa de los vencedores.

—Así pues —dijo Glenarvan—, según usted, Paganel, la antropofagia no desaparecerá hasta el día en que las ovejas, los bueyes y los cerdos pululen en los prados de Nueva Zelanda.

—Evidentemente, milord, y aun así serán necesarios años para que los maoríes se desacostumbren de la carne zelandesa, que prefieren a cualquier otra, pues los hijos amarán durante mucho tiempo lo que amaron sus padres. Según ellos, esa carne tiene el sabor de la carne de cerdo, pero con más aroma. En cuanto a la carne blanca, son menos aficionados a ella, porque los blancos mezclan sal a sus alimentos, lo que les da un sabor particular poco apreciado por los gourmets.

—¡Son exigentes! —dijo el mayor—. Pero esa carne blanca o negra, ¿la comen cruda o cocida?

—¡Ea! ¿Y a usted qué más le da, señor Mac Nabbs? —exclamó Robert.

—¡Cómo que qué me da, muchacho! —respondió el mayor con seriedad —. Si alguna vez he de acabar bajo los dientes de un antropófago, ¡prefiero estar cocinado!

—¿Por qué?

—¡Para estar seguro de no ser devorado vivo!

—¡Bien, mayor! —repuso Paganel—. ¡Y si es para ser cocinado vivo!

—El caso es —respondió el mayor— que no me jugaría la elección por media corona.

—Sea como fuere, Mac Nabbs, y si puede serle agradable —replicó Paganel—, sepa que los neozelandeses no comen la carne sino cocinada o ahumada. Son gente bien educada que entiende de cocina. Pero en cuanto a mí, ¡la idea de ser comido me es particularmente desagradable! ¡Terminar la propia existencia en el estómago de un salvaje! ¡Puaj!

—En definitiva —dijo John Mangles—, de todo esto resulta que no hay que caer en sus manos. Esperemos también que un día el cristianismo habrá abolido esas monstruosas costumbres.

—Sí, debemos esperarlo —respondió Paganel—; pero, créanme, un salvaje que ha probado la carne humana difícilmente renunciará a ella. Júzguenlo por los dos hechos que siguen.

—Veamos los hechos, Paganel —dijo Glenarvan.

—El primero lo recogen las crónicas de la Compañía de Jesús en Brasil. Un misionero portugués encontró un día a una anciana brasileña muy enferma. Solo le quedaban unos días de vida. El jesuita la instruyó en las verdades del cristianismo, que la moribunda admitió sin discutir. Luego, tras el alimento del alma, pensó en el alimento del cuerpo, y ofreció a su penitente algunas golosinas europeas. «¡Ay! —respondió la anciana—, mi estómago no puede soportar ningún tipo de alimento. Solo hay una cosa que me gustaría probar; pero, por desgracia, nadie aquí podría procurármela. —¿Qué es? —preguntó el jesuita. —¡Ah, hijo mío! ¡Es la mano de un niño pequeño! Me parece que podría roerle los huececillos con placer.»

—¡Ah, vamos! ¿Pero es que está buena? —preguntó Robert.

—Mi segunda historia te responderá, muchacho —repuso Paganel—. Un día, un misionero reprochaba a un caníbal esa horrible costumbre, contraria a las leyes divinas, de comer carne humana. «¡Y además debe de estar malo!» —añadió—. «¡Ah, padre! —respondió el salvaje lanzando una mirada de codicia al misionero—. ¡Diga que Dios lo prohíbe! ¡Pero no diga que está malo! ¡Si tan sólo hubiera usted comido de ella!...»

Capítulo VII. Donde por fin se toca tierra en un lugar que convendría evitar

Los hechos narrados por Paganel eran indiscutibles.

La crueldad de los neozelandeses no podía ponerse en duda. Por tanto, había peligro en desembarcar.

Pero aunque hubiera sido cien veces mayor, ese peligro había que afrontarlo. John Mangles sentía la necesidad de abandonar sin demora un navío abocado a una próxima destrucción. Entre dos peligros, uno cierto, otro sólo probable, no había vacilación posible.

En cuanto a esa posibilidad de ser recogidos por un barco, no era razonable contar con ella. El *Macquarie* no estaba en la ruta de los navíos que buscan las costas de Nueva Zelanda.

Se dirigen más arriba a Auckland, o más abajo a New Plymouth. Pues bien, el encallamiento había tenido lugar precisamente entre esos dos puntos, en la parte desierta de las riberas de Ika-Na-Maoui. Costa mala, peligrosa, de mala fama. Los barcos no tienen más cuidado que evitarla, y, si el viento los lleva hacia allí, alejarse de ella lo más rápidamente posible.

—¿Cuándo partiremos? —preguntó Glenarvan.

—Mañana por la mañana, a las diez —respondió John Mangles—. La marea comenzará a subir y nos llevará a tierra.

Al día siguiente, 5 de febrero, a las ocho, la construcción de la balsa estaba terminada. John había puesto todo su cuidado en el establecimiento del aparejo.

La cofa del trinquete, que sirvió para el fondeo de las anclas, no podía bastar para transportar pasajeros y víveres. Se necesitaba un vehículo sólido, manejable, capaz de resistir al mar durante una navegación de nueve millas. El arbolado era lo único que podía proporcionar los materiales necesarios para su construcción.

Wilson y Mulrady se habían puesto a la obra. El aparejo fue cortado a la altura de las vigotas, y bajo los golpes de hacha, el palo mayor, atacado por el pie, cayó por encima de las batayolas de estribor que crujieron bajo su caída. El *Macquarie* quedó entonces rasado como un pontón.

El palo bajo, los masteleros y los mastelillos fueron serrados y separados. Las principales piezas de la balsa flotaban ya. Se reunieron con los restos del palo de trinquete, y esos espares fueron atados sólidamente entre sí. John tuvo cuidado de colocar en los intersticios media docena de barricas vacías, que debían elevar el aparejo sobre el agua.

Sobre esa primera estructura sólidamente establecida, Wilson había colocado una especie de suelo enrejado hecho de enjaretados. Las olas podían, pues, romper sobre la balsa sin permanecer en ella, y los pasajeros debían estar a resguardo de la humedad. Por otra parte, pipas de agua, sólidamente trincadas, formaban una especie de pavés circular que protegía la cubierta contra las grandes olas.

Esa mañana, John, viendo el viento favorable, hizo instalar en el centro del aparejo la verga del juanete menor a guisa de palo. La mantuvieron obenques y se le dotó de una vela de fortuna. Un gran remo de pala ancha, fijado a popa, permitía gobernar el aparejo si el viento le imprimía suficiente velocidad.

Así, esa balsa, establecida en las mejores condiciones, podía resistir las sacudidas del oleaje. Pero ¿gobernaría, llegaría a la costa si el viento viraba? Era la cuestión. A las nueve comenzó la carga.

En primer lugar, los víveres fueron embarcados en cantidad suficiente para durar hasta Auckland, pues no había que contar con las producciones de esa tierra ingrata.

La despensa particular de Olbinett proporcionó algunas carnes en conserva, lo que quedaba de las provisiones compradas para la travesía del *Macquarie*. Poco, en suma. Hubo que recurrir a los víveres ordinarios del

barco, galletas de mar de mediocre calidad y dos barricas de pescado en salazón. El *stewart* estaba sumamente avergonzado de ello.

Esas provisiones fueron encerradas en cajas herméticamente cerradas, estancas e impenetrables al agua de mar, y luego bajadas y sujetas con fuertes trincanotes al pie del palo de fortuna. Las armas y las municiones fueron puestas en lugar seguro y seco.

Muy afortunadamente, los viajeros iban bien armados de carabinas y revólveres.

También se embarcó un ancla ligera para el caso en que John, sin poder alcanzar tierra en una marea, se viese obligado a fondear en alta mar.

A las diez, la marea comenzó a dejarse sentir. La brisa soplaba débilmente del noroeste. Una ligera marejada ondulaba la superficie del mar.

—¿Estamos listos? —preguntó John Mangles.

—Todo está listo, capitán —respondió Wilson.

—¡Embarca! —gritó John.

Lady Helena y Mary Grant bajaron por una tosca escala de cuerda y se instalaron al pie del palo sobre las cajas de víveres, con sus compañeros cerca de ellas. Wilson tomó el timón. John se colocó en los tomadores de la vela, y Mulrady cortó el amarre que retenía la balsa a los flancos del bergantín.

La vela fue desplegada, y el aparejo comenzó a dirigirse hacia tierra bajo la doble acción de la marea y el viento.

La costa quedaba a nueve millas, distancia mediocre que un bote provisto de buenos remos habría franqueado en tres horas. Pero con la balsa había que descontar mucho. Si el viento aguantaba, quizás podría alcanzarse tierra en una sola marea. Pero si la brisa amainaba, el reflujo se los llevaría, y sería necesario fondear para esperar la marea siguiente. Asunto grave, que no dejaba de preocupar a John Mangles.

Sin embargo, esperaba lograrlo. El viento refrescaba.

Habiendo comenzado la marea a las diez, debían haber tocado tierra a las tres, so pena de echar el ancla o de ser llevados mar adentro por la marea descendente.

El comienzo de la travesía fue venturoso. Poco a poco, las cabezas negras de los arrecifes y el tapiz amarillo de los bancos desaparecieron bajo el avance de la marejada y de la marea.

Una gran atención, una extrema habilidad, resultaron necesarias para evitar esos rompientes sumergidos y dirigir un aparejo poco sensible al timón y propenso a las desviaciones.

Al mediodía, aún se hallaba a cinco millas de la costa.

Un cielo bastante despejado permitía distinguir los principales accidentes del terreno. Al nordeste se alzaba un monte de dos mil quinientos pies de altura. Se recortaba en el horizonte de un modo extraño, y su silueta reproducía el perfil grimazante de una cabeza de mono con la nuca echada hacia atrás.

Era el Pirongia, situado exactamente, según la carta, en el trigésimo octavo paralelo.

A las doce y media, Paganel hizo notar que todos los escollos habían desaparecido bajo la marea creciente.

—Salvo uno —respondió lady Helena.

—¿Cuál, señora? —preguntó Paganel.

—Allí —respondió lady Helena, señalando un punto negro a una milla por delante.

—En efecto —respondió Paganel—. Intentemos fijar su posición para no dar sobre él, pues la marea no tardará en cubrirlo.

—Está justamente por la arista norte de la montaña —dijo John Mangles —. Wilson, cuida de pasar por fuera.

—Sí, capitán —respondió el marinero, haciendo fuerza con todo su peso sobre el gran remo de popa.

En media hora se ganó media milla. Pero, cosa extraña, el punto negro emergía todavía de las olas.

John lo observaba atentamente y, para verlo mejor, tomó prestado el anteojo de Paganel.

—No es un arrecife —dijo, tras un instante de examen—; es un objeto flotante que sube y baja con la marejada.

—¿No será un trozo del arbolado del *Macquarie*? —preguntó lady Helena.

—No —respondió Glenarvan—, ningún resto pudo derivar tan lejos del navío.

—¡Esperad! —exclamó John Mangles—. Lo reconozco, ¡es el bote!

—¡El bote del bergantín! —dijo Glenarvan.

—Sí, milord. ¡El bote del bergantín, con la quilla al aire!

—¡Los infelices! —exclamó lady Helena—. ¡Han perecido!

—Sí, señora —respondió John Mangles—, y tenían que perecer, pues en medio de esos rompientes, sobre un mar agitado, en esa noche cerrada, corrían hacia una muerte segura.

—¡Que el cielo se haya apiadado de ellos! —murmuró Mary Grant.

Durante algunos instantes, los pasajeros permanecieron en silencio. Contemplaban esa frágil embarcación que se aproximaba. Evidentemente había zozobrado a cuatro millas de tierra, y de los que la tripulaban, sin duda no se había salvado ninguno.

—Pero ese bote puede sernos útil —dijo Glenarvan.

—En efecto —respondió John Mangles—. Pon el rumbo sobre él, Wilson.

La dirección de la balsa fue modificada, pero la brisa fue cayendo poco a poco, y no se alcanzó la embarcación antes de las dos.

Mulrady, colocado en la proa, paró el choque, y el bote zozobrado vino a colocarse a lo largo de la borda.

—¿Vacío? —preguntó John Mangles.

—Sí, capitán —respondió el marinero—, el bote está vacío, y sus bordas se han abierto. No puede, pues, sernos útil.

—¿No puede sacarse ningún partido de él? —preguntó Mac Nabbs.

—Ninguno —respondió John Mangles—. Es un despojo bueno para quemar.

—Lo lamento —dijo Paganel—, pues ese bote podría habernos llevado hasta Auckland.

—Hay que resignarse, señor Paganel —respondió John Mangles—. Por lo demás, en un mar tan agitado, todavía prefiero nuestra balsa a esa frágil embarcación. ¡Un ligero choque bastó para hacerla pedazos! Así pues, milord, ya no tenemos nada que hacer aquí.

—Cuando quieras, John —dijo Glenarvan.

—En marcha, Wilson —repuso el joven capitán—, y derecho a la costa.

La marea debía subir todavía durante una hora aproximadamente. Se pudo franquear una distancia de dos millas.

Pero entonces la brisa cayó casi por completo y pareció tener cierta tendencia a levantarse de tierra. La balsa quedó inmóvil. Incluso comenzó pronto a derivar hacia alta mar empujada por el reflujo. John no podía vacilar un segundo.

—¡Fondea! —gritó.

Mulrady, preparado para ejecutar esa orden, dejó caer el ancla en cinco brazas de fondo. La balsa retrocedió dos toesas sobre el orinque fuertemente tenso.

Recogida la vela de fortuna, se tomaron las disposiciones para una estación bastante larga.

En efecto, la marea no debía invertirse antes de las nueve de la noche, y puesto que John Mangles no quería navegar de noche, estaba fondeado allí hasta las cinco de la mañana. La tierra estaba a la vista a menos de tres millas.

Una marejada bastante fuerte levantaba las olas, y parecía, con un movimiento continuo, llevar hacia la costa.

Así que Glenarvan, cuando supo que se pasaría la noche entera a bordo, preguntó a John por qué no aprovechaba las ondulaciones de esa marejada para acercarse a la costa.

—Vuestra señoría —respondió el joven capitán— está engañado por una ilusión óptica. Aunque parezca moverse, la marejada no se mueve. Es un balanceo de las moléculas líquidas, nada más. Echad un trozo de madera en medio de esas olas, y veréis que permanecerá estacionario mientras el reflujo no se deje sentir. No nos queda, pues, más que tener paciencia.

—Y cenar —añadió el mayor.

Olbinett sacó de una caja de víveres algunos trozos de carne seca y una docena de galletas. El *stewart* se ruborizaba de ofrecer a sus señores tan exiguo menú. Pero fue aceptado con buena gracia, incluso por las viajeras, a quienes los bruscos movimientos del mar no ponían en modo alguno en disposición de apetito. En efecto, esos golpes de la balsa, que hacía frente a la marejada sacudiendo su cable, eran de una brutalidad fatigante. El aparejo, incesantemente zarandeado sobre olas cortas y caprichosas, no se habría golpeado más violentamente contra las aristas vivas de una roca submarina. A veces se llegaba a creer que tocaba. El orinque trabajaba intensamente, y de media en media hora John le dejaba escapar una braza para refrescarlo. Sin esa precaución, inevitablemente se habría roto, y la balsa, abandonada a sí misma, se habría perdido mar adentro.

Las aprensiones de John serán, pues, fácilmente comprendidas. O su orinque podía romperse, o su ancla garrar, y en ambos casos estaba en peligro.

La noche se acercaba. Ya el disco del sol, alargado por la refracción y de un rojo de sangre, iba a desaparecer tras el horizonte. Las últimas líneas de agua resplandecían al oeste y centelleaban como capas de plata líquida. Por ese lado, todo era cielo y agua, salvo un punto claramente definido, el casco del *Macquarie* inmóvil sobre su bajo-fondo.

El rápido crepúsculo retrasó apenas unos minutos la formación de las tinieblas, y pronto la tierra, que limitaba los horizontes del este y del norte, se fundió en la noche.

¡Situación plena de angustias la de esos náufragos, sobre esa estrecha balsa, invadidos por la oscuridad! Unos se durmieron en un sopor ansioso y propicio a las pesadillas, otros no pudieron encontrar una hora de sueño. Al despuntar el día, todos estaban rendidos por las fatigas de la noche.

Con la marea creciente, el viento volvió de alta mar. Eran las seis de la mañana. El tiempo apremiaba. John tomó sus disposiciones para zarpar.

Ordenó levar el ancla. Pero las uñas del ancla, bajo las sacudidas del cable, se habían incrustado profundamente en la arena. Sin molinete, e incluso con los aparejos de labor que Wilson instaló, fue imposible arrancarla.

Media hora transcurrió en vanos intentos.

John, impaciente por zarpar, hizo cortar el orinque, abandonando su ancla y privándose de toda posibilidad de fondear en un caso urgente, si la marea no bastaba para ganar la costa. Pero no quiso tardar más, y un golpe de hacha entregó la balsa al capricho de la brisa, ayudada de una corriente de dos nudos por hora.

La vela fue largada. Se derivó lentamente hacia tierra, que se perfilaba en masas grisáceas sobre un fondo de cielo iluminado por el sol naciente. Los arrecifes fueron hábilmente evitados y doblados. Pero, bajo la brisa insegura de alta mar, el aparejo no parecía acercarse a la orilla. ¡Cuántas penalidades para llegar a esa Nueva Zelanda que era tan peligroso abordar!

A las nueve, sin embargo, la tierra quedaba a menos de una milla. Los rompientes la erizaban. Era muy acantilada. Fue preciso descubrir en ella un aterrizaje practicable. El viento fue cediendo poco a poco y cesó por completo. La vela inerte golpeaba el palo y lo fatigaba. John hizo recogerla. Solo la marea portaba la balsa hacia la costa, pero había que renunciar a gobernarla, y enormes algas retrasaban todavía su marcha.

A las diez, John se vio poco más o menos estacionario, a tres cabezas de cable de la orilla. Sin ancla que fondear.

¿Iba a ser empujado mar adentro por el reflujo?

John, con las manos crispadas, el corazón devorado por la inquietud, lanzaba una mirada hosca a esa tierra inaccesible.

Por fortuna, —por fortuna esta vez—, se produjo un golpe. La balsa se detuvo. Acababa de encallar en pleamar, sobre un fondo de arena a veinticinco brazas de la costa.

Glenarvan, Robert, Wilson, Mulrady, se arrojaron al agua. La balsa fue sujetada sólidamente con amarras en los escollos vecinos. Las viajeras, llevadas de brazo en brazo, alcanzaron tierra sin haber mojado un pliegue de sus vestidos, y pronto todos, con armas y víveres, pusieron definitivamente pie en esas temibles riberas de Nueva Zelanda.

Capítulo VIII. El presente del país donde uno está

Glenarvan habría querido, sin perder una hora, seguir la costa y remontar hacia Auckland. Pero desde la mañana, el cielo se había cargado de grandes nubes, y hacia las once, tras el desembarco, los vapores se condensaron en lluvia violenta. De ahí la imposibilidad de ponerse en camino y la necesidad de buscar un refugio.

Wilson descubrió muy a propósito una gruta excavada por el mar en las rocas basálticas de la orilla.

Los viajeros se refugiaron allí con armas y provisiones. Allí se encontraba toda una cosecha de alga marina seca, antaño almacenada por las olas.

Era una cama natural de la que se aprovecharon.

Algunos trozos de madera fueron apilados a la entrada de la gruta, luego encendidos, y cada cual se secó lo mejor que pudo.

John esperaba que la duración de esa lluvia diluviana fuese en razón inversa de su violencia.

No fue así. Las horas transcurrieron sin traer modificación alguna al estado del cielo. El viento refrescó hacia el mediodía y acrecentó aún la borrasca.

Este contratiempo habría impacientado al más paciente de los hombres. Pero ¿qué hacer? Habría sido locura arrostrar sin vehículo semejante tempestad. Por lo demás, unos pocos días debían bastar para llegar a Auckland, y un retraso de doce horas no podía perjudicar a la expedición, siempre que los indígenas no llegasen.

Durante esa parada forzosa, la conversación giró en torno a los incidentes de la guerra de que Nueva Zelanda era entonces el teatro. Pero para comprender y apreciar la gravedad de las circunstancias en que se hallaban arrojados los náufragos del *Macquarie*, es preciso conocer la historia de esa lucha que ensangrentaba entonces la isla de Ika-Na-Maoui.

Desde la llegada de Abel Tasman al estrecho de Cook, el 16 de diciembre de 1642, los neozelandeses, visitados a menudo por los navíos europeos, habían permanecido libres en sus islas independientes. Ninguna potencia europea pensaba en apoderarse de ese archipiélago que domina los mares del Pacífico. Solo los misioneros, establecidos en esos diversos puntos, aportaban a esas nuevas tierras los beneficios de la civilización cristiana. Algunos de ellos, sin embargo, y especialmente los anglicanos, preparaban a los jefes zelandeses para doblegarse bajo el yugo de Inglaterra. Éstos, hábilmente ganados, firmaron una carta dirigida a la reina Victoria para reclamar su protección. Pero los más clarividentes presentían la torpeza de esa gestión, y uno de ellos, tras haber estampado sobre la carta la imagen de su tatuaje, pronunció estas proféticas palabras: «Hemos perdido nuestro país; en adelante ya no es nuestro; pronto vendrá el extranjero a adueñarse de él y seremos sus esclavos.»

En efecto, el 29 de enero de 1840, la corbeta *Herald* llegaba a la Bahía de las Islas, al norte de Ika-Na-Maoui. El capitán de navío Hobson desembarcó en el pueblo de Korora-Reka. Los habitantes fueron invitados a reunirse en asamblea general en la iglesia protestante. Allí se leyeron los títulos que el capitán Hobson tenía de la reina de Inglaterra.

El 5 de enero siguiente, los principales jefes zelandeses fueron convocados en casa del residente inglés en el pueblo de Païa. El capitán Hobson intentó obtener su sumisión, diciendo que la reina había enviado tropas y barcos para protegerlos, que sus derechos quedaban garantizados, que su libertad permanecía íntegra. Sin embargo, sus propiedades debían pertenecer a la reina Victoria, a quien estaban obligados a vendérselas.

La mayoría de los jefes, encontrando la protección demasiado cara, se negó a aceptarla. Pero las promesas y los regalos ejercieron más poder sobre esas naturalezas salvajes que las grandiosas palabras del capitán Hobson, y la toma de posesión fue confirmada. Desde ese año 1840 hasta el día en que el *Duncan* abandonó el golfo del Clyde, ¿qué ocurrió? Nada que

Jacques Paganel no supiese, nada de lo que no estuviese dispuesto a instruir a sus compañeros.

—Señora —respondió a las preguntas de lady Helena—, le repetiré lo que ya he tenido ocasión de decir: que los neozelandeses forman una población valerosa que, tras haber cedido un instante, resiste palmo a palmo los avances de Inglaterra. Las tribus de los maoríes están organizadas como los antiguos clanes de Escocia. Son otras tantas grandes familias que reconocen un jefe muy celoso de una completa deferencia hacia su persona. Los hombres de esta raza son orgullosos y valientes, unos de gran estatura, con el cabello liso, semejantes a los malteses o a los judíos de Bagdad, y de raza superior; otros más pequeños, rechonchos, parecidos a los mulatos, pero todos robustos, altaneros y guerreros. Han tenido un jefe célebre llamado Hihi, un verdadero Vercingétorix. No os extrañará, pues, que la guerra con los ingleses se eternice en el territorio de Ika-Na-Maoui, pues allí se encuentra la famosa tribu de los Waikatos, que William Thompson arrastra a la defensa del suelo.

—Pero los ingleses —preguntó John Mangles—, ¿no son dueños de los principales puntos de Nueva Zelanda?

—Sin duda, querido John —respondió Paganel—. Tras la toma de posesión del capitán Hobson, convertido desde entonces en gobernador de la isla, nueve colonias se fundaron poco a poco, de 1840 a 1862, en las posiciones más ventajosas. De ahí, nueve provincias: cuatro en la isla del norte, las provincias de Auckland, de Taranaki, de Wellington y de Hawkes-Bay; cinco en la isla del sur, las provincias de Nelson, de Marlborough, de Canterbury, de Otago y de Southland, con una población general de ciento ochenta mil trescientos cuarenta y seis habitantes, al 30 de junio de 1864. Ciudades importantes y comerciales han surgido por todas partes. Cuando lleguemos a Auckland, os veréis obligados a admirar sin reservas la situación de esa Corinto del sur, que domina su estrecho istmo tendido como un puente sobre el océano Pacífico, y que cuenta ya doce mil habitantes. Al oeste, New Plymouth; al este, Ahuhiri; al sur, Wellington, son ya ciudades florecientes y frecuentadas. En la isla de Tawai-Pounamou, tendríais el embarazo de la elección entre Nelson, ese Montpellier de las antípodas, ese jardín de Nueva Zelanda, Picton en el estrecho de Cook, Christchurch, Invercargill y Dunedin, en esa opulenta provincia de Otago donde afluyen los buscadores de oro de todo el mundo. Y observad que no

se trata aquí de un conjunto de pocas chozas, de una aglomeración de familias salvajes, sino de verdaderas ciudades, con puertos, catedrales, bancos, diques, jardines botánicos, museos de historia natural, sociedades de aclimatación, periódicos, hospitales, establecimientos de beneficencia, institutos filosóficos, logias de francmasones, clubs, sociedades corales, teatros y palacios de exposición universal, ¡ni más ni menos que en Londres o en París! Y si mi memoria no me falla, es en 1865, este mismo año, y quizás en el momento mismo en que os hablo, cuando los productos industriales del globo entero están expuestos en un país de antropófagos.

—¡Cómo! ¿A pesar de la guerra con los indígenas? —preguntó lady Helena.

—¡Los ingleses se preocupan mucho de una guerra, señora! —replicó Paganel—. ¡Se baten y exponen al mismo tiempo! Eso no les perturba. Incluso construyen ferrocarriles bajo el fusil de los neozelandeses. En la provincia de Auckland, el ferrocarril de Drury y el ferrocarril de Mere-Mere cortan los principales puntos ocupados por los sublevados. Me jugaría a que los obreros hacen fuego desde lo alto de las locomotoras.

—Pero ¿en qué punto está esa interminable guerra? —preguntó John Mangles.

—Hace ya seis largos meses que abandonamos Europa —respondió Paganel—, no puedo saber, pues, lo que ha ocurrido desde nuestra partida, salvo algunos hechos, sin embargo, que leí en los periódicos de Maryborough y de Seymour durante nuestra travesía de Australia. Pero en esa época se combatía con fuerza en la isla de Ika-Na-Maoui.

—¿Y en qué época comenzó esa guerra? —dijo Mary Grant.

—Querréis decir «recomenzó», querida señorita —respondió Paganel—, pues una primera insurrección tuvo lugar en 1845. Fue hacia finales de 1863; pero mucho antes, los maoríes se preparaban a sacudir el yugo de la dominación inglesa. El partido nacional de los indígenas mantenía una activa propaganda para conseguir la elección de un jefe maorí. Quería hacer rey al viejo Potatau, y de su pueblo situado entre los ríos Waikato y Waipa, la capital del nuevo reino. Ese Potatau no era sino un anciano más astuto que atrevido, pero tenía un primer ministro enérgico e inteligente, descendiente de la tribu de esos Ngatihahuas que habitaban el istmo de Auckland antes de

la ocupación extranjera. Ese ministro, llamado William Thompson, se convirtió en el alma de esa guerra de independencia. Organizó hábilmente tropas maorías. Bajo su inspiración, un jefe de Taranaki reunió en un mismo pensamiento las tribus dispersas; otro jefe del Waikato formó la asociación de la «land league», una verdadera liga del bien público, destinada a impedir que los indígenas vendiesen sus tierras al gobierno inglés; se celebraron banquetes, como en los países civilizados que preludian a una revolución. Los periódicos británicos comenzaron a destacar esos síntomas alarmantes, y el gobierno se inquietó seriamente por las maquinaciones de la «land league». En suma, los ánimos estaban encendidos, la mina lista para estallar. Solo faltaba la chispa, o más bien el choque de dos intereses para producirla.

—¿Y ese choque?... —preguntó Glenarvan.

—Tuvo lugar en 1860 —respondió Paganel—, en la provincia de Taranaki, en la costa suroeste de Ika-Na-Maoui. Un indígena poseía seiscientos acres de tierra en las cercanías de New Plymouth. Los vendió al gobierno inglés. Pero cuando los agrimensores se presentaron para medir el terreno vendido, el jefe Kingi protestó, y, en el mes de marzo, construyó sobre los seiscientos acres en litigio un campamento defendido por altas empalizadas. Pocos días después, el coronel Gold tomó ese campamento al frente de sus tropas, y ese mismo día se disparó el primer tiro de la guerra nacional.

—¿Son numerosos los maoríes? —preguntó John Mangles.

—La población maorí ha quedado muy reducida desde hace un siglo —respondió el geógrafo—. En 1769, Cook la estimaba en cuatrocientos mil habitantes. En 1845, el censo del *protectorado indígena* la rebajaba a ciento nueve mil. Las matanzas civilizadoras, las enfermedades y el aguardiente la han diezmado; pero en las dos islas quedan todavía noventa mil naturales, de los cuales treinta mil guerreros que mantendrán en jaque durante mucho tiempo a las tropas europeas.

—¿La rebelión ha tenido éxito hasta hoy? —dijo lady Helena.

—Sí, señora, y los propios ingleses han admirado con frecuencia el valor de los neozelandeses. Éstos hacen una guerra de guerrillas, intentan escaramuzas, se arrojan sobre los pequeños destacamentos, saquean las haciendas

de los colonos. El general Cameron no se sentía a gusto en esas campiñas en que había que batir todos los matorrales. En 1863, tras una lucha larga y sangrienta, los maoríes ocupaban una gran posición fortificada en el alto Waikato, en el extremo de una cadena de colinas escarpadas, cubierta por tres líneas de defensa.

» Profetas llamaban a toda la población maorí a la defensa del suelo y prometían el exterminio de los «pakeka», es decir, de los blancos. Tres mil hombres se disponían a la lucha bajo las órdenes del general Cameron, y ya no daban cuartel a los maoríes, desde el bárbaro asesinato del capitán Sprent. Sangrientas batallas tuvieron lugar.

» Algunas duraron doce horas, sin que los maoríes cediesen ante los cañones europeos. Era la feroz tribu de los Waikatos, bajo las órdenes de William Thompson, quien formaba el núcleo del ejército independiente. Ese general indígena mandó primero a dos mil quinientos guerreros, luego a ocho mil.

» Los súbditos de Shongi y de Heki, dos temibles jefes, vinieron en su auxilio. Las mujeres, en esa guerra santa, tomaron parte en las más rudas fatigas.

» Pero el buen derecho no tiene siempre las mejores armas. Tras combates sangrientos, el general Cameron logró someter el distrito del Waikato, un distrito vacío y despoblado, pues los maoríes le escaparon por todas partes. Se dieron admirables hazañas de guerra. Cuatrocientos maoríes encerrados en la fortaleza de Orakan, sitiados por mil ingleses a las órdenes del general de brigada Carey, sin víveres, sin agua, se negaron a rendirse. Y un día, en pleno mediodía, se abrieron paso a través del 40.º regimiento diezmado y se salvaron en los pantanos.

—¿Pero la sumisión del distrito del Waikato —preguntó John Mangles— terminó esa sangrienta guerra?

—No, amigo mío —respondió Paganel—. Los ingleses han resuelto marchar sobre la provincia de Taranaki y asediar Mataitawa, la fortaleza de William Thompson. Pero no se apoderarán de ella sin considerables pérdidas. En el momento de abandonar París, había sabido que el gobernador y el general acababan de aceptar la sumisión de las tribus Taranga, y que les dejaban las tres cuartas partes de sus tierras. Se decía también que el principal

jefe de la rebelión, William Thompson, pensaba rendirse; pero los periódicos australianos no han confirmado esa noticia; al contrario. Es probable, pues, que en este mismo momento la resistencia se organice con nuevo vigor.

—Y según su opinión, Paganel —dijo Glenarvan—, esa lucha tendría por teatro las provincias de Taranaki y de Auckland.

—Así lo creo.

—¿Esa misma provincia en que nos ha arrojado el naufragio del *Macquarie*?

—Exactamente. Hemos tomado tierra a unas pocas millas por encima del puerto de Kawhia, donde debe ondear todavía el pabellón nacional de los maoríes.

—Entonces, será prudente remontar hacia el norte —dijo Glenarvan.

—Muy prudente, en efecto —respondió Paganel—. Los neozelandeses están furiosos contra los europeos, y particularmente contra los ingleses. Así que evitemos caer en sus manos.

—Quizás encontraremos algún destacamento de tropas europeas —dijo lady Helena—. Sería una buena fortuna.

—Quizás, señora —respondió el geógrafo—, pero no lo espero. Los destacamentos aislados no recorren de buen grado el campo cuando el menor matorral, la más frágil maleza oculta a un diestro tirador. No cuento, pues, con una escolta de soldados del 40.º regimiento. Pero en la costa oeste que vamos a seguir hay establecidas algunas misiones, y podemos fácilmente hacer etapas de una a otra hasta Auckland. Pienso incluso en alcanzar esa ruta que recorrió el señor De Hochstetter siguiendo el curso del Waikato.

—¿Era un viajero, señor Paganel? —preguntó Robert Grant.

—Sí, muchacho, un miembro de la comisión científica embarcada a bordo de la fragata austríaca *la Novara* durante su viaje de circunnavegación en 1858.

—Señor Paganel —repuso Robert, cuyos ojos se encendían ante el pensamiento de las grandes expediciones geográficas—, ¿tiene Nueva Zelanda

viajeros célebres como Burke y Stuart en Australia?

—Algunos, hijo mío, como el doctor Hooker, el profesor Brizard, los naturalistas Dieffenbach y Julius Haast; pero aunque varios de ellos hayan pagado con la vida su aventurera pasión, son menos célebres que los viajeros australianos o africanos.

—¿Y conoce usted su historia? —preguntó el joven Grant.

—¡Vaya si la conozco, muchacho!, y como veo que te mueres de ganas de saber tanto como yo, voy a contártela.

—Gracias, señor Paganel, le escucho.

—Y nosotros también le escuchamos —dijo lady Helena—. No es la primera vez que el mal tiempo nos habrá obligado a instruirnos. Hable para todos, señor Paganel.

—A sus órdenes, señora —respondió el geógrafo—, pero mi relato no será largo. No se trata aquí de esos audaces descubridores que luchaban cuerpo a cuerpo con el minotauro australiano. Nueva Zelanda es un país demasiado poco extenso para defenderse de las investigaciones del hombre. Así que mis héroes no han sido viajeros, en sentido estricto, sino simples turistas, víctimas de los accidentes más prosaicos.

—¿Y cómo se llaman?... —preguntó Mary Grant.

—El geómetra Witcombe, y Charlton Howitt, ese mismo que encontró los restos de Burke en la memorable expedición que os referí durante nuestra parada a orillas del Wimerra. Witcombe y Howitt comandaban sendas exploraciones en la isla de Tawai-Pounamou.

» Ambos partieron de Christchurch, en los primeros meses de 1863, para descubrir diferentes pasos a través de las montañas del norte de la provincia de Canterbury. Howitt, franqueando la cadena en el límite septentrional de la provincia, estableció su cuartel general en el lago Brunner; Witcombe, por el contrario, encontró en el valle del Rakaia un paso que desembocaba al este del monte Tyndall. Witcombe tenía un compañero de viaje, Jacob Louper, que publicó en el *lyttleton-times* el relato del viaje y de la catástrofe. Por lo que recuerdo, el 22 de abril de 1863 los dos exploradores se hallaban al pie de un glaciar donde el Rakaia tiene su fuente. Subieron hasta la cima del monte y se aventuraron en busca de nuevos pasos. Al día

siguiente, Witcombe y Louper, agotados de fatiga y de frío, acampaban sobre una espesa nevada a cuatro mil pies sobre el nivel del mar. Durante siete días erraron por las montañas, en el fondo de valles cuyos escarpados muros no ofrecían ninguna salida; a menudo sin fuego, a veces sin alimento, con el azúcar convertido en jarabe, las galletas reducidas a una pasta húmeda, los trajes y las mantas chorreando agua de lluvia, devorados por los insectos, haciendo largas jornadas de tres millas y pequeñas jornadas durante las cuales apenas ganaban doscientas yardas. Por fin, el 29 de abril, encontraron una cabaña de maoríes y, en un huerto, unos puñados de patatas. Fue la última comida que los dos amigos compartieron. Por la tarde, alcanzaron la orilla del mar, cerca de la desembocadura del Taramakau. Se trataba de pasar a su orilla derecha, con el fin de dirigirse al norte hacia el río Grey. El Taramakau era profundo y ancho.

» Louper, tras una hora de búsqueda, encontró dos pequeñas canoas estropeadas que reparó lo mejor que pudo y que ató la una a la otra. Los dos viajeros se embarcaron hacia la tarde. Pero apenas llegados al medio de la corriente, las canoas se llenaron de agua.

» Witcombe se arrojó al agua y regresó nadando a la orilla izquierda. Jacob Louper, que no sabía nadar, se quedó aferrado a la canoa. Eso fue lo que le salvó, pero no sin peripecias. El infeliz fue empujado hacia los rompientes.

» Una primera ola lo hundió al fondo del mar. Una segunda lo trajo a la superficie. Fue golpeado contra las rocas. Había llegado la noche más sombría. La lluvia caía a torrentes. Louper, con el cuerpo ensangrentado e hinchado por el agua de mar, permaneció así zarandeado durante varias horas. Por fin, la canoa chocó contra tierra firme, y el náufrago, privado de sentido, fue arrojado a la orilla. Al día siguiente, al despuntar el día, se arrastró hasta una fuente y advirtió que la corriente lo había llevado a una milla del lugar donde acababa de intentar el paso del río. Se levantó, siguió la costa y encontró pronto al infortunado Witcombe, con el cuerpo y la cabeza hundidos en el barro. Había muerto. Louper, con sus propias manos, cavó una fosa en medio de la arena y enterró el cadáver de su compañero. Dos días después, muriéndose de hambre, fue recogido por unos maoríes hospitalarios, —los hay algunos—, y, el 4 de mayo, llegó al lago Brunner, al campamento de Charlton Howitt, quien, seis semanas más tarde, iba a perecer él mismo como el infortunado Witcombe.

—Sí —dijo John Mangles—, parece que esas catástrofes se encadenan, que un lazo fatal une a los viajeros entre sí, y que todos perecen cuando se rompe el eslabón central.

—Tenéis razón, amigo John —respondió Paganel—, y yo he hecho con frecuencia esa observación. ¿Por qué ley de solidaridad Howitt fue llevado a sucumbir más o menos en las mismas circunstancias? No puede decirse. Charlton Howitt había sido contratado por el señor Wyde, jefe de las obras del gobierno, para trazar un camino practicable para los caballos desde las llanuras de Hurunui hasta la desembocadura del Taramakau. Partió el 1.º de enero de 1863, acompañado de cinco hombres. Cumplió su misión con una inteligencia incomparable, y un camino de cuarenta millas de longitud fue abierto hasta un punto infranqueable del Taramakau. Howitt regresó entonces a Christchurch y, pese al invierno que se acercaba, pidió continuar sus trabajos.

» M. Wyde accedió a ello. Howitt partió de nuevo para aprovisionar su campamento con vistas a pasar la mala estación. Fue por entonces cuando recogió a Jacob Louper. El 27 de junio, Howitt y dos de sus hombres, Robert Little y Henri Mullis, abandonaron el campamento. Cruzaron el lago Brunner. Desde entonces, nadie los ha vuelto a ver. Su canoa, frágil y rasante sobre el agua, fue hallada encallada en la costa. Se los buscó durante nueve semanas, pero en vano, y es evidente que esos desdichados, que no sabían nadar, se ahogaron en las aguas del lago.

—Pero ¿por qué no habrían de estar sanos y salvos en alguna tribu zelandesa? —dijo lady Helena—. Cabe al menos albergar dudas sobre su muerte.

—¡Ay, no, señora! —respondió Paganel—. Pues en agosto de 1864, un año después de la catástrofe, no habían reaparecido... Y cuando uno lleva un año sin reaparecer en este país de Nueva Zelanda —murmuró en voz baja —, es que está irrevocablemente perdido.»

Capítulo IX. Treinta millas al norte

El 7 de febrero, a las seis de la mañana, Glenarvan dio la señal de partida. La lluvia había cesado durante la noche. El cielo, acolchado de pequeñas nubes grisáceas, detenía los rayos del sol a tres millas sobre el suelo. La temperatura moderada permitía afrontar las fatigas de una jornada de marcha.

Paganel había medido en el mapa una distancia de ochenta millas entre la punta de Cahua y Auckland; eso suponía un viaje de ocho días, a diez millas por veinticuatro horas. Pero, en lugar de seguir los sinuosos ribazos del mar, le pareció aconsejable dirigirse a treinta millas de allí hasta el confluente del Waikato y el Waipa, en el pueblo de Ngarnavahia.

Por allí pasa el *overland mail track*, camino, por no decir sendero, practicable para carruajes, que atraviesa gran parte de la isla desde Napier, en la bahía Hawkes, hasta Auckland. Así resultaría fácil llegar a Drury y reponerse allí en un excelente hotel que recomienda especialmente el naturalista Hochstetter.

Los viajeros, provistos cada uno de su ración de víveres, comenzaron a rodear los ribazos de la bahía Aotea. Por prudencia, no se alejaban unos de otros, y por instinto, con las carabinas preparadas, vigilaban las onduladas llanuras del este. Paganel, con su excelente mapa en la mano, encontraba un placer de artista en comprobar la exactitud de sus menores detalles.

Durante una parte de la jornada, el pequeño grupo pisó una arena compuesta de restos de conchas bivalvas y huesos de jibia, mezclados en gran proporción con peróxido y protóxido de hierro. Un imán acercado al suelo se hubiera revestido al instante de brillantes cristales.

En el ribero acariciado por la marea creciente retozaban algunos animales marinos, poco inclinados a huir. Las focas, con sus cabezas redondeadas, su frente ancha y curvada, sus ojos expresivos, presentaban una fisonomía dulce e incluso afectuosa. Se comprendía que la fábula, a su modo de poetizar, hubiera convertido en encantadoras sirenas a esos curiosos habitantes de las olas, aunque su voz no fuera más que un gruñido poco armonioso. Estos animales, abundantes en las costas de Nueva Zelanda, son objeto de un activo comercio. Se los pesca por su aceite y su piel.

Entre ellos sobresalían tres o cuatro elefantes marinos, de un gris azulado, y de veinticinco a treinta pies de longitud. Estos enormes anfibios, perezosamente tendidos sobre espesos lechos de algas gigantes, erguían su trompa eréctil y agitaban de manera grotesca los ásperos bigotes largos y retorcidos, auténticos tirabuzones ensortijados como la barba de un dandi. Robert se entretenía contemplando ese interesante mundo cuando exclamó muy sorprendido:

—¡Anda! ¡Esas focas que se comen los cantos!

Y, en efecto, varios de esos animales tragaban las piedras del ribero con una avidez glotona.

—¡Pardiez! ¡El hecho es innegable! —replicó Paganel—. No cabe negar que estos animales pastan los guijarros del ribero.

—Una alimentación singular —dijo Robert—, ¡y de difícil digestión!

—No es para alimentarse, muchacho, sino para lastrar, para lo que estos anfibios tragan piedras. Es un modo de aumentar su peso específico e ir fácilmente al fondo del agua. Una vez regresados a tierra, expulsarán esas piedras sin más ceremonias. Ya verás a éstos zambullirse bajo las olas.

En efecto, pronto media docena de focas, suficientemente lastradas, se arrastraron pesadamente a lo largo del ribero y desaparecieron bajo el líquido elemento.

Pero Glenarvan no podía perder un tiempo precioso aguardando su regreso para observar la operación del deslastre y, para gran pesar de Paganel, se reanudó la marcha interrumpida.

A las diez, alto para almorzar al pie de grandes rocas de basalto dispuestas como dólmenes celtas a orillas del mar. Un banco de ostras proporcionó

gran cantidad de estos moluscos. Las ostras eran pequeñas y de sabor poco agradable. Pero, siguiendo el consejo de Paganel, Olbinett las hizo cocer sobre brasas ardientes, y, así preparadas, las docenas fueron sucediéndose a las docenas durante toda la duración de la comida.

Terminado el alto, se siguió bordeando los ribazos de la bahía. En sus rocas dentadas, en lo alto de sus acantilados, se habían refugiado todo un mundo de aves marinas: fragatas, alcatraces, gaviotas, vastos albatros inmóviles en la punta de los picos más agudos.

A las cuatro de la tarde, se habían recorrido diez millas sin pena ni fatiga. Las viajeras pidieron continuar la marcha hasta la noche. En ese momento, hubo que modificar la dirección del camino; era preciso, rodeando el pie de algunas montañas que aparecían al norte, internarse en el valle del Waipa.

El suelo presentaba a lo lejos el aspecto de inmensas praderas que se extendían hasta perderse de vista, prometiendo una fácil caminata. Pero los viajeros, llegados al lindero de esos campos de verdura, quedaron muy desengañados. El pasto cedía su lugar a un matorral de arbustos de pequeñas flores blancas, entremezclados con esos altos e innumerables helechos que tanto abundan en los terrenos de Nueva Zelanda. Hubo que abrirse camino a través de esos tallos leñosos, y el apuro fue grande. Sin embargo, a las ocho de la noche se rodearon las primeras crestas de las Hakarihoata-Ranges y el campamento se organizó sin demora.

Tras una jornada de catorce millas, era lícito pensar en el descanso. Por lo demás, no había ni carro ni tienda, y fue al pie de magníficos pinos de Norfolk donde cada cual se dispuso a dormir. No faltaban mantas, y sirvieron para improvisar las camas.

Glenarvan tomó rigurosas precauciones para la noche. Él y sus compañeros, bien armados, debieron montar guardia de dos en dos hasta el amanecer. No se encendió ningún fuego. Esas barreras incandescentes son útiles contra las fieras, pero Nueva Zelanda no tiene ni tigre, ni león, ni oso, ningún animal feroz; los neozelandeses, eso sí, los reemplazan sobradamente. Pues bien, un fuego no habría servido más que para atraer a esos jaguares de dos patas.

En fin, la noche fue buena, salvo por unas cuantas moscas de la arena, los «ngamu» en lengua indígena, cuya picadura es muy desagradable, y una os-

ada familia de ratas que roía con entusiasmo los sacos de provisiones.

Al día siguiente, 8 de febrero, Paganel se despertó más confiado y casi reconciliado con el país. Los maoríes, a quienes temía especialmente, no habían aparecido, y esos feroces caníbales ni siquiera le amenazaron en sueños. Así se lo hizo saber a Glenarvan con toda su satisfacción.

—Pienso, pues —le dijo—, que esta pequeña excursión concluirá sin contratiempos. Esta tarde habremos alcanzado el confluente del Waipa y del Waikato, y, una vez pasado ese punto, hay poco que temer de un encuentro con indígenas en el camino de Auckland.

—¿Qué distancia nos queda por recorrer —preguntó Glenarvan— para alcanzar el confluente del Waipa y del Waikato?

—Quince millas, más o menos el mismo camino que hemos hecho ayer.

—Pero nos retrasaremos mucho si esos interminables matorrales continúan obstaculizando los senderos.

—No —respondió Paganel—, seguiremos las orillas del Waipa, y allí no habrá obstáculos, sino al contrario, un camino fácil.

—Partamos, pues —respondió Glenarvan, que vio a las viajeras dispuestas a ponerse en camino.

Durante las primeras horas de esa jornada, los matorrales retrasaron aún la marcha. Ni carro ni caballos habrían podido pasar por donde pasaron los viajeros.

Su vehículo australiano fue, pues, escasamente echado de menos. Hasta el día en que se abran caminos practicables para carruajes a través de sus bosques de plantas, Nueva Zelanda no será practicable más que para los simples viandantes. Los helechos, cuyas especies son innumerables, contribuyen con la misma obstinación que los maoríes a la defensa del suelo nacional.

El pequeño grupo experimentó, pues, mil dificultades para cruzar las llanuras donde se alzan las colinas de Hakarihoata. Pero, antes del mediodía, alcanzó las orillas del Waipa y remontó sin dificultad hacia el norte por los márgenes del río.

Era un encantador valle, surcado de pequeños arroyos de aguas frescas y puras, que corrían alegremente bajo los arbustos. Nueva Zelanda, según el botánico Hooker, ha presentado hasta hoy dos mil especies de vegetales, de las cuales quinientas le pertenecen en exclusiva. Las flores son allí raras, de poco matiz, y hay una escasez casi absoluta de plantas anuales, pero abundancia de heléchos, gramíneas y umbelíferas.

Algunos árboles grandes se elevaban aquí y allá por encima de los primeros planos de la oscura vegetación: «metrosideros» de flores escarlata, pinos de Norfolk, tuyas de ramas comprimidas verticalmente, y una especie de ciprés, el «rimu», no menos sombrío que sus congéneres europeos; todos estos troncos estaban invadidos por numerosas variedades de helechos.

Entre las ramas de los grandes árboles, sobre la superficie de los arbustos, revoloteaban y parloteaban algunas cacatúas, el «kakariki» verde, con una banda roja bajo la garganta, el «taupo», adornado con un hermoso par de patillas negras, y un loro del tamaño de un pato, de plumaje rojizo, con un brillante envés de alas, al que los naturalistas han apodado el «Néstor meridional».

El mayor y Robert pudieron, sin alejarse de sus compañeros, abatir algunas becadas y perdices que se guarecían bajo el sotobosque bajo de las llanuras.

Olbinett, para ganar tiempo, se ocupó de desplumarlas por el camino.

Paganel, por su parte, menos sensible a las cualidades nutritivas de la caza, habría querido apoderarse de algún pájaro propio de Nueva Zelanda. La curiosidad del naturalista acallaba en él el apetito del viajero. Su memoria, si no le engañaba, le traía a la mente las extrañas costumbres del «tui» de los indígenas, al que llaman unas veces «el burlón» por sus incesantes risotadas y otras «el cura» porque lleva una pechera blanca sobre su plumaje negro como una sotana.

—Este *tui* —le decía Paganel al mayor— engorda tanto durante el invierno que llega a enfermar. Ya no puede volar. Entonces se desgarra el pecho a picotazos para deshacerse de su grasa y aligerarse. ¿No os parece singular, Nabbs?

—Tan singular —respondió el mayor— que no me creo ni una sola palabra.

Y Paganel, muy a su pesar, no pudo apoderarse de un solo ejemplar de esos pájaros para mostrarle al incrédulo mayor las sangrientas escarificaciones de su pecho.

Pero tuvo más suerte con un extraño animal que, acosado por el hombre, el gato y el perro, ha huido hacia los parajes deshabitados y tiende a desaparecer de la fauna zelandesa. Robert, fisgoneando como un auténtico hurón, descubrió en un nido formado por raíces entrelazadas un par de gallinas sin alas y sin cola, con cuatro dedos en los pies, un largo pico de becada y una cabellera de plumas blancas por todo el cuerpo. Animales extraños, que parecían marcar la transición entre los ovíparos y los mamíferos.

Era el «kiwi» zelandés, el *apteryx australis* de los naturalistas, que se alimenta indistintamente de larvas, insectos, gusanos o semillas. Este pájaro es exclusivo del país. A duras penas se ha conseguido introducirlo en los jardines zoológicos de Europa. Sus formas a medio esbozar, sus movimientos cómicos, han atraído siempre la atención de los viajeros, y durante la gran exploración en Oceanía del *Astrolabe* y la *Zélée*, Dumont d'Urville fue encargado principalmente por la Academia de Ciencias de traer un ejemplar de estos singulares pájaros. Pero, pese a las recompensas prometidas a los indígenas, no pudo hacerse con un solo kiwi vivo.

Paganel, dichoso con tan buena suerte, ató juntas sus dos gallinas y se las llevó valientemente con la intención de ofrecerlas en homenaje al Jardín de Plantas de París. «*Donado por el Sr. Jacques Paganel*», ya leía el confiado geógrafo esa seductora inscripción en la jaula más bella del establecimiento.

Entretanto, el pequeño grupo descendía sin fatiga por las orillas del Waipa. El paraje estaba desierto; ningún rastro de indígenas, ningún sendero que indicara la presencia del hombre en esas llanuras. Las aguas del río fluían entre altos arbustos o se deslizaban sobre largas orillas de arena. La mirada podía entonces vagar hasta las pequeñas montañas que cerraban el valle por el este. Con sus formas extrañas, sus perfiles perdidos en una niebla engañosa, semejaban animales gigantescos, dignos de los tiempos antediluvianos. Parecía un rebaño entero de enormes cetáceos, sorprendidos por una súbita petrificación. Un carácter esencialmente volcánico se desprendía de esas masas atormentadas. Nueva Zelanda no es, en efecto, más que el producto reciente de un trabajo plutónico. Su emersión sobre las

aguas no cesa de crecer. Ciertos puntos se han elevado una braza desde hace veinte años.

El fuego corre aún a través de sus entrañas, la sacude, la convulsiona, y se escapa en muchos lugares por la boca de los géiseres y el cráter de los volcanes.

A las cuatro de la tarde, nueve millas habían sido animosamente recorridas. Según el mapa que Paganel consultaba sin cesar, el confluente del Waipa y el Waikato debía hallarse a menos de cinco millas. Por allí pasaba el camino de Auckland. Allí se establecería el campamento para la noche. En cuanto a las cincuenta millas que los separaban de la capital, dos o tres días bastaban para recorrerlas, y ocho horas como máximo si Glenarvan encontraba la diligencia, que hace un servicio bimensual entre Auckland y la bahía Hawkes.

—¿Así pues —dijo Glenarvan—, nos veremos aún obligados a acampar durante la próxima noche?

—Sí —respondió Paganel—, pero espero que por última vez.

—Tanto mejor, pues estas son duras pruebas para lady Helena y Mary Grant.

—Y las soportan sin quejarse —añadió John Mangles—. Pero, si no me equivoco, señor Paganel, usted había hablado de un pueblo situado en el confluente de los dos ríos.

—Sí —respondió el geógrafo—, aquí está marcado en el mapa de Johnston. Es Ngarnavahia, a unas dos millas por debajo del confluente.

—¡Pues bien! ¿No podríamos alojarnos allí para pasar la noche? Lady Helena y la señorita Grant no dudarían en hacer dos millas más para encontrar un hotel más o menos decente.

—¡Un hotel! —exclamó Paganel—. ¡Un hotel en un pueblo maorí! ¡Pero si no hay ni posada ni taberna! Ese pueblo no es más que una reunión de chozas indígenas, y lejos de buscar allí refugio, mi opinión es evitarlo con prudencia.

—¡Siempre con sus temores, Paganel! —dijo Glenarvan.

—Mi querido lord, más vale desconfianza que confianza con los maoríes. Ignoro en qué términos están con los ingleses, si la insurrección está sofocada o victoriosa, si no vamos a caer en plena guerra. Pues bien, modestia aparte, gente de nuestra calidad sería una buena presa, y no tengo ningún deseo de conocer a mi pesar la hospitalidad zelandesa. Considero, por tanto, que es prudente evitar ese pueblo de Ngarnavahia, rodearlo, huir de todo encuentro con los indígenas. Una vez en Drury será diferente, y allí nuestras valerosas compañeras podrán reponerse a sus anchas de las fatigas del viaje.

La opinión del geógrafo prevaleció. Lady Helena prefirió pasar una última noche al raso antes que exponer a sus compañeros. Ni Mary Grant ni ella pidieron hacer alto, y siguieron bordeando los márgenes del río.

Dos horas después, las primeras sombras de la tarde comenzaban a descender de las montañas. El sol, antes de desaparecer bajo el horizonte occidental, había aprovechado un repentino claro en las nubes para lanzar algunos tardíos rayos. Las lejanas cimas del este se tiñeron de púrpura con los últimos fuegos del día.

Fue como un rápido saludo dirigido a los viajeros.

Glenarvan y los suyos apresuraron el paso. Conocían la brevedad del crepúsculo bajo esa latitud ya elevada, y cuán rápidamente se produce esa invasión de la noche. Se trataba de alcanzar el confluente de los dos ríos antes de la oscuridad total. Pero una espesa niebla se levantó del suelo y dificultó sobremanera el reconocimiento del camino.

Por fortuna, el oído sustituyó a la vista, que las tinieblas volvían inútil. Pronto un murmullo más pronunciado de las aguas indicó la reunión de los dos ríos en un mismo cauce. A las ocho, el pequeño grupo llegaba a ese punto donde el Waipa se pierde en el Waikato, no sin algunos bramidos de las ondas que chocaban.

—¡El Waikato está ahí! —exclamó Paganel—. Y el camino de Auckland remonta a lo largo de su orilla derecha.

—Lo veremos mañana —respondió el mayor—. Acampemos aquí. Me parece que esas sombras más acentuadas son las de un pequeño soto de árboles que ha crecido allí expresamente para cobijarnos. Cenemos y durmamos.

—Cenemos —dijo Paganel—, pero galletas y carne seca, sin encender fuego. ¡Hemos llegado aquí de incógnito; procuremos partir del mismo modo! Afortunadamente, esta niebla nos vuelve invisibles.

Se alcanzó el soto de árboles y cada cual se ajustó a las prescripciones del geógrafo. La cena fría fue tomada sin ruido, y pronto un profundo sueño se apoderó de los viajeros agotados tras una marcha de quince millas.

Capítulo X. El río nacional

Al día siguiente, al amanecer, una niebla bastante densa reptaba pesadamente sobre las aguas del río. Parte de los vapores que saturaban el aire se había condensado por el enfriamiento y cubría con un espeso nubarrón la superficie de las aguas. Pero los rayos del sol no tardaron en traspasar esas masas vesiculares, que se fundieron bajo la mirada del astro radiante. Las brumosas orillas se despejaron y el curso del Waikato apareció en toda su belleza matinal.

Una lengua de tierra finamente alargada, erizada de arbustos, iba a morir en punta en la reunión de las dos corrientes. Las aguas del Waipa, más impetuosas, rechazaban las aguas del Waikato durante un cuarto de milla antes de confundirse con ellas; pero el río, poderoso y tranquilo, pronto se imponía al rabioso afluente y lo arrastraba apaciblemente en su curso hasta el depósito del Pacífico.

Cuando los vapores se disiparon, apareció una embarcación que remontaba la corriente del Waikato.

Era una canoa de setenta pies de eslora, cinco de manga, tres de puntal, con la proa alzada como una góndola veneciana, tallada por entero en el tronco de un pino *kahikatea*. Un lecho de helechos secos tapizaba el fondo. Ocho remos en la proa la hacían volar sobre la superficie de las aguas, mientras un hombre, sentado en la popa, la dirigía mediante una paleta móvil.

Ese hombre era un indígena de gran estatura, de unos cuarenta y cinco años, de pecho ancho, miembros musculosos, dotado de pies y manos vigorosos. Su frente abombada y surcada de espesos pliegues, su mirada violenta, su fisonomía siniestra hacían de él un personaje temible.

Era un jefe maorí, y de alto rango. Se lo veía en el tatuaje fino y apretado que surcaba su cuerpo y su rostro. De las aletas de su nariz aguileña partían dos espirales negras que, ciñendo sus ojos amarillos, se reunían sobre su frente y se perdían en su magnífica cabellera. Su boca de dientes resplandecientes y su barbilla desaparecían bajo regulares abigarramientos cuyas elegantes volutas se contorneaban hasta su robusto pecho.

El tatuaje, el «moko» de los neozelandeses, es una alta marca de distinción. Solo aquel que ha combatido valerosamente en algunas batallas es digno de esos honoríficos parafes. Los esclavos, la gente del pueblo llano, no pueden aspirar a ellos. Los jefes célebres se reconocen por el acabado, la precisión y la naturaleza del dibujo que reproduce a menudo en sus cuerpos imágenes de animales. Algunos se someten hasta cinco veces a la muy dolorosa operación del moko. Cuanto más ilustre es uno, más «ilustrado» va en este país de Nueva Zelanda.

Dumont d'Urville ha dado curiosos detalles sobre esta costumbre. Ha hecho observar, con razón, que el moko hacía las veces de esos blasones de los que ciertas familias son tan vanas en Europa. Pero señala una diferencia entre estos dos signos de distinción:

Y es que los blasones de los europeos no atestiguan a menudo más que el mérito individual de quien, el primero, supo obtenerlos, sin probar nada respecto al mérito de sus hijos; mientras que los blasones individuales de los neozelandeses testimonian de manera auténtica que, para tener el derecho de llevarlos, han tenido que demostrar un valor personal extraordinario.

Por lo demás, el tatuaje de los maoríes, independientemente de la consideración de que goza, posee una utilidad incontestable. Confiere al sistema cutáneo un aumento de grosor que permite a la piel resistir las inclemencias de las estaciones y las incesantes picaduras de los mosquitos.

En cuanto al jefe que dirigía la embarcación, no cabía duda alguna sobre su ilustración. El agudo hueso de albatros que usan los tatuadores maoríes había surcado cinco veces su rostro en líneas apretadas y profundas.

Estaba en su quinta edición, y ello se veía en su porte altanero.

Su cuerpo, drapeado en una vasta estera de «formio» guarnecida de pieles de perro, estaba ceñido por un taparrabos ensangrentado en los últimos combates.

Sus orejas portaban en el lóbulo alargado pendientes de jade verde, y en torno a su cuello se agitaban collares de «pounamus», una especie de piedras sagradas a las que los zelandeses otorgan cierta idea supersticiosa. A su lado reposaba un fusil de fabricación inglesa y un «patou-patou», especie de hacha de doble filo, de color esmeralda y dieciocho pulgadas de longitud.

Junto a él, nueve guerreros de rango inferior, pero armados, de aspecto fiero, algunos de los cuales sufrían aún heridas recientes, permanecían en perfecta inmovilidad, envueltos en sus mantos de formio. Tres perros de aspecto salvaje yacían a sus pies. Los ocho remeros de la proa parecían ser servidores o esclavos del jefe. Bogaban vigorosamente. Así la embarcación remontaba la corriente del Waikato, poco rápida por lo demás, con velocidad notable.

En el centro de esa larga canoa, con los pies atados pero las manos libres, diez prisioneros europeos se apretaban unos contra otros.

Eran Glenarvan y lady Helena, Mary Grant, Robert, Paganel, el mayor, John Mangles, el *stewart*, los dos marineros.

La víspera por la noche, todo el pequeño grupo, engañado por la espesa niebla, había ido a acampar en medio de un numeroso grupo de indígenas. Hacia la mitad de la noche, los viajeros sorprendidos en su sueño fueron hechos prisioneros y transportados a bordo de la embarcación. No habían sido maltratados hasta entonces, pero en vano habrían intentado resistir. Sus armas, sus municiones estaban en manos de los salvajes, y sus propias balas los habrían derribado al suelo prontamente.

No tardaron en enterarse, captando algunas palabras inglesas que los indígenas usaban entre sí, de que éstos, rechazados por las tropas británicas, batidos y diezmados, regresaban a los distritos del alto Waikato. El jefe maorí, tras una obstinada resistencia, con sus principales guerreros masacrados por los soldados del regimiento 42, volvía a hacer un nuevo llamamiento a las tribus del río para reunirse con el indomable William Thompson, que seguía luchando contra los conquistadores. Ese jefe se llamaba Kai-Koumou, nombre siniestro en lengua indígena, que significa «el que come los miembros de su enemigo». Era valiente, audaz, pero su crueldad igualaba a su valor. No había piedad que esperar de él. Su nombre era bien cono-

cido de los soldados ingleses, y su cabeza acababa de ser puesta a precio por el gobernador de Nueva Zelanda.

Ese terrible golpe había caído sobre lord Glenarvan en el momento en que estaba a punto de alcanzar el tan deseado puerto de Auckland y repatriarse a Europa. Sin embargo, al contemplar su rostro frío y sereno, no se habría podido adivinar el exceso de sus angustias. Es que Glenarvan, en las circunstancias graves, se mostraba a la altura de sus infortunios. Sentía que debía ser la fuerza, el ejemplo de su mujer y de sus compañeros, él, el esposo, el jefe; dispuesto además a morir el primero por la salvación común cuando las circunstancias lo exigieran. Profundamente religioso, no quería desesperar de la justicia de Dios frente a la santidad de su empresa, y, en medio de los peligros acumulados en su camino, no lamentó el generoso impulso que lo había arrastrado hasta esos salvajes países.

Sus compañeros eran dignos de él; compartían sus nobles pensamientos, y, a juzgar por su fisonomía tranquila y orgullosa, no se les habría creído conducidos hacia una catástrofe suprema. Por otra parte, de común acuerdo y por consejo de Glenarvan, habían resuelto afectar una superba indiferencia ante los indígenas. Era el único medio de imponerse a esas naturalezas fieras. Los salvajes en general, y los maoríes en particular, tienen cierto sentido de la dignidad del que nunca se apartan. Estiman a quien se hace estimar por su sangre fría y su valor.

Glenarvan sabía que, obrando así, evitaba a sus compañeros y a él mismo inútiles malos tratos.

Desde la partida del campamento, los indígenas, poco locuaces como todos los salvajes, apenas habían hablado entre sí. Sin embargo, por algunas palabras intercambiadas, Glenarvan reconoció que la lengua inglesa les era familiar. Resolvió, pues, interrogar al jefe zelandés sobre la suerte que les estaba reservada.

Dirigiéndose a Kai-Koumou, le dijo con voz exenta de todo temor:

—¿Adónde nos llevas, jefe?

Kai-Koumou lo miró fríamente sin responderle.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —repuso Glenarvan.

Los ojos de Kai-Koumou brillaron con un relámpago rápido, y con voz grave respondió entonces:

—Canjearte, si los tuyos te quieren; matarte, si se niegan.

Glenarvan no preguntó más, pero la esperanza le volvió al corazón. Sin duda, algunos jefes del ejército maorí habían caído en manos de los ingleses, y los indígenas querían intentar recuperarlos mediante un canje. Había, pues, una posibilidad de salvación, y la situación no era desesperada.

Entretanto, la canoa remontaba rápidamente el curso del río. Paganel, a quien la movilidad de su carácter llevaba de buen grado de un extremo al otro, había recobrado toda la esperanza. Se decía que los maoríes les ahorraban la molestia de dirigirse a los puestos ingleses, y que eso era ya ganar algo. Así pues, resignado a su suerte, seguía en su mapa el curso del Waikato a través de las llanuras y los valles de la provincia. Lady Helena y Mary Grant, comprimiendo sus terrores, conversaban en voz baja con Glenarvan, y el más hábil fisonomista no habría sorprendido en sus rostros las angustias de su corazón.

El Waikato es el río nacional de Nueva Zelanda. Los maoríes sienten por él el orgullo y los celos que los alemanes sienten por el Rin y los eslavos por el Danubio. En su curso de doscientas millas, riega los más hermosos parajes de la isla septentrional, desde la provincia de Wellington hasta la provincia de Auckland. Ha dado su nombre a todas esas tribus ribereñas que, indomables e indomadas, se han levantado en masa contra los invasores.

Las aguas de ese río son todavía casi vírgenes de todo surco extranjero. Solo se abren ante la proa de las piraguas insulares. Apenas algún audaz turista ha podido aventurarse entre esas riberas sagradas. El acceso al alto Waikato parece estar vedado a los profanos europeos.

Paganel conocía la veneración de los indígenas por esa gran arteria zelandesa. Sabía que los naturalistas ingleses y alemanes apenas lo habían remontado más allá de su confluencia con el Waipa.

¿Hasta dónde el capricho de Kai-Koumou arrastraría a sus cautivos? No lo habría podido adivinar de no ser porque la palabra «taupo», frecuentemente repetida entre el jefe y sus guerreros, despertó su atención.

Consultó su mapa y vio que ese nombre de *taupo* se aplicaba a un lago célebre en los anales geográficos, excavado en la porción más montañosa de la isla, en el extremo meridional de la provincia de Auckland. El Waikato nace de ese lago tras haberlo atravesado en toda su anchura. Pues bien, del confluente al lago el río se desarrolla en un recorrido de unas ciento veinte millas.

Paganel, dirigiéndose en francés a John Mangles para no ser comprendido por los salvajes, le rogó que estimara la velocidad de la canoa. John la cifró en unas tres millas por hora.

—Entonces —respondió el geógrafo—, si hacemos alto durante la noche, nuestro viaje hasta el lago durará cerca de cuatro días.

—¿Pero los puestos ingleses, dónde están situados? —preguntó Glenarvan.

—¡Es difícil saberlo! —respondió Paganel—. Sin embargo, la guerra habrá debido de extenderse a la provincia de Taranaki, y, según toda probabilidad, las tropas están concentradas hacia el lago, al otro lado de las montañas, allí donde se ha concentrado el foco de la insurrección.

—¡Dios lo quiera! —dijo lady Helena.

Glenarvan lanzó una triste mirada sobre su joven esposa, sobre Mary Grant, expuestas a la merced de esos feroces indígenas y arrastradas a un país salvaje, lejos de toda intervención humana. Pero se vio observado por Kai-Koumou, y, por prudencia, no queriendo dejarle adivinar que una de las cautivas era su mujer, reprimió sus pensamientos en su corazón y observó las orillas del río con perfecta indiferencia.

La embarcación, a media milla por encima del confluente, había pasado sin detenerse ante la antigua residencia del rey Potatau. Ninguna otra canoa surcaba las aguas del río. Algunas chozas, espaciadas a lo largo de las orillas, atestiguaban con su ruina los horrores de una guerra reciente.

Las campiñas ribereñas parecían abandonadas, las orillas del río estaban desiertas. Solo algunos representantes de la familia de las aves acuáticas animaban esa triste soledad. A veces el «taparunga», un zancudo de alas negras, vientre blanco y pico rojo, huía sobre sus largas patas. A veces garzas de tres especies, el «matuku» ceniciento, una especie de avetoro de aspecto estúpido, y el magnífico «kotuku», blanco de plumaje, amarillo de pico, ne-

gro de patas, contemplaban apaciblemente pasar la embarcación indígena. Donde las orillas declives acusaban cierta profundidad del agua, el martín pescador, el «kotaré» de los maoríes, acechaba esas pequeñas anguilas que pululan por millones en los ríos zelandeses. Donde los arbustos se curvaban sobre el río, abubillas muy engreídas, rálidos y gallinetas sultanas hacían su aseo matinal bajo los primeros rayos del sol. Todo ese mundo alado gozaba en paz del descanso que le procuraba la ausencia de los hombres, ahuyentados o diezmados por la guerra.

Durante esa primera parte de su curso, el Waikato corría ampliamente por medio de vastas llanuras. Pero río arriba, las colinas y luego las montañas iban pronto a estrechar el valle donde se había excavado su cauce. A diez millas por encima del confluente, el mapa de Paganel indicaba en la orilla izquierda el ribero de Kirikiriroa, que allí se encontró en efecto. Kai-Koumou no se detuvo. Hizo entregar a los prisioneros sus propios alimentos, tomados en el pillaje del campamento. En cuanto a sus guerreros, sus esclavos y él mismo, se contentaron con la alimentación indígena: helechos comestibles, el *pteris esculenta* de los botánicos, raíces cocidas al horno, y «kapanas», patatas abundantemente cultivadas en las dos islas. Ninguna materia animal figuraba en su comida, y la carne seca de los cautivos no pareció inspirarles deseo alguno.

A las tres, algunas montañas se alzaron en la orilla derecha, las Pokaroa-Ranges, que semejaban una cortina desmantelada. Sobre ciertas aristas a pico estaban encaramados «pahs» en ruinas, antiguos atrincheramientos levantados por los ingenieros maoríes en posiciones inexpugnables. Parecían grandes nidos de águilas.

El sol estaba a punto de desaparecer bajo el horizonte cuando la canoa chocó con una orilla atestada de esas piedras pómez que el Waikato, nacido de montañas volcánicas, arrastra en su curso. Algunos árboles crecían allí, que parecieron propios para albergar un campamento. Kai-Koumou hizo desembarcar a sus prisioneros, y los hombres tuvieron las manos atadas, las mujeres quedaron libres; todos fueron colocados en el centro del campamento, al que unas hogueras encendidas hicieron una infranqueable barrera de fuego.

Antes de que Kai-Koumou hubiera comunicado a sus cautivos su intención de canjearlos, Glenarvan y John Mangles habían discutido los medios

de recobrar la libertad. Lo que no podían intentar en la embarcación, esperaban intentarlo en tierra, a la hora del campamento, con los azares favorables de la noche.

Pero, desde la conversación de Glenarvan con el jefe zelandés, pareció prudente abstenerse. Había que tener paciencia. Era el partido más sensato.

El canje ofrecía posibilidades de salvación que no presentaban ni un ataque a mano armada ni una huida a través de esos parajes desconocidos.

Ciertamente, podrían surgir muchos acontecimientos que retrasarían o incluso impedirían semejante negociación; pero lo mejor era aún aguardar su resultado. En efecto, ¿qué podían hacer una decena de hombres sin armas contra una treintena de salvajes bien armados? Glenarvan, por lo demás, suponía que la tribu de Kai-Koumou había perdido algún jefe de alto valor que tenía un empeño particular en recuperar, y no se equivocaba.

Al día siguiente, la embarcación remontó el curso del río con nueva rapidez. A las diez, se detuvo un instante en el confluente del Pohaiwhenna, pequeño río que venía sinuosamente de las llanuras de la orilla derecha.

Allí una canoa, tripulada por diez indígenas, se unió a la embarcación de Kai-Koumou. Los guerreros apenas intercambiaron el saludo de llegada, el «aïré maira», que significa «ven aquí con buena salud», y los dos canoas marcharon juntos. Los recién llegados habían combatido recientemente contra las tropas inglesas. Se veía en sus vestimentas en harapos, en sus armas ensangrentadas, en las heridas que sangraban aún bajo sus jirones.

Estaban sombríos, taciturnos. Con la indiferencia natural a todos los pueblos salvajes, no prestaron ninguna atención a los europeos.

Al mediodía, las cumbres del Maungatotari se perfilaron en el oeste. El valle del Waikato comenzaba a estrecharse. Allí el río, profundamente encajonado, se desencadenaba con la violencia de un rápido. Pero el vigor de los indígenas, redoblado y regularizado por un canto que ritmaba el batir de los remos, lanzó la embarcación sobre las aguas espumosas. El rápido fue superado, y el Waikato retomó su curso lento, quebrado cada milla por el ángulo de sus orillas.

Hacia la tarde, Kai-Koumou atracó al pie de las montañas cuyos primeros contrafuertes caían a pico sobre estrechas riberas. Allí, una veintena de indígenas, desembarcados de sus canoas, tomaban disposiciones para la noche.

Hogueras ardían bajo los árboles. Un jefe, igual de Kai-Koumou, avanzó a paso medido y, frotando su nariz contra la de Kai-Koumou, le dio el cordial saludo del «chongui». Los prisioneros fueron depositados en el centro del campamento y guardados con extrema vigilancia.

A la mañana siguiente, se retomó esa larga remontada del Waikato. Otras embarcaciones llegaron por los pequeños afluentes del río. Una sesentena de guerreros, evidentemente los fugitivos de la última insurrección, estaban reunidos entonces, y, más o menos castigados por las balas inglesas, regresaban a los distritos de las montañas. A veces, un canto se elevaba de las canoas que marchaban en fila. Un indígena entonaba la oda patriótica del misterioso «Pihé», *papa ra ti wati tidi i dounga nei*... Himno nacional que arrastra a los maoríes a la guerra de la independencia. La voz del cantante, plena y sonora, despertaba los ecos de las montañas, y, tras cada estrofa, los indígenas, golpeándose el pecho, que resonaba como un tambor, repetían en coro la estrofa belicosa. Luego, con un nuevo esfuerzo de remos, las canoas hacían frente a la corriente y volaban sobre la superficie de las aguas.

Un fenómeno curioso vino, durante esa jornada, a marcar la navegación del río. Hacia las cuatro, la embarcación, sin vacilar, sin retardar su marcha, guiada por la mano firme del jefe, se lanzó a través de un estrecho valle. Remolinos se rompían con furia contra numerosos islotes propicios a los accidentes.

Menos que nunca, en ese extraño paso del Waikato, estaba permitido zozobrar, pues sus orillas no ofrecían ningún refugio. Quien hubiera puesto el pie en el fango hirviente de las riberas se habría perdido inevitablemente.

En efecto, el río fluía entre esas fuentes termales señaladas de siempre a la curiosidad de los turistas. El óxido de hierro teñía de rojo vivo el légamo de las orillas, donde el pie no habría encontrado una braza de toba sólida. La atmósfera estaba saturada de un olor sulfuroso muy penetrante. Los indígenas no sufrían por ello, pero los cautivos fueron seriamente incomodados por los miasmas exhalados de las fisuras del suelo y las burbujas que reventaban bajo la tensión de los gases interiores. Pero si el olfato se acomodaba con dificultad a esas emanaciones, el ojo no podía sino admirar ese imponente espectáculo.

Las embarcaciones se aventuraron en el espesor de una nube de vapores blancos. Sus deslumbrantes volutas se escalonaban en cúpula sobre el río.

En sus orillas, un centenar de géiseres, unos lanzando masas de vapor, otros derramándose en columnas líquidas, variaban sus efectos como los surtidores y cascadas de un estanque organizado por la mano del hombre. Se habría dicho que algún maquinista dirigía a su antojo las intermitencias de esas fuentes. Las aguas y los vapores, confundidos en el aire, se irisaban a los rayos del sol.

En ese lugar, el Waikato fluía sobre un lecho móvil que hierve sin cesar bajo la acción de los fuegos subterráneos. No lejos, hacia el lago Rotorua, en el este, rugían las fuentes termales y las cascadas humeantes del Rotomahana y del Tetarata, entrevistas por algunos atrevidos viajeros. Esa región está perforada de géiseres, cráteres y solfataras.

Allí se escapa el exceso de gases que no han podido encontrar salida por las insuficientes válvulas del Tongariro y del Wakari, los únicos volcanes en actividad de Nueva Zelanda.

Durante dos millas, las canoas indígenas navegaron bajo esa bóveda de vapores, envueltas en las cálidas volutas que rodaban sobre la superficie de las aguas; luego, el humo sulfuroso se disipó y un aire puro, solicitado por la rapidez de la corriente, vino a refrescar los pechos jadeantes. La región de las fuentes había quedado atrás.

Antes del fin del día, se remontaron aún dos rápidos bajo el vigoroso remo de los salvajes: el de Hipapatua y el de Tamatea. Por la noche, Kai-Koumou acampó a cien millas del confluente del Waipa y del Waikato. El río, arqueándose hacia el este, caía de nuevo al sur sobre el lago Taupo, como un inmenso surtidor en un estanque.

Al día siguiente, Jacques Paganel, consultando el mapa, reconoció en la orilla derecha el monte Taubara, que se eleva a tres mil pies en el aire.

Al mediodía, todo el cortejo de embarcaciones desembocaba por una apertura del río en el lago Taupo, y los indígenas saludaban con sus gestos un pedazo de tela que el viento desplegaba en lo alto de una choza. Era la bandera nacional.

Capítulo XI. El lago Taupo

Un abismo insondable, de veinticinco millas de longitud y veinte de anchura, se formó un día, mucho antes de los tiempos históricos, por el hundimiento de cavernas en medio de las lavas traquíticas del centro de la isla.

Las aguas, precipitadas desde las cumbres circundantes, invadieron esa enorme cavidad. El abismo se convirtió en lago, pero sigue siendo sima, y las sondas son aún impotentes para medir su profundidad.

Tal es ese extraño lago Taupo, elevado a mil doscientos cincuenta pies sobre el nivel del mar y dominado por un circo de montañas de cuatrocientas brazas de altura. Al oeste, rocas a pico de gran alzada; al norte, algunas cimas lejanas coronadas de pequeños bosques; al este, una amplia playa surcada por un camino adornado de piedras pómez que resplandecen bajo la celosía de los arbustos; al sur, conos volcánicos tras un primer plano de bosques enmarcan majestuosamente esa vasta extensión de agua cuyas resonantes tempestades valen los ciclones del océano.

Toda esa región hierve como una inmensa caldera suspendida sobre las llamas subterráneas. Los terrenos tiemblan bajo las caricias del fuego central.

Cálidas brumas filtran en muchos lugares. La corteza de tierra se agrieta en violentas grietas como un pastel demasiado cocido, y sin duda este altiplano se hundiría en un incandescente horno si, doce millas más allá, los vapores aprisionados no encontraran salida por los cráteres del Tongariro.

Desde la orilla norte, ese volcán aparecía empenachado de humo y llamas, por encima de pequeños montículos ígneos. El Tongariro parecía for-

mar parte de un sistema orográfico bastante complicado.

Detrás de él, el monte Ruapahou, aislado en la llanura, alzaba a nueve mil pies en el aire su cabeza perdida en medio de las nubes. Ningún mortal ha puesto el pie en su cono inaccesible; el ojo humano nunca ha sondeado las profundidades de su cráter, mientras que tres veces en veinte años los señores Bidwill y Dyson, y recientemente el señor de Hochstetter, han medido las cimas más abordables del Tongariro.

Estos volcanes tienen sus leyendas, y, en cualquier otra circunstancia, Paganel no habría dejado de contárselas a sus compañeros. Les habría relatado esa disputa que una cuestión de mujer suscitó un día entre el Tongariro y el Taranaki, entonces su vecino y amigo. El Tongariro, que tiene la cabeza caliente como todos los volcanes, llegó a golpear al Taranaki. El Taranaki, vencido y humillado, huyó por el valle del Whanganni, dejó caer en el camino dos pedazos de montaña, y ganó las riberas del mar, donde se eleva solitario con el nombre de monte Egmont.

Pero Paganel no estaba muy dispuesto a contar, ni sus amigos de ánimo para escucharle. Observaban silenciosamente la orilla noreste del Taupo, adonde la más engañosa fatalidad acababa de conducirlos. La misión establecida por el reverendo Grace en Pukawa, en las orillas occidentales del lago, ya no existía. El pastor había sido expulsado por la guerra lejos del principal foco de la insurrección.

Los prisioneros estaban solos, abandonados a merced de unos maoríes ávidos de represalias y precisamente en esa porción salvaje de la isla donde el cristianismo nunca ha penetrado.

Kai-Koumou, al dejar las aguas del Waikato, atravesó la pequeña ensenada que sirve de embudo al río, dobló un agudo promontorio, y atracó en la playa oriental del lago, al pie de las primeras ondulaciones del monte Manga, gruesa prominencia de trescientas brazas de altura. Allí se extendían campos de «formio», el precioso lino de Nueva Zelanda. Es el «harakeké» de los indígenas. Nada hay que despreciar en esa útil planta. Su flor proporciona una especie de miel excelente; su tallo produce una sustancia gomosa que reemplaza a la cera o al almidón; su hoja, aún más servicial, se presta a numerosas transformaciones: fresca, sirve de papel; desecada, hace un excelente yesca; cortada, se convierte en cuerdas, cables y redes;

dividida en filamentos y espadada, se convierte en manta o manto, estera o taparrabos, y, teñida de rojo o de negro, viste a los maoríes más elegantes.

Así, ese precioso formio se encuentra por doquier en las dos islas, a orillas del mar como a lo largo de los ríos y en las riberas de los lagos. Aquí, sus matojos silvestres cubrían campos enteros; sus flores, de un rojo pardo, y semejantes a la agave, se abrían por doquier fuera del inextricable maraña de sus largas hojas, que formaban un trofeo de láminas cortantes. Graciosos pájaros, los nectarínidos, habituales de los campos de formio, volaban en numerosas bandadas y se deleitaban con el jugo meloso de las flores.

En las aguas del lago chapoteaban bandadas de patos de plumaje negruzco, jaspeado de gris y verde, que se han domesticado fácilmente.

A un cuarto de milla, en un escarpado de la montaña, aparecía un «pah», atrincheramiento maorí situado en una posición inexpugnable. Los prisioneros, desembarcados uno a uno, con los pies y las manos libres, fueron conducidos allí por los guerreros. El sendero que llevaba al atrincheramiento atravesaba campos de formio y un bosquete de hermosos árboles: «kaikateas» de hoja perenne y bayas rojas, «dracenas australis», el «ti» de los indígenas, cuya copa reemplaza ventajosamente al palmito, y «huious» que sirven para teñir las telas de negro. Gruesas palomas de reflejos metálicos, glaucopos cenicientos y un mundo de estorninos de carúnculas rojizas alzaron el vuelo a la llegada de los indígenas.

Tras un rodeo bastante largo, Glenarvan, lady Helena, Mary Grant y sus compañeros llegaron al interior del *pah*.

Esta fortaleza estaba defendida por una primera cerca de sólidas estacas de quince pies de altura; una segunda línea de piquetes y luego una valla de mimbre con aspilleras encerraban la segunda muralla, es decir, la plataforma del *pah*, sobre la cual se alzaban construcciones maoríes y unas cuarenta chozas dispuestas simétricamente.

Al llegar, los cautivos quedaron horriblemente impresionados ante la vista de las cabezas que adornaban los postes de la segunda cerca. Lady Helena y Mary Grant apartaron los ojos con más asco que espanto.

Esas cabezas habían pertenecido a los jefes enemigos caídos en los combates, cuyos cuerpos sirvieron de alimento a los vencedores.

El geógrafo las reconoció como tales por sus órbitas huecas y privadas de ojos.

En efecto, el ojo de los jefes es devorado; la cabeza, preparada a la manera indígena, vaciada de su cerebro y desprovista de toda epidermis, la nariz mantenida por pequeñas tablillas, las fosas nasales rellenas de formio, la boca y los párpados cosidos, se mete al horno y se somete a una ahumadura de treinta horas.

Así preparada, se conserva indefinidamente sin alteración ni arruga, y forma trofeos de victoria.

A menudo los maoríes conservan la cabeza de sus propios jefes; pero en ese caso, el ojo permanece en su órbita y mira. Los neozelandeses muestran esos restos con orgullo; los ofrecen a la admiración de los jóvenes guerreros, y les rinden un tributo de veneración mediante solemnes ceremonias.

Pero en el *pah* de Kai-Koumou, solo cabezas enemigas adornaban ese horrible museo, y allí, sin duda, más de un inglés, con la órbita vacía, engrosaba la colección del jefe maorí.

La choza de Kai-Koumou, entre varias cabañas de menor importancia, se alzaba al fondo del *pah*, frente a un amplio terreno descubierto que los europeos habrían llamado «el campo de batalla». Esta choza era un conjunto de postes calafateados con un entrelazado de ramas, y tapizados interiormente con esteras de formio. Veinte pies de largo, quince de ancho, diez de alto daban a Kai-Koumou una habitación de tres mil pies cúbicos. No hace falta más para alojar a un jefe zelandés.

Una sola abertura daba acceso a la choza; un batiente basculante, formado por un grueso tejido vegetal, servía de puerta. Por encima, el tejado se prolongaba a manera de impluvio. Algunas figuras esculpidas en el extremo de los cabríos adornaban la choza, y el «wharepuni» o portal ofrecía a la admiración de los visitantes follaje, figuras simbólicas, monstruos, volutas contorneadas, toda una curiosa maraña surgida bajo el cincel de los ornamentistas indígenas.

En el interior de la choza, el suelo de tierra batida se elevaba medio pie sobre el nivel del suelo exterior.

Algunas angarillas de juncos y colchones de helecho seco recubiertos de una estera tejida con las largas y flexibles hojas de la «tifa» servían de ca-

mas. En el centro, un hoyo de piedra formaba el hogar, y en el techo, un segundo hoyo servía de chimenea. El humo, cuando era suficientemente espeso, se decidía por fin a aprovechar esa salida, no sin haber depositado en las paredes de la habitación un barniz del más bello negro.

Al lado de la choza se alzaban los almacenes que encerraban las provisiones del jefe: su cosecha de formio, patatas, taros, helechos comestibles, y los hornos donde se efectúa la cocción de esos diversos alimentos al contacto con piedras calentadas. Más lejos, en pequeños cercados, merodeaban cerdos y cabras, raros descendientes de los útiles animales aclimatados por el capitán Cook. Perros corrían de aquí para allá buscando su escaso alimento.

Estaban bastante mal cuidados para ser animales que sirven cotidianamente de alimento al maorí.

Glenarvan y sus compañeros habían abarcado ese conjunto de una sola mirada. Aguardaban junto a una choza vacía el buen parecer del jefe, no sin estar expuestos a los insultos de una banda de viejas.

Esa tropa de harpías los rodeaba, los amenazaba con el puño, aullaba y vociferaba. Algunas palabras inglesas que escapaban de sus gruesos labios dejaban entrever claramente que reclamaban venganzas inmediatas.

En medio de esas vociferaciones y amenazas, lady Helena, tranquila en apariencia, afectaba una calma que no podía estar en su corazón. Esa valerosa mujer, para dejarle todo su sangre fría a lord Glenarvan, se contenía con esfuerzos heroicos. La pobre Mary Grant se sentía desfallecer, y John Mangles la sostenía, dispuesto a dejarse matar para defenderla. Sus compañeros soportaban de distinto modo ese diluvio de invectivas, indiferentes como el mayor, o presa de una irritación creciente como Paganel.

Glenarvan, queriendo evitar a lady Helena el asalto de esas viejas megeras, se dirigió directamente a Kai-Koumou y, señalando el horrendo grupo, le dijo: «Échalas.»

El jefe maorí miró fijamente a su prisionero sin responderle; luego, con un gesto, hizo callar a la horda aullante. Glenarvan se inclinó en señal de agradecimiento y volvió lentamente a su lugar entre los suyos.

En ese momento, un centenar de neozelandeses estaban reunidos en el *pah*: ancianos, hombres maduros, jóvenes, unos tranquilos pero sombríos,

aguardando las órdenes de Kai-Koumou, los otros entregándose a todos los arrebatos de un violento dolor; éstos lloraban a sus parientes o amigos caídos en los últimos combates.

Kai-Koumou, de todos los jefes que se levantaron a la voz de William Thompson, era el único que regresaba a los distritos del lago, y el primero en dar a conocer a su tribu la derrota de la insurrección nacional, batida en las llanuras del bajo Waikato. De los doscientos guerreros que, bajo sus órdenes, habían corrido a la defensa del suelo, ciento cincuenta faltaban a la vuelta.

Si algunos estaban prisioneros de los invasores, ¡cuántos, tendidos en el campo de batalla, no debían volver jamás al país de sus antepasados!

Así se explicaba la profunda desolación que se apoderó de la tribu a la llegada de Kai-Koumou. Nada había trascendido aún de la última derrota, y esa funesta noticia acababa de estallar en ese instante.

Entre los salvajes, el dolor moral se manifiesta siempre mediante demostraciones físicas. Así, los parientes y amigos de los guerreros muertos, las mujeres sobre todo, se desgarraban el rostro y los hombros con conchas agudas. La sangre brotaba y se mezclaba con sus lágrimas. Las profundas incisiones marcaban los grandes desesperamientos.

Las desdichadas zelandesas, ensangrentadas y enloquecidas, eran horribles de ver.

Otro motivo, muy grave a los ojos de los indígenas, acrecentaba aún su desesperación. No solo el pariente, el amigo que lloraban, ya no existía, sino que sus huesos faltarían a la tumba de la familia. Pues bien, la posesión de esos restos se considera, en la religión maorí, indispensable para los destinos de la vida futura; no la carne perecedera, sino los huesos, que son recogidos con cuidado, limpiados, raspados, pulidos, incluso barnizados, y definitivamente depositados en el «oudoupa», es decir, «la casa de la gloria». Esas tumbas están adornadas de estatuas de madera que reproducen con perfecta fidelidad los tatuajes del difunto. Pero hoy los sepulcros quedarían vacíos, las ceremonias religiosas no se celebrarían, y los huesos que respetara el diente de los perros salvajes blanquearían sin sepultura en el campo del combate.

Entonces redoblaron las muestras de dolor. A las amenazas de las mujeres sucedieron las imprecaciones de los hombres contra los europeos. Los insultos estallaban, los gestos se volvían más violentos. A los gritos iban a suceder los actos de brutalidad.

Kai-Koumou, temiendo ser desbordado por los fanáticos de su tribu, hizo conducir a sus cautivos a un lugar sagrado, situado en el otro extremo del *pah*, sobre una plataforma escarpada. Esa choza se apoyaba en una mole elevada de un centenar de pies por encima de ella, que terminaba con una pendiente bastante empinada ese lado del atrincheramiento. En ese «waré-atoua», casa consagrada, los sacerdotes o los *arikis* enseñaban a los zelandeses un dios en tres personas: el padre, el hijo y el pájaro o el espíritu.

La choza, amplia y bien cerrada, encerraba el alimento sagrado y escogido que Maoui-Ranga-Rangui come por boca de sus sacerdotes.

Allí los cautivos, momentáneamente a salvo de la furia indígena, se tendieron sobre esteras de formio. Lady Helena, con las fuerzas agotadas y la energía moral vencida, se dejó caer en brazos de su marido.

Glenarvan, estrechándola contra su pecho, le repetía: «¡Ánimo, querida Helena, el cielo no nos abandonará!»

Robert, apenas encerrado, se encaramó a los hombros de Wilson y logró asomar la cabeza por un intersticio dejado entre el techo y la pared, donde colgaban sartas de amuletos. Desde allí, su mirada abarcaba toda la extensión del *pah* hasta la choza de Kai-Koumou.

—Están reunidos en torno al jefe —dijo en voz baja—... Agitan los brazos... Lanzan alaridos... Kai-Koumou quiere hablar...

El niño calló durante unos minutos; luego prosiguió:

—Kai-Koumou habla... Los salvajes se calman... Le escuchan...

—Evidentemente —dijo el mayor—, ese jefe tiene un interés personal en protegernos. ¡Quiere canjear a sus prisioneros por jefes de su tribu! Pero ¿consentirán en ello sus guerreros?

—¡Sí!... Le escuchan... —prosiguió Robert—. Se dispersan... Unos entran en sus chozas... Otros abandonan el atrincheramiento...

—¿Dices la verdad? —exclamó el mayor.

—Sí, señor Mac Nabbs —respondió Robert—. Kai-Koumou ha quedado solo con los guerreros de su embarcación. ¡Ah! Uno de ellos se dirige hacia nuestra choza.

—Baja, Robert —dijo Glenarvan.

En ese momento, lady Helena, que se había incorporado, asió el brazo de su marido.

—Edward —dijo con voz firme—, ni Mary Grant ni yo debemos caer vivas en manos de esos salvajes.

Y, dichas estas palabras, tendió a Glenarvan un revólver cargado.

—¡Un arma! —exclamó Glenarvan, a quien un relámpago iluminó los ojos.

—¡Sí! ¡Los maoríes no registran a sus prisioneras! Pero esta arma es para nosotras, Edward, ¡no para ellos!...

—Glenarvan —dijo rápidamente Mac Nabbs—, ¡ocultad ese revólver! Aún no es el momento...

El revólver desapareció bajo las ropas del lord.

La estera que cerraba la entrada de la choza se levantó. Apareció un indígena.

Hizo señas a los prisioneros de seguirle.

Glenarvan y los suyos, en grupo cerrado, atravesaron el *pah* y se detuvieron ante Kai-Koumou.

En torno a ese jefe estaban reunidos los principales guerreros de su tribu. Entre ellos se veía a ese maorí cuya embarcación se había reunido a la de Kai-Koumou en el confluente del Pohaiwhenna sobre el Waikato. Era un hombre de cuarenta años, vigoroso, de aspecto fiero y cruel. Se llamaba Kara-Tété, es decir, «el irascible» en lengua zelandesa. Kai-Koumou lo trataba con cierta consideración, y, por la finura de su tatuaje, se reconocía que Kara-Tété ocupaba un rango elevado en la tribu. Sin embargo, un observador habría adivinado que entre esos dos jefes había rivalidad. El mayor observó que la influencia de Kara-Tété daba sombra a Kai-Koumou. Los dos mandaban sobre esos importantes pueblos del Waikato con igual poder.

Así pues, durante esa conversación, si la boca de Kai-Koumou sonreía, sus ojos traicionaban una profunda enemistad.

Kai-Koumou interrogó a Glenarvan:

—¿Eres inglés? —le preguntó.

—Sí —respondió el lord sin vacilar, pues esa nacionalidad debía facilitar un canje.

—¿Y tus compañeros? —dijo Kai-Koumou.

—Mis compañeros son ingleses como yo. Somos viajeros, náufragos. Pero, si quieres saberlo, no hemos tomado parte en la guerra.

—¡Poco importa! —respondió brutalmente Kara-Tété—. Todo inglés es nuestro enemigo. ¡Los tuyos han invadido nuestra isla! ¡Han quemado nuestros pueblos!

—¡Han obrado mal! —respondió Glenarvan con voz grave—. Te lo digo porque así lo pienso, y no porque esté en tu poder.

—Escucha —prosiguió Kai-Koumou—: el Tohonga, el gran sacerdote de Nouï-Atoua, ha caído en manos de tus hermanos; es prisionero de los Pakekas. Nuestro dios nos manda rescatar su vida. Habría querido arrancarte el corazón, habría querido que tu cabeza y la de tus compañeros estuvieran eternamente suspendidas de los postes de esa empalizada. ¡Pero Nouï-Atoua ha hablado!

Al expresarse así, Kai-Koumou, hasta entonces dueño de sí mismo, temblaba de cólera, y su fisonomía se impregnaba de una feroz exaltación.

Luego, tras algunos instantes, retomó más fríamente: —¿Crees que los ingleses canjeen a nuestro Tohonga por tu persona?

Glenarvan vaciló en responder y observó atentamente al jefe maorí.

—Lo ignoro —dijo, tras un momento de silencio.

—Habla —prosiguió Kai-Koumou—. ¿Vale tu vida la vida de nuestro Tohonga?

—No —respondió Glenarvan—. ¡No soy ni un jefe ni un sacerdote entre los míos!

Paganel, estupefacto ante esa respuesta, miró a Glenarvan con profundo asombro.

Kai-Koumou pareció igualmente sorprendido.

—¿Así pues, dudas? —dijo.

—Lo ignoro —repitió Glenarvan.

—¿Los tuyos no te aceptarán en canje por nuestro Tohonga?

—¿Yo solo? No —repitió Glenarvan—. ¿Todos nosotros? Quizá.

—Entre los maoríes —dijo Kai-Koumou—, se da cabeza por cabeza.

—Ofrece primero a esas mujeres en canje de tu sacerdote —dijo Glenarvan, señalando a lady Helena y a Mary Grant.

Lady Helena quiso lanzarse hacia su marido. El mayor la retuvo.

—Esas dos damas —prosiguió Glenarvan, inclinándose con gracia respetuosa hacia lady Helena y Mary Grant— ocupan un alto rango en su país.

El guerrero miró fríamente a su prisionero. Una mala sonrisa cruzó sus labios; pero la reprimió casi de inmediato y respondió con voz que apenas contenía:

—¿Esperas acaso engañar a Kai-Koumou con palabras falsas, europeo maldito? ¿Crees que los ojos de Kai-Koumou no saben leer en los corazones?

Y señalando a lady Helena:

—¡Ahí está tu mujer! —dijo.

—¡No! ¡La mía! —gritó Kara-Tété.

Luego, empujando a los prisioneros, la mano del jefe se posó sobre el hombro de lady Helena, que palideció bajo ese contacto.

—¡Edward! —gritó la desdichada mujer, desquiciada.

Glenarvan, sin pronunciar una sola palabra, alzó el brazo.

Sonó un disparo. Kara-Tété cayó muerto.

A esa detonación, un torrente de indígenas salió de las chozas. El *pah* se llenó en un instante. Cien brazos se alzaron sobre los infortunados. El revólver de Glenarvan le fue arrancado de la mano.

Kai-Koumou lanzó sobre Glenarvan una mirada extraña; luego, con una mano, cubriendo el cuerpo del matador, con la otra, contuvo a la multitud que se lanzaba sobre los cautivos.

Por fin su voz dominó el tumulto.

—¡Tabú! ¡Tabú! —exclamó.

A esa palabra, la multitud se detuvo ante Glenarvan y sus compañeros, momentáneamente preservados por un poder sobrenatural.

Algunos instantes después, eran conducidos de vuelta al *waré-atoua*, que les servía de prisión. Pero Robert Grant y Jacques Paganel ya no estaban con ellos.

Capítulo XII. Los funerales de un jefe maorí

Kai-Koumou, siguiendo un ejemplo bastante frecuente en Nueva Zelanda, unía el título de *ariki* al de jefe de tribu. Estaba revestido de la dignidad de sacerdote, y, como tal, podía extender sobre las personas o sobre los objetos la supersticiosa protección del tabú.

El tabú, común a los pueblos de raza polinesia, tiene por efecto inmediato prohibir toda relación o todo uso con el objeto o la persona tabuada.

Según la religión maorí, quienquiera que pusiera una mano sacrílega sobre lo que está declarado tabú sería castigado de muerte por el Dios irritado. Por lo demás, en el caso de que la divinidad tardara en vengar su propia injuria, los sacerdotes no dejarían de acelerar su venganza.

El tabú es aplicado por los jefes con un fin político, a menos que no resulte de una situación ordinaria de la vida privada. Un indígena queda tabuado durante algunos días, en múltiples circunstancias: cuando se ha cortado el cabello, cuando acaba de someterse a la operación del tatuaje, cuando construye una piragua, cuando edifica una casa, cuando está aquejado de una enfermedad mortal, cuando ha muerto. ¿Amenaza un consumo imprevisor con despoblar los ríos de sus peces, con arruinar en sus brotes las plantaciones de boniatos? Esos objetos quedan tabuados con un tabú protector y económico. ¿Quiere un jefe alejar a los importunos de su casa? La tabuiza; ¿monopolizar en beneficio propio las relaciones con un navío extranjero? Lo tabuiza también; ¿poner en cuarentena a un comerciante europeo con quien está descontento? Lo tabuiza siempre. Su interdicción se asemeja entonces al antiguo «veto» de los reyes.

Cuando un objeto está bajo tabú, nadie puede tocarlo impunemente. Cuando un indígena se somete a esta interdicción, ciertos alimentos le son vedados durante un tiempo determinado. Si es relevado de esta estricta dieta, si es rico, sus esclavos le asisten e introducen en su garganta los manjares que no debe tocar con sus manos; si es pobre, se ve reducido a recoger sus alimentos con la boca, y el tabú hace de él un animal.

En suma, y para concluir, esta singular costumbre dirige y modifica las acciones más nimias de los neozelandeses. Tiene fuerza de ley, y puede decirse que todo el código indígena, código indiscutible e indiscutido, se resume en la frecuente aplicación del tabú.

En cuanto a los prisioneros encerrados en el *waré-atoua*, fue un tabú arbitrario el que acababa de sustraerlos a las furias de la tribu. Algunos indígenas, los amigos y partidarios de Kai-Koumou, se habían detenido de súbito a la voz de su jefe y habían protegido a los cautivos.

Glenarvan no se hacía, sin embargo, ilusiones sobre la suerte que le estaba reservada. Solo su muerte podía pagar el asesinato de un jefe. Ahora bien, la muerte entre los pueblos salvajes no es nunca sino el fin de un largo suplicio. Glenarvan esperaba, pues, expiar cruelmente la legítima indignación que había armado su brazo, pero confiaba en que la cólera de Kai-Koumou no se abatiese más que sobre él.

¡Qué noche pasaron él y sus compañeros! ¿Quién podría pintar sus angustias y medir sus sufrimientos? El pobre Robert, el valeroso Paganel no habían reaparecido. ¿Mas cómo dudar de su suerte? ¿No eran acaso las primeras víctimas sacrificadas a la venganza de los indígenas? Toda esperanza había desaparecido, incluso del corazón de Mac Nabbs, que no desesperaba fácilmente.

John Mangles sentía que se volvía loco ante el sombrío desespero de Mary Grant, separada de su hermano. Glenarvan pensaba en aquella terrible petición de lady Helena que, para sustraerse al suplicio o a la esclavitud, quería morir de su propia mano. ¿Tendría él ese horrible valor?

«¿Y Mary, con qué derecho herirla?», pensaba John, cuyo corazón se desgarraba.

En cuanto a una evasión, era evidentemente imposible. Diez guerreros, armados hasta los dientes, vigilaban a la puerta del *waré-atoua*.

La mañana del 13 de febrero llegó. No hubo comunicación alguna entre los indígenas y los prisioneros amparados por el tabú. La choza albergaba cierta cantidad de víveres que los desgraciados apenas probaron. El hambre cedía ante el dolor. La jornada transcurrió sin traer ni un cambio ni una esperanza. Sin duda, la hora de las exequias del amado difunto y la hora del suplicio debían sonar a un tiempo.

Sin embargo, aunque Glenarvan no se disimulaba que toda idea de canje debía haber abandonado a Kai-Koumou, el mayor conservaba sobre este punto un destello de esperanza.

—¿Quién sabe —decía, recordándole a Glenarvan el efecto producido en el jefe por la muerte de Kara-Tété—, quién sabe si Kai-Koumou, en el fondo, no se siente deudor vuestro?

Pero, pese a las observaciones de Mac Nabbs, Glenarvan no quería esperar más. El día siguiente transcurrió también sin que se hicieran los preparativos del suplicio. He aquí cuál era la razón de este retraso.

Los maoríes creen que el alma, durante los tres días que siguen a la muerte, habita en el cuerpo del difunto, y durante tres veces veinticuatro horas el cadáver permanece sin sepultura. Esta costumbre suspensiva de la muerte fue observada en todo su rigor. Hasta el 15 de febrero, el *pah* permaneció desierto. John Mangles, encaramado sobre los hombros de Wilson, observó a menudo los atrincheramientos exteriores. Ningún indígena se mostró en ellos. Solo las centinelas, haciendo buena guardia, se relevaban a la puerta del *waré-atoua*.

Pero, al tercer día, las chozas se abrieron; los salvajes, hombres, mujeres, niños, es decir, varios centenares de maoríes, se congregaron en el *pah*, mudos y tranquilos.

Kai-Koumou salió de su choza y, rodeado de los principales jefes de su tribu, tomó asiento sobre un montículo elevado algunos pies, en el centro del atrincheramiento. La masa de los indígenas formaba un semicírculo a algunas brazas por detrás. Toda la asamblea guardaba un silencio absoluto.

A una señal de Kai-Koumou, un guerrero se dirigió hacia el *waré-atoua*.

—Recuerda —dijo lady Helena a su marido.

Glenarvan estrechó a su esposa contra el corazón. En aquel momento, Mary Grant se aproximó a John Mangles:

—Lord y lady Glenarvan —dijo ella— pensarán que si una mujer puede morir de la mano de su esposo para huir de una existencia vergonzosa, una prometida puede morir también de la mano de su prometido para escapar a su vez de ella. John, puedo decírselo en este instante supremo: ¿no soy desde hace mucho tiempo su prometida en el secreto de su corazón? ¿Puedo contar con usted, querido John, como lady Helena cuenta con lord Glenarvan?

—¡Mary! —exclamó el joven capitán fuera de sí—. ¡Ah, querida Mary!...

No pudo concluir; la estera se levantó, y los cautivos fueron arrastrados ante Kai-Koumou; las dos mujeres estaban resignadas a su suerte; los hombres disimulaban sus angustias bajo una calma que denotaba una energía sobrehumana.

Llegaron ante el jefe zelandés. Este no hizo esperar su veredicto:

—¿Tú mataste a Kara-Tété? —le dijo a Glenarvan.

—Yo lo maté —respondió el lord.

—Mañana morirás al despuntar el sol.

—¿Solo? —preguntó Glenarvan, cuyo corazón latía con violencia.

—¡Ah, si la vida de nuestro Tohonga no fuese más preciosa que la vuestra! —exclamó Kai-Koumou, cuyos ojos expresaban un feroz pesar.

En aquel momento, una agitación se produjo entre los indígenas. Glenarvan lanzó una mirada rápida a su alrededor. Enseguida la muchedumbre se abrió, y apareció un guerrero, chorreando sudor, rendido de fatiga.

Kai-Koumou, en cuanto lo vio, le dijo en inglés, con la evidente intención de ser comprendido por los cautivos:

—¿Vienes del campamento de los Pakékas?

—Sí —respondió el maorí.

—¿Has visto al prisionero, nuestro Tohonga?

—Lo he visto.

—¿Está vivo?

—¡Está muerto! ¡Los ingleses lo han fusilado!

La suerte de Glenarvan y sus compañeros estaba sellada.

—¡Todos —exclamó Kai-Koumou— moriréis mañana al despuntar el día!

Así pues, un castigo común se abatía sin distinción sobre aquellos infortunados. Lady Helena y Mary Grant elevaron al cielo una mirada de sublime acción de gracias.

Los cautivos no fueron conducidos de nuevo al *waré-atoua*.

Debían asistir durante aquella jornada a las exequias del jefe y a las sangrientas ceremonias que las acompañan. Un grupo de indígenas los condujo a algunos pasos, al pie de un enorme *koudi*.

Allí, sus guardianes permanecieron junto a ellos sin perderlos de vista. El resto de la tribu maorí, absorto en su dolor oficial, parecía haberlos olvidado.

Los tres días reglamentarios habían transcurrido desde la muerte de Kara-Tété. El alma del difunto había abandonado, pues, definitivamente su envoltura mortal. La ceremonia comenzó.

El cuerpo fue traído sobre un pequeño montículo, en medio del atrincheramiento. Estaba revestido de un suntuoso traje y envuelto en una magnífica estera de fórmio. Su cabeza, adornada de plumas, lucía una corona de hojas verdes. Su rostro, sus brazos y su pecho, frotados de aceite, no acusaban corrupción alguna.

Los parientes y los amigos llegaron al pie del montículo, y, de repente, como si algún director de orquesta hubiese marcado el compás de un canto fúnebre, un inmenso concierto de lloros, gemidos y sollozos se elevó en el aire. Se lloraba al difunto con un ritmo plañidero y pesadamente cadenciado.

Sus allegados se golpeaban la cabeza; sus parientas se arañaban el rostro con las uñas y se mostraban más pródicas de sangre que de lágrimas.

Aquellas desgraciadas mujeres cumplían concienzudamente este salvaje deber. Pero no bastaban estas demostraciones para aplacar el alma del di-

funto, cuya cólera habría golpeado sin duda a los supervivientes de su tribu, y sus guerreros, no pudiendo devolverle la vida, quisieron que no echase en falta en el otro mundo el bienestar de la existencia terrenal. Así pues, la compañera de Kara-Tété no debía abandonar a su esposo en la tumba. Por lo demás, la infortunada se habría negado a sobrevivirle.

Era la costumbre, acorde con el deber, y no faltan ejemplos de semejantes sacrificios en la historia zelandesa.

Aquella mujer apareció. Aún era joven. Sus cabellos en desorden flotaban sobre sus hombros. Sus sollozos y sus gritos se elevaban hacia el cielo. Vagas palabras, lamentos, frases interrumpidas en las que celebraba las virtudes del muerto, entrecortaban sus gemidos, y, en un supremo paroxismo de dolor, se tendió al pie del montículo, golpeando el suelo con la cabeza.

En aquel momento, Kai-Koumou se aproximó a ella.

De repente, la desgraciada víctima se incorporó; pero un violento golpe de *méré*, especie de formidable maza que giraba en la mano del jefe, la arrojó de nuevo a tierra. Cayó fulminada.

Espantosos gritos se elevaron al instante. Cien brazos amenazaron a los cautivos, aterrorizados por aquel horrible espectáculo. Pero nadie se movió, pues la ceremonia fúnebre no había concluido.

La esposa de Kara-Tété había reunido a su esposo en la tumba. Los dos cuerpos yacían tendidos el uno junto al otro. Pero, para la vida eterna, no bastaba, para aquel difunto, su fiel compañera. ¿Quién los habría servido a ambos cerca de Nouï-Atoua, si sus esclavos no les hubieran seguido de este mundo al otro?

Seis desdichados fueron traídos ante los cadáveres de sus amos. Eran servidores que las despiadadas leyes de la guerra habían reducido a la esclavitud. Durante la vida del jefe, habían sufrido las más duras privaciones, padecido mil malos tratos, apenas alimentados, empleados sin cesar en trabajos de bestias de carga, y ahora, según la creencia maorí, iban a reanudar para la eternidad esa existencia de servidumbre.

Aquellos infortunados parecían resignados a su suerte. No se asombraban de un sacrificio largamente previsto. Sus manos, libres de toda atadura, atestiguaban que recibirían la muerte sin defenderse.

Por lo demás, aquella muerte fue rápida, y se les ahorraron los largos sufrimientos. Las torturas se reservaban para los autores del asesinato, que, agrupados a veinte pasos, apartaban los ojos de aquel espantoso espectáculo cuyo horror iba a acrecentarse aún más.

Seis golpes de *méré*, asestados por la mano de seis vigorosos guerreros, tendieron a las víctimas en el suelo, en medio de un charco de sangre. Fue la señal de una espantosa escena de canibalismo.

El cuerpo de los esclavos no está protegido por el tabú como el cadáver del amo. Pertenece a la tribu. Es la calderilla arrojada a los plañideros de las exequias. Así pues, consumado el sacrificio, toda la masa de los indígenas, jefes, guerreros, ancianos, mujeres, niños, sin distinción de edad ni de sexo, presa de una furia bestial, se abalanzó sobre los restos inanimados de las víctimas. En menos tiempo del que una veloz pluma podría narrarlo, los cuerpos, todavía humeantes, fueron desgarrados, divididos, despedazados, convertidos, no en trozos, sino en migajas. De los doscientos maoríes presentes en el sacrificio, cada uno tuvo su parte de aquella carne humana. Se luchaba, se peleaba, se disputaba el más mínimo jirón. Las gotas de una sangre caliente salpicaban a aquellos monstruosos comensales, y toda aquella horda repugnante se agitaba bajo una lluvia roja. Era el delirio y la furia de tigres encarnizados en su presa. Habría parecido un circo en el que los bestiarios devorasen a las fieras. Luego, veinte hogueras se encendieron en distintos puntos del *pah*; el olor de la carne quemada infectó la atmósfera, y, sin el tumulto espantoso de aquel festín, sin los gritos que aún escapaban de aquellas gargantas hartas de carne, los cautivos habrían oído cómo los huesos de las víctimas crujían bajo los dientes de los caníbales.

Glenarvan y sus compañeros, jadeantes, intentaban sustraer a los ojos de las dos pobres mujeres aquella abominable escena. Comprendían entonces qué suplicio les aguardaba al día siguiente, al despuntar el sol, y, sin duda, de qué crueles torturas estaría precedida semejante muerte. Estaban mudos de horror.

Luego comenzaron las danzas fúnebres. Licores fuertes, extraídos del «piper excelsum», verdadero espíritu de pimienta, avivaron la embriaguez de los salvajes. Ya no tenían nada de humano. Acaso incluso, olvidando el tabú del jefe, iban a lanzarse a los últimos excesos sobre los prisioneros que su delirio aterrorizaba. Pero Kai-Koumou había conservado la razón en

medio de la ebriedad general. Concedió una hora a aquella orgía de sangre para que pudiese alcanzar toda su intensidad y luego extinguirse, y el último acto de las exequias se representó con el ceremonial acostumbrado.

Los cadáveres de Kara-Tété y de su esposa fueron recogidos, los miembros doblados y replegados contra el vientre, según la costumbre zelandesa. Se trataba entonces de inhumarlos, no de manera definitiva, sino hasta el momento en que la tierra, habiendo devorado las carnes, no contuviese ya más que osamentas.

El emplazamiento del *oudoupa*, es decir, de la tumba, había sido elegido fuera del atrincheramiento, a unas dos millas de distancia, en la cima de una pequeña montaña llamada Maunganamu, situada en la orilla derecha del lago.

Allí debían ser transportados los cuerpos.

Dos especies de palanquines muy primitivos, o, para ser francos, dos camillas, fueron traídas al pie del montículo. Los cadáveres, replegados sobre sí mismos, más sentados que tendidos, y sujetos en sus vestimentas por un aro de lianas, fueron colocados en ellas.

Cuatro guerreros los alzaron sobre sus hombros, y toda la tribu, retomando su himno fúnebre, los siguió procesionalmente hasta el lugar del entierro.

Los cautivos, siempre vigilados, vieron el cortejo abandonar el primer recinto del *pah*; luego los cantos y los gritos fueron disminuyendo poco a poco.

Durante cerca de media hora, aquella fúnebre comitiva permaneció fuera de su vista en las profundidades del valle. Luego la volvieron a ver serpenteando por los senderos de la montaña. La lejanía tornaba fantástico el movimiento ondulado de aquella larga y sinuosa columna.

La tribu se detuvo a una altura de ochocientos pies, es decir, en la cima del Maunganamu, en el lugar mismo preparado para el enterramiento de Kara-Tété.

Un simple maorí no habría tenido para sepultura más que un hoyo y un montón de piedras. Pero a un jefe poderoso y temido, destinado sin duda a

una próxima deificación, su tribu le reservaba una tumba digna de sus hazañas.

El *oudoupa* había sido rodeado de empalizadas, y estacas adornadas de figuras tintadas de ocre se alzaban junto a la fosa donde debían reposar los cadáveres.

Los parientes no habían olvidado que el «waidoua», el espíritu de los muertos, se nutre de substancias materiales, como hace el cuerpo durante esta vida perecedera. Por eso se habían depositado víveres en el recinto, así como las armas y los vestidos del difunto.

Nada faltaba al confort de la tumba. Los dos esposos fueron depositados el uno junto al otro, luego cubiertos de tierra y hierbas, tras una nueva serie de lamentaciones.

Entonces el cortejo descendió silenciosamente la montaña, y ya nadie podía escalar el Maunganamu so pena de muerte, pues estaba tabuado, como el Tongariro, donde reposan los restos de un jefe aplastado en 1846 por una convulsión del suelo zelandés.

Capítulo XIII. Las últimas horas

En el momento en que el sol desaparecía más allá del lago Taupo, tras las cimas del Tuhahua y del Puketapu, los cautivos fueron conducidos de nuevo a su prisión. Ya no debían abandonarla antes de la hora en que las cumbres de los Wahiti-Ranges se encendieran con los primeros fuegos del día.

Les quedaba una noche para prepararse a morir.

A pesar del abatimiento, a pesar del horror que los tenía presos, tomaron su comida en común.

—No nos sobrarán las fuerzas —había dicho Glenarvan— para mirar a la muerte cara a cara. Hay que mostrar a estos bárbaros cómo saben morir los europeos.

Terminada la comida, lady Helena recitó en voz alta la oración de la noche. Todos sus compañeros, con la cabeza descubierta, se unieron a ella.

¿Qué hombre no piensa en Dios ante la muerte?

Cumplido este deber, los prisioneros se abrazaron.

Mary Grant y Helena, retiradas a un rincón de la choza, se tendieron sobre una estera. El sueño, que suspende todos los males, pesó pronto sobre sus párpados: se durmieron en los brazos la una de la otra, vencidas por el cansancio y los largos insomnios. Glenarvan, tomando entonces a sus amigos aparte, les dijo:

—Mis queridos compañeros, nuestra vida y la de esas pobres mujeres está en manos de Dios. Si está en los designios del cielo que muramos mañana, sabremos, estoy seguro, morir como hombres de corazón, como cristianos, dispuestos a comparecer sin miedo ante el juez supremo. Dios,

que ve el fondo de las almas, sabe que perseguíamos un noble fin. Si la muerte nos aguarda en lugar del éxito, es porque Él así lo quiere. Por duro que sea su fallo, no murmuraré contra él. Pero la muerte aquí no es solamente la muerte, es el suplicio, es la infamia, quizás, y he aquí dos mujeres...

Aquí, la voz de Glenarvan, firme hasta entonces, se alteró. Calló para dominar su emoción. Luego, tras un momento de silencio:

—John —le dijo al joven capitán—, tú le has prometido a Mary lo que yo le he prometido a lady Helena. ¿Qué has resuelto?

—Esa promesa —respondió John Mangles—, creo tener ante Dios el derecho de cumplirla.

—Sí, John, ¿pero estamos sin armas?

—Aquí hay una —respondió John, mostrando un puñal—. Se lo arranqué de las manos a Kara-Tété cuando aquel salvaje cayó a sus pies, *milord*. El que de nosotros sobreviva al otro cumplirá el deseo de lady Helena y de Mary Grant.

Tras estas palabras, un profundo silencio reinó en la choza. Por fin, el mayor lo interrumpió diciendo:

—Amigos, guardad para los últimos minutos ese recurso extremo. Soy poco partidario de lo que es irremediable.

—No he hablado por nosotros —respondió Glenarvan—. Sea como sea, ¡sabremos desafiar la muerte! ¡Ah, si estuviéramos solos, veinte veces ya os habría gritado: amigos, intentemos una salida! ¡Ataquemos a estos miserables! ¡Pero ellas! ¡Ellas!...

John, en aquel momento, levantó la estera y contó veinticinco indígenas que vigilaban a la puerta del *waré-atoua*. Una gran hoguera había sido encendida y proyectaba siniestros destellos sobre el accidentado relieve del *pah*.

De aquellos salvajes, unos estaban tendidos alrededor de la hoguera; otros, de pie, inmóviles, se recortaban vivamente en negro sobre el luminoso telón de las llamas. Pero todos dirigían frecuentes miradas hacia la choza confiada a su vigilancia.

Se dice que entre un carcelero que vela y un prisionero que quiere fugarse, las posibilidades están del lado del prisionero. En efecto, el interés del uno es mayor que el del otro. Este puede olvidar que está de guardia; aquel no puede olvidar que está preso. El cautivo piensa más a menudo en fugarse que su guardián en impedir su fuga.

De ahí, evasiones frecuentes y maravillosas.

Pero aquí era el odio, la venganza, los que vigilaban a los cautivos, y no un carcelero indiferente. Si los prisioneros no estaban atados, era porque las ligaduras eran inútiles, puesto que veinticinco hombres vigilaban la única salida del *waré-atoua*.

Esta choza, adosada a la roca que cerraba el atrincheramiento, solo era accesible por una estrecha lengua de tierra que la unía por delante con la meseta del *pah*. Sus otros dos lados se alzaban sobre flancos a pico y dominaban un abismo de cien pies de profundidad. Por allí, el descenso era impracticable. Tampoco había manera de huir por el fondo, que acorazaba la enorme roca. La única salida era la propia entrada del *waré-atoua*, y los maoríes guardaban aquella lengua de tierra que la unía al *pah* como un puente levadizo. Toda evasión era, pues, imposible, y Glenarvan, después de haber sondeado por vigésima vez las paredes de su prisión, se vio obligado a reconocerlo.

Las horas de aquella noche de angustias transcurrían, no obstante. Densas tinieblas habían invadido la montaña. Ni luna ni estrellas turbaban la profunda oscuridad. Algunas ráfagas de viento corrían por los flancos del *pah*. Los postes de la choza gemían. El hogar de los indígenas se reavivaba súbitamente con esa ventilación pasajera, y el reflejo de las llamas proyectaba fugaces destellos al interior del *waré-atoua*. El grupo de los prisioneros se iluminaba un instante. Aquellas pobres gentes estaban absortas en sus últimos pensamientos. Un silencio de muerte reinaba en la choza.

Debían de ser las cuatro de la madrugada aproximadamente, cuando la atención del mayor fue despertada por un ligero ruido que parecía producirse detrás de los postes del fondo, en la pared de la choza adosada al macizo. Mac Nabbs, en principio indiferente a aquel ruido, viendo que continuaba, escuchó; luego, intrigado por su persistencia, pegó, para apreciarlo mejor, el oído contra la tierra. Le pareció que alguien arañaba, que alguien cavaba en el exterior.

Cuando estuvo seguro del hecho, el mayor, deslizándose junto a Glenarvan y John Mangles, los arrancó de sus dolorosos pensamientos y los condujo al fondo de la choza.

—Escuchad —les dijo en voz baja, haciéndoles señas de que se agachasen.

Los arañazos eran cada vez más perceptibles; podían oírse las piedrecillas rechinar bajo la presión de un cuerpo agudo y derrumbarse hacia el exterior.

—Algún animal en su madriguera —dijo John Mangles.

Glenarvan se golpeó la frente:

—¿Quién sabe —dijo— si no era un hombre?...

—Hombre o animal —respondió el mayor—, ¡averiguaré a qué atenerme!

Wilson, Olbinett se unieron a sus compañeros, y todos se pusieron a cavar la pared, John con su puñal, los demás con piedras arrancadas del suelo o con sus uñas, mientras Mulrady, tendido en tierra, vigilaba por la rendija de la estera el grupo de los indígenas.

Aquellos salvajes, inmóviles alrededor de la hoguera, no sospechaban nada de lo que ocurría a veinte pasos de ellos.

El suelo estaba hecho de una tierra suelta y friable que cubría el tuf silíceo. Así pues, pese a la falta de herramientas, el agujero avanzó rápidamente. Pronto fue evidente que un hombre o varios hombres, encaramados en los flancos del *pah*, perforaban una galería en su pared exterior. ¿Cuál podía ser su propósito?

¿Conocían la existencia de los prisioneros, o el azar de un intento personal explicaba el trabajo que parecía llevarse a cabo?

Los cautivos redoblaron sus esfuerzos. Sus dedos desgarrados sangraban, pero seguían cavando.

Tras media hora de trabajo, el agujero, perforado por ellos, había alcanzado media braza de profundidad. Podían reconocer por los ruidos más acentuados que solo una fina capa de tierra impedía entonces una comunicación inmediata.

Transcurrieron algunos minutos más, y de repente el mayor retiró la mano, cortada por una hoja afilada.

Reprimió un grito que estuvo a punto de escapársele.

John Mangles, oponiendo la hoja de su puñal, esquivó el cuchillo que se agitaba fuera del suelo, pero asió la mano que lo sostenía.

Era una mano de mujer o de niño, ¡una mano europea!

De una parte y otra, no se había pronunciado ni una palabra. Era evidente que de una parte y otra había interés en callarse.

—¿Es Robert? —murmuró Glenarvan.

Pero, por bajo que hubiese pronunciado aquel nombre, Mary Grant, despertada por los movimientos que se producían en la choza, se deslizó junto a Glenarvan, y, asiendo aquella mano toda manchada de tierra, la cubrió de besos.

—¡Tú, tú! —decía la joven, que no había podido equivocarse—. ¡Tú, mi Robert!

—Sí, hermanita —respondió Robert—, aquí estoy, ¡para salvaros a todos! Pero ¡silencio!

—¡Valiente muchacho! —repetía Glenarvan.

—Vigilad a los salvajes por fuera —añadió Robert.

Mulrady, distraído un momento por la aparición del niño, reanudó su puesto de observación.

—Todo va bien —dijo—. No quedan más que cuatro guerreros que vigilan. Los demás están dormidos.

—¡Ánimo! —respondió Wilson.

En un instante, el agujero fue agrandado, y Robert pasó de los brazos de su hermana a los brazos de lady Helena.

En torno a su cuerpo estaba enrollada una larga cuerda de fórmio.

—Niño mío, niño mío —murmuraba la joven señora—, ¡estos salvajes no te han matado!

—No, señora —respondió Robert—. No sé cómo, durante el tumulto, pude sustraerme a sus miradas; franqueé el recinto; durante dos días permanecí escondido detrás de arbustos; erraba de noche; quería volveros a ver. Mientras toda la tribu se ocupaba de las exequias del jefe, vine a reconocer este lado del atrincheramiento donde se alza la prisión, y vi que podría llegar hasta vosotros. Robé en una choza desierta este cuchillo y esta cuerda. Las matas de hierba, las ramas de arbustos me sirvieron de escalera; encontré por casualidad una especie de gruta excavada en el mismo macizo al que se apoya esta choza; no tuve más que cavar algunos pies en una tierra blanda, y aquí estoy.

Veinte besos mudos fueron la única respuesta que pudo obtener Robert.

—¡Partamos! —dijo con tono decidido.

—¿Está Paganel abajo? —preguntó Glenarvan.

—¿El señor Paganel? —respondió el niño, sorprendido por la pregunta.

—Sí, ¿nos espera?

—Pero no, *milord*. Oiga, ¿el señor Paganel no está aquí?

—No está, Robert —respondió Mary Grant.

—¿Cómo? ¿No lo habéis visto? —preguntó Glenarvan—. ¿No os habéis encontrado en aquel tumulto? ¿No os habéis escapado juntos?

—No, *milord* —respondió Robert, aterrado al enterarse de la desaparición de su amigo Paganel.

—Partamos —dijo el mayor—, no hay un minuto que perder. Donde quiera que esté Paganel, no puede estar peor que nosotros aquí. ¡Partamos!

En efecto, los momentos eran preciosos. Había que huir. La evasión no presentaba grandes dificultades, salvo en una pared casi perpendicular fuera de la gruta, y durante apenas unos veinte pies. Luego, a continuación, el talud ofrecía un descenso bastante suave hasta el pie de la montaña. Desde ese punto, los cautivos podían ganar rápidamente los valles inferiores, mientras que los maoríes, si llegaban a percatarse de su fuga, se verían obligados a dar un larguísimo rodeo para alcanzarlos, puesto que ignoraban la existencia de aquella galería excavada entre el *waré-atoua* y el talud exterior.

Comenzó la evasión. Se tomaron todas las precauciones para que saliera bien. Los cautivos pasaron uno a uno por la estrecha galería y se encontraron en la gruta. John Mangles, antes de abandonar la choza, hizo desaparecer todos los escombros y se deslizó a su vez por la abertura, sobre la que dejó caer las esteras de la choza. La galería quedó, pues, enteramente disimulada.

Se trataba ahora de descender la pared perpendicular hasta el talud, y este descenso habría sido impracticable si Robert no hubiese traído la cuerda de fórmio.

La desenrollaron; fue fijada a un saliente de roca y lanzada hacia fuera.

John Mangles, antes de dejar que sus amigos se suspendiesen de aquellos filamentos de fórmio que, por su torsión, formaban la cuerda, los probó; no le parecieron ofrecer una gran solidez; ahora bien, no había que exponerse inconsideradamente, pues una caída podía ser mortal.

—Esta cuerda —dijo— no puede soportar más que el peso de dos cuerpos; así pues, procedamos en consecuencia. Que lord y lady Glenarvan se deslicen primero; cuando hayan llegado al talud, tres sacudidas impresas a la cuerda nos darán la señal de seguirles.

—Pasaré yo el primero —respondió Robert—. He descubierto al pie del talud una especie de excavación profunda donde los primeros en bajar se esconderán para esperar a los demás.

—Ve, muchacho —dijo Glenarvan estrechando la mano del joven.

Robert desapareció por la abertura de la gruta. Un minuto después, las tres sacudidas de la cuerda comunicaban que el niño acababa de efectuar felizmente su descenso.

Enseguida Glenarvan y lady Helena se aventuraron fuera de la gruta. La oscuridad era aún profunda, pero algunos matices grisáceos teñían ya las cimas que se alzaban al este.

El frío cortante de la mañana reanimó a la joven. Se sintió más fuerte y comenzó su peligrosa evasión.

Glenarvan primero, lady Helena a continuación, se dejaron deslizar a lo largo de la cuerda hasta el punto donde la pared perpendicular encontraba la cima del talud. Luego Glenarvan, precediendo a su esposa y sosteniéndola,

comenzó a descender de espaldas. Buscaba las matas de hierba y los arbustos capaces de ofrecerle un punto de apoyo; los probaba primero, y luego posaba en ellos el pie de lady Helena. Algunos pájaros, despertados de repente, levantaban el vuelo lanzando pequeños gritos, y los fugitivos se estremecían cuando una piedra, desprendida de su alvéolo, rodaba ruidosamente hasta el pie de la montaña.

Habían alcanzado la mitad del talud cuando se oyó una voz en la abertura de la gruta:

—¡Deteneos! —murmuraba John Mangles.

Glenarvan, aferrado con una mano a una mata de tetrágonas, reteniendo con la otra a su esposa, esperó respirando apenas.

Wilson había tenido una alarma. Habiendo oído algún ruido en el exterior del *waré-atoua*, había vuelto a la choza, y, levantando la estera, observaba a los maoríes. A una señal suya, John detuvo a Glenarvan.

En efecto, uno de los guerreros, sorprendido por algún rumor insólito, se había incorporado y aproximado al *waré-atoua*. De pie, a dos pasos de la choza, escuchaba, con la cabeza inclinada. Permaneció en esa actitud durante un minuto largo como una hora, con el oído atento, el ojo avizor. Luego, sacudiendo la cabeza como quien se ha equivocado, regresó hacia sus compañeros, tomó una brazada de leña muerta y la arrojó al brasero medio apagado, cuyas llamas se reavivaron. Su rostro, vivamente iluminado, ya no traicionaba ninguna preocupación, y, tras haber observado los primeros albores del alba que blanqueaban el horizonte, se tendió junto al fuego para caldear sus miembros entumecidos.

—Todo va bien —dijo Wilson.

John hizo señas a Glenarvan de reanudar su descenso.

Glenarvan se dejó deslizar suavemente por el talud; pronto lady Helena y él pusieron pie en el estrecho sendero donde los esperaba Robert.

La cuerda fue sacudida tres veces, y, a su vez, John Mangles, precediendo a Mary Grant, siguió la peligrosa ruta. Su operación resultó bien; se reunió con lord y lady Glenarvan en el hoyo señalado por Robert.

Cinco minutos después, todos los fugitivos, felizmente evadidos del *waré-atoua*, abandonaron su refugio provisional y, huyendo de las orillas

habitadas del lago, se internaron por estrechos senderos en lo más profundo de las montañas.

Marchaban rápidamente, buscando guarecerse de todos los puntos desde los que alguna mirada podía alcanzarlos. No hablaban; se deslizaban como sombras entre los arbustos. ¿Adónde iban? A la aventura, pero eran libres.

Hacia las cinco, el día comenzó a apuntar. Matices azulados jaspeaban las altas bandas de nubes. Las brumosas cumbres se desprendían de los vapores matinales. El astro del día no tardaría en aparecer, y aquel sol, en vez de dar la señal del suplicio, iba a señalar, por el contrario, la fuga de los condenados.

Era preciso, pues, antes de aquel momento fatal, que los fugitivos se hubieran puesto fuera del alcance de los salvajes, para despistarlos con la distancia.

Pero no marchaban deprisa, pues los senderos eran abruptos. Lady Helena ascendía las pendientes, sostenida, por no decir llevada en brazos, por Glenarvan, y Mary Grant se apoyaba en el brazo de John Mangles; Robert, feliz, triunfante, con el corazón henchido de alegría por su hazaña, abría la marcha, y los dos marineros la cerraban.

Media hora más, y el astro radiante iba a emerger de las brumas del horizonte.

Durante media hora, los fugitivos marcharon a la aventura. Paganel no estaba allí para guiarlos —Paganel, objeto de sus alarmas y cuya ausencia proyectaba una sombra oscura sobre su dicha.

Sin embargo, se dirigían hacia el este en la medida de lo posible, y avanzaban al encuentro de una magnífica aurora. Pronto habían alcanzado una altura de quinientos pies sobre el lago Taupo, y el frío de la mañana, acrecentado por aquella altitud, los picaba vivamente. Formas indecisas de colinas y montañas se escalonaban unas sobre otras; pero Glenarvan solo pedía perderse en ellas. Más adelante vería cómo salir de aquel laberinto montuoso. Por fin apareció el sol, y envió sus primeros rayos al encuentro de los fugitivos.

De repente, un aullido terrible, compuesto de cien gritos, estalló en el aire. Se elevaba del *pah*, cuya situación exacta ignoraba entonces Glenarvan.

Por lo demás, un espeso telón de brumas, tendido bajo sus pies, le impedía distinguir los valles bajos.

Pero los fugitivos no podían dudarlo: su evasión había sido descubierta. ¿Lograrían escapar a la persecución de los indígenas? ¿Habían sido avistados?

¿No los traicionarían sus huellas?

En aquel momento, la niebla inferior se levantó, los envolvió momentáneamente en una nube húmeda, y divisaron a trescientos pies por debajo de ellos la frenética masa de los indígenas.

Los veían, pero habían sido vistos. Numerosos aullidos estallaron, ladridos se unieron a ellos, y la tribu entera, tras haber intentado en vano escalar la roca del *waré-atoua*, se precipitó fuera de los recintos y se lanzó por los caminos más cortos en persecución de los prisioneros que huían de su venganza.

Capítulo XIV. La montaña tabú

La cima de la montaña se elevaba todavía unos cien pies. A los fugitivos les convenía alcanzarla para ocultarse, en el vertiente opuesto, a la vista de los maoríes. Esperaban que alguna cresta practicable les permitiría entonces ganar las cimas vecinas, que se confundían en un sistema orográfico cuyas complicaciones el pobre Paganel habría sin duda desenredado, de haber estado allí.

El ascenso fue apresurado, pues, bajo la amenaza de aquellas vociferaciones que se aproximaban cada vez más.

La horda invasora llegaba al pie de la montaña.

—¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Amigos míos! —gritaba Glenarvan, animando a sus compañeros con la voz y el gesto.

En menos de cinco minutos, alcanzaron la cima del monte; allí se volvieron para juzgar la situación y tomar una dirección que pudiese despistar a los maoríes.

Desde aquella altura, sus miradas dominaban el lago Taupo, que se extendía hacia el oeste en su pintoresco marco de montañas. Al norte, las cimas del Pirongia. Al sur, el cráter encendido del Tongariro.

Pero hacia el este, la vista chocaba contra la barrera de cimas y lomos que se unía a los Wahiti-Ranges, esa gran cadena cuyos anillos no interrumpidos enlazan toda la isla septentrional desde el estrecho de Cook hasta el cabo oriental.

Era preciso, pues, descender el vertiente opuesto y adentrarse en estrechas gargantas, quizás sin salida.

Glenarvan lanzó una mirada ansiosa a su alrededor; disuelta la niebla por los rayos del sol, su vista penetraba nítidamente en las menores cavidades del terreno. Ningún movimiento de los maoríes podía escapar a su vista.

Los indígenas no estaban a quinientos pies de él cuando alcanzaron la meseta sobre la que descansaba el cono solitario.

Glenarvan no podía, por poco que fuese, prolongar su alto. Agotado o no, había que huir so pena de quedar cercado.

—¡Descendamos! —exclamó—. ¡Descendamos antes de que nos corten el camino!

Pero, en el momento en que las pobres mujeres se incorporaban por un supremo esfuerzo, Mac Nabbs las detuvo y dijo:

—Es inútil, Glenarvan. Mirad.

Y todos, en efecto, vieron el inexplicable cambio que acababa de producirse en el movimiento de los maoríes.

Su persecución se había interrumpido de súbito.

El asalto a la montaña había cesado como por una imperativa contraorden. La banda de indígenas había dominado su ímpetu y se había detenido como las olas del mar ante una roca infranqueable.

Todos aquellos salvajes, ávidos de sangre, ahora apostados al pie del monte, aullaban, gesticulaban, agitaban fusiles y hachas, pero no avanzaban ni un paso. Sus perros, como ellos clavados en el suelo, ladraban con rabia.

¿Qué ocurría, pues? ¿Qué fuerza invisible retenía a los indígenas? Los fugitivos miraban sin comprender, temiendo que el hechizo que encadenaba a la tribu de Kai-Koumou pudiese romperse.

De repente, John Mangles lanzó un grito que hizo volverse a sus compañeros. Con la mano, les señalaba una pequeña fortaleza elevada en la cima del cono.

—¡La tumba del jefe Kara-Tété! —exclamó Robert.

—¿Dices bien, Robert? —preguntó Glenarvan.

—Sí, *milord*, ¡es la tumba! La reconozco...

Robert no se equivocaba. A cincuenta pies por encima, en el punto extremo de la montaña, unas estacas recién pintadas formaban un pequeño recinto empalizado. Glenarvan reconoció a su vez la tumba del jefe zelandés. En los azares de su fuga, había sido conducido a la mismísima cima del Maunganamu.

El lord, seguido de sus compañeros, subió los últimos taludes del cono hasta el pie mismo del sepulcro. Una amplia abertura cubierta de esteras daba acceso al interior.

Glenarvan iba a penetrar en el interior del *oudoupa* cuando, de repente, retrocedió vivamente:

—¡Un salvaje! —dijo.

—¿Un salvaje en ese sepulcro? —preguntó el mayor.

—Sí, Mac Nabbs.

—¡Qué importa, entremos!

Glenarvan, el mayor, Robert y John Mangles penetraron en el recinto. Un maorí estaba allí, vestido con un amplio manto de fórmio; la sombra del *oudoupa* no permitía distinguir sus rasgos. Parecía muy tranquilo, y desayunaba con la más perfecta despreocupación. Glenarvan iba a dirigirle la palabra, cuando el indígena, adelantándose a él, le dijo en tono amable y en buen inglés:

—Sentaos, mi querido lord, el desayuno os espera.

Era Paganel. A su voz, todos se precipitaron al interior del *oudoupa* y todos pasaron a los brazos del excelente geógrafo. ¡Paganel había sido encontrado!

¡Era la salvación común que se presentaba en su persona! Iban a interrogarle, querían saber cómo y por qué se encontraba en la cima del Maunganamu; pero Glenarvan cortó de una palabra aquella inoportuna curiosidad.

—¡Los salvajes! —dijo.

—Los salvajes —respondió Paganel encogiéndose de hombros—. ¡He ahí unos individuos a quienes desprecio soberanamente!

—¿Pero acaso no pueden?...

—¡Ellos! ¡Esos imbéciles! ¡Venid a verlos!

Todos siguieron a Paganel, que salió del *oudoupa*. Los zelandeses estaban en el mismo lugar, rodeando el pie del cono y lanzando espantosas vociferaciones.

—¡Gritad! ¡Aullad! ¡Desgañitaos, estúpidas criaturas! —dijo Paganel—. ¡Os desafío a escalar esta montaña!

—¿Y por qué? —preguntó Glenarvan.

—¡Porque el jefe está enterrado aquí, porque ese sepulcro nos protege, porque la montaña está tabuada!

—¿Tabuada?

—¡Sí, amigos míos! Y por eso me he refugiado aquí como en uno de esos lugares de asilo de la Edad Media abiertos a los desgraciados.

—¡Dios está con nosotros! —exclamó lady Helena, elevando las manos hacia el cielo.

En efecto, el monte estaba tabuado y, por su consagración, escapaba al asalto de los supersticiosos salvajes.

Aún no era la salvación de los fugitivos, sino una tregua saludable de la que trataban de aprovechar. Glenarvan, presa de una indecible emoción, no pronunciaba palabra, y el mayor movía la cabeza con aire verdaderamente satisfecho.

—Y ahora, amigos míos —dijo Paganel—, si esos brutos cuentan con nosotros para ejercitar su paciencia, se equivocan. Antes de dos días, estaremos fuera del alcance de esos bribones.

—¡Huiremos! —dijo Glenarvan—. ¿Pero cómo?

—No lo sé —respondió Paganel—, pero huiremos de todas formas.

Entonces, cada cual quiso conocer las aventuras del geógrafo. Cosa extraña, y reserva singular en un hombre tan prolijo, hubo que arrancarle, por así decirlo, las palabras de la boca. Él, que tanto amaba contar, respondió de manera evasiva a las preguntas de sus amigos.

«Me han cambiado a mi Paganel», pensaba Mac Nabbs.

En efecto, la fisonomía del digno sabio ya no era la misma. Se envolvía severamente en su amplio chal de fórmio y parecía evitar las miradas demasiado curiosas. Sus maneras embarazadas, cuando se trataba de él, no pasaron desapercibidas para nadie, pero, por discreción, nadie pareció advertirlas. Por lo demás, cuando Paganel dejaba de ser el centro de la conversación, recobraba su habitual jovialidad.

En cuanto a sus recuerdos, he aquí lo que juzgó oportuno revelar a sus compañeros, cuando todos se hubieron sentado junto a él, al pie de los postes del *oudoupa*.

Tras el asesinato de Kara-Tété, Paganel aprovechó como Robert el tumulto de los indígenas y se lanzó fuera del recinto del *pah*. Pero, menos afortunado que el joven Grant, fue a dar de lleno en un campamento de maoríes. Allí mandaba un jefe de buen porte, de aspecto inteligente, evidentemente superior a todos los guerreros de su tribu. Aquel jefe hablaba correctamente el inglés y le dio la bienvenida rozando con la punta de su nariz la nariz del geógrafo.

Paganel se preguntaba si debía considerarse prisionero o no. Pero, viendo que no podía dar un paso sin ser graciosamente acompañado por el jefe, supo pronto a qué atenerse al respecto.

Aquel jefe, llamado «Hihy», es decir, «rayo de sol», no era mal hombre. Las gafas y el catalejo del geógrafo parecían darle una alta idea de Paganel, y lo ató particularmente a su persona, no solo con sus atenciones, sino también con buenas cuerdas de fórmio. Por las noches, sobre todo.

Esta nueva situación duró tres largos días.

Durante ese lapso de tiempo, ¿fue Paganel bien o mal tratado? «Sí y no», dijo él, sin explicarse más. En resumen, era prisionero, y, salvo la perspectiva de un suplicio inmediato, su condición no le parecía mucho más envidiable que la de sus infortunados amigos.

Afortunadamente, durante una noche, logró roer sus cuerdas y escaparse. Había asistido de lejos al entierro del jefe, sabía que lo habían inhumado en la cima del Maunganamu y que la montaña quedaba tabuada por ese hecho. Fue allí donde resolvió refugiarse, sin querer abandonar el país donde sus compañeros estaban retenidos. Lo logró en su peligrosa empresa. Llegó du-

rante la última noche a la tumba de Kara-Tété y esperó, «recobrando fuerzas», a que el cielo liberase a sus amigos por algún azar.

Tal fue el relato de Paganel. ¿Omitió adrede alguna circunstancia de su estancia entre los indígenas? Más de una vez, su embarazo lo dejó suponer. Sea como fuere, recibió unánimes felicitaciones y, conocido el pasado, se volvió al presente. La situación seguía siendo sumamente grave. Los indígenas, si no se arriesgaban a escalar el Maunganamu, contaban con el hambre y la sed para recuperar a sus prisioneros. Cuestión de tiempo, y los salvajes tienen una larga paciencia.

Glenarvan no se engañaba sobre las dificultades de su posición, pero resolvió esperar las circunstancias favorables y crearlas si fuese necesario.

Y ante todo, Glenarvan quiso reconocer cuidadosamente el Maunganamu, es decir, su fortaleza improvisada, no para defenderla, pues no era de temer que la sitiaran, sino para salir de ella. El mayor, John, Robert, Paganel y él tomaron un relevamiento exacto de la montaña. Observaron la dirección de los senderos, sus extremos, su pendiente. La cresta, de una milla de longitud, que unía el Maunganamu con la cadena de los Wahiti, iba descendiendo hacia la llanura. Su arista, estrecha y caprichosamente perfilada, ofrecía la única ruta practicable en caso de que la evasión fuese posible. Si los fugitivos pasaban inadvertidos por ella, al amparo de la noche, quizás lograsen adentrarse en los profundos valles de los Ranges y despistar a los guerreros maoríes. Pero aquella ruta ofrecía más de un peligro. En su parte baja, pasaba al alcance de los fusiles. Las balas de los indígenas apostados en las rampas inferiores podían cruzarse en ella y tender allí una red de hierro que nadie pudiese franquear impunemente.

Glenarvan y sus amigos, habiéndose aventurado por la parte peligrosa de la cresta, fueron saludados con una granizada de plomo que no les alcanzó. Algunos tacos, arrastrados por el viento, llegaron hasta ellos. Estaban hechos de papel impreso que Paganel recogió por pura curiosidad y descifró no sin dificultad.

—¡Bien! —dijo—. ¿Sabéis, amigos míos, con qué cargan sus fusiles esos animales?

—No, Paganel —respondió Glenarvan.

—¡Con hojas de la Biblia! Si es el uso que hacen de los versículos sagrados, ¡tengo lástima de sus misioneros! Tendrán dificultades para fundar bibliotecas maorís.

—¿Y qué pasaje de los libros santos nos han disparado estos indígenas en pleno pecho? —preguntó Glenarvan.

—Una palabra del Dios todopoderoso —respondió John Mangles, que acababa de leer a su vez el papel manchado por la explosión—. Esa palabra nos dice que confiemos en Él —añadió el capitán, con la inquebrantable convicción de su fe escocesa.

—Lee, John —dijo Glenarvan.

Y John leyó este versículo respetado por la deflagración de la pólvora:

«Salmo 90. —«*Porque ha confiado en mí, yo lo libraré*.»

—Amigos míos —dijo Glenarvan—, hay que llevar estas palabras de esperanza a nuestras valientes y queridas compañeras. En ellas hay con qué reanimarles el corazón.

Glenarvan y sus compañeros subieron por los abruptos senderos del cono y se dirigieron hacia el sepulcro que querían examinar.

De camino, quedaron sorprendidos al percibir, a pequeños intervalos, como cierto estremecimiento del suelo. No era una agitación, sino esa vibración continua que experimentan las paredes de una caldera bajo la presión del agua hirviendo. Violentos vapores, nacidos de la acción de los fuegos subterráneos, estaban evidentemente almacenados bajo la envoltura de la montaña.

Esta particularidad no podía asombrar a quienes acababan de pasar entre las fuentes termales del Waikato. Sabían que esta región central de Ika-Na-Maoui es esencialmente volcánica.

Es un verdadero tamiz cuyo tejido deja transpirar los vapores de la tierra por las fuentes hirvientes y las solfataras.

Paganel, que ya lo había observado, llamó pues la atención de sus amigos sobre la naturaleza volcánica de la montaña. El Maunganamu no era sino uno de esos numerosos conos que erizan la porción central de la isla, es decir, un volcán del futuro.

La menor acción mecánica podía determinar la formación de un cráter en sus paredes, hechas de un tuf silíceo y blanquecino.

—En efecto —dijo Glenarvan—, pero no estamos aquí en más peligro que junto a la caldera del *Duncan*. ¡Es una plancha sólida esta corteza de tierra!

—De acuerdo —respondió el mayor—, pero una caldera, por buena que sea, acaba siempre por estallar, después de un largo servicio.

—Mac Nabbs —repuso Paganel—, yo no pido quedarme en este cono. Que el cielo me muestre una ruta practicable, y lo abandono al instante.

—¡Ah, ojalá este Maunganamu pudiera arrastrarnos él mismo! —respondió John Mangles—. ¡Puesto que tanta potencia mecánica está encerrada en sus flancos! ¡Quizás hay bajo nuestros pies la fuerza de varios millones de caballos, estéril y perdida! ¡Nuestro *Duncan* no pediría la milésima parte de ella para llevarnos al fin del mundo!

Aquel recuerdo del *Duncan*, evocado por John Mangles, tuvo el efecto de traer los pensamientos más tristes al espíritu de Glenarvan; pues, por desesperada que fuese su propia situación, la olvidaba a menudo para gemir por la suerte de su tripulación.

Todavía pensaba en ello cuando encontró en la cima del Maunganamu a sus compañeros de infortuno.

Lady Helena, en cuanto lo vio, fue a su encuentro.

—Querido Edward —dijo ella—, ¿habéis reconocido nuestra posición? ¿Debemos esperar o temer?

—Esperar, querida Helena —respondió Glenarvan—. Los indígenas no franquearán jamás el límite de la montaña, y no nos faltará tiempo para trazar un plan de evasión.

—Por lo demás, señora —dijo John Mangles—, es el mismo Dios quien nos recomienda esperar.

John Mangles entregó a lady Helena aquella hoja de la Biblia, donde se leía el versículo sagrado. La joven señora y la joven muchacha, con el alma confiada y el corazón abierto a todas las intervenciones del cielo, vieron en aquellas palabras del libro santo un infalible presagio de salvación.

—¡Y ahora, al *oudoupa*! —exclamó alegremente Paganel—. ¡Es nuestra fortaleza, nuestro castillo, nuestro comedor, nuestro gabinete de trabajo! ¡Nadie nos molestará en él! Señoras, permitidme haceros los honores de esta encantadora morada.

Todos siguieron al amable Paganel. Cuando los salvajes vieron a los fugitivos profanar de nuevo aquella sepultura tabuada, hicieron estallar numerosos disparos y espantables aullidos, estos tan ruidosos como aquellos. Pero, afortunadamente, las balas no llegaban tan lejos como los gritos, y caían a mitad de la ladera, mientras que las vociferaciones iban a perderse en el espacio.

Lady Helena, Mary Grant y sus compañeros, completamente tranquilizados al ver que la superstición de los maoríes era aún más fuerte que su cólera, entraron en el monumento funerario.

Era una empalizada de estacas pintadas de rojo, aquel *oudoupa* del jefe zelandés. Figuras simbólicas, verdadero tatuaje en madera, relataban la nobleza y las hazañas del difunto. Sartas de amuletos, de conchas o de piedras labradas se balanceaban de poste en poste. En el interior, el suelo desaparecía bajo una alfombra de hojas verdes. En el centro, una leve extumescencia traicionaba la tumba recién excavada.

Allí reposaban las armas del jefe, sus fusiles cargados y cebados, su lanza, su soberbia hacha de jade verde, con una provisión de pólvora y balas suficiente para las cacerías eternas.

—He ahí todo un arsenal —dijo Paganel—, del que haremos mejor uso que el difunto. ¡Buena idea la de estos salvajes de llevarse sus armas al otro mundo!

—¡Pues son fusiles de fabricación inglesa! —dijo el mayor.

—Sin duda —respondió Glenarvan—, ¡y es bastante necia la costumbre de regalar armas de fuego a los salvajes! Luego las utilizan contra los invasores, y tienen razón. En todo caso, ¡estos fusiles podrán sernos útiles!

—Pero lo que nos será más útil aún —dijo Paganel— son los víveres y el agua destinados a Kara-Tété.

En efecto, los parientes y amigos del muerto habían hecho bien las cosas. El aprovisionamiento daba testimonio de la estima que profesaban a las vir-

tudes del jefe. Había víveres suficientes para alimentar a diez personas durante quince días o, mejor dicho, al difunto para la eternidad. Esos alimentos de naturaleza vegetal consistían en helechos, en batatas, el «*convolvulus batatas*» indígena, y en patatas importadas hacía tiempo al país por los europeos. Grandes vasijas contenían el agua pura que figura en la comida zelandesa, y una docena de cestos, artísticamente trenzados, encerraban pastillas de una goma verde perfectamente desconocida.

Los fugitivos estaban, pues, provistos para algunos días contra el hambre y la sed. No se hicieron rogar en absoluto para tomar su primera comida a expensas del jefe.

Glenarvan aportó los alimentos necesarios a sus compañeros y los confió a los cuidados del señor Olbinett.

El *stewart*, siempre formalista, incluso en las situaciones más graves, encontró el menú de la comida algo escaso. Por lo demás, no sabía cómo preparar aquellas raíces, y le faltaba el fuego.

Pero Paganel lo sacó del apuro aconsejándole que enterrase simplemente sus helechos y sus batatas en el propio suelo.

En efecto, la temperatura de las capas superiores era muy elevada, y un termómetro clavado en aquel terreno habría acusado sin duda un calor de sesenta a sesenta y cinco grados. Olbinett estuvo a punto de escaldarse muy seriamente, pues, en el momento en que acababa de cavar un hoyo para depositar sus raíces, una columna de vapor de agua se desprendió y ascendió silbando a la altura de una braza. El *stewart* cayó de espaldas, aterrorizado.

—¡Cerrad el grifo! —gritó el mayor, quien, auxiliado por los dos marineros, acudió y cegó el hoyo con restos de piedra pómez, mientras Paganel, contemplando con aire singular aquel fenómeno, murmuraba estas palabras:

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Ajá! ¡Ajá! ¿Por qué no?

—¿No estáis herido? —preguntó Mac Nabbs a Olbinett.

—No, señor Mac Nabbs —respondió el *stewart*—, pero no esperaba...

—¡Tantos beneficios del cielo! —exclamó Paganel en tono jovial—. ¡Después del agua y los víveres de Kara-Tété, el fuego de la tierra! ¡Pero si es un paraíso esta montaña! ¡Propongo fundar aquí una colonia, cultivarla, in-

stalarnos en ella para el resto de nuestros días! ¡Seremos los Robinsones del Maunganamu! ¡En verdad, busco en vano qué nos falta en este confortable cono!

—Nada, si es sólido —respondió John Mangles.

—¡Bah! No es de ayer —dijo Paganel—. Desde hace mucho tiempo resiste la acción de los fuegos interiores, y aguantará bien hasta nuestra partida.

—El desayuno está servido —anunció el señor Olbinett, con tanta gravedad como si hubiese estado en el ejercicio de sus funciones en el castillo de Malcolm.

Enseguida los fugitivos, sentados junto a la empalizada, comenzaron una de esas comidas que la providencia les enviaba tan puntualmente desde hacía algún tiempo en las circunstancias más graves.

No se mostraron exigentes en la elección de los alimentos, pero las opiniones estuvieron divididas respecto a la raíz de helecho comestible. Unos le encontraron un sabor suave y agradable, otros un gusto mucilaginoso, perfectamente insípido, y una notable consistencia correosa. Las batatas, cocidas en el ardiente suelo, estaban excelentes. El geógrafo observó que Kara-Tété no era de compadecerse.

Luego, saciada el hambre, Glenarvan propuso discutir sin demora un plan de evasión.

—¿Ya? —dijo Paganel con tono verdaderamente afligido—. ¿Cómo, ya pensáis en abandonar este lugar de delicias?

—Pero, señor Paganel —respondió lady Helena—, admitiendo que estemos en Capua, ¡ya sabéis que no hay que imitar a Aníbal!

—Señora —respondió Paganel—, no me permitiré contradeciros, y puesto que queréis discutir, discutamos.

—Pienso ante todo —dijo Glenarvan— que debemos intentar una evasión antes de vernos empujados a ella por el hambre. Las fuerzas no nos faltan, y hay que aprovecharlas. Esta noche próxima, trataremos de ganar los valles del este atravesando el círculo de los indígenas al amparo de las tinieblas.

—Perfecto —respondió Paganel—, si los maoríes nos dejan pasar.

—¿Y si nos lo impiden? —dijo John Mangles.

—Entonces emplearemos los grandes medios —respondió Paganel.

—¿Y tenéis grandes medios? —preguntó el mayor.

—¡Más de los que podría usar! —replicó Paganel, sin explicarse más.

No quedaba sino esperar la noche para intentar franquear la línea de los indígenas.

Estos no habían abandonado su puesto. Sus filas parecían haberse engrosado incluso con los rezagados de la tribu.

Aquí y allá, hogueras encendidas formaban un cinturón de fuegos a la base del cono. Cuando las tinieblas invadieron los valles circundantes, el Maunganamu pareció surgir de una vasta hoguera, mientras su cima se perdía en una oscuridad densa.

A seiscientos pies más abajo se oía la agitación, los gritos, el murmullo del vivac enemigo.

A las nueve, en una noche muy oscura, Glenarvan y John Mangles resolvieron efectuar un reconocimiento antes de arrastrar a sus compañeros por aquella peligrosa ruta. Descendieron silenciosamente durante unos diez minutos y se adentraron en la estrecha arista que atravesaba la línea indígena, a cincuenta pies por encima del campamento.

Todo iba bien hasta entonces. Los maoríes, tendidos junto a sus hogueras, no parecían advertir a los dos fugitivos, que dieron algunos pasos más.

Pero de repente, a izquierda y derecha de la cresta, estalló un doble tiroteo.

—¡Atrás! —dijo Glenarvan—. ¡Esos bandidos tienen ojos de gato y fusiles de tiradores!

John Mangles y él subieron enseguida los empinados taludes del monte y vinieron prontamente a tranquilizar a sus amigos, alarmados por las detonaciones.

El sombrero de Glenarvan había sido atravesado por dos balas. Era imposible, pues, aventurarse por la interminable cresta entre aquellas dos filas

de tiradores.

—Hasta mañana —dijo Paganel—, ¡y puesto que no podemos burlar la vigilancia de estos indígenas, me permitiréis servirles un plato a mi manera!

La temperatura era bastante fría. Afortunadamente, Kara-Tété había llevado a su tumba sus mejores ropas de noche, cálidas mantas de fórmio en las que cada uno se envolvió sin escrúpulo, y pronto los fugitivos, guardados por la superstición indígena, dormían tranquilamente al abrigo de las empalizadas, sobre aquel suelo tibio y todo estremecido de efervescencias interiores.

Capítulo XV. Los grandes medios de Paganel

Al día siguiente, 17 de febrero, el sol naciente despertó con sus primeros rayos a los durmientes del Maunganamu. Los maoríes, desde hacía ya mucho tiempo, iban y venían al pie del cono sin alejarse de su línea de observación. Furiosos clamores saludaron la aparición de los europeos que salían del recinto profanado.

Cada cual lanzó su primera mirada a las montañas circundantes, a los valles profundos todavía anegados de brumas, a la superficie del lago Taupo, que el viento de la mañana rizaba levemente.

Luego todos, ávidos de conocer los nuevos proyectos de Paganel, se reunieron en torno a él y lo interrogaron con la mirada.

Paganel respondió enseguida a la ansiosa curiosidad de sus compañeros.

—Amigos míos —dijo—, mi proyecto tiene de excelente que, si no produce todo el efecto que espero de él, si fracasa incluso, nuestra situación no habrá empeorado. Pero debe salir bien, saldrá bien.

—¿Y ese proyecto? —preguntó Mac Nabbs.

—He aquí —respondió Paganel—. La superstición de los indígenas ha convertido esta montaña en un lugar de asilo; es preciso que la superstición nos ayude a salir de él.

»Si logro persuadir a Kai-Koumou de que hemos sido víctimas de nuestra profanación, de que la cólera celeste nos ha golpeado, en una palabra, de que hemos muerto y de una muerte terrible, ¿creéis que abandonará esta meseta del Maunganamu para volver a su aldea?

—Eso no es dudoso —dijo Glenarvan.

—¿Y de qué muerte horrible nos amenazáis? —preguntó lady Helena.

—De la muerte de los sacrílegos, amigos míos —respondió Paganel—. Las llamas vengadoras están bajo nuestros pies. ¡Abramos paso!

—¡Cómo! ¿Queréis hacer un volcán? —exclamó John Mangles.

—¡Sí, un volcán ficticio, un volcán improvisado, cuyas furias dirigiremos! ¡Hay aquí toda una provisión de vapores y fuegos subterráneos que no piden más que salir! ¡Organicemos una erupción artificial en nuestro provecho!

—La idea es buena —dijo el mayor—. ¡Bien imaginado, Paganel!

—Comprenderéis —prosiguió el geógrafo— que fingiremos ser devorados por las llamas del Plutón zelandés, y que desapareceremos espiritualmente en la tumba de Kara-Tété...

—Donde permaneceremos tres días, cuatro días, cinco días si fuese preciso, es decir, hasta el momento en que los salvajes, convencidos de nuestra muerte, abandonen la partida.

—¿Pero si se les ocurre constatar nuestro castigo —dijo la señorita Grant —, si escalan la montaña?

—No, querida Mary —respondió Paganel—, no lo harán. La montaña está tabuada, y cuando ella misma haya devorado a sus profanadores, su tabú será aún más riguroso.

—Este proyecto está verdaderamente bien concebido —dijo Glenarvan —. Solo tiene una posibilidad en contra, y es que los salvajes se obstinen en permanecer tanto tiempo al pie del Maunganamu que los víveres lleguen a faltarnos. Pero eso es poco probable, sobre todo si jugamos hábilmente nuestra partida.

—¿Y cuándo intentaremos esta última oportunidad? —preguntó lady Helena.

—Esta misma noche —respondió Paganel—, a la hora de las más densas tinieblas.

—Convenido —respondió Mac Nabbs—. Paganel, sois un hombre de genio, y yo, que raramente me entusiasmo, respondo del éxito. ¡Ah, esos bribones! ¡Vamos a servirles un pequeño milagro que retrasará su conversión un buen siglo! ¡Que los misioneros nos lo perdonen!

El proyecto de Paganel quedó, pues, adoptado, y verdaderamente, con las ideas supersticiosas de los maoríes, podía, debía salir bien. Quedaba su ejecución. La idea era buena, pero llevarla a la práctica resultaba difícil. ¿No iba a devorar ese volcán a los audaces que le abrirían un cráter? ¿Podría dominarse, dirigirse aquella erupción una vez desencadenados sus vapores, sus llamas y sus lavas? ¿No se hundiría el cono entero en un abismo de fuego? Era rozar ahí esos fenómenos cuyo monopolio absoluto se ha reservado la naturaleza.

Paganel había previsto estas dificultades, pero contaba con actuar con prudencia y sin llevar las cosas al extremo. Bastaba una apariencia para engañar a los maoríes, y no la terrible realidad de una erupción.

¡Cuán larga pareció aquella jornada! Cada cual contó sus interminables horas. Todo estaba preparado para la fuga. Los víveres del *oudoupa* habían sido divididos y formaban paquetes poco embarazosos.

Algunas esteras y las armas de fuego completaban aquel ligero equipaje, tomado de la tumba del jefe. Huelga decir que estos preparativos se hicieron dentro del recinto empalizado y sin que los salvajes lo supieran.

A las seis, el *stewart* sirvió una comida reconfortante. Dónde y cuándo se comería en los valles del distrito, nadie podía preverlo.

Así pues, se cenó pensando en el futuro. El plato principal se componía de media docena de grandes ratas, atrapadas por Wilson y guisadas tapadas. Lady Helena y Mary Grant se negaron obstinadamente a probar aquella caza tan estimada en Nueva Zelanda, pero los hombres se regalaron con ella como auténticos maoríes. Aquella carne era verdaderamente excelente, sabrosa incluso, y los seis roedores fueron roídos hasta los huesos.

Llegó el crepúsculo vespertino. El sol desapareció tras una banda de espesos nubarrones de aspecto tormentoso.

Algunos relámpagos iluminaban el horizonte, y un trueno lejano rodaba en las profundidades del cielo.

Paganel saludó la tormenta que venía en ayuda de sus designios y completaba su puesta en escena. Los salvajes se ven afectados supersticiosamente por esos grandes fenómenos de la naturaleza. Los neozelandeses tienen el trueno por la voz irritada de su Nouï-Atoua, y el relámpago no es sino el fulgor airado de sus ojos. La divinidad parecería venir, pues, en persona a castigar a los profanadores del tabú. A las ocho, la cima del Maunganamu desapareció en una siniestra oscuridad.

El cielo prestaba un fondo negro a aquel despliegue de llamas que la mano de Paganel iba a proyectar en él.

Los maoríes ya no podían ver a sus prisioneros.

Había llegado el momento de actuar.

Era preciso proceder con rapidez. Glenarvan, Paganel, Mac Nabbs, Robert, el *stewart*, los dos marineros, se pusieron a la obra simultáneamente.

El emplazamiento del cráter se eligió a treinta pasos de la tumba de Kara-Tété. Era importante, en efecto, que aquel *oudoupa* fuera respetado por la erupción, pues con él habría desaparecido asimismo el tabú de la montaña. Allí, Paganel había advertido un enorme bloque de piedra en torno al cual los vapores se derramaban con cierta intensidad. Dicho bloque cubría un pequeño cráter natural excavado en el cono, y se oponía por su sola pesantez al derrame de las llamas subterráneas. Si se lograba desplazarlo de su alvéolo, los vapores y las lavas brotarían de inmediato por la abertura despejada.

Los trabajadores se hicieron palancas con los postes arrancados del interior del *oudoupa*, y atacaron vigorosamente la masa rocosa. Bajo sus esfuerzos simultáneos, el peñasco no tardó en moverse. Le abrieron una especie de pequeña zanja en el talud del monte, a fin de que pudiera deslizarse por aquel plano inclinado. A medida que lo izaban, las trepidaciones del suelo se acusaban con mayor violencia.

Sordos rugidos de llamas y silbidos de hornaza corrían bajo la corteza adelgazada. Los audaces obreros, verdaderos cíclopes manejando los fuegos de la tierra, trabajaban en silencio.

Pronto, algunas grietas y chorros de vapor ardiente les advirtieron que el lugar se volvía peligroso. Pero un supremo esfuerzo arrancó el bloque, que

se deslizó por la pendiente del monte y desapareció.

Al instante, la capa adelgazada cedió. Una columna incandescente brotó hacia el cielo con estrepitosas detonaciones, mientras riachuelos de agua hirviente y de lavas rodaban hacia el campamento de los indígenas y los valles inferiores.

Todo el cono tembló, y pudo creerse que se abismaba en un precipicio sin fondo. Glenarvan y sus compañeros apenas tuvieron tiempo de sustraerse al alcance de la erupción; huyeron al interior del *oudoupa*, no sin haber recibido algunas gotas de agua llevada a una temperatura de noventa y cuatro grados.

Aquella agua esparció primero un leve olor a caldo, que pronto se convirtió en un hedor de azufre muy marcado.

Entonces, los vasos, las lavas, los detritos volcánicos, se confundieron en un mismo incendio. Torrentes de fuego surcaron los flancos del Maunganamu. Las montañas próximas se iluminaron al resplandor de la erupción; los valles profundos se encendieron con una intensa reverberación.

Todos los salvajes se habían levantado, aullando bajo la mordedura de aquellas lavas que borbotaban en medio de su vivac. Los que el río de fuego no había alcanzado huían y trepaban por las colinas cercanas; luego se volvían espantados, y contemplaban aquel aterrador fenómeno, aquel volcán en el que la cólera de su dios sumergía a los profanadores de la montaña sagrada. Y en ciertos momentos en que amainaba el fragor de la erupción, se les oía gritar su clamor sacramental:

«¡Tabú! ¡Tabú! ¡Tabú!»

Sin embargo, una enorme cantidad de vapores, piedras inflamadas y lavas escapaba de aquel cráter del Maunganamu. Ya no era un simple géiser como los que bordean el monte Hécla en Islandia, sino el monte Hécla mismo. Toda aquella supuración volcánica se había contenido hasta entonces bajo la envoltura del cono, porque las válvulas del Tongariro bastaban a su expansión; pero cuando se le abrió una nueva salida, se precipitó con extrema vehemencia, y aquella noche, por una ley de equilibrio, las demás erupciones de la isla debieron perder parte de su intensidad habitual.

Una hora después del debut de aquel volcán en la escena del mundo, anchos riachuelos de lava incandescente corrían por sus flancos. Se veía toda una legión de ratas salir de sus madrigueras inhabitables y huir del suelo en llamas.

Durante la noche entera y bajo la tormenta que se desencadenaba en las alturas del cielo, el cono funcionó con una violencia que no dejó de inquietar a Glenarvan. La erupción roía los bordes del cráter.

Los prisioneros, ocultos tras el recinto de estacas, seguían los aterradores progresos del fenómeno.

Llegó la mañana. La furia volcánica no amainaba. Espesos vapores amarillentos se mezclaban con las llamas; los torrentes de lava serpenteaban por todas partes.

Glenarvan, con el ojo alerta y el corazón palpitante, asomó la mirada por todos los intersticios del recinto empalizado y observó el campamento de los indígenas.

Los maoríes habían huido hacia las mesetas vecinas, fuera del alcance del volcán. Algunos cadáveres, tendidos al pie del cono, estaban carbonizados por el fuego. Más lejos, hacia el *pah*, las lavas habían alcanzado una veintena de chozas, que aún humeaban. Los zelandeses, formando grupos aquí y allá, contemplaban la cúspide empenachada del Maunganamu con un religioso espanto.

Kai-Koumou se presentó en medio de sus guerreros, y Glenarvan lo reconoció. El jefe avanzó hasta el pie del cono, por el lado que las lavas habían respetado, pero no franqueó el primer escalón.

Allí, con los brazos extendidos como un hechicero que exorciza, hizo algunas muecas cuyo sentido no escapó a los prisioneros. Tal como lo había previsto Paganel, Kai-Koumou lanzaba sobre la montaña vengadora un tabú más riguroso.

Poco después, los indígenas se alejaban en fila por los senderos sinuosos que descendían hacia el *pah*.

—¡Se van! —exclamó Glenarvan—. ¡Abandonan su puesto! ¡Gracias a Dios! ¡Nuestro ardid ha triunfado! ¡Mi querida Helena, mis valientes compañeros, ya estamos muertos, ya estamos enterrados! ¡Pero esta noche, al

caer la oscuridad, resucitaremos, abandonaremos nuestra tumba, huiremos de estas bárbaras tribus!

Sería difícil imaginar la alegría que reinó en el *oudoupa*. La esperanza había recobrado todos los corazones. ¡Aquellos valerosos viajeros olvidaban el pasado, olvidaban el futuro, para no pensar más que en el presente!

Y, sin embargo, no era empresa fácil alcanzar algún establecimiento europeo en medio de aquellas comarcas desconocidas. ¡Pero, una vez despistado Kai-Koumou, se creían salvados de todos los salvajes de Nueva Zelanda!

El mayor, por su parte, no ocultó el soberano desprecio que le causaban aquellos maoríes, y no le faltaron expresiones para calificarlos.

Fue un asalto entre Paganel y él. Los trataron de brutos imperdonables, de asnos estúpidos, de idiotas del Pacífico, de salvajes de Bedlam, de cretinos de las antípodas, etc., etc.

No daban abasto.

Había de transcurrir todavía una jornada entera antes de la evasión definitiva. Se empleó en discutir un plan de fuga. Paganel había conservado con sumo cuidado su mapa de Nueva Zelanda, y pudo buscar en él los caminos más seguros.

Tras deliberar, los fugitivos resolvieron dirigirse al este, hacia la bahía Plenty. Ello suponía pasar por regiones desconocidas, pero verosímilmente desiertas. Los viajeros, habituados ya a salir de los apuros naturales, a sortear los obstáculos físicos, solo temían el encuentro con los maoríes. Querían, pues, evitarlos a toda costa y ganar la costa oriental, donde los misioneros habían fundado algunos establecimientos.

Además, aquella porción de la isla había escapado hasta entonces a los desastres de la guerra, y las partidas indígenas no batían la campaña por allí.

En cuanto a la distancia que separaba el lago Taupo de la bahía Plenty, podía evaluarse en cien millas.

Diez días de marcha a diez millas por día. Aquello se haría, no sin fatiga; pero, en aquella valerosa tropa, nadie contaba sus pasos. Una vez alcanzadas las misiones, los viajeros descansarían en ellas aguardando alguna

ocasión favorable para llegar a Auckland, pues era siempre esa ciudad el destino al que aspiraban.

Acordados estos diversos puntos, se continuó vigilando a los indígenas hasta la tarde. No quedaba ninguno al pie de la montaña, y cuando las sombras invadieron los valles del Taupo, ningún fuego delató la presencia de maoríes al pie del cono. El camino estaba libre.

A las nueve, en una noche cerrada, Glenarvan dio la señal de partida. Sus compañeros y él, armados y equipados a expensas de Kara-Tété, comenzaron a descender prudentemente las rampas del Maunganamu. John Mangles y Wilson iban a la cabeza, con el oído y el ojo alerta. Se detenían al menor ruido, escudriñaban la menor luz. Cada uno se dejaba, por así decirlo, resbalar por el talud del monte para confundirse mejor con él.

A doscientos pies por encima de la cima, John Mangles y su marinero alcanzaron la peligrosa arista que los indígenas defendían con tanta obstinación. Si por desgracia los maoríes, más astutos que los fugitivos, habían fingido una retirada para atraerlos hacia ellos, si no habían caído en el engaño del fenómeno volcánico, era precisamente en aquel lugar donde su presencia se revelaría. Glenarvan, pese a toda su confianza y a despecho de las bromas de Paganel, no pudo evitar un estremecimiento. La salvación de los suyos iba a jugarse por entero durante aquellos diez minutos necesarios para franquear la cresta. Sentía latir el corazón de lady Helena, aferrada a su brazo.

Por lo demás, no pensaba en retroceder. John, tampoco. El joven capitán, seguido de todos y protegido por una oscuridad completa, reptó por la estrecha arista, deteniéndose cuando alguna piedra desprendida rodaba hasta el pie de la meseta. Si los salvajes seguían apostados más abajo, aquellos ruidos insólitos debían provocar a ambos lados una formidable fusilería.

Sin embargo, al deslizarse como una serpiente por aquella cresta inclinada, los fugitivos no avanzaban deprisa. Cuando John Mangles alcanzó el punto más bajo, apenas veinticinco pies lo separaban de la meseta donde el día anterior acampaban los indígenas; luego la arista se elevaba por una pendiente bastante empinada y ascendía hacia un matorral durante el espacio de un cuarto de milla.

No obstante, aquella parte baja fue franqueada sin accidente, y los viajeros comenzaron a remontar en silencio. El bosquecillo era invisible, pero se sabía que estaba allí, y siempre que no hubiera una emboscada preparada en él, Glenarvan esperaba encontrar en él un lugar seguro. Sin embargo, observó que a partir de aquel momento ya no estaba protegido por el tabú. La cresta ascendente no pertenecía al Maunganamu, sino al sistema orográfico que erizaba la parte oriental del lago Taupo. Por tanto, no solo los disparos de los indígenas, sino también un ataque cuerpo a cuerpo era de temer.

Durante diez minutos, la pequeña tropa ascendió con movimiento imperceptible hacia las mesetas superiores.

John no divisaba aún el oscuro matorral, pero debía de estar a menos de doscientos pies.

De pronto se detuvo, casi retrocedió. Le había parecido percibir algún ruido en la oscuridad. Su vacilación frenó la marcha de sus compañeros.

Permaneció inmóvil, y durante el tiempo suficiente para inquietar a quienes lo seguían. Se esperó. ¡En qué angustias, eso no puede expresarse! ¿Se vería uno obligado a retroceder y regresar a la cima del Maunganamu?

Pero John, viendo que el ruido no se renovaba, reanudó su ascensión por el estrecho camino de la arista.

Pronto el matorral se dibujó vagamente en la oscuridad.

En pocos pasos, fue alcanzado, y los fugitivos se acurrucaron bajo el espeso follaje de los árboles.

Capítulo XVI. Entre dos fuegos

La noche favorecía aquella evasión. Convenía, pues, aprovecharla para dejar atrás los funestos parajes del lago Taupo. Paganel tomó la dirección de la pequeña tropa, y su maravilloso instinto de viajero se reveló de nuevo durante aquella difícil peregrinación por las montañas. Se manejaba con sorprendente habilidad en medio de las tinieblas, escogiendo sin vacilar los senderos casi invisibles, manteniendo una dirección constante de la que no se apartaba. Su nictalopía, a decir verdad, le servía mucho, y sus ojos de gato le permitían distinguir los más leves objetos en aquella profunda oscuridad.

Durante tres horas, se marchó sin hacer alto por las rampas muy prolongadas del reverso oriental.

Paganel se inclinaba un poco hacia el sureste, a fin de ganar un estrecho paso excavado entre los Kaimanawa y los Wahiti-Ranges, por donde se desliza la ruta de Auckland a la bahía Haukes. Franqueada aquella garganta, contaba abandonar el camino y, abrigado por las altas cordilleras, marchar hasta la costa a través de las regiones inhabitadas de la provincia.

A las nueve de la mañana, doce millas habían sido recorridas en doce horas. No podía exigirse más de las valerosas mujeres. Además, el lugar pareció conveniente para establecer un campamento. Los fugitivos habían alcanzado el desfiladero que separa las dos cadenas. La ruta de Oberland quedaba a la derecha y corría hacia el sur. Paganel, con el mapa en mano, dio un rodeo hacia el noreste y, a las diez, la pequeña tropa alcanzó una especie de abrupto reducto formado por un saliente de la montaña. Se sacaron los víveres de las mochilas, y se les rindió cumplidos honores. Mary Grant

y el mayor, a quienes el helecho comestible había satisfecho poco hasta entonces, se dieron ese día un festín con él.

La parada se prolongó hasta las dos de la tarde; luego se reanudó la ruta del este, y los viajeros se detuvieron al anochecer a ocho millas de las montañas. No hubo que rogarles para que durmiesen al raso.

Al día siguiente, el camino presentó dificultades bastante serias. Fue preciso atravesar aquel curioso distrito de lagos volcánicos, géiseres y solfataras que se extiende al este de los Wahiti-Ranges.

Los ojos quedaron mucho más satisfechos que las piernas. A cada cuarto de milla había rodeos, obstáculos, desvíos, muy fatigosos sin duda; pero ¡qué extraño espectáculo, y qué variedad infinita ofrece la naturaleza en sus grandes escenas!

En aquel vasto espacio de veinte millas cuadradas, el derrame de las fuerzas subterráneas se producía bajo todas las formas. Fuentes salinas de una transparencia extraña, pobladas de miríadas de insectos, brotaban de los matorrales indígenas de árboles de té. Desprendían un penetrante olor a pólvora quemada, y depositaban en el suelo un residuo blanco como una nieve deslumbrante. Sus aguas límpidas alcanzaban el punto de ebullición, mientras que otras fuentes vecinas se derramaban en napas heladas. Helechos gigantescos crecían en sus orillas, en condiciones análogas a las de la vegetación silúrica.

Por doquier, surtidores líquidos, envueltos en torbellinos de vapores, brotaban del suelo como los chorros de un parque, unos continuos, otros intermitentes y como sometidos al capricho de un Plutón veleidoso. Se escalonaban en anfiteatro sobre terrazas naturales superpuestas a la manera de los estanques modernos; sus aguas se confundían poco a poco bajo las volutas de humos blancos, y, royendo los peldaños semidiáfanos de aquellas escalinatas gigantescas, alimentaban lagos enteros con sus cascadas burbujeantes. Más lejos, a las fuentes termales y los géiseres tumultuosos sucedieron las solfataras. El terreno aparecía todo cubierto de grandes pústulas. Eran otros tantos cráteres a medio apagar y agrietados por numerosas fisuras de las que se desprendían diversos gases. La atmósfera estaba saturada del olor acre y desagradable de los ácidos sulfurosos. El azufre, formando costras y concreciones cristalinas, tapizaba el suelo. Allí se acumulaban desde hacía largos siglos riquezas incalculables y estériles, y es en aquel

distrito todavía poco conocido de Nueva Zelanda donde la industria vendrá a proveerse, si las azufreras de Sicilia se agotan algún día.

Se comprende qué fatigas sufrieron los viajeros al atravesar aquellas regiones erizadas de obstáculos. Los campamentos resultaban difíciles allí, y la carabina de los cazadores no encontraba ni un ave digna de ser plumada por las manos del señor Olbinett. Así pues, había que contentarse la mayoría de las veces con helechos y batatas, magra comida que apenas reparaba las fuerzas agotadas de la pequeña tropa. Cada uno tenía, pues, prisa por acabar con aquellos terrenos áridos y desiertos.

Sin embargo, no se necesitaron menos de cuatro días para bordear aquella comarca impracticable. Solo el 23 de febrero, a cincuenta millas del Maunganamu, Glenarvan pudo acampar al pie de un monte anónimo, indicado en el mapa de Paganel. Las llanuras de arbustos se extendían ante su vista, y los grandes bosques reaparecían en el horizonte.

Era de buen augurio, a condición, no obstante, de que la habitabilidad de aquellas regiones no atrajera demasiados habitantes. Hasta entonces, los viajeros no habían encontrado sombra de indígena alguno.

Aquel día, Mac Nabbs y Robert mataron tres kiwis, que figuraron con honor en la mesa del campamento, aunque no por mucho tiempo, todo sea dicho, pues en pocos minutos fueron devorados de pico a patas.

Luego, en el postre, entre las batatas y las patatas, Paganel formuló una propuesta que fue adoptada con entusiasmo.

Propuso dar el nombre de Glenarvan a aquella montaña innominada que se perdía a tres mil pies entre las nubes, y apuntó cuidadosamente en su mapa el nombre del lord escocés.

Insistir en los incidentes bastante monótonos y poco interesantes que jalonaron el resto del viaje sería inútil. Solo dos o tres hechos de alguna importancia señalaron aquella travesía de los lagos al océano Pacífico.

Se marchaba durante toda la jornada a través de los bosques y las llanuras. John tomaba su orientación por el sol y las estrellas. El cielo, bastante clemente, ahorraba sus calores y sus lluvias. Sin embargo, una fatiga creciente retrasaba a aquellos viajeros tan cruelmente probados ya, y tenían prisa por llegar a las misiones. Conversaban, no obstante, seguían tratándose, pero ya no de un modo general. La pequeña tropa se dividía en grupos

que formaba, no una simpatía más estrecha, sino una comunión de ideas más personales.

La mayoría de las veces, Glenarvan iba solo, pensando, a medida que se aproximaba a la costa, en el *Duncan* y en su tripulación. Olvidaba los peligros que aún lo amenazaban hasta Auckland, para pensar en sus marineros masacrados. Aquella horrible imagen no lo abandonaba.

Ya no se hablaba de Harry Grant. ¿Para qué, si no podía intentarse nada por él? Si el nombre del capitán se pronunciaba todavía, era en las conversaciones de su hija con John Mangles.

John no había recordado a Mary lo que la joven le había dicho durante la última noche del *Waré-atoua*. Su discreción no quería tomar nota de una palabra pronunciada en un instante supremo de desesperación.

Cuando hablaba de Harry Grant, John trazaba todavía proyectos de búsquedas ulteriores. Afirmaba a Mary que lord Glenarvan reanudaría aquella empresa malograda. Partía del supuesto de que la autenticidad del documento no podía ponerse en duda. Por tanto, Harry Grant existía en algún lugar.

Por tanto, aunque hubiera que registrar el mundo entero, debía encontrársele. Mary se embriagaba con aquellas palabras, y John y ella, unidos por los mismos pensamientos, confluían ahora en la misma esperanza. A menudo, lady Helena tomaba parte en su conversación; pero no se abandonaba a tantas ilusiones, y se guardaba, sin embargo, de devolver a aquellos jóvenes a la triste realidad.

Entretanto, Mac Nabbs, Robert, Wilson y Mulrady cazaban sin alejarse demasiado de la pequeña tropa, y cada uno aportaba su cuota de caza. Paganel, siempre envuelto en su manto de formio, se mantenía aparte, mudo y pensativo.

Y, sin embargo, —conviene decirlo—, a pesar de aquella ley de la naturaleza que hace que en medio de las pruebas, los peligros, las fatigas y las privaciones los mejores caracteres se enconan y se agrian, todos aquellos compañeros de infortuno permanecieron unidos, entregados los unos a los otros, dispuestos a dejarse matar los unos por los otros.

El 25 de febrero, el camino quedó cortado por un río que debía de ser el Waikari del mapa de Paganel.

Pudieron vadearlo.

Durante dos días, las llanuras de arbustos se sucedieron sin interrupción. La mitad de la distancia que separa el lago Taupo de la costa había sido franqueada sin mal encuentro, si no sin fatiga.

Entonces aparecieron inmensas e interminables selvas que recordaban los bosques australianos; pero aquí, los kauris reemplazaban a los eucaliptos. Aunque habían gastado singularmente su capacidad de asombro en cuatro meses de viaje, Glenarvan y sus compañeros quedaron aún maravillados ante la vista de aquellos pinos gigantescos, dignos rivales de los cedros del Líbano y de los «mammouth trees» de California. Aquellos kauris, en lenguaje de botánico «abietáceas damárinas», medían cien pies de altura antes de la ramificación de las ramas. Crecían en grupos aislados, y el bosque se componía, no de árboles, sino de innumerables grupos de árboles que extendían a doscientos pies en el aire su parasol de hojas verdes.

Algunos de aquellos pinos, jóvenes todavía, con apenas un centenar de años de edad, se asemejaban a los abetos rojos de las regiones europeas. Lucían una sombría corona rematada por un cono agudo. Sus mayores, en cambio, árboles viejos de cinco o seis siglos, formaban inmensas tiendas de verdor sostenidas en las inextricables bifurcaciones de sus ramas. Aquellos patriarcas del bosque zelandés medían hasta cincuenta pies de circunferencia, y los brazos reunidos de todos los viajeros no podían abrazar su tronco.

Durante tres días, la pequeña tropa se aventuró bajo aquellas vastas arcadas y por un suelo arcilloso que la planta del hombre nunca había hollado. Se veía bien en los amontonamientos de goma resinosa acumulados, en muchos lugares, al pie de los kauris, y que habrían bastado durante largos años a la exportación indígena.

Los cazadores encontraron en numerosas bandadas los kiwis tan raros en medio de las comarcas frecuentadas por los maoríes. Es en aquellos bosques inaccesibles donde se han refugiado aquellas curiosas aves, perseguidas por los perros zelandeses. Proporcionaron a las comidas de los viajeros un alimento abundante y sano.

Ocurrió incluso que Paganel divisó a lo lejos, en un espeso matorral, una pareja de aves gigantescas. Su instinto de naturalista se despertó. Llamó a

sus compañeros y, a pesar de su fatiga, el mayor, Robert y él se lanzaron sobre las huellas de aquellos animales.

Se comprenderá la ardiente curiosidad del geógrafo, pues había reconocido o creído reconocer aquellas aves como «moas», pertenecientes a la especie de los «dinornis», que varios sabios clasifican entre las variedades desaparecidas. Ahora bien, aquel encuentro confirmaba la opinión del señor De Hochstetter y otros viajeros sobre la existencia actual de aquellos gigantes sin alas de Nueva Zelanda.

Aquellos *moas* que perseguía Paganel, aquellos contemporáneos de los megaterios y los pterodáctilos, debían de tener dieciocho pies de altura. Eran avestruces desmesuradas y poco valerosas, pues huían con extrema rapidez. ¡Pero ninguna bala pudo detenerlas en su carrera! Tras algunos minutos de caza, aquellos inaprensibles *moas* desaparecieron detrás de los grandes árboles, y los cazadores salieron perdiendo en gastos de pólvora y de desplazamiento.

Aquella tarde, el 1 de marzo, Glenarvan y sus compañeros, abandonando por fin la inmensa selva de kauris, acamparon al pie del monte Ikirangi, cuya cima se elevaba a cinco mil quinientos pies en el aire.

Entonces, cerca de cien millas habían sido recorridas desde el Maunganamu, y la costa distaba aún treinta millas. John Mangles había esperado hacer aquella travesía en diez días, pero ignoraba entonces las dificultades que presentaba aquella región.

En efecto, los rodeos, los obstáculos del camino, las imperfecciones de los relevamientos, la habían alargado en una quinta parte, y desgraciadamente los viajeros, al llegar al monte Ikirangi, estaban completamente agotados.

Ahora bien, hacían falta aún dos grandes jornadas de marcha para alcanzar la costa, y en ese momento una nueva energía, una extrema vigilancia, volvían a ser necesarias, pues se entraba en una comarca frecuentada a menudo por los naturales.

Sin embargo, cada cual dominó sus fatigas, y al día siguiente la pequeña tropa partió de nuevo al despuntar el día.

Entre el monte Ikirangi, que fue dejado a la derecha, y el monte Hardy, cuya cima se elevaba a la izquierda a una altura de tres mil setecientos pies,

el viaje se hizo muy penoso. Había allí, en una longitud de diez millas, una llanura toda erizada de «supple-jacks», especie de lianas flexibles que con razón reciben el nombre de «lianas estrangulantes». A cada paso, los brazos y las piernas quedaban enredados en ellas, y aquellas lianas, verdaderas serpientes, enrollaban el cuerpo en sus tortuosos repliegues. Durante dos días, fue preciso avanzar hacha en mano y luchar contra aquella hidra de cien mil cabezas, aquellas plantas fastidiosas y tenaces que Paganel habría clasificado de buen grado entre los zoófitos.

Allí, en aquellas llanuras, la caza se volvió imposible, y los cazadores ya no aportaban su tributo acostumbrado. Las provisiones tocaban a su fin y no podían renovarse; faltaba el agua y no podía apagarse una sed redoblada por las fatigas.

Entonces, los sufrimientos de Glenarvan y los suyos fueron horribles, y, por primera vez, la energía moral estuvo a punto de abandonarlos.

Por fin, ya no marchando sino arrastrándose, cuerpos sin almas movidos por el solo instinto de conservación que sobrevivía a todo otro sentimiento, alcanzaron la punta Lottin, a orillas del Pacífico.

En aquel lugar se veían algunas chozas desiertas, ruinas de un pueblo recientemente devastado por la guerra, campos abandonados, por todas partes las huellas del pillaje, del incendio. Allí, el destino reservaba a los infortunados viajeros una nueva y terrible prueba.

Erraban a lo largo de la orilla cuando, a una milla de la costa, apareció un destacamento de indígenas que se lanzó hacia ellos agitando sus armas. Glenarvan, acorralado junto al mar, no podía huir y, reuniendo sus últimas fuerzas, iba a tomar disposiciones para combatir, cuando John Mangles exclamó:

—¡Una canoa, una canoa!

A veinte pasos, en efecto, una piragua provista de seis remos estaba varada en la orilla. Ponerla a flote, precipitarse en ella y huir de aquella peligrosa ribera fue cuestión de un instante. John Mangles, Mac Nabbs, Wilson, Mulrady se pusieron a los remos; Glenarvan tomó el timón; las dos mujeres, Olbinett y Robert se tendieron junto a él.

En diez minutos, la piragua estaba a un cuarto de milla mar adentro. El mar estaba en calma. Los fugitivos guardaban un profundo silencio.

Sin embargo, John, no queriendo alejarse demasiado de la costa, iba a dar la orden de prolongar el litoral, cuando su remo se detuvo súbitamente en sus manos.

Acababa de divisar tres piraguas que salían de la punta Lottin con la evidente intención de darles caza.

—¡Mar adentro! ¡Mar adentro! —exclamó—. ¡Y antes hundirnos en las olas!

La piragua, impulsada por sus cuatro remeros, se adentró en el mar. Durante media hora pudo mantener su distancia; pero los desgraciados, agotados, no tardaron en flaquear, y las otras tres piraguas ganaron sensiblemente terreno sobre ellos. En aquel momento, apenas dos millas los separaban de sus perseguidores. Por tanto, ninguna posibilidad de evitar el ataque de los indígenas, que, armados con sus largos fusiles, se disponían a hacer fuego.

¿Qué hacía entonces Glenarvan? De pie, en la popa de la canoa, buscaba en el horizonte algún socorro quimérico. ¿Qué esperaba? ¿Qué quería? ¿Tenía acaso un presentimiento?

De pronto, su mirada se inflamó, su mano se extendió hacia un punto del espacio.

—¡Un navío! —exclamó—. ¡Amigos míos, un navío!

¡Remad! ¡Remad con fuerza!

Ni uno solo de los cuatro remeros se volvió para ver aquel barco inesperado, pues no había que perder un golpe de remo. Solo Paganel, levantándose, dirigió su largo catalejo hacia el punto indicado.

—Sí —dijo—. ¡Un navío! ¡Un vapor! ¡Avanza a todo vapor! ¡Viene hacia nosotros! ¡Ánimo, camaradas!

Los fugitivos desplegaron una nueva energía y, durante media hora más, conservando su distancia, propulsaron la piragua a golpes precipitados. El vapor se hacía cada vez más visible. Se distinguían sus dos mástiles sin vela y los gruesos torbellinos de su humo negro.

Glenarvan, habiendo cedido el timón a Robert, había tomado el catalejo del geógrafo y no perdía ninguno de los movimientos del navío.

Pero ¿qué debieron pensar John Mangles y sus compañeros cuando vieron los rasgos del lord contraerse, su semblante palidecer y el instrumento caer de sus manos? Una sola palabra les explicó aquel súbito desespero.

—¡El *Duncan*! —exclamó Glenarvan—. ¡El *Duncan* y los convictos!

—¡El *Duncan*! —exclamó John, que soltó su remo y se levantó al instante.

—¡Sí! ¡La muerte por los dos lados! —murmuró Glenarvan, abatido por tantas angustias.

Era el yate, en efecto, no cabía confundirse, ¡el yate con su tripulación de bandidos!

El mayor no pudo reprimir una maldición que lanzó al cielo. ¡Era demasiado!

Sin embargo, la piragua fue abandonada a sí misma.

¿Adónde dirigirla? ¿Adónde huir? ¿Era posible elegir entre los salvajes o los convictos?

Un disparo de fusil partió de la embarcación indígena más cercana, y la bala fue a dar en el remo de Wilson. Algunos golpes de remo empujaron entonces la piragua hacia el *Duncan*.

El yate marchaba a toda máquina y no estaba ya más que a media milla. John Mangles, cortado por todos lados, ya no sabía cómo maniobrar, en qué dirección huir. Las dos pobres mujeres, de rodillas, extraviadas, rezaban.

Los salvajes hacían fuego graneado, y las balas llovían en torno a la piragua. En aquel momento, estalló una fuerte detonación y una bala de cañón, disparada por el cañón del yate, pasó por encima de la cabeza de los fugitivos. Estos, cogidos entre dos fuegos, permanecieron inmóviles entre el *Duncan* y las canoas indígenas.

John Mangles, loco de desesperación, empuñó su hacha. Iba a abrir la vía de agua a la piragua, a hundirla con sus infortunados compañeros, cuando un grito de Robert lo detuvo.

—¡Tom Austin! ¡Tom Austin! —decía el niño—. ¡Está a bordo! ¡Lo veo! ¡Nos ha reconocido! ¡Agita su sombrero!

El hacha quedó suspendida en el brazo de John.

Una segunda bala de cañón silbó sobre su cabeza y partió en dos la más cercana de las tres piraguas, mientras un hurra estallaba a bordo del *Duncan*. Los salvajes, aterrados, huían y regresaban a la costa.

—¡A nosotros! ¡A nosotros, Tom! —había gritado John Mangles con voz sonora.

Y, pocos instantes después, los diez fugitivos, sin saber cómo, sin comprenderlo en absoluto, estaban todos a salvo a bordo del *Duncan*.

Capítulo XVII. Por qué el «Duncan» cruzaba por la costa este de Nueva Zelanda

Hay que renunciar a pintar los sentimientos de Glenarvan y sus amigos cuando resonaron en sus oídos los cantos de la vieja Escocia. En el momento en que ponían el pie sobre la cubierta del *Duncan*, el gaitero, hinchando su gaita, atacaba el *pibroch* nacional del clan de Malcolm, y vigorosos hurras saludaban el regreso del laird a su barco.

Glenarvan, John Mangles, Paganel, Robert, el mayor mismo, todos lloraban y se abrazaban.

Fue al principio alegría, delirio. El geógrafo estaba absolutamente loco; daba brincos y apuntaba con su inseparable catalejo a las últimas piraguas que regresaban a la costa.

Pero, a la vista de Glenarvan, de sus compañeros, con los vestidos en jirones, los rasgos demacrados y marcados por horribles sufrimientos, la tripulación del yate interrumpió sus demostraciones. Eran espectros los que volvían a bordo, y no aquellos viajeros audaces y brillantes que, tres meses antes, la esperanza arrastraba sobre las huellas de los náufragos. ¡El azar, el azar solo los devolvía a aquel barco que ya no esperaban volver a ver! ¡Y en qué triste estado de consunción y de debilidad!

Pero, antes de pensar en la fatiga, en las imperiosas necesidades del hambre y la sed, Glenarvan interrogó a Tom Austin sobre su presencia en aquellos parajes.

¿Por qué se encontraba el *Duncan* en la costa oriental de Nueva Zelanda? ¿Cómo no estaba en manos de Ben Joyce? ¿Por qué providencial fatalidad Dios lo había traído al encuentro de los fugitivos?

¿Por qué? ¿Cómo? ¿A qué propósito? Así comenzaban las preguntas simultáneas que caían sobre Tom Austin a quemarropa. El viejo marino no sabía a cuál atender. Optó, pues, por escuchar solo a lord Glenarvan y responder únicamente a él.

—¿Pero los convictos? —preguntó Glenarvan—. ¿Qué habéis hecho de los convictos?

—¿Los convictos? —respondió Tom Austin con el tono de quien no entiende nada de una pregunta.

—¡Sí! ¡Los miserables que atacaron el yate!

—¿Qué yate? —dijo Tom Austin—. ¿El yate de su señoría?

—¡Pues sí! ¡Tom! ¡El *Duncan*, y ese Ben Joyce que vino a bordo!

—Yo no conozco a ningún Ben Joyce, nunca lo he visto —respondió Austin.

—¡Nunca! —exclamó Glenarvan, estupefacto ante las respuestas del viejo marino—. Entonces, ¿queréis decirme, Tom, por qué el *Duncan* cruza en este momento por las costas de Nueva Zelanda?

Si Glenarvan, lady Helena, miss Grant, Paganel, el mayor, Robert, John Mangles, Olbinett, Mulrady, Wilson, no comprendían nada ante el asombro del viejo marino, ¡cuál no fue su estupefacción cuando Tom respondió con voz tranquila:

—Pero el *Duncan* cruza aquí por orden de su señoría.

—¡Por mis órdenes! —exclamó Glenarvan.

—Sí, *mylord*. No he hecho más que atenderme a sus instrucciones contenidas en su carta del 14 de enero.

—¡Mi carta! ¡Mi carta! —exclamó Glenarvan.

En aquel momento, los diez viajeros rodeaban a Tom Austin y lo devoraban con la mirada. ¿Había llegado, pues, al *Duncan* la carta fechada en el río Snowy?

—Vamos —reanudó Glenarvan—, aclarémonos, pues creo estar soñando. ¿Habéis recibido una carta, Tom?

—Sí, una carta de su señoría.

—¿En Melbourne?

—En Melbourne, en el momento en que acababa de reparar las averías.

—¿Y esa carta?

—No estaba escrita de su mano, pero llevaba su firma, *mylord*.

—Eso mismo. Mi carta os la trajo un convicto llamado Ben Joyce.

—No, un marinero llamado Ayrton, contramaestre del *Britannia*.

—¡Sí! Ayrton, Ben Joyce: es el mismo individuo. ¡Pues bien! ¿Qué decía esa carta?

—Me ordenaba salir de Melbourne sin demora y venir a cruzar por las costas orientales de...

—¡De Australia! —exclamó Glenarvan con una vehemencia que desconcertó al viejo marino.

—¿De Australia? —repitió Tom abriendo los ojos—. ¡Pero no! ¡De Nueva Zelanda!

—¡De Australia! ¡Tom! ¡De Australia! —respondieron a una sola voz los compañeros de Glenarvan.

En aquel momento, Austin sufrió una especie de deslumbramiento.

Glenarvan le hablaba con tal seguridad que temió haberse equivocado al leer aquella carta. Él, el fiel y exacto marino, ¿habría cometido semejante error? Se ruborizó, se turbó.

—Tranquilizaos, Tom —dijo lady Helena—. La providencia ha querido...

—Pero no, señora, perdonadme —repuso el viejo Tom—. ¡No! ¡No es posible! ¡No me he equivocado! ¡Ayrton leyó la carta igual que yo, y fue él, precisamente él, quien quería, al contrario, hacerme volver a la costa australiana!

—¿Ayrton? —exclamó Glenarvan.

—¡El mismo! Sostuvo que era un error, que usted me daba cita en la bahía Twofold.

—¿Tenéis la carta, Tom? —preguntó el mayor, intrigado en sumo grado.

—Sí, señor Mac Nabbs —respondió Austin—. Voy a buscarla.

Austin corrió a su camarote del castillo de proa.

Durante el minuto que duró su ausencia, los presentes se miraban y callaban, salvo el mayor, que, con el ojo fijo en Paganel, dijo cruzándose de brazos:

—A fe mía, hay que reconocer, Paganel, que esto sería un poco fuerte.

—¿Eh? —hizo el geógrafo, que, con la espalda encorvada y las gafas en la frente, parecía un gigantesco signo de interrogación.

Austin volvió. Tenía en la mano la carta escrita por Paganel y firmada por Glenarvan.

—Que su señoría lea —dijo el viejo marino.

Glenarvan tomó la carta y leyó:

«Orden a Tom Austin de hacerse a la mar sin demora y de conducir el *Duncan* por los 37 grados de latitud a la costa oriental de Nueva Zelanda...»

—¡Nueva Zelanda! —exclamó Paganel dando un salto.

Y arrancó la carta de las manos de Glenarvan, se frotó los ojos, ajustó las gafas en su nariz y leyó a su vez.

—«¡Nueva Zelanda!» —dijo con un acento imposible de reproducir, mientras la carta se escapaba de entre sus dedos.

En aquel momento, sintió una mano posarse sobre su hombro. Se irguió y se encontró frente a frente con el mayor.

—Vamos, mi valiente Paganel —dijo Mac Nabbs con aire grave—, ¡aún es una suerte que no hayáis enviado el *Duncan* a la Cochinchina!

Esta broma acabó con el pobre geógrafo. Una risa universal, homérica, se apoderó de toda la tripulación del yate. Paganel, como loco, iba y venía, sujetándose la cabeza con las dos manos, arrancándose los cabellos. Lo que hacía ya no lo sabía; lo que quería hacer, tampoco. Bajó por la escalera del

alcázar maquinalmente; recorrió la cubierta titubeando, adelante sin rumbo, y subió de nuevo al castillo de proa. Allí, sus pies se enredaron en un rollo de cabos. Tropezó. Sus manos, a ciegas, se agarraron a una cuerda.

De pronto, estalló una espantosa detonación. El cañón del castillo de proa disparó, acribillando las tranquilas aguas con una ráfaga de metralla. El desdichado Paganel se había agarrado a la cuerda de la pieza aún cargada, y el percutor acababa de caer sobre el fulminante. De ahí aquel trueno. El geógrafo fue derribado sobre la escalera del castillo y desapareció por la escotilla hasta el sollado de la tripulación.

A la sorpresa producida por la detonación sucedió un grito de espanto. Se creyó en una desgracia. Diez marineros se precipitaron al entrepuente y subieron a Paganel doblado en dos.

El geógrafo ya no hablaba.

Transportaron aquel largo cuerpo al alcázar. Los compañeros del bravo francés estaban desesperados. El mayor, siempre médico en las grandes ocasiones, se disponía a quitarle la ropa al desgraciado Paganel para curar sus heridas; pero apenas había puesto la mano sobre el moribundo, cuando este se incorporó, como si lo hubieran puesto en contacto con una bobina eléctrica.

—¡Jamás! ¡Jamás! —exclamó; y, ciñendo sobre su enjuto cuerpo los jirones de su ropa, se abotonó con una vivacidad singular.

—¡Pero, Paganel! —dijo el mayor.

—¡No, os digo!

—Hay que examinar...

—¡No examinaréis nada!

—Quizás os hayáis roto... —repuso Mac Nabbs.

—Sí —respondió Paganel, que se recompuso sobre sus largas piernas—, pero lo que he roto lo reparará el carpintero.

—¿Qué cosa?

—¡El puntal del sollado, que se ha partido en mi caída!

Con esta réplica, las carcajadas redoblaron con más fuerza que nunca. Aquella respuesta había tranquilizado a todos los amigos del digno Paganel, que había salido sano y salvo de sus aventuras con el cañón del castillo de proa.

«En todo caso —pensó el mayor—, ¡este es un geógrafo de un pudor extraordinariamente singular!»

Sin embargo, Paganel, repuesto de sus grandes emociones, tuvo todavía que responder a una pregunta que no podía eludir.

—Ahora bien, Paganel —le dijo Glenarvan—, responded con franqueza. Reconozco que vuestra distracción ha sido providencial. Sin duda, sin vos, el *Duncan* habría caído en manos de los convictos; sin vos, ¡habríamos sido recapturados por los maoríes! Pero, ¡por amor de Dios!, decidme por qué extraña asociación de ideas, por qué sobrenatural aberración del espíritu, llegasteis a escribir el nombre de Nueva Zelanda en lugar del nombre de Australia.

—¡Ea, pardiez! —exclamó Paganel—. Es que...

Pero en aquel instante, sus ojos se posaron en Robert, en Mary Grant, y se detuvo en seco; luego respondió:

—¿Qué queréis, mi querido Glenarvan? Soy un insensato, un loco, un ser incorregible, y moriré en la piel del más famoso distraído...

—A menos que os despellejen —añadió el mayor.

—¿Despellejarme? —exclamó el geógrafo con aire furioso—. ¿Es eso una alusión?

—¿Qué alusión, Paganel? —preguntó Mac Nabbs con su voz tranquila.

El incidente no tuvo continuación. El misterio de la presencia del *Duncan* estaba aclarado; los viajeros tan milagrosamente salvados no pensaron ya más que en regresar a sus cómodos camarotes de a bordo y en almorzar.

Sin embargo, dejando que lady Helena y Mary Grant, el mayor, Paganel y Robert entrasen en el alcázar, Glenarvan y John Mangles retuvieron a Tom Austin junto a ellos. Querían seguir interrogándole.

—Ahora, viejo Tom —dijo Glenarvan—, respondedme. ¿No os pareció singular aquella orden de ir a cruzar por las costas de Nueva Zelanda?

—Sí, señoría —respondió Austin—. Me sorprendí mucho, pero no tengo costumbre de discutir las órdenes que recibo, y obedecí. ¿Podía actuar de otro modo? Si, por no haber seguido vuestras instrucciones al pie de la letra, hubiera sobrevenido una catástrofe, ¿no habría sido yo el culpable? ¿Habríais obrado de otro modo, capitán?

—No, Tom —respondió John Mangles.

—¿Pero qué pensasteis? —preguntó Glenarvan.

—Pensé, señoría, que, en interés de Harry Grant, había que ir adonde vos me decíais que fuera. Pensé que, a raíz de nuevas combinaciones, algún barco debía de haberos transportado a Nueva Zelanda, y que yo debía esperaros en la costa este de la isla. Por lo demás, al salir de Melbourne, guardé en secreto mi destino, y la tripulación no lo conoció hasta el momento en que estábamos en alta mar, cuando las tierras de Australia ya habían desaparecido de nuestra vista. Pero entonces ocurrió a bordo un incidente que me dejó muy perplejo.

—¿Qué queréis decir, Tom? —preguntó Glenarvan.

—Quiero decir —respondió Tom Austin— que cuando el contramaestre Ayrton supo, al día siguiente de la partida, el destino del *Duncan*...

—¡Ayrton! —exclamó Glenarvan—. ¿Está, pues, a bordo?

—Sí, señoría.

—¡Ayrton aquí! —repitió Glenarvan, mirando a John Mangles.

—¡Dios lo ha querido! —respondió el joven capitán.

En un instante, con la rapidez del rayo, la conducta de Ayrton, su traición largamente preparada, la herida de Glenarvan, el asesinato de Mulrady, las miserias de la expedición detenida en los pantanos del Snowy, todo el pasado del miserable apareció ante los ojos de aquellos dos hombres. Y ahora, por el más extraño concurso de circunstancias, el convicto estaba en su poder.

—¿Dónde está? —preguntó Glenarvan vivamente.

—En un camarote del castillo de proa —respondió Tom Austin—, y vigilado de cerca.

—¿Por qué ese encarcelamiento?

—Porque cuando Ayrton vio que el yate ponía rumbo a Nueva Zelanda, montó en cólera, porque intentó obligarme a cambiar el rumbo del barco, porque me amenazó, porque, en fin, incitó a mis hombres a la rebelión. Comprendí que era un individuo peligroso, y hube de tomar medidas de precaución contra él.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces, ha permanecido en su camarote sin intentar salir de él.

—Bien, Tom.

En aquel momento, Glenarvan y John Mangles fueron llamados al alcázar. El almuerzo, del que tenían tan apremiante necesidad, estaba preparado. Tomaron asiento a la mesa del salón y no hablaron de Ayrton.

Pero, terminada la comida, cuando los comensales, repuestos y restaurados, se reunieron en cubierta, Glenarvan les anunció la presencia del contramaestre a bordo. Al mismo tiempo, declaró su intención de hacerle comparecer ante ellos.

—¿Puedo dispensarme de asistir a ese interrogatorio? —preguntó lady Helena—. Os confieso, mi querido Edward, que la vista de ese desgraciado me sería sumamente penosa.

—Es un careo, Helena —respondió lord Glenarvan—. Quedaos, os lo ruego. ¡Es preciso que Ben Joyce se vea cara a cara con todas sus víctimas!

Lady Helena se rindió a esta observación. Mary Grant y ella tomaron asiento junto a lord Glenarvan. A su alrededor se situaron el mayor, Paganel, John Mangles, Robert, Wilson, Mulrady, Olbinett, todos tan gravemente comprometidos por la traición del convicto. La tripulación del yate, sin comprender todavía la gravedad de aquella escena, guardaba un profundo silencio.

—Haced venir a Ayrton —dijo Glenarvan.

Capítulo XVIII. Ayrton o Ben Joyce

Ayrton apareció. Atravesó la cubierta con paso firme y subió la escalera del alcázar. Sus ojos eran sombríos, sus dientes apretados, sus puños cerrados convulsivamente. Su persona no delataba ni fanfarronería ni humillación. Cuando estuvo ante lord Glenarvan, se cruzó de brazos, mudo y tranquilo, esperando ser interrogado.

—Ayrton —dijo Glenarvan—, aquí estamos, vos y nosotros, sobre este *Duncan* que queríais entregar a los convictos de Ben Joyce.

A estas palabras, los labios del contramaestre temblaron levemente. Un fugaz rubor coloreó sus rasgos impasibles. No el rubor del remordimiento, sino el de la vergüenza del fracaso. En aquel yate que pretendía mandar como dueño, era prisionero, y su suerte iba a decidirse en pocos instantes.

Sin embargo, no respondió. Glenarvan esperó con paciencia. Pero Ayrton se obstinaba en guardar un silencio absoluto.

—Hablad, Ayrton, ¿qué tenéis que decir? —repuso Glenarvan.

Ayrton vaciló; los pliegues de su frente se marcaron profundamente; luego, con voz tranquila:

—No tengo nada que decir, *mylord* —replicó—. He cometido la torpeza de dejarme coger. Obrad como os plazca.

Hecha su respuesta, el contramaestre volvió la mirada hacia la costa que se desplegaba al oeste, y afectó una profunda indiferencia hacia cuanto ocurría a su alrededor. A verle, se le habría creído ajeno a aquel grave asunto. Pero Glenarvan había resuelto mantenerse paciente. Un poderoso interés le impulsaba a conocer ciertos detalles de la misteriosa existencia de Ayrton, sobre todo en lo que tocaba a Harry Grant y al *Britannia*. Reanudó,

pues, su interrogatorio, hablando con extrema suavidad e imponiéndose la más completa calma sobre las violentas irritaciones de su corazón.

—Pienso, Ayrton —reanudó—, que no os negaréis a responder a ciertas preguntas que deseo haceros. Y ante todo, ¿debo llamaros Ayrton o Ben Joyce? ¿Sois, sí o no, el contramaestre del *Britannia*?

Ayrton permaneció impasible, observando la costa, sordo a toda pregunta.

Glenarvan, cuyos ojos se animaban, continuó interrogando al contramaestre.

—¿Queréis decirme cómo dejasteis el *Britannia*, por qué estabais en Australia?

Mismo silencio, misma impasibilidad.

—Escuchadme bien, Ayrton —reanudó Glenarvan—. Tenéis interés en hablar. Una franqueza que es vuestro último recurso puede seros tenida en cuenta. Por última vez, ¿queréis responder a mis preguntas?

Ayrton volvió la cabeza hacia Glenarvan y lo miró a los ojos:

—*Mylord* —dijo—, no tengo que responder. Es a la justicia, y no a mí, a quien corresponde probar en mi contra.

—¡Las pruebas serán fáciles! —respondió Glenarvan.

—¿Fáciles, *mylord*? —repuso Ayrton con tono burlón—. Vuestra señoría me parece que se adelanta demasiado. Yo afirmo que el mejor juez del Temple Bar se vería apurado con mi persona. ¿Quién dirá por qué vine a Australia, puesto que el capitán Grant ya no está aquí para saberlo? ¿Quién probará que soy ese Ben Joyce señalado por la policía, puesto que la policía nunca me ha tenido entre sus manos y que mis compañeros están en libertad? ¿Quién registrará en mi contra, salvo vos, no ya un crimen, sino una acción censurable? ¿Quién puede afirmar que quise apoderarme de este navío y entregarlo a los convictos? Nadie, ¿me oís?, ¡nadie! Tenéis sospechas, bien; pero se necesitan certezas para condenar a un hombre, y las certezas os faltan. Hasta prueba en contrario, soy Ayrton, contramaestre del *Britannia*.

Ayrton se había animado al hablar, y pronto volvió a su indiferencia primera. Imaginaba sin duda que su declaración daría por terminado el interrogatorio; pero Glenarvan tomó de nuevo la palabra y dijo:

—Ayrton, no soy un juez encargado de instruir un proceso contra vos. No es ese mi asunto. Importa que nuestras respectivas situaciones queden claramente definidas. No os pido nada que pueda comprometeros. Eso le corresponde a la justicia. Pero sabéis qué búsqueda persigo, y con una sola palabra podéis ponerme de nuevo en la pista que he perdido. ¿Queréis hablar?

Ayrton movió la cabeza con el gesto de un hombre decidido a callar.

—¿Queréis decirme dónde está el capitán Grant? —preguntó Glenarvan.

—No, *mylord* —respondió Ayrton.

—¿Queréis indicarme dónde encalló el *Britannia*?

—Tampoco.

—Ayrton —respondió Glenarvan con tono casi suplicante—, ¿queréis al menos, si sabéis dónde está Harry Grant, comunicárselo a sus pobres hijos que no esperan más que una palabra de vuestra boca?

Ayrton vaciló. Sus rasgos se contrajeron. Pero con voz baja:

—No puedo, *mylord* —murmuró.

Y añadió con violencia, como si se reprendiese un instante de debilidad:

—¡No! ¡No hablaré! ¡Colgadme si queréis!

—¿Colgaros! —exclamó Glenarvan, dominado por un brusco movimiento de cólera.

Luego, dominándose, respondió con voz grave:

—Ayrton, aquí no hay ni jueces ni verdugos. En la primera escala seréis entregado a las autoridades inglesas.

—¡Eso es lo que pido! —replicó el contramaestre.

Luego regresó con paso tranquilo al camarote que le servía de prisión, y dos marineros fueron apostados a su puerta con orden de vigilar sus menores movimientos. Los testigos de aquella escena se retiraron indignados y desesperados.

Puesto que Glenarvan acababa de estrellarse contra la obstinación de Ayrton, ¿qué le quedaba por hacer?

Evidentemente, continuar el proyecto formado en Edén de regresar a Europa, a reserva de retomar más adelante aquella empresa fracasada, pues entonces las huellas del *Britannia* parecían perdidas irrevocablemente, el documento no se prestaba a ninguna interpretación nueva, ningún otro país quedaba en la ruta del trigésimo séptimo paralelo, y el *Duncan* no tenía más que volver.

Glenarvan, tras consultar a sus amigos, trató más específicamente con John Mangles la cuestión del regreso. John inspeccionó sus pañoles; el aprovisionamiento de carbón debía durar quince días a lo sumo. Por tanto, necesidad de repostar combustible en la escala más próxima.

John propuso a Glenarvan poner el rumbo hacia la bahía de Talcahuano, donde el *Duncan* ya se había abastecido antes de emprender su viaje de circunnavegación. Era un trayecto directo y precisamente sobre el trigésimo séptimo grado. Luego el yate, bien aprovisionado, iría al sur a doblar el cabo de Hornos, y regresaría a Escocia por las rutas del Atlántico.

Este plan fue adoptado, se dio orden al ingeniero de forzar la presión. Media hora después, se ponía el rumbo a Talcahuano por un mar digno de su nombre de Pacífico, y a las seis de la tarde, las últimas montañas de Nueva Zelanda desaparecían en las cálidas brumas del horizonte.

Comenzaba, pues, el viaje de regreso.

Triste travesía para aquellos valerosos buscadores que volvían al puerto sin haber traído a Harry Grant.

También la tripulación, tan alegre en la partida, tan confiada al comienzo, ahora vencida y descorazonada, retomaba el camino de Europa. De aquellos bravos marineros, ninguno sentía emoción alguna ante el pensamiento de volver a ver su país, y todos, durante largo tiempo aún, habrían afrontado los peligros del mar para encontrar al capitán Grant.

Así, a aquellos hurras que aclamaron a Glenarvan a su regreso sucedió pronto el desaliento. Ya no había aquellas comunicaciones incesantes entre los pasajeros, ya no aquellas conversaciones que alegraban antes la travesía. Cada uno permanecía apartado, en la soledad de su camarote, y raramente aparecía alguno sobre la cubierta del *Duncan*.

El hombre en quien se exageraban ordinariamente los sentimientos del barco, ya fueran penosos o alegres, Paganel, él que llegado el caso habría inventado la esperanza, Paganel permanecía sombrío y silencioso. Apenas se le veía.

Su locuacidad natural, su viveza francesa, se habían trocado en mutismo y abatimiento. Parecía incluso más completamente descorazonado que sus compañeros. Si Glenarvan hablaba de reanudar sus búsquedas, Paganel sacudía la cabeza como hombre que ya no espera nada y cuya convicción sobre la suerte de los náufragos del *Britannia* parecía hecha.

Se sentía que los creía irrevocablemente perdidos.

Sin embargo, había a bordo un hombre que podía decir la última palabra de aquella catástrofe, y cuyo silencio se prolongaba. Era Ayrton. No cabía duda de que aquel miserable conocía, si no la verdad sobre la situación actual del capitán, al menos el lugar del naufragio. Pero evidentemente, Grant, una vez encontrado, sería un testigo de cargo contra él. Así pues, callaba obstinadamente. De ahí una violenta cólera, sobre todo entre los marineros, que querían hacerle una mala pasada.

Varias veces, Glenarvan renovó sus tentativas cerca del contramaestre. Las promesas y las amenazas fueron inútiles. La terquedad de Ayrton llegó a tal punto y era, en suma, tan poco explicable, que el mayor llegaba a creer que no sabía nada. Opinión compartida, por lo demás, por el geógrafo, y que corroboraba sus ideas particulares acerca de Harry Grant.

Pero si Ayrton no sabía nada, ¿por qué no confesaba su ignorancia? Esta no podía volverse en su contra. Su silencio aumentaba la dificultad de trazar un nuevo plan. Del encuentro del contramaestre en Australia, ¿debía deducirse la presencia de Harry Grant en aquel continente? Era preciso decidir a Ayrton a toda costa a que se explicara sobre este asunto.

Lady Helena, viendo el fracaso de su marido, le pidió permiso para luchar a su vez contra la obstinación del contramaestre. Donde un hombre había fracasado, quizás una mujer lo lograría gracias a su dulce influencia. ¿No es la historia eterna de aquel huracán de la fábula que no puede arrancar el manto de los hombros del viajero, mientras que el menor rayo de sol se lo quita al instante?

Glenarvan, conociendo la inteligencia de su joven esposa, le dio plena libertad de actuar.

Aquel día, 5 de marzo, Ayrton fue conducido al camarote de lady Helena. Mary Grant debía asistir a la entrevista, pues la influencia de la joven podía ser grande, y lady Helena no quería desaprovechar ninguna oportunidad de éxito.

Durante una hora, las dos mujeres permanecieron encerradas con el contramaestre del *Britannia*, pero nada trascendió de su conversación. Lo que dijeron, los argumentos que emplearon para arrancar el secreto al convicto, todos los detalles de aquel interrogatorio quedaron desconocidos. Por lo demás, cuando abandonaron a Ayrton, no parecían haber tenido éxito, y su semblante anunciaba un verdadero desaliento.

Así, cuando el contramaestre fue conducido de vuelta a su camarote, los marineros lo acogieron a su paso con violentas amenazas. Él se limitó a encogerse de hombros, lo que acrecentó la furia de la tripulación, y para contenerla no fue menester nada menos que la intervención de John Mangles y de Glenarvan.

Pero lady Helena no se dio por vencida. Quiso luchar hasta el final contra aquella alma sin piedad, y al día siguiente fue ella misma al camarote de Ayrton, a fin de evitar las escenas que provocaba su paso por la cubierta del yate.

Durante dos largas horas, la buena y dulce escocesa estuvo a solas, cara a cara, con el jefe de los convictos. Glenarvan, presa de una nerviosa agitación, rondaba cerca del camarote, ora decidido a agotar hasta el fin las posibilidades de éxito, ora a arrancar a su esposa de aquella penosa entrevista.

Pero esta vez, cuando lady Helena reapareció, sus rasgos respiraban confianza. ¿Había arrancado, pues, aquel secreto y removido en el corazón de aquel miserable las últimas fibras de la piedad?

Mac Nabbs, que la vio primero, no pudo reprimir un movimiento de incredulidad bien natural.

Sin embargo, la noticia se propagó al instante entre la tripulación de que el contramaestre había cedido por fin a las instancias de lady Helena. Fue como una sacudida eléctrica. Todos los marineros se reunieron en cubierta,

y con más rapidez que si el silbato de Tom Austin los hubiera llamado a la maniobra.

Entretanto, Glenarvan se había precipitado al encuentro de su esposa.

—¿Ha hablado? —preguntó.

—No —respondió lady Helena—. Pero, cediendo a mis ruegos, Ayrton desea veros.

—¡Ah, querida Helena, lo habéis conseguido!

—Eso espero, Edward.

—¿Habéis hecho alguna promesa que yo deba ratificar?

—Una sola, amigo mío: que emplearéis todo vuestro crédito en suavizar la suerte reservada a ese desgraciado.

—Bien, querida Helena. Que venga Ayrton al instante.

Lady Helena se retiró a su camarote, acompañada de Mary Grant, y el contramaestre fue conducido al salón, donde lord Glenarvan le esperaba.

Capítulo XIX. Una transacción

En cuanto el contramaestre se encontró ante el lord, sus guardianes se retiraron.

—¿Habéis deseado hablar conmigo, Ayrton? —dijo Glenarvan.

—Sí, *mylord* —respondió el contramaestre.

—¿A mí solo?

—Sí, pero pienso que si el mayor Mac Nabbs y el señor Paganel asistieran a la entrevista, sería mejor.

—¿Para quién?

—Para mí.

Ayrton hablaba con calma. Glenarvan lo miró fijamente; luego hizo avisar a Mac Nabbs y a Paganel, que acudieron al instante a su llamada.

—Os escuchamos —dijo Glenarvan, en cuanto sus dos amigos hubieron tomado asiento a la mesa del salón.

Ayrton meditó durante algunos instantes y dijo:

—*Mylord*, es costumbre que figuren testigos en todo contrato o transacción celebrada entre dos partes. Por eso he reclamado la presencia de los señores Paganel y Mac Nabbs. Pues es, hablando con propiedad, un negocio lo que vengo a proponeros.

Glenarvan, acostumbrado a los modales de Ayrton, no pestañeó, aunque un negocio entre aquel hombre y él pareciera cosa extraña.

—¿Cuál es ese negocio? —dijo.

—Este —respondió Ayrton—. Vos deseáis saber de mí ciertos detalles que pueden seros útiles. Yo deseo obtener de vos ciertas ventajas que me serán preciosas. Dando y dando, *mylord*. ¿Os conviene o no?

—¿Cuáles son esos detalles? —preguntó Paganel.

—No —repuso Glenarvan—, ¿cuáles son esas ventajas?

Ayrton, con una inclinación de cabeza, mostró que comprendía el matiz observado por Glenarvan.

—He aquí —dijo— las ventajas que reclamo. ¿Tenéis siempre, *mylord*, la intención de entregarme a las autoridades inglesas?

—Sí, Ayrton, y no es más que justicia.

—No lo niego —respondió tranquilamente el contramaestre—. Entonces, ¿no consentiríais en devolverme la libertad?

Glenarvan vaciló antes de responder a una pregunta tan directamente formulada. ¡De lo que fuera a decir dependía quizás la suerte de Harry Grant!

Sin embargo, el sentimiento del deber hacia la justicia prevaleció, y dijo:

—No, Ayrton, no puedo devolveros la libertad.

—No la pido —respondió con orgullo el contramaestre.

—Entonces, ¿qué queréis?

—Una situación intermedia, *mylord*, entre la horca que me espera y la libertad que no podéis concederme.

—¿Y eso es?...

—Que me abandonéis en una de las islas desiertas del Pacífico, con los objetos de primera necesidad. Me las arreglaré como pueda, ¡y me arrepentiré, si tengo tiempo!

Glenarvan, poco preparado para tal proposición, miró a sus dos amigos, que guardaban silencio. Tras reflexionar algunos instantes, respondió:

—Ayrton, si accedo a vuestra petición, ¿me diréis todo lo que tengo interés en saber?

—Sí, *mylord*, es decir, todo lo que sé sobre el capitán Grant y sobre el *Britannia*.

—¿La verdad entera?

—Entera.

—Pero ¿quién me responderá?...

—Oh, ya veo lo que os inquieta, *mylord*. Habréis de fiaros de mí, de la palabra de un malhechor. ¡Es verdad! ¿Pero qué queréis? La situación es así. Es tomar o dejar.

—Me fiaré de vos, Ayrton —dijo simplemente Glenarvan.

—Y haréis bien, *mylord*. ¡Por lo demás, si os engaño, siempre tendréis el medio de vengaros!

—¿Cuál?

—Venir a buscarme a la isla de la que no habré podido huir.

Ayrton tenía respuesta para todo. Salía al paso de las dificultades, aportaba contra sí mismo argumentos sin réplica. Como se ve, afectaba tratar su «negocio» con una indiscutible buena fe. Era imposible abandonarse con una más perfecta confianza. Y sin embargo, encontró el modo de ir aún más lejos por aquella vía del desinterés.

—*Mylord* y señores —añadió—, quiero que estéis convencidos de este hecho: que juego con las cartas boca arriba. No pretendo engañaros, y voy a daros una nueva prueba de mi sinceridad en este asunto. Actúo con franqueza porque yo mismo cuento con vuestra lealtad.

—Hablad, Ayrton —respondió Glenarvan.

—*Mylord*, aún no tengo vuestra palabra de acceder a mi proposición, y, sin embargo, no vacilo en deciros que sé muy poco sobre el asunto de Harry Grant.

—¡Muy poco! —exclamó Glenarvan.

—Sí, *mylord*, los detalles que estoy en condición de comunicaros son relativos a mí; me son personales, y difícilmente os ayudarán a recuperar la pista que habéis perdido.

Un vivo desengaño se pintó en los rasgos de Glenarvan y del mayor. Creían que el contramaestre poseía un importante secreto, y este confesaba

que sus revelaciones serían poco menos que estériles. En cuanto a Paganel, permanecía impasible.

Sea como fuere, aquella confesión de Ayrton, que se entregaba, por así decirlo, sin garantía, conmovió singularmente a sus oyentes, sobre todo cuando el contramaestre añadió para concluir:

—Así pues, quedáis avisado, *mylord*: el negocio será menos ventajoso para vos que para mí.

—No importa —respondió Glenarvan—. Acepto vuestra proposición, Ayrton. Tenéis mi palabra de que seréis desembarcado en una de las islas del océano Pacífico.

—Bien, *mylord* —respondió el contramaestre.

¿Fue feliz aquel hombre extraño con esa decisión?

Podría dudarse, pues su fisonomía impasible no reveló emoción alguna. Parecía que trataba para otro que no era él.

—Estoy dispuesto a responder —dijo.

—No tenemos preguntas que haceros —dijo Glenarvan—. Decidnos lo que sabéis, Ayrton, comenzando por declarar quién sois.

—Señores —respondió Ayrton—, soy en verdad Tom Ayrton, el contramaestre del *Britannia*. Abandoné Glasgow en el barco de Harry Grant el 12 de marzo de 1861. Durante catorce meses, corrimos juntos los mares del Pacífico, buscando alguna posición ventajosa para fundar en ella una colonia escocesa. Harry Grant era un hombre capaz de hacer grandes cosas, pero entre nosotros surgían a menudo graves disputas. Su carácter no cuadraba conmigo. Yo no sé plegarme; ahora bien, con Harry Grant, cuando su resolución está tomada, toda resistencia es imposible, *mylord*. Ese hombre es de hierro para sí mismo y para los demás. No obstante, osé rebelarme. Intenté arrastrar a la tripulación en mi rebelión y apoderarme del barco. Que tuviera razón o no, poco importa. Sea como fuere, Harry Grant no vaciló, y el 8 de abril de 1862 me desembarcó en la costa oeste de Australia.

—De Australia —dijo el mayor, interrumpiendo el relato de Ayrton—, y por consiguiente habéis abandonado el *Britannia* antes de su escala en el Callao, de donde están fechadas sus últimas noticias.

—Sí —respondió el contramaestre—, pues el *Britannia* no hizo nunca escala en el Callao mientras yo estaba a bordo. Y si os hablé del Callao en la granja de Paddy O'Moore, fue porque vuestro relato acababa de comunicarme ese detalle.

—Continuad, Ayrton —dijo Glenarvan.

—Me encontré, pues, abandonado en una costa prácticamente desierta, pero a solo veinte millas de los establecimientos penitenciarios de Perth, la capital de Australia Occidental. Errando por las orillas, me topé con una banda de presidiarios que acababan de fugarse. Me uní a ellos. Usted me dispensará, *mylord*, de contarle mi vida durante dos años y medio. Sepa solamente que me convertí en el jefe de los evadidos bajo el nombre de Ben Joyce. En el mes de septiembre de 1864, me presenté en la granja irlandesa. Fui admitido en ella como criado, bajo mi verdadero nombre de Ayrton. Aguardaba allí a que se presentase la ocasión de apoderarme de un navío. Era mi objetivo supremo. Dos meses más tarde, llegó el *Duncan*. Durante su visita a la granja, usted contó, *mylord*, toda la historia del capitán Grant. Supe entonces lo que ignoraba: la escala del *Britannia* en El Callao, sus últimas noticias con fecha de junio de 1862 —dos meses después de mi desembarco—, el asunto del documento, la pérdida del navío en un punto del paralelo treinta y siete y, por último, los sólidos motivos que tenía usted para buscar a Harry Grant a través del continente australiano. No vacilé. Resolví apropiarme del *Duncan*, un navío maravilloso que habría dejado atrás a los mejores veleros de la marina británica. Pero tenía averías graves que reparar. Lo dejé, pues, partir hacia Melbourne, y me puse a su disposición en mi verdadera calidad de contramaestre, ofreciéndome a guiarle hacia el escenario de un naufragio ficticiamente situado por mí hacia la costa este de Australia. Fue así como, ora seguido de lejos, ora precedido por mi banda de presidiarios, dirigí su expedición a través de la provincia de Victoria. Mis hombres cometieron en Camden-Bridge un crimen inútil, puesto que el *Duncan*, una vez llegado a la costa, no podía escapárseme, y que con ese yate yo era el amo del océano. Le conduje así, sin que sospechase nada, hasta el Snowy River. Los caballos y los bueyes cayeron envenenados poco a poco por el gastrolobio. Atranqué el carro en los pantanos del Snowy. A instancias mías... Pero usted ya sabe el resto, *mylord*, y puede estar seguro de que, sin la distracción del señor Paganel, yo mandaría ahora a bordo del *Duncan*. Tal es mi historia, caballeros; mis revelaciones no

pueden, por desgracia, ponerles de nuevo sobre la pista de Harry Grant, y ya ven que al tratar conmigo han hecho un mal negocio.»

El contramaestre calló, cruzó los brazos según su costumbre y esperó. Glenarvan y sus amigos guardaban silencio. Sentían que toda la verdad acababa de ser dicha por aquel extraño malhechor. La toma del *Duncan* no había fracasado más que por una causa ajena a su voluntad. Sus cómplices habían acudido a las orillas de Twofold Bay, como lo probaba esa chaqueta de presidiario hallada por Glenarvan. Allí, fieles a las... y, al fin, cansados de esperarle, sin duda se habían entregado de nuevo a su oficio de salteadores e incendiarios por los campos de Nueva Gales del Sur. El mayor reanudó el primero el interrogatorio, a fin de precisar las fechas relativas al *Britannia*.

—Así pues —preguntó al contramaestre—, ¿fue el 8 de abril de 1862 cuando le desembarcaron en la costa oeste de Australia?

—Exactamente —respondió Ayrton.

—¿Y sabía usted entonces cuáles eran los planes de Harry Grant?

—De un modo vago.

—Hable de todos modos, Ayrton —dijo Glenarvan—. El menor indicio puede ponernos sobre la pista.

—Lo que puedo decirle es lo siguiente, *mylord* —respondió el contramaestre—. El capitán Grant tenía intención de visitar Nueva Zelanda. Ahora bien, esa parte de su programa no se ejecutó durante mi estancia a bordo. No sería, pues, imposible que el *Britannia*, al dejar El Callao, hubiera ido a reconocer las tierras de Nueva Zelanda. Eso concordaría con la fecha del 27 de junio de 1862 asignada por el documento al naufragio del tres palos.

—Evidentemente —dijo Paganel.

—Pero —repuso Glenarvan—, nada en esos restos de palabras conservados en el documento puede aplicarse a Nueva Zelanda.

—A eso no puedo responder nada —dijo el contramaestre.

—Bien, Ayrton —dijo Glenarvan—. Ha cumplido usted su palabra; yo cumpliré la mía. Vamos a decidir en qué isla del océano Pacífico será usted

abandonado.

—¡Oh! Poco me importa, *mylord* —respondió Ayrton.

—Vuelva a su camarote —dijo Glenarvan— y aguarde nuestra decisión.

El contramaestre se retiró bajo la custodia de dos marineros.

—Ese miserable podría haber sido un hombre —dijo el mayor.

—Sí —respondió Glenarvan—. ¡Es una naturaleza fuerte e inteligente! ¿Por qué sus facultades tuvieron que torcerse hacia el mal?

—Pero ¿Harry Grant?

—Me temo que esté perdido para siempre. ¡Pobres niños! ¿Quién podría decirles dónde está su padre?

—¡Yo! —respondió Paganel—. ¡Sí! ¡Yo!

Como habrá podido observarse, el geógrafo, tan locuaz, tan impaciente de ordinario, apenas había hablado durante el interrogatorio de Ayrton. Escuchaba sin desplegar los labios. Pero esa última palabra que pronunció valía bien otras muchas, e hizo saltar a Glenarvan de un brinco.

—¡Usted! —exclamó—. ¡Usted, Paganel, sabe dónde está el capitán Grant!

—Sí, en la medida en que es posible saberlo —respondió el geógrafo.

—¿Y por quién lo sabe?

—Por ese eterno documento.

—¡Ah! —dijo el mayor con el tono de la más perfecta incredulidad.

—Escuche primero, Mac Nabbs —dijo Paganel—; después encoja los hombros. No he hablado antes porque no me habrían creído. Además, era inútil. Pero si me decido hoy, es porque precisamente la opinión de Ayrton acaba de apoyar la mía.

—¿Así que Nueva Zelanda? —preguntó Glenarvan.

—Escuche y juzgue —respondió Paganel—. No fue sin razón, o mejor dicho, no fue sin «una razón», por lo que cometí el error que nos salvó. En el momento en que escribía esa carta bajo el dictado de Glenarvan, la palabra «Zelanda» me trabajaba el cerebro. He aquí por qué. Recuerden que

estábamos en el carro. Mac Nabbs acababa de contar a lady Helena la historia de los presidiarios; le había entregado el número de la *Australian and New Zealand gazette* que relataba la catástrofe de Camden-Bridge. Pues bien, en el momento en que yo escribía, el periódico estaba tendido en el suelo, doblado de tal manera que solo aparecían dos sílabas de su título. Esas dos sílabas eran *aland*. ¡Qué iluminación se produjo en mi mente! *aland* era precisamente una palabra del documento inglés, una palabra que hasta entonces habíamos traducido por *a tierra*, y que debía ser la terminación del nombre propio *Zealand*.

—¡Hum! —hizo Glenarvan.

—Sí —prosiguió Paganel con profunda convicción—, esa interpretación se me había escapado; ¿y saben ustedes por qué? Porque mis investigaciones se ejercían naturalmente sobre el documento francés, más completo que los otros, y en el que falta esa palabra importante.

—¡Oh, oh! —dijo el mayor—. Es demasiada imaginación, Paganel, y olvida usted con demasiada facilidad sus deducciones anteriores.

—Vamos, mayor, estoy dispuesto a responderle.

—Entonces —repuso Mac Nabbs—, ¿qué se hace de su palabra *austra*?

—Lo que era al principio. Designa solo las tierras «australes».

—Bien. ¿Y esa sílaba *indi*, que fue en primer lugar la raíz de *indios*, y en segundo lugar la raíz de *indígenas*?

—Pues bien, la tercera y última vez —respondió Paganel—, ¡será la primera sílaba de la palabra *indigencia*!

—¡Y *contin*! —exclamó Mac Nabbs—. ¿Significa todavía *continente*?

—¡No! Puesto que Nueva Zelanda no es más que una isla.

—¿Entonces? —preguntó Glenarvan.

—Mi querido lord —respondió Paganel—, voy a traducirles el documento según mi tercera interpretación, y ustedes juzgarán. Solo les hago dos observaciones: 1) olviden en lo posible las interpretaciones anteriores y liberen su mente de toda preocupación precedente; 2) ciertos pasajes les parecerán «forzados», y es posible que los traduzca mal, pero carecen de importancia; entre ellos, la palabra *agonía*, que me choca, pero que no

puedo explicar de otro modo. Por lo demás, es el documento francés el que sirve de base a mi interpretación, y no olviden que fue escrito por un inglés, para quien los idiotismos de la lengua francesa podían no ser familiares. Dicho esto, empiezo.

Y Paganel, articulando cada sílaba con lentitud, recitó las frases siguientes:

«El *27 de junio de 1862*, el *tres palos Britannia*, de *Glasgow*, *naufragó*, tras una larga *agonía*, en los mares *australes* y en las costas de Nueva Zelanda, —en inglés *Zealand*—. *Dos marineros* y el *capitán Grant* pudieron desembarcar en ellas.» Allí, continuamente víctimas de una cruel indigencia, lanzaron *este documento* «por... de longitud y 37° 11' de latitud. *Venid en su* auxilio, o están *perdidos*.»

Paganel se detuvo. Su interpretación era admisible. Pero precisamente porque parecía tan verosímil como las anteriores, podía ser igualmente falsa. Glenarvan y el mayor no intentaron, pues, discutirla.

Sin embargo, puesto que no se habían encontrado rastros del *Britannia* ni en las costas de la Patagonia ni en las costas de Australia, en el punto donde esas dos tierras son cortadas por el paralelo treinta y siete, las probabilidades favorecían a Nueva Zelanda. Esta observación de Paganel impresionó sobre todo a sus amigos.

—Ahora, Paganel —dijo Glenarvan—, ¿querrá decirme por qué, desde hace unos dos meses, ha mantenido en secreto esa interpretación?

—Porque no quería darles esperanzas vanas. Además, íbamos hacia Auckland, precisamente al punto indicado por la latitud del documento.

—Pero desde entonces, cuando fuimos arrastrados fuera de esa ruta, ¿por qué no habló?

—Porque, por justa que sea esa interpretación, no puede contribuir a la salvación del capitán.

—¿Por qué razón, Paganel?

—Porque, admitida la hipótesis de que el capitán Harry Grant naufragó en Nueva Zelanda, desde el momento en que han pasado dos años sin que haya vuelto a aparecer, es que ha sido víctima del naufragio o de los neozelandeses.

—¿Así que su opinión es...? —preguntó Glenarvan.

—¡Que quizá se podrían encontrar algunos vestigios del naufragio, pero que los náufragos del *Britannia* están irrevocablemente perdidos!

—Silencio sobre todo esto, amigos míos —dijo Glenarvan—, y déjenme elegir el momento en que comunicaré esta triste noticia a los hijos del capitán Grant.

Capítulo XX. Un grito en la noche

La tripulación supo pronto que la misteriosa situación del capitán Grant no había sido aclarada por las revelaciones de Ayrton. El desánimo fue profundo a bordo, pues se había contado con el contramaestre, ¡y el contramaestre no sabía nada que pudiese poner al *Duncan* sobre la pista del *Britannia*!

Se mantuvo, pues, el rumbo del yate. Quedaba por elegir la isla en que Ayrton debía ser abandonado.

Paganel y John Mangles consultaron las cartas de a bordo. Precisamente, en ese paralelo treinta y siete, figuraba un islote aislado conocido bajo el nombre de María Teresa, un escollo perdido en pleno océano Pacífico, relegado a tres mil quinientas millas de la costa americana y a mil quinientas millas de Nueva Zelanda. Al norte, las tierras más próximas formaban el archipiélago de Pomotou, bajo el protectorado francés. Al sur, nada hasta la banquisa eternamente helada del polo austral. Ningún navío venía a reconocer ese islote solitario. Ningún eco del mundo llegaba hasta él. Solo los pájaros de las tempestades descansaban allí durante sus largas travesías, y muchos mapas ni siquiera señalaban ese risco batido por las olas del Pacífico.

Si alguna vez el aislamiento absoluto debía encontrarse sobre la tierra, era en esa isla arrojada fuera de las rutas humanas. Se dio a conocer su situación a Ayrton. Ayrton aceptó vivir allí lejos de sus semejantes, y se puso proa a María Teresa. En ese momento, una línea rigurosamente recta habría pasado por el eje del *Duncan*, la isla y la bahía de Talcahuano.

Dos días más tarde, a las dos, la vigía señaló tierra en el horizonte. Era María Teresa, baja, alargada, apenas emergida de las olas, que aparecía como un enorme cetáceo.

Treinta millas la separaban todavía del yate, cuya proa cortaba las olas con una rapidez de dieciséis nudos por hora.

Poco a poco, el perfil del islote fue precisándose en el horizonte. El sol, inclinándose hacia el oeste, recortaba a plena luz su caprichosa silueta. Algunas cimas poco elevadas se destacaban aquí y allá, salpicadas por los rayos del astro del día.

A las cinco, John Mangles creyó distinguir una ligera humareda que ascendía hacia el cielo.

—¿Es un volcán? —le preguntó a Paganel, que, con el catalejo en el ojo, observaba esa tierra nueva.

—No sé qué pensar —respondió el geógrafo—. María Teresa es un punto poco conocido. Sin embargo, no habría que asombrarse si su origen se debiese a algún levantamiento submarino y, por consiguiente, volcánico.

—Pero entonces —dijo Glenarvan—, si una erupción la ha producido, ¿no puede temerse que una erupción se la lleve?

—Es poco probable —respondió Paganel—. Se conoce su existencia desde hace varios siglos, lo cual es una garantía. Cuando la isla Julia emergió del Mediterráneo, no permaneció mucho tiempo fuera de las aguas y desapareció pocos meses después de su nacimiento.

—Bien —dijo Glenarvan—. ¿Crees, John, que podremos tomar tierra antes de la noche?

—No, señoría. No debo arriesgar el *Duncan* en medio de la oscuridad, en una costa que no conozco. Me mantendré bajo baja presión haciendo pequeños bordos, y mañana, al despuntar el día, enviaremos una embarcación a tierra.

A las ocho de la tarde, María Teresa, aunque a cinco millas a barlovento, no aparecía ya más que como una sombra alargada, apenas visible. El *Duncan* se le seguía acercando.

A las nueve, una luz bastante viva, un fuego brilló en la oscuridad. Era inmóvil y continuo.

—He aquí lo que confirmaría el volcán —dijo Paganel, observando con atención.

—Sin embargo —respondió John Mangles—, a esa distancia deberíamos oír el estrépito que acompaña siempre a una erupción, y el viento del este no trae ningún ruido a nuestros oídos.

—En efecto —dijo Paganel—. Ese volcán brilla, pero no habla. Además, tiene intermitencias, como un faro de destellos.

—Tiene usted razón —repuso John Mangles—. Y, sin embargo, no estamos en una costa iluminada. ¡Ah! —exclamó—. ¡Otro fuego! ¡En la playa esta vez! ¡Mirad! ¡Se agita! ¡Cambia de lugar!

John no se equivocaba. Había aparecido un nuevo fuego que parecía apagarse a veces y se reavivaba de repente.

—¿Está habitada la isla entonces? —dijo Glenarvan.

—Por salvajes, evidentemente —respondió Paganel.

—Pero entonces no podemos abandonar allí al contramaestre.

—No —respondió el mayor—. Sería hacerles un regalo demasiado malo, incluso a unos salvajes.

—Buscaremos alguna otra isla desierta —dijo Glenarvan, que no pudo evitar sonreír ante «la delicadeza» de Mac Nabbs—. He prometido la vida a Ayrton y quiero cumplir mi promesa.

—En todo caso, desconfiemos —añadió Paganel—. Los neozelandeses tienen la bárbara costumbre de engañar a los navíos con fuegos movedizos, como antaño los habitantes de Cornualles. Pues bien, los indígenas de María Teresa pueden conocer ese procedimiento.

—Orzar un cuarto —gritó John al marinero del timón—. Mañana, al salir el sol, sabremos a qué atenernos.

A las once, los pasajeros y John Mangles se retiraron a sus camarotes. A proa, la guardia de cuarto paseaba por la cubierta del yate. A popa, el hombre del timón estaba solo en su puesto.

En ese momento, Mary Grant y Robert subieron a la toldilla.

Los dos hijos del capitán, apoyados en la borda, miraban tristemente el mar fosforescente y la estela luminosa del *Duncan*. Mary pensaba en el por-

venir de Robert; Robert pensaba en el porvenir de su hermana. Ambos pensaban en su padre.

¿Existía aún ese padre adorado? ¿Era preciso renunciar? Pero no, sin él, ¿qué sería la vida? Sin él, ¿qué sería de ellos? ¿Qué habría sido de ellos ya sin lord Glenarvan, sin lady Helena?

El joven, madurado por la desgracia, adivinaba los pensamientos que agitaban a su hermana. Tomó la mano de Mary entre las suyas.

—Mary —le dijo—, no hay que desesperar nunca. Recuerda las lecciones que nos daba nuestro padre: «el valor lo reemplaza todo en esta vida», decía. Tengámoslo, pues, ese valor obstinado que le hacía superior a todo. Hasta ahora tú has trabajado por mí, hermana; quiero trabajar yo por ti a mi vez.

—¡Querido Robert! —respondía la joven.

—Tengo que decirte una cosa —prosiguió Robert—. ¿No te enfadarás, Mary?

—¿Por qué iba a enfadarme, hijo mío?

—¿Y me dejarás hacerlo?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary, inquieta.

—¡Hermana! Seré marino...

—¿Me abandonarás? —exclamó la joven, apretando la mano de su hermano.

—¡Sí, hermana! ¡Seré marino como mi padre, marino como el capitán John! ¡Mary, querida Mary! ¡El capitán John no ha perdido toda esperanza! ¡Tú tendrás, como yo, confianza en su devoción! Él hará de mí —me lo ha prometido— un buen y gran marino, y mientras tanto ¡buscaremos juntos a nuestro padre! ¡Di que quieres, hermana! ¡Lo que nuestro padre habría hecho por nosotros, nuestro deber, el mío al menos, es hacerlo por él! ¡Mi vida tiene un fin al que se debe entera: buscar, buscar siempre a aquel que nunca nos habría abandonado el uno ni al otro! ¡Querida Mary, qué bueno era nuestro padre!

—¡Y qué noble, qué generoso! —repuso Mary—. ¿Sabes, Robert, que ya era una de las glorias de nuestro país y que habría contado entre sus grandes

hombres, si el destino no le hubiese detenido en su marcha?

—¡Ya lo sé! —dijo Robert.

Mary Grant estrechó a Robert contra su corazón. El joven sintió que unas lágrimas caían sobre su frente.

—¡Mary! ¡Mary! —exclamó—. Que digan lo que digan nuestros amigos, que callen lo que callen, ¡yo espero todavía y esperaré siempre! ¡Un hombre como mi padre no muere antes de haber cumplido su tarea!

Mary Grant no pudo responder. Los sollozos la ahogaban. Mil sentimientos chocaban en su alma ante el pensamiento de que se harían nuevos intentos para encontrar a Harry Grant, y de que la devoción del joven capitán no tenía límites.

—¿El señor John espera todavía? —preguntó ella.

—Sí —respondió Robert—. Es un hermano que nunca nos abandonará. ¡Seré marino, ¿verdad que sí, hermana?, marino para buscar a mi padre con él! ¿Lo quieres?

—¡Si lo quiero! —respondió Mary—. ¡Pero separarnos! —murmuró la joven.

—No estarás sola, Mary. ¡Lo sé! Mi amigo John me lo ha dicho. La señora Helena no te permitirá separarte de ella. Tú eres una mujer, puedes y debes aceptar sus bondades. ¡Rechazarlas sería ingratitud! Pero un hombre, mi padre me lo ha dicho cien veces, ¡un hombre debe labrarse su propio destino!

—Pero ¿qué será de nuestra querida casa de Dundee, tan llena de recuerdos?

—¡La conservaremos, hermanita! Todo está arreglado y bien arreglado por nuestro amigo John y también por lord Glenarvan. ¡Te guardará en el castillo de Malcolm, como a su hija! ¡El lord se lo ha dicho a mi amigo John, y mi amigo John me lo ha repetido! Estarás allí en tu casa, encontrarás con quién hablar de nuestro padre, esperando que John y yo te lo traigamos un día. ¡Ah, qué hermoso día será ese! —exclamó Robert, cuyo semblante irradiaba entusiasmo.

—Hermano mío, hijo mío —respondió Mary—, ¡qué feliz sería nuestro padre si pudiese oírte! ¡Cómo te pareces a él, querido Robert, a ese padre bien amado! ¡Cuando seas un hombre, serás él por entero!

—Dios te escuche, Mary —dijo Robert, enrojeciendo de un santo y filial orgullo.

—¿Pero cómo corresponder a lord y lady Glenarvan? —prosiguió Mary Grant.

—¡Oh! ¡No será difícil! —exclamó Robert con su confianza juvenil—. ¡Se les quiere, se les venera, se les dice, se les abraza mucho, y un día, a la primera ocasión, uno se hace matar por ellos!

—¡Vive para ellos, más bien! —exclamó la joven, cubriendo de besos la frente de su hermano—. Lo preferirán, ¡y yo también!

Luego, dejándose llevar por indefinibles ensoñaciones, los dos hijos del capitán se miraron en la vaga oscuridad de la noche. Sin embargo, por el pensamiento, hablaban, se interrogaban, se respondían todavía. El mar tranquilo se mecía en largas ondulaciones, y la hélice agitaba en la sombra un remolino luminoso. Entonces se produjo un incidente extraño y verdaderamente sobrenatural. El hermano y la hermana, por una de esas comunicaciones magnéticas que unen misteriosamente las almas entre sí, sufrieron a la vez y en el mismo instante una misma alucinación. De entre esas olas alternativamente oscuras y brillantes, Mary y Robert creyeron oír elevarse hasta ellos una voz cuyo sonido profundo y lastimero hizo estremecerse todas las fibras de su corazón.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —gritaba esa voz.

—Mary —dijo Robert—, ¿has oído? ¿Has oído?

Y, erguiéndose de repente por encima de la borda, ambos, inclinados, interrogaron las profundidades de la noche.

Pero no vieron nada, salvo la sombra que se extendía sin fin ante ellos.

—Robert —dijo Mary, pálida de emoción—, creí... Sí, creí como tú... ¡Los dos tenemos fiebre, Robert mío!...

Pero una nueva llamada llegó hasta ellos, y esta vez la ilusión fue tal que el mismo grito salió a la vez de sus dos corazones:

—¡Padre mío! ¡Padre mío!...

Era demasiado para Mary Grant. Quebrada por la emoción, cayó desmayada en brazos de Robert.

—¡Socorro! —gritó Robert—. ¡Hermana mía! ¡Padre mío! ¡Socorro!

El hombre del timón se lanzó para levantar a la joven. Los marineros de guardia acudieron, luego John Mangles, lady Helena, Glenarvan, despertados de súbito.

—¡Mi hermana se muere y nuestro padre está ahí! —exclamaba Robert, señalando las olas.

Nadie entendía sus palabras.

—Sí —repetía—. ¡Mi padre está ahí! ¡He oído la voz de mi padre! ¡Mary la ha oído como yo!

Y en ese momento, Mary Grant, vuelta en sí, extraviada, fuera de sí, exclamaba también: «¡Padre mío! ¡Mi padre está ahí!»

La desdichada joven, incorporándose e inclinándose sobre la borda, quería precipitarse al mar.

—¡*Mylord*! ¡Señora Helena! —repetía, juntando las manos—. ¡Les digo que mi padre está ahí! ¡Les aseguro que he oído su voz salir de las olas como un lamento, como un último adiós!

Entonces, espasmos y convulsiones se apoderaron de nuevo de la pobre niña. Se debatió. Hubo que transportarla a su camarote, y lady Helena la siguió para prodigarle sus cuidados, mientras Robert repetía sin cesar:

—¡Padre mío! ¡Mi padre está ahí! ¡Estoy seguro, *mylord*!

Los testigos de esa dolorosa escena acabaron por comprender que los dos hijos del capitán habían sido víctimas de una alucinación. Pero ¿cómo desengañar sus sentidos, tan violentamente extraviados?

Glenarvan lo intentó, sin embargo. Tomó a Robert de la mano y le dijo:

—¿Has oído la voz de tu padre, querido niño?

—Sí, *mylord*. ¡Ahí, en medio de las olas! ¡Gritaba: Auxilio! ¡Auxilio!

—¿Y reconociste esa voz?

—¿Que si reconocí su voz, *mylord*? ¡Oh, sí! ¡Se lo juro! ¡Mi hermana la ha oído, la ha reconocido como yo! ¿Cómo quiere usted que nos hayamos engañado los dos? ¡*Mylord*, vamos en auxilio de mi padre! ¡Una barca! ¡Una barca!

Glenarvan vio bien que no podría desengañar al pobre niño. No obstante, hizo un último intento y llamó al hombre del timón.

—Hawkins —le preguntó—, ¿estaba usted al timón en el momento en que miss Mary fue tan singularmente afectada?

—Sí, señoría —respondió Hawkins.

—¿Y no vio usted nada, no oyó usted nada?

—Nada.

—Ya lo ves, Robert.

—Si hubiera sido el padre de Hawkins —respondió el joven con una energía indomable—, Hawkins no diría que no ha oído nada. ¡Era mi padre, *mylord*! ¡Mi padre! ¡Padre mío!...

La voz de Robert se apagó en un sollozo. Pálido y mudo, a su vez, perdió el conocimiento.

Glenarvan hizo llevar a Robert a su cama, y el niño, quebrado por la emoción, cayó en un profundo sopor.

—¡Pobres huérfanos! —dijo John Mangles—. ¡Dios les prueba de una manera terrible!

—Sí —respondió Glenarvan—. El exceso del dolor habrá producido en los dos, y al mismo momento, una alucinación semejante.

—¡En los dos! —murmuró Paganel—. ¡Es extraño! La ciencia pura no lo admitiría.

Luego, inclinándose a su vez sobre el mar y prestando oído, Paganel, después de hacer señas a todos de que guardasen silencio, escuchó. El silencio era profundo por todas partes. Paganel llamó con voz fuerte. Nada le respondió.

—¡Es extraño! —repetía el geógrafo, al retirarse a su camarote—. ¡Una íntima simpatía de pensamientos y dolores no basta para explicar un fenó-

meno así!

Al día siguiente, 8 de marzo, a las cinco de la mañana, al despuntar el alba, los pasajeros, Robert y Mary entre ellos, pues había sido imposible retenerlos, estaban reunidos en la cubierta del *Duncan*. Todos querían examinar esa tierra apenas entrevista el día anterior.

Los catalejos se pasearon ávidamente por los puntos principales de la isla. El yate prolongaba sus orillas a la distancia de una milla. La mirada podía captar sus menores detalles. Un grito lanzado por Robert se alzó de repente. El niño pretendía ver a dos hombres que corrían y hacían gestos, mientras un tercero agitaba una bandera.

—La bandera de Inglaterra —exclamó John Mangles, que había tomado su catalejo.

—¡Es verdad! —exclamó Paganel, volviéndose vivamente hacia Robert.

—*Mylord* —dijo Robert, temblando de emoción—, *mylord*, si no quiere usted que llegue a la isla a nado, hará poner al mar una embarcación. ¡Ah, *mylord*! ¡Le pido de rodillas ser el primero en desembarcar!

Nadie osaba hablar a bordo. ¡Vaya! ¡En ese islote atravesado por ese paralelo treinta y siete, tres hombres, naufragados, ingleses! Y cada cual, volviendo sobre los sucesos del día anterior, pensaba en esa voz oída en la noche por Robert y Mary... ¡Quizá los niños no se habían equivocado más que en un punto: una voz había podido llegar hasta ellos, pero ¿podía esa voz ser la de su padre? ¡No, mil veces no, por desgracia! Y cada cual, pensando en la horrible decepción que les esperaba, temblaba de que esa nueva prueba superase sus fuerzas. ¡Pero cómo detenerlos! Lord Glenarvan no tuvo el valor de hacerlo.

—¡Al bote! —exclamó.

En un minuto, la embarcación fue puesta al mar. Los dos hijos del capitán, Glenarvan, John Mangles, Paganel, se precipitaron en ella, y zarpó rápidamente bajo el impulso de seis marineros que bogaban con rabia.

A diez brazas de la orilla, Mary lanzó un grito desgarrador.

—¡Padre mío!

Un hombre se hallaba en la costa, entre otros dos hombres. Su alta y robusta estatura, su fisonomía a la vez dulce y resuelta, ofrecía una mezcla expresiva de los rasgos de Mary y de Robert Grant.

Era precisamente el hombre que los dos niños habían descrito tan a menudo. Sus corazones no les habían engañado. Era su padre, ¡era el capitán Grant!

El capitán oyó el grito de Mary, abrió los brazos y cayó sobre la arena, como fulminado.

Capítulo XXI. La isla Tabor

No se muere de alegría, pues el padre y los hijos volvieron en sí antes incluso de que los hubiesen recogido en el yate. ¿Cómo pintar esa escena? Las palabras no bastarían. Toda la tripulación lloraba al ver a esos tres seres confundidos en un mudo abrazo. Harry Grant, llegado a la cubierta, dobló la rodilla. El piadoso escocés quiso, al pisar lo que era para él el suelo de la patria, dar gracias antes que a nadie a Dios por su liberación.

Luego, volviéndose hacia lady Helena, hacia lord Glenarvan y sus compañeros, les rindió gracias con una voz quebrada por la emoción. En pocas palabras, sus hijos, durante la breve travesía del islote al yate, le habían contado toda la historia del *Duncan*.

¡Qué inmensa deuda había contraído con esa noble mujer y sus compañeros! Desde lord Glenarvan hasta el último de los marineros, ¿no habían luchado y sufrido todos por él?

Harry Grant expresó los sentimientos de gratitud que inundaban su corazón con tanta sencillez y nobleza, su varonil semblante estaba iluminado de una emoción tan pura y tan dulce, que toda la tripulación se sintió recompensada y con creces de las pruebas sufridas. El impasible mayor tenía incluso el ojo húmedo de una lágrima que no estaba en su poder retener. En cuanto al digno Paganel, lloraba como un niño que no piensa en ocultar sus lágrimas.

Harry Grant no se cansaba de mirar a su hija. ¡La encontraba bella, encantadora! Se lo decía y repetía en voz alta, poniendo a lady Helena por testigo, como para certificar que su amor paternal no le engañaba.

Luego, volviéndose hacia su hijo:

—¡Cómo ha crecido! ¡Es un hombre! —exclamaba con arrobamiento.

Y prodigaba a esos dos seres tan queridos los mil besos acumulados en su corazón durante dos años de ausencia.

Robert le presentó sucesivamente a todos sus amigos, y encontró el modo de variar sus fórmulas, ¡aunque tuviese que decir de cada uno lo mismo! Es que, uno como otro, todo el mundo había sido perfecto para los dos huérfanos. Cuando llegó el turno de John Mangles de ser presentado, el capitán se ruborizó como una joven y su voz temblaba al responder al padre de Mary.

Lady Helena hizo entonces al capitán Grant el relato del viaje, y le llenó de orgullo por su hijo, de orgullo por su hija.

Harry Grant se enteró de las hazañas del joven héroe, y de cómo ese niño había pagado ya a lord Glenarvan una parte de la deuda paterna. Luego, a su vez, John Mangles habló de Mary en unos términos tales que Harry Grant, enterado por unas palabras de lady Helena, puso la mano de su hija en la valerosa mano del joven capitán y, volviéndose hacia lord y lady Glenarvan:

—*Mylord*, y vos, señora —dijo—, ¡bendigamos a nuestros hijos!

Cuando todo fue dicho y repetido mil veces, Glenarvan puso al corriente a Harry Grant de lo que atañía a Ayrton. Grant confirmó las confesiones del contramaestre respecto a su desembarco en la costa australiana.

—Es un hombre inteligente, audaz —añadió—, a quien las pasiones han arrojado al mal. ¡Ojalá la reflexión y el arrepentimiento le devuelvan a mejores sentimientos!

Pero antes de que Ayrton fuese trasladado a la isla Tabor, Harry Grant quiso hacer a sus nuevos amigos los honores de su peñasco. Les invitó a visitar su casa de madera y a sentarse a la mesa del Robinson oceánico. Glenarvan y sus huéspedes aceptaron de muy buen grado. Robert y Mary Grant ardían en deseos de ver esos parajes solitarios donde el capitán había llorado tanto por ellos.

Se pertrechó una embarcación, y el padre, los dos hijos, lord y lady Glenarvan, el mayor, John Mangles y Paganel desembarcaron pronto en las orillas de la isla.

Algunas horas bastaron para recorrer el dominio de Harry Grant. Era, a decir verdad, la cima de una montaña submarina, una meseta donde abundaban las rocas basálticas con detritos volcánicos. En las épocas geológicas de la tierra, ese monte había surgido poco a poco de las profundidades del Pacífico bajo la acción de los fuegos subterráneos; pero, desde hacía siglos, el volcán se había convertido en una montaña apacible, y su cráter colmatado, en un islote que emergía de la llanura líquida. Luego se formó el humus; el reino vegetal se apoderó de esa tierra nueva; algunos balleneros de paso desembarcaron allí animales domésticos, cabras y cerdos, que se multiplicaron en estado salvaje, y la naturaleza se manifestó con sus tres reinos en esa isla perdida en medio del océano.

Cuando los náufragos del *Britannia* se refugiaron en ella, la mano del hombre vino a regularizar los esfuerzos de la naturaleza. En dos años y medio, Harry Grant y sus marineros metamorfosearon su islote.

Varios acres de tierra, cultivados con esmero, producían legumbres de excelente calidad.

Los visitantes llegaron a la casa sombreada por gomeros verdecientes; ante sus ventanas se extendía el magnífico mar, centelleante a los rayos del sol. Harry Grant hizo poner su mesa a la sombra de los hermosos árboles, y cada cual tomó asiento. Una pierna de cabrito, pan de *nardou*, unos cuantos cuencos de leche, dos o tres matas de achicoria silvestre, agua pura y fresca constituyeron los elementos de esa comida sencilla y digna de pastores de la Arcadia.

Paganel estaba encantado.

Sus viejas ideas de Robinson le subían de nuevo al cerebro.

—¡No habrá motivo para compadecerse de ese pícaro de Ayrton! —exclamó en su entusiasmo—. ¡Es un paraíso este islote!

—Sí —respondió Harry Grant—, un paraíso para tres pobres náufragos a quienes el cielo guarda aquí. Pero lamento que María Teresa no sea una isla vasta y fértil, con un río en lugar de un arroyo y un puerto en lugar de una ensenada batida por las olas de alta mar.

—¿Y por qué, capitán? —preguntó Glenarvan.

—Porque habría echado aquí los cimientos de la colonia con que quiero dotar a Escocia en el Pacífico.

—¡Ah, capitán Grant! —dijo Glenarvan—. ¿No ha abandonado usted, pues, la idea que le ha hecho tan popular en nuestra vieja patria?

—No, *mylord*, y Dios no me ha salvado por vuestras manos más que para permitirme llevarla a cabo. ¡Es preciso que nuestros pobres hermanos de la vieja Caledonia, todos los que sufren, tengan un refugio contra la miseria en una tierra nueva! ¡Es preciso que nuestra querida patria posea en estos mares una colonia suya, solo suya, donde encuentre un poco de esa independencia y ese bienestar que le faltan en Europa!

—¡Ah, bien dicho, capitán Grant! —respondió lady Helena—. Es un hermoso proyecto, y digno de un gran corazón. Pero ¿este islote?...

—No, señora, es un peñasco bueno a lo sumo para alimentar a unos pocos colonos, mientras que necesitamos una tierra vasta y rica de todos los tesoros de los primeros tiempos.

—¡Pues bien, capitán! —exclamó Glenarvan—. ¡El futuro es nuestro, y esa tierra la buscaremos juntos!

Las manos de Harry Grant y de Glenarvan se estrecharon en un cálido apretón, como para ratificar esa promesa.

Luego, en esa misma isla, en esa humilde casa, cada cual quiso conocer la historia de los náufragos del *Britannia* durante esos dos largos años de abandono. Harry Grant se apresuró a satisfacer el deseo de sus nuevos amigos:

—Mi historia —dijo— es la de todos los Robinsones arrojados a una isla, que, no pudiendo contar más que con Dios y con ellos mismos, sienten que tienen el deber de disputar su vida a los elementos.

»Fue durante la noche del 26 al 27 de junio de 1862 cuando el *Britannia*, desarbolado por seis días de tempestad, vino a estrellarse contra los arrecifes de María Teresa. El mar estaba embravecido, el salvamento era imposible, y toda mi desdichada tripulación pereció. Solo mis dos marineros, Bob Learce, Joe Bell y yo, logramos ganar la costa tras veinte intentos infructuosos.

»La tierra que nos recogió no era más que un islote desierto, ancho de dos millas, largo de cinco, con una treintena de árboles en el interior, algunas praderas y un manantial de agua fresca que, afortunadamente, nunca se agota. Solo con mis dos marineros, en ese rincón del mundo, no desesperé. Puse mi confianza en Dios y me apresté a luchar con resolución. Bob y Joe, mis bravos compañeros de infortuno, mis amigos, me secundaron con energía.

»Empezamos, como el Robinson ideal de Daniel de Foe, nuestro modelo, recogiendo los restos del naufragio del navío: herramientas, un poco de pólvora, armas, un saco de semillas preciosas. Los primeros días fueron penosos, pero pronto la caza y la pesca nos proporcionaron alimento seguro, pues las cabras salvajes pululaban en el interior de la isla y los animales marinos abundaban en sus costas. Poco a poco nuestra existencia se organizó con regularidad.

»Conocía exactamente la situación del islote gracias a mis instrumentos, que había salvado del naufragio. Ese relevamiento nos situaba fuera de la ruta de los navíos, y no podíamos ser recogidos más que por un azar providencial. Pensando en los que me eran queridos y a los que ya no esperaba volver a ver, acepté con valentía esa prueba, y el nombre de mis dos hijos se mezcló cada día a mis oraciones.

»Sin embargo, trabajábamos con resolución. Pronto varios acres de tierra fueron sembrados con las semillas del *Britannia*; las patatas, la achicoria, la acedera sanearon nuestra alimentación habitual; luego aún otras verduras. Tomamos algunos cabritos, que se amansaron fácilmente. Tuvimos leche, mantequilla. El *nardou*, que crecía en los cauces desecados, nos proporcionó una especie de pan bastante sustancioso, y la vida material ya no nos inspiró ningún temor.

»Habíamos construido una casa de tablas con los restos del *Britannia*; fue recubierta con velas cuidadosamente alquitranadas, y bajo ese sólido abrigo la temporada de lluvias transcurrió felizmente. Allí se discutieron muchos planes, muchos sueños, ¡el mejor de los cuales acaba de hacerse realidad!

»Tuve al principio la idea de afrontar el mar en un bote hecho con los restos del navío, pero mil quinientas millas nos separaban de la tierra más próxima, es decir, de las islas del archipiélago Pomotou. Ninguna embar-

cación habría resistido una travesía tan larga. Por eso renuncié a ello, y ya no esperé mi salvación más que de una intervención divina.

»¡Ah, mis pobres hijos! ¡Cuántas veces, desde lo alto de los riscos de la costa, hemos acechado navíos a lo lejos! Durante todo el tiempo que duró nuestro exilio, solo aparecieron dos o tres velas en el horizonte, ¡pero para desaparecer al instante! Así pasaron dos años y medio. Ya no esperábamos, pero tampoco desesperábamos todavía.

»Por fin, la víspera de este día, había subido a la cima más alta de la isla cuando divisé una ligera humareda al oeste. Fue creciendo. Pronto un navío se hizo visible a mis ojos. Parecía dirigirse hacia nosotros.

»Pero ¿no esquivaría ese islote que no le ofrecía ningún punto de escala?

»¡Ah, qué jornada de angustias, y cómo mi corazón no se rompió en mi pecho! Mis compañeros encendieron un fuego en uno de los picos de María Teresa. Llegó la noche, ¡pero el yate no hizo ninguna señal de reconocimiento! Sin embargo, ¡la salvación estaba allí! ¿Íbamos a verla desvanecerse?

»Ya no vacilé. La oscuridad iba en aumento. El navío podía doblar la isla durante la noche. Me arrojé al mar y me dirigí hacia él. La esperanza triplicaba mis fuerzas. Hendía las olas con un vigor sobrehumano. Me acercaba al yate, y apenas treinta brazas me separaban de él, ¡cuando viró de bordo!

»Entonces lancé esos gritos desesperados que solo mis dos hijos oyeron, y que no habían sido una ilusión.

»Luego regresé a la orilla, agotado, vencido por la emoción y la fatiga. Mis dos marineros me recogieron medio muerto. Fue una noche horrible esa última noche que pasamos en la isla, y ya nos creíamos abandonados para siempre, cuando, llegado el día, divisé el yate que corría bordadas bajo pequeña presión de vapor. Vuestro bote fue puesto al mar... Estábamos salvados, ¡y, divina bondad del cielo!, mis hijos, mis queridos hijos, estaban allí, tendiéndome los brazos!

El relato de Harry Grant se terminó en medio de los besos y las caricias de Mary y de Robert. Y fue solo entonces cuando el capitán se enteró de que debía su salvación a ese documento bastante jeroglífico que, ocho días después de su naufragio, había encerrado en una botella y confiado a los caprichos de las olas. Pero ¿qué pensaba Jacques Paganel durante el relato

del capitán Grant? ¡El digno geógrafo revolvía por milésima vez en su cerebro las palabras del documento! Repasaba esas tres interpretaciones sucesivas, ¡falsas las tres! ¿Cómo estaba indicada, pues, esa isla de María Teresa en esos papeles roídos por el mar? Paganel no pudo más y, tomando de la mano a Harry Grant:

—Capitán —exclamó—, ¿querrá decirme por fin lo que contenía su indescifrable documento?

A esta pregunta del geógrafo, la curiosidad fue general, pues ¡la clave del enigma, buscada desde hacía nueve meses, iba a ser pronunciada!

—Bien, capitán —preguntó Paganel—, ¿recuerda usted los términos precisos del documento?

—Exactamente —respondió Harry Grant—, y no ha pasado un día sin que mi memoria me haya recordado esas palabras a las que se ligaba nuestra única esperanza.

—¿Y cuáles son, capitán? —preguntó Glenarvan—. Hable, pues nuestro amor propio está vivamente herido.

—Estoy dispuesto a satisfacerles —respondió Harry Grant—, pero ya saben que, para multiplicar las posibilidades de salvación, había encerrado en la botella tres documentos escritos en tres lenguas. ¿Cuál desean conocer?

—¿No son idénticos? —exclamó Paganel.

—Sí, salvo en un nombre.

—Pues bien, cite el documento francés —repuso Glenarvan—; es el que las olas han respetado más, y ha servido principalmente de base a nuestras interpretaciones.

—*Mylord*, helo aquí palabra por palabra —respondió Harry Grant.

«El 27 de junio de 1862, el tres palos *Britannia*, de Glasgow, se ha perdido a mil quinientas leguas de la Patagonia, en el hemisferio austral. Llevados a tierra, dos marineros y el capitán Grant han alcanzado la isla Tabor...»

—¡Hum! —hizo Paganel.

—...allí —prosiguió Harry Grant—, continuamente víctimas de una cruel indigencia, han lanzado este documento por 15°3' de longitud y 37°11' de latitud. Venid en su auxilio, o están perdidos.»

A ese nombre de Tabor, Paganel se había levantado bruscamente; luego, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Cómo, la isla Tabor! ¡Pero si es la isla María Teresa!

—Sin duda, señor Paganel —respondió Harry Grant—, María Teresa en los mapas ingleses y alemanes, ¡pero Tabor en los mapas franceses!

En ese instante, un formidable puñetazo alcanzó el hombro de Paganel, que se dobló bajo el golpe. La verdad obliga a decir que le fue asestado por el mayor, que faltaba así por primera vez a sus graves costumbres de compostura.

—¡Geógrafo! —dijo Mac Nabbs con el tono del más profundo desprecio.

Pero Paganel ni siquiera había sentido la mano del mayor. ¡Qué era eso al lado del golpe geográfico que le abatía!

Así pues, como se lo explicó al capitán Grant, ¡había ido acercándose poco a poco a la verdad! ¡Había descifrado casi por entero el indescifrable documento! Sucesivamente los nombres de la Patagonia, de Australia, de Nueva Zelanda se le habían aparecido con irrecusable certeza. *Contin*, que al principio significaba *continente*, había ido recuperando poco a poco su verdadera significación de *continua*. *Indi* había significado sucesivamente *indios*, *indígenas* y, por último, *indigencia*, su verdadero sentido. ¡Solo la palabra roída «abor» había engañado la sagacidad del geógrafo! Paganel había hecho obstinadamente de ella la raíz del verbo *abordar*, cuando era el nombre propio, el nombre francés de la isla Tabor, de la isla que servía de refugio a los náufragos del *Britannia*. Error difícil de evitar, no obstante, pues los planisferios del *Duncan* daban a ese islote el nombre de María Teresa.

—¡No importa! —exclamaba Paganel, arrancándose los cabellos—. ¡No debí olvidar esa doble denominación! Es una falta imperdonable, un error indigno de un secretario de la Sociedad de Geografía. ¡Estoy deshonrado!

—Pero, señor Paganel —dijo lady Helena—, ¡modere su dolor!

—¡No, señora, no! ¡No soy más que un asno!

—¡Y ni siquiera un asno sabio! —respondió el mayor, a modo de consuelo.

Cuando terminó la comida, Harry Grant dejó todas las cosas en orden en su casa. No se llevó nada, queriendo que el culpable heredase las riquezas del hombre honrado.

Se regresó a bordo. Glenarvan contaba partir ese mismo día y dio sus órdenes para el desembarco del contramaestre. Ayrton fue conducido a la toldilla y se encontró en presencia de Harry Grant.

—Soy yo, Ayrton —dijo Grant.

—Es usted, capitán —respondió Ayrton, sin mostrar ningún asombro ante el reencuentro con Harry Grant—. Pues bien, no me pesa verle con buena salud.

—Al parecer, Ayrton, cometí una falta al desembarcarle en una tierra habitada.

—Al parecer, capitán.

—Va usted a reemplazarme en esa isla desierta. ¡Ojalá el cielo le inspire el arrepentimiento!

—¡Así sea! —respondió Ayrton con voz tranquila.

Luego Glenarvan, dirigiéndose al contramaestre, le dijo:

—¿Persiste usted, Ayrton, en esa resolución de ser abandonado?

—Sí, *mylord*.

—¿Le conviene la isla Tabor?

—Perfectamente.

—Ahora, escuche mis últimas palabras, Ayrton. Aquí estará usted alejado de toda tierra, sin comunicación posible con sus semejantes. Los milagros son raros, y no podrá usted huir de este islote donde el *Duncan* le deja. Estará usted solo, bajo el ojo de un Dios que lee en lo más profundo de los corazones, pero no estará usted ni perdido ni ignorado, como lo estuvo el capitán Grant. Por indigno que sea usted del recuerdo de los hombres, los hombres se acordarán de usted. Sé dónde está usted, Ayrton, sé dónde encontrarle, y no lo olvidaré jamás.

—¡Dios conserve a vuestra señoría! —respondió Ayrton sencillamente.

Tales fueron las últimas palabras intercambiadas entre Glenarvan y el contramaestre. El bote estaba listo. Ayrton bajó a él.

John Mangles había hecho transportar de antemano a la isla algunas cajas de alimentos en conserva, herramientas, armas y una provisión de pólvora y plomo.

El contramaestre podía, pues, regenerarse mediante el trabajo; nada le faltaba, ni siquiera libros, y entre ellos la Biblia, tan querida por los corazones ingleses.

Había llegado la hora de la separación. La tripulación y los pasajeros se hallaban en cubierta. Más de uno sentía el alma oprimida. Mary Grant y lady Helena no podían contener su emoción.

—¿Es preciso, pues? —preguntó la joven a su marido—. ¿Es preciso que ese desdichado sea abandonado?

—Es preciso, Helena —respondió lord Glenarvan—. ¡Es la expiación!

En ese momento, el bote, al mando de John Mangles, se separó del costado. Ayrton, de pie, siempre impasible, se quitó el sombrero y saludó gravemente.

Glenarvan se descubrió, con él toda la tripulación, como se hace ante un hombre que va a morir, y la embarcación se alejó en medio de un profundo silencio.

Ayrton, llegado a tierra, saltó sobre la arena, y el bote regresó a bordo.

Eran entonces las cuatro de la tarde, y desde lo alto de la toldilla, los pasajeros pudieron ver al contramaestre, con los brazos cruzados, inmóvil como una estatua sobre un risco, mirando el navío.

—¿Partimos, *mylord*? —preguntó John Mangles.

—Sí, John —respondió vivamente Glenarvan, más emocionado de lo que quería aparentar.

—¡Go ahead! —gritó John al maquinista.

El vapor silbó por sus conductos, la hélice batió las olas, y a las ocho, las últimas cimas de la isla Tabor desaparecían en las sombras de la noche.

Capítulo XXII. La última distracción de Jacques Paganel

El *Duncan*, once días después de haber dejado la isla, el 18 de marzo, avistó la costa americana, y al día siguiente fondeó en la bahía de Talcahuano.

Regresaba allí tras un viaje de cinco meses, durante el cual, siguiendo rigurosamente la línea del paralelo treinta y siete, había dado la vuelta al mundo. Los pasajeros de esa memorable expedición, sin precedentes en los anales del *traveller's club*, acababan de atravesar Chile, las Pampas, la república Argentina, el Atlántico, las islas de Tristán de Acuña, el océano Índico, las islas Ámsterdam, Australia, Nueva Zelanda, la isla Tabor y el Pacífico. Sus esfuerzos no habían sido estériles y repatriaban a los náufragos del *Britannia*.

Ni uno solo de esos valientes escoceses, partidos al llamamiento de su laird, faltaba a la cita; todos regresaban a su vieja Escocia, y esa expedición recordaba la batalla «sin lágrimas» de la historia antigua.

El *Duncan*, terminado su avituallamiento, prolongó las costas de la Patagonia, dobló el cabo de Hornos y surcó el océano Atlántico.

Ningún viaje fue menos accidentado. El yate llevaba en sus flancos un cargamento de felicidad.

Ya no había secretos a bordo, ni siquiera los sentimientos de John Mangles hacia Mary Grant.

Sí, sin embargo. Un misterio intrigaba todavía a Mac Nabbs. ¿Por qué Paganel permanecía siempre herméticamente cerrado en sus ropas y envuelto en el fondo de una bufanda que le subía hasta las orejas?

El mayor ardía en deseos de conocer el motivo de esa singular manía. Pero es el caso de decir que, pese a los interrogatorios, las alusiones, las sospechas de Mac Nabbs, Paganel no se desabrochó.

No, ni siquiera cuando el *Duncan* cruzó la línea ecuatorial y las costuras de la cubierta se fundieron bajo un calor de cincuenta grados.

—Está tan distraído, que se cree en San Petersburgo —decía el mayor al ver al geógrafo envuelto en un amplio gabán, como si el mercurio se hubiese helado en el termómetro.

Por fin, el 9 de mayo, cincuenta y tres días después de haber dejado Talcahuano, John Mangles avistó los fuegos del cabo Clear. El yate embocó el canal de San Jorge, atravesó el mar de Irlanda, y el 10 de mayo entró en el golfo del Clyde. A las once, fondeaba en Dumbarton. A las dos de la tarde, sus pasajeros entraban en Malcolm-Castle, en medio de los hurras de los montañeses.

Estaba escrito, pues, que Harry Grant y sus dos compañeros serían salvados, que John Mangles se casaría con Mary Grant en la vieja catedral de San Mungo, donde el reverendo Morton, tras haber rezado, nueve meses antes, por la salvación del padre, bendijo el matrimonio de su hija y de su salvador.

Estaba escrito, pues, que Robert sería marino como Harry Grant, marino como el capitán John, y que retomaría con ellos los grandes proyectos del capitán, bajo la alta protección de lord Glenarvan.

¿Pero estaba escrito que Jacques Paganel no moriría soltero? Probablemente.

En efecto, el sabio geógrafo, tras sus heroicas hazañas, no podía escapar a la celebridad. Sus distracciones hicieron furor en la gran sociedad escocesa. Se le disputaban, y ya no bastaba para los agasajos de que fue objeto.

Y fue entonces cuando una amable señorita de treinta años, nada menos que la prima del mayor Mac Nabbs, un poco excéntrica ella misma, pero buena y encantadora todavía, se prendó de las singularidades del geógrafo y le ofreció su mano. Había un millón dentro; pero se evitó hablar de ello.

Paganel estaba lejos de ser insensible a los sentimientos de miss Arabella; sin embargo, no se atrevía a pronunciarse.

Fue el mayor quien se interpuso entre esos dos corazones hechos el uno para el otro. Le dijo incluso a Paganel que el matrimonio era «la última distracción» que podía permitirse.

Gran embarazo de Paganel, que, por una extraña singularidad, no se decidía a articular la palabra fatal.

—¿Es que miss Arabella no le gusta a usted? —le preguntaba sin cesar Mac Nabbs.

—¡Oh, mayor, es encantadora! —exclamó Paganel—. ¡Mil veces demasiado encantadora, y si he de decírselo todo, me gustaría más que lo fuese menos! Le desearía un defecto.

—Tranquilícese —respondió el mayor—; los tiene, y más de uno. La mujer más perfecta siempre tiene su contingente. Así pues, Paganel, ¿está decidido?

—No me atrevo —volvía a decir Paganel.

—Vamos, mi sabio amigo, ¿por qué vacila usted?

—¡Soy indigno de miss Arabella! —respondía invariablemente el geógrafo.

Y no salía de ahí.

Por fin, puesto un día contra la pared por el intratable mayor, acabó por confiarle, bajo el sello del secreto, una particularidad que habría de facilitar su identificación si alguna vez la policía le buscara.

—¡Vaya! —exclamó el mayor.

—Es como le digo —replicó Paganel.

—¿Qué importa eso, mi digno amigo?

—¿Cree usted?

—Al contrario, no hace usted más que ser más singular. ¡Eso añade a sus méritos personales! ¡Le convierte en el hombre sin par con que soñaba Arabella!

Y el mayor, manteniendo una imperturbable seriedad, dejó a Paganel presa de las más acuciantes inquietudes.

Tuvo lugar una breve entrevista entre Mac Nabbs y miss Arabella.

Quince días después, se celebraba un matrimonio con gran estruendo en la capilla de Malcolm-Castle.

Paganel estaba magnífico, pero herméticamente abotonado, y miss Arabella, espléndida.

Y ese secreto del geógrafo habría quedado siempre sepultado en los abismos de lo desconocido, si el mayor no lo hubiese contado a Glenarvan, que no lo ocultó a lady Helena, que dijo una palabra al respecto a la señora Mangles.

En resumen, el secreto llegó a oídos de la señora Olbinett, y estalló.

Jacques Paganel, durante sus tres días de cautiverio entre los maoríes, había sido *tatuado*, pero tatuado de los pies a los hombros, y llevaba en el pecho la imagen de un kiwi heráldico, con las alas desplegadas, que le mordía el corazón.

Fue la única aventura de su gran viaje de la que Paganel no se consoló jamás y que no perdonó a Nueva Zelanda; fue también lo que, pese a muchos ruegos y pese a sus pesares, le impidió volver a Francia. Habría temido exponer a toda la Sociedad de Geografía en su persona a las bromas de los caricaturistas y de los periódicos satíricos, devolviéndoles un secretario recién tatuado.

El regreso del capitán a Escocia fue saludado como un acontecimiento nacional, y Harry Grant se convirtió en el hombre más popular de la vieja Caledonia.

Su hijo Robert se hizo marino como él, marino como el capitán John, y es bajo los auspicios de lord Glenarvan como ha retomado el proyecto de fundar una colonia escocesa en los mares del Pacífico.

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web